Juan José Carreras Ares

El Historiador y sus públicos

Ignacio Peiró Martín
Miquel À. Marín Gelabert
(eds.)



Juan José Carreras Ares (La Coruña, 1928-Zaragoza, 2006) fue catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, en la que se jubiló como profesor emérito en 1998.

Ignacio Peiró Martín es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Doctor en Historia con la tesis *Profesores e historiadores de la Restauración (1874-1900)*, dirigida por Juan José Carreras. Director de los Cursos Extraordinarios de la Universidad de Zaragoza y de la revista *Jerónimo Zurita*, es miembro del Consejo de Redacción de *Ayer* y de otras publicaciones y colecciones académicas. Especialista en historia de la historiografía contemporánea, entre sus últimos títulos destacan *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión* (2013) y *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española* (2017), galardonado con el Premio Juan José Carreras de la Asociación de Historia Contemporánea (2018).

Miquel À. Marín Gelabert es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza con la tesis *La historiografía española. Las escuelas disciplinares en un contexto de renovación, 1948-1965* cuya dirección inició Juan José Carreras. Codirector de los Cursos de Historiografía de la Institución Fernando el Católico, es especialista en teoría de la historia e historia de la historiografía. Ha publicado varias monografías, así como numerosos artículos y ediciones críticas de autores nacionales y europeos, entre los que destacan sus trabajos sobre Jaume Vicens Vives.


HISTORIA
GLOBAL

Juan José Carreras Ares

El Historiador y sus públicos

Ignacio Peiró Martín
Miquel À. Marín Gelabert
(eds.)

con la colaboración de
Emilio Majuelo Gil



Institución Fernando el Católico
Excma. Diputación de Zaragoza
Zaragoza, 2021

Este libro se integra en el marco del Proyecto PID2019-105646RB-I00,
«Europeización e internacionalización de la historiografía española en el largo siglo XX»,
financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

PRIMERA EDICIÓN, 2021

Publicación número 3822 de la
Institución Fernando el Católico,
organismo autónomo de la
Excma. Diputación de Zaragoza,
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
ifc@dpz.es
https://ifc.dpz.es



CUBIERTA Y DISEÑO GRÁFICO
Víctor Lahuerta

PREIMPRESIÓN
Virtual&Civán

IMPRESIÓN
Litocian, SL

ENCUADERNACIÓN
Raga, SA

ISBN 978-84-9911-640-2

D.L. Z 429-2021

Hecho e impreso en España – Unión Europea / Made and Printed in Spain – European Union

Índice

Presentación
«Juan José Carreras: el historiador y sus públicos»*

Ignacio Peiró Martín y Miquel À. Marín Gelabert

> Tengo amigos, no discípulos (…)
>
> Antes de llegar he atravesado un largo desierto en el cual he encontrado muchas puertas cerradas.
>
> A menudo gracias a la dureza puedes crear un ambiente en el cual puedes ejercer la seducción, pero primero tienes que trabajártelo. Las personas que quieres y que te rodean y que te quieren has logrado agruparlas gracias a que has sido duro con otros. La seducción no sirve frente a gente que quiere lo mismo que tú. A ver cómo se lo digo: soy dulce en las formas, maleable, pero rígido en ciertas cosas.
>
> Juan José Carreras, 1998[1]

No cabe duda de que Juan José Carreras tenía el don del consejo y de la palabra. Después de casi once años, en 1965, decidió emprender el camino de vuelta desde Alemania y opositar a cátedras de enseñanza media en España.[2] De su estancia alemana, no absorbió el *deutsche Wesen*

* La edición y presentación de este libro se enmarca en el Proyecto de Investigación PID2019-105646RB-I00, «Europeización e internacionalización de la historiografía española en el largo siglo XX», del Ministerio de Ciencia e Innovación; y en el Grupo H02-17R. «Politización, políticas del pasado e historiografía en Aragón y la España contemporánea». Dirección General de Investigación e Innovación. Gobierno de Aragón.

1 Antón Castro, «La entrevista. Juan José Carreras. Catedrático de Historia», *El Periódico* (Domingo, 28 de junio de 1998), pp. 10-11.

2 Véase, junto al capítulo de Emilio Lledó, «El río de la memoria» y el firmado por Ignacio Peiró y Miquel À. Marín Gelabert, «De arañas y visigodos. La década alemana de Juan José Carreras», del libro colectivo editado por Carlos Forcadell, *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2009, pp. 33-40 y 73-98; y la presentación de Eduardo Acerete de la Corte, «España medieval, Alemania contemporánea. El tránsito historiográfico de Juan José Carreras Ares», en Juan José Carreras, *De la España*

(ser alemán), pero se impregnó de su cultura universitaria a través de las prácticas históricas y controversias intelectuales que alentaron su tránsito hacia el contemporaneísmo y la atracción por el estudio de las obras de Karl Marx.[3] En adelante, las formas de pensar la historia según los patrones marxistas se constituyeron en una referencia clave en la construcción del «discurso de método» y el estilo de Juan José Carreras, un elemento diferencial de su singular e irrepetible personalidad de historiador dentro de la comunidad española. El marxismo como ideología, además de un complemento a su antifranquismo militante, también se reflejará en su compromiso político progresista y democrático.

A fin de cuentas, las décadas de 1960 y 1970 señalaron la etapa de mayor vitalidad y «anclaje» generacional en el pensamiento marxista de los historiadores europeos.[4] Este «dominio» inició su declive en el universo de las principales historiografías continentales (salvo, quizás, en el mundo anglosajón) a partir de la revolución conservadora de los años ochenta hasta concluir en un proceso de disolución y abandono

medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos (1953-1968), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014, pp. VII-CIX.

3 A propósito de las obras de Marx y Engels, conviene recordar que, si bien resultaba de gran dificultad hacerse con ellas en la República Federal, a partir de 1956 se comenzó su reedición en lengua alemana, conocida más adelante como las *MEW* (*Marx-Engels-Werke*) y popularmente como los *balue Bände* (los tomos azules). En 41 volúmenes, más otros varios de referencia, este proyecto editorial vinculado al SED actualizó el acceso de nuevas hornadas académicas a los textos originales del marxismo. Es muy probable que, junto al conocimiento de la edición anterior de las obras reunidas –años veinte y treinta, las populares *MEGA* (*Marx-Engels-Gesamtausgabe*)– a su vuelta a España, estos tomos azules formaran la parte más preciada de su mudanza. No en vano, fueron el fundamento de sus primeros artículos publicados en la revista *Hispania*. Más adelante, J. J. Carreras en una comparación con el debate español abierto acerca de la posibilidad de la legalización del PCE, sintetizó el contexto histórico y el proceso que llevó a la prohibición del Partido Comunista en Alemania el 17 de agosto de 1956, en su artículo «Cómo prohibir al partido comunista», *Andalán*, 87 (15 de abril de 1976), p. 13 (reproducido en el presente volumen, pp. 93-97).

4 Stefan Berger y Christoph Cornelissen, «Marxism and Social Movements: A Forgotten History?», en S. Berger y Ch. Cornelissen (eds.), *Marxist Historical Cultures and Social Movements during the Cold War. Case Studies from Germany, Italy and Other Western European States*, Palgrave Macmillan, 2020, pp. 1-32 (proxima publicación en castellano).

corporativo, marcado por el umbral simbólico de 1989-1991.[5] En el espacio profesional español, el retroceso se ralentizó y, en cierta medida, la relación entre marxismo e historia mantuvo su atractivo intelectual, al menos hasta la segunda mitad de la década olímpica.

Dejando de lado el abigarrado colectivo formado por los arribistas de la política y otros deslumbrados por las modas académicas, y sin mencionar tampoco la tardía recepción de la historiografía marxista británica por parte de los jóvenes historiadores sociales;[6] entre la multiplicidad de las

5 Véanse de Carlos Forcadell, «Semblanza biográfica de Juan José Carreras (La Coruña, 1928-Zaragoza, 2006)», en Juan José Carreras, *Lecciones sobre Historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2016, pp. 19-36; y «Cultura obrera, historiadores y marxismo. De la clase a la identidad», en José Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018, pp. 155-169. También, Thierry Aprile, «Marxisme et histoire», en Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt (dirs.), *Historiographies. I. Concepts et débats*, Paris, Gallimard, 2010, pp. 503-517 (la idea en pp. 514-515); Enzo Traverso, «Marx, la historia y los historiadores. Una relación a reinventar», *Pasajes*, 39 (2012), pp. 78-91; y Willie Thompson, *What Happened to History?,* London, Pluto Press, 2001, pp. 24-50. En su contexto internacional, además del *dossier* de la revista *Storia della Storiografía* dedicado al devenir del marxismo historiográfico (LXII, 2012), cabe mencionar dos obras imprescindibles. La primera, por comprensiva e iluminadora, Q. Edward Wang y Georg G. Iggers (eds.), *Marxist Historiographies. A Global Perspective*, London, Routledge, 2016. La segunda, por esclarecedora del devenir de una comunidad profesional en la que el materialismo histórico resultaba hegemónico, en Axel Fair-Schulz y Mario Kessler (eds.), *East German Historians since the Reunification. A discipline transformed*, New York, SUNY Press, 2017. Por último, la más reciente de Benjamin Zachariah, Lutz Raphael y Brigitta Bernet, *What's Left of Marxism. Historiography and the Possibilities of Thinking with Marxian Themes and Concepts*, Berlin-Boston, De Gruyter-Oldenbourg, 2020.

6 Sobre la historia de la recepción del marxismo británico véanse, la introducción de Rafael Aracil y Mario García Bonafé, «Marxismo e historia en Gran Bretaña», en Richard Johnson *et al., Hacia una historia socialista*, Barcelona, Serbal, 1983, pp. 7-51; el libro de Santos Juliá*, Historia social / sociología histórica,* Madrid, Siglo XXI, 1989, y su colaboración «La Historia Social y la historiografía española», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), *La Historia contemporánea en España. Primer Congreso de Historia Contemporánea de España, Salamanca, 1992*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, pp. 183-196. Por lo demás, resultan imprescindibles las distintas colaboraciones del volumen editado por Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice, *E. P. Thompson. Marxismo e historia social*, Madrid, Siglo XXI, 2016; y el posterior de J. Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España, op. cit*.

causas que concurrieron a determinar la continuidad del marxismo en el contexto de la *segunda hora cero* de la historiografía española, destaca la presencia de un puñado de numerarios de reconocido *pedigree marxista* y señaladas implicaciones políticas en el entorno del PCE.[7] Tras superar una larga travesía del desierto y acceder a cátedras universitarias en los años de la Transición, estos catedráticos obtuvieron el crédito de la profesión y, junto a los «maestros liberales» de la academia franquista, colaboraron en la creación del ambiente de *continuidad rupturista* y *pacto transaccional* necesario para «la construcción progresiva de una matriz disciplinar democrática».[8] En el entrecruzamiento de voluntades, cambios sociales y estrategias profesionales que se sucedieron con rapidez en la década de los noventa y el primer lustro del nuevo siglo, no se limitaron solo a pasar el testigo a la siguiente promoción de discípulos y extender la influencia de su magisterio más allá de sus departamentos universitarios.

Para entonces, sin embargo, en la contradictoria realidad de la historiografía española, se estaba desarrollando un nuevo fenómeno de negación colectiva del pasado, caracterizado por el incesante goteo de deserciones del marxismo y lavados de pátinas izquierdistas. En esta ocasión, los protagonistas fueron los oportunistas de ayer y alguno de los antiguos compañeros de viaje. De puertas adentro, se tenía la impresión de que estos personajes volvían a recuperar los argumentos de Gracián sobre el *tacitismo* para justificar tanto el desgaste de las máscaras polí-

7 Junto a los abundantes libros y homenajes dedicados a Manuel Tuñón de Lara, Josep Fontana o el mismo Juan José Carreras, una aproximación a las trayectorias de la amplia tipología de los historiadores marxistas en I. Peiró, «Autobiografía de una generación: España, 1975-1984», *Hispania Nova*, 12 (2014), pp. 258-286; y «"La vida a los 25 años". Novela de formación o aprendizaje», en Pedro Rújula (coord.), *Alberto Gil Novales (1930-2016): los mundos del historiador*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2019, pp, 19-64.

8 Miquel À. Marín Gelabert, «La historiografía democrática en España, 1965-1989», en Ignacio Peiró Martín y Carmen Frías Corredor (eds.), *Políticas del pasado y narrativas de la nación. Representaciones de la Historia en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, p. 396; e I. Peiró Martin, *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 81-84. Un ejemplo de pacto transaccional en la historia de la Asociación de Historia Contemporánea, en M. À. Marín Gelabert, «AYER. Luces y sombras del contemporaneísmo español en la última década», *Ayer*, 41 (2001), pp. 213-255; y «Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea», *Ayer*, 92 (2013), pp. 239-250.

ticas de otros tiempos como la culminación de sus metamorfosis historiográficas.[9] Por supuesto, en aquellos momentos y aun después, nadie pensó en que se tratara de una oleada de cínicos fingimientos, traiciones revisionistas o maquiavélicos instintos de conservación, sino todo lo contrario: las renuncias y su «liberación de las adhesiones marxistas», apenas diez años después de las multitudinarias conmemoraciones del centenario de la muerte de Karl Marx, se consideraron un paso natural en el camino seguido por la normalización disciplinar. A mediados de los años noventa, también parecían el resultado lógico de la adaptación a las circunstancias del compromiso ciudadano con el presente y el activismo político.[10] En este orden de cosas, estos historiadores no dudaron

9 Con anterioridad, las invocaciones al *neotacitismo* (ese «vivir políticamente enmascarados»), constituyeron una de las tácticas de supervivencia y un rasgo del comportamiento político e intelectual de ciertos grupos de historiadores franquistas que, sin ninguna contradicción con su colaboracionismo con la dictadura, se cuidaron de cultivar un *pedigree liberal* hacia 1970 o un aura izquierdista hacia 1980, preocupados por mantener su sitio en el universo de los historiadores de la democracia. En este sentido, el olvido (acompañado por el silencio y la mirada comprensiva) se instaló como una forma de negación de la historia personal y la memoria de la corporación historiográfica española, característica de la *segunda hora cero*. Desafortunadamente, el debate abierto en la comunidad de historiadores alemanes acerca de su pasado como grupo y como profesión, en los *Historikertage* de 1994 y 1998, que ha dado como fruto una monumental historia comunitaria, parece imposible en España. Para la recuperación de las ideas del jesuita aragonés a finales de los años sesenta, véase José Luis L. Aranguren, «Comportamientos políticos reales y verbales en la circunstancia española», *Cuadernos para el Diálogo*, 45-46 (junio-julio 1967), pp. 9-11, citado en I. Peiró y M. À. Marín Gelabert, «Catedráticos franquistas, franquistas catedráticos. Los "pequeños dictadores" de la Historia», en Francisco Javier Caspístegui e Ignacio Peiró (eds.), *Jesús Longares Alonso: el maestro que sabía escuchar*, Pamplona, EUNSA, 2016, p. 264; e I. Peiró, «La metamorfosis de un historiador: El tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora», *Jerónimo Zurita*, 82 (2007), pp. 177-234; e *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión, op. cit.*, pp. 119-192. También, en el caso alemán, Matthias Berg, Olaf Blaschke, Martin Sabrow, Jens Thiel y Krijn Thijs, *Die versammelte Zunft. Historikerverband und Historikertage in Deutschland, 1893-2000,* 2 vols., Göttingen, Wallstein, 2018.

10 Una visión panorámica sobre la historia del activismo social y las virtudes académicas de los historiadores profesionales, en las colaboraciones recogidas en el libro editado por Herman Paul, *How to be a historian. Scholarly personae in historical studies, 1890-2000*, Manchester, Manchester University Press, 2019. El mismo H. Paul había coordinado el *dossier* de la revista *History and Theory*, 50, 1 (febrero 2011), a propósito del papel de tales virtudes en la configuración del academicismo

en manifestar a sus diferentes públicos la autenticidad de los motivos intelectuales e integrar las simpatías y los fines políticos en sus formas de relacionarse con el pasado.[11]

Y todo eso, de acuerdo a un amplio abanico de explicaciones nominales muy reconocibles en el espacio comunitario: desde quienes redescubrieron la firmeza de sus emociones y valores vitales nacionalistas (en tanto alternativa y rechazo del metarrelato nacional español), hasta aquellos otros que, en contraposición, volvieron a sentir las certezas morales de sus filosofías conservadoras y transcendentes sospechas interpretativas (combinadas con los ciegos fervores del nacionalismo y filias neoliberales), pasando por los escépticos que trataron de dar sentido a la historia, pensando la sensatez de sus retornos a la tradición de la objetividad y la fe en el talante comprensivo encarnado en las culturas políticas del viejo humanismo cristiano, el liberalismo o la socialdemocracia. En el plazo corto, una consecuencia involuntaria del proceso fue la preparación del terreno para la fragmentación de la comunidad profesional. Más a la larga, sobre ese escenario se acumularon los debates acerca de los usos públicos de la historia, las intensas querellas sobre las políticas del pasado y las inextricables polémicas entre la escurridiza memoria y la peligrosa historia que, en sus combativas derivas ideológicas, contribuyeron a plantar las semillas del relativismo filosófico y los revisionismos históricos cuyas nefastas secuelas perduran hoy día en la academia historiográfica.[12]

entre los historiadores. Sobre el compromiso del historiador, en el libro homenaje a Georg G. Iggers incluye el capítulo firmado por Jörn Rüsen, «Engagement: metahistorical Considerations on a Disputed Attitude in Historical Studies», en Stefan Berger (ed.), *The Engaged Historian. Perspectives on the Intersections of Politics, Activism and the Historical Profession*, New York-Oxford, Berghahn, 2019, pp. 33-62.

11 Tal fue uno de los elementos impulsores de los nuevos debates en teoría de la historia a partir de la irrupción de una nueva generación de investigadores. Véase, Herman Paul, «Relations to the Past: a Research Agenda for historical theorists», *Rethinking History,* 19, 3 (2015), pp. 450-458. Y del mismo autor, una nota sobre la importancia que otorgan los teóricos de la historia al análisis conceptual de la *forma en que los seres humanos se relacionan con el pasado*, en *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2016, p. 46.

12 Los miembros del Área de Historia Contemporánea de Zaragoza organizaron el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea dedicado a los *Usos públicos de la Historia*, celebrado en septiembre de 2002. Con ese mismo título, las

En el otoño-invierno de 2002, la mirada hacia el mundo exterior de Juan José Carreras no era precisamente optimista, ante los avances selectivos de la globalización y los acelerados giros de la disciplina histórica. Y es que, desde que el politólogo norteamericano Francis Fukuyama anunciara el apocalíptico *fin de la historia* a comienzos de la década de 1990, el *fin de millénaire* había traído consigo la apoteosis global de las narrativas posmodernas. En *Seis lecciones sobre historia*, la magistral síntesis de historia de la historiografía donde, como un trasunto del Ángel de la Historia benjaminiano, Carreras sobrevoló por las ideas de los historiadores, desde Arístoteles y san Agustín hasta alcanzar «el reino de los "significantes desencadenados"». En su opinión, las ilusiones científicas acumuladas durante generaciones por los eruditos (el principio de realidad, la confianza en las fuentes y la veracidad de las narraciones), estaban amenazadas por la *deconstrucción* que, transformada «en la forma hegemónica de la posmodernidad», ha colonizado «la terminología hasta el extremo de que muchos historiadores la utilizan alegremente, como sinónimo de crítica, sin apercibirse de sus implicaciones epistemológicas».[13] Una percepción, cuya construcción podemos rastrear desde los inicios de la década anterior.

En efecto, la ponencia dictada en el congreso de 1990 organizado por el Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad del País Vasco (publicada finalmente en 1994) y sus colaboraciones en las jóvenes

ponencias del encuentro fueron editadas por J. J. Carreras y C. Forcadell (Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003). Por otra parte, las políticas de la memoria conmemorativa que, desde la década de 1980, habían abonado con pasiones, sentimientos identitarios y nuevos intereses temáticos los amplios terrenos de la historia internacional, desembarcaron con fuerza en la historiografía española sobre el horizonte abierto por el año 2000, véase I. Peiró, *En los Altares de la Patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal, 2017, pp. 10-12. Finalmente, una contextualización histórica, acompañada de la crítica epistemológica, del auge internacional de los revisionismos históricos se pueden rastrear en las diferentes colaboraciones del libro colectivo editado por Carlos Forcadell, Mercedes Yusta e Ignacio Peiró, *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015.

13 J. J. Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003, p. 93. La contextualización de las conferencias en Carlos Forcadell, «Introducción» a J. J. Carreras, *Lecciones sobre Historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2016, pp. 9-17.

revistas *Idearium* y *Ayer,* en 1992 y 1993, respectivamente, apuntaban ya esta línea de reflexión. En estas aportaciones, Carreras no solo abría un análisis del nuevo auge de posiciones cercanas a la filosofía débil y al posmodernismo entre los historiadores, sino que también advertía del potencial debilitador en términos de tradición cultural y de comunidad profesional.[14] Este ciclo se cerraría con acercamientos más amplios a las implicaciones epistemológicas y a las estrategias cognitivas de las nuevas circunstancias de la profesión. Pensamos aquí, principalmente, en «El entorno ecuménico de la historiografía» (2002), «El Castillo de Barba Azul» (2002), «"Bosques llenos de intérpretes ansiosos" y H. G. Gadamer» (2005) y «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?» (2005).[15] De esta manera, en el artículo cuyo título tomó prestado del escéptico humanista George Steiner, no dudó en afirmar:

> Los giros experimentados en el último tercio de siglo, no solo por la historiografía, sino por la propia historia que nos ha tocado vivir, han convencido a todos que cualquier reconstrucción del pasado debe atender, en mayor medida que antes, a las lógicas situacionales y a las experiencias de los individuos, a sus mundos de vida y sus símbolos. Pero creemos que, tanto los que sigan considerándose en cierta manera marxistas como los que no lo sean, no por todo eso debían olvidarse de dos frases del sabio de

14 Véanse J. J. Carreras, «La Historia hoy: acosada y seducida», en Juan Antonio Duplá *et al*. (eds.), *Estudios sobre historia antigua e historiografía moderna*. *Anejos Veleia,* Vitoria, 1994, pp. 13-18 (correspondiente al congreso más arriba mencionado, de 1990); «Ventura del positivismo», *Idearium*, 1 (1992), pp. 7-23; y «Teoría y narración en la historia», *Ayer*, 12 (1993), pp. 17-29.

15 J. J. Carreras, «El entorno ecuménico de la historiografía», en Carlos Forcadell e Ignacio Peiró (eds.), *Lecturas de la Historia*. *Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2002, pp. 11-22; «El Castillo de Barba Azul», en José Miguel Lana (coord.), *En torno a la Navarra del siglo XX*. *Veintiún reflexiones acerca de sociedad, economía e historia,* Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002, pp. 19-23 (correspondiente al congreso homónimo celebrado en noviembre de 2000; «"Bosques llenos de intérpretes ansiosos" y H. G. Gadamer», en Elena Hernández Sandoica y María Alicia Langa (eds.), *Sobre la historia actual: entre política y cultura,* Madrid, Adaba, 2005, pp. 205-227 (corresponde al curso de verano de la Universidad Complutense celebrado en San Lorenzo del Escorial en septiembre de 2002); y «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?», en Alberto Sabio y Carlos Forcadell (eds.), *Las escalas del pasado*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-UNED Barbastro, 2005, pp. 15-24 (correspondiente a su ponencia impartida en el *IV Congreso de Historia local de Aragón*, en julio de 2003).

> Tréveris: los hombres hacen su propia historia, pero en condiciones materiales que no han elegido, y aunque los hombres a fin de cuentas hacen siempre la historia, a veces no saben la historia que están haciendo, pues no se puede, añadimos nosotros, confundir la realidad de la representación con la representación de la realidad. Y esta realidad, en última instancia es, como decía también Marx, una totalidad, aunque sea una totalidad, hay que confesarlo, que solo se parece a la concebida por el autor alemán en su parte mala, eso que hoy llamamos globalización.[16]

Desde tales alturas de la filosofía de la historia, no sorprende pues que en el paisaje final contemplado por Juan José Carreras dominaran las sombras sobre las luces; ni tampoco que, sobre el vacío horizonte de futuro de la historia universal (entiéndase la historia de la historia internacional), apenas se proyectaran factores de orientación, comprensión y esperanza.[17] Con la tensión crítica que le proporcionaba su compromiso con el estatuto científico de la historia marxista, dos citas (la primera del poema épico de Hans Magnus Enzensberger *Der Untergang der Titanic*. *Eine Kömedie*, y la segunda de Walter Benjamin, «un judío alemán, que se suicidó en Port Bou en 1940»),[18] le sirvieron para advertir de los incendios que potencialmente amenazaban con la destrucción del conocimiento histórico y el hundimiento de la profesión de historiador:

> si miramos alrededor ya no vemos historiadores profesionales que nos acompañen; si alguno había, ha sido absorbido en la transformación del «texto» en pura «textualidad», que ya no es un corpus de escritura acaba-

16 J. J. Carreras, «El Castillo de Barba Azul», *op. cit.,* p. 238. El título procedía de la ópera de Béla Bartók y remitía al comentario realizado por G. Steiner sobre el drama de la cultura contemporánea, metafóricamente reflejado «en la apertura de la última puerta del castillo que da a la noche», *En el castillo de Barba Azul*. *Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 159-174.

17 Esto sucedía en un contexto general de reflexión crítica acerca de la historiografía del último tercio del XX, por parte de todo un conjunto de historiadores marxistas. En el caso español, las reflexiones de J. J. Carreras o J. Fontana serían las más conocidas. Y podrían ir acompañadas por los textos de Raphael Samuel, Eric J. Hobsbawm o Willie Thompson en el Reino Unido; los de Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka en Alemania; o los de Michel Vovelle y Pierre Vilar (el decano de todos ellos) en Francia.

18 Además del «Epílogo» firmado por Emilio Majuelo incluido en este volumen, véase Eloy Fernández Clemente, «Lucidez y generosidad del historiador que explicaba a Marx», en C. Forcadell (ed.), *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras, op. cit.*, pp. 303-319. La cita en J. J. Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, *op. cit.,* pp. 93 y 96.

> do, un contenido encerrado por ejemplo en una fuente histórica, sino una red diferencial, una trama de huellas que se refieren interminablemente a otras. Bueno, el historiador en este momento se ha quedado sin trabajo.[19]

En la base de esta reflexión estaba su fidelidad al marxismo. Pero no solo eso. Cargadas de matices, conceptos y analogías, las conferencias reflejan, al mismo tiempo, su alineamiento con la corriente del «pesimismo cultural», integrada por la vasta familia de pensadores de la cultura occidental contemporánea que reflexionaron sobre la gran paradoja histórica *civilización o barbarie* (Weber, Nietzsche, Freud, Elias, Adorno, Horkheimer o su admirado Walter Benjamin).[20] E incluso, por decirlo con las palabras de su colega y nuevo amigo Enzo Traverso, en *Seis lecciones sobre historia* se atisban rasgos de la dimensión melancólica de la cultura de izquierda. Aunque, eso sí, una melancolía utópica dialécticamente «refractaria a la resignación».[21] Por consiguiente, la postrera conclusión del emérito profesor («hay que hacer algo más que limitarse a sollozar y seguir nadando»),[22] se puede entender también como la manifestación de un estado de ánimo prudentemente combativo, alejado de cualquier tipo de conformismo. Era una crítica lúcida y, en cierta manera, intransigente que seguía enarbolando el estandarte del materialismo histórico como instrumento para el cambio de la historiografía en la época transmoderna. Carreras estaba convencido de que el marxismo era un pensamiento «fuerte». La única filosofía del conocimiento capacitada para presentar una alternativa intelectual al dominio del pensamiento «débil». A su juicio, se trataba del último reto intelectual

19 *Ibidem,* p. 93.

20 Véase Laurent Martin, «Le pessimisme culturel. Civilisation et barbarie chez Freud, Elias, Adorno et Horkheimer», en Alexandre Escudier y Laurent Martin (dirs.), *Histoires universelles et philosophies de l'histoire. De l´origine du monde à la fin des temps*, Paris, Presses de Sciences Po, 2015, pp. 117-133. Y las imágenes del infierno y críticas avanzadas por E. Traverso en *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2000, pp. 235-253. La cita de Walter Benjamin con la que concluye el libro anterior, «Así, en cada época es preciso intentar arrancar de nuevo la tradición al conformismo que siempre se halla a punto de vasallarla», en *Sobre el concepto de Historia. Obras, libro I / vol. 2,* Madrid, Abada Editores, 2008, p. 308.

21 E. Traverso, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, pp. 97-102 y105.

22 J. J. Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, *op. cit.,* p. 96.

importante que quedaba para actuar de contrapeso frente a las culturas posmodernas de la globalización que estaban sometiendo seriamente a prueba la fe de los intelectuales ante la derrota de «la utopía de la razón, la marxista y la ilustrada» y también de la ciencia.[23]

Todas estas ideas fueron presentadas ante el público de queridos y viejos amigos, historiadores y jóvenes estudiantes de letras, reunidos en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza en su «amable y cordial» despedida académica. Habían pasado treinta y siete años desde su llegada al Instituto Goya de la capital aragonesa, cuatro menos de su ingreso en el cuerpo de profesores agregados de universidad y un cuarto de siglo del concurso de acceso en que obtuvo la Cátedra de Historia Contemporánea, Universal y de España de la Universidad de Santiago de Compostela.[24] Desde la Facultad gallega, inició el recorrido que le llevó primero a la Autónoma de Barcelona y, apenas un par de cursos después, de regreso a Zaragoza, donde se mantendrá hasta su repentino fallecimiento el 4 de diciembre de 2006.[25] En todo el tiempo transcurrido hasta 2002, es difícil saber si variaron mucho los puntos de vista de Juan José Carreras sobre el mundo, la política, la sociedad o la universidad española. Lo que parece seguro es que, cumplidos los setenta y cuatro años, mantenía la coheren-

23 *Ibidem*, p. 95.

24 Tras obtener la Cátedra, en virtud de concurso-oposición, de Geografía e Historia en el Instituto Goya de Zaragoza (01.10.1965-30.03.1969); ejerció como profesor agregado de Historia Moderna y Contemporánea de las Universidades de Granada (27.12.1968-03.06.1969) y de Zaragoza (04.06.1969-16.03.1977), donde se encargó, en 1974, de la docencia de Historia Económica de la nueva Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. A su lado, se incorporó como profesor adjunto interino Eloy Fernández Clemente y, en el curso siguiente, la docencia de Carreras la sustituyó como profesor no numerario Carlos Forcadell Álvarez. Véanse las colaboraciones de Luis Germán Zubero, «Eloy Fernández Clemente, profesor de Historia Económica», y Antonio Peiró Arroyo, «Los inicios de la Facultad de Económicas», en Pedro Rújula (coord.), *Eloy Fernández Clemente. El tiempo y la historia*, Zaragoza, Ayuntamiento de Andorra-Centro de Estudios Locales de Andorra, 2010, pp. 105-116 y 117-123. Y Carmen Frías, Pedro Rújula y Alberto Sabio (eds.), *Carlos Forcadell. A propósito de la Historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2020.

25 En su hoja de servicios se recoge que, el 2 de marzo de 1978, pasó por concurso de traslado a la Cátedra de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona. Con fecha de 1 de octubre de 1980 se trasladó a la de igual denominación de Zaragoza en la que permaneció hasta su jubilación el 9 de agosto de 1998. Ese mismo año fue nombrado profesor emérito.

cia intelectual como expresión de la gama de capacidades, valores humanos y herramientas de cultura que poseía y supo desplegar durante toda su trayectoria universitaria: encanto personal, inteligencia, flexibilidad estratégica, astucia de la razón historiográfica y experiencia cosmopolita.

En este orden, a nadie debe resultar extraño que en sus primeros momentos Carreras utilizara el capital cultural adquirido en Heidelberg (fortalecido por el conocimiento de idiomas, el manejo de la bibliografía europea y sus particulares canales de comunicación profesional), como carta de presentación y, a la vez, estrategia profesional, para infiltrarse en las filas cada vez menos prietas de los historiadores oficiales que regían los destinos del contemporaneísmo español. Catedráticos franquistas, franquistas catedráticos que, casi de inmediato, empezaron a considerarlo «un francotirador», un marxista.[26] Es más, en los sectores más conservadores y tradicionalistas de la historiografía franquista el nombre del profesor gallego se convirtió en una amenaza, un *enemigo* en potencia cuya carrera debían vigilar. De ahí, que un historiador-funcionario, remedo del revisionismo del primer franquismo, como Ricardo de la Cierva, reaccionara rápidamente ante la lejana posibilidad de que Carreras acabara en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Este *affaire* emerge, en 1972, como un antecedente inmediato, un elemento muy significativo de las luchas por el poder y las tensiones académicas desarrolladas durante la transición comunitaria en los años posteriores.[27] En última instancia, fue aquel un mundo mezquino

26 Como recordó en su conversación con el escritor y periodista Antón Castro, los que le votaron en la oposición «dijeron: "Si supiésemos a quien apoyábamos no lo hubiésemos votado"…», en «La entrevista…», *op. cit.*, p. 11. En cualquier caso, su nombre era conocido en la corporación de historiadores franquistas. Así, por ejemplo, Carreras dictó la conferencia de clausura de la Primera Semana de Cultura Alemana de la Universidad de Valladolid, presidida por el rector Luis Suárez Fernández y por el embajador de Alemania en España Hermann Meyer Lindenberg, que luego invitó a comer a todos. La noticia en el *ABC* (7 de diciembre de 1969), p. 57.

27 Véase M. À. Marin Gelabert, «Historiador, profesión académica (I). Poder político y reproducción comunitaria en España, 1965-1975», *Storiografia*, 23 (2019), pp. 33-83 (la denuncia en 45-48). Junto con las denuncias de Ricardo de la Cierva, entre los numerosos ejemplos del clima carcelario de delatores, chivatos y murmuradores de la Universidad de aquellos tiempos, recordaremos que el joven profesor de Prehistoria de la Universidad de Zaragoza, Jorge Juan Eiroa García (en 1983, obtuvo la cátedra en Murcia), no tuvo dudas en denunciar por «rojos» a dos de

de intrigas y fracturas internas, de tan abruptas como eventuales aperturas de puertas, de disidencias y cambios, pero también de *patti di colleganza*, lo que posibilitó su acceso a la cátedra el 11 de febrero de 1977.[28]

Por el otro lado, en una situación de descomposición y politización extrema del mundo universitario, no deja de ser cierto, también, que estas inquinas y maledicencias propagadas desde los medios académicos capitalinos ayudaron a fomentar, entre los círculos culturales antifranquistas, el aura de Juan José Carreras como un comprometido intelectual de izquierdas y un moderno profesor universitario. Pronto, las virtudes epistémicas que caracterizarían al nuevo historiador democrático de los años setenta y ochenta conectarían perfectamente con su formación alemana (internacionalismo, teorización crítica, conceptualización de la historia económico-social e inmediata recepción de los grandes debates internacionales). No en vano, fue en el ámbito universitario de Heildelberg donde, además de la influencia de los filósofos Karl Löwith

sus compañeros de Facultad. La noticia en María Palacio, «Relevo en la Delegación provincial. Cultura azul Falange», *Andalán* (3 al 9 de julio de 1981), p. 7. Lo peor de todo, es que este tipo de comportamientos se han mantenido a lo largo de los años. Y así, cuatro décadas después, la tradición de libelos profesionales que, sin pudores ni vergüenzas, siguen empeñados en perseguir «espectros que recorren Europa», se ha convertido en un género literario con público propio. Como muestra, baste citar los ensayos panfletarios firmados por José Manuel Cuenca Toribio, *Marx en España. El marxismo en la cultura española del siglo XX,* Córdoba, Almuzara, 2016; o el libro colectivo editado por Guillermo Gortázar, *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la historia*, Madrid, Unión Editorial, 2017.

28 Obtuvo la cátedra, por concurso de acceso entre profesores agregados, ante un tribunal presidido por Antonio Bethencourt Massieu (rector y catedrático de La Laguna) y actuando como vocales los catedráticos de historia contemporánea: Vicente Cacho Viu (Universidad de Barcelona), Vicente Palacio Atard (Universidad Complutense), José Manuel Cuenca Toribio (Universidad de Córdoba), Carlos Corona Baratech (Universidad de Zaragoza), Nazario González González (Universidad Autónoma de Barcelona) y Miguel Artola Gallego (Universidad Autónoma de Madrid). Véase *Expediente de concurso-acceso a la plaza de Catedrático de Historia Contemporánea, Universal y de España*, en Archivo General Universidad Complutense, Legajo 092466 / Expediente 01211. La orden de su nombramiento apareció en el *BOE*, 105 (3 de mayo de 1977), p. 9530. En el *Boletín* citado aparecen los nombramientos de numerarios de Historia Contemporánea de la Universidad de La Laguna de José Andrés Gallego y el de Javier Tusell Gómez de la Universidad de Valencia. Agradecemos la noticia del citado expediente al investigador Eduardo Acerete de la Corte.

y Hans-Georg Gadamer, recibió las enseñanzas sobre la nueva historia social estructural en el entorno de Werner Conze (desarrollada junto a Otto Brunner y Theodor Schieder) y coincidió con la gestación de la nueva historia de los conceptos a la que se incorporó su coetáneo Reinhard Koselleck. En este sentido, resulta evidente que el bagaje adquirido en la ciudad del Neckar, completó su personalidad de historiador y su *Denkstil* (estilo de pensamiento).[29]

Precisamente, el flamante catedrático del Instituto Goya se dio a conocer a los lectores de *Hispania* en 1968 con un extenso artículo acerca del concepto de *revolución* en Marx y Engels, donde los cuatro primeros volúmenes de las *MEW* protagonizaron el marco referencial de anclaje.[30] En el fondo, se trataba de un ejercicio hermenéutico muy cercano a la *Begriffsgeschichte* sobre el que volcó su transformación en historiador contemporaneísta. De hecho, esa aportación representa probablemente el más ambicioso acercamiento al pensamiento marxiano publicado en un órgano oficial –una revista del CSIC– hasta bien entrada la década posterior. Apenas unos meses después, Carreras incidió en el siglo XIX mediante la aproximación a uno de los grandes procesos contemporáneos (la primera gran crisis sistémica del capitalismo), desde las herramientas metodológicas del materialismo histórico aprendidas de su profundo conocimiento de la historiografía europea.[31] En este nuevo texto

29 El concepto *Denkstil*, desarrollado por el sociólogo de la ciencia Ludwik Fleck en 1935, fue utilizado por Thomas Etzemüller en su disertación, *Sozialgeschichte als politische Geschichte. Werner Conze und die Neuorientierung der westdeutschen Geschichtswissenschaft nach 1945*, München, Oldenbourg Verlag, 2001. El profesor Etzemüller impartió la conferencia «Cómo se hace un historiador», en el curso *Institucionalización y estrategias profesionales de la historiografía (siglos XIX y XX)*, celebrado en Zaragoza, 25-27 de febrero de 2010, organizado por el *Seminario permanente de Historia de la Historiografía «Juan José Carreras»* de la Institución «Fernando el Católico».

30 J. J. Carreras, «Marx y Engels (1843-1846): el problema de la Revolución», *Hispani*a, XXVIII, 108 (1968), pp. 56-154. En el número anterior había publicado un artículo de discusión bibliográfica, «Prusia como problema histórico», *Hispania*, XXVII, 107 (1967), pp. 643-666, en el que trazaba un repaso de la bibliografía más actual de las dos Alemanias.

31 «La Gran Depresión como personaje histórico, 1875-1896», *Hispani*a, XXIX, 109 (mayo-agosto, 1968), pp. 425-443. Junto al innegable dominio de la bibliografía francesa y anglosajona, en el texto destaca su conocimiento profundo y gran capacidad para acceder a la historiografía de ambas Alemanias –una característica

se hizo eco no solo de la nueva historia estructural del capitalismo propugnada por la escuela de Conze, sino que supo avanzar la recuperación de autores alemanes anteriores (Hans Rosenberg, por ejemplo) cuya recepción sería clave en el profundo cambio de la historia social alemana de la mano de un todavía incipiente grupo de Bielefeld.[32] Por último, no podemos olvidar que, durante el primer año de su incorporación a la Universidad de Zaragoza, su personal «homenaje» al medievalista Ángel Canellas, «Bolívar: una biografía de Marx», se fundamentó, entre otros, en el breve texto recuperado en el volumen XIV de las *MEW*. Un divertimento y, sin duda, un guiño intelectual que nos permite comprender el inicio de los tímidos pero imparables cambios que estaban en marcha en la Facultad de Letras zaragozana. Mucho más, cuando al veterano catedrático de Paleografía y Diplomática, que había sido un militante

que nunca le abandonó–, así como a la tradición profesional de las tres primeras décadas del siglo. Con un destacado lugar para los trabajos de Werner Conze y su *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte*, resulta muy significativo el avance de tendencias interpretativas que, en la historiografía alemana, protagonizarían los debates de los primeros años setenta a propósito de la época de Bismarck, vislumbrando también algunas de las características de los primeros momentos de la escuela de Bielefeld.

32 Recuérdese en este punto, solo a modo de ejemplo, la trascendencia de la recuperación de la obra de Rosenberg en la Alemania de los últimos años sesenta y primeros setenta, que cristalizó en el homenaje recibido con motivo del 70 aniversario de su nacimiento y la erección simbólica del «Vorwort» firmado por Hans-Ulrich Wehler como marca de fábrica de la nueva escuela. Véase, H.–U. Wehler (hg.), *Sozialgeschichte Heute. Festschrift für Hans Rosenberg zum 70. Geburtstag,* Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1974 (como volumen 11 de la colección *Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft*, iniciada apenas dos años antes). La significación de este homenaje para la escuela, en Bettina Hitzer y Thomas Welskopp, «Einleitung der Herausgeber», *Die Bielefelder Sozialgeschichte. Klassische Texte zu einem geschichtswissenschaftlichen Programm und seinen Kontroversen,* Bielefeld, Transcript, 2010, pp. 13-31 (especialmente, p. 24). En 1990, el catedrático coruñés publicaría un breve artículo que, con espíritu didáctico, mostraría las líneas generales del proceso desde la perspectiva que le ofrecían las dos décadas transcurridas, «La historiografía alemana del siglo XX. La crisis del historicismo y las nuevas tendencias», *Studium. Geografía, Arte, Historia, Filosofía,* 2 (1990), pp. 93-106. Años más tarde, una rememoración del acceso a la obra de Hans Rosenberg, gracias al profesor Carreras, en la colaboración a su homenaje a cargo de Elena Hernández Sandoica, «De Hans Rosenberg a Hans-Georg Gadamer. Mi memoria de Juan José Carreras», en C. Forcadell, *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras…*, *op. cit.*, pp. 199-204.

falangista de la primera época, perpetrador del 38 y activo colaboracionista de la dictadura, se le ofrecía una *Suma de estudio*s para celebrar su cese en el cargo de decano y ascenso a uno de los vicerrectorados universitarios.[33]

En las siguientes décadas de 1970 y 1980, el *habitus* académico alemán, junto con su personalidad –léase, su vocación marxista–, tendrán su reflejo, primero, en el espacio público y, a continuación, en el más reducido espacio universitario. En este orden, conviene recordar, de entrada, que la vocación de Juan José Carreras nunca fue la de ser un hombre público, con una implicación directa en la vida política cotidiana, a la manera de otros compañeros de la Universidad de Zaragoza, de sus nuevas relaciones personales o de los primeros discípulos aragoneses que lo rodeaban.[34] No era su carácter. En aquel mundo de jóvenes, veloces mutaciones ideológicas y efervescentes militancias políticas, las formas de actuación pública del profesor coruñés que había superado los cuarenta años, tenían mucho que ver con la posición de superioridad cultural que le proporcionaba su condición de profesor numerario e intelectual cercano al PCE. En otras palabras, formaban parte de la meticulosa interpretación de las lógicas situacionales y, sin duda, del silencio sostenido sobre su compromiso político, característico de la clandestinidad antifranquista. En esta línea, sus manifestaciones eran el resultado de la reflexión y la conciencia militante de utilizar tácticamente la teoría

33 J. J. Carreras, «Bolívar: una biografía de Marx», en *Suma de Estudios en Homenaje al doctor Canellas*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1969, pp. 249-258. La larga trayectoria académico-política de Ángel Canellas López se puede seguir en la voz que le dedica Gustavo Alares López en *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico, 1943-1984*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008, pp. 153-160; en la introducción a *Nacional-sindicalismo e Historia. El archivo privado de José Navarro Latorre (1916-1986)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015, pp. 13-78; y en los dos capítulos, «La Institución Fernando el Católico como proyecto de cultura oficial (1943-1962)» y «Éxito y crisis. La Institución Fernando el Católico y sus encrucijadas (1962-1984)», en Carlos Forcadell, Fico Ruiz y Álvaro Capalvo (eds.), *IFC. Cultura y política del franquismo a la democracia, 1943-2018*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2018, pp. 26-61 y 62-103.

34 Como ejemplo de la intensa actividad pública desarrollada por alguno de sus compañeros y amigos más cercanos, baste recordar la colaboración de Carlos Forcadell Álvarez, «Carácter y destino: la ocupación del espacio público en los años setenta», en P. Rújula (coord.), *Eloy Fernández Clemente. El tiempo y la historia*, *op. cit.*, pp. 75-85.

crítica de la sociedad y el materialismo histórico como instrumento para hacer frente a los últimos coletazos de la dictadura y los escenarios creados por el posfranquismo. Y siempre desde la perspectiva internacional que le proporcionaba el análisis de los acontecimientos y conflictos creados por la bipolaridad del sistema mundial.[35]

Al margen de otros razonamientos y circunstancias, todo esto ayuda a comprender las razones por las que, el por entonces agregado de Historia Moderna y Contemporánea de Zaragoza, no se dejó convencer fácilmente y tardó tres años hasta aceptar la invitación para colaborar en *Andalán*, el periódico de la izquierda aragonesista y progresista, dirigido por Eloy Fernández Clemente y a cuyo acto de presentación, celebrado el 16 de septiembre de 1972 en el pueblo altoaragonés de Aínsa, había asistido.[36] Y explican, a continuación, que su primer artículo, en el que rendía un homenaje al historiador socialista Antonio Ramos Oliveira, apareciera bajo el seudónimo de H. J. Renner.[37] De hecho, de las cincuenta y ocho colaboraciones que, entre 1975 y 1987, publicó en *Andalán*, todas estuvieron firmadas con ese nombre alemán que jugaba con el significado de su apellido. Solo hizo una excepción con el texto, «Historia de L», aparecido en julio de 1983, una ficción autobiográfica de saga familiar.[38] Resulta evidente, por lo demás, que mientras en los años

35 Un apunte sobre las nuevas realidades europeas y cambios en la política internacional que dejó el fin del bipolarismo hasta 2000, en Odd Arne Westad, *La Guerra Fría. Una historia mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 599-653.

36 La noticia de que J. J. Carreras estuvo presente en Aínsa, en compañía de su esposa María del Carmen López, en Eloy Fernández Clemente, *Los años de Andalán. Memorias (1972-1987),* Zaragoza, Rolde Estudios Aragoneses, 2013, pp. 23 y 26. Junto a los abundantes datos y minuciosas descripciones contenidas en este segundo volumen de memorias, una panorámica general sobre la historia de la publicación en las distintas colaboraciones del libro colectivo editado por Carlos Forcadell Álvárez, *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, IberCaja, 1997.

37 J. J. Carreras, «Antonio Ramos Oliveira, un historiador y un teórico socialista (1907-1975)», *Andalán*, 63 (15 de abril de 1975), p. 13. Sobre este historiador exiliado que había fallecido en Ciudad de México el 25 de junio de 1973, véase la presentación de Walther L. Bernecker, «Antonio Ramos Oliveira y la historia socialista de España», en A. Ramos Oliveira, *Un drama histórico incomparable. España, 1808-1939*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2017, pp. IX-CLXIII.

38 J. J. Carreras, «Historia de L», *Andalán*, 384 (segunda quincena de julio de 1983), pp. 23-30. Este pequeño relato lo dedicó a su hijo mayor Juan José Carreras López (uno de cuyos párrafos leyó en el acto civil de despedida celebrado a la muerte

ochenta el escribir con nombre falso podía responder a la costumbre, al sentido del humor o a una cierta postura de presunción intelectual por parte de los autores; durante la década anterior, en cambio, asumir la tradición intelectual del ocultamiento de la personalidad propia con la máscara del otro, aparecía como un mecanismo defensivo en el todavía arriesgado juego de los espejos de la política, con sus miedos y temores derivados de las vigilancias y detenciones policiales, los secuestros de prensa, las delaciones, las censuras académicas y las represalias administrativas que permanecieron hasta el fallecimiento del dictador y continuaron después con la inercia de las rutinas represoras. Un arma de ficción literaria que sería empleada, especialmente, por los colaboradores preocupados por compaginar su empeño en ocupar el espacio público mediante el proselitismo ideológico y la difusión de la cultura con las lógicas aspiraciones individuales de consolidar sus carreras universitarias y ascender hasta las cimas de las cátedras.[39]

Después de todo, empezando por el director de la publicación que, tras ser llamado varias veces por el Tribunal de Orden Público y visitar en diversas ocasiones la Jefatura Superior de Policía, sería encarcelado en la zaragozana cárcel de Torrero, en junio de 1975, protagonizando una célebre salida de la prisión.[40] La mayoría de los redactores de *Andalán* estaban fichados por los Servicios de Información de la Guardia Civil

de su padre). A manera de introducción, el filósofo José Luis Rodríguez escribió una breve nota titulada, «H. J. Renner», en la que desvelaba al público de lectores de *Andalán* la autoría de J. J. Carreras, el catedrático que, en ciertos momentos y lugares, se presentaba con aquel patronímico literario (*op. cit.,* p. 22).

39 A modo de ejemplo, baste recordar que el historiador Guillermo Fatás era el Conde Gauterico; que Carlos Forcadell firmaba con el seudónimo de A. Checa (tomado del anarquista vendedor de periódicos de la *Crónica del Alba* de Sender). También, su hijo Juan José Carreras López era Alfredo Benke y el crítico de arte, pintor y gestor cultural Jose Luis Lasala, utilizaba el nombre de Royo Morer. En último término, como otro ejemplo de que en los medios del antifranquismo cultural el empleo de seudónimos era una práctica común, recordaremos que Josep Fontana solía firmar como Ferrán Costa.

40 Véanse de Alberto Sabio Alcutén, «La mirada del tardofranquismo. Un periódico nuevo en un Estado envejecido: 1972-1978», en C. Forcadell, *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, *op. cit.,* pp. 49-71. Como recuerda este autor, entre otros, fue a visitarlo a la cárcel Juan José Carreras «con un fajillo de exámenes ''porque dábamos una asignatura entre los dos''» (pp. 64-66). También, su libro, *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 155-165. Un testimonio de primera mano sobre los miedos,

y sus expedientes con antecedentes desfavorables se remitían con frecuencia al gobernador civil provincial. Así, en el verano de 1972, el jefe superior de Policía envió a su superior gubernativo el siguiente informe sobre el catedrático del Instituto Goya:

> … agregado a la Cátedra de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, considerado como de ideología política contraria al Régimen.
>
> Es opuesto a la Ley General de Educación, manifestándose en tal sentido ante el alumnado, viendo con agrado la subversión estudiantil e incluso la apoya.
>
> Forma parte de la Junta Directiva del Teatro Estable de Zaragoza, en la que todos sus componentes hacen alarde de su liberalidad y oposición al Régimen y en la primera representación, dada en el mes de mayo último, hacían mofa de las Instituciones, Sociedad y ejército.
>
> En los archivos de esa Jefatura Superior, consta que en diciembre de 1969, firmó una carta dirigida al Presidente del Gobierno, apoyando el documento suscrito por los «137 intelectuales», solicitando: «Libertad sindical», «Derecho de asociación política», «Amnistía para los presos sociales y políticos», «Revisión democrática del Plan de Desarrollo», «Reforma del actual Concordato», «Libertad de Prensa, Radio y Televisión».[41]

Sea como fuere, lo cierto es que Juan José Carreras aportó su posición y sabiduría para validar el proyecto diseñado por los editores de *Andalán,* dirigido a transcender la historiografía académica franquista mediante la divulgación de una historia popular y la construcción de una *cultura histórica*, crítica y fundamentalmente marxista.[42] Con una frecuencia que variaba de acuerdo a los cambios de destino y diferentes coyunturas académicas, los lectores del periódico estuvieron informados de la actualidad internacional a través de los artículos de opinión que H. J. Renner dedicó a la fase final de la Guerra Fría (desde la heren-

preocupaciones y temores, amenazas e insultos en los recuerdos de E. Fernández Clemente, *Los años de Andalán. Memorias (1972-1987), op. cit.,* pp. 102-116,

41 «Solicitud de Certificado de Buena Conducta (1972) a favor de María del Carmen López Candenas», *Expedientes con antecedentes desfavorables. Archivo Delegación de Gobierno de Zaragoza, Ministerio de Educación y Ciencia. Caja 7 (1972),* agradecemos la noticia al profesor Alberto Sabio, principal investigador de este archivo, y la transmisión del documento a Carlos Forcadell.

42 Una primera nota en Ignacio Peiró, «La historia en el periódico o los combates por la historia en Aragón», capítulo del libro colectivo coordinado por Carlos Forcadell Álvarez, *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, IberCaja, 1997, pp. 177-198

cia de Ronald Reagan hasta la incierta sucesión de Brezhnev y la aparición del «esperanzador» Gorbachov, sin olvidar el «relevo de clases de edad» con Deng Xiaoping en China). Una amplia panorámica del sistema mundial, completada por los escritos sobre los acontecimientos y personajes del momento (el Portugal posrevolucionario y el partido de Helmut Schmidt, el centenario de Lutero en la RDA, las elecciones en Grecia, el futuro de Yugoslavia tras la desaparición de Tito, los disturbios en Marruecos y la actuación de Israel en la guerra del Líbano o la cuestión de las Malvinas). Y, por supuesto, pudieron seguir la evolución y la práctica política española con las agudas opiniones y rápidos comentarios acerca del significado de la legalización del PCE, el golpe de Estado de 1981, las elecciones de marzo de 1979 y las de octubre de 1982, o la lógica de la ambigüedad de Felipe González en la cuestión de la OTAN.

Naturalmente, los conceptos, el desarrollo histórico y los debates sobre el marxismo, la historia del movimiento obrero y la de los partidos comunistas se constituyeron en una de las temáticas principales tratadas por aquel alemán de La Coruña que escribía del nacimiento y la evolución histórica del término «dictadura del proletariado», de los antagonismos y coincidencias doctrinarias del maoísmo con la ortodoxia soviética, de la posible «crisis final» del capitalismo, del aniversario de la Tercera Internacional y del libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*. Sin solución de continuidad, entre sus aportaciones destacaron un puñado de artículos cuyos contenidos guardaban relación con la historia inmediata de la España de la Transición (el escandaloso contraste entre los sepelios de Alfonso XIII y de Niceto Alcalá Zamora, el Opus Dei y la participación de Rafael Calvo Serer en *La Clave*, el famoso programa dirigido por el periodista José Luis Balbín, la muerte de Félix Rodríguez de la Fuente o la publicación del libro de Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*). Y, finalmente, se sitúa el bloque temático donde el profesor Carreras abordaba el estudio de los fascismos europeos, del nacionalsocialismo alemán y del régimen franquista. De esta manera, dedicó tres trabajos al comentario y el análisis conceptual e historiográfico de la naturaleza del franquismo que participaron en la apertura de un debate cuya actualidad se mantiene.[43]

43 J. J. Carreras, «El franquismo, ¿un régimen autoritario? Fascismo, totalitarismo», *Andalán*, 85 (15 de marzo de 1976), p. 13; «El franquismo», *Andalán*, 400-401 (15

Desde finales de los años setenta en adelante, todo este cúmulo de capacidades de Juan José Carreras se reflejó en el espacio universitario: primero, en la práctica docente y el interés por la renovación de la didáctica de la historia (representadas en sus programas y clases magistrales, además de los cursos y las conferencias que impartió en centros de segunda enseñanza y secciones locales de la Universidad Nacional a Distancia). En segundo lugar, en la relación de investigaciones históricas que dirigió. Y, en último término, en la configuración en el Área de Historia Contemporánea del departamento que lideró con firmeza mientras, al mismo tiempo, consolidaba su imagen de catedrático y jefe de filas de la profesión.

Si en los años setenta, en los que paradójicamente afianzó su carrera profesional, apenas publicó en medios profesionales y, en consecuencia, tal como corroboran múltiples testimonios esparcidos por la geografía académica (Barcelona, Santiago, Valencia, Murcia)[44] su magisterio operó en lo fundamental por vía de la oralidad en sus cursos y conferencias, fue en la siguiente década de 1980 cuando este panorama varió substancialmente debido a varias razones coadyuvantes. La primera es una poderosa circunstancia contextual. El mantenimiento de un crecimiento imparable del alumnado universitario y de las nuevas titulaciones siguió representando un incremento equivalente del profesorado contratado no numerario, un problema estructural enquistado. La Ley que reformó la universidad en agosto de 1983 pretendió resolver o atenuar el problema tratando de consolidar la situación laboral del profesorado en precario por una doble vía. De un lado, a través del aumento de las plantillas y de su dotación. De otro, la asimilación funcionarial a través de los llamados concursos de idoneidad. Todo ello confirió un nuevo

de marzo a 15 de abril de 1984), pp. 4-6; y «Tres días sobre el franquismo. Una crónica o el coloquio de Valencia», *Andalán*, 419 (segunda quincena de enero de 1985), pp. 6-7 (los tres se reproducen en el presente volumen pp. 87-92, 283-287 y 291-293). Varios de los artículos del citado coloquio de Valencia (David Ruiz, Javier Tusell, Josep Maria Solé i Sabaté, Gonzalo Pasamar, entre otros), se publicaron en la revista *Estudis d´Història Contemporània del País Valencià*, 9 (1991).

44 A modo de ejemplo, léanse las aportaciones de historiadores como Francesc Bonamusa, Antonio Niño, Ramón Villares, M. Encarna Nicolás, Ismael Saz o Pedro Ruiz Torres en el homenaje editado por Carlos Forcadell bajo el título, *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras, op. cit*.

valor a la tesis doctoral y su volumen se disparó en pocos años. Después de todo, mientras en la segunda mitad de los años setenta se acentuó la paulatina obsolescencia de un perfil de *maestro* universitario hegemónico en las décadas anteriores, *el catedrático franquista*, el grueso de los estudiantes con aspiraciones investigadoras optó por acercarse a los modernos profesores (catedráticos o no) que garantizaban la actualización de sus planteamientos, una mayor conectividad internacional y una proyección profesional más sólida.

Derivado de esta primera circunstancia es, en segundo lugar, el reflejo de las investigaciones dirigidas desde su posición hegemónica de *nuevo y moderno* catedrático de contemporánea. De esa década son las tesis de Enrique Bernad, Luis Germán Zubero, Julián Casanova, Gonzalo Pasamar, Emilio Majuelo o Bernardo Maíz, entre otros, prácticamente una decena, dirigidas por Juan José Carreras. En su conjunto, cubrían períodos que abarcaban desde la primera mitad del siglo XIX al primer franquismo, y se abordaban procesos históricos en términos de estructura social, comportamiento electoral, conflictividad y movimientos sociales (anarquismo, movimiento obrero), formación de clase, resistencia o legitimación cultural. Testimonio de esta investigación, de una u otra forma, son los prólogos a diversas publicaciones que aportamos en este volumen.

La tercera razón tiene que ver con el paulatino éxito académico del materialismo histórico, que se autoalimentó en forma de congresos, homenajes, colecciones editoriales, nuevas revistas y, principalmente, una nueva actitud ante el conocimiento de la obra de Marx y del pensamiento marxista generado tras la gran crisis interna de la segunda mitad de los años setenta y de la promoción de diversas escuelas marxistas internacionales. El caso del marxismo británico sería paradigmático. Esta nueva actitud se volcó en el desarrollo de todo un abanico de debates internacionales, recepcionados en España con mayor o menor prontitud. Nos referimos a los orígenes del mundo capitalista y a la formación del capitalismo industrial, la formación e incidencia social y política de la burguesía decimonónica, la aplicabilidad de la categoría revolución o la interpretación de amplios arcos cronológicos en términos de transición por cuanto al modo de producción. En sus formas más específicas de investigación, darían lugar el estudio de tipologías de la propiedad y explotación agraria, las dinámicas demográficas (y su relación con los

ciclos económicos), los circuitos comerciales, los efectos generales de las diversas crisis seculares, la incidencia política de los diversos movimientos organizados en la sociedad industrial y las diferentes formas de legitimación intelectual al servicio o en oposición al poder político, entre muchas otras. Fue la década dorada de la investigación explícitamente marxista aplicada a la historia económica, social, política, de la cultura, de los intelectuales o de la ciencia. Y, además, coincidió con la conmemoración en 1983 del centenario del fallecimiento del pensador de Tréveris.

Este ciclo de análisis puramente marxista, comenzaría para Juan José Carreras, un poco antes, con su participación en 1979, en los seminarios de la recientemente creada Fundación de Investigaciones Marxistas (aunque no reconocida oficialmente hasta 1980), a propósito de *La situación del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo*.[45] Y se cerraría con su célebre ponencia sobre el devenir de la historiografía acerca de la Revolución rusa, pronunciada en el *Segundo Coloquio de Historia Contemporánea celebrado en la Universidad de León, del 11 al 13 de noviembre de 1987*.[46] Entre medias, se organizaría el multitudinario homenaje a Manuel Tuñón de Lara en Santander. Junto con su fundador, llegaría a España a lo largo de la década la dinámica de los congresos de Pau (Segovia, Cuenca); se pondría en marcha el engranaje asociativo fundamental para la construcción de una historiografía democrática;[47] y, sobre todo, de nuevo la FIM organizaría unas jornadas

45 Véase, J. Gómez Alén, «Marxismo e historiografía en España: del franquismo a la actualidad», en J. Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España, op. cit.*, p. 15.

46 J. J. Carreras, «La historiografía sobre la Revolución rusa», en Francisco Carantoña Álvarez y Gustavo Puente Feliz (eds.), *La Revolución rusa 70 años después. Actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea*, León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1988, pp. 207-221.

47 No olvidemos que el primer congreso de la Asociación de Historia Social se celebrará en Zaragoza del 20 al 22 de septiembre de 1990 y que Juan José Carreras presidió la sesión dedicada a la historia social en Aragón (con las ponencias de Carlos Forcadell y Julián Casanova), veáse Santiago Castillo (coord.), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, Zaragoza, septiembre, 1990*, Madrid, Siglo XXI Editores-Asociación de Historia Social-Diputación de Zaragoza, 1991, p. XIV. Del mismo modo, Carreras participó desde el primer momento en la gestación de la Asociación de Historia

en marzo de 1983 («El marxismo y la historia») y abril («El marxismo y la ciencia»), de las que surgiría un pequeño volumen con las intervenciones de Juan Trías, Santos Juliá, Antonio Elorza, Santiago Castillo, Carlos Forcadell y Juan José Carreras, ente otros.

En particular, la aportación de Juan José Carreras se centraba en la aplicabilidad del pensamiento marxiano para la investigación histórica, en debate con Reyna Pastor, Juan Trías y Santos Juliá. En realidad, se trata de un texto ligeramente modificado del ya publicado un poco antes en el número especial de *Nuestra Bandera. Revista teórica y política del Partido Comunista de España* dedicado al centenario de Marx, en el que junto a la transcripción del famoso debate entre Hobsbawm, Miliband, Showstach y Rowthorn sobre *la situación actual del marxismo*, se incluía una conferencia de Josep Fontana, seguida por el debate mencionado más arriba, en el que Carreras ocupaba el último lugar y, en consecuencia, comentaba las aportaciones de quienes le habían precedido en el turno de palabra.[48] Leído desde nuestra ventajosa posición, la intervención de Carreras muestra su sobrado dominio filológico de las fuentes (las obras completas de Marx y su correspondencia privada), una límpida *finezza* hermenéutica y el uso de una dialéctica clara y contundente, en especial, en sus interpelaciones a Santos Juliá.

Una dialéctica perfectamente reconocible en otra de las piezas que se disponen en el libro que presentamos. En 1981, la editorial Crítica, gracias al criterio de Josep Fontana, traduciría *The Poverty of Theory*, el influyente ensayo de E. P. Thompson publicado dos años antes. En marzo del siguiente año, el seminario periódico que se reunía en la

Contemporánea. Así, en la reunión de Valencia, que fue publicitada como las *Primeras Jornadas de Historia Contemporánea,* Carreras se encargó de la ponencia sobre los planes de estudio. Y en el segundo encuentro de la Asociación, ya en enero de 1990, moderó la sección dedicada a la historiografía alemana, protagonizada por Detlev Peukert apenas unos meses antes de su prematuro fallecimiento. Muestra del reconocimiento asociativo es la existencia del Premio anual Juan José Carreras a la mejor monografía histórica.

48 Josep Fontana, «Marx visto por un historiador» y «La concepción de la historia en Marx. Un debate con la participación de Reyna Pastor, Juan Trías, Santos Juliá y Juan José Carreras», *Nuestra Bandera. Revista teórica y política del Partido Comunista de España,* 118-119 (1983), pp. 47-51 y 52-61. El debate se publicó en Gian Mario Bravo *et al.*, *El marxismo en España*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1984, pp. 99-128 (reproducido en el presente volumen pp. 391-420).

Facultad de Ciencias Económicas diseccionó la obra de Thompson. Junto al catedrático de Contemporánea, participaron otros profesores de la Universidad de Zaragoza (Jesús Longares, Eloy Fernández Clemente, Gregorio Colás o Luis Germán Zubero, entre otros). Lo cierto es que los intervinientes mostraron un perfecto dominio de la obra de Thompson y expresaron sus coincidencias y reparos en diversos ámbitos de su apreciación. De nuevo, el lector agradecerá la claridad de Juan José Carreras en pasajes como el dedicado al pensamiento de Josep Fontana.[49]

Y en noviembre del año siguiente, participó, más allá del telón de acero, en la reunión de historiadores hispano-alemanes celebrada en Leipzig. La expedición, organizada desde España por Alberto Gil Novales, junto al que viajarían también Carlos Forcadell, Manuel González Portilla, Juan S. Pérez Garzón, José Ramón Urquijo Goitia, Marc Baldó, Juan Trías Vejarano, Luis Germán, Vicente Pinilla o Carlos Franco de Espés, apenas podía imaginar el fin de la RDA y el proceso de desmantelamiento de su historiografía, incluyendo la *depuración* a que fue sometida la obra del grupo de la Universidad de Leipzig en los últimos años de vida del profesor Kossok. Tal como confesó a Lluís Roura, en el otoño de 1989, «no es lo mismo estudiar las revoluciones que vivirlas».[50]

49 Véase «Sesión del Seminario de Historia Económica. *Miseria de la teoría* de E. P. Thompson», celebrada el 9 de marzo de 1982, en el Departamento de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza (reproducida en el presente volumen pp. 349-366). Recordemos aquí que *Historia. Análisis de pasado y proyecto social* (Barcelona, Crítica, 1982), el ensayo que le catapultó como pensador de referencia para varias generaciones de historiadores, llegó a las librerías en la primavera de ese mismo año. Aun con todo, no podemos dejar de tener presente que en los años ochenta *los tiempos* de los libros (su circulación, recepción, discusión) eran otros. De ahí la relevancia de la temprana discusión sobre la obra de Thompson. *Andalán* dedicará un extenso artículo, seguido incluso de una entrevista, a Josep Fontana (405, 15-30 de junio de 1984, pp. 13-17).

50 Véase, Lluís Roura, «Nécrologie: Manfred Kossok (Breslau, 18 mai 1930 - Leipzig, 27 février 1993)», *Annales historiques de la Révolution française*, 291 (Janvier-Mars 1993), pp. 153-154 (la cita p. 153). Carreras recordó las vicisitudes sufridas por los expedicionarios españoles en «En el país de Lutero, la República Democrática Alemana», *Andalán*, 394 (segunda quincena de diciembre 1983), pp. 32-33 (reproducido en el presente volumen pp. 270-273). En el Coloquio Hispano-Alemán de Historia Comparada de las Revoluciones participaron también delegaciones de las universidades de Pau y La Habana. Las actas fueron publicadas por el gran valedor de Kossok en España, Alberto Gil Novales, *La Revolución burguesa en España*, Ma-

Parece evidente que todo este bagaje fue reflejándose en los programas de las asignaturas en las que impartía docencia, desde sus tiempos en la Facultad de Ciencias Económicas hasta el diseño de las materias propias de los cursos de doctorado en los años ochenta y noventa. Una tarea no especialmente sencilla dadas las circunstancias propias de la transición docente en el marco del Área de Historia Contemporánea de la Facultad zaragozana. Un proceso, en cualquier caso, dilatado en el tiempo, lento y progresivo, de la mano del acceso a la docencia de su grupo de discípulos. Su dedicación fue decantándose, de acuerdo con las necesidades del Departamento, hacia cursos especializados (Historiografía, Historia de las Ideas Políticas) o de doctorado, dejando algunas asignaturas de historia contemporánea a cargo de sus jóvenes discípulos, recién doctorados. Por poner un ejemplo, a finales de la década de los ochenta, el profesor coruñés apenas impartía una asignatura en la licenciatura de historia: Historia de las Ideas Políticas; mientras que Carmelo Romero, Enrique Bernad, Emilio Majuelo o Julián Casanova se repartían el conjunto de asignaturas contemporaneístas de las que Jesús Longares (catedrático) o José A. Ferrer Benimeli (profesor titular), no se encargaban.[51] ¿En qué residía el hecho diferencial en la docencia del profesor Carreras? Los testimonios esparcidos en su homenaje señalan virtudes profesionales claramente tipificadas. Aparte de la incorporación del materialismo histórico y de su acercamiento crítico a

drid, Editorial Complutense, 1985. Una nota y la fotografía mencionada en I. Peiró, «"La vida a los 25 años". Novela de formación o aprendizaje», *op. cit.*, pp. 25-26 y 87. La trascendencia de la escuela de Leipzig en esos años, en «Der Wissenschaftsbereich für Allgemeine Geschichte der Neuzeit 1969-1992», en Matthias Middell, *Weltgeschichtsschreibung im Zeitalter der Verfachlichung und Professionalisierung. Das Leipziger Institut für Kultur– und Universalgeschichte, 1980-1990. Band 3. Von der vercleichenden Kulturgeschichte zur Revolutionskomparatistik*, Leipzig, Akademische Verlagsanstalt, 2005, pp. 967-1065. También en Alberto Gil Novales, «El destino de una vida: Manfred Kossok y la historia universal» (pp. 79-96), entre las múltiples aproximaciones ofrecidas en Manuel Chust (ed.), *De revoluciones, Guerra Fría y muros historiográficos. Acerca de la obra de Manfred Kossok*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2017. Acerca de la depuración mencionada, véase Werner Röhr, «Dismantling the GDR's Historical Scholarship. A Case Study of the University of Leipzig», en Axel Fair-Schulz y Mario Kessler (eds.), *East German Historians since the Reunification. A discipline transformed, op. cit.,* pp. 165-187.

51 Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. *Guía académica. Programas. Curso 1988-1989,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1988.

las tradiciones marxistas, se basaba en su competencia profesional, en su brillantez expositiva, en una llamada a las fuentes originales para la comprensión de los procesos observados, en una lectura atenta y crítica de los textos (sus *cuadernillos de textos*), en la maestría del detalle y en la facilidad para la generalización desde la minuciosidad. También emanaba de un conocimiento poco común de la bibliografía internacional, que permitía incorporar continuas novedades a sus temarios y a sus clases. Observado a día de hoy, tanto la estructura de materias como el anclaje referencial que se extrae de esos programas permite identificar claras tendencias: la monografía y el ensayo sobre el manual; la historiografía internacional sobre las introducciones de segundo nivel en castellano; la historia de las ideas y los conceptos sobre la narración cronológica de procesos, etc. En este sentido, son célebres sus programas iluminados con dibujos o *collages*, pero lo más interesante de esos programas reside principalmente en que funcionan como mecanos que se iban construyendo a medida que transcurría el curso, de manera que crecían y se interrelacionaban hasta construir una totalidad.

Sin embargo, probablemente lo más modernizador de su docencia y algo por lo que debe ser recordado es su convencimiento de que no existe historia sin historiografía, y no existe historiografía sin historia de la profesión de historiador, de ahí que desde los años ochenta fuera impulsando una línea de investigación absolutamente novedosa en España, la historia de la historiografía, por la que, junto a su razón marxista, es reconocido internacionalmente.[52] Como hemos advertido, además, estas características tendrán también su reflejo en la paulatina configuración del Área de Historia Contemporánea en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, la complementariedad de su profesorado y la proyección nacional e internacional de sus obras individuales, en las décadas en las que ejerció como indiscutible señor (el *Herr* como era conocido en los pasillos del Departamento) e indiscutido *Vordenker*. Todo junto, contribuyó a conformar la imagen pública de un profesor de historia, socialmente comprometido, que había creado desde mediados de los años sesenta junto con una cuidada fama de ágrafo, completada con unos coquetos

52 Un ejemplo en Gian Paolo Romagnani, *Storia della Storiografia. Dell'antichità a oggi*, Roma, Carocci, 2019, p. 367.

y estudiados desaliños indumentarios. No cabe duda de que Juan José Carreras fue un gran seductor.

En este libro hemos pretendido compilar algunos de los textos de Juan José Carreras que presentan una más dificultosa accesibilidad. Representa su faceta más pública. Se han dispuesto en secuencia cronológica pero, al mismo tiempo, se han agrupado de acuerdo con su naturaleza. Así, los artículos publicados en la prensa periódica, separadamente de los textos universitarios. Siguiendo el criterio de otras ediciones de la obra de Juan José Carreras, prescindimos de notas y aparato crítico. Lejos de constituir una última compilación de su *Opera Minora,* los textos que siguen son, en realidad, testimonio de la formación de su pensamiento y de su proyección paulatina sobre públicos diversos, a los que dedicó, por igual, lo mejor de sí mismo durante las cuatro décadas que siguen a su retorno desde Heidelberg. Con ello, el lector de hoy adquirirá herramientas para comprender al profesor y al pensador. Y el lector que pudo llegar a tratarlo en algún momento, podrá ahondar en su conocimiento. Al fin y al cabo, aunque su popularidad no decayó desde los años setenta, nunca consiguió ser gobernador civil de Cuenca.[53]

Incluimos, excepcionalmente, un epílogo firmado por Emilio Majuelo, inédito hasta el día de hoy, que recoge su intervención en la conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Karl Marx organizada por el Instituto Gerónimo de Uztáriz de Pamplona.

53 Prueba de su popularidad es la noticia de la cena de homenaje recibida por Juan José Carreras el 4 de marzo, apareció en *Andalán* (108, 1 de marzo de 1977). Aunque no sería publicada en el *BOE* hasta el de mayo, la Orden Ministerial de su nombramiento fue firmada el 21 de febrero. Su «vocación» gubernativa, en nota humorística *El rincón del tión* incluida en el último número de la revista de 1982, en la que se leía: «Un anónimo llegado a la redacción de ANDALÁN, al que por otro lado no damos mayor crédito, asegura que para el mismo día que se ha organizado una cena en El Cachirulo, para celebrar el ingreso de Labordeta y Eloy [Fernández Clemente] en el Partido Aragonés Regionalista, con el claro objetivo de formar el trío El Simoney con Hipólito [Gómez de Roces] como bajo sostenido. El acto será presidido por el futuro Gobernador Civil de Cuenca, Juan José Carreras», *Andalán*, 370 (15 a 31 de diciembre de 1982), p. 6.

HISTORIA POPULAR

Andalán (1975-1987)

Antonio Ramos Oliveira, un historiador y un teórico socialista (1907-1975)*

El periodista e historiador socialista Antonio Ramos Oliveira ha fallecido recientemente en Méjico, a los 68 años de edad. Para los habituales de las librerías su nombre quizá resulte conocido por los pequeños volúmenes de su *Historia social y política de Alemania*, o por los dos primeros de su reelaborada *Historia de España*, que comprenden hasta la Edad Media. La edición original de esta última obra data del 1952, su valor radica precisamente en la parte fuera del alcance de nuestros lectores, en la parte de historia contemporánea. Para ella había ido preparándose Ramos Oliveira desde la publicación allá en 1935 de su polémico libro *El capitalismo español al desnudo*, uno de los primeros estudios críticos de las estructuras sociales y económicas del capitalismo hispano. En su obra posterior, nos ofrecerá una visión global de la historia contemporánea, que no ha dejado de inspirar desde su publicación, la más de las veces sin ser citada, a todos los que en distintos campos se enfrentaron con el problema histórico del desfase de la evolución política española dentro del marco europeo. Asumiendo toda la tradición crítica frente al Estado y la sociedad nacida de la Restauración, la replantea al nivel de una historiografía de inspiración marxista, que Ramos Oliveira a veces solo pudo perfilar en la fuerza descriptiva de muchas de sus conclusiones:

> El capitalismo español –nos dice, por ejemplo, al tratar de la sociedad que encontrará la Segunda República– oculta poderosos elementos anticapitalistas. La nobleza parasitaria, eje de la oligarquía territorial, tiende su garra enguantada sobre la economía española, con toda la funesta efectividad de una clase social reaccionaria que está aún en condiciones de menospreciar las demás clases sociales porque ninguna de ellas le iguala en

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 63, del 15 de abril de 1975, p. 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

riqueza. Ese poder económico de la aristocracia terrateniente se acompaña de hondas repercusiones en el ámbito capitalista español.

El PSOE, criticado

Pero, además, del Ramos Oliveira de las publicaciones en el exilio mejicano, hay otro, el joven corresponsal en Berlín del periódico del PSOE *El Socialista*, durante los trágicos años finales de la República de Weimar, y el teórico que hará frente a las críticas dirigidas al socialismo español en los años iniciales de la República. Su primer libro es también el de más ambiciosa teoría socialista de su carrera publicista. El PSOE soportaba las críticas que desde la izquierda y desde la derecha se le hacían por su colaboración con la Dictadura de Primo de Rivera, y simultáneamente se veía en la obligación de fundamentar doctrinalmente su postura ante la República. Raúl Morón no era el único que sostenía que el socialismo español ya había sacrificado bastante de sus ideales para contribuir al alumbramiento de una República a fin de cuentas burguesa, concluyendo en su libro *La ruta del socialismo en España*: «el partido socialista tiene que dejar que el carromato republicano siga marchando sobre sus propias ruedas». Pero, al mismo tiempo, estos son años que marcan la definitiva ascensión del nacionalsocialismo en Alemania, el fascismo era un fenómeno que ya no había que tomar en serio solo en Italia. Frente a este peligro, la Tercera Internacional comunista se obstinaba todavía en considerar a los «socialfascistas» como su enemigo principal, mientras que los socialdemócratas se defendían escudándose en una legalidad cada vez más precaria. Por eso, a partir de estos años comienzan a aparecer las grandes obras sobre el fascismo de los teóricos socialistas, Rosenberg, Bauer, Borkenau… Muy bien puede sumarse a ellas por su ambición y alcance la del joven periodista de veinticinco años que era entonces Ramos Oliveira, *Nosotros los marxistas*, publicada en la entonces activa Editorial España, en 1932. Obra que al tiempo atendía además a las cuestiones que apremiaban específicamente al socialismo hispano de aquella época.

Si Lenin se paso…

La obra parte de lejos, de la fundación de la Tercera Internacional por Lenin, que el autor en línea con su propio partido considera el gran

error. No solo por haber escindido el movimiento obrero, sino sobre todo por haber instituido un organismo rector de provocaciones constantes, que no vacila en calificar expresivamente de «anarcocomunistas», calcos dogmáticos de la táctica insurreccional soviética, y que habrían contribuido con otros factores a arrojar en brazos del fascismo a una burguesía y clases medias exasperadas por continuas intentonas sin resultado. «Si Lenin se pasó, Kautsky no llega», afirma Ramos Oliveira, al criticar por otra parte la actitud del «reformismo oportunista» de la socialdemocracia alemana, que contemplaba pasivamente en aquel año la ascensión de la marea fascista.

> La hora es grave. El capitalismo se debate en la agonía. Nos hallamos en vísperas de supremas violencias. Ayer fueron Italia, Hungría, Polonia, Bulgaria, las naciones que cayeron bajo el terror del fascismo. Hoy la amenaza de Alemania adquiere dolorosa realidad. La reacción cobra vuelo en el mundo rápidamente. El socialismo internacional no tiene tiempo que perder.

Pero esta visión cataclísmica, común a todo el pensamiento socialista europeo de entonces, no le priva de distinguir entre régimen burgués y dictadura fascista, extrayendo las consecuencias. «Las dictaduras fascistas surgen para defender y afirmar el capitalismo cuando las fuerzas marxistas han adquirido tal desarrollo que ponen en peligro el orden social y las instituciones de la burguesía», el fascismo, «forma del Estado burgués correspondiente a la etapa del capitalismo imperialista», tal como lo define en otra obra posterior, solo eclosiona inmediatamente en las «naciones que se consideraron defraudadas o agredidas por la Paz de Versalles», de ahí el componente nacionalista y belicista. Pero se «diferencia de los demás géneros de reacción burguesa porque es un movimiento de masas. Constituyen esas masas: la burguesía, la pequeña burguesía y parte del proletariado». Para arrastrarlas «el fascismo no habla el mismo lenguaje en todas partes», «en Italia se llama fascismo, en Alemania nacionalsocialismo, en otros pueblos tiene otros nombres».

El caso italiano

Una vez en el poder, al fascismo se le cae su máscara. ¿Cuál es la situación actual del proletariado italiano?, se pregunta Ramos Oliveira:

> Los obreros no pueden asociarse más que en los sindicatos oficiales. No existe ninguna organización de resistencia que haga frente a los abusos

> patronales. Está prohibida la huelga como delito contra la patria. El proletariado italiano percibe jornales miserables y carece de defensa ante la clase patronal. Por otro lado, los sindicatos fascistas no funcionan democráticamente. Las juntas directivas son designadas por el ministro de Corporaciones. No hay asambleas. No hay libertad en ningún sentido.

Por todo esto, frente a una política de lo peor, que Oliveira Ramos conocía muy bien por su experiencia alemana, pero cuyas consecuencias todavía no eran evidentes para muchos, no vacila en afirmar axiomáticamente: «solo hay una ocasión en que el socialismo carece de salida, aquella que sigue al establecimiento de una dictadura fascista».

Anticipando tesis de su posterior obra *La Revolución española de Octubre*, tesis que tras el aplastamiento del socialismo en Alemania y Austria habrían de generalizarse a toda la izquierda española en 1934, concluirá en otro lugar:

> Si de acuerdo con la fórmula de los revolucionarios del siglo XIX, espera el proletariado a que desaparezca la legalidad para insurreccionarse, está irremisiblemente perdido. La técnica fascista destruye implacablemente toda posibilidad de levantamiento proletario. Si el fascismo se ha apoderado del Estado, a la clase obrera se le cierran todas las salidas.

Entre dictadura fascista y democracia burguesa creía que la elección no tiene dudas. «Un marxista no debe seguir a la burguesía en la campaña contra el Parlamento. Un marxista tampoco debe sentirse más parlamentario que la burguesía». Para Ramos Oliveira es el respeto o el olvido de esta máxima lo que explica paradigmáticamente el triunfo de la Revolución rusa, la derrota del leninismo dogmático en la contrarrevolución italiana y el descalabro del socialismo reformista en la revolución democrática alemana. Hay que evitar tanto la aventura irresponsable como el fetichismo legalista.

Callejón sin salida del fascismo

Llegado a este punto, y con cierta habilidad dialéctica, Ramos Oliveira se sirve de esta consecuencia obtenida en el plano europeo para fundamentar doctrinalmente la actitud socialista ante la Dictadura de Primo de Rivera. Esta no habría sido una dictadura de clase, cuya única forma en la época imperialista habría sido forzosamente la fascista, sino de una oligarquía. «En 1923 la lucha de clases en España no es tan aguda que

exija la derrota del proletariado», así no se impide el funcionamiento de sindicatos e instituciones socialistas. Tan solo de las anarquistas, es verdad, pero el autor, siempre con un ejemplo europeo a mano, nos remite a Cronstadt para explicar que el mismo destino corren en una dictadura socialista. Si los socialistas «hubieran dado el pecho en la calle» se habría producido un reagrupamiento de la burguesía y clase media en torno al dictador, y la dictadura de la oligarquía se habría transformado en un régimen fascista. La aventura insurreccional habría llevado al callejón sin salida del fascismo.

La misma lógica que habría dictado la táctica socialista en la Dictadura, lo haría en los primeros pasos de la República, «que será durante unos años lo que la vía férrea para la locomotora. Afianzar la República es para nosotros tanto como abrir camino al socialismo». Oliveira defiende la legalidad republicana precisamente hasta el punto en que se rompe el «equilibrio legalitario», al exasperarse la lucha de clases. Los socialistas no deben rehuir la vía parlamentaria para llegar al poder, como hicieron los italianos en 1920, pero deberán saber utilizarlo, al revés de los socialdemócratas alemanes en 1928, para dar el golpe de Estado, ya que «democráticamente no puede cumplirse la transición del capitalismo al socialismo», hace falta la dictadura. Participando de la creencia general a caso todos los teóricos socialistas de su época, Ramos Oliveira cree que «el parlamentarismo, que resiste bien el predominio de una clase, no resiste la pugna dramática de dos antagonistas». «Yo calculo –nos dice en 1932–, que el Parlamento no vivirá en España más de diez años todavía. No será un general quien le mate por un pronunciamiento, porque se puede confiar en que el ciclo de las cuarteladas ha terminado en la revuelta del 10 de agosto de 1932. El Parlamento morirá, como murió en Rusia, en Italia, en Alemania, gravemente herido por los problemas de clase».

El terror blanco

Pero en 1932 la experiencia europea de Ramos Oliveira le dictaba cierto realismo que contrasta con el optimismo a veces casi rosado de muchos de los autores socialistas españoles de la época. «El fascismo en Europa es más fuerte de lo que se cree. Y un triunfo del sistema, vigorizado por el tema general de la burguesía al socialismo marxista, en los principales

países de nuestro continente equivaldría a un periodo de terror blanco y esclavitud proletaria que nadie es capaz de limitar en el tiempo».

Sin embargo, su fe en un porvenir socialista a largo plazo no le abandonó nunca. Un año después, ya incendiado el Reichstag y comenzada la sangrienta represión de la clase obrera alemana, en su libro *Alemania ayer y hoy*, primera versión de su *Historia de Alemania*, concluía diciendo:

> No se olvide que Hitler, Mussolini y todos los dictadores fascistas que son y serán en el mundo, vienen a cumplir la misión histórica de contener lo fugitivo; de sostener la que se cae sin remedio; de amparar aquello que se desampara por sí mismo; de asfixiar a lo que nace e inyectar vida a lo que muere. El régimen hitleriano durará hasta la próxima guerra que viene a grandes zancadas.

La profecía se cumplió, pero su cumplimiento lo contemplaría doce años más tarde desde el exilio mejicano.

Portugal, la normalidad de un proceso*

En un primer momento hubo una prometedora interpretación de la situación portuguesa que no hablaba ni mucho menos de cosas tan descarnadas como «el entierro del fascismo», sino que amparándose en la vaporosa semántica hispánica ensalzaba el «triunfo de la moderación», que a juicio del *Arriba*, por ejemplo, homologaba al país vecino con el espíritu del 12 de febrero, «en las intenciones, no en las fórmulas», concluía cautelosamente el diario del Movimiento. Pero ahora las cosas parece que se irían presentando más fáciles todavía, ha comenzado la lucha entre comunistas y socialistas, al fin y al cabo marcados por el estigma original de ser partidos políticos, y ya se sabe que partido viene de partir. Pero no solo los complacidos profetas de lo peor, también algunos demócratas dan signos de la práctica. Realmente, hay una interpretación de los sucesos de Portugal que conviene evitar, es la versión dramatizante de una lucha por el poder entre comunistas y socialistas. Obviamente, el poder ya tiene dueño, todos saben quién es: el Movimiento de las Fuerzas Armadas, constituido en garante del rumbo socialista de la evolución política. Pero, además, hay un hecho que suele olvidarse. Portugal ha salido de un período preelectoral para entrar de lleno en otro; como es sabido, en octubre se celebrarán nuevas elecciones para la Asamblea Legislativa. Todos los períodos electorales democráticos ofrecen unas características propias, no en vano se trata de lograr un máximo de votos reflexivos, y no adhesiones plebiscitarias inducidas. Los partidos procuran definirse orientándose por las potenciales masas electoras. La situación se agudizaba más en Portugal por dos factores, en primer lugar, la existencia del pacto con el MFA

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 65, del 15 de mayo de 1975, pp. 3 y 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

formulaba ya una plataforma obligada de coincidencia, esto permitía concentrarse en el trabajo de captación de votos, tiempo habrá después para desarrollar los acuerdos, lo principal era afianzarse en los dos puntos de partida, las elecciones de abril y las de octubre. El segundo era el factor de incertidumbre con que trabajaban los partidos portugueses, difícil de imaginar para los documentados partidos del continente. Por lo que hacía a su audiencia y a su peso efectivo en las urnas, los partidos se desconocían unos a otros y a sí mismos. Un PCP podría muy bien temer que los años de envilecimiento e ignorancia políticos que supone todo fascismo arrojasen un saldo favorable a las derechas retrógradas, la necesidad se imponía entonces de guardar el máximo de votos a su izquierda, y de identificarse hasta el mimetismo con el MFA, llevándole a adoptar posiciones que desde la óptica de otros partidos comunistas europeos resultaban sectarias. Así se explican las alusiones de Berlinguer y la contestación de Cunhal. Mientras tanto el PSP albergaba temores contrapuestos, el resto de las naciones latinas tenían como primer partido obrero precisamente al comunista. La única manera de asegurarse un buen margen de maniobra era atraer votos de la derecha socialista, de ahí el carácter anticomunista de la campaña de Soares. No ha habido avalancha comunista, ni siquiera en las regiones industriales de Lisboa y Santaren rebasó este partido el 20%. La derecha socialista, por otra parte, votó dócilmente a un PSP que aparecía como solitario baluarte contra algo que confusamente se temía. Pero con esto los problemas no han hecho más que empezar. Ambos partidos se preparan para el reencuentro con los electores en octubre, y en este terreno el control de los medios de información y de la Administración local tiene su importancia. Pero el problema, el del control de la prensa y el de la reelección de los municipios, tiene un árbitro, el MFA. Esta pugna marcada por electoralismo se desarrolla en un contexto económico grave. El problema de la unidad sindical fue zanjada inapelablemente por el mismo MFA en vísperas de las elecciones últimas. Si la lucha política entre los dos partidos complica los problemas de reajuste económico, es de suponer que cobrasen fuerza en el seno del MFA los partidarios de aglutinar a los partidos de la izquierda socialista de propia mano y sin esperar a pasadomañanas electorales. De estas y otras tendencias o grupos interiores de MFA hablaremos otra vez.

La Europa de los chinos*

Poco después de haber decidido nombrar un representante en la Comunidad Económica Europea, China ha enviado en visita oficial a la Francia de Giscard d'Estaing nada menos que a su vicepresidente, Teng Hsiao-ping. Y este personaje expresa públicamente su apoyo a la construcción de la unidad europea y la esperanza de su reforzamiento, incluso militar.

Este proceder puede indignar, como ha sucedido tratándose del secretario del Partido Comunista Francés, que ha hablado de «obsesión antisoviética» y «apoyo a la Europa de los trusts y los capitalistas». Puede también considerarse como una muestra de realismo político o, incluso, como ejercicio de dialéctica revolucionaria: debilitemos a nuestros principales antagonistas, aun a costa de apoyar por el momento a otros más pequeños; al final «prevalecerá el viento del Oriente». Pero lo que evidentemente no puede es sorprender a nadie. La nueva política china frente a Europa responde a una revisión de su análisis de la Comunidad Europea, revisión comenzada en los primeros setenta e integrada en una nueva concepción global de su política exterior e incluso de la revolución mundial. En cierta manera, China recurre otra vez al viejo concepto de la coexistencia, un concepto, no hay que olvidarlo, formulado por primera vez por los chinos en 1954. Pero la situación es otra, en ella Europa se encuentra alojada en una zona intermedia o segundo mundo, expuesto, lo mismo que el tercero, al que declara pertenecer China, a la amenaza de las dos superpotencias, Rusia y Estados Unidos. La operación diplomática se remata con una declaración tranquilizadora para sus huéspedes franceses y europeos en general: por boca de su

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 66, del 1 de junio de 1975, p. 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

viceprimer ministro, China declara solemnemente que nunca será una superpotencia, ni aun cuando disponga de base material para ello.

Antes, no era así

Nada más fácil que arrojar a la cara de la nueva diplomacia china una colección de citas espigadas en textos de hace años. Todavía en 1963 la prensa de aquel país calificaba a la Comunidad «de fenómeno de desintegración del imperialismo, instrumento de los Estados Unidos». En Francia se veía sobre todo al representante de la idea nacional frente a la Europa americana, cosa que, para mayor embarazo de los políticos franceses, no dejaron de proclamar paladinamente los chinos en la ceremonia del restablecimiento de las relaciones en 1964. Igual que en el Oriente, son años de tanteos en torno al Japón, se juega con las posibles diferencias internas dentro del sistema de alianzas americano. No hubo reparos, entonces, en dignificar la figura del general De Gaulle, que hasta hacía unos meses era considerado como «típico representante del capitalismo monopolista, apoyado en las bayonetas fascistas». Pero con todo, en esta época no había lugar para una política europea muy específica.

Recién recuperada de las pruebas que significaron los experimentos de las Comunas Populares y el «Gran Salto hacia Adelante», abandonada realmente por Rusia en sus enfrentamientos con Estados Unidos por Taiwán, China ocultaba su impotencia bajo el famoso lema «el imperialismo es un tigre de papel», e intentaba desarrollar su vocación tercermundista. No se trataba, sin embargo, de una reedición de la China pacifista y moderada de las conferencias de Bandung (1954) sobre el tercer mundo y Ginebra sobre Indochina (1955), sino de la China viajera y plena de proselitismo revolucionario de Chuenlai. En su famosa gira por «la zona de tempestades de la revolución mundial», el ministro comentaba en 1964, al abandonar África, un antiguo poema chino:

> Las filas de los pueblos revolucionarios del mundo son como un millar de velas flotando majestuosamente al viento del mar. La causa revolucionaria de los pueblos del mundo es como un bosque levantándose con el vigor de la primavera.

Ni aquí, ni en la visión del mundo dividido en los campos de los países subdesarrollados y las ciudades de las naciones industrializadas, había un lugar propio para Europa, considerada mero apéndice de América del Norte.

Exacerbación del antisovietismo

Es sabido cómo terminó esta época de grandes proyectos. Mientras se aplaza para siempre lo que iba a ser la segunda Bandung (la conferencia de Argel) los chinos se ven literalmente sorprendidos por el baño de sangre en que desaparece el enorme partido comunista indonesio, y los americanos comienzan a bombardear las afueras de Hanoi…

A finales de 1965, y no sin cierto orgullo, China se declara cercada por los imperialistas americanos, los reaccionarios indios, los imperialistas británicos, los militares japoneses y los revisionistas modernos, es decir, los rusos. Unos meses después hace eclosión total algo que ya se estaba gestando desde 1962, la Revolución Cultural. Durante varios años China se retraerá de los escenarios mundiales. El clima de exaltación no resultó muy apropiado para el cultivo de las relaciones exteriores. Por no mencionar más que a Europa, multitud de incidentes pusieron en peligro las relaciones diplomáticas con Francia e Inglaterra. Respecto a la primera, los acontecimientos de mayo del 68 fueron calificados de «justa lucha de los sucesores de la gloriosa Comuna, reprimidos sangrientamente por la camarilla dominante de la burguesía».

Para la futura definición de la nueva política europea china, lo importante en estos años es la exacerbación del antisovietismo. Se pasará a calificar abiertamente de Santa Alianza contra los pueblos la aproximación ruso-americana, mientras que el Pacto de Varsovia es asimilado a la Alianza del Atlántico Norte. De esta manera, cuando llega la hora de la calma en 1969, Chuenlai, dejando a Lin Piao la exaltación de los movimientos que afirman «que el poder está después del fusil», hace un llamamiento a la unión de todos los pueblos oprimidos por el imperialismo americano y el revisionismo soviético. Hay que «formar un frente unido» contra el intento de las superpotencias de repartirse el mundo. Este llamamiento se formula sin distinción de regímenes ni inmediatas exigencias revolucionarias.

Europa, privilegiada

Naturalmente, Europa no podía menos de resultar privilegiada en esta afirmación de Realpolitik. China se encontraba lo suficientemente consolidada ideológicamente, Mao es proclamado «el Lenin de nuestra épo-

ca», como para poder decretar por sí misma lo que era «compromiso necesario» o «colusión vergonzante» con el mundo capitalista. No habrá dificultades para justificar, no solo la visita de Nixon a Pekín en 1972 o la reanudación de relaciones diplomáticas con los «revisionistas» yugoslavos, sino también la represión del movimiento nacional de Bangla Desh, el aplastamiento del levantamiento de los comunistas sudaneses o el mantenimiento de relaciones con los militares chilenos. Por eso, a partir del X Congreso del Partido en 1973, que hace pública la condena de Lin Piao, la política europea de China se hace cada vez más clara. «Hemos apoyado y apoyaremos a la Comunidad Europea», declara Chuenlai en mayo de 1973. La desaparición de las veleidades colonialistas europeas permite incluso integrar la tradicional política proárabe con la nueva orientación europeísta, bajo el lema de «Devolver el Mediterráneo a los pueblos mediterráneos». Buena tarjeta de visita que facilita a los chinos su presencia sucesivamente en Italia, Grecia, España y Malta, cuyo primer ministro visita Pekín y obtiene un préstamo de 44 millones de dólares…

Por último, los chinos terminarán aceptando que ni siquiera Francia admitiría la retirada de las tropas americanas sin un correspondiente repliegue de las rusas. Por eso, y con gran escándalo de los comunistas alemanes, la delegación china que visita la República Federal en mayo de 1973 concluirá en su informe que la presencia de tropas americanas en suelo europeo «es militarmente justa, dada la amenaza de la superpotencia rusa». No otra cosa es la impresión de la prensa francesa de estos días, donde se ha asegurado que el viceprimer ministro insinuó que China no se opone a la presencia de los americanos donde sea deseada, en Europa o en el Japón. En los dos casos esta presencia tiene para China la ventaja de fijar el potencial militar ruso, aliviando la presión sobre sus propias fronteras. Esta realidad, y no otra, es la que se esconde bajo la cita de Chuenlai, que hace el honor a Europa de suponer que constituya «la llave» de la contraposición ruso-americana.

Ascos a los créditos

Podríamos preguntarnos, por último, si Europa es algo más para China que un peón en sus intentos de ganar el tiempo perdido y recuperar, ampliada, su libertad de movimientos en el nuevo contexto internacio-

nal. Pues no hay que olvidar que a comienzos de año el propio Chuenlai proclamó el ambicioso plan de situarse en treinta años en la primera fila de las grandes naciones industrializadas. Y para esta tarea resultará necesaria la ayuda exterior. Recién emergida de su Revolución Cultural, China ha triplicado en tres años sus intercambios con el extranjero; el 80% de estos intercambios se realiza con el mundo capitalista. Mientras tanto, cosa nunca vista, la balanza comercial china ha comenzado a cerrarse con déficit. Si el Gobierno quiere mantener su promesa, tarde o temprano China tendrá que abandonar su hábito de pago al contado y adentrarse en el mundo de los créditos y los préstamos internacionales. También aquí sería fácil acumular citas de viejos textos, condenando el sistema internacional de préstamos «como secreción repugnante del sistema mundial capitalista». Pero esto no tiene importancia. Lo importante es que entonces Europa para China no se llamará Francia, sino probablemente Alemania. Por eso, la visita a Francia, a pesar de las esperanzas del capitalismo francés, debe considerarse esencialmente como una maniobra política. A los grandes capitalistas o prestamistas internacionales no hace falta ir a visitarlos, vienen siempre a verle a uno. Y ya en 1972 una delegación de industriales y banqueros alemanes, presidida nada menos que por el presidente de Krupp, aprendió el camino de Pekín.

Portugal, el peligro del caos*

En la situación actual de Portugal, el peligro no se encuentra en una dictadura totalitaria de izquierda o en el deslizamiento a la socialdemocracia reformista. El peligro consiste sencillamente en el caos, caos económico y político en ausencia de una política clara y en la ausencia de un poder capaz de arbitrar de alguna manera las opciones entre las distintas soluciones «partidarias», para utilizar el nuevo lenguaje de los militares portugueses. Detrás del caos y de la indecisión está la reacción de la derecha, el golpe de Estado reaccionario, la represión sangrienta y la abierta intervención extranjera. Frente a esto nos debemos sentir solidarios de Portugal, no limitarnos al lamento de que su trayectoria no responda a nuestros deseos o no compense nuestras frustraciones, sino intentar comprender la gravedad de la situación que atraviesa la revolución portuguesa.

La ilusión del MFA

Una revolución como la vecina, con su intento liminar y declarado de lograr de alguna manera la transición al socialismo, exige cada vez con más urgencia una definición clara de las condiciones políticas mínimas en que tal trayectoria es posible, ahora y allí, en Portugal. Todo lo demás es y debe ser negociable y eventual. Por otra parte, una nueva política económica exige forzosamente sacrificios y coacciones para cuya consecución es necesario atenerse a la realidad social del país, incluso a su geopolítica, y no al idealismo voluntarista de las líneas «teóricamente correctas». Un experto nada sospechoso de simpatías excesivas por el régimen portugués reconocía hace algún tiempo que «el cuarto Gobierno provisional ha

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 71, del 15 de agosto de 1975, p. 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

tenido menos de cuatro meses para llevar a cabo una tarea de reestructuración económica apenas comenzada antes de él. Sus decisiones han sido muy coherentes, pero los decretos de aplicación frecuentemente han tardado en llegar y cuando por fin han aparecido en el *Boletín Oficial* eran aplicados con desgana». Y esto a pesar de reinar más unanimidad de lo que se cree sobre los objetivos últimos, definidos en el prólogo al plan de medidas industriales a corto plazo publicado en junio, como «la eliminación del capitalismo monopolista y latifundista que caracteriza a Portugal en provecho de un nuevo sistema económico socialista». Por eso, las dudas y vacilaciones en el desarrollo de los decretos no eran tanto como consecuencia de falta de convicciones o voluntad de sabotaje, como se reflejó de la propia indecisión del Gobierno, incapaz de optar con claridad y de una vez entre las distintas soluciones políticas que le ofrecían los partidos. Es también por la falta de «un plan de acción política», sustituido por «sucesivos y nuevos compromisos» que intentan mediar entre posiciones irreconciliables por lo que justificó recientemente su dimisión precisamente el secretario de Estado de Industria, Martins Pereira, próximo al Movimiento de la Izquierda Socialista. El MFA parece haber sido víctima de su militar ilusión de encarnar una instancia superior que por su propia naturaleza podía permitirse el lujo del arbitraje continuo. Esta ilusión, por darle algún nombre, ha culminado en la constitución de un triunvirato supremo en que las tres lecturas de la revolución, tal como es moda decir en la prensa portuguesa de estos días, se hipostasian en tres distintos generales: el moderantismo en Costa Gomes, el filocomunismo en Vasco Gonçalves y un poco a contrapelo el gauchismo urbano en el impetuoso Otelo Saraiva de Carvalho. En el momento en que por fin el MFA admite abiertamente su descomposición en fracciones de distinta coloración política, lo único que se le ocurre es personalizarlas en una troika, cuyos puntos de vista sobre la situación actual son diametralmente opuestos. En estas circunstancias, y a falta de una instancia que arbitre, las troikas históricamente han tenido todas el mismo destino: la eliminación de uno de sus componentes por la alianza eventual de los otros dos, para empezar…

Saraiva de Carvalho y el PSP

Sobre la troika han comenzado a actuar los partidos políticos. La táctica de los socialistas está orientada, como es lógico, al sostenimiento de

Costa Gomes. No hay que exagerar en cambio algunas novedades en el vocabulario del PSP, que ha comenzado a hablar de «poder democrático de los trabajadores», de «experiencia autogestionaria», afirmando que no «se opone a las comisiones de barrio y a otras formas de democracia directa», «siempre que se articule su relación con el poder democrático del Estado». Este cambio de lenguaje podría facilitar la maniobra a la izquierda a través de una alianza con Otelo Saraiva de Carvalho, para neutralizar las pretensiones hegemónicas del PCP (podría también más directamente reflejar recomendaciones de Mitterrand, que sabe de la importancia del tema autogestionario a la hora de rodear por la izquierda a los comunistas).

Mientras tanto Otelo Saraiva ha ido viendo cómo se resquebraja su propia base de poder, al levantar cabeza el moderantismo en las guarniciones del Norte y expresar su apoyo a Costa Gomes. Algunos parece que se consuelan viendo en este militar colonial, nacido en Mozambique, el factor de una posible unidad de la izquierda, cuya línea se vería obligado en consecuencia a seguir Vasco Gonçalves. Pero no hay nada de eso. Los revolucionarios no se improvisan, y Saraiva de Carvalho es un oficial que en vísperas de la revolución, frisando la cuarentena no estaba ideológicamente definido y es dudoso de que ni siquiera lo esté ahora. La mecánica del *putsch* militar le ha otorgado una fuerza desproporcionada con su falta de madurez y de energía política, que esconde bajo sus escandalosas declaraciones. Constituye un espejismo hacer de «hombre clave» de la revolución portuguesa y mucho menos de artífice esperado de la necesaria reagrupación de los partidos de izquierda, campo en el que nunca dejará de ser un peón no por importante menos influenciable por los auténticos políticos.

Marxismo de libro

Mientras tanto los comunistas apoyan decididamente y lindando con la autoinmolación los proyectos de Vasco Gonçalves, su constitución de un Frente de Unidad Popular, definido sin demasiada precisión como «una vanguardia» que integraría desde «franjas del maoísmo a franjas del partido socialista», comprendido en su centro al PCP. Creer posible esta reproducción a escala de las posiciones políticas del triunvirato, en relativo beneficio de Cunhal, cuyo partido sería el único que no se

escindiría para darle a la luz, es una muestra más del marxismo de libro de Vasco Gonçalves. Todos sus análisis previos, el carácter pequeño burgués del MFA o la importancia de las distintas clases en la sociedad portuguesa, son perfectamente lúcidos, pero fatalmente propone a continuación situaciones que desconocen las relaciones de fuerzas. De ahí los repetidos fracasos para formar este Gobierno de unidad revolucionaria, esfuerzos que a última hora parece que a lo más desembocarán en la integración de un equipo provisional de segundas figuras militares con la colaboración técnica (ironías de la historia) de un profesor de Economía Política de la Universidad de Coimbra, no excesivamente destacado –es lo menos que puede decirse– en su resistencia al régimen salazarista.

Compás de espera

Mientras tanto el país ha estado casi un mes sin Gobierno y la situación se degrada por momentos. No hace falta recurrir a la complacida prensa de derechas, basta leer el cuadro que trazan Costa Gomes o Vasco Gonçalves en sus intervenciones políticas. Al norte, la reacción ha rebasado el escenario más o menos folklórico del sóviet de derechas de Alcobaça para pasar abiertamente a los pogromos anticomunistas. Frente a estos fenómenos de rechazo, parte espontáneos y parte inducidos desde muy lejos, el Gobierno duda, cede e intenta componer. A la crisis económica, condicionada en parte por la pesada herencia de la dictadura, a las crisis de los partidos, enfrentados con una situación inédita a sus congéneres de Europa occidental, se une ahora la crisis de la propia autoridad del Gobierno, incapaz de constituirse creíblemente como tal. El nuevo Gobierno portugués está muy lejos de constituir «la autoridad revolucionaria capaz de exigir y hacer aceptar las medidas que se impongan», constituye a lo más un compás de espera. No sabemos todavía cómo podrá reconstruirse el clima de confianza necesario para posibilitar el necesario reagrupamiento de los partidos de izquierda y garantizar el desarrollo del proceso revolucionario portugués.

El verano político del Mediterráneo. Grecia, Italia*

De manera continuada el centro de interés del verano político de las penínsulas mediterráneas ha tenido un solo nombre: Portugal. El inesperado y súbito derrumbamiento de una dictadura que habíamos terminado por considerar casi como una constante geográfica, un escenario político de gran dramatismo, en el que unos y otros desde el primer momento, e ignorando las grandes diferencias, buscaban actores con quienes identificarse. Todo esto, y algunas cosas más, han contribuido a este mantenimiento de la actualidad portuguesa en un primero y a veces exclusivo plano. Por eso, resulta conveniente recapitular lo sucedido en los escenarios políticos de las otras dos penínsulas, escenarios que en ciertos aspectos resultan tanto o más interesantes que el portugués.

Grecia, democrática

En la capital griega se remata un proceso caracterizado por su gradualismo y también por sus limitaciones. Un régimen afianzado, que tras un año de existencia ha atravesado sin mayores complicaciones las elecciones parlamentarias y municipales, amén de un referéndum que ha desterrado la monarquía como forma de gobierno. Se ha redactado una constitución, que no por su excesivo carácter presidencialista deja de ser perfectamente homologable con la del resto de los países de la Europa occidental. En comparación con la vida política anterior a la dictadura, la nueva democracia ofrece un estilo que asombra a todos los observadores: manifestaciones de casi medio millón de participantes sin el menor incidente, un número de huelgas menos que en Italia o Ingla-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 72, del 1 de septiembre de 1975, p. 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

terra. Y esto en un país que, escasamente hace una generación, vivió una sangrienta guerra civil entre rojos y blancos. Naturalmente, hay problemas, los económicos son graves y las estructuras agrarias claman a voces por las necesarias reformas. En política internacional, el asunto chipriota, que ayudó al alumbramiento del nuevo régimen, representa una seria hipoteca. Pero con todo, la democracia griega se siente ya lo suficientemente fuerte para ajustar cuentas al pasado, un pasado dictatorial durante el cual se suspendieron todos los derechos democráticos, se encarcelaron a 8270 ciudadanos por delitos políticos, se desposeyó de sus cargos a otros 6118 y se celebraron 2254 consejos de guerra, con la ayuda en todo esto de una policía sin escrúpulos. El Gobierno de Caramanlis comenzó limpiando la Administración central de los partidarios de la dictadura, pasando después a destituir a unos 80 000 cargos municipales nombrados a dedo por los coroneles, sustituyéndolos por otros elegidos democráticamente por sufragio universal. Solo entonces se pasó a enfrentar con los tribunales a los responsables de matanzas y torturas, incluidos los directos autores del golpe de Estado. Sea cualquiera el resultado final de estos procesos, y con independencia de la polémica que susciten, una cosa está clara: en Grecia el restaurado régimen de partidos con garantías democráticas ha superado su primera prueba. El decidido apoyo que le presta Europa, cuya ayuda económica se acumula, al revés de lo que sucede tratándose de Portugal, contribuirá quizá a aminorar las tensiones que provoquen los cambios que se imponen: la eliminación definitiva del régimen de clientelas políticas de cuño mediterráneo y las necesarias reformas estructurales que han de acompañarla. Quizá para este momento la figura más indicada no sea Caramanlis. En todo caso, los problemas están en puertas. La incorporación como miembro de pleno derecho a la Comunidad Económica Europea, el Mercado Común, acelerará indudablemente el desarrollo y modernización de la sociedad. El futuro pertenece a las fuerzas políticas que sepan tener en cuenta a tiempo los cambios que se avecinan.

Italia: «Un rey desnudo»

A primera vista el escenario político italiano es muy distinto. En Atenas reconforta un régimen, a fin de cuentas moderado, que no ha vacilado en enfrentarse con unos procesos no exentos de peligros para parte de la clase gobernante. En la capital romana se nos ofrece en principio el

lamentable espectáculo de un partido que no acaba de comprender la fábula del «rey desnudo», tal como decía un diario europeo a raíz de las elecciones del 15 de junio: «Los políticos democratacristianos, largo tiempo encerrados en sus ilusiones y su retórica, tendrán que darse cuenta al final, de que el rey está desnudo, de que la sociedad italiana en mutación profunda ya no se reconoce en "el sistema", de que se vuelve hacia aquellos que le ofrecen el cambio». Esta resistencia a ver la realidad ya ha cobrado una primera víctima, el propio Fanfani. Un político, no hay que olvidarlo, que en 1954 fue el defensor de la «apertura», fórmula que en su época representó un avance aunque moderado, pero que desde 1973 solo ha encarnado inmovilismo. Eminencia gris de una serie de combinaciones del equipo gubernamental, que tras cambios de personas ocultaban la persistencia de un método de gobierno en dos palabras: «malgoverno» y «sottogoverno», es decir, gobierno oculto a través de clientelas y camarillas. La última torpeza de Fanfani fue el ofrecer a una sociedad ávida de cambios y reformas un ideal político simbolizado en la defensa del orden público, amenazado por el terrorismo, y en la demonización del mayor partido del país, el Partido Comunista Italiano.

El resultado de las elecciones dio cuenta de esta ceguera política. Desde entonces han pasado ya dos meses, y aunque todavía no ha concluido la formación de los gobiernos locales, ya puede apreciarse el cambio de decoración que el verano ha significado para el escenario italiano. El número de las administraciones controladas por los socialistas y comunistas se ha hecho tres veces mayor: actualmente, gobiernan cinco de las quince regiones, treinta de las 92 provincias y más de treinta de las grandes ciudades, entre las que se cuentan Turín, Génova, Venecia, Milán, Florencia, Perugia, Bolonia y Nápoles. Y la lista continúa ampliándose.

Dónde está el cambio

Toda esta marea de renovación política malamente podrá contenerse a un nivel de política municipal o regional. Tarde o temprano será en la misma Roma, donde tendrá que definirse una nueva política en función de estos datos, del nuevo escenario. De las opciones que se ofrecen ya habló *Andalán* en su día, ahora nos interesa otra cosa. Es natural que entre las mismas filas de la Democracia Cristiana se hayan producido

exámenes de conciencia, no excesivamente desgarradores por cierto, pero que han terminado impregnando de cierta ambigüedad a personajes que hasta entonces hacían gala de una intransigente beligerancia frente a comunistas y socialistas. Por otro lado, las primeras deserciones, a nivel local, las más sonadas han sido las del Ayuntamiento de Milán, son mal augurio para un partido, parte de cuya fuerza numérica se debe al usufructo de prebendas y cargos. Pero lo más grave para una clase política que en sus treinta años de gobierno ininterrumpido llegó a identificarse con el Estado a secas, es el cambio de actitud de la gran burguesía. Una clase social a la que durante todo este tiempo ha otorgado o denegado favores en función de su fidelidad o valimiento al sistema, y que ahora, en el momento crítico, parece que le abandona. Han tenido gran eco, por ejemplo, las manifestaciones de Umberto Agnelli, en nombre de la Fiat, quien se ha declarado dispuesto a colaborar con los comunistas y socialistas (tanto el Consejo Regional del Piamonte como el Ayuntamiento de Turín están en manos de las izquierdas). No significa esto que hayan desaparecido toda clase de dudas respecto a las fuerzas de la izquierda, pero sí de que prácticamente ya no existen respecto a la derecha: casi ninguno de los grandes empresarios italianos cree que la democracia cristiana sea capaz con su actual política, de salvar la situación económica y social del país. Esta actitud no la han tomado de la noche a la mañana de las elecciones. Ya desde mediados del año pasado comenzaron a multiplicarse las declaraciones en este sentido, tanto de grandes empresarios como de dirigentes de algunas de las asociaciones de industriales. A las mismas puertas de las elecciones se produjo una significativa inhibición que mostró hasta qué punto flaqueaba el apoyo al partido de la mayoría: los armadores genoveses se negaron a financiar el diario de los democratacristianos, que se vieron así abocados a los comicios municipales y regionales en la capital ligur disponiendo tan solo de un semanario. «Evidentemente, declaraba por estas fechas un gran patrono al semanario italiano *Tempo*, el PCI es peligroso, pero da más garantías. No se puede programar si no hay seguridades, y la democracia cristiana ya no puede darlas». Hay que conceder que Fanfani supo ver a tiempo este peligro, pero no pudo hacer nada para contrarrestarlo, se lo impedía su propia política. Por eso, en su famoso artículo intitulado «No», un no al «compromiso histórico de gobierno» que le ofrecía el PCI, Fanfani se limitó a denostar dolidamente en un pasaje a aquellos «imprenditori creduli» que dialogaban con los comunistas…

El futuro de Italia y Europa

La salida que se impone a la situación italiana encerrará riesgos para todos, la sabiduría política en un régimen democrático consiste en calcularlos y asumirlos. El frente sindical no ha dejado de manifestar recelos ante la nueva sensibilidad política de los patronos, temiendo que la clase obrera sea la llamada a pagar las consecuencias en el terreno de sus reivindicaciones. Los industriales tardarán en adaptarse a una Administración que destierre la corrupción y la clientela, con sentido del Estado y de los intereses colectivos. Pero se ha impuesto la idea de que así no se puede seguir. También en esta otra península mediterránea va a cerrarse un capítulo de su historia. Lo que siga ofrecerá un gran interés, pues por su grado de desarrollo y por sus estructuras, Italia está en condiciones de servir de inspiración al resto de Europa en grado mucho mayor que el trágicamente atrasado Portugal.

Crisis capitalista, crisis de Europa*

El denominador común del teatro político europeo es la crisis y la depresión económicas, ella es la que dicta en cada escenario el reparto de papeles. Para empezar, muy pocos sospechaban las características y duración de esta crisis: tras dos años de ralentización económica las cifras de paro siguen aumentando, siguen aumentando los precios y sigue bajando la producción. La vieja receta de asegurar el máximo empleo posible con algo de inflación ya no da resultados. Los países europeos no logran ahuyentar el fantasma del paro y la recesión, ni aun soportando una tasa media de inflación anual que llega a rebasar el 12%.

La coyuntura económica se creía fácilmente controlable, los teóricos del crecimiento continuo habían llegado a coquetear con el piadoso voto ecológico del crecimiento cero, ahora este va camino de transformarse en muchos casos en una realidad que se impone a la fuerza. Ahora bien, en política la solución por el momento no consiste tanto en hallar explicaciones como en buscar responsables. Se había exigido más a la economía de lo que la economía podía dar, los responsables, se afirma, son los consumidores, principalmente la clase obrera organizada en potentes grupos de presión, y la debilidad de los Estados que han dilatado demagógicamente los equipos y servicios sociales sin reparar en las necesarias contrapartidas. El responsable no sería tanto el sistema capitalista mismo, como el mal uso que sindicatos obreros o políticos sociales han hecho de él, poniéndolo al servicio de una política salarial desbocada o de precipitados intentos de igualación de rentas. Lo más curioso es que este tipo de argumentación también es recogido por los propios partidos socialistas europeos en el poder, alemanes e ingleses, para lo-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 76, del 1 de noviembre de 1975, pp. 6-7, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

grar de sus seguidores el apoyo a una política de austeridad en el marco de las estrategias anticrisis. Así se quiere detener la inflación y sanear el sistema capitalista con la sacrificada ayuda de los que, en buena teoría, son sus principales víctimas. Como decía un ingenuo representante de la izquierda laborista en el último congreso: «No comprendo. Hemos estado prediciendo las crisis del capitalismo, y llegado el momento frenamos la política de socialización para ayudar precisamente al capitalismo a superar su crisis».

¿La crisis final?

Por otra parte, tampoco los adversarios decididos del sistema están de acuerdo sobre el carácter de la depresión: ¿se trata de la crisis final, tantas veces anunciada, o de una depresión pasajera, aprovechable a lo más para abordar una dilatada época de transición, durante la cual habrá todavía que contar con elementos tan poco socialistas como la confianza del capital o el respeto a las inversiones extranjeras? La respuesta a la pregunta lleva implícita la definición de la táctica adecuada para llegar al poder, la conquista irreversible, o el largo camino a través del sufragio y la acumulación de reformas, no por revolucionarias menos reformas.

Pero, incluso cuando de una vez se puso en los diferentes países europeos la deseada actividad inversora al abrigo de excesivas reivindicaciones del proletariado nacional, incluso entonces se había verificado solo la mitad de la tarea. Fue necesario mirar por encima de las fronteras y contemplar el mercado internacional. Otra de las consecuencias de la crisis actual es una clara conciencia del grado de internacionalización de las relaciones capitalistas de producción, además de la comunidad de principios mínimos de todo Estado de derecho. En Europa ya es imposible un espectáculo como el de los años veinte, cuando vecinos próximos y lejanos contemplaban sin demasiada inquietud el hundimiento del marco alemán, la represión fascista en Italia y las convulsiones revolucionarias centroeuropeas, consideradas como problemas graves, eso sí, pero a fin de cuentas problemas a resolver por los directamente afectados. Y, finalmente, cuando los europeos abordan cuestiones que rebasan lo estrictamente comunitario, como el vino o los transportes, de manera directa o interpuesta aparece un inevitable invitado, los Estados Unidos, y en el horizonte diplomático un posible contrapeso, la Unión So-

viética. Todos los esfuerzos por lograr la integración económica, y aun política, del continente se realizan a la sombra de los vaivenes de la moneda rey, del dólar americano. Más allá todavía de sus límites geográficos, Europa encuentra también a los Estados Unidos en foros internacionales del tipo de la conferencia Norte-Sur, en ese intento de reformulación del imperialismo americano que Kissinger llama donosamente «nuevo orden económico internacional».

El folklore de Helsinki

Hablar hoy y aquí de Europa a secas es hablar del Mercado Común, acéptese o no la realidad política y social que cubre esta delimitación geográfica. Es deseable que alguna vez esta palabra recobre sus dimensiones históricas, del Atlántico al Ural. Pero es perfectamente abusivo proclamar su existencia en el folklore diplomático y pancontinental de la Conferencia de Helsinki. En esta ciudad no se hizo más que ratificar principios varias veces proclamados, o visualizar de nuevo para la gran prensa política como la de apertura al este alemana o la de distensión ruso-americana, políticas que datan de mucho tiempo antes y no tienen que agradecer ningún especial progreso a esta reedición del Congreso de Viena. Sí, en cambio, fue la conferencia motivo para que algunos regímenes marginados del concierto general se sintiesen investidos, al menos durante unos días, de una ilusionaria credibilidad continental.

Aun cuando esta Europa dista mucho de constituir un bloque uniforme, conviene tener presente que crisis económica, reivindicaciones salariales o políticas de austeridad se plantean a niveles tales de desarrollo social (enseñanza, justicia fiscal, sanidad…) y, sobre todo, de democracia política, que impiden toda comparación razonable con la problemática española. Un Giscard d'Estaing, a fin de cuentas un representante típico de la derecha europea, ha creído necesario, por ejemplo, conceder el derecho de voto a partir de los 18 años, legalizar el aborto, facilitar el divorcio y formular un proyecto de «sociedad liberal avanzada». Las cuestiones que aquí nos preocupan, en cambio, tales como el reconocimiento político del cambio social sin poner en peligro continuidades y autoridades, el de la libertad sin libertinaje, o el de asociación y reunión sin anarquía, son las mismas que ya preocuparon al viejo liberalismo monárquico europeo del pasado siglo, allá por los años que van

de 1815 a 1848, cuando la cosa pública se discutía en logias masónicas o en cenas políticas a falta de mejor sitio. Ni los mimetismos centristas (¿qué político oficial no se siente un poco Giscard, del que se ha llegado a decir que era del Opus?), ni la confusión semántica, ni la existencia de fenómenos aislados comunes, como pueda ser el del terrorismo, deben hacernos olvidar que los problemas españoles resultan extrañamente anacrónicos de fronteras para afuera. No son problemas europeos, aunque sean problemas de Europa, geográficamente hablando.

El caso alemán

Los problemas de Europa, claro está, son otros y varían dentro de ella de país a país. La crisis económica ha contribuido a cristalizar diferencias nacidas de distintas trayectorias históricas, distintas estructuras económicas y también distintas impotencias. No es tiempo este favorable para los sacrificios y generosidades que supone toda política de integración, de ahí el desaliento que cunde entre los apóstoles de una más estrecha unidad europea, y también la incomprensión con que tropiezan reacciones en el fondo lógicas, como la negativa de la Gran Bretaña a dejarse representar por la Comunidad frente a los países productores de petróleo.

En primer lugar, hay un típico ejemplo de país sólido y rico, el de Alemania, rodeada de sus «pequeños clientes», Bélgica, Dinamarca, Holanda y más al norte, Suecia y Noruega, fuera de la comunidad, pero estrechamente relacionadas con la zona monetaria del marco. Alemania, un país con la moneda más fuerte, con la tasa de inflación más baja, con un excedente comercial permanente y unas reservas en su Banco Central que equivalen a la suma de todas las reservas reunidas de los restantes miembros de la Comunidad. Con una industria mayor que la francesa, y una renta per cápita más del doble de la inglesa. Un auténtico gigante económico al que solo frenan políticamente los recelos del pasado, los complicados contrapesos diplomáticos que cada vez con peor fortuna establece Francia y, sobre todo, la necesidad visceral que sienten todos los políticos alemanes, sean del partido que sean, de contar perpetuamente con el beneplácito americano. La identificación del milagro económico con la economía de mercado, unido a la realidad que se impone cada vez más de la vecina República Democrática Alemana, han creado una sensibilidad política que resulta desconcertante para

muchos. Los socialistas solo han podido llegar al poder a costa de renunciar a los principios más esenciales de su programa tradicional. No es un secreto para nadie que el actual jefe de Gobierno y hombre fuerte del Partido Socialdemócrata, Helmut Schmidt, tenía puestas sus esperanzas en el triunfo del centrista Giscard, más que en el de sus correligionarios franceses. Con todo, aquí también la crisis ha ayudado a la resurrección del ala izquierda del partido en el poder, formulándose exigencias de moderado contenido, pero que en el contexto de la República Federal resuenan como enormes herejías. A la tímida petición de una «dirección de las inversiones» para garantizar una reactivación mínimamente orientada, el equipo gubernamental socialdemócrata ha reaccionado con una excepcional dureza. En la crisis, la socialdemocracia gobernante se está mostrando la más decidida defensora de la «economía social de mercado», despojando así a la oposición cristianodemócrata de argumentos racionales y obligándole a refugiarse en la inquietante retórica política de un Strauss.

Francia: remedios conservadores

En comparación con Alemania, los restantes países parecerían más atrasados, decadentes o frágiles. De los primeros, el ejemplo es la misma Francia. Giscard muestra el mismo eclecticismo pragmático que inspira a los gobernantes alemanes, pero el resultado es muy distinto, ya que opera con realidades muy diferentes. Los socialistas alemanes hemos visto que defienden el duro dogma del mercado, cogido a sus adversarios, sin por eso renunciar completamente a sus programas de equipamiento social. Giscard ha intentado modernizar a Francia, robando ideas al programa político de la izquierda, pero sin comprometerse en reformas estructurales auténticas. Para hacer frente a la crisis los remedios han sido perfectamente conservadores, recuérdese su plan de austeridad el año pasado o la política inflexible frente a los asalariados del sector público. La lógica confianza del capital en un gobierno de este tipo y la ortodoxa gestión financiera que permite una política alérgica a auténticas reformas de fondo, explican el milagro de la recuperación del franco, a pesar del paro y de la recesión. Francia se reintegró en la «serpiente monetaria» (es decir, renunció a dejar flotar libremente su moneda), abandonando la poco recomendable compañía de la libra y la lira, las dos únicas monedas de la Comunidad que permanecen al margen. «Ale-

mania es más fuerte que nosotros económicamente hablando, declaraba el Presidente francés por la televisión no hace mucho, mi preocupación constante es lograr suprimir esta diferencia». Resulta difícil suponer que con sus maniobras políticas, esquivando siempre las necesarias reformas (que en Francia, es verdad, serían auténticas revoluciones), Giscard pueda evitar que a la larga juegue la ley del más fuerte, y Francia tienda a una satelización económica respecto a Alemania y a Estados Unidos. La otra alternativa se llama Programa Común, y sobre esto ya se ha escrito bastante en estas páginas.

Si se menciona a Inglaterra surge, no sin cierta complacencia por parte de algunos, la palabra *decadencia*, cuando debería hablarse mejor de adaptación. Es un país que todavía sufre las consecuencias de haber alumbrado el primero la sociedad industrial. Pleno de arcaísmos sociales y extraños hábitos económicos y políticos, pero muestra viva también de cómo un sistema democrático puede soportar, sin crispaciones ni estados de emergencia, problemas como el terrorismo o una crisis económica que parece endémica. La libra se ha hecho sinónimo de moneda enferma, pero no hay que olvidar que Inglaterra dispone de una de las primeras tecnologías mundiales y a corto plazo será la primera potencia energética europea. En el fondo no deja de tener razón Wilson, cuando afirma que el país está en su mejor momento político, lo está precisamente porque se ha adaptado irreversiblemente a su jerarquía de potencia europea media. La larga fase de declive imperial inglés se ha cerrado. El que este momento coincida con una depresión económica en escala continental complica ciertamente las cosas, pero no las hace imposibles.

El «compromiso histórico» italiano

Como país frágil, por la corrupción y el desorden interno o por las presiones exteriores, se menciona siempre a Italia. Lo primero va camino ciertamente de cambiar. El resultado de las últimas elecciones terminará repercutiendo, más bien temprano que tarde, en el Gobierno del país. El símbolo del desgobierno italiano de la posguerra, la democracia cristiana, está siendo abandonada hasta por sus tradicionales valedores, la Iglesia y la industria. Pero Italia como punto de partida sigue siendo un país con una balanza de pagos desastrosa, una moneda vacilante y sometida tradicionalmente a las exigencias políticas de sus

banqueros, Estados Unidos o Alemania. Cualquier intento socialista radical que intentase prevalecer sobre la tarea prioritaria de modernizar el país, podría ser estrangulado desde el exterior con toda facilidad. Quizá esta sea, entre otras claras razones de orden interno, lo que explica la moderación de la fórmula comunista del «compromiso histórico». Un compromiso a fin de cuentas con el capitalismo liberal y avanzado, para poner al país con el mínimo coste social a la altura de sus vecinos continentales. Esta perspectiva inmediata no excluye, naturalmente, la tarea política socialista. Pero hay datos que permiten afirmar que para muchos socialistas italianos la edificación del socialismo italiano solo podrá hacerse sobre la base del Mercado Común, es decir, en el marco de una implantación del socialismo a escala continental. Quizá pueda esto generalizarse a toda la Europa llamada del Sur. En los primeros momentos de la revolución portuguesa y el avance de la izquierda en Francia e Italia se profetizaron amaneceres revolucionarios con excesiva facilidad. El intento de aprovechar la crisis económica o política para proclamar la conquista pura y revolucionaria del poder en naciones minúsculas a escala continental, dependientes económicamente del exterior, solo puede conducir a fracasos y a reacciones de la derecha. La impulsión voluntarista de la lucha de clases, sin disponer de una estrategia realista que contemple las fuerzas sociales y el marco internacional, solo puede conducir a la catástrofe. Llegados a este punto, está bien claro que concluimos hablando de Portugal. La exasperación de la táctica izquierdista de conquista e infiltración en el poder no ha eximido al joven régimen de tener que recurrir a la ayuda financiera de Europa occidental. Y ya se sabe que los prestamistas suelen imponer sus condiciones.

Tomas Mann, republicano y antifascista*

En las páginas de su diario de la emigración, en julio de 1933, Tomas Mann ve «al pequeño burgués asilvestrado» que es Hitler, como «el mandatario del capital». Un año después concluirá más rotundamente: «¿El nacionalsocialismo una ideología?, ¡qué locura! El nacionalsocialismo es el instrumento para la defensa del orden social y económico amenazados por el socialismo».

Hacía escasamente tres años no había vacilado en enfrentarse con la «bestia nazi» en la misma Alemania. Todavía se limitaba entonces al terreno ideológico, sin intentar penetrar el fondo del fenómeno como hará a partir de 1933, poniendo en relación el nacionalsocialismo con las contradicciones de la sociedad capitalista. Había hablado en aquella ocasión, y ya era bastante, de «la orgía antihumanista que quiere retrotraer a los excesos del culto de Moloch, Baal y Astarté», de «unas masas que a la manera de los derviches repiten monótonos slogans hasta llenarse de espuma la boca», «del fanatismo como principio de salvación, del entusiasmo de los éxtasis epilépticos». Frente a una «escatología política» que niega todo valor racional, para hacer frente al fascismo en suma, el puesto de la burguesía alemana está al lado del socialismo. Con esta exhortación termina un discurso, interrumpido varias veces por los provocadores nazis distribuidos entre el público. Tomas Mann tiene que abandonar la Beethovensaal de Berlín, donde había hablado, protegido por unos amigos. Unos días después recibe por correo una característica amenaza, presagio de los tiempos que se avecinaban: un ejemplar carbonizado de su novela *Los Buddenbrook*. El nacionalsocia-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 78, del 1 de diciembre de 1975, p. 13, bajo el seudónimo de H. J. Renner.

lismo declara a Tomas Mann enemigo público, cuatro años más tarde, ya en el poder, lo desposeerá de la nacionalidad alemana.

Contra el Tercer Reich

Jamás Tomas Mann vacilará en su postura decididamente antifascista, y nunca dejará de considerar los peligros que desde un principio encerraba toda ambigüedad en este terreno, sobre todo cuando, a partir de la Guerra Fría, se ven favorecidos los rezagados y los rebrotes del fascismo. Pero hay algo más, Tomas Mann se negó a aceptar toda consideración de su obra que no reconociese «el nexo orgánico entre todo lo que hago como creador y mi postura beligerante contra el Tercer Reich», en defensa de sus ideas demócratas y humanistas. Así había declarado en Suiza, en 1936, frente a intentos de neutralizar su figura como creador literario. No puede decirse, en líneas generales, que este deseo del escritor se haya respetado con motivo de su centenario.

Entre otras razones largas de exponer, quizá esto se deba también al hecho de que su lucha contra el fascismo y sus profesiones republicanas se encuentren dispersas a través de artículos y discursos, sin traducir, mientras que las reflexiones políticas de su primera y breve época conservadora, la época de la creación de *Los Buddenbrook* y *Muerte en Venecia*, tuvieron como fruto un libro múltiples veces reeditado, *Las confesiones de un apolítico.*

Y por aquí podemos empezar pues el primer interés que ofrece Tomas Mann es precisamente el de su conversión temprana a las ideas democráticas y republicanas, tras el hundimiento de la Alemania imperial y la proclamación de la República de Weimar.

La Monarquía, no era un régimen fuerte

Extraño régimen político aquel de la Alemania guillermina, la Alemania anterior a la primera guerra europea. Estabilizada gracias a un compromiso social análogo al que sirvió de base a la restauración canovista, un compromiso entre grandes industriales y latifundistas, el Estado alemán seguía siendo regido por las mismas fuerzas que lo habían salvado de la revolución de 1848: la monarquía, el Ejército y la burocracia. La burgue-

sía compensaba su frustración política con la prosperidad económica. Frente al resto de los países de la Europa occidental, Alemania ofrecía el anacrónico espectáculo de una monarquía no parlamentaria, en la que al jefe del Gobierno, inmune constitucionalmente a cualquier tipo de censura política o popular, le bastaba contar con la confianza de su rey. El emperador y la oligarquía gobernante se negaban tenazmente a cualquier cambio o reforma que significase una democratización del régimen. Para colmo de males, identificaban su propio sistema con las esencias de lo germánico, frente al mundo «materialista» y «positivo» del parlamentarismo occidental. La «arquitectura orgánica» de la monarquía no podía ser retocada sin destruirla. Esto era lo que venía a decir Treitschke, una de las autoridades del joven conservador que fue Tomas Mann.

Naturalmente, este régimen, bajo la marcialidad de sus exhibiciones militares o el perfeccionismo de una burocracia irresponsable, escondía grandes debilidades y una de las mayores era precisamente la falta de participación política, la irremediable marginación, por ejemplo, del mayor partido socialista de la Europa de entonces. No era precisamente un régimen fuerte, aunque se daba las apariencias de tal. De hecho, no resistió la gran prueba, y cuando quiso cambiar ya era tarde, no se trataba en 1918, de cambio, sino de ruptura y de revolución. De la monarquía se pasó a la República.

Odio a la política

Pero el comienzo de la crisis final había sido enmascarada con una apoteosis de unanimidades. El comienzo de la Primera Guerra Mundial fue acompañado de una desenfrenada apología de todo lo alemán, identificado con el régimen monárquico. La apología corrió a cargo de grandes figuras de la vida universitaria y cultural alemana. Fueron muy pocas las voces en contra y Tomas Mann no fue precisamente una de ellas. En estos años escribe su citada *Consideraciones de un apolítico*. La obra no solo responde a su título, capitalizando como un privilegio espiritual la castración cívica de la burguesía alemana, sino que, además, ataca a aquellos que intentan recuperar el tiempo perdido, recuperar de alguna manera la revolución burguesa fallida. Tomas Mann los califica de personas «entregadas a la civilización materialista», «presos de las trampas

de la democracia», «ciegos para los secretos irracionales de la cultura». Concluye manifestando «su odio a la política y a la fe en la política».

«¡Viva la República!»

Proclamada la República, muchos de aquellos intelectuales conservadores y monárquicos se fueron paulatinamente declarando «republicanos de razón», por no hablar de los que terminaron en brazos del nacionalsocialismo. «Ya que no podemos tener lo que amamos, una monarquía, amemos al menos lo que tenemos», había de declarar F. Meinecke, el patriarca de la historiografía alemana. Muy distinta fue la reacción de Tomas Mann. El paso decisivo lo dio en 1922, cuando se declaró públicamente decidido partidario del nuevo régimen, terminando su discurso del 15 de octubre de 1922 en la Beethovensaal de Berlín, el mismo sitio donde hemos visto denunciara diez años después al fascismo, con un «¡Viva la República!».

Para el Tomas Mann de estos años, los agitados años del *putsch* reaccionario de Kapp y el asesinato de Ratthenau, el enemigo, más que los intereses, son las ideas: el «oscurantismo de los sentimientos irracionales», la derecha que considera «caducos los ideales del humanismo, el liberalismo y la democracia». Era la ideología de los grupos de excombatientes, los «Freikorps», que se creían despojados de su victoria por «los judíos y los comunistas», y pretendían erigir en solución política la disciplina y la jerarquía militares. Eran «los apologistas de la violencia» y del «asalto a la razón», a los que Tomas Mann concede entonces pocas posibilidades de futuro en «el país de Goethe y Hölderlin».

Para Tomas Mann en estos años el espíritu de la República es todavía un espíritu de centro, entre los extremos. Idea que se ve ratificada a partir de 1924, cuando desvanecidas las esperanzas y los temores revolucionarios, el régimen se adentra en la época de la estabilización interna y de la distensión internacional, los «felices veinte» que llegan hasta la sacudida de la gran crisis del 1929. Y *La montaña mágica* es, entre otras cosas, la novela de esta República de Weimar, la publicación del relato en vísperas de la Primera Guerra Mundial es una gran convención. Hans Castorp, el protagonista, es la imagen del ciudadano de la República, solicitado simultáneamente por Settembrini, el liberal idealista que cree en el progreso, en la libertad y en la fuerza de la razón, y

Naphta, el jesuita defensor de las fuerzas oscuras y de la represión. A pesar de toda la ironía distanciadora del autor, es perfectamente perceptible su inclinación por el primero.

Al lado de los socialistas

Pero a partir de 1929 la estabilidad transitoria del capitalismo se ve interrumpida por la depresión económica, el encanto de una posible situación de centro se rompe. La República, no solo en Alemania, va de crisis en crisis y comienza la ascensión del fascismo. La vieja derecha monárquica alemana, Hindenburg y Von Papen, terminarán entregando el poder al nacionalsocialismo. Los viejos demonios de los años veinte, excombatientes y antirrepublicanos, engrosan las filas del partido hitleriano. Ya hemos visto la conclusión que saca Tomas Mann de la nueva situación: el lugar de la burguesía alemana, que él conscientemente representa, ya no está en el centro; frente a la amenaza del fascismo solo queda un sitio, la izquierda, al lado de los socialistas. Con la misma apasionada sinceridad se dirige en el mismo año a los obreros vieneses, en un discurso pronunciado el 22 de octubre en la Casa del Pueblo de la capital austríaca: «Si en las capitales europeas estuviesen al frente de los Gobiernos obreros en vez de burgueses y feudales, el mundo habría progresado un buen trecho en el camino de la razón y la salvación». Para aquellos que creen que democracia y república son cosas del pasado, Tomas Mann les enseña entre otros ejemplos el proporcionado por la joven República española…

El exilio

Todavía tres semanas después del fatídico 30 de enero de 1933, la fecha de la subida al poder de Adolfo Hitler, el ministro de Educación prusiano recibe un mensaje de Tomas Mann destinado a un acto público del partido socialista, que no pudo realizarse. El título del mensaje es elocuente: «Confesión de fe en el socialismo». Se trata, naturalmente, de un socialismo genérico, no doctrinal, pero que lleva al autor a situarse sin equívocos al «lado de los que quieren dar un sentido a la tierra, un sentido humano», al lado de los demócratas y los socialistas, y frente

a las «fuerzas del pasado y de la contrarrevolución», «la defensa de la sangre, el instinto y la violencia».

De los doce años largos de exilio que siguieron, quizá las páginas más densas en la definición antifascista, republicana y demócrata de Tomas Mann sean las hojas de su diario, que llevan el título de «Dolor sufriendo por Alemania, 1933-34». Se siguen allí apasionada y detalladamente los sucesos del interior y las reacciones europeas, se aprehende cada vez con más profundidad la naturaleza del fenómeno fascista, dejando de considerarlo como un mero fenómeno de perversión ideológica. Se reconstruye con amargura también la trayectoria intelectual de una burguesía alemana, «que se había dejado encerrar en el dilema de fascismo o comunismo», decidiéndose a la postre por el primero, sacrificando toda la tradición humanista de la que era depositaria.

Aniquilar la bestia nazi

La capitulación de las democracias occidentales en Múnich ante Hitler y Mussolini, abre todavía más los ojos a Tomas Mann: «para la reticente burguesía europea –escribe en este año de 1938–, el dique es el fascismo y lo que hay que detener es el socialismo», «solo cuando el capital se vea realmente en peligro se producirá la guerra contra Alemania». Los temores no abandonaron nunca al escritor, incluso cuando la derrota fascista sea clara. En el año de Yalta, en el mes de febrero de 1945, escribe a su amigo Antonio Borgese: «lo que hay que hacer antes que nada es aniquilar la bestia nazi, una bestia que ahora parece pedir la paz a cambio de ofrecerse a seguir la lucha contra Rusia. Un mundo que ha dado una vez el espectáculo de Múnich puede caer en la tentación de repetirlo…».

Tomas Mann fue hasta su muerte en 1955 un inquieto testigo del «histerismo político» desarrollado durante la época de la Guerra Fría. El ambiente en la América postroesveltiana, donde residía desde el 1938, se le hizo irrespirable, trasladándose definitivamente a Europa en 1952. Uno de sus últimos escritos, un año antes de su muerte, termina postulando para una Europa que todavía padecía las consecuencias de lo que él llamó «la paz perdida», el ideal de «un socialismo humano».

Europa, tan distinta, tan lejos…*

A juzgar por titulares y portadas de algunos diarios y semanarios, Europa parecería haber abierto ya sus puertas a España en la figura de su rey. Se recuperan reportajes gráficos de las giras continentales del entonces príncipe de España, para de alguna manera crear en el lector la sensación de que lo principal está hecho: Europa reconoce a uno de sus hijos en este monarca que, sin necesidad de intérpretes (habla varios idiomas), se entrevistó de tú a tú con los grandes de la Europa democrática. ¿No han asistido complacientemente a las ceremonias de la coronación toda una serie de dignidades del Mercado Común, príncipes y gobernantes? Claro está que el análisis de las declaraciones posteriores no arroja un saldo tan optimista, no parece que Europa se preste tan fácilmente a aceptar el régimen por la persona que lo regenta. Giscard habló tan solo de «perspectivas» y Scheel se limitó a «un prudente optimismo», nada más.

Mejor no hablar

Entre la coronación y la reunión del Consejo de Europa no ha pasado nada que a los ojos de los países del Mercado Común justifique replantear la cuestión española o quizá de haber pasado algo convenga no hablar de ello y confiar todavía en la esperanza del cambio. De ahí, que Giscard, el gran abogado de España en su empeño de ampliar hacia el sur la Comunidad, se haya negado a hablar sobre el particular en la conferencia de Roma. Conferencia, como se sabe, del Consejo de Europa, integrado por los Gobiernos de «los nueve» con la asistencia del presidente de las comunidades, Ortoli. Solo una notable ignorancia de la política

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 79-80, del 15 de diciembre de 1975 / 1 de enero de 1976, extra, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

interior alemana ha permitido suponer a varios diarios españoles que, a defecto de Giscard, sería Helmut Schmidt el que se arriesgaría a poner el tema sobre el tapete, sin poder ofrecer más novedad que un discurso de la Corona y un indulto que ha sido criticado casi unánimemente en la prensa germana. Quizá convenga recordar que, Helmut Schmidt, además de jefe de Gobierno, es uno de los presidentes del Congreso socialista celebrado en Mannheim y al que solo con algún esfuerzo pudo asistir el representante español.

Optimismo gota a gota

Todo esto no constituye una revelación, basta con leer la letra pequeña de los periódicos. Pero entonces hacen su aparición los calculadores milimétricos del cambio, los arbitristas de la democracia. Basta con alguna concesión inicial, afirman, pequeños retoques, tolerancias y promesas a largo plazo. A España no le faltarían abogados, continúan en su argumentación, y el proceso de integración a Europa se pondría en marcha. En principio podría creerse que la hipótesis no carece de fundamento. No existe una definición estatutaria de las precisas y necesarias condiciones políticas para entrar en el club europeo, se trata realmente de valores sobreentendidos. En el preámbulo del Tratado de Roma los seis fundadores solicitaban la adhesión futura «de los pueblos europeos que compartiesen su ideal», fórmula como se ve completamente vaga. Es verdad que después topamos con el tan citado artículo 138, donde se constituye la Asamblea de la Comunidad con «los delegados que los Parlamentos (de cada país miembro) han nombrado». Pero, con un poco de optimismo, nuestros especialistas en gradualismo democratizante pueden creer que, sobre la base de este texto, bastaría con retocar el reglamento interior de las Cortes, instaurar el sufragio universal con una moderada ampliación del abanico político legalizado, dejando el resto al virtuoso ejercicio de la tolerancia. Muy bien, España encontraría sin duda algún país que, por diversas razones, se daría por contento. Lo que este razonamiento olvida es que el problema español así planteado forzaría una serie de definiciones, que harían imposible su solución dentro de los límites postulados por tan cautos democratizadores.

La discusión en el seno de los nueve provocará fatalmente lo que están cansados de hacer los portavoces de la Comunidad y los especialis-

tas constitucionales de la prensa europea: la enumeración exacta de las características de un régimen democrático parlamentario, que como la virginidad o la muerte no admite el casi ni el bastante. Cualquier discusión sobre el concepto de Parlamento citado en el artículo 138, llevará a definir unos poderes reales sobre la base de un pluralismo político total y el supuesto de los derechos humanos.

No es dureza

Un especialista tan poco extremado como Maurice Duverger, ha afirmado estos días que «toda idea de limitar el pluralismo constituye su negación y la de la democracia sobre él fundada. Tal limitación constituye generalmente la primera fase de la instauración o del restablecimiento del fascismo, tal como se vio en la Alemania de 1933». Y también en estos días en la prensa alemana, por ejemplo, se ha bendecido la decisión de haber levantado ya hace mucho tiempo la exclusión que pesaba sobre el partido comunista alemán, cosa que de haber perdurado, habría obligado a hacerlo a marchas forzadas con vistas a la elección por sufragio universal del Parlamento europeo.

No es que Europa quiera mostrarse deliberadamente dura con el régimen español, es que la propia naturaleza de su unión y la dinámica política que la anima le obliga a ello. Ya lo dijo claramente en su día el presidente de las comunidades, cuando todavía eran lejanos proyectos el pasaporte común europeo o la elección por sufragio universal y libre de un Parlamento europeo. Ahora estas dos cosas, por ejemplo, son ya realidades muy próximas. Los que defienden ritmos y plazos al estilo del «despotismo ilustrado» del Antiguo Régimen están en su derecho de hacerlo, pero entonces, por favor, que no nos hablen de aproximación a Europa, por lo menos en diez o veinte años.

La sucesión en China*

Tras la muerte de Chu-en-Lai, la más alta personalidad política del régimen chino es Teng-Hsiao-ping, típico representante de la clase de funcionarios que pareció culminar su carrera en 1956, al ser elegido secretario general del partido, cargo que perdería hundido en la infamia diez años después, en plena revolución cultural. Este hecho ha llegado a provocar el extraño comentario de un semanario europeo: «la presencia de Teng al lado de Mao equivale a la de un Trotski al lado de un Stalin enfermo o la de un Nixon de nuevo en la Casa Blanca». Lo desorbitado de la comparación no tiene otra virtud que la de llamar la atención sobre un problema que tienden a soslayar muchos necrólogos del famoso primer ministro chino.

¿Un relevo de clases de edad?

Efectivamente, tratándose de la desconcertante gerontocracia que parece existir en China, un país todavía bajo la tutela de un anciano de 83 años, físicamente impedido, donde no resulta extraño encontrar altas dignidades en activo que rebasan ampliamente los setenta y aun ochenta años, es grande la tentación de plantearse los problemas de sucesión, sobre todo en términos generacionales. Frente a la generación de la época heroica, de la que nos separa casi medio siglo, se habrían alzado las nuevas, significadas al nivel de dirigentes por el llamado «grupo de Shanghái», donde hay hombres de cuarenta años, casi la primera infancia a escala china… El problema se reduciría así a un relevo de clases de edad, a si Chu-en-Lai, hospitalizado desde hace dos años, ha logrado establecer,

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 82, del 1 de febrero de 1976, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

antes de su desaparición, una equilibrada dosificación entre la generación de la larga marcha y la de la revolución cultural. Pero parece que la edad no constituye lo principal, se trata de líneas políticas.

La «gran planta venenosa»

Tras un currículum europeo parejo al de Chu-en-Lai, Teng regresó a China en 1927, donde, fiel seguidor de Mao, llegó relativamente pronto al secretariado del partido. Asistirá al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956, y su informe al VIII Congreso del Partido Chino, en septiembre del mismo año, no deja de reflejar la impresión que le causó la condena de Stalin y sus métodos. En medio de su premiosa y dilatadísima crítica del burocratismo, se encuentran ataques a «la falta de sentido de la realidad, la precipitación en el desarrollo y la exageración de las posibilidades». En consecuencia, Teng censurará más tarde la colectivización, «el gran salto hacia adelante» de las comunas populares. En la crisis de 1959, cuando Mao pierde su cargo de jefe de Estado, Teng apoyará a Lui-Schao-Tschi, que reemplazó al viejo líder. En 1961, Teng llegó incluso a atacar de frente principios tan caracterizadamente maoístas como la supresión de los estímulos o la combinación del trabajo manual y el estudio. Por eso, cuando a partir de 1966 se desencadena la revolución cultural, Teng se convertirá en una de sus principales víctimas. Sus caricaturas con cabeza de perro y rabo de cerdo, iban acompañadas de epígrafes como los de «gran planta venenosa» o de «principal raíz de la línea reaccionaria burguesa». Es en este momento cuando interviene, como en otros casos, la mano previsora de Chu-en-Lai, que evita mayores sanciones y hace desaparecer a su protegido en la campiña china. Escasamente dos años después, Teng comienza de nuevo su ascensión: reaparece en el Comité Central, poco después en el Politburó. En enero de 1975, es elegido vicepresidente y dos semanas más tarde jefe del Estado Mayor. Su figura comienza a resultar familiar desde su viaje a Europa, donde completa la aproximación china a Occidente con sus curiosas declaraciones sobre la unidad europea.

Desconfiar de las masas

Pero el retorno de Teng no sería más que un síntoma, si hacemos caso del detenido recuento que algún especialista ha hecho de los depurados

de la revolución cultural. Los porcentajes de rehabilitación tras toda la escenografía de autocríticas y destierros resultan elevadísimos. Gran número de jefes provinciales o modestos secretarios locales, barridos por la revolución cultural, se encontrarían de nuevo en sus puestos. La proporción sería aún mayor tratándose de mandos militares. Todo este funcionario reintegrado es de suponer que se aplica a sí mismo lo que Chu-en-Lai dijo públicamente en 1973 del propio Teng: «este es un hombre que ha soportado mucho y mucho ha sufrido por su país». Pero es de suponer también que sigan teniendo ideas propias sobre lo que ha de ser la futura línea política. Una línea política que, según se mire, podría calificarse de «revisionista» o de «tecnócrata», desconfiando de toda posible línea de masas.

Hay que preguntarse la fuerza que frente a este bloque de intereses pueda tener el llamado «grupo de Shanghái», hijos todos de la revolución cultural y sobre cuyo exacto perfil político se discute todavía. Muchos de los jóvenes se habrían inclinado ya desde hace tiempo por el nuevo primer ministro. El más anciano de ellos, en cambio, Chang Chun-Chiao, de 66 años, escasamente cinco menos que el propio Teng, representaría la auténtica línea revolucionaria maoísta. Una línea que no durará en potenciar de nuevo las polémicas culturales en curso, hasta poner en marcha una nueva revolución cultural «contra la burocracia y el revisionismo». Contra todos aquellos que, como decían los guardias rojos de Teng en 1966, «creen que el pensamiento de Mao carece de sistema, que no hace falta estudiarlo las cuatro estaciones del año y que puede contener fallos o errores». La cuestión es si tal empresa será otra vez posible.

La dictadura del proletariado, algo más que un dogma*

De fiarse de la prensa, voces autorizadas han calificado en Madrid a la dictadura del proletariado de poco menos que de dogma estalinista. «El fin de un dogma» tituló la cuestión, por otra parte, nuestro querido *Triunfo*. Si de mero dogma se tratase habría que concederle una vida extraordinariamente larga, y desde luego no solo datable de la época de Stalin. Sin ir más lejos, ya Lenin dijo taxativamente: «No es marxista quien no admite, además de la lucha de clases, la dictadura del proletariado». Y si más lejos se quiere ir, toparíamos inevitablemente con la famosa carta de Marx del 5 de marzo de 1852, en la que afirmaba que su mérito especial no consistía en haber descubierto las clases y la lucha de clases, sino en haber concluido que llevaban necesariamente a la dictadura del proletariado, transición a la sociedad sin clases. Si recordamos que el padre de la criatura puede haber sido Auguste Blanqui, quien usó la expresión de 1837, el dogma habría resistido ciento cuarenta años. Muchos años para un dogma, y sobre todo en política. ¿Cómo va a ser dogma un término que ha cubierto contenidos tan diversos como el moderado *Manifiesto* de 1848, la eruptiva Comuna de París o la imponente arquitectura burocrática de la Rusia de Stalin? Más que dogma, la dictadura del proletariado habría constituido un término mantenido por fidelidad a sus orígenes, y que a pesar de haber mostrado suficiente flexibilidad y aun vaguedad en sus contenidos, resulta ahora, por razones evidentes, de un uso cada vez más incómodo en la Europa de nuestros días.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 84, del 1 de marzo de 1976, pp. 13-14, con el seudónimo de H. J. Renner.

En 1848 una dictadura muy moderada

En los años cuarenta del pasado siglo el acceso al poder de la clase obrera solo podía contemplarse como una conmoción revolucionaria. El régimen burgués parecía haberse agotado en las fórmulas del liberalismo censitario, cualquier paso posterior era la revolución. En el *Manifiesto* o en *Los principios del comunismo* de Engels no se habla todavía de «dictadura», pero solo dos años más tarde Marx ya dirá que «la dictadura de clase del proletariado» constituye «el paso necesario para lograr la abolición de las diferencias de clase». Y realmente uno puede suponer que en la Europa de entonces hiciese incluso algo más que «las intervenciones despóticas» de que habla el *Manifiesto*, para realizar el programa que se proponía. Pero en vano se buscarán en este texto invocaciones a un régimen de violencia y coacción sistemáticas por necesidades revolucionarias. Por otra parte, el catálogo de medidas inmediatas es tan moderado, que muchas de ellas ya son realidad en algunos de los regímenes de la Europa occidental; de los impuestos progresivos sobre la renta a la enseñanza gratuita; llegando el momento de la «expropiación», esta se haría «gradualmente» y «con indemnizaciones adecuadas». Todo esto caracterizaría más un período transitorio, que una forma de gobierno, que en el texto se define a secas como la «Democracia».

La democracia directa: «¡Mirad a la Comuna de París!»

A los que se preguntaban cómo sería aquella dictadura del proletariado, que contaba con algo más de diez menciones esporádicas en la obra de Marx, Engels les remitía enfáticamente a la Comuna de París de 1871. De seguir el consejo de Engels se llega a resultados algo desconcertantes para nuestros días. La dictadura del proletariado aparece aquí, según Marx, como un régimen de asambleas, con poderes legislativos y ejecutivos, emanadas del sufragio universal pero revocables en todo momento por los propios electores. Un funcionario también revocable, y con salarios en ningún caso superiores al salario medio de los obreros, completan el cuadro. Falta cualquier referencia a un partido dirigente o incluso mayoritario. «El movimiento de la enorme mayoría en beneficio de la enorme mayoría» se ha resuelto en un régimen de democracia directa y permanente a nivel municipal. A la influencia de tan clara definición no escapó ni siquiera el propio Lenin, quien en abril de 1917

todavía se representaba la dictadura del proletariado como un régimen transicional, «sin ejército permanente, sin policía contra el pueblo, sin burocracia sobre el pueblo», insistiendo en varios lugares sobre la revocabilidad e intercambiabilidad de funcionarios y administradores.

Dictadura del proletariado igual a república democrática

Es sabido que, desde los comienzos de los años setenta del pasado siglo, comienzan a albergarse esperanzas de un tránsito pacífico al socialismo, abonadas por los crecientes éxitos electorales de la socialdemocracia alemana. Aún sin abdicar del «derecho histórico a la revolución», tanto Marx como Engels no fueron insensibles a la nueva situación. En 1871, Marx limita la necesidad de una revolución violenta al continente, Inglaterra y América, quizá también Holanda, podrían gozar de una transición pacífica. Mucho más tarde, en 1891, guardando reservas explicables respecto al caso alemán, Engels añade Francia a esta lista: «Puede uno figurarse que la vieja sociedad se desarrolle, transformándose en la nueva, en los países donde la representación del pueblo concentra todo el poder, donde se pueda hacer constitucionalmente lo que se quiera en la medida en que se tiene tras de sí a la mayoría del pueblo». El partido socialista y la clase trabajadora pueden llegar al poder aquí bajo la forma de la República democrática. ¿Habrá llegado, entonces, el momento de destruirla, para instaurar la dictadura del proletariado? La solución de Engels no es esta; no hace falta destruir la República democrática, «porque la República democrática es la forma específica en este caso de la dictadura del proletariado». En la Europa industrializada y parlamentaria, la dictadura del proletariado indica solo el contenido social de una forma tan perfectamente democrática como era una república, con una mayoría de socialistas en las cámaras. Algo así, vamos, como una Francia en la que hubiese triunfado la unión de la izquierda…

La dictadura resulta violenta

Lenin fue el primero en advertir que, por un lado, las condiciones internas de Rusia, y, por otro, el fracaso de la revolución en Europa, determinarían el carácter y evolución de un régimen que se definió a sí mismo como «dictadura del proletariado» hasta 1961. Era claro, en primer lugar,

que no cabía esperar plazos breves, se «trata de un período de transición sensiblemente largo». Pero, además, su forma la dictaban las circunstancias: «La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder que tiene que ser conquistado y defendido por la violencia proletaria frente a la burguesía, un poder que no está sujeto a ley alguna». Al lado de tan categóricas definiciones, en el paroxismo de la lucha a vida o muerte que sostiene el joven régimen soviético, poco pesaban las posteriores matizaciones de Lenin sobre «los países con mayor nivel cultural y mayor peso específico de la clase obrera». Y él mismo se encargó de que en el punto primero de las famosas 21 condiciones para ingresar en la Tercera Internacional, figurase el reconocimiento, sin reservas, de la necesidad de la dictadura del proletariado. A partir de entonces, sí puede afirmarse que un dogma comienza a recorrer Europa con todas sus consecuencias.

La claridad de Stalin

En las polémicas que se precipitan a partir de entonces hay que reconocer a Stalin un mérito, el de la claridad. La cuestión de si se trataba de una dictadura del o sobre el proletariado databa del enfrentamiento originario entre Lenin y Kautsky, de las páginas proféticas de Rosa Luxemburgo, para rebrotar más tarde en el trotskismo. Ya en enero de 1926 Stalin terció meridianamente en la discusión, afirmando que en cierta manera «podría decirse que la dictadura del proletariado es la "dictadura" de su vanguardia, la "dictadura" de su partido como la fundamental fuerza dirigente de la clase obrera». Oficialmente, la dictadura del proletariado quedaba identificada con la dictadura del partido. Interprétese como se quiera este texto, aquí estamos a años luz de la democracia directa de la Comuna o de la República democrática de Engels. Una sola cosa quedaba a salvo del pasado, el carácter temporal del régimen, aunque extraordinariamente prolongado. Aunque ya en la constitución de diciembre de 1936 parece cosecharse institucionalmente el primer resultado «de la conquista del poder por el proletariado», hablándose del «estado socialista de trabajadores y campesinos». El viejo término parecía estar pasando a un segundo plano, una vez cumplida su función. En Europa, por otra parte, había sido postergado en beneficio de la política de Frentes Populares ante la amenaza fascista. La situación pareció ofrecer cierta continuidad en el plano de la pura teoría al terminar la guerra, con las democracias populares.

¿Democracia popular o dictadura del proletariado?

La breve primavera política de 1945 a comienzos de 1948, primavera abortada por la Guerra Fría, permitió el florecimiento de declaraciones sobre «la diversidad de los caminos hacia el socialismo». Es la época de los discursos tan citados de Gomulka, Ackermann, Dimitrof, Thorez o Togliatti. La dictadura del proletariado no dejó de pagar las consecuencias de esta relajación del dogma. De esta manera, la «democracia popular», varios partidos bajo la dirección del comunista, se definió como «forma intermedia entre la democracia burguesa y la democracia proletaria», saltándose el concepto y término de dictadura. Pero desde fines del 1948 las cosas cambian. El ideólogo soviético Pavel Judin afirma en 1950: «la experiencia histórica ha mostrado que la dictadura del proletariado existe en dos formas: como soviets o como democracia popular». El problema estaba resuelto, lo estaría hasta la muerte de Stalin en 1953: la dictadura del proletariado había devorado a la democracia popular.

Las últimas definiciones: todo, menos ceder en el partido

Tras la muerte de Stalin, la aceptación de diversos caminos hacia el socialismo por parte de la Unión Soviética va acompañada de una serie de considerandos sobre la «dictadura del proletariado», para salvar el concepto, adaptándolo a las nuevas circunstancias. En la doctrina recogida en los *Fundamentos del marxismo-leninismo*, aun insistiendo en su necesidad, la dictadura registra todas las variantes posibles. Variantes que afectan tanto al grado de violencia, que puede prácticamente desaparecer, como a la amplitud de su base social, que en el caso de hipotética implantación por vía parlamentaria es capaz de agrupar varios partidos unidos en la misma lucha. Se tiene en cuenta no solo el nivel económico o el grado organizativo de la clase obrera de cada país, sino también factores tan típicamente «superestructurales» como las tradiciones históricas o políticas.

Pero, donde no hay cambio es en la cuestión clave, en el partido. Su función es completamente distinta de la de «un partido mayoritario en un sistema parlamentario», «encarna una misión histórica, siendo el guía natural en el camino hacia el comunismo». En consecuencia, no puede «estar sujeto al resultado de unas elecciones que se celebren de tiempo en tiempo». Haciendo gala de imaginación se le compara con un director de orquesta.

La doctrina soviética bajo dos fuegos

Toda esta elaboración fue acompañada de una declaración complementaria. En el nuevo programa del partido aprobado en el XXII Congreso (1961) la dictadura del proletariado en la Unión Soviética desaparece para siempre, una vez alcanzada la meta «la instauración de un estado de todo el pueblo». Este paso fue considerado por los chinos como una abdicación de los principios del marxismo-leninismo. El primer ataque llegó así del Oriente, reivindicando la auténtica tradición revolucionaria frente a lo que se consideraba como «patrañas burguesas sobre un estado de todo el pueblo». China define de nuevo la dictadura del proletariado, como un largo, larguísimo incluso, período que llegará hasta la fase superior del comunismo.

Pero por el Occidente también se había abierto el fuego, aunque no de una manera tan consecuentemente doctrinal como los chinos. Había el precedente, teóricamente algo confuso, del titoísmo, en el que la dictadura del proletariado desempeñó un papel importante. Pero naturalmente la hora de las grandes «verdades políticas» ha llegado con el gradual apartamiento de los partidos comunistas de Italia y España, rematando la situación las abruptas declaraciones de Marchais, anuncio de lo que iba a decir el Congreso del partido comunista francés.

¿Qué hacer con la dictadura del proletariado?

Esta podría haber sido la pregunta planteada a los dirigentes de los partidos comunistas accidentales. Podría haberse intentado un rescate del término, como ha venido sucediendo con tantos otros de la tradición marxista, todo se habría resuelto con una vuelta a las fuentes. Remontándose, por ejemplo, a la identificación en Engels de dictadura y República democrática. Más allá, a la altura de la Comuna, era posible adentrarse en el inquietante terreno de la democracia directa de asambleas y del igualitarismo salarial. Pero la misma riqueza de contenidos que había albergado la expresión dictadura del proletariado podría traducir cierto fallo teórico inicial: el intento de dar una denominación única a una transición cuya naturaleza, por la fuerza de las cosas, no había podido ni podía infaliblemente predecirse, ni en su forma ni en su duración, capaz de abarcar tanto una situación transitoria de fuerza, como un régimen de cierta duración. A lo que venía a añadirse, naturalmente,

las razones de la política cotidiana: es difícil separar las connotaciones negativas que acompañan a la expresión de dictadura, por muchas aclaraciones filológicas que se intentasen y por muchas autoridades que se adujeran. Tampoco los soviéticos parecían ayudar mucho, resistiéndose tenazmente a poner en tela de juicio el carácter definitivo e irrevocable de la llegada al poder del partido comunista. Quizá para muchos dirigentes la dictadura del proletariado era solo eso, lo que decían los soviéticos. En todo caso, el camino más corto era prescindir de un término, que solo durante los últimos cincuenta años había sido verdaderamente un dogma.

¿Hacia la revisión del leninismo?

Es difícil poner históricamente en duda la afirmación de Stalin, cuando en sus *Cuestiones del leninismo* concluye diciendo: «el leninismo es la teoría y la práctica de la revolución proletaria, y la dictadura del proletariado constituye el contenido principal de la revolución proletaria, de tal manera que resulta evidente que lo esencial en el leninismo estriba en la cuestión de la dictadura del proletariado, en la elaboración, en la fundamentación y en la concreción de esta cuestión». Parece que esta elaboración, esta fundamentación y esta concreción, en las nuevas circunstancias de la Europa occidental, ha llevado al abandono, no solo del término, sino también del concepto leninista. Tarde o temprano tendrán que medirse las consecuencias teóricas y organizativas de este paso, que ahora tienden a minimizarse. No puede prescindirse impunemente de una pieza tan esencial de lo que se ha llamado «el marxismo de la época del imperialismo». Los chinos, que también han sometido a sus propias necesidades la herencia leninista, han resuelto el problema de una manera sencilla, llamando a Mao «el Lenin de nuestra época». Con lo cual la continuidad queda asegurada a un nivel a salvo de cualquier posible discusión sacrílega.

El franquismo, ¿un régimen autoritario? Fascismo, totalitarismo, autoritarismo*

El régimen franquista siempre presentó problemas a la hora de su clasificación en la ciencia política. Por lo que hace a la biografía permitida en vida del general Franco, un Rodríguez Carvajal, por ejemplo, catedrático de Murcia y teórico del sistema que se atrevió a comparar con la Constitución inglesa, lo definió como «dictadura constituyente». En este, como en otros terrenos, la muerte del general Franco desató la generalización de términos antes solo muy cautelosamente utilizados, como «poder personal», «régimen de excepción» y aun «autocracia», en voz del Congreso de la democracia cristiana celebrado últimamente en Madrid. Incluso órganos tan virginalmente comedidos durante decenios, como el *Heraldo de Aragón*, periódico zaragozano, no vacilaron en hablar de «cuarenta años de totalitarismo», sumándose así a los que descaradamente lo hacían de fascismo. A todos estos exaltados tuvo que reconvenirles paternalmente Ricardo de la Cierva, remitiéndoles a la lectura de los trabajos de Linz, sociólogo español afincado en Norteamérica, maestro de Amando de Miguel, y que ha definido el régimen español sencillamente como «régimen autoritario».

Linz desarrolla su tesis ante la España de 1964, partiendo de ciertas evidencias: no hay un cuerpo rígido de ideología oficial, no existe un partido único de masas que mantenga a la población en estado de movilización continua, no hay un control central de la economía. Todo esto caracterizaría al llamado totalitarismo, frente al cual se define el régimen autoritario. La comparación resulta todavía más favorable a este último cuando se pasa a la esfera de la represión: «el carácter menos dinámico de estos regímenes tiende también a hacer menos necesario

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 85, del 15 de marzo de 1976, p. 13, con el seudónimo de H. J. Renner.

el uso de la fuerza», siendo menor el control de los ciudadanos por un partido único o por la policía política. Finalmente, y esto remata el cuadro, frente al totalitarismo, que se mantiene por coacción continua de una sociedad violentada, el régimen autoritario tiende a identificarse con los valores básicos de la sociedad, con un sistema de estratificación social y con muchas instituciones no políticas que constituirían la infraestructura social. Estamos ya aquí en el «franquismo sociológico» de Cantarero del Castillo o de La Cierva.

Al principio todo era más sencillo

Efectivamente, en un comienzo las cosas parecían ser más sencillas. El fascismo italiano había llegado al poder apoyado por latifundistas, industriales, príncipes de la Iglesia, generales y el rey en 1922. La fachada parlamentaria se conservó hasta el 10 de junio de 1924. Aquella fecha fue la del asesinato del diputado socialista Matteotti, Mussolini está a punto de perder el poder, pero termina afirmándose: se prohíben partidos y periódicos, se aniquilan los sindicatos obreros, se crea la policía política y un tribunal especial de seguridad del Estado, se retira el pasaporte a multitud de personas. Otros muchos son deportados o encarcelados, mientras algunos logran escapar comenzando un largo exilio. La lista de las víctimas del fascismo empieza a crecer: Amándola, Gobetti, Gramsci… Los observadores inteligentes distinguieron desde el primer momento entre las masas fascistas, una pequeña burguesía, encuadrada por excombatientes nostálgicos y rabiosamente antisocialistas, y los intereses a los que termina sirviendo el movimiento y con cuya ayuda llega al poder.

Durante algún tiempo gente hubo que creyó ver en el fascismo italiano tan solo un nuevo tipo de régimen autoritario, una especie de dictadura desarrollista propia de naciones mediterráneas, ineptas por su propensión retórica y sus estructuras sociales para edificar por sí solas la sociedad industrial. Por Europa circulaba la anécdota de los trenes italianos que por fin circulaban puntualmente. El fascismo, remedando a un conocido reaccionario hispánico, sería «un estado de obras» frente al impotente «estado de derecho» del liberalismo parlamentario. Pero en 1933 la llegada al poder de Adolfo Hitler pone en tela de juicio esta interpretación; el fascismo deja de ser una curiosidad mediterránea, para transformarse en una amenaza para la libertad en toda Europa.

Llegar al poder en chaqué

En Alemania, todavía con más claridad que en Italia, el fascismo en el poder desvela su secreto como estabilizador de un sistema capitalista, amenazado simultáneamente por el movimiento obrero y por la crisis económica. La gran burguesía monopolista abdica su poder político, en aras de la conservación y engrandecimiento de su poder económico. Tras su época de violencias callejeras, el fascismo alemán, como antes el italiano, no llega al poder sobre carros de combate y con camisa de color: Mussolini y Hitler acceden al gobierno aliados con los conservadores, con chistera y chaqué. El tópico de la «revolución pendiente» acompaña así al fascismo desde el comienzo, pues la función del régimen fascista estriba precisamente en impedir una revolución que se cree inminente. El fascismo es el fenómeno contrarrevolucionario por excelencia del siglo XX.

«Estado total» y «totalitarismo»

A estas alturas prácticamente a nadie se le ocurría comparar los regímenes fascistas con los comunistas. Circulaba ya la palabra *totalitario*, pero era una circulación oficial en el seno de la propia doctrina fascista. El Estado nuevo era el «Estado total», que decían los italianos. No hace falta recordar que en la versión primitiva de las leyes que hoy se consideran como fundamentales del estado del 18 de julio, este se definía como «Estado totalitario». Mientras que en 1945, por ejemplo, al cambiar el contexto europeo, un teórico del falangismo como Arrese tratará esforzadamente de demostrar que José Antonio no era un político totalitario.

En todo caso, cuando estalla la guerra contra el fascismo europeo, la palabra *totalitarismo* va a tomar un nuevo curso. Toda arma era buena para la propaganda, no vacilándose en tomar al pie de la letra la pretensión de totalidad perfectamente jerarquizada, de totalitarismo, de los regímenes italiano y alemán. La palabra se pone al servicio de la guerra ideológica contra el fascismo.

«Guerra Fría» y nuevo significado

Hasta los años de la Guerra Fría, el término de *totalitarismo* seguía limitado realmente a los regímenes fascistas. Solo algunos escritores liberal

conservadores, en una desorientada confusión ante los nuevos tiempos consideraban parejos bolchevismo y fascismos como ejemplos de movimientos revolucionarios, de «rebelión de las masas» contra el humanismo patricio de la burguesía clásica. Todo esto cambió a partir del comienzo de la Guerra Fría. El conflicto de los americanos con Stalin es reducido, en el marco de la doctrina de Truman, a la oposición entre sociedades «libres» y sociedades «totalitarias». La subsunción de los extintos regímenes comunistas bajo el mismo común denominador ayudaba, incluso, a parte de la izquierda europea en la crisis de identificación que sufre, cuando los sueños albergados durante la resistencia se muestran irrealizables. Para muchos, la lucha contra la expansión del comunismo se presentaba como una continuación de la lucha contra los fascismos.

Definición americana del totalitarismo

Al revés de lo que sucede en la Unión Soviética, donde la ideología reacciona vivamente, el Occidente es más lento. Pero el respaldo teórico de la nueva política americana llega por fin, y llega precisamente en una obra citada y utilizada por Linz para construir por contraste su concepto de régimen autoritario. Se trata del libro de C. J. Friedrich y Z. K. Brezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, publicado en 1956 en Cambridge (Massachusetts). Aquí, los regímenes de Italia, Alemania y la Unión Soviética se resumían bajo el término común de *dictaduras totalitarias*, abstrayendo todas las dimensiones históricas y sociales para limitarse a la descripción formal externa de técnicas de poder o control. Cuando las comparaciones buscan una ilustración concreta, los resultados son sorprendentes: el mercenario de las SS Röhm equivale a Trotski, la época de la NEP a la del idilio inicial entre los monopolios y el nacionalsocialismo… En un capítulo C. J. Friedrich llega a afirmar que comunistas y fascistas son «totalitarios» de la misma manera que protestantes y católicos son «cristianos». Quedan así mezclados en el mismo saco las economías planificadas soviéticas y el reino de los grandes monopolios privados en Alemania o Italia, el racionalismo de la tradición marxista europea y la confusa amalgama que es la ideología fascista. Se prescinde en cambio totalmente de toda consideración significativa sobre orígenes, evolución y contenido social de los dos tipos de regímenes. No es nada extraño que tal teoría haya comenzado a desmoronarse una vez pasada la coyuntura histórica que le dio luz.

¿Autoritarismo no fascista?

Pero esta construcción teórica ofrecía además más ventajas para la política exterior americana. El criterio por aquellos años para formar parte del llamado «mundo libre», tutelado muy estrechamente por Estados Unidos, consistía no tanto en el grado de democracia de un régimen como en la intensidad de su anticomunismo. Recurriendo a un concepto tan esquemática y formalista como el de *totalitarismo*, podía comprobarse pedantemente que las dictaduras englobadas en el «mundo libre» eran dictaduras, pero solo dictaduras «autoritarias». Realmente les faltaban las características más descaradas y pasadas de moda de los fascismos de antaño. Ya no había camisas de color, ni saludos romanos; escaseaban las concentraciones de masas. Seguían, eso sí, sin sindicatos, sin partidos, sin libertades, pero con latifundistas y capitalistas. De no haber existido el mágico concepto de *totalitarismo*, cualquiera habría pensado que este tipo de regímenes desempeñaba el mismo papel que el fascismo puro de años atrás. Evidentemente, se habían registrado cambios, había desaparecido, por ejemplo, el intento de encuadramiento exhaustivo de las clases medias, pero a otros niveles monopolios y demagogias fascistas persistían (pensemos en el mundo sindical). Podría incluso haberse concluido que, en el siglo XX capitalista, un régimen autoritario, antiparlamentario, anticomunista, y sin libertades fundamentales era sencillamente un régimen fascista, con independencia de otras características. Pero no, el fascismo estaba «científicamente» incluido en el totalitarismo, y este exigía para serlo la presencia simultánea de muchas cosas que se habían ido abandonando desde el final de la guerra.

El concepto se desmorona

Pero el concepto del *totalitarismo* comenzaba a desmoronarse en su propio origen. Ya en los años cuarenta, en plena guerra mundial, se publicó un libro que pasó casi desapercibido, aunque el lector de habla hispana tuvo la suerte de disponer de una traducción casi simultánea. Era el *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, de Franz Neumann. En esta obra se destruían las pretensiones de monolitismo totalitario del régimen nazi, anticipándose genialmente a los resultados de las recientes investigaciones. La uniformidad de los desfiles o la histeria sincronizada de los mítines nacionalsocialistas ocultaban una auténtica

anarquía, la anarquía de un capitalismo monopolista exasperado. De la misma manera concluye uno de los mejores especialistas actuales: «la estructura interna del Estado fascista está caracterizada por la confusión de instancias y competencias, el caos en la dirección y las ambigüedades ideológicas». La visión de un Estado totalitario fascista, que logra el encuadramiento y la jerarquización de toda la población y de la economía «debe ser considerada del reino de la leyenda». Actualmente, el concepto de *totalitarismo* se encuentra desacreditado en Europa, tan solo en América domina su uso, en parte por comprensibles razones políticas.

Coroneles fascistas

En otro terreno, el de la opinión pública, la acogida de Europa al régimen de los coroneles griegos no deja de ser otro signo de rechazo del concepto americano del totalitarismo. A Atenas no solo se le negó el pan y la sal, a pesar de contar con la bendición del Pentágono, sino que se la calificó sin más de régimen fascista y no de mera dictadura autoritaria. Para la doctrina americana al régimen militar griego le faltaban, entre otras cosas, una nota esencial para ser fascista: la existencia de un partido único de masas. En ayuda del empecinamiento antifascista de los demócratas europeos, vinieron los estudios de especialistas. Pavlos Bakojannis, autor del mejor trabajo sobre el «fascismo tardío griego», concluye afirmando: «en este caso el movimiento de masas o el partido único es sustituido por la fuerza organizada del ejército. El partido y la movilización de las masas no es esencial para el fascismo, cuando el movimiento obrero y los partidos ya no existen y la llegada al poder no ha utilizado la penetración electoral».

Un régimen idílico

Realmente, el concepto de *totalitarismo* ya sirve para muy poco. Como no sea para intentar fundamentar la restricción de las libertades, bajo el pretexto de combatirlo desde posturas fascistas. Por lo demás, en algún país idílico, que nunca haya conocido sindicatos obreros, partidos políticos, ni libertades, que permanece remansado en una economía pastoril y agraria, puede haberse dado un «régimen autoritario» basado en el consenso social de una mayoría silenciosa. Pero incluso allí no habrá sido por mucho tiempo.

Cómo prohibir al partido comunista*

Para cualquier persona medianamente informada, está comenzando a resultar irritante la referencia a la República Federal de Alemania cada vez que se anuncia la exclusión del Partido Comunista aquí y ahora. Máxime cuando en estos anuncios resuenan tonos y contundencias que evocan métodos expeditivos muy distintos a los utilizados en la Alemania de 1956. Por eso, uno llega a creer que se trata de una confusión de géneros y de cronologías, pues dos cosas muy diferentes son la prohibición práctica del Partido Comunista en febrero de 1933 y la prohibición legal del mismo partido, veintitrés años después. El problema consistiría, entonces, en saber en qué tipo de prohibición se está realmente pensando.

En veinticuatro horas

El 30 de enero de 1933 se forma un gobierno de «coalición nacional» en Alemania bajo la presidencia de Hitler, en el cual los nacionalsocialistas son todavía minoría (tres ministros). Se convocan elecciones para el mes de marzo y los hitlerianos se preparan para neutralizar a sus adversarios sin reparar en medios. El Führer afirma, una y otra vez, «que para los comunistas no hay lugar en la nueva comunidad nacional alemana». Pronto pasará a los hechos: el incendio del Reichstag a finales de febrero, provocado por los mismos nazis, es el pretexto. Exactamente veinticuatro horas después, el Gobierno no parece dudar en absoluto que el hecho se debe a los comunistas y publica el decreto del 28 de febrero de 1933. Con el argumento de que «los comunistas amenazan

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 87, del 15 de abril de 1976, p. 13, con el seudónimo de H. J. Renner.

violentamente al Estado» y «considerando que el orden público y la seguridad se hallan amenazados», se limitan los derechos fundamentales reconocidos en la Constitución de la República de Weimar, todavía vigente. Así ya se puede, sin esperar a la ley de plenos poderes de algunas semanas más tarde, pasará a poner prácticamente fuera de la ley al Partido Comunista, procediendo a detenciones en masa, deportaciones y suspensiones de periódicos. Ya se conoce lo que sucedió después: se llegó a la situación teóricamente ideal, en la que la prohibición del Partido Comunista no representaba problemas, pues todos los partidos estaban prohibidos.

La «divina casualidad»

Tal ejemplo de prohibición de un Partido Comunista en tiempo de paz (tratándose de tiempo de guerra disfrutamos de experiencias propias) no deja de ser incómodo. No lo habría sido hace tan solo algunos años, cuando un distinguido catedrático afirmaba que «el Estado de derecho constituye un escepticismo insostenible en la actual coyuntura, una imposibilidad en cualquier sentido». Pero lo es ahora. Entonces, se descubre la «divina casualidad», como diría Stendhal, la existencia de un «Estado de derecho» que, por lo menos durante algún tiempo, mantuvo la prohibición del Partido Comunista. Conclusión feliz y esperanzadora: se puede ser «Estado de derecho» y «democracia», con los comunistas fuera de la ley.

En cinco años

Pero no hay que precipitarse con las comparaciones. En primer lugar, consideremos el punto de partida: tras el hundimiento de la dictadura en Alemania se permiten libremente todos los partidos, restableciéndose inmediatamente las libertades fundamentales. Y, en segundo lugar, cuando el Gobierno decide dirigirse al tribunal, al tribunal de garantías constitucionales y no a una jurisdicción especial, empieza precisamente por la extrema derecha, solicitando la prohibición de los neonazis del SRP (*Sozialistische Reichspartei*). Y no puede menos de llamar la atención el que tal prohibición se obtenga casi fulminantemente, en el plazo de siete meses. En cambio, para lograr la del KPD (*Komunistische Partei*

Deutschlands) el Gobierno ¡tendrá que esperar cinco años! Parece ser, para empezar, que a un «Estado de derecho», al dejar atrás un régimen fascista, le cuesta menos prohibir por la derecha que por la izquierda. Por algo será.

Pero vayamos a los detalles. No son muy alentadores para los partidarios de una prohibición expeditiva de los comunistas. El camino que llevó, finalmente, a la prohibición del KPD fue muy largo, pleno de las servidumbres que un auténtico Estado de derecho impone con sus leyes y tribunales a las ansias de eficacia y rapidez de algunos gobernantes. El 22 de noviembre de 1951, el Gobierno había solicitado la declaración contra el partido, dos días después el Tribunal de Karlsruhe se digna contestarle. Pero no muy convencido de la viabilidad del proceso, ya que acepta sistemáticamente todas las apelaciones de los defensores, fue aplazado el comienzo de las vistas hasta el 23 de noviembre de 1954. El proceso durará hasta el 5 de julio de 1955. Y después el silencio, un largo silencio de trece meses, que hace suponer a muchos autorizados comentadores que, de no mediar apremio del Gobierno, todavía estaríamos esperando el fallo del alto tribunal. Fallo que llega por fin el 17 de agosto de 1956. Y no hay que olvidar que durante estos largos cinco años el tema había sido discutido libremente en una prensa libre y en presencia de todos los partidos, incluida la del propio Partido Comunista, cuya voz solo deja de oírse en esta fecha.

Una sentencia de trescientas páginas

Pero incluso una vez acordada, la justificación de la prohibición de un partido en un Estado de derecho parece ser una cosa mucho más complicada de lo que pudiera pensarse al oír a nuestros políticos. No es asunto a liquidar en media página, sino que exigió más de trescientas en los gruesos volúmenes que guardan la jurisprudencia del Tribunal Constitucional alemán. Los jueces se creyeron obligados a un detenido estudio de las obras de Marx, Lenin y Stalin, manejando más de 40 volúmenes de estos autores. Una primera reserva despoja de seguridad al texto: «en el caso de darse elecciones en toda Alemania, no hay impedimento legal para reconocer al Partido Comunista». Más adelante se insiste en que «un partido no es anticonstitucional por el solo hecho de no reconocer o rechazar los principios fundamentales o de formular otros distintos». A

continuación, el Tribunal se enfrenta con la difícil tarea de fundamentar una resolución, que no signifique atentado a la libertad de opinión y respete la existencia de otros partidos que se consideran todavía revolucionarios y marxistas (la socialdemocracia alemana todavía lo era teóricamente). Esto lleva a una argumentación poco clara: «el curso de la política del partido está orientado fundamental y tendencialmente (*grundsätzlich und dauernd tendenziell*) a la lucha contra el orden libre y democrático». Obligados a sortear auténticas dificultades constitucionales, los jueces lograron llegar a buen puerto solo a costa de definir de una manera muy estrecha el art. 20 de la Constitución, el que afirma que «Alemania es un estado federal democrático y social». En todo caso se había prohibido un partido, no el partido. La puerta quedaba abierta.

Se cambia una letra: el DKP

Es sabido que a los diez años, no a los veinte como alegremente se afirma, se hizo uso de aquella ambigüedad. En el mes de octubre de 1967 los ministros de Gobernación de los distintos estados federales declararon que no había nada que objetar legalmente a la fundación de partidos comunistas. Las dificultades de una revisión, la principal su lentitud, se sortearon con un cambio de letra. El 26 de septiembre de 1968, Kurt Bachmann, miembro del KDP desde 1932 y dirigente del partido prohibido, anuncia en una conferencia de prensa la aparición del DKP. Entre el 12 y el 13 de abril del siguiente año se celebró el Congreso fundacional. Los estatutos y la declaración de principios siguen refiriéndose al marxismo-leninismo. Se evita, en cambio, el término *dictadura del proletariado*, explícitamente prohibido por el Tribunal Constitucional, hablando del «papel dirigente del pueblo trabajador en el Estado y la sociedad».

Ayer y hoy

En aquellos años la empresa de poner fuera de la ley por vía legal al comunismo en la República Federal contaba con la ventaja inicial de tratarse de un partido ortodoxo, muy dependiente del Gobierno de otro Estado (la DDR) y muy sometido a las directrices de Moscú. Un partido obligado, además, por principio a preconizar, entre otros medios, la

conquista violenta del poder, pues el deshielo teórico tras el XX Congreso es a partir de marzo de 1956. Y a pesar de todo, la deliberación fue larga y la sentencia insegura. Si el tribunal se hubiese enfrentado con un partido similar a los existentes hoy en día en Europa occidental, difícilmente hubiese podido ni prestar oído a la demanda del Gobierno, caso de que este se hubiese atrevido a formularla.

También aquella era una época en que la hegemonía democristiana en Alemania parecía inquebrantable, arropada como lo estaba por un contexto internacional de guerra fría. Más que contra el KPD, que representaba escasamente un 2% de los votos, los tiros iban contra el SPD, pues la socialdemocracia alemana todavía no había realizado su repudiación del patrimonio marxista en Bad Godesberg (1959). No era cuestión, claro está, de prohibir también a los socialistas, pero sí de desacreditarlos entre los electores por su parentesco espiritual con un partido prohibido, acusado de totalitarismo.

Finalmente, conviene recordar que hoy, por no estar prohibido, ni siquiera lo está la prohibida sigla de KPD, ardiente y públicamente reivindicada por varios grupos comunistas, que aspiran a reconquistar la pureza de unos principios que juzgan pervertidos por el oficial DKP.

Lo que cuesta prohibir un partido

Hasta ahora mismo, para evitarnos a los españoles los vicios de un régimen de partidos nos prohibían sencillamente todos los partidos. Ahora parece que se está pensando en la manera de evitar que votemos mal o que haya partidos malos. Si se recurre al ejemplo de la República Federal de Alemania, ya se sabe lo que cuesta: cinco años de funcionamiento libre del Partido Comunista de España, mientras decide un tribunal. Luego ya se podrá prohibir.

Dos historias distintas. Eurocomunismo. PCF y PCI*

El 15 de noviembre del año pasado los secretarios de los partidos comunistas de Francia e Italia, G. Marchais y E. Berlinguer, firmaron un comunicado después de varios días de conferencia. *Il Manifesto*, publicación a la izquierda del PCI, afirmó que «el partido comunista francés prácticamente se había situado en la línea italiana». *Il Corriere della Sera*, órgano liberal de la burguesía industrial, fue más allá: «ha nacido un nuevo modelo para el socialismo de Occidente». De la misma manera, uno de los consejeros de Berlinguer, declaró: «en las sociedades de Europa occidental el avance hacia el socialismo no puede hacerse más que a través del progreso en la libertad y la democracia». Y efectivamente, parte del protocolo de la conferencia está destinado a una enumeración detallada de todas las libertades garantizadas «en la fase superior de la democracia que será el socialismo», al que se llegará naturalmente por vía parlamentaria. Pero no solo se define el objetivo, también hay acuerdo sobre la estrategia: la unión con los socialistas sigue definiéndose como estrategia fundamental, pero es necesario un consenso más amplio. De ahí la necesidad de contar con «otras fuerzas populares», de inspiración cristiana, que pueden y deben tener un papel importante en la nueva sociedad». La «Unión del Pueblo», para usar viejas expresiones francesas, parece primar sobre la «Unión de las Izquierdas», que sirve de base a Marchais en su propio país. Aun cuando sea precipitado concluir de esto que el francés se ha convertido en un adepto del «compromiso histórico» italiano, es evidente que el acuerdo entre ambos partidos no se limita a cuestiones tácticas, sino que aspira a establecer las líneas de una estrategia común. Recordemos, por fin, que

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 90, del 1 de junio de 1976, p. 15, con el seudónimo de H. J. Renner.

en la primavera anterior un documento análogo había sido firmado por Berlinguer y Santiago Carrillo en Livorno. Para concluir, unas semanas después del encuentro romano, Marchais anunciaba espectacularmente a través de la televisión francesa su renuncia a la «dictadura del proletariado». Después vendría el Congreso del PCF.

Ha nacido el «eurocomunismo»

Algo nuevo se había producido en el comunismo europeo. Hasta esta fecha solo en el plano de las declaraciones genéricas podía hablarse una política común de los partidos europeos del Occidente industrializado de Europa. Las conferencias comunistas europeas, a partir de la desestalinización, habían limitado su orden del día a un punto concreto, la invasión de Camboya o las multinacionales, por ejemplo. Pero ya en Bruselas, en enero de 1974, veinte partidos comunistas de diferentes países europeos habían podido ponerse de acuerdo sobre las grandes líneas de «una vía europea hacia el socialismo». Sin embargo, entre los dos mayores partidos el acuerdo no pareció resistir las primeras pruebas. Como antaño, tratándose de la cuestión checa o la china, las divergencias entre italianos y franceses no dejaron de aumentar, llegando en torno a Portugal al borde de la ruptura. En Roma, en cambio, el acuerdo no solo giraba sobre las alianzas políticas, sino sobre las relaciones con el Mercado Común, al que se acepta en un deseo de democratizarlo, y esto es lo más importante, sobre las que deben mantenerse con la Unión Soviética, que pierde definitivamente su papel de modelo o Estado-guía.

¿De qué se trata?

Naturalmente nadie entiende el «eurocomunismo» como una mera designación geográfica. Para gran parte de la derecha europea representa una peligrosa mimetización del enemigo, el lobo vestido de cordero o el «comunismo blanco», como suele decir la prensa alemana. En el otro extremo del espectro político, la versión más piadosa lo califica de «cuadratura del círculo», callejón sin salida en el que se ven metidos el revisionismo de los partidos comunistas de Italia, Francia y España. Para las dos interpretaciones, aunque por razones evidentemente distintas, los comunistas portugueses habrían representado una reconfortante ex-

cepción. Para los interesados se trata sencillamente de preconizar una democracia avanzada que, sin renunciar a ninguna de las libertades existentes, «termine llevando a la sociedad europea fuera de la lógica capitalista». Para un observador cualquiera, lo que llama la atención, no es tanto el acuerdo en sí, como la aparente resistencia que en los últimos meses habría mostrado el Partido Comunista francés a incorporarse a la nueva política. Repetidamente los franceses se habían encontrado solos al lado de los soviéticos en multitud de ocasiones. Uno puede preguntarse las razones de esto.

No es cuestión de personas

Si se tratase solo de personas, la cosa resultaría fácil: George Marchais, el último «ortodoxo», se había pasado al bando del gran «heresiarca», Enrico Berlinguer. Pero lo menos que puede hacerse tratándose de partidos marxistas es intentar ver las cosas de otra manera. La resistencia de los franceses a adaptarse a las nuevas condiciones de la posguerra y la precocidad de los italianos, que ya con Togliatti habían formulado tesis como la del «policentrismo», tienen raíces más hondas.

La herencia del pasado

La «bolchevización» de los años veinte bajo la dirección de Stalin afectó en medida muy diferente a los dos partidos. En el italiano apenas si se trata de un cambio de dirigentes, el partido no daba para más: al poco tiempo de su nacimiento la represión fascista lo sumerge en la clandestinidad o lo arroja al exilio. Muy distinto el caso francés, con un partido legal hasta 1939, para pasar ya perfectamente organizado a la clandestinidad impuesta por la invasión nazi. Pero antes había sido, al igual que el alemán, perfectamente «bolchevizado» en su organización y reclutamiento. Al terminar la guerra mundial emerge otra vez con experimentados cuadros, muchos de los cuales todavía desempeñan puestos responsables en el partido. El italiano, en cambio, es sumergido por una enorme afluencia de miembros forzosamente ayunos de doctrina y ajenos totalmente a la complicada historia de la Tercera Internacional. Pero la época fascista había tenido también otra consecuencia importante. En Francia la solidez de la tradición republicana y la desunión

de la derecha no había forzado al PCF a alianzas que superasen, a lo más, el Frente Popular de los treinta. Los comunistas italianos, en cambio, habían contemplado la agrupación de toda la derecha en torno al fascismo, y lo que había sido peor, el hecho escandaloso de que el fascismo termina siendo apoyado, por lo menos pasivamente, por grandes sectores populares, recibiendo la bendición de la Iglesia. La necesidad de rescatar a estos sectores exigía alianzas más amplias y no solamente políticas, como muy pronto comprendió Gramsci. Es muy significativo que el proyecto de «compromiso histórico» se considera literalmente como la consumación de algo comenzado en la Resistencia, como el restablecimiento de las alianzas que sirvieron para combatir al fascismo. Lo que para los franceses representa tan solo un episodio de su ya larga historia, «la Resistance», para los comunistas italianos había sido una especie de segunda fundación.

Dos partidos distintos

Pero, todavía hoy, organización y hasta reclutamiento siguen siendo distintos. Por lo que hace a esto último, el francés es eminentemente urbano y obrero (un 60% de sus miembros), mientras que el italiano ofrece una dispersión más amplia de sus miembros, tanto social como geográficamente. En la organización el primero guarda todavía la impronta de los años veinte: predominio de las células de empresa, selección obrerista del personal dirigente (el currículum de los intelectuales queda bloqueado siempre a cierto nivel), funcionamiento del centralismo democrático cortando de raíz la afirmación de tendencias o plataformas. Las últimas polémicas sobre dogmas tan caducos como «la pauperización absoluta del proletariado» se dieron precisamente a costa de algunas exclusiones en el Partido Comunista francés. Por último, más preocupado de su cohesión autosuficiente que de su capilaridad social, tiende a constituirse como una contrasociedad o una «subsociedad» (A. Kriegel). A integrarse negativamente en la sociedad industrial, tal como hizo el gran partido de la Segunda Internacional que tanto admiró Lenin, la socialdemocracia alemana. Muy distinto el modelo italiano. Falto de tradiciones organizativas y cuadros, se ve obligado a ir renunciando a la rígida estructura en células de base. La masa de incorporados a partir de 1945 le lleva, por el contrario, a privilegiar la vida de las secciones, a experimentar nuevas formas de organización, que en cier-

tas regiones terminarán sumergiendo la vida local. Por último, mientras que el PCF «ha interiorizado en sentido leninista la tradición jacobina centralista» (Tarrow), mostrando cierta ambigüedad frente al problema regional, el PCI se ha hecho su abanderado. Y aquí no hay solo que recordar las famosas «regiones rojas», sino precisamente aquellas donde, no disponiendo de mayorías absolutas, ha propiciado los primeros «compromisos históricos» a escala local, que tanto terror han provocado en la central romana de la «Democracia Cristiana».

¿Nueva estrategia o nuevos partidos?

Hay muchas cosas más, pensemos tan solo en la dimensión y características de los respectivos aliados por la izquierda, los partidos socialistas. Pero con lo dicho basta para explicar los avatares anteriores a la Conferencia de Roma del año pasado. Lo que cabría preguntarse es la relación que guardan los dos partidos con sus ilustres antecesores de la Tercera Internacional. El parentesco parece evidente en el partido francés, muy pocas huellas podrían encontrarse en el italiano. Pero la organización leninista del partido lo había sido en función de una estrategia. De una estrategia no de la revolución a secas, violenta o no violenta, sino de la revolución mundial. En este sentido, los nuevos partidos comunistas, aun sopesando cuidadosamente el marco internacional en que se encuentran, lo hacen solo para definir estrategias nacionales, las estrategias de las sociedades desarrolladas de Occidente. A este nuevo planteamiento se ha adaptado con más flexibilidad un partido como el italiano. Es de suponer que el partido francés tenga que sufrir todavía considerables tensiones en este proceso, agravadas por la absorbente colaboración del socialismo de Mitterrand. Parecen ya muy lejanos los motivos que provocaron la escisión del socialismo europeo en los años veinte. Pero, claro está, la reunificación no es para mañana ni para pasado mañana. Pues los motivos que explican la permanencia de la división son distintos a los que motivaron en su época las separaciones. Pero esto es otro artículo.

Mao y el marxismo*

Hay quien ha opinado que, para su mayor gloria, Mao habría debido morir pocos años después de la revolución, tal como sucedió con Lenin. Dejando aparte estas elucubraciones, es evidente que los años que definen su obra son los comprendidos entre 1927 y 1949. Pocas de las grandes figuras de la historia han sabido prever con más clarividencia el planteamiento, desarrollo y resultado final de una guerra revolucionaria. Después vendrán costosos fracasos, las «Cien flores» o «El Gran salto adelante», o experiencias discutidas como la «Revolución cultural». Vendrá también cierta ambigüedad en el protagonismo y responsabilidad de Mao en muchas ocasiones; que se reflejará tanto en la oscuridad de ciertos episodios (la eliminación de Lin Piao), como en el desconcertante hecho de que la edición de sus obras se detenga abruptamente en 1949. Desde los primeros sesenta la figura de Mao cobra una nueva dimensión fuera de China, con la aparición de grupos políticos «maoístas» en el occidente europeo. La defensa de sus tesis políticas llevará a veces a sublimarlas, como expresión de una nueva filosofía.

Para Lenin y la Tercera Internacional constituía una evidencia que en países como China no podía pensarse en una reedición del proceso revolucionario ruso. Un país semicolonial y atrasado estaba obligado, antes que nada, a realizar una revolución burguesa nacional y antiimperialista, de la que se pasaría a la revolución socialista. En un país, además, de población aplastantemente agraria, las masas campesinas tendrían que jugar un papel muy importante en las dos fases previstas. En 1920, en la II Conferencia de la Internacional, el propio Lenin había convenido con representantes del comunismo asiático en que donde los

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 98, del 1 de octubre de 1976, p. 13, con el seudónimo de H. J. Renner.

comunistas se hiciesen cargo de la dirección del movimiento las masas campesinas podrían acceder directamente al socialismo, sin pasar por el capitalismo. En todo esto había un principio a respetar y un problema a resolver. El principio del papel director del partido y de la clase obrera urbana, es decir, el proletariado, exponente del desarrollo de las fuerzas productivas y de la nueva mentalidad; el problema de la latitud que debía permitirse a la burguesía nacional en la primera fase del proceso revolucionario. No hay motivo para pensar que el propio Mao pensase de manera diferente al incorporarse al partido comunista chino. Su colaboración en el Kuomitang muestra que en un comienzo fue además fiel seguidor de la línea de la Internacional en la época de Stalin. Todo esto empezó a cambiar a partir de 1927.

Los campesinos «vanguardia»

Todavía siguen discutiendo los especialistas sobre si la «Investigación del movimiento campesino en Yunan» (1927) representa o no un punto de ruptura con la tradición leninista. Si constituye el comienzo de un camino que llevaría a la glorificación de las virtudes propias de las comunidades agrarias y al voluntarismo idealista del «Gran Salto adelante». En todo caso este informe, escrito por Mao meses antes de que el movimiento comunista fuese aplastado en las ciudades por Chiang-Kai-Shek, consagra al campesinado como «fuerza principal» e incluso «vanguardia» de la revolución. Una revolución que se anuncia como «la espontánea de centenas de millones de campesinos a través de toda China», y al frente de la cual debe ponerse el partido comunista. A partir de aquí, Mao desarrollará en los próximos años lo que constituye su aportación capital a la estrategia revolucionaria: la combinación de soviets campesinos con un ejército rojo y la creación de asociaciones de campesinos bajo la dirección del partido comunista.

El problema de cómo se transforma una masa de campesinos pobres en un movimiento marxista lo resuelve Mao aduciendo la teoría, «la teoría es proletaria». De esta manera, en lugar de definir un movimiento por las clases sociales que lo encarnan, se define por la teoría que inspira a sus organizadores y directores. No es tanto el ser social el que lo determina, sino su ideología. Esta decidida opción por el potencial revolucionario de las masas campesinas explica el inicial enjuiciamiento despectivo de Mao en los círculos de la Tercera Internacional, donde era considerado

como un «dirigente campesino». Explica también que los soviéticos no se hayan privado de buscar parentesco «populista», e incluso «bakuninista», a muchas de las ideas del revolucionario chino. Bastante más tarde, cuarenta años después, sería el «Trotski» de Mao, Lin Piao, el que justificará el carácter específicamente campesino de la revolución china con una curiosa trasposición de las categorías originarias marxistas. Nos referimos a la «guerra de las aldeas contra las ciudades»: las masas campesinas chinas y por extensión todas las del tercer mundo, jugarán frente a las grandes metrópolis industrializadas el papel que antaño correspondía al proletariado clásico.

La filosofía de Mao

Si tal como hacen algunos de sus entusiastas seguidores académicos, en esta ocasión los profesores parisinos de filosofía, se considera que «con Mao la filosofía está en el poder, la filosofía es acción en el mundo concreto y se traduce en la práctica social», la obra filosófica de Mao entonces es grandiosa, ya que sería nada menos que la propia revolución. Si más convencionalmente nos atenemos a la obra escrita, a los trabajos filosóficos del genial político chino, el resultado es muy distinto. Ni en *Sobre la Praxis*, ni en *Sobre la contradicción* (ambas de 1937), ni tampoco en *El materialismo dialéctico* (1940), encontramos muchas ideas originales. Tampoco hallamos un «análisis rigurosamente filosófico», tal como se postula en un *Diccionario de Filosofía contemporánea*, recientemente publicado en España. Casi todas las ideas desarrolladas por Mao se encuentran en Lenin o en la bibliografía soviética de la época, a la que Mao conoce por la polémica contra Deborin. Pero la diferencia estriba en que estas ideas se desarrollan con una enorme riqueza de imágenes y ejemplos, vivificados por la tradición histórica y filosófica china. Una riqueza que sorprende a un lector que esté familiarizado con los estólidos tratados filosóficos de la época estalinista. Lo que parece excesivo es recurrir a estos textos para patentizar lo que sería la especificidad de la dialéctica marxista en cubrir la «sobredeterminación» de relación con la hegeliana, para deshacer la contradicción. Tales «lecturas» hacen olvidar el momento y finalidad con que fueron escritos.

Como muchas veces se ha dicho, el problema de Mao en el santuario de Yenan, tras la «larga marcha», era un problema de formación

de cuadros. Había que dar hábitos de análisis y confianza en el propio juicio político a una masa de dirigentes campesinos y jefes guerrilleros. «El más humilde dirigente aldeano chino poco instruido, elevado a un cargo de responsabilidad por la población de la propia aldea, se enfrentaba diariamente en un microcosmos, con todos los problemas de gobierno» (Cavendish). A ellos iban dirigidas las obras filosóficas de Mao y cumplían perfectamente con su papel. Mao no trataba de resolver problemas teóricos utilizando categorías marxistas, sino que trataba de ayudar al análisis de los problemas que se iban planteando día a día en la marcha de la revolución. Si a esto se le llama filosofía, hacer filosofía, habrá que convenir con un autor francés que en China esta disciplina cuenta con «ochocientos millones de filósofos». Pero «liberar la filosofía de los libros y transformarla en arma acerada en manos de las masas», como dijo el mismo Mao, constituye ciertamente una genial política en la China campesina de los años treinta, pero no otra cosa.

Contradicciones antagónicas y no antagónicas

Al final de *Sobre la contradicción*, Mao viene a tratar del antagonismo en la contradicción. Es difícil saber, dada la manera de editar de los chinos, si esta última parte figuraba en la edición de 1937 o fue añadida en la de 1952, es decir, tras el establecimiento de parecida distinción por Stalin. En todo caso, la aplicación más llamativa de esta teoría la dio Mao en su discurso de 1957, «El tratamiento correcto de las contradicciones en el pueblo». Se reconocía aquí la existencia de contradicciones no antagónicas entre gobierno y masas, democracia y centralismo, dirigentes y dirigidos, burocracia y administrados… En ciertas circunstancias estas contradicciones pueden transformarse en antagónicas, estando obligado entonces a intervenir el Gobierno y el partido. Este habría sido el caso de la intervención soviética en Hungría el año anterior, en la que pensaba Mao al pronunciar su discurso. Bajo el bello estilo de la dialéctica maoísta nos encontramos aquí con los viejos problemas del comienzo de la Revolución rusa. De la misma manera que en 1937 la distinción entre contradicción principal y secundaria en cada momento había servido para distinguir la táctica de la estrategia revolucionaria, la distinción entre contradicción antagónica y no antagónica deberá servir para hacerlo entre la contrarrevolución y la crítica revolucionaria.

Pero lo de menos es el ángulo bajo el cual se considere el problema, contradicciones no antagónicas o derecho de oposición y crítica. Lo importante es la definición de quiénes y cómo han de señalar el límite a partir del cual se abandona el terreno de la revolución. Como es sabido, los rusos no fueron afortunados en la solución del problema y a las discusiones de los años veinte siguió la dictadura stalinista. Pero no parece que la solución catastrófica de una «revolución cultural» cada cierto espacio de tiempo pueda asegurar, ni siquiera en el estadio de desarrollo que atraviesa la propia China, frente al peligro de la burocracia y de la dictadura no precisamente del proletariado.

«China es pobre y es una hoja en blanco»

Entre otras características, decía Mao en 1958, «el pueblo chino ofrece dos muy importantes: es pobre y es una hoja en blanco. Estas aparentes desventajas son ventajas. Quien es pobre quiere mejorar su situación, quiere la revolución. Sobre una hoja en blanco todavía no hay nada escrito, sobre ella se pueden escribir las más bellas palabras…». Estas líneas, en un contexto que ya anunciaba la revolución cultural, significan la ruptura con la tradición leninista, la afirmación del pensamiento de Mao. Ni para Marx ni para Lenin la pobreza había constituido título revolucionario, título que era otorgado por la posición ocupada en el proceso productivo. Naturalmente, la alabanza de la simplicidad campesina china en Mao no significa renunciar a transformar a China en «un país moderno, rico y socialista». Pero su preocupación por dar un contenido moral al desarrollo económico le lleva, en el contexto chino, a invertir las prioridades que definían el leninismo: el campesino antes que el obrero, el soldado antes que el cuadro del partido, el guardia rojo antes que el estudiante especializado. No ha dejado de observarse la persistencia en Mao del «espíritu de Yenan», de la época de guerrilla. Una época en la que la capacidad de movilización era más importante que la capacidad técnica, en que la voluntad y el idealismo eran la única garantía de supervivencia frente a un enemigo mejor dotado técnicamente.

Tras 1949 Mao seguirá creyendo que los pueblos revolucionarios, los pueblos pobres, triunfarán finalmente por justicia y por voluntad de sacrificio. Este carácter moral y puritano de la revolución china en Mao, su preocupación por la igualdad en un medio campesino ya ame-

nazado por la diferenciación urbana, supuso para muchos un reto muy diferente al que en su época representó la revolución soviética. Solo en los últimos años ha venido a empañar esta imagen una política exterior que parece más atenta a los intereses del «maoísmo en un solo país», que a la fraternidad revolucionaria de los países tercermundistas.

Las convicciones de Carter*

«Cuando el destino de los imperios está en juego, las convicciones del estadista son el medio de su supervivencia». La frase es nada menos que del propio Kissinger, en las primeras páginas sobre su estudio de la política conservadora europea desde 1812.

Si las cosas son así, a Carter no le faltan ciertamente convicciones, tal como se ha encargado de manifestar cumplidamente durante su campaña electoral, en la que ha llegado a hacernos partícipes hasta de sus frustraciones sexuales (véase la entrevista a *Playboy* del número de noviembre de 1976). Limitándonos al tema de la política exterior, todo parece estar muy claro para Jimmy Carter: «entiendo perfectamente la política exterior», ha dicho, afirmación que cobra su exacto sentido cuando prosigue postulando que «es simplemente una cuestión de decencia (*decency*), de raciocinio, de sentido común y de inteligencia». Si no se tratase del presidente del país más poderoso de la tierra, sería muy fácil ironizar sobre esta definición, recordando, no solo su falta de experiencia internacional, sino también sus sistemáticas confusiones de fechas o conceptos durante la campaña electoral, parejas a las de Ford.

Pero quizá Carter sea más inteligente, lo es sin duda alguna, de lo que muchos creen, y haya pensado que para desarrollar una política exterior había que ser primero presidente. Y para ser presidente, por lo que hacía a esta cuestión, la línea más fácil era acordar sus manifestaciones con el tono de las críticas que se habían acumulado durante el largo mandato absoluto de Kissinger. Y estas críticas habían versado, no solo sobre cuestiones constitucionales –la falta de consulta al Congre-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 101, del 15 de noviembre de 1976, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

so–, sino también sobre la ética política. De ahí la exaltación puritana que llevara a Carter a condensar «la responsabilidad del presidente en restaurar la autoridad moral de este país en la política extranjera», «una política que fortalece dictaduras, o crea refugiados, que prolonga el sufrimiento o retrasa la justicia racial, debilita esta autoridad».

Carter y el eurocomunismo

En el curso de su campaña electoral, donde ha llegado hasta hablar de la «dictadura fascista» (*sic*) de Chile, varias veces ha condenado Carter «la locura de comprometer nuestra potencia en los asuntos interiores de otras naciones». En esta línea Carter tenía que tropezar, no con la condena de intervenciones pasadas (cosa perfectamente cómoda y que no cambia de momento nada), sino con la amenaza de intervenciones futuras, directas, caso de una invasión rusa en Yugoslavia, o indirectas. Entre estas últimas, una que nos cae muy cerca, la suscitada por el eurocomunismo. Sus declaraciones no han dejado de ser sorprendentes. En noviembre del año pasado decía «que si resultaba que el gobierno actual de Italia es incapaz de dirigir al país y el pueblo italiano elige comunistas…, entonces, pienso que no deberíamos intervenir ni militarmente ni con toda clase de medios clandestinos». Ya a las puertas de las elecciones, en agosto, concluía en una entrevista a un semanario francés: «no considero que el auge de los comunistas sea una catástrofe o la causa de destrucción de la Alianza Atlántica. Esto lo veo sobre todo como un objeto de inquietud…».

USA y Europa

Mientras que respecto al Próximo Oriente, África o las conversaciones sobre el desarme, la agenda del nuevo presidente aparece plagada de fechas y plazos, por lo que hace a Europa solo hay páginas blancas. Aquí, por lo tanto, es donde podría manifestarse con más libertad un nuevo espíritu, dispuesto a cambiar algo. Tras las críticas que se han multiplicado durante la campaña electoral contra la «brutalidad» de que habría dado prueba Kissinger en su trato con el Viejo Continente, uno podría preguntarse qué puede suceder en el terreno de los hechos concretos. Es de temer que muy poco. Ya en la misma cuestión del eurocomunismo

el propio Carter se preocupó de rematar la frase anterior, afirmando que «entre expresar una inquietud e intervenir, el margen es ciertamente muy estrecho». Y realmente hay inquietudes que matan, sobre todo viniendo del gran coloso industrial y financiero que es América. En junio del año pasado, ni siquiera Kissinger tuvo que encargarse del ingrato papel de Casandra, fue Helmut Schmidt, el socialdemócrata alemán, quien amenazó con la ruina económica a una Italia donde entrasen a formar parte del gobierno los comunistas.

Cambiarán las palabras

Lo que sí cambiarán frente a Europa serán las palabras. Hace unos días se publicó en América un libro de un representante de la vieja guardia demócrata en el Departamento de Estado, G. Ball. En esta obra se reafirma el liderazgo americano, pero un liderazgo, eso sí, resultado de una convicción y de una realidad. La convicción moral del carácter único de la nación americana y la realidad de su riqueza y poderío. «Por la historia y por la geografía, concluye este político, a quien muchos conceden una importante puesta en el futuro equipo de Carter, América está destinada a mostrar a otros países el camino a seguir». Pero hay que distinguir «entre *leadership* y soberbia», la soberbia que habría caracterizado según Ball a la época de Kissinger. Y nada más. Claro que Carter es un diario lector de la Biblia, un hombre cuyo «criterio de justificación», como confesaba en un reciente discurso, era «una impresión de paz y de confianza» que no sabe de dónde viene, pero, supone, que, no muy modestamente, sea la manifestación «de que la voluntad de Dios ha sido cumplida». Por todo esto, es de suponer que la diferenciación de la política exterior se enriquezca con una terminología moralizante. Es posible que incluso esto se traduzca en hechos en la política interior americana, dado el pasado de corrupción republicana. Pero es muy difícil que Carter pueda saltar por encima de su sombra, que no es la sombra del plantador de cacahuetes de Georgia, sino la sombra maciza y compacta del imperialismo americano.

El nuevo Kissinger*

Puede que el sucesor de Kissinger se llame George Ball o Cyrus Vance. Pero puede también, y creemos que será así, que se llame de manera más difícil, con el para nosotros impronunciable nombre de Zbignew Brzezinski. Quitando el nombre, muchas cosas le asemejan al último secretario de Estado: reciente ciudadanía americana (1949), origen centroeuropeo (polaco) y criatura universitaria en Harvard. Profesor especialista en «sovietología», coautor del tan utilizado libro sobre el totalitarismo en unión del germano-alemán Friedrich (véase *Andalán*, número 85, el artículo «Fascismo, totalitarismo, autoritarismo»). Pero un coautor renuente, más propicio que su colega a abandonar la rigidez de la teoría, aceptando la posibilidad de una evolución interna de los llamados regímenes totalitarios: «con el tiempo no hay que suponer forzosamente un aumento de totalitarismo, sino que es posible una evolución hacia una mayor constitucionalidad», afirma en uno de sus últimos trabajos sobre el tema. Quizá sea esto lo que haya llevado en su época a inspirar la, por un momento, política del último presidente demócrata, Johnson, de «puentes abiertos hacia los países de la Europa oriental». Política totalmente abandonada en la llamada doctrina Sonnenfeldt-Kissinger, que deja toda veleidad diplomática en Europa oriental en aras de un reparto sopesado de zonas de influencia: Europa occidental bajo la férula americana y Europa oriental bajo la rusa. Aquí, pues, la llegada de Brzezinski podría significar cambios.

Y por último España. La obsesiva atención que aquí, suele prestarse a cualquier matización en la actitud del poderoso amigo americano,

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 101, del 15 de noviembre de 1976, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

puede conceder trascendencia a algo hasta ahora tan privado como las relaciones personales del profesor polaco de Harvard. Pues resulta que se ha relacionado, entre otros, con gente como Calvo Serer o Ramón Tamames, personalidades hasta ahora no habituales entre el círculo de amistades de un secretario de Estado americano…

¿Hacia una revisión del modelo chino?*

Como era de esperar, el paso de los días no aclara, sino todo lo contrario, la situación interior china. Pero parece que se ha llegado al límite: las acusaciones contra el grupo de los cuatro, es decir, la gente de Shanghái y la propia viuda de Mao, han traspasado el círculo de lo opinable, transformándose en expresión de la voluntad del fallecido presidente. El grupo habría falsificado el testamento para retrasar su eliminación, que todavía en vida habría dispuesto el Gran Timonel.

Cobra así su sentido último toda la confusa avalancha de conceptos denigratorios que se habían abatido sobre la «banda de los cuatro». Una avalancha en la que se terciaban los calificativos de «burgueses», «partidarios del capitalismo» y «fascistas». Frente a la desorientada opinión maoísta occidental, un portavoz de Pekín declarara que no se trata de un grupo de izquierdas, «quien dice esto no entiende nada de lo que está pasando en China», sino de un encubierto grupo de derechas, de revisionistas. Pero el perfeccionismo chino va más allá, comenzándose a exhumar textos demostrativos de que, ya desde los años treinta, habría comenzado en algunos casos la labor de zapa de los disidentes. Resulta entonces que, mientras la viuda de Mao había intentado establecer una «dictadura fascista» (*sic*) en el mundo del espectáculo, un radical como Chang Chuo-Chuo, que no contento con la escueta fórmula de dictadura del proletariado, había acuñado la de «dictadura integral sobre la burguesía», no perseguía otra cosa que «el restablecimiento del capitalismo». Es difícil saber lo que se entiende en chino por burguesía, capitalismo y fascismo por separado. En su conjunto está claro que toda esta serie de términos están destinados a demonizar al contrario desde su

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 102, del 1 de diciembre de 1976, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

origen. Según los chinos, quien acaba mal, ha tenido siempre que andar mal. Y ahora parece que se están encargando de buscar las pruebas.

«Criticar los cuatro y desarrollar la producción»

La realidad, la parte de realidad asequible al observador occidental, es muy distinta. Y una de sus claves, no forzosamente la única, podría encontrarse en el contenido de las críticas económicas. También aquí el verbalismo acusatorio de los chinos se desata, mostrándonos al grupo de los cuatro empeñado en despachar agentes a través de todo el país para sembrar el desorden en la economía y retrasar la producción, no se sabe bien con qué fines. Pero hay algo más. Hay un asomo de revisión de posturas teóricas intocables hasta antes de ayer. Todavía hace escasamente un mes, la campaña contra el sucesor de Chu-en-Lai (véase *Andalán*, número 82) se basaba en la crítica de la llamada «tesis de las fuerzas productivas», es decir, de la afirmación del desarrollo prioritario de la economía como garantía de todo posterior avance hacia el socialismo. Pues bien, ahora *El cotidiano del Pueblo* no tiene reparos en emparejar doctrinalmente la crítica al grupo de los cuatro con la defensa de la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas. El diario chino resume el pecado máximo de la famosa banda, su tesis de «que llevada la revolución a buen puerto, el problema de la producción se resolvería naturalmente. Que preconizar la mejora del nivel de vida de las masas era recurrir a estímulos materiales…». Y tras una referencia, cada vez más obligada en los últimos días, al plan de desarrollo económico presentado por Chu-en-Lai en enero de 1975, se concluye llamando al partido «para que refuerce su dirección sobre el trabajo económico, esforzándose en trabajar para hacer la revolución y promover la producción». ¿Significará esto el comienzo de una revisión del modelo chino? En todo caso, si no pasa de una reorientación, se trata de una reorientación conservadora, una especie de revancha de posturas acusadas de economicismo durante la revolución cultural.

¿Y la política exterior?

Hay quienes, desesperando de entender el laberinto chino, se limitaron a observar cuidadosamente la repercusión de esta confusa lucha ideo-

lógica en el terreno de la política exterior, la única que podría proporcionar una pauta asequible para entender lo que allí pasa. Se midieron entonces cuidadosamente longitudes y pesos de las usuales diatribas contra la Unión Soviética, constatándose una disminución en los días inmediatos a la purga del grupo de Shanghái. La reacción americana parecía avalar la interpretación de los que confiaban en una distensión ruso-china. Pues Kissinger se había apresurado a declarar que los Estados Unidos no contemplarían «indiferentes» un ataque de los soviéticos, en un claro intento de alimentar la tensión entre las dos potencias. Y después vino una pequeña frase, una pequeña frase que decía así: «los conjurados se oponían a la línea del presidente Mao sobre una serie de problemas interiores e *internacionales*». La fórmula pareció destinada a justificar cambios en la política exterior. Y se volvió a pensar en Rusia.

La conciencia de China

Como toda Meca revolucionaria, China tiene una conciencia política externa en todos aquellos que a través del mundo creen es ella. Pero los dispersos grupos maoístas, especialmente los del occidente europeo, pueden esperar, aun a costa de acusarse unos a otros de «seguidismo» por reproducir sin más comentario los comunicados oficiales sobre un debate cuyo contenido se les escapa. No sucede lo mismo tratándose del pequeño país que es Albania, buen barómetro para las oscilaciones de la política exterior china. Pues Albania naturalmente depende de una manera más vital que los grupos o partidos maoístas de las orientaciones que Pekín marque a su política exterior. Y a este respecto, incluso en nuestro país los fanáticos de la radio no hemos dejado de apreciar los significativos silencios de Radio Tirana sobre las peripecias del grupo de Shanghái. Pero lo más importante ha sido el VII Congreso del partido albanés en noviembre, donde por primera vez una polémica que se presenta como ideológica en China, es despachada como «un asunto de la política interior de aquel país, sobre el que no hay que hacer comentarios», en claro contraste con la actitud participativa asumida en otras ocasiones. Y a continuación, en las directrices propuestas por el primer secretario Enver Hodja, ya no se menciona la ayuda china, insistiendo en la necesidad de contar solo con las propias fuerzas, para terminar excluyendo «para siempre jamás» a los Estados Unidos y la Unión Soviética de cualquier relación política, económica o cultural. Ya

desde hace tiempo los albaneses habían dejado traslucir su desagrado e inquietud por la aproximación de americanos y chinos, allá en la época de Nixon. Ahora, la virulencia de los ataques a los Estados Unidos aumenta a manera de exorcismo: «potencia de las tinieblas», «lobo con piel de cordero que quiere abrazarnos».

¿Una aproximación a América?

A la inquietud albanesa puede sumarse la estentórea reanudación de las provocaciones contra la Unión Soviética, abrumada con toda clase de adjetivos en una de las últimas recepciones diplomáticas de Pekín. En esta ocasión, el viceprimer ministro chino remató su discurso afirmando que, la «insolencia rusa había llegado al extremo de pedirnos que cambiemos de política exterior. Esto es perder el tiempo, es soñar despiertos». Puede que efectivamente sea así. Puede que de lo que se vaya a tratar no sea tanto de un cambio de política como de la intensificación de una política ya emprendida, la de aproximación a Norteamérica y a los mercados de capital. Los ambiciosos planes económicos de Chu-en-Lai exigen ayuda exterior, importación de maquinaria y tecnología. Todo esto ya se apreció en las maniobras políticas frente a Europa (véase *Andalán*, número 66). La bomba atómica tampoco puede esconder el hecho de que el ejército chino necesita con cierta urgencia una modernización de equipos. China sigue necesitando importar anualmente de cuatro a cinco millones de toneladas de cereal. Para todo esto no basta contar con una posible ayuda de Europa, una Europa a la que los chinos desean además unida y próspera como contrapeso frente a Rusia. Para los grandes proyectos, «para el desarrollo de las fuerzas productivas hasta el año 2000», hay que contar no tan solo con el mercado de capitales alemán, sino también con el americano. Puede que por ahí vaya el cambio de la política exterior china. Una política interior asegurada, con la máxima autoridad, la voluntad póstuma del propio Mao, serviría de cobertura ideológica a la salida franca de China al mercado de los empréstitos internacionales. El problema, claro está, consiste en si la victoria de los económicos sobre los izquierdistas es tan radical y definitiva como aquellos proclaman.

Malraux y el fascismo*

El 18 de julio comienza la guerra civil española. Dos días después, Malraux estaba en España para «apoyar la lucha contra el fascismo», un apoyo del que nunca renegará («Combatiendo con los republicanos y los comunistas españoles defendíamos valores que teníamos (y tengo) como universales», dijo en 1966). Casi diez años más tarde de aquel 1936, pasará a formar parte del primer Gobierno del general De Gaulle, al que ya no abandonará (si prescindimos de cierta característica vacilación frente a Mendés-France) en toda su trayectoria bonapartista, hasta su retirada y aun más allá.

¿Se trata, entonces, de dos Malraux? ¿O de un único Malraux que, de creer a la necrología de Claude Mauriac en *Le Figaro*, solo «habría realizado su destino gracias a De Gaulle»? Un Malraux que se habría ido liberando de adhesiones marxistas, nunca íntimamente compartidas, para lograr su plenitud en la morfología semispengleriana de artes y culturas que alternaría con sus funciones de gran sacerdote de la Información o de la Cultura, al servicio de la política megalómana del anciano General: un defensor del «humanismo trágico del Occidente» remedo, como tantas cosas en el último Malraux, de la filosofía del arte o de la cultura germanas. Habría tenido así razón Trotski, cuando en su primera recensión de *La condici*ón *humana* hablaba del «maquiavelismo barato» del escritor, fascinado no tanto por la revolución y sus auténticos actores, como por el aventurero pseudorrevolucionario y los «burócratas superhombres» que intentaban dominar y dirigir a las masas obreras. Este entusiasmo por el «superhombre», por el «héroe», explicaría su adhesión a la figura de De Gaulle, como antes su defensa de Stalin: «Sta-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 103, del 15 de diciembre de 1976, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

lin ha concedido dignidad a la Humanidad y, de la misma manera que la Inquisición no afecta a la dignidad fundamental del cristianismo, los procesos de Moscú no alteran la dignidad del comunismo» (1937).

¿Un antifascista por casualidad?

Si las cosas fueran así, la coincidencia en cierta manera de la alabanza de la derecha ante el hijo pródigo y de la izquierda ante el antiguo combatiente infiel, permitirían dar un segundo paso: Malraux habría sido antifascista por casualidad, su heroico pesimismo le habría predestinado (aunque, de hecho, no lo hiciera) a sumarse a las filas de todos aquellos intelectuales que abrazaron el fascismo. Se explicaría entonces la inquietante vecindad en que le sitúan muchos manuales de Historia de la Literatura, bajo el epígrafe de «la cultura de la acción», al lado de los heraldos del nazismo como Jünger o von Salomon, incluso junto a aquel «Malraux menos dotado» que habría sido Drieu La Rochelle. En el fondo, no habría habido otra cosa que una repulsa estetizante del mundo burgués, una huida como la del Claude Vanec del *Camino real* ante «la vida polvorienta de los hombres que encontraba cada día», la afirmación de «que solo a través del riesgo es posible entender el mundo»: una versión más de lo que algunos han convenido en llamar «romanticismo fascista». Alberto Beguin concluirá que Malraux se ha convertido en «el único fascista francés auténtico», en «un revolucionario que solo sabe desesperar de los hombres».

Malraux define el fascismo

Malraux conocía estas acusaciones, por eso afirmó: «sé que nunca seré fascista». En cierta manera su repugnancia al fascismo constituye el legado más permanente de su época comunista, de su época de periodista en Indochina, donde lejos de establecer «una tribuna para exponer ideas generales sobre la condición humana», se entregó al estudio de problemas concretos de la opresión colonial. Y más tarde, por idealizadas y místicas que puedan ser sus ideas de la posguerra, nunca renunció a su expresión en términos intelectuales y racionales. Pero hay además su definición del fascismo, no solo en el cuerpo de su novela *El tiempo del desprecio* (1935), sino en un texto de 1933. Contestando en este año

a una encuesta de «*Avant-poste*», una pequeña revista de izquierdas, Malraux expone exactamente lo que entendía por fascismo. El texto es muy poco conocido y merece la cita: «Me parece que en Francia se establece constantemente una confusión entre fascismo y gobierno fuerte. Yo llamo fascismo a un movimiento que *armando* y organizando a la pequeña burguesía pretende gobernar en su nombre contra el proletariado y contra el capitalismo, aunque ya sabemos lo que hay que pensar de este segundo combate, Hugenberg y Thyssen forman parte del Gobierno nazi». Una definición sin concesiones al pretendido idealismo activista del fascismo, una definición marxista.

La apostasía maulraxiana

¿Y después? Respetando otro tipo de motivaciones, que las hay, no deben olvidarse las estrictamente políticas en la posterior evolución de Malraux. El posfacio a *Les Conquérants* reproduce parte de una conferencia de 1948, donde Malraux explica muchas cosas. Creía que el internacionalismo había sido abandonado en beneficio del nacionalismo ruso, tal como demostró el pacto germano-soviético de 1939. «Habíamos creído que haciéndonos menos franceses nos hacíamos más humanos. Ahora sabemos que, simplemente, nos hacíamos más rusos». Rusia había repudiado la Internacional con «un amplio gesto desdeñoso». La tradición revolucionaria había sido rota: ¿cómo podían pretender los generales de Stalin, cargados de condecoraciones y galones, ser los sucesores de Lenin, «vestido parcamente con una chaqueta de cuero»? Y, por último, razones de ética política; Malraux había ido a Berlín con Gide para pedir la libertad de Dimitrov; luego Dimitrov mandó ejecutar a Petkov. ¿Quién había cambiado, se pregunta el escritor? ¿Gide, él mismo o Dimitrov? Y por lo que hace a las razones de orden estético, tantas veces aducidas desde su temprana discusión con Radek en el Congreso de Escritores Soviéticos de 1934, conviene recordar lo que el mismo Malraux dijo en una ocasión, muchos años más tarde: «Yo no reprocho a los rusos su mala pintura…, yo reprocho a los estalinistas los métodos que usan para imponerla» (1966). Su nacionalismo gaullista era en cierta manera una reacción frente a la desaparición del ideal internacionalista en que había creído. La primera apostasía la había hecho la misma Rusia de Stalin, Malraux creía que a él solo le quedaba extraer las consecuencias.

Una geopolítica cultural

Claro está que esta apostasía malrauxiana va acompañada de una conversión a una especie de geopolítica cultural, que divide las culturas en grandes bloques: rusa, americana, europea y asiática. «La fortaleza de Occidente estriba en su aceptación de lo desconocido»; de nuevo y esta vez para siempre el acento fáustico spengleriano que viene a completar el elemento nietzscheano que siempre tuvo su pensamiento. Muy lejos de aquel Malraux que en 1935 ironizaba sobre el concepto de Occidente, cuando un grupo de intelectuales franceses intentaba defender la aventura abisinia de Mussolini en nombre de los valores de la civilización latina y occidental.

Malraux y España

Cuando Malraux llega a Madrid en julio de 1936 se dirige a los locales del *Mundo Obrero*, donde se presta a una entrevista. Su visión histórica, todavía basada en la continuidad revolucionaria internacional, le permite incluir sin vacilar la revolución española en la serie de las grandes revoluciones mundiales. «Para el proletariado francés, Asturias, con la revolución rusa y la revolución china, habían constituido los estandartes de la revolución en el siglo XX. A partir de ahora, en que se comienza a conocer el heroísmo formidable de todo el pueblo español, la epopeya del cuartel de la Montaña vivida por el pueblo de Madrid, esta admiración por la epopeya de Asturias se extiende a todo el pueblo español». Hay razones de sobra para suponer que Malraux nunca dejó de ser sensible a los padecimientos de España y de los españoles. Cuando en 1962 José Bergamín era expulsado de España, después de ser públicamente recriminado por su apoyo a los mineros asturianos en huelga por un ministro de la Información que se llamaba Manuel Fraga Iribarne, Malraux, ya ministro de De Gaulle, no vaciló en acoger públicamente al ilustre refugiado.

Helmut Schmidt: un socialdemócrata en Madrid*

Hace más de cien años se fundó el partido socialista alemán. Podría creerse que se trata de una vieja historia pasada, y que el esmerado y enérgico canciller Helmut Schmidt, de quien alguien se preguntó si era socialista en la reciente Conferencia de Ginebra, pertenece a una nueva raza, a una raza de socialismo, que entusiasma por ejemplo al *ABC*, que no tiene empacho en defender «el máximo de economía de mercado y el mínimo imprescindible de socialización», que se mueve en la escena internacional con la suficiente desenvoltura como para visitar cordialmente al señor Suárez, y que en épocas pasadas manifestó, es lo menos que puede decirse, una desconcertante ambigüedad frente a la política imperialista en el Vietnam.

Viejas tendencias

Pero el partido socialista alemán no es tan monolítico como pudiera hacerlo creer su derechista canciller.

En el interior del partido cohabitan diferentes almas, tal como sucedía no solo en 1875, año de su fundación, sino incluso a finales de siglo. Los revisionistas de aquel entonces son ahora los tecnócratas agrupados en torno a Helmut Schmidt y Leber, la corriente marxista y revolucionaria asociada a los nombres de Eisner, Luxemburgo o Liebknecht está representada, con las naturales diferencias, por los jóvenes socialistas y sus más maduros seguidores de Jochen Steffen a Harry Ristock. Y,

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 105, del 15 de enero de 1977, p. 7, con el seudónimo de H. J. Renner.

por último, el centro, el centro antaño identificado, con los venerables nombres de Kautsky y Bebel, se vería hoy en Brandt, Oertzen y Ehmke.

Como antes

En el pasado siglo la oposición era tarea común de jóvenes y viejos marxistas radicales, que no querían aceptar la integración aspirada por el partido tras su larga época de ilegalidad bajo Bismarck (1878-1890). Se oponían al emburguesamiento del partido, pero se veían embarazados en su polémica por el verbalismo revolucionario que la socialdemocracia alemana respetó celosamente hasta 1919. Los oponentes de hoy ven facilitada su labor por el reformismo que profesa doctrinalmente el partido. Los defensores de la tesis del *Stamokap* («capitalismo monopolista de Estado», es admirable la capacidad germana de transformar conceptos en siglas, solo débilmente igualada por los neomarxistas franceses actuales) combaten la capacidad del Estado en una sociedad capitalista para realizar transformaciones reales y profundas y exigen, al mismo tiempo, una decidida política de socializaciones.

Pero no hay escisiones

Las escisiones y exclusiones siempre han sido raras en la historia del socialismo alemán. Diferencias doctrinales que en los dorados tiempos de la II Internacional se solventaban de aquellas maneras en el resto de los partidos europeos, cohabitaban todo lo polémicamente que se quieran, pero cohabitaban en el poderoso seno de la organización socialdemócrata. Tuvo que producirse la hecatombe de la Primera Guerra Mundial y todo lo que siguió para que tales cosas sucediesen, y, con todo, es proverbial la resistencia de los propios fundadores del PC alemán a prestar oídos a la necesidad de fundar el nuevo partido. Por razones hasta cierto punto análogas, el fenómeno se repite ahora. Las exclusiones se han dado solo en ciertos momentos y con grupos de simpatizantes más que de miembros propiamente dichos, como sucedió en su momento con los movimientos estudiantiles del SDS o del SDH. La derecha defiende la unidad fortalecida por su fe en la capacidad de integración del neocapitalismo alemán, y la izquierda teme la escisión que le condenaría, estando las cosas como están en la República Federal, a una existencia

políticamente marginada. Piénsese en el reducido Partido Comunista alemán o en los grupúsculos maoístas.

Sigue siendo un partido de la clase obrera

Porque con independencia de las naturales fluctuaciones y altibajos, la inmensa mayoría de los asalariados se sigue orientando por el SPD, siguen votándolo y a través de los sindicatos mantienen una relación constante con él. Un desarrollo socialista en la República Federal no puede, hoy por hoy, proyectarse sin influir sobre el SPD y sin ir contra él. Por eso, la lucha que en su seno mantienen marxistas y socialistas la defienden como justa y legítima, e incluso consecuente con la tradición e historia del partido cuando todavía se proclamaba marxista.

En el 1945 como las Iglesias protestantes

El partido en la posguerra comenzó en situación difícil, es verdad que entonces la general miseria hacía sentirse a todos socialistas o por lo menos vagamente sociales. Pero al igual que las Iglesias protestantes, los socialistas habían perdido el mayor porcentaje de su electorado tradicional, afincado en Berlín, Sajonia y Turingia, regiones todas incluidas en la República Democrática Alemana. Las masas obreras del occidente alemán eran tradicionalmente católicas, mientras que los enclaves comunistas habían sido exterminados por la represión nacionalsocialista. Pero, al revés que las confesiones reformadas, que no han podido remontar su situación minoritaria, el SPD logró a partir de su Congreso inicial de Hannover en 1946 ir conquistando la clase obrera occidental a pesar del descarado aprovechamiento que la CDU hizo de su carácter confesional.

El SPD y «el milagro económico»

Lo menos que se puede decir es que los socialistas se dejaron sorprender por la ola de prosperidad que se conoce con el nombre de milagro alemán, y que fue, claro está, todo menos un milagro. Tras la derrota en las elecciones de 1952 y la muerte de Schumacher, anticomunista pero decidido anticapitalista, comienza a imponerse en los cuadros del

partido la convicción de que es necesario «modernizar» el partido y sus consignas. Una modernización que culminará en el famoso programa de Bad Godesberg. Programa donde económicamente se renuncia a intervenir en la producción, prácticamente se acepta el sistema capitalista y socialmente se proclama el partido *Volkspartei*, partido popular. El marxismo, que todavía en los últimos cincuenta era respetado como «método», desaparece ahora de su catártica definición como *Partei der Geistesfreiheit*, de la libertad de espíritu, fundado sobre «la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica».

La desconfianza de la derecha

Naturalmente, y pensando en el marxismo que impregnaba el último programa de la socialdemocracia alemana, el de Heidelberg de 1925, o las vigorosas declaraciones programáticas de un Schumacher en los cuarenta, el panorama del programa de Bad Godesberg es francamente desolador. Pero de hecho la derecha parece tener razón para seguir inquieta frente al SPD. El «tercer camino» propuesto sigue refiriéndose a «un orden social nuevo y mejor», y en la ruta hacia él no está totalmente excluido un instrumentario tan significativamente socialista como el control directo de las inversiones e incluso la socialización. Todos los debates que la izquierda marxistizante ha iniciado en el seno del partido se han legitimado aprovechando estos resquicios teóricos, que siguen inquietando al capitalismo alemán, menos confiado en su propio futuro que los actuales dirigentes de la socialdemocracia. Los defensores del sistema tienen hoy también sus Vollmar (los reformistas del pasado siglo) en un Schmidt o un Leber, pero ciertamente les falta un Bernstein, es decir, un teórico que hubiera logrado extirpar completamente la semilla socialista en la socialdemocracia alemana.

Lo que piensa la izquierda

Con sus propias palabras, «la tarea y objetivo de la izquierda del SPD debe consistir en su transformación en un partido socialista consecuente. Para transformar de nuevo en una fuerza socialista activa debe impulsarse la lucha de clases, debe abandonarse la limitación de su política exclusiva al terreno parlamentario y a la movilización de los asalariados

solo en las campañas electorales. Tiene que impulsar una política de transformación social decidida. La transformación de nuestra sociedad y el logro del socialismo democrático exige la realización de los derechos fundamentales garantizados en la Constitución y la imposición en todos los sectores de decisiones y controles democráticos. Y para esto la izquierda socialista alemana también piensa que debe replantearse el problema de las relaciones con la fuerza política, existente aunque reducida, que pudiera aprovechar el espacio teórico y práctico que actualmente ha abandonado el grueso del SPD, las relaciones con el Partido Comunista alemán. Pero esto es una cuestión ya directamente relacionada con problemas mayores, en definitiva con el problema de la evolución a largo plazo del capitalismo occidental y de los regímenes socialistas de Europa del Este. Es decir, el tema de otro artículo.

Radiografía de Semprún-Sánchez*

El libro de Semprún parece haber recorrido la mayor parte de su previsible camino. Recibido con fruición por unos y con escándalo o indignación por otros, no faltando quien le considerará estímulo para fomentar la discusión en el partido. Todos le han concedido cierta utilidad, como herramienta de una campaña destinada a mostrar la «sórdida naturaleza» del eurocomunismo, como libelo a la vista de las municipales y hasta como autocrítica. Muy pocos, dicho sea de paso, le han concedido importancia literaria. Y muchos han protestado por la selectividad de una memoria autobiográfica enormemente parcial, a pesar de sus múltiples manifestaciones de asunción de su propio pasado «tal como fue» y del propósito declarado de hacer una «autobiografía política».

«No estoy haciendo la historia del PCE, ni la biografía de Carrillo, estoy haciendo la autobiografía de Federico Sánchez… su autobiografía política». Extraña autobiografía «política» del Federico Sánchez madrileño, totalmente inmersa en lo cotidiano y anecdótico. Nos enteramos exactamente del banco de la Castellana en que esperaba a uno, o del café en que se reunía con otro. Pero nada sobre las peripecias «políticas», los métodos y argumentos que utilizó en su trabajo de infiltración en los medios universitarios e intelectuales de la época. La tónica se mantenía también por lo que hace a la vida clandestina del partido, donde solo se evocan ambientes o personajes, se insiste en lo peligroso de acercarse a una cita sin dar un rodeo previo, y así sucesivamente. Toda la exuberancia teórica que va a desarrollar en atacar al partido y en comentar los textos de su enemigo central, el odiado Carrillo, falta por completo. Algo nos gustaría saber de la aplicación sobre el terreno de la

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 151, del 3 al 9 de febrero de 1977, p. 4, con el seudónimo de H. J. Renner.

consigna de la huelga general pacífica, o de las discusiones que siguieron al fracaso. El trabajo de Semprún en estos años ha sido calificado de espléndido dentro de una línea política que defendió con más pasión que nadie. Por eso es una pena el silencio que guarda sobre todas estas cosas.

Una carrera política sin explicar

Es natural que una autobiografía no sea avara en decirnos lo que fue o lo que quiere que creamos que ha sido el autor. Al comienzo mismo del libro, nos traza un retrato muy malrauxiano del héroe de la clandestinidad que, indudablemente, fue un enemigo de lo rutinario, amigo del riesgo y de la «empresa total». Pero nada más. Al hablar de los demás su locuacidad no omite los padrinazgos o apoyos de que disfrutaron todos los personajes con que se encara, no vacilando en llegar al insulto o a las insinuaciones más duras y gratuitas (los «oscuros secretos» entre Carrillo y Grimau). Nada de esto al hablar de Federico Sánchez, dejándonos particularmente huérfanos de toda explicación de su rápida ascensión en el aparato del partido, de militante de base a miembro del ejecutivo. Ni siquiera se explican políticamente sus primeros pasos, cuando en Francia el partido comienza a reorganizarse entre los intelectuales. ¿En qué grupos se apoyaba Semprún? «Hay que saber lo que he sido y tengo que explicar por qué lo he sido». Bien, pero en una autobiografía política importa el cómo tanto como el porqué. Sobre todo cuando el porqué es un por qué retrospectivo, que se presta fácilmente a la idealización teórica.

¿Despiadada autocrítica?

Por eso desconcierta el calificativo de «despiadada autocrítica» que se ha dado a este libro. Pues Semprún no llega a decirnos realmente qué «responso ha cantado». El «asumir lo que he sido» o la exigencia de «que cada palo aguante su vela» sirve de introducción, casi siempre, a la implacable transcripción de sus poemas estalinistas, no dispensándonos ni una línea y llegándolos a comentar con textos de Hegel. Al final, uno se pregunta cómo es posible que en un partido tan siniestro como el que nos presenta Semprún la vela que tiene que aguantar al palo sea esencialmente de naturaleza poética. Los pecados del autor habrían sido, sobre todo, de omisión o pensamiento.

Todo esto no deja de estar relacionado con el cuadro que nos ofrece de su trayectoria intelectual como marxista. De la misma manera «que nunca ha sido un militante como Dios manda», tampoco se nos presenta como un intelectual marxista corriente. Afirma pertenecer a «una generación que todavía llegó al marxismo a través de la lectura de Hegel». El autor «clave de sus dieciocho años» (1941), habría sido Lukacs, cuando ese autor solo comienza a influir en los medios intelectuales franceses a partir de 1948. Todos estos datos sirven a Semprún para dos fines. Quiere demostrar primero, que se trata de un intelectual «estalinizado» y no «estalinista», un marxista crítico hegelianizante y lukacsiano, que sucumbiría por imperativos de la praxis a la alienación del trabajo en el partido. En segundo lugar, la veneración que demuestra por Hegel, el «viejo Hegel», sirve de útil contrapeso al insolente y divertido desenfado con que trata todo lo moderno y francés, al «idiota de Althusser» o a los «semioleches». Aparte de esto, el aplomo con que Semprún maneja sus conocimientos de alemán (y hasta de latín), sirven de indicio para comprender la importancia que entonces tenían estas cosas en unos medios que solo podían llegar al marxismo a través del francés (su fama de «filósofo» (¡!) en el partido). Esta pretérita sensación de superioridad incluso no deja de jugar alguna mala pasada al Semprún de ahora. Como cuando en su pedante digresión para comentar una carta de Marx, recurriendo al «fondo semántico» (*sic*) del romanticismo, desconoce que *Himmelstürmer* era una palabra muy vieja en alemán y que[1]

Semprún y la teoría

Nos parece recordar que en cierta entrevista Semprún manifestó que en la *Autobiografía de Federico Sánchez* había perdido cierto temor a la teoría. La cosa es desgraciadamente cierta, y no deja de afectar al valor testimonial de sus páginas, maquillando retrospectivamente los «porqués» y olvidándose de los «cómos». Todos los tópicos, no por tópicos menos ciertos, de la sacralización de la vida política en el partido clandestino son recogidos concienzudamente por Semprún, algunos remozados no sin cierta gracia. Nos habla de «carisma topológico» de las sedes centrales, utilizando la terminología de moda, o más tradicionalmente de «las

1 Frase cortada en el original

ideologías legitimantes que engendran los cargos». Todo muy pobre, por sabido. Incluso no se arredra ante más altos vuelos, llegando a disquisiciones sobre «esferas políticas» y «mediaciones autónomas», sobre «clases en sí» y «clases para sí». Todo ello recurriendo a una terminología literariamente hegeliana, pero ingeniosa hasta en sus ingenuidades filosóficas.

Carrillo como obsesión

El tratamiento de la figura de Carrillo, por usar una expresión que el autor utiliza con otro motivo, roza «la ofuscación psicoanalizable». En ciertos momentos el mismo libro que el lector tiene entre las manos ha nacido por un «conjuro de Carrillo», «que ha resucitado a Federico Sánchez, ya que ha convocado a este fantasma». Desde su primera aparición, «bajito, con gafas… haciendo payasadas», hasta una de las últimas, saliendo al jardín de su casa en pijama la noche de la ejecución de Grimau, todo el texto se organiza para atacarlo y denigrarlo sistemáticamente. Con tal pasión, es imposible que logre lo que el mismo autor niega a Lister, «la visión dialéctica de la política de Carrillo». Además, Carrillo no le deja ver el bosque del partido, del que Semprún habría podido rendir un testimonio directo y de cierto interés.

El partido

Para comentar el tratamiento que inflige al partido también podríamos recurrir al mismo texto de Semprún, y decir «que venga Edipo y lo vea». Las connotaciones que acompañan a su mención son siempre negativas, «secretos de sangre», «de sangre y mierda», si hay «sangre heroica» es «estéril», y así sucesivamente. Solo hay un canto a la base, «los comunistas de carne y hueso», una acción de gracias a los apoyos modestos y anónimos que encontró Semprún en su clandestinidad madrileña. Y nada más. El partido, «ídolo de sangre» en la mejor terminología anticomunista, lo llena todo. De tal manera que en el texto de Semprún no aparece más que él, no hay ni socialistas, ni anarquistas, ni libertades ni democratacristianos. Todo gira en torno al partido. Un partido contra el que advierte a los jóvenes que hoy intenten ingresar, pues el partido los cambiará a ellos o ellos tendrán que salirse del partido. No hay remedio.

Pero también así se ha cerrado un círculo: si el eurocomunismo tiene una revolución dentro del partido es una ilusión irrealizable. El partido queda desacreditado totalmente ahora y aquí, por la derecha y por la izquierda. Quizá se trate sobre todo de eso.

El gran debate del 64

Como es sabido este es el tema que sirve de embocadura a todo el escenario del libro. Es el punto de partida y el de llegada. La Pasionaria toma la palabra al comenzar el libro, y la técnica literaria de Semprún retiene sus palabras hasta las últimas líneas del texto. En el medio se encuentra todo lo demás. El texto aquí podría tener cierto interés documental, de testimonio, pero todos los condicionantes enumerados obligan a una desconfianza metódica. Habrá que esperar fuentes mejores. Por otra parte, Semprún se mueve confiado, el futuro habría dado razón a su postura, no duda. Pues en el 64 tanto Claudín como él habrían anunciado que el cambio sería pactado y no revolucionario, que el capitalismo monopolista español era capaz de cargar con la democracia, y que en consecuencia democracia no significaba revolución democrática. Pero la resurrección de textos es completamente abstracta, se prescinde del condicionamiento político de aquellos años. Se omiten las discusiones sobre las dificultades posibles en la aplicación de tal línea en aquel momento, suponiendo además implícitamente que la tímida liberalización de aquellos años era análoga a la que forzosamente tuvieron que asumir los hombres del régimen más de diez años después. Resulta evidente que el partido terminó asumiendo la interpretación de la realidad española esbozada por Claudín y parece que en esto fue importante el papel de Carrillo. Temas todos que hay que estudiar a fondo y para los cuales no sirve el libro de Semprún.

Cuando pasen unos años

Resumiendo, el mismo autor insiste en que no se trata de una novela, sino de un «relato testimonial». El de Federico Sánchez, primero militante, después funcionario del PCE, ahora fuera del partido. En parecida situación otros han hecho lo mismo, con menos ruido, pero con más utilidad para la historia, como Bullejos. Algunos también se sintieron

tentados por la detallada autobiografía, incluso con el recurso del desdoblamiento de personalidad. Recordemos las *Memorias de mi amigo Óscar Pérez* que son las de su autor, Óscar Pérez de Solís, uno de los fundadores del partido (1921). De la comparación con ella no sale muy bien parada la obra de Jorge Semprún. En esas densas trescientas páginas Pérez de Solís, por ejemplo, se esfuerza en reconstruir sus andanzas y vicisitudes, no escatimando ni informaciones, ni intentando elaborarse conscientemente una biografía selectiva.

La cumbre de Londres*

La Conferencia de Londres, en el primer fin de semana de mayo, ha sido la tercera conferencia internacional de este tipo en dos años. La primera fue la de Rambouillet, cerca de París, a finales de 1975: seis estadistas discurrieron sobre las «arbitrarias oscilaciones monetarias», consideradas muy ortodoxamente como causa principal de una crisis económica que no cesaba. Los resultados ciertamente no superaron el irónico comentario de un economista suizo, que los resumió diciendo que «políticos de naciones industrializadas se han reunido en un ambiente distinguido y con buena cocina».

Medio año más tarde, en junio de 1976, dos políticos preocupados no solo por la economía, sino también por su carrera política, el presidente Ford en plena campaña electoral y Helmut Schmidt en situación análoga, alentaron el encuentro de Puerto Rico. Encuentro que culminaría en una declaración de calculada popularidad: la lucha hermanada de los países occidentales contra la inflación. De paso hubo amenazas para el caso de una participación comunista en el Gobierno italiano. No se había arreglado en el fondo nada, pero un observador melancólico concluía que las cosas habrían ido todavía peor sin estos encuentros.

Quince millones de parados

Mientras tanto la situación ha ido a peor. La cifra actual de parados en el mundo capitalista llega a los quince millones. Y de ellos muchos millones de jóvenes, es decir, de personas que nunca han podido trabajar,

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 114, del 20 al 27 de mayo de 1977, p. 5, con el seudónimo de H. J. Renner.

que todavía desconocen las delicias de la sociedad de consumo. Una persona tan poco extremista como el supremo dirigente sindical alemán Heinz Oskar Vetter, ha llegado a afirmar que «el paro penetra cada vez más profundamente en la conciencia de los asalariados, y como aumenta el contraste entre su sensibilización y la rutina con que la patronal acoge este hecho, hay que esperar que el fenómeno tenga consecuencias políticas». El telón de fondo de esta catástrofe social sigue siendo la inflación, una inflación que va desde el 20% y pico español o italiano al 3% alemán.

Sin beneficio no hay inversión

Pero mientras la inflación prosigue su carrera, el estancamiento domina el mundo de los negocios. Es la llamada *estagflacción* un fenómeno que agrupa dos cosas hasta ahora separadas: los precios aumentan, pero las empresas no invierten. Como el progresivo empeoramiento de la realidad ha hecho empalidecer el término, hace unas semanas se ha propuesto otro, el inglés de *slumpflation*, es decir, una franca recesión generalizada acompañada de una inflación ya de dos cifras. En todo caso, el nervio de la cuestión no está ni en los desórdenes monetarios, ni en las dificultades del comercio, aunque tengan gran importancia, el nervio está en los beneficios. Hay dirigentes, como el alemán Schmidt, que no se recatan en poner el dedo en la llaga: la huelga de inversiones solo llegará a su fin cuando las empresas reconstruyan el elevado margen de beneficios erosionado a partir de los aumentos salariales registrados en escala europea a partir de los sesenta. Esto es también lo que más veladamente dice en su Plan el francés Barre, o en sus propuestas de contrato social Callaghan. Y de esto se trata también en la América del presidente Carter. Cuando el beneficio falla, toda la retórica de la economía social de mercado se transforma en la hoja de parra de la dura realidad de la economía capitalista. Y entonces se espera, es decir, no se invierte, o se invierte fuera. Pero el esperar tiene sus peligros.

«Los peligrosos avances de la izquierda»

Por eso, hace unas semanas el *New York Times* trazaba un inquietante cuadro del mundo capitalista, en el que no hablaba solo de economía:

«Inglaterra e Italia están sin crédito desde el año pasado, Francia, Portugal, España, Grecia y Turquía comienzan una etapa crítica. A fuerza de austeridad Francia todavía encontraría crédito en el sector privado, pero las peligrosas elecciones que se avecinan le harán aumentar la cuenta de importaciones. La unión de deflación y paro han provocado muy peligrosos avances de la izquierda en Italia, Francia y el sur de Europa, la inestabilidad política se acusa incluso en Alemania. Ya no se puede esperar más a una recuperación».

El humor negro de Takeo Fukuda

Por eso no deja de constituir un detalle de humor negro la rememoración que hizo en el curso de su primera intervención el ministro japonés Takeo Fukuda. Evocó otra conferencia de Londres, la convocada por el inglés MacDonald al comienzo de la Gran Depresión de los treinta, que terminó, como todos sabemos, en la Segunda Guerra Mundial. La advertencia, viniendo de quien venía, tenía sabor: el reflejo proteccionista que produce la crisis conduce a cerrar los mercados cuando las cuentas van mal, y normalmente se empieza por los japoneses, por hablar de los grandes (o por los españoles, si pensamos en los pequeños…). Aun siendo interesada, la observación es justa, el egoísmo de los capitalismos nacionales transformó la crisis de los treinta en una crisis general de todo el sistema. Por suerte, en Londres el egoísmo nacional estaba compensado por el cosmopolitismo de las multinacionales, y representando los intereses del sistema capitalista mundial en tanto que tal había dos personas: Carter y Schmidt.

La filosofía de Carter

Quizá sea Europa la única parte del mundo donde la gran prensa todavía sigue trivializando la imagen del presidente americano, presentándolo como un misionero bíblico, que solo poco a poco se va habituando a la dura realidad de la política. Donde todavía se menta su «idealismo» al exponer unos proyectos nucleares encaminados a consolidar el predominio tecnológico americano durante años. Pero donde tal cosa evidentemente ya no sucede es en América. Los círculos más conservadores del capitalismo han terminado por reconocer en Carter a uno de los suyos. Más del 40% de los votantes de1 «conservador» Ford han declarado

identificarse actualmente con el «liberal» Carter. No es de extrañar, la política interior de Carter ha terminado inspirándose en los principios más ortodoxos del capitalismo: limitación del gasto público y aplazamiento de todo programa de carácter social. En vísperas de la Conferencia de Londres ha llegado a declarar textualmente: «creo que los medios de negocios ya se han dado cuenta de que mi pasado de empresario privado influirá en las decisiones que tome en la economía». Y así ha sido.

En vano los viejos representantes del aparato del partido demócrata, un Humphrey por ejemplo, le han recordado que había sido elegido como defensor de los trabajadores y de los sectores marginados. Carter parece haberlo olvidado por el momento. Y ha seguido filosofando, esta vez cara a Europa, identificando el actual orden económico internacional con el mundo libre y no vacilando en proclamar su país como modelo. Un país con más de siete millones de parados y un déficit de la balanza de pagos de siete mil millones de dólares que pesa sobre todo el mundo occidental, pero un país también que como economía dominante del capitalismo está dispuesto a hacerse respetar e imponer su ley. Una ley que en lo esencial es la misma que quiere imponer el canciller alemán Schmidt, la ley del mercado.

El fin del enano político

La prensa más capitalista de Alemania no ha vacilado en saludar en Schmidt, en unión de Carter, el triunfador de la Conferencia de Londres. Como la política exterior es cada vez más política económica, «la cumbre de Londres señala el fin de una extraña situación: Alemania gigante económico y enano político». Alemania ha dictado con América las líneas fundamentales de los acuerdos finales. Frente a las propuestas reflacionarias de Italia, Inglaterra y posiblemente Francia, es decir, encomendar la reactivación «con un poco de inflación» a las economías dominantes de Estados Unidos y Alemania, se ha impuesto una solución más ortodoxamente capitalista: combatir la inflación con la deflación, aceptar el paro como pago anticipado de la recuperación de la confianza por parte de los empresarios, a los que se les anuncian «planes de estabilización». Planes que «variarán de país a país», pero que tendrán en común el reposar sobre el sacrificio de las clases trabajadoras, abandonando toda veleidad de corrección de la política de rentas.

«¿Este señor también es socialista?»

En una conferencia de la Internacional socialista, un ingenuo invitado, oyendo a Helmut Schmidt hablar precisamente sobre la inflación, preguntó: «¿Este señor también es socialista?». Quienes se lo preguntan ahora, con otra intención y con mayor conocimiento de causa, son los círculos capitalistas de Alemania.

Uno de sus calificados portavoces concluía un editorial afirmando que «había que sacar consecuencias para la política exterior de la victoria alemana en Londres», «del hecho de que las ideas del Gobierno federal se han transformado en modelo para todos los países industrializados». Y el texto terminaba invitando a Schmidt a abandonar también en la política interior toda veleidad doctrinal, pidiéndole en definitiva que dejase de ser socialista del todo.

Nantes: ¿un partido en el partido?*

A través de las declaraciones de sus propios dirigentes, el Partido Socialista francés parece haber estado amenazado simultáneamente del fraccionamiento interno –«dos partidos en el partido»– o de descalificación para la futura tarea de gobierno. –«¿Cómo gobernar al país, si somos incapaces de gobernarnos a nosotros mismos?».

Algo hay de eso, pero también hay algo más. Lo que ha sucedido y la solución a la que se ha llegado no deja de ofrecer interesante motivo de reflexión; ahora que en España los partidos han salido a la luz y pueden y deben mostrar sus vergüenzas, sin la coacción de una unanimidad impuesta por la clandestinidad o la tolerancia gubernamental.

El Partido Socialista francés es muy original, en primer lugar, por su propia constitución. Una constitución muy reciente (1969) y como resultado de la fusión de un componente principal, la vieja sección francesa de la Internacional Obrera (la SFIO) y varias organizaciones socialdemócratas de menor importancia. Lo es también por localización ideológica en el seno del socialismo europeo: el más marxista de todos y con una evolución que, al revés de lo sucedido en Alemania o Italia, parece haberse realizado hacia la izquierda. Sin embargo, es considerado como reformista, no solo por el PC, sino por criaturas nacidas en su seno, como el PSU. Ya desde 1965 el socialismo francés se habría decidido en la cuestión fundamental de las alianzas, prefiriendo la estrategia frente populista con el PC a una estrategia centrista con los radicales y democratacristianos de izquierda. El 27 de junio de 1972, por primera vez desde la escisión de Tours de 1920, socialistas y comunistas firman un mismo programa, el famoso Programa Común de la izquierda francesa.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 120, del 1 al 8 de julio de 1977, p. 6, con el seudónimo de H. J. Renner.

El precio de las rosas

Hay socialistas dentro del Partido Socialista francés que creen que este repudio de la socialdemocracia solo está garantizado por la presencia de los comunistas en la alianza: «Sin el partido comunista el partido socialista es infiel; sin el partido socialista el partido comunista es impotente». Que afirman, incluso, que la lógica política de la dirección actual del partido, es una lógica socialdemócrata, viendo la salvación en una concreción del programa común que defina claramente los obstáculos con los que se va a enfrentar la izquierzda en el poder, los medios que van a utilizarse para salvarlos y los sacrificios que habrá que imponer al pueblo francés. «En caso contrario habrá que decir que los socialistas quieren las rosas, pero se niegan a pagar su precio».

La historia de una sigla: el CERES

Esta oposición de izquierda se agrupa bajo una sigla algo extraña: CERES (Centro de Estudios, de Investigaciones y de Educación Socialistas). Un organismo fundado en 1966 por una serie de jóvenes socialistas, decididos por aquel entonces a rejuvenecer la caduca SFIO, todavía bajo la férula de Guy Mollet. El desarrollo de esta corriente es tan rápida, que en 1971 constituye una de las fuerzas, en unión de los dos grandes barones socialistas, Mauroy y Deferre, del Partido Socialista al apoyar la candidatura de Mitterrand para el secretariado. Actualmente, un 25% fundadora de los mandatos en el Congreso de Nantes eran de obediencia CERES. El Centro de Estudios, por lo tanto, ha dejado de ser una cuestión de intelectuales socialistas.

¿Dos lógicas políticas inconciliables?

La estrategia política del CERES no se diferencia de la oficial del Partido Socialista, apoyada en el «frente de clase», constituido, no solo por la clase obrera, sino también por las clases y capas sociales explotadas por el capital monopolista. Pero, en la línea de los comunistas, defienden el papel director de la clase obrera en todo proceso revolucionario, aunque negándose a admitir cualquier monopolio de partido. Postulan la autogestión, en lo que se aproximan al PSU, y se resisten a cualquier regulación a largo plazo por el mercado, aun admitiendo la ganancia como indicador de

la eficacia de la gestión. Quizá en este punto, más que en cualquier otro, se marque la diferencia fundamental. En el PS francés se está abriendo camino la idea de «la regulación global por el mercado», que lleva a una cercanía peligrosa de la socialdemócrata «economía social de mercado». Y frente a este los CERES son taxativos: «No es posible hablar del programa, común, si el mercado debe seguir constituyendo el regulador global».

¿Un partido en el partido?

Casi podría contestarse afirmativamente. El CERES no solo cuenta con su prensa local, tiene además un importante órgano teórico a nivel nacional, la revista *Repéres*. Tiene su propia hacienda, alimentada por las cotizaciones de sus miembros, sus propios locales y una dirección de diez personas que se reúne todos los martes a las seis de la tarde en un piso del parisino Boulevard de Saint-Martin. Además de los múltiples representantes a través de todas las federaciones departamentales, su corazón se encuentra en París, el París socialista con una larga tradición de escisiones y frontismo izquierdista que remonta a los años veinte. Cinco diputados, por último, de la minoría socialista se cuentan entre los suyos. Por eso, la cuestión del CERES es algo más que una disidencia doctrinal. Afecta a problemas graves de organización dentro del partido.

La mala organización del socialismo francés

Una característica que se ha considerado como permanente del socialismo francés es su mala organización. «Por temor a la burocracia, por hostilidad al centralismo democrático, por amor a los procedimientos democráticos, la SFIO como el PS, tienen una organización débil, que sus adversarios de izquierda califican de típicamente "pequeña burguesa"» (F. Borella). Esta situación es la que explica la posibilidad de un fenómeno como el CERES, esta auténtica integración de un partido dentro de otro partido. El problema estaba planteado, la solución no se ha hecho esperar.

Síntesis de tendencias o centralismo democrático

Días antes del Congreso de Nantes, en las reuniones de las federaciones departamentales, se propuso una solución: autodisolución del CERES

a cambio de un esfuerzo de síntesis entre las dos tendencias, la mayoritaria de la dirección de Mitterrand y la minoritaria del CERES. Una síntesis ciertamente difícil, para unos la solución definitiva, para otros solo un aplazamiento del problema, a resolver tras la toma del poder.

Pero, ya el tono de la «carta a los militantes» enviada por Mitterrand dejaba ver que la síntesis «no era ni seria, ni interesante». El problema se reducía a una cuestión de organización, es decir, de disciplina. Y en este terreno la solución consistía en la autodisolución del CERES como tendencia organizada, tendencia que conservaba su libertad de pensar y expresarse, a cambio de renunciar a cualquier publicidad o exclusivismo en sus reuniones. «Si la unanimidad no es necesaria en las decisiones e incluso puede resultar peligrosa, en cambio es necesaria en la ejecución». Es decir, la solución se llamó en Nantes *centralismo democrático*. A los disidentes les quedaba el camino portugués, es decir, la escisión o la sumisión.

La cercanía del poder

Como telón de fondo de toda la discusión de Nantes se encuentran las próximas elecciones y la posibilidad de que la izquierda, es decir, Mitterrand mismo, llegue al poder. Y precisamente en algo en que están de acuerdo los CERES y los comunistas es en la realidad de actualizar y concretar el Programa Común. Pero esto es lo que no desea Mitterrand, que quiere sentirse libre de compromisos demasiado embarazosos que restringirían su libertad de acción y su hegemonía en un muy posible triunfo de la izquierda. En Nantes toda síntesis de ideas y proyectos le obligaría forzosamente a aceptar arbitrajes por parte del Congreso del partido. Por eso ha escogido, llegado el momento, la vía de la reducción disciplinaria, en lugar de la confrontación ideológica. Por lo demás, se ha limitado a decir que «el partido socialista se sitúa entre la teoría del partido comunista francés y la teoría del partido comunista italiano». Como declaración de intenciones es excelente, pero parece olvidarse de la situación que ocupan gran parte de los que le han apoyado en su lucha contra el CERES. Mucho más cerca de la socialdemocracia que del socialismo.

Eurocomunismo y Estado*

La obra de Santiago Carrillo, cuyo éxito de librería parecía amenazado por la repentina invasión de manuales sobre cómo votar y a quién votar, ha recibido su definitivo relanzamiento, incluso a escala mundial, gracias al calculado ataque de que le ha hecho objeto la revista soviética *Tiempos Nuevos*. En otro sitio de este número se trata de la polémica levantada; aquí se va a tratar del libro. Un pequeño volumen de algo más de doscientas páginas, importante, conviene decirlo de entrada, no tanto por lo que dice, como por quién lo dice. El secretario del Partido Comunista de España.

Ya en la cubierta, la primera novedad consiste en el reconocimiento oficial de la misma palabra de *eurocomunismo*. De paternidad incierta, nacida en todo caso tras las Conferencias de Livorno y Roma, que reunieron a los partidos español, italiano y francés (1975), no había sido muy bien acogida por los mismos comunistas. Se resistían a encerrar en un concepto geográfico algo que o se le escapaba (como sucede en el caso del Japón), o podía dar una falsa sensación de uniformidad. Carrillo lo acepta definitivamente, fijándola como «tendencia del movimiento progresista y revolucionario moderno, que trata de ceñirse a las realidades de nuestro continente». Formando también parte del «proceso revolucionario mundial», admite su generalización en cuanto es «válida en esencia para todos los países capitalistas desarrollados». Claro está que en el libro se trata solo de Europa, con lo que el problema de su validez general queda entre paréntesis. En todo caso, se trata de un libro histórico: por primera vez un dirigente comunista importante hace suyo el término,

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 121, del 8 al 15 de julio de 1977, pp. 5 y 14, con el seudónimo de H. J. Renner.

enfrentándolo con la cruz del problema revolucionario en general, el Estado, y, en particular, el Estado soviético.

Los problemas del autor

Carrillo es perfectamente consciente de todo esto. Aunque afirma que «con este trabajo yo no comprometo más que mi opinión y mi responsabilidad personal», a continuación se propone como «un intento de fundamentar la estrategia del Partido Comunista español». Y un intento, repetimos, realizado por su secretario general. Por eso parece preocupar a Carrillo el que amigos o enemigos intenten convertirlo en una especie de «Estado y Revolución» de los años setenta, en una nueva versión también inapelable de la clásica obra de Lenin. Esto sucede hasta tal punto, que su texto pierde constantemente naturalidad, entrecortado por declaraciones de modestia, limitación o humildad. Se desea expresamente un «debate de mentes más lúcidas y cultas», incluso a costa del «apisonamiento» del autor. Esto es excesivo e innecesario. El autor ya declara en el prólogo que no se considera un tratadista del Estado, todos lo sabemos, y si cogemos el libro en las manos no es para descubrir nuevas teorías, sino para contemplar sus aplicaciones prácticas. Aunque quizá a este respecto, el libro nos pueda saber, en muchas ocasiones, a poco.

Emplazamiento del eurocomunismo

De manera inmediata el «eurocomunismo» responde a la necesidad política de superar el «dilema planteado por el imperialismo americano y los grupos sociales dominantes». El dilema entre democracia-capitalismo y socialismo-dominación soviética. Más profundamente, debe demostrar que «la victoria de las fuerzas socialistas en países de Europa occidental será una experiencia independiente, con un socialismo más evolucionado, que tendrá una influencia positiva en la evolución democrática de los socialismos existentes hoy». Y en esta tarea se tropieza forzosamente con el Estado, «pues mientras no elaboremos una concepción sólida sobre la posibilidad de democratizar el aparato del Estado capitalista, transformándolo así en una herramienta válida para construir una sociedad socialista, sin necesidad de destruirle radicalmente, por la fuerza,

o bien se nos acusará de tacticismo, o bien se nos identificará con la socialdemocracia». Es decir, lobos con piel de cordero, a la manera de la prensa de derechas, o traidores revisionistas, según la de extrema izquierda. El problema está formulado por Carrillo con toda la claridad necesaria.

La aproximación de los soviéticos

En esta tarea la primera aproximación sistemática al nuevo tipo de Estado y a la problemática que presenta para el movimiento obrero la dieron los tratadistas soviéticos. En la búsqueda de las genealogías del eurocomunismo, la proclamación de sus diferencias con el bloque oriental hace olvidar a veces orígenes comunes. Y esto sucede también en el libro de Carrillo. Libro que podría muy bien haber comenzado con una cita que, por ejemplo, dijese: «Existe una ligazón directa entre el actual período del imperialismo, la dominación del capitalismo monopolista de Estado y las reivindicaciones democráticas generales. Al esforzarse por abrir la vía a la revolución socialista, los comunistas defienden estas transformaciones democráticas, poniéndose al frente del movimiento que las apoya». Cita de V. Tcheprakjov, autor de uno de los *Capitalismos monopolistas de Estado* aparecidos en los años cincuenta. Obras en las que los soviéticos desarrollan la teoría de las alianzas con las fuerzas antimonopolistas, la lucha por la democracia, e incluso la posibilidad de la conquista del poder por la vía pacífica. Pero las diferencias comienzan llegando este punto. La conquista del poder es irreversible y va acompañada de la destrucción del Estado burgués y la implantación de la «dictadura del proletariado». La legitimación revolucionaria se da de una vez para siempre.

La vía de los eurocomunistas

Esto no lo aceptan los eurocomunistas. Para ellos, la profundización de la democracia, la transición al socialismo, no supone el embarque en un viaje sin retorno posible, sino que están sometidas al control continuo de una sociedad pluralista. Se tenderá después a progresivas unificaciones políticas (véanse los párrafos donde Carrillo evoca la futura identificación de socialistas y comunistas), y a una gradual homogenei-

zación social que, a través de la extensión del sector socializado de la economía, algún día llevara a la sociedad sin clases. Pero la libertad no desaparecerá nunca, será ejercida en una igualdad de oportunidades cada vez más completas. Por eso, los derechos humanos representan, también para los eurocomunistas, «un logro histórico irrenunciable del progreso humano».

Socialismo y socialdemocracia

No se trata, por lo tanto, de «administrar» la sociedad capitalista, sino de «transformarla». Para que desaparezca cualquier confusión posible con la socialdemocracia, Carrillo afirma taxativamente, «no descartamos de ninguna manera la posibilidad de llegar al poder revolucionariamente, si las clases dominantes cierran los caminos democráticos y se produce una coyuntura en que esta vía sea posible». Afirmación que producirá más de una crisis de identidad en algún movimiento situado a la izquierda del partido.

Las entrañas de la sociedad capitalista

La motivación más profunda de la nueva vía la enuncia Carrillo en una frase formalmente idéntica a un pasaje de Marx: «Lo mismo que la sociedad burguesa se gestó en las entrañas del régimen feudal, la sociedad socialista ha madurado en las entrañas de la sociedad capitalista desarrollada». Pero la puesta en camino hacia la nueva sociedad no se hará mediante la ruptura revolucionaria clásica, sino a través de una vía democrática y pacífica. La contradicción entre la minoría oligopolista y el conjunto de la sociedad es cada vez mayor, dándose «un desarrollo de condiciones para una nueva correlación de fuerzas favorable al socialismo». Existe, por lo tanto, la «base material» para romper el consenso inducido por la «sociedad de consumo». Con la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura antimonopolistas, se recobra el sujeto revolucionario en Occidente. Un sujeto que a través de la conquista democrática de las instituciones provocará el vuelco de «los aparatos ideológicos en los que se aposenta el Estado». Toda una serie de aparatos en crisis, que Carrillo se encarga de describirnos en una de las partes más extensas de su libro.

Una terminología premiosa

La culpa naturalmente no es de Carrillo. Los largos años de uso y abuso del principio de autoridad, encarnado en las obligadas citas de los clásicos del marxismo-leninismo, produce actualmente la sensación de descubrimiento al tratar de cosas que, para los no marxistas resultaban familiares desde hacía tiempo, a veces mucho tiempo. Así sucede en todo lo referente a la extensión, profundidad y consecuencias políticas de los procesos de socialización, manipulación ideológica y legitimación de los que mandan. De pronto se ha venido a caer en la cuenta de que lo peor de la «dictadura de la burguesía» no es que haya vencido, sino que haya convencido a las clases dominadas. Que haya creado tal consenso social en torno a su estado de clase, que se pueda permitir impunemente la concesión de un máximo de libertades formales. Pero algunos marxistas de nuestros días no se han contentado con recoger críticamente los resultados de la sociología burguesa, preocupada por lo menos desde Rousseau por el milagro de la cohesión en una sociedad de desiguales. Se han esforzado, además, en crear una terminología propia que da a su recuperación el sabor de un descubrimiento. Surgió así entre los marxistas parisinos toda la complicada ortopedia de los «aparatos» althusserianos y poulantzianos en los que se apoya el Estado. Surgió también una confusión considerable, pues «aparato» (al revés de lo que sucede en Gramsci, dicho sea de paso) unas veces define la función dominante de una organización dada en un momento dado (la Iglesia española franquista, como «aparato ideológico», en el texto de Carrillo, por ejemplo), y otras veces la misma organización (el aparato burocrático o el aparato coercitivo). En un libro evidentemente destinado a un gran público, con la intención de divulgar los supuestos teóricos que guían la acción de ese gran político que es Santiago Carrillo, resulta verdaderamente desafortunada la adopción de toda esa topología, tan del gusto de los estructuralistas.

El abandono de Lenin y el uso de Marx

Ciertamente a Marx se le puede revisar. La historia del socialismo es una larga serie de revisiones de Marx, comenzadas por Marx mismo. Resulta evidente que ahora, como a finales del pasado siglo o en los años treinta del nuestro, el desarrollo del capitalismo exige una nueva

revisión, con un método precisamente marxista. Esto es también lo que quiere decirnos Carrillo en su libro. Pero lo que no admite revisión es la doctrina del Estado leninista. O se toma, o se deja. Naturalmente, Carrillo la deja, y además lo dice. Aquí debiera haberse quedado. Sobran en el libro, aunque resulten explicables por motivos personales, todas las reflexiones sobre lo que ha querido decir o no decir Lenin al hablar de democracia. Como sobran también las citas y comentarios de los textos de Marx, hasta del Marx de 1843. Cosas que no aclaran nada, y que no están exentas de contradicciones y errores. Aquí también se acusa la influencia del marxismo francés en Carrillo. Otros marxistas, por ejemplo los anglosajones, procuran un recto uso del método en sus campos respectivos, sin preocuparse por las concordancias de los textos canónicos.

Los antecedentes de una ejecutoria

Claro está que el eurocomunismo no es solo fruto de una provocación de la propaganda anticomunista, ni siquiera nace con todas sus armas de la evolución más reciente. La tendencia venía de lejos. Quizá más lejos de lo que supone el mismo Carrillo, que sigue preso de la versión convencional sobre la crisis de la Segunda Internacional. En todo caso, el libro sitúa su origen en la época de los Frentes Populares y la lucha contra el fascismo. Los problemas aquí son muchos. Los curiosos pueden ver mi artículo sobre el eurocomunismo publicado en *Andalán*, número 90.

El eurocomunismo, Europa…

Carrillo se mantiene en un plano de generalidades por lo que hace a los problemas y a sus soluciones, sin descender al estudio de los programas de transición a la nueva democracia de los distintos partidos comunistas europeos. También trata globalmente la cuestión del contorno geográfico que se impondrá a todo experimento eurocomunista. Una Europa dominada por las multinacionales e inserta en el sistema mundial capitalista, algo que constituye el talón de Aquiles de la nueva vía nacional al socialismo. Sus reflexiones intentan presentar el problema como resuelto, «desde el punto de vista de los principios y de la experiencia histórica» en los ejemplos de los países socialistas. Pero no resulta muy convincente comparar la acción de las multinacionales en la

diminuta Italia del «compromiso histórico», pongamos por caso, con la que hayan realizado o estén realizando en las inmensas Rusia y China. Una consecuencia más de la geografía no aparece en el libro. La posibilidad de una división de Europa en dos, la mitad sur socialista, la mitad norte socialdemócrata. Perspectiva que complica más el problema de la supervivencia de las «nuevas democracias». La solución, naturalmente, no se encuentra en el refugio que pudiese ofrecer el confuso tercermundismo del llamado «socialismo mediterráneo». Habrá que buscarla por otro lado. La cosa tiene su importancia, si pensamos en las privilegiadas relaciones que algunos futuros y necesarios aliados de la experiencia eurocomunista, sostienen con la socialdemocracia germana.

… y Rusia

Constituye evidentemente la parte más explosiva del libro. En caso extremo, Rusia podía aceptar toda la teoría eurocomunista, mientras no se transforme en un arma susceptible de ser utilizada contra su propio orden político. Las páginas dedicadas al tema, centradas en torno a la batallona cuestión de la «dictadura del proletariado» (véase *Andalán*, número 84), son un inteligente resumen de la sovietología marxista francesa. Su interés radica, precisamente, en ser asumido públicamente por el secretario de uno de los más importantes partidos comunistas. La frase final, que cierra la discusión, sintetiza admirablemente las ambiciones históricas de la vía eurocomunista: «Los progresos del movimiento socialista en los países capitalistas desarrollados pueden ayudar a la sociedad y a los comunistas soviéticos a superar este tipo de Estado, a dar pasos adelante en su transformación en un auténtico Estado de la clase trabajadora». Como por un momento deseó Lenin: la Europa desarrollada acude en ayuda de Rusia. El Occidente recupera la iniciativa revolucionaria, que en 1917 escapó de sus manos, que fue más tarde monopolizada por el tercer mundo. Un proceso que erosionó todavía más la confianza en sí mismo del viejo marxismo europeo. Este optimismo histórico es lo más reconfortante de todo el libro de Carrillo. Respira confianza en la potencialidad revolucionaria de la cultura y el trabajo en el mundo en que vivimos.

Grecia: el fin del miedo*

A finales de octubre, Caramanlis decidió de pronto disolver el Parlamento, arriesgando su aplastante mayoría de 220 diputados sobre el total de 300 con que cuenta la cámara griega. Quizá recordando las enseñanzas recibidas de su modelo De Gaulle durante su exilio parisino, pretendía reforzar casi plebiscitariamente su posición, para enfrentarse a su manera con los problemas que él creía claves, los de la política exterior: entrada en el Mercado Común, permanencia en la NATO y la cuestión chipriota. Como es sabido, su cálculo falló, hasta el punto de que algunos han llegado a decir que Caramanlis podía ir preparando sus maletas para un nuevo viaje a París, esta vez ya definitivo. Pero ¿qué reflejan en el fondo las modificaciones del panorama electoral griego? ¿Qué reflexiones pueden hacerse desde España?

Si solo de números se tratase, aun siendo números electorales, la situación no parece tan trágica. Si bien Caramanlis no ha llegado ni mucho menos al maravilloso 54% alcanzado en 1974, su casi 43% le asegura 174 diputados, que sumados a la diezmada minoría del partido del Centro, le proporciona un total de 189 votos. Pero hay algo más que números; hay también la organización política que tiene que encajar esta desilusión electoral. Y esta organización es todo menos un auténtico partido, es una clientela en torno a un personaje, el propio Caramanlis. La «Nueva Democracia» es un extraño ente que, despreciando toda ley de la astrofísica política, a la manera del Centro suareciano, no vacila en declararse por «una democracia socialista (*sic*) parlamentaria» y al mismo tiempo acérrima defensora de la libre empresa, que se jacta de hacer política de izquierdas (control de la banca comercial, seminacionalización de los ferrocarriles y la energía) y no deja de dar garantías a la derecha.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 143, del 9 al 15 de diciembre de 1977, p. 4, con el seudónimo de H. J. Renner.

«Su electorado representa –decía en vísperas de las elecciones G. Rallis (algo así como el Abril Martorell del primer ministro griego)– todo lo que no es izquierda avanzada o extrema derecha». Es decir, la cuadratura del círculo, «lo bueno de la derecha y lo bueno de la izquierda». Este tipo de partidos resisten todo menos la hora de la verdad política, entonces se ven abandonados por su desconfiada derecha e inermes frente a la progresiva implantación de los auténticos partidos organizados, que han sabido atravesar la cuaresma de tres años de oposición y muchos más de clandestinidad. Partidos así en Grecia, hoy por hoy, solo hay dos: el socialista de Papandreu y el comunista (o comunistas).

El voto del miedo

Porque, no hay que engañarse, lo más importante de estas elecciones es que han sido las primeras elecciones sin miedo, tras el fin de la dictadura. En 1974, los griegos, por no tener, no tenían siquiera a su dictador muerto, Papadopoulos se encontraba en prisión, sin proceso y a la espera de una amnistía que le devolviese a la escena política. Nadie daba mucha esperanza de vida a la naciente democracia griega. La prensa de la época nos hablaba de mítines políticos súbitamente despoblados ante la mera presencia de la policía, que llegaba para protegerlos. El nerviosismo en los cuarteles era considerable ante la incertidumbre de una posible depuración, mientras que en la calle los largos años de dictadura habían acostumbrado a muchos griegos a considerar el poder militar como algo por encima de toda ley y capaz de interferir en cualquier momento el proceso político. Las multitudes aplaudían entusiasmadas los discursos del socialista Papandreu, que exigía vehementemente justicia, depuraciones y la disolución de los cuerpos y aparatos represivos. Pero luego venía Caramanlis a recomendarles cautela, a rogarles que no pidieran demasiado, a insistir en que se trataba de una transición difícil. Tal vez tenía razón, en todo caso muchos, muchísimos, siguieron sus consejos y le votaron como garante de un cambio sin ruptura.

Las ambigüedades de la transición

La prudencia y la ambigüedad con que Caramanlis pilotó la transición de la dictadura a la democracia bien no llegó a desmontar toda la red de

complicidades psicológicas y operativas que habían unido el fascismo a los aparatos del Estado tuvo un evidente resultado: acostumbrar a los ciudadanos al desarrollo pacífico de la vida política, devolviéndoles un voto que en 1974 se habían dejado secuestrar por la ignorancia o el miedo. El mismo éxito de su operación ha despreciado su papel de garantía para los que se sentían comprometidos con la dictadura (de ahí el crecimiento de la derecha en estas elecciones) y también para los antifascistas temerosos de todo radicalismo. Y en esa caída de votos ha arrastrado incluso al otro partido de derechas moderadas, este sí llamado como en España del Centro, el partido de su antiguo ministro de Asuntos Exteriores Mavros. Partido con el que contaba para remachar un triunfo electoral aplastante, y que ahora se convertirá en una ayuda imprescindible para moverse con seguridad en el Parlamento.

¿Qué va a pasar?

Con su voto, los griegos han cerrado la fase de transición y han perdido el miedo. Pero naturalmente hay algo más. Un paro obrero muy inferior al nuestro y una tasa de inflación que ya quisiéramos en este país (un 11% anual), explicarían tanto la relativa falta de apasionamiento durante las elecciones y triunfo con todo de Caramanlis, como el hecho de que casi todos los partidos respondiesen en cierta manera a su proyecto, centrando los temas de la campaña electoral sobre la política exterior. Aquí también el relativo triunfo de Caramanlis amenaza volverse contra él, pues el único punto de unión entre los diversos partidos de izquierda consiste, precisamente, en el rechazo del programa de política exterior del primer ministro griego. No olvidemos que en Grecia existe el único partido socialista del mundo occidental que se ha negado a participar en la Segunda Internacional, sobre todo por cuestiones de política exterior. El apasionado tercermundismo mediterráneo de Papandreu no deja de ofrecer rasgos confusamente populistas, por lo que hace a la política interior, pero es de una claridad meridiana por lo que hace a las opciones exteriores: no al Mercado Común, no a la NATO, no a Turquía. Por eso, no sería de extrañar que la próxima vez, y sin quererlo Caramanlis, los griegos sean de nuevo llamados antes de tiempo a las urnas.

Nacionalismos en auge. Derecha solo hay una*

Dos hechos se imponen al considerar los resultados electorales del 1 de marzo. El primero no estriba tanto en el crecimiento del partido victorioso, consolidación más que crecimiento, con el aumento de tan solo dos escaños, como en el hundimiento del grupo de los viejos políticos franquistas, la Coalición Democrática. Grupo que se transforma en fácil presa para toda clase de imposiciones por parte de sus antiguos alevines, transformados ya en el partido hegemónico de la derecha española. El segundo es la irrupción del nacionalismo en el área parlamentaria. Pero aquí hay que evitar la confusión de géneros, fomentada por los apresurados comentarios de los primeros momentos.

La geografía del voto

La Unión de Centro Democrático no ha podido ser desbancado como partido mayoritario de toda la España interior, de Galicia y de la España insular. Con la ayuda de sus senadores domina indiscutiblemente en todas estas regiones. Los socialistas, en cambio, siguen viéndose enfrentados con una cartografía política complicada en algunas de sus zonas de asentamiento privilegiado, Cataluña, el País Vasco y, ahora, Andalucía. En el País Valenciano los dos diputados comunistas ocupan el fiel de la balanza entre los trece diputados ucedistas y los trece socialistas. Aquí, como en otras regiones, la derecha franquista ha desaparecido. El empate registrado en Asturias entre la UCD y el PSOE está roto claramente en beneficio de este último en el Senado, además de la presencia de un diputado comunista. Pero la geografía de las preautonomías ha sido fatal

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 208, del 9 al 15 de marzo de 1979, p. 3, con el seudónimo de H. J. Renner.

para el PSOE, que ha tenido que asumir la presidencia de las dos regiones con la máxima carga conflictiva, la del terrorismo y la del paro. Si el poder desgasta, esta vez no ha desgastado a la UCD, que incluso ha ganado un diputado en Guipúzcoa, sino a los socialistas, que no repararon medios, llegando hasta la imprudente alianza con la UCD, para asumir unas responsabilidades que rehuyeron en el Gobierno central. No podía esperarse que el Gobierno monocolor de la UCD hiciese violencia a sus principios para favorecer el desarrollo de las autonomías en regiones tan conflictivas como el País Vasco o incluso Andalucía, desarrollo que además podrían capitalizar sus rivales políticos. Esto solo podía haberse logrado presionando desde dentro del Gobierno, pero para esto habría que haber traducido a nivel estatal la política de coaliciones regionales. Lo grave, con serlo, no ha sido el retroceso de los socialistas, sino la naturaleza de las fuerzas políticas que han ocupado su lugar. Pero aquí hay que hacer algunas distinciones.

Nacionalismos muy diferentes

En los días siguientes al 1 de marzo se han podido leer comentarios que magnificaban la irrupción nacionalista en el Congreso, llegando a meter en el mismo saco al Herri Batasuna, al Partido Regionalista Aragonés y a los socialistas andaluces. Dejemos de lado al partido de Hipólito Gómez de las Roces, que, entre otras cosas, con un solo diputado no significará la más mínima molestia para la UCD. Otra cosa podrían ser los cinco sorprendentes diputados del Partido Socialista Andaluz. Resulta desconcertante que la primera declaración política del nuevo partido haya sido precisamente la de negar cualquier posible colaboración con la UCD, desconcierto que aumenta cuando se sabe que circula el proyecto de despojar al partido de su calificativo de socialista, para dejarlo simplemente en Partido Andaluz. Quede perfectamente claro que a un partido que hacía gala de inspirarse en los modelos libio y argelino (*sic*) le resulta teóricamente muy factible dar el paso que le separa de formulaciones populistas, nacionalistas. Esto podría confortar de momento a los numerosos y jóvenes militantes que le han servido de apoyo en su campaña. Pero, como a pesar de los pesares, la realidad andaluza es muy distinta, la lógica de un tercermundismo a machamartillo le puede llevar, bajo el espejuelo del nacionalismo, a buscar una serie de apoyos en una derecha que, no por ser andaluza, deja de ser derecha. Su presencia podría ser

más testimonio de los errores y falta de dinamismo de la izquierda de ámbito estatal, que de la virulencia de un hecho nacional andaluz.

Por lo que hace a los catalanes mal puede hablarse de irrupción del nacionalismo con unos resultados que esencialmente confirman los del 15 de junio. El crecimiento de la UCD y la desaparición de las candidaturas al Senado de la Entesa, en cambio, son signos que podrían anunciar una homogeneización del espacio político catalán con el del resto de la Península. De ahí que la irrupción del nacionalismo, si prescindimos del diputado canario, quede reducida a los diputados vascos. Los tres diputados de Herri Batasuna no atentan naturalmente al equilibrio de fuerzas en el seno de una cámara de 350 diputados, pero sí ponen en difícil situación al resto de las fuerzas vascas, especialmente a aquellas que como el PNV y el EE habían mantenido un difícil equilibrio, no exento de ambigüedades, entre el maximalismo independentista y el posibilismo constitucional. Las primeras e increíbles reacciones del Gobierno UCD, a través de su ministro del Interior, no permiten albergar muchas esperanzas de que la nueva correlación de fuerzas en el País Vasco alumbre una nueva política gubernamental. Es la izquierda y el PNV la que tiene que preguntarse las razones de ese desplazamiento de noventa mil votos (treinta mil del PSOE) que han ido a alimentar las filas de los votantes del Herri Batasuna. Una izquierda que reconocerá que incluso en Álava, donde el Herri Batasuna no consiguió escaño, los porcentajes que alcanzó en los barrios obreros de una ciudad como Vitoria superaron holgadamente el 15%.

Solo en cierta manera puede afirmarse que las cosas han quedado como estaban. Como diría Trotski no han cambiado las dimensiones de las grandes fuerzas, pero sí las relaciones entre ellas. Pues estas relaciones, dada la falta de una mayoría de los dos grandes partidos, dependen también de las proporciones de los grupos menores. Y aquí sí ha habido cambios. El más importante ya ha sido indicado: la volatilización de siete escaños de Alianza Popular, que reduce la vieja derecha franquista más o menos pura a la modesta cifra de nueve diputados. Coalición Democrática ha quedado en tal estado de indefensión frente a la UCD, que la primera preocupación de Suárez parece ser la de evitar la desaparición de una derecha que da credibilidad a la condición de centro de su propio partido. En este sentido se ha interpretado el deseo manifestado por la UCD, de proponer la modificación del reglamento del Congreso

de los Diputados para que puedan formar su propio grupo parlamentario algunos partidos que, tal como están las cosas, se verían obligados a amontonarse en el llamado Grupo Mixto. Pero, detrás de esta propuesta, parece que hay algo más que la intención de «permitir el reflejo en la vida parlamentaria de la realidad sociológica del país». Habría el proyecto de la inicial estrategia de gobierno de un gabinete monocolor que no dispone de mayoría segura y que recurriría a sucesivos compromisos, a varias bandas, con la multiplicidad de grupos resultantes. La cuestión es de si los graves problemas del país pueden ser resueltos con una política de alianzas alternativas. Pero la UCD, lógicamente, se siente tentada a no compartir el poder más que con aliados pequeños, salvaguardando el monopolio de la administración y de los medios de comunicación estatales, monopolio de que disfruta gracias a las condiciones en que se realizó la transición a la democracia. Para ello se encuentra en condiciones mucho más favorables de lo que estaba en sus comienzos un posible modelo de partido gobernante a perpetuidad, la democracia cristiana italiana. Veremos lo que dura el experimento, pero el experimento se hará.

Claro está que también hay otro modelo, aunque de menor longevidad, en el poder por parte de las derechas. Es el modelo alemán. A este respecto, uno de los ministros ucedistas con una cierta insolencia se permitió recomendar durante la campaña electoral un baño al PSOE, el baño de reconversión ideológica que habrían tomado los socialistas alemanes en el balneario de Bad Godesberg, donde celebraron su Congreso en 1959. Aquel baño limpió efectivamente a la socialdemocracia alemana de cualquier referencia comprometedora al marxismo, sustituyéndola por una invocación «de la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica», abandonando al mismo tiempo cualquier tipo de planificación o socialización que no fuese del sistema capitalista. Ciertas declaraciones de Felipe González parecerían dar pie a la suposición de que algo parecido podría intentarse en el próximo Congreso del Partido Socialista Obrero Español. Las ilusiones que alberga la derecha de encontrar así la segunda rueda de un bipartidismo centroeuropeo desconocen la diferencia entre ambas situaciones. El PSOE no ha registrado ningún descalabro electoral, a no ser en relación con los excesos triunfalistas de algunos de sus dirigentes, incluso ha ganado dos escaños. En 1957, dos años antes de Bad Godesberg, en cambio, los socialdemócratas alemanes no llegaban a los 170 escaños frente a los 270 de los democratacristianos.

Además el giro programático, aunque no dejaba de presentar riesgos, no eran precisamente riesgos electorales, a la izquierda no había absolutamente ningún partido de entidad. Al lado de los dos grandes apenas si contaba el partido liberal con 41 escaños. No había más izquierda parlamentaria que el partido de Willy Brandt. De lo que hiciesen podía pedirles cuenta la Historia, pero no ciertamente los electores. De esta manera, en 1969, 202 escaños y la coalición con los liberales le dieron el poder.

Comunistas: una satisfacción comedida

No habiendo predicho sino lo que en líneas generales ha venido a suceder, incluido el modesto aumento propio, los comunistas en principio se han limitado a dar muestras de una satisfacción comedida, insistiendo en la necesidad de un Gobierno UCD-PSOE, al que prestaría su apoyo el PCE. Tesis todas conocidas y sostenidas por el partido ya con anterioridad a unas elecciones que nunca consideró necesarias. Pero es evidente que la oposición consensuada también ha desgastado a los comunistas, y testimonio de ello son las primeras declaraciones de Carrillo, repudiando en el futuro cualquier clase de acuerdos que no se negocien y se formulen públicamente. «La política de consenso ha terminado», ha manifestado el secretario general. Pero la tarea poselectoral de los comunistas no podrá reducirse a revisar tácticas y modos de comportamiento políticos que fueron impuestos por el período constituyente. Y tiene además que tener en cuenta más seriamente esas «otras izquierdas» que no solo en Galicia y en Aragón han impedido que conquistase su primer escaño. Si diálogo tiene que haber en algún momento, el partido comunista debería tomar la iniciativa.

La unidad de la izquierda y las municipales

En el momento de escribir estas líneas disponemos tan solo de resultados aislados para el Senado. Aquí la política impuesta por los socialistas de ir en solitario a las elecciones ha resistido la prueba del fuego en Cataluña, pero en cambio ha hecho perder puestos a la izquierda, por lo pronto en Álava y en Aragón. La mayoría de la UCD en la Cámara Alta, capital en el período legislativo de las autonomías, se ha hecho aplastan-

te. Esto puede ser considerado como una lección demasiado tardía para las próximas elecciones que se avecinan, las municipales. La derecha lo ha comprendido bien, cerrando sus filas: Coalición Democrática ha retirado sus candidatos para los comicios municipales. En la mayoría de las ciudades españolas frente a una izquierda dividida la derecha presentará una sola lista. Solo una decidida política de alianzas en el seno de los futuros Ayuntamientos podrá compensar lo que se avecina.

Marzo 1919.
El aniversario de la Tercera Internacional*

En este mes de marzo se cumple el sesenta aniversario de la fundación de la Tercera Internacional. Solo existían, entonces, cuatro partidos comunistas y parte de los cuarenta asistentes a la conferencia eran refugiados o prisioneros de guerra. «Eran relativamente pocos los que asistieron a nuestra conferencia, decía Zinoviev, nuestros enemigos pueden afirmarlo, pero nosotros podemos contestar que menos personas había cuando se fundó la Primera Internacional». Con aquel acto se sancionaba la pasividad de que había dado muestra la Segunda Internacional en agosto de 1914, cuando se había demostrado incapaz de hacer frente a la voluntad de guerra de los Gobiernos. Por eso, el órgano teórico del joven partido comunista alemán comentó la fundación diciendo muy filosóficamente: «De nuevo está aquí la Internacional, y se ha alzado: del reino de la palabra al reino de la acción, del reino de los buenos sentimientos al reino de la voluntad».

En el primer número de su nueva revista, *La Internacional comunista*, Lenin afirmaba que «de hecho había nacido en 1918, cuando el largo proceso de lucha contra el oportunismo y el socialchovinismo había conducido en una serie de países a la fundación de los partidos comunistas». Pero como proyecto remontaba por lo menos a septiembre de 1914, al proclamar Lenin en sus *Tesis de Berna* la «bancarrota política» de la vieja Internacional, cuando Trotski escribía que «del actual cataclismo mundial tiene que surgir una nueva Internacional, que será la Internacional de las últimas luchas y de la victoria final». Durante toda la contienda la cuestión de la creación de una nueva Internacional constituyó uno de los temas polémicos en el movimiento obrero europeo. Por último, cuando

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 212, del 30 de marzo al 5 de abril de 1979, p. 11, con el seudónimo de H. J. Renner.

Lenin llega a Leningrado, la décima de sus famosas *Tesis de abril* trata de «la iniciativa de constituir una Internacional revolucionaria».

La proximidad de la revolución mundial

En febrero y marzo de 1918 Lenin comprendió claramente que la revolución alemana, que habría debido seguir inmediatamente al Octubre ruso como prólogo de la revolución mundial, estaba retrasándose, pero sería un retraso de poco tiempo, «todavía necesitaba un periodo de algunos meses». A pesar de que la esperada revolución distó mucho de responder a lo que se esperaba de ella, el ambiente que reinaba el 2 de marzo de 1919 en Moscú era de auténtico optimismo. Lenin inauguró la conferencia invocando «la revolución que va a estallar en muchos Estados de la Europa occidental», no vacilando en clausurarla con la siguiente frase: «La victoria de la revolución mundial está asegurada. Ya se divisa la formación de la República Soviética Internacional». Los meses siguientes parecieron confirmar estas predicciones: proclamación de repúblicas soviéticas en Budapest y en Múnich, situación crítica en Viena, choques sin pausa entre el ejército y los obreros en Alemania, mientras que en París el primero de mayo más de diez mil manifestantes se enfrentaban con la policía y el ejército. No es de extrañar que por aquel entonces el primer ministro inglés se dirigiese a sus colegas continentales, advirtiéndoles de «que toda Europa estaba llena de espíritu revolucionario».

Cómo se fundó la Tercera Internacional

Desde mucho antes del 2 de marzo de 1919 en los medios revolucionarios de Moscú, la Tercera Internacional, para decirlo con palabras de la legendaria Angélica Balanova, «aunque no existía de derecho, ya estaba presente en el vocabulario, en el pensamiento y en las costumbres de todos». Pero lo que precipitó la decisión fue la Conferencia de Berna, donde parte de los miembros de la vieja Internacional se iban a reunir en el mes de febrero. Un autor tan poco sospechoso de simpatías por el comunismo como el británico Cole, dice: «parecía claro que los bolcheviques debían hacer lo posible por evitar el restablecimiento de la antigua Internacional bajo la dirección de los mismos hombres que habían jugado falsamente en 1914 y, después de combatirse por cuatro años, se

dedicaban ahora a hacer las amistades sobre la base de una hostilidad común al bolchevismo y a la revolución». Así, la Conferencia de Berna no podía quedar sin respuesta, y ¿cómo podía responderse sino procediendo de inmediato a reunir contra ella a las fuerzas internacionales del socialismo revolucionario bajo la dirección del único gran país que había llevado a efecto, realmente, la revolución socialista? Pero tampoco dejaba de haber quienes opinaban que la fecha de fundación debía posponerse para la primavera, por eso durante los tres primeros días en Moscú no se habló más que de una conferencia preparatoria. Pero el cuarto día se produjo un golpe de efecto, golpe que según Balanova habría sido preparado por Zinoviev, quien se levantó anunciando la llegada de un obrero austriaco. Jacques Sadoul, el historiador del cine, presente entonces como delegado francés, nos ha dejado testimonio de la escena: «Gruber, el obrero austriaco, se levantó, hirsuto y cubierto todavía del polvo del viaje. Rasgando el forro de su vestido, sacó su mandato de delegado y lo blandió en lo alto. Gritaba diciendo que Austria se sublevaba, como Alemania, como Hungría, como todo el Occidente. Todos esperaban a la nueva Internacional. Su voz arrebatada coaguló las esperanzas de todos los presentes. Delegados y observadores en pie aplaudían y gritaban ¡Viva la Internacional comunista!, mientras Gruber exclamaba ¡*Vorwärts Genossen*!, ¡el comunismo está en marcha y nadie lo detendrá!». Los alemanes retiraron entonces su voto en contra, y por aclamación se decidió la inmediata fundación de la Tercera Internacional. Bujarín redactó la plataforma, Trotski el manifiesto y Lenin la tesis, textos todos que constituyeron el programa oficial hasta 1928.

¿Un instrumento de la Unión Soviética?

Cuatro días después de terminado el Congreso, el 10 de marzo de 1919, se lanzaba el nuevo *Manifiesto comunista* a los proletarios de todo el mundo. La Tercera Internacional estaba en marcha, y con ella comenzaban los sucesivos procesos de escisión que, entre 1920 y 1921, darían lugar a los principales partidos comunistas. Como es sabido, la esperada oleada revolucionaria no cuajó, y ya en su Segundo Congreso de 1920 se advirtió la imposibilidad de predecir a fecha fija el episodio final. Con el Tercer Congreso de la Tercera Internacional, en 1921, llegó el gran viraje, la política de Frente Único, que postulaba posibles alianzas con los enemigos de la víspera, los socialistas. Pero aquel año había sido

también el de la NEP, la nueva política económica rusa, que había significado una pausa en la revolución. Por eso, para algunos observadores de la época y para los primeros cronistas de la Internacional, la explicación del viraje parecía muy sencilla: la Internacional se había convertido en un instrumento de la Unión Soviética. Esta visión simplificadora no ha aportado ni una sola prueba documental de su tesis, mientras que la historiografía reciente, de Hajek a Agosti, ofrece un cuadro de complejidad mayor. Los orígenes de la política de Frente Único, por seguir con el ejemplo, tienen que buscarse, no en una traducción mecánica de las prioridades de la política interior soviética, sino en las experiencias registradas en el partido comunista alemán desde el *putsch* de Kapp, en 1920. No puede resolverse con un par de afirmaciones perentorias todo un complicado proceso, todavía por estudiar en muchos aspectos, y que dista mucho de haberse realizado en sentido único.

¿La Tercera Internacional, un error histórico?

Pero a este respecto, hay autores, algunos de autoridad, como el alemán Braunthal, el historiador de las tres Internacionales, que han ido más allá. Según ellos, la política de Frente Único despojaría de su razón de ser a los partidos comunistas, fruto de una escisión del socialismo. ¿Para qué se habían constituido, si al fin y a la postre se venía a reconocer la necesidad de una política común? Tal afirmación desconoce lo esencial: incluso para los más «derechistas» partidarios del Frente Único dentro del comunismo europeo se trataba, tan solo, de realizar parte del camino unidos. Los «gobiernos obreros» resultantes se verían, tarde o temprano, enfrentados con el choque armado. La ventaja consistiría en que, al revés de lo que había sucedido hasta entonces, los revolucionarios serían los que defenderían la paz civil y la legalidad frente a una burguesía no dispuesta a someterse pacíficamente. Esta era, por ejemplo, la postura de un Brandler en Alemania.

A la busca de responsables

Pero otra argumentación va más a la raíz de las cosas. Desde Gorter en 1920, y con diferentes intenciones según los autores, se juzga a la Internacional como producto de dos errores fundamentales de Lenin: el de haber creído que «el capitalismo agonizaba», especie de catastrofismo eco-

nómico, y el de haber impuesto un tipo de partido y de tácticas específicamente rusas, desconociendo el suelo nutricio del movimiento obrero europeo. La fundación de la Tercera Internacional habría sido una enorme equivocación y responsable, en última instancia, de la «crisis del movimiento comunista», tal como reza el título de la conocida obra de Claudín. Lo menos que puede decirse de este tipo de juicios, aparte de su excesiva obsesión con la personalidad y obra escrita de Lenin, es que abstraen la historia de la Tercera Internacional de la historia de su época. Evidentemente, la Internacional cometió muchos errores, quizá el principal el de sobreestimar sus fuerzas, invirtiendo enormes esfuerzos humanos para dominar la historia. A través de las resoluciones y discusiones de sus sucesivos Congresos se abarca realmente la historia universal. En vano buscaríamos algo parecido en los de la Internacional socialista, pero lo peor es que la misma resignación y desconfianza en sus propias fuerzas se refleja en la política interior. La tragedia del movimiento europeo de entreguerras, concluyó en 1943 el socialdemócrata Sturmthal, consistió en que los partidos socialistas se mostraron incapaces de ejercer una acción política decidida y que, en los momentos decisivos, abdicaron de sus responsabilidades. Por eso, en los giros de la Internacional comunista hay que ver más que una especie de automatismo interno. Si en la política del Frente Único se encuentra la experiencia alemana, más que la razón de Estado soviética, en los de la política de «clase contra clase», a partir de 1927, hay algo más que la obediencia a consignas de Moscú, hay la reacción frente a un perceptible giro a la derecha en los partidos socialistas y en la Internacional sindical de Ámsterdam. Es cierto que el partido tipo de la Tercera Internacional no era el más adecuado para un escenario político normal, pero ni el escenario fue siempre tan normal, ni la política de los partidos obreros de tipo distinto demostró estar tampoco a la altura de las circunstancias. Algo de cierto hay en la postura irenista de Cole, cuando afirma que «la batalla de las dos Internacionales era una batalla entre dos caminos desviados, incapaces de reunir sus fuerzas para constituir un camino recto».

Es legítimo apoyarse en el presente para detectar los errores del pasado, pero resulta históricamente inadmisible explicar el destino del movimiento obrero europeo, apoyándose tan solo en la crítica de los textos que reflejan las ilusiones y los errores de aquel grupo de revolucionarios que, hoy hace sesenta años, se reunían en las salas del Palacio de Justicia de Moscú para proclamar «la causa de la Revolución mundial».

Los campos de concentración y el nacionalsocialismo*

Contra lo que generalmente se cree, incluso gente por lo demás bien informada, el régimen nacionalsocialista fue todo menos un régimen bien organizado. Instalado sobre un auténtico caos de competencias, del Gobierno central a los locales, desde muy pronto fue escenario de una auténtica lucha entre los dirigentes del partido, la burocracia estatal y el Ejército. Hoy está perfectamente demostrado que tal situación fue querida por Hitler, que así aseguraba como supremo árbitro su dictadura personal y absoluta. Pero hubo una organización que terminó afirmándose sobre todas y contra todas, una organización cuya importancia radicaba precisamente en encarnar la voluntad del Führer con independencia reconocida de toda norma legal, por encima del mismo partido nacionalsocialista. Fueron las *Schutzstaffeln*, las SS, que de guardia personal de Hitler, desgajada en 1925 de las famosas organizaciones de asalto de las SA, pasó a adquirir tal poder bajo la égida del siniestro Himmler, que ellas solas sirvieron para caracterizar a un Estado que los especialistas alemanes actuales no han vacilado en bautizar como *SS-Staat* (Kogon).

Una de las funciones que las SS tendieron a asumir de manera exclusiva desde muy pronto fue precisamente la de organización y vigilancia directa de los campos de concentración. Desde 1936, el *Reichsführer SS* Himmler se hizo con la jefatura de todos los servicios de policía, pero ya desde 1933 una sección especializada de las SS (los *SS-Totenköpfe*) se habían encargado de administrar los primeros campos de concentración nazis. Fue en estos campos (*Konzentrationslager*, KZ, aunque la sigla oficial fue la de KL) donde la SS pudo llevar a cabo la triple misión que le

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 214, del 20 al 26 de abril de 1979, p. 11, con el seudónimo de H. J. Renner.

encomendó Hitler como adelantados, como miembros de «la aristocracia nacionalsocialista de la futura Europa», en sus propias palabras; la de reclusión de «los indignos políticos o raciales», la de su explotación al servicio de la gran industria alemana y la de su exterminio final.

Los primeros campos

Los primeros campos de concentración surgieron de manera algo irregular en el mismo momento de la llegada de Hitler al poder, pero gradualmente y en relación directa con los preparativos para la guerra, se llevaron a cabo reagrupaciones que fueron definiendo la geografía concentracionaria del futuro Gran Reich. Así se abrieron en 1934 el de Dachau, en Baviera, en 1937 el de Buchenwald, cerca de Weimar, y en 1938 el de Mauthausen, en Austria. Por aquel entonces el fin declarado de los campos era no tanto el aislamiento de los «elementos nocivos», como el de su «reeducación». Por eso, aunque actualmente nos extrañe, los nazis de la época se mostraban públicamente orgullosos de unos *KL* que consideraban centros modelo, llegando a repartir álbumes de fotografías a los grupos de simpatizantes del extranjero. Pero el «modelo Dachau», como entonces se decía, ya ofrecía una serie de características que no hicieron más que agravarse al transformarse de campos de concentración alemanes en campos de concentración para toda Europa ocupada, de centros de internamiento en centros al servicio de un plan de genocidio sistemático. Pasada la primera ola represiva, que acompañó a la llegada al poder de los nazis, el número de reclusos se estabilizó en 8000 en 1935, distribuidos en siete *KZ*, aumentando bruscamente a 60 000 en 1939, siendo al comienzo de la guerra de unas 25 000 personas.

La organización definitiva

La guerra venía a añadir a los enemigos interiores los extranjeros; la población recluida experimentó un crecimiento repentino que ya no cesó hasta el fin de las hostilidades, a pesar del exterminio sistemático a que se vio sometida. Así, en agosto de 1944 estaban registradas 542 286 personas (de las que 145 119 eran mujeres), en enero de 1945 la cifra había pasado a ser de 714 211; solo medio millón escaso llegarían con vida a la liberación.

Hacían falta naturalmente más campos, no solo en Alemania, sino también en los territorios conquistados, construyéndose los mayores en Polonia. Además de los seis mayores (Dachau, Buchenwald, Flossenbürg, Mauthausen, Ravensbrück, Sachsenhausen) el sistema comprendía un total de 22, a los que había que añadir 165 «campos de trabajo» o «comandos», donde brigadas de prisioneros vivían dependiendo administrativamente del campo central. Así, por ejemplo, solo Buchenwald llegó a contar con casi cien de tales «comandos». Todo el territorio del Gran Reich se cubrió de la tela de araña de los *KZ*, que eran controlados desde una central instalada en Orianienburg Sachsenhausen, desde donde se impartían las directrices y adonde se remitían los informes.

El 2 de enero de 1941, se clasificaron los campos en tres categorías, basándose en el criterio meramente policial de la potencial peligrosidad de los deportados. La peor de ellas, la tercera, destinada a «detenidos con cargos graves y difícilmente recuperables», incluía precisamente a Mauthausen. Pero esta clasificación apenas sí tuvo vigencia, pues la guerra, el aprovechamiento económico de los prisioneros y el plan de exterminio de los judíos, tendió a homogeneizar el sistema concentracionario.

Los campos de concentración se transformaron en lugares donde se encontraban gentes de todas partes de Europa, de todas edades y condiciones; a los resistentes civiles se vinieron a añadir, desde muy pronto, los prisioneros de guerra soviéticos, considerados como «infrahombres», montones de rehenes seleccionados o productos de redadas indiscriminadas e incluso colaboracionistas caídos en desgracia. A raíz del famoso *Nacht-und Nebel Erlass* del 7 de diciembre de 1941, solo en Francia fueron deportados «en la noche y en la niebla» unas 5000 personas, de las que ni una sola quedó con vida.

La organización era similar en todos los *KZ*, e incluso se asemejaba la disposición de los edificios esenciales. Lo elevado de la tasa de mortalidad no representó un problema, hasta que se pensó en la utilización laboral de los prisioneros. A partir de 1942 un general de las SS se encargó de organizar la explotación alquilando una mano de obra que no costaba nada a grandes empresas alemanas, como la IG, Farbel o la Krupp, o poniéndola a disposición de complejos industriales controlados por las mismas SS. Pero en aquel año el sistema concentracionario experimentó su transformación final al abrir sus puertas a la población judía europea, hasta entonces confinada en los guetos.

La «solución final»

Antes de comenzar sus conquistas europeas, los nazis estimaban que la discriminación y humillaciones a que sometían a su población de origen judío favorecía su abandono del territorio alemán. Lo mismo seguían creyendo tras la incorporación de las enormes masas de población judía centroeuropea, que tanto preocupaban a Hitler. Es entonces (1940) cuando nace la idea de deportación masiva a Madagascar. Pero, mientras tanto, se procedía sistemáticamente a su hacinamiento en los antiguos guetos o en guetos improvisados.

Pero a comienzos de 1942 dos discursos de Hitler anunciaron la nueva solución, lo que iba a ser púdicamente llamada «la solución final». El precedente técnico estaba en Rusia, donde las SS habían abandonado por poco prácticos los fusilamientos masivos de «judíos y comunistas» (34 000 improvisados en un solo día en Kiev), para asfixiarlos en cámaras de gas alimentadas por los tubos de escape de los camiones. Con todo, la agonía resulta demasiado larga (constan documentalmente las quejas de las SS por este motivo) y el procedimiento ambulatorio era demasiado artesanal. Al decidirse el exterminio total de los judíos se puso remedio inmediato a todo esto; los químicos alemanes se encargaron de desarrollar el famoso gas «Zyklone b», y las improvisadas cámaras de gas se transformaron en amplias salas de duchas con toda una instalación aneja de hornos crematorios. Al lado de los antiguos campos de concentración así «modernizados», los primeros fueron los de Auschwitz y Maidanek, surgieron campos destinados única y exclusivamente a este asesinato colectivo, como el de Treblinca.

A finales del mismo 1942, algunos *gauleiter* comienzan a quejarse de la merma de mano de obra que suponía la aplicación precipitada de estos nuevos procedimientos, llegándose entonces al sistema que iba a ser definitivo; los judíos sanos trabajarían hasta el agotamiento, el resto sería exterminado a través de selecciones periódicas; los excluidos de ellas por cualquier motivo serían esterilizados o servirían para diversas experiencias médicas. Se puso así en marcha el mayor genocidio de la historia: como es sabido, el total de víctimas se ha estimado en seis millones de personas (Poliakov y B. Mark).

Hacia «la nueva Europa»

Conviene recordar que el sangriento apocalipsis final del régimen concentracionario nazi no constituyó la degeneración de un régimen que habría sido «menos malo» al principio. Era la consecuencia lógica y potenciada por los éxitos bélicos alemanes, de una ideología que se había expresado sin rebozo en el *Mein Kampf*, y que se había maridado desde un comienzo con los intereses del capitalismo monopolista. No fue en un texto confidencial, sino en un discurso público, donde Heinrich Himmler pronunció aquellas famosas frases: «Para el hombre SS, el hombre de la Europa nueva, la única fidelidad es la de su sangre. Los demás pueblos nos interesan en la medida en que nos son necesarios como esclavos para nuestra cultura. Si diez mil mujeres rusas mueren construyendo una trinchera, lo importante es solo que la trinchera se termine». Es verdad que en este discurso, pronunciado en Posen el 4 de octubre de 1943, Himmler concluía diciendo que, por lo demás, no hacían falta más crueldades que las estrictamente necesarias, «nosotros los alemanes somos el único pueblo en el mundo que sabe tratar decentemente a los animales, por eso estoy seguro que también sabremos tratar correctamente a estos animales humanos».

El socialismo alemán, ¿un ejemplo para el PSOE?*

Resulta un poco difícil creer que la ejecutiva del PSOE no supiese lo que se le venía encima con la celebración del XXVIII Congreso del Partido: el espectáculo único en Europa de un congreso que parece refutar todas las sabias teorías sobre la inercia de los aparatos y su capacidad de reproducción. Por eso, resulta más extraña la insistencia en mantener la fecha de la convocatoria tras dos campañas electorales sucesivas, y a pesar de las propuestas de aplazamiento que se recibieron, para permitir un período de preparación adecuado. Desde fuera da la sensación de que se ha querido forzar al partido en caliente, tras la ducha escocesa de las referencias ininterrumpidas al marxismo, de que se ha jugado conscientemente la carta de la fogosidad e inmadurez de una militancia, en parte de aluvión, para facilitar una operación de reajuste al servicio de proyectos a largo o medio plazo.

Con independencia de los reales motivos e intenciones de los protagonistas de la compleja trama del Congreso, a estas alturas está muy clara una cosa: el tratamiento claramente manipulado de personas y opciones en toda la prensa de derechas en sentido amplio del término, es decir, en toda la prensa nacional. De entrada la catalogación se hizo de forma tajante en un diario como *El País*: frente al político de gran talla no había más «retales de oratoria de Blasco Ibáñez», «irresponsabilidad política» y «Marxismo de manual». El plan ético en que Felipe González situó su decisión permitió incluso arrebatos que llegaron al evangélico *Ecce homo* de un periódico local (acompañado, es verdad, de la poca caritativa esperanza de que en el próximo Congreso se «ajusten cuentas»). Hasta *El Socialista*, obligado en principio a cierta imparcialidad, remató

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 221, del 8 al 14 de junio de 1979, pp. 8-9, con el seudónimo de H. J. Renner.

su crónica con un párrafo sorprendente: «… su valor y humildad para reconocer sus errores, que nos permiten considerarle como todo un hombre». Después de todo esto, uno se pregunta qué quedaba para los que no opinaban exactamente como Felipe González. Los interesados, naturalmente, se resistieron a aparecer como los villanos del drama e hicieron declaraciones, declaraciones que la prensa reprodujo parcialmente, pero acompañadas de adjetivos o connotaciones que habrán hecho las delicias de un lingüista: Bustelo habla «nervioso», Castellano «preocupado», Tierno «niega la veracidad de las acusaciones». La televisión dio el tono de toda una semana dedicada a ensalzar a Felipe González, retransmitiendo toda su intervención a pesar de haberse agotado el tiempo dedicado al PSOE. El broche final fue el número de *Cambio 16*, donde José Oneto, tras aportar su contribución a la ridiculización de la izquierda socialista (la sede de la ONU en Baleares, la aniquilación física de la burguesía, etc.), nos habla de un Felipe González, «que no es marxista, que no cree que el marxismo sea la alternativa de su partido». A continuación la crónica del Congreso, que es presentado, ni más ni menos, como «la historia de una conspiración». Con los papeles así repartidos, la mayoría de los lectores de la prensa de este país solo tienen que esperar al último acto, donde el estadista se impondrá a los conspiradores para bien de la democracia.

¿Quién está a su derecha?

Con independencia de que puedan aprovecharse o resultar perjudicados por ella, ni Felipe González ni sus seguidores son directamente responsables de esta puesta en escena. Tampoco debe insistirse mucho en declaraciones irresponsables del secretario general saliente, como las famosas acusaciones de «criptocomunismo», seguramente debidas a los nervios del momento (no solo es la izquierda del partido la que está nerviosa…). Pero hay una frase de Felipe González que merece un comentario, la de «que a mi izquierda no hay nadie». Desde fuera del partido socialista lo que preocupa, por el momento, no es lo que pueda haber a su izquierda, sino lo que se encuentre a su derecha. Pues hay que preguntarse cómo el mantenimiento de la definición marxista en un partido que conserva en su programa fundamental párrafos enteros del *Manifiesto comunista* ha podido producir, contra todas las adver-

tencias previas, algo tan espectacular como la dimisión inesperada de su secretario general. La respuesta a esta pregunta no parece que haya que buscarla en la izquierda, que con bien poco se contentaba, sino en la derecha. Una derecha para la que el marxismo evidentemente no es más que un nombre, no es siquiera un método para el análisis de la realidad, pero un nombre cuya supresión puede servir para facilitar una operación más o menos próxima: el derrocamiento de Adolfo Suárez y la formación de un gobierno UCD-PSOE.

El ejemplo alemán

La relación con Alemania ha sido sugerida nada menos que por Durán Farrell, presidente de la Catalana de Gas entre otros muchos cargos, y uno de los personajes del establecimiento financiero más solicitado por los políticos centristas. En el texto de su discurso, comentado por Campo Vidal hace dos semanas, se decían cosas como las que siguen: «al sugerir estas ideas (como salir de la crisis) no hago más que, en cierto modo, traducir aquí lo que ocurrió en Alemania a fines de la década de los cincuenta», «cuando la justa filosofía asumida por la democracia cristiana (es decir, la economía de mercado) fue materializada por los socialdemócratas, aunque les valió la acusación de estar al servicio del capitalismo». Es sintomático que días después y con independencia de todas estas reflexiones, desde la otra orilla, es decir, desde el mismo partido socialista, López Riaño al comentar el Congreso expusiese sus temores de que tales proyectos pudiesen plasmarse en la realidad: «ahora, creo yo, lo que se está fraguando es un partido para la coalición. Y esto es lo que no se quiere decir, que para coaliciones con la gran derecha el PSOE tiene que dejar de ser lo que es en realidad». En fin, parece que hay seis meses para aclarar la situación y las intenciones. Mientras tanto, y por el momento, sigamos con la idea de Durán Farrell.

El sacrificio de un primer ministro

Como esta idea pasa por la caída de Suárez y la ascensión de un sucesor, que podría ser Fernández Ordóñez, la primera cuestión es la de preguntarse si en Alemania también pasó algo parecido. Y, efectivamente, algo parecido sucedió: la coalición de la derecha con los socialistas pasó por

el sacrificio de un político calificado de «locomotora electoral», pero que a la altura de 1966 había dejado de ser útil. Si Suárez es juzgado complacientemente por su partido como el padre del «milagro político español», el canciller Erhard, el político sacrificado por la derecha en Alemania, lo era en medida todavía mayor del «milagro económico germano». También acababa de rematar satisfactoriamente una campaña electoral, a la manera de Suárez hace poco tiempo, pero también desde el otoño de aquel año no cesaba de acusársele de vacilaciones, falta de dirección e incomparecencia. Para rematar el paralelo, podríamos añadir que no solo se registraban síntomas de degradación económica (aumento del paro), sino que además la extrema derecha hacía su aparición en ayuntamientos y gobiernos regionales con la NDP, causando general alarma en toda Europa. Y no hay que olvidar que algunos puntos constitucionales, como la famosa Ley de Seguridad del Estado, necesitaban del apoyo de los socialdemócratas para ser aprobados. La propia prensa cristianodemócrata comenzó a abandonar al canciller. En 1966 un prestigioso diario advertía irónicamente a sus lectores que todavía existía un canciller en funciones, que no había sido derrotado en el Parlamento y que no había presentado su dimisión, al año escaso de haber triunfado electoralmente incluso con un porcentaje superior al logrado por Adenauer. Dos meses después Erhard había dejado el Gobierno. Quizá no sea tan grande la ingratitud de los centristas como la de sus colegas alemanes con el padre putativo del milagro económico, pero Adolfo Suárez no debería hacerse demasiadas ilusiones sobre su permanencia en el Gobierno, cuando periódicos tan influyentes en ciertos medios como *Informaciones* empiezan a albergar cáusticos comentarios sobre su persona.

Un gobierno de democratacristianos y socialistas

El 10 de noviembre de 1967, los democratacristianos alemanes eligieron como candidato a la cancillería a Kurt Georg Kissinger, el 26 del mismo mes comenzaron las consultas con el SPD, y el uno de diciembre se formaba el nuevo Gobierno: diez democratacristianos y nueve socialistas. Lo sorprendente era el canciller que presidía esta «Gran Coalición», como se llamó, un personaje que tenía un pasado mucho menos democrático que, por ejemplo, un Fernández Ordóñez, y por lo menos tan

fascista como el mismo Suárez: miembro del partido nazi y durante la guerra mundial nada menos que funcionario del Ministerio de Propaganda hitleriano, en 1945 los aliados lo habían internado en el marco de sus medidas de depuración. Los problemas que el pasado del canciller suscitaron en Alemania no vienen ahora a cuento, pero sí en cambio interesa preguntarse cómo los socialistas pudieron llegar a formar gobierno, y en estas condiciones, con un partido que el viejo Schumacher calificaba como el «partido de los monopolios y la reacción».

No fue exactamente una sorpresa

Si la noticia de la formación de la Gran Coalición fue una sorpresa para algunos de los observadores de fuera de Alemania, no puede decirse lo mismo de los que seguían la política en el interior de este país. En 1961 el mismo Adenauer, tras perder la mayoría absoluta, había realizado unos primeros sondeos con la socialdemocracia. Por aquellas mismas fechas, y ante la crisis que supuso el «muro de Berlín», Brandt proponía un «gobierno de unión nacional». Al año siguiente se reanudaron contactos que no tardaron en ser aireados por la prensa de la época. Por último, en 1964, el presidente de la República, el democratacristiano Lübke, era reelegido con el apoyo de los votos socialistas. Para mucha gente había una razón clara para tal apoyo: Lübke era un convencido defensor de la Gran Coalición entre dos partidos que, en su opinión, no presentaban diferencias insalvables. Por parte socialdemócrata se iban abriendo paso otro tipo de argumentos: tras una larga ausencia del poder, que remontaba a la misma República de Weimar, los socialistas se enfrentaban con una Administración plagada de funcionarios conservadores, por eso les convenía comenzar su penetración del aparato estatal contando con la garantía de la derecha, para ir preparándose para el día en que pudiesen asumir solos el gobierno (día que nunca llegó, pues en su momento, como es sabido, tuvieron que compartirlo con los liberales). Es de suponer que, en situación análoga, existan socialistas españoles dispuestos a comulgar con este «realismo político» que entonces defendía Herbert Wehner, el padrino de la gran operación que se puso en marcha a partir de los sesenta. Pero, naturalmente, hay que preguntarse qué clase de partido socialista era el SPD entonces, no solo para ser aceptado como compa-

ñero de viaje por la derecha alemana, sino también para ser arrastrado a tal aventura sin demasiadas violencias. Y para esto hay que hacer algo de historia.

El fin de las ilusiones

Al comienzo, en los años cuarenta, los socialistas alemanes albergaban, primero en el exilio y después en su patria, casi tantas ilusiones como la izquierda española cuando soñaba con la ruptura. La principal de ellas consistía en el convencimiento de que iba a ser imposible el restablecimiento de una economía capitalista que pudiese funcionar bien en la Alemania devastada por la guerra. Partiendo de esta perspectiva, se mantenía el viejo programa de socializaciones, en la confianza de que tarde o temprano, más bien temprano, el pueblo alemán les otorgaría su confianza. Así, en 1946, en el primer Congreso de Hannover, el Dr. Agartz, representante del ala marxista, más tarde excluido del partido, obtiene la práctica unanimidad al defender el programa de socialización de los principales medios de producción y el carácter de clase del partido. Pero tales esperanzas catastrofistas comenzaron a perder consistencia a partir de la breve crisis de fines de 1948, que dio paso a la recuperación ininterrumpida de la economía de mercado con la ayuda americana, comenzaba el «milagro económico». Desde muy pronto hubo gente que comenzó a sacar sus consecuencias.

El viejo partido

En muchos aspectos el primer SPD parecía la continuación del viejo partido socialista, y se preciaba de serlo. La imagen de este primer SPD de la posguerra se ha centrado sobre todo en la figura de su primer secretario, Kurt Schumacher, antiguo internado en campos de concentración, implacable adversario de la restauración capitalista, el hombre que dio al partido una estructura centralizada y compacta, limitando al máximo las concesiones a las autonomías locales o federales. Pero la inevitable tesis doctoral alemana (H. Köser) ha venido a recordarnos que, por lo menos desde 1948, comenzaron las discusiones sobre programas y políticas del partido, discusiones que no cesarían hasta Bad-Godesberg, diez años después. Las primeras exigencias de un programa que

fuese vinculante para un hipotético gobierno socialista surgieron de la izquierda, que contemplaba con inquietud las tendencias pactistas y reformistas de los políticos socialistas diputados en el Bundestag o en los Parlamentos de los diferentes Estados federales que componían la República alemana. Y no les faltaba razón, pues de sus filas saldrán los hombres que promoverán o aplicarán el programa de Bad-Godesberg: Brandt (Berlín), Schmidt (Hamburgo), Kaisen (Bremen), etc. En el año en que falleció Schumacher, el aparato de funcionarios del partido y los socialistas marxistas eran todavía lo suficientemente fuertes como para lograr que el *Aktionsprogramm* del Congreso de Dortmund (1952) no supusiese en absoluto una abdicación del viejo programa de Heidelberg de 1925, confirmación a su vez en lo esencial del venerable programa de Erfurt de 1891.

El camino a Bad-Godesberg

La desaparición de Schumacher dejó al partido en una situación de orfandad, con el indeciso Ollenhauer, incapaz de hacer frente a los repetidos desastres electorales, situación que propició la ofensiva de la fracción parlamentaria y de los políticos locales contra los funcionarios tradicionales y los marxistas. Desde 1955 diversas comisiones se encargan de estudiar la actualización de los programas del partido, y en las intervenciones de Deist, Eichler o Schiller se irán definiendo los contenidos de Bad-Godesberg. Aquel último será precisamente el ministro de Economía de la Gran Coalición, llevando hasta tal punto su entusiasmo por la economía de mercado, que terminará abandonando el partido socialista e ingresando en la democracia cristiana. De esta manera, no es de extrañar que en las decisiones finales de los Congresos que se realizan entre 1952 y 1959 se vaya registrando un abandono de toda referencia a las prioridades marxistas, para centrarse casi exclusivamente en la defensa de una política de pleno empleo en el marco de una inevitablemente próspera economía de mercado. De esta manera, en el Congreso ordinario de Stuttgart de 1958 se redactó ya el texto que había de servir de base para el Congreso extraordinario del año siguiente en Bad-Godesberg. Pero como los alemanes hacen las cosas bien y evidentemente no querían llevarse sorpresas como sus colegas españoles, antes de cerrar el Congreso se preocuparon de reformar los

estatutos del partido, neutralizando preventivamente a la burocracia del SPD en Bonn, la llamada «barraca». Aunque tampoco hay que olvidar que, en el XXVIII Congreso del PSOE, la única comisión que parece fue visitada por miembros de la ejecutiva con una mentalidad distinta a la de «lo toma o lo deja» fue precisamente la de Estatutos, por algo será.

El nuevo programa

El carácter del programa aprobado en el Congreso extraordinario de Bad-Godesberg de 1959 se patentiza tan solo con leer sus primeras líneas. Al revés de todos los programas socialistas, el punto de partida no lo constituye un análisis marxista de la sociedad sino una patética enumeración de los «valores fundamentales». El socialismo no es tanto resultado de las contradicciones mismas del capitalismo, con carácter de clase, sino postulado de una decisión ética individual. El centro del razonamiento no lo ocupa ni el obrero, ni el trabajador, sino el hombre y su personalidad, en una perfecta regresión al siglo XVIII. Las raíces de este nuevo socialismo están integradas por «la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica», el marxismo no merece ni el detalle de una referencia genealógica. De aquí puede darse un salto a la otra parte innovadora, aquella donde bajo el epígrafe de «Orden social y económico» se encuentra la definitiva aceptación de la competencia y de la economía de mercado. Hace veinte años todo esto fue lo que llamó más la atención, el abandono vergonzante del marxismo ideológico y de la lucha de clases, la renuncia a cualquier definición de socialismo (su sustitución por un liberalismo social, como dijo Pirker), la amplitud de las concesiones hechas al liberalismo económico. Solo en los años setenta, cuando una nueva izquierda comenzó a afirmarse en el seno del SPD, comenzó a advertirse que en el programa había algo más, que podía intentarse una reinterpretación «marxista» apoyándose en los puntos donde se habla circunstanciadamente de «propiedad común» (*Gemeineigentum*) para ciertos casos, o donde se preconiza el control de las inversiones y la cogestión. Aunque políticamente legítima, no hay duda de que esta es una interpretación que violenta el espíritu de todo el texto. Y de hecho la izquierda en 1959 y los años siguientes vio en el programa lo que realmente habían querido sus redactores: el abandono de la tradición marxista y socialista del SPD.

¿Dos cronologías distintas?

Tal como se ha visto, los socialistas alemanes pudieron empezar antes y tomarse más tiempo para llevar a cabo la reforma de sus programas. De esta manera, al revés que el PSOE, celebraron su centenario en 1963 con la tranquilidad de ánimo que les daba haber dejado atrás los momentos más críticos. Pero la cronología posterior a Bad-Godesberg se presta a reflexiones inquietantes para los que esperen frutos inmediatos de un reajuste programático del Partido Socialista Obrero Español. Todavía dos años después de su Congreso extraordinario, el SPD no lograba imponerse electoralmente a Adenauer. En 1965 en cierta manera fue peor. Un grupo integrado por Brandt, que una vez muerto Ollenhauer era la autoridad máxima en el partido, Schiller, Schmidt y Wehner estableció el llamado programa Karlsruhe, que llegaba al máximo de concesiones en el esfuerzo por atraerse al electorado, reiteración de fidelidad a la Alianza atlántica, a la economía de mercado, rechazo enfático de marxismo y de la lucha de clases. A pesar de ello, las elecciones fueron de nuevo un fracaso, teniendo en cuenta el triunfalismo que reinaba en las filas del partido, Erhard llegó incluso a mejorar el porcentaje obtenido por Adenauer en 1961. Hoy sabemos que el canciller democratacristiano iba a ser de corta vida y que a la vuelta de unos meses se encontraba la Gran Coalición. Pero, en aquel entonces, Brandt se vio sometido a duras críticas en el Congreso de Dortmund (1966), donde la izquierda levantó cabeza y, aunque respetando su persona, criticó la escasa rentabilidad política de todas las concesiones hechas por el partido. Por fin llegó noviembre de 1967, y después octubre de 1969, la jefatura de Gobierno, en manos socialistas, aunque compartida con los liberales. Habían pasado cuatro años desde Bad-Godesberg, con todo, el partido había realizado su travesía del desierto hasta llegar a la tierra prometida del poder sin demasiadas mermas. ¿Podrá decir el PSOE lo mismo en caso de tener que enfrentarse con parecida cronología?

Las principales diferencias

Pero, evidentemente, las diferencias principales no estriban en cuestiones de cronología. Como es obvio, existe en primer lugar el contraste entre la prosperidad de la Alemania de los años cincuenta y sesenta y la crisis que atraviesa la economía española. Por lo que hace a la estruc-

tura de los dos países, la renuncia a las nacionalizaciones en nuestro país, con un sector público raquítico y con servicios públicos esenciales a merced del beneficio privado, no sería solo una herejía doctrinal, sino un acto de irracionalidad económica, mientras que en Alemania la situación era muy distinta. Y, después, los riesgos políticos para el socialismo. La operación en Alemania se llevó a cabo sin excesivo peligro por la falta de una opción aceptable a la izquierda del SPD. La oposición se vio obligada a agruparse en torno a semanarios (*Die Andere Zeitung*, por ejemplo) o cátedras universitarias (la de Abendroth, en Marburgo), nada para inquietar al aparato del partido. En algún momento los sindicatos ofrecieron asilo a los marxistas (el caso ejemplar es el del Dr. Agartz), pudiéndose observar el caso único hasta entonces de unas organizaciones sindicales situadas más a la izquierda que el partido. Algo parecido podría producirse aquí, aunque no sea más que por voluntad de supervivencia de la UGT que, al igual que su partido, también tiene competencia por su izquierda. Todas estas cosas permiten creer que la operación Bad-Godesberg, caso de realizarse en España, se hará con mucha más moderación y tacto de lo que sucedió en Alemania. O, por lo menos, eso sería lo más lógico.

Pietro Nenni y la guerra civil española*

El primer día del año nos trajo la noticia de la muerte de Pietro Nenni, a los 88 años de edad. La prensa no ha dejado de recalcar, además de su importante papel en la política italiana, su participación activa en la guerra civil española como combatiente de las Brigadas Internacionales. Pietro Nenni intervino mucho en el frente de Aragón. En su testimonio de aquellos días una y otra vez, «en un cielo de estructura violácea», evoca la silueta tan cercana de la capital aragonesa: «cuando el viento despeja las nubes, dispersando también el polvo, el horizonte se aclara y vemos, a unos diez o quince kilómetros, la silueta maciza de Zaragoza, sus iglesias, sus campanarios y sus torres». Se trata de textos escritos para el *Almanacco socialista*, editado por los italianos exiliados, o para el *Nuovo Avanti*, el órgano del PSI en Francia. A través de ellos, y de sus intervenciones públicas en los congresos de la Segunda Internacional, Nenni se esforzó por aclarar a la Europa democrática lo que estaba sucediendo en España.

Franco, el Kornilov español

Desde el comienzo, Nenni, como todos los demócratas europeos, vio en la guerra de España un episodio más de la lucha contra el fascismo, lucha que hasta entonces solo había cosechado derrotas en Italia y Alemania. En agosto del 36 declara que «la España popular ha cumplido con su deber, la democracia y el proletariado del mundo entero están obligados a defenderla contra los atentados del fascismo internacional». Hay que evitar a toda costa el apoyo a los rebeldes, «el tiempo trabaja

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 252, del 11 al 17 de enero de 1980, p. 4, con el seudónimo de H. J. Renner.

en favor de la República». Durante estos años de lucha antifascista la imaginería de la Revolución rusa volvía a ser utilizada por el socialismo europeo (Largo Caballero, el «Lenin español», por ejemplo). Por eso, Nenni, para dar un paso más en su argumentación, recurre a Kornilov, el general reaccionario que con su insurrección en septiembre de 1917 contra el régimen de Kerensky solo logró facilitar la conquista del poder por los bolcheviques: «Desde un punto de vista general, no hay duda de que el traidor Franco es el Kornilov español, esto acelerará el ritmo de la revolución democrática y empujará a España por el camino de la revolución proletaria y socialista».

Lo primero, ganar la guerra

Pero ya al año siguiente Nenni envía desde España un testimonio más ajustado a la realidad. «La España popular lucha por la República democrática», una República «que deberá integrar también a los confines del Frente Popular, que van hasta la pequeña y mediana burguesía, hasta los pequeños propietarios agrarios, hasta los pequeños y medianos comerciantes». Condenando las improvisaciones revolucionarias o las iniciativas locales e individuales, Nenni dirá a finales de 1937 que hay que impedir que el esfuerzo de la guerra «naufrague en el particularismo y en el regionalismo, en toda una serie de desgraciadas experiencias localistas».

La unidad de socialistas y comunistas

Y la clave de una justa política republicana radica en la unidad de los socialistas y los comunistas. En este tema Nenni es de una gran claridad y consecuencia. Merece reproducirse su declaración al *Nuovo Avanti* el 18 de septiembre, durante una breve estancia en Francia. «La fuerza animadora de la guerra y la revolución –entendida en un sentido concreto y no declamatorio– está representada por el bloque de las fuerzas marxistas, los socialistas y los comunistas. Los anarquistas han cometido muchos errores, que están pagando a duro precio, pero al menos en ciertos sectores están dando pruebas de responsabilidad. Lo grave es que el partido socialista está dividido. El ala izquierda, capitaneada por Largo Caballero, está pasando del plano de una resistencia legítima y

natural a la llamada "bolchevización", al plano de la oposición a la política de la unidad de acción. Por despecho, o por desesperación, esboza una política basada en el acuerdo con solo los anarquistas que no se ve adónde pueda conducir. Tengo una gran amistad y mucha admiración por Largo Caballero, podía haber sido realmente el jefe indiscutible de la revolución española. Los comunistas han sido injustos con él y con su obra. Pero no se tiene razón contra el partido, no se tiene razón contra la unidad».

¡O popolo d'Europa, aiuta, aiuta!

Pero las condiciones de la victoria para Nenni también se encuentran en el exterior, en una efectiva ayuda a la República para compensar todo el apoyo que las potencias fascistas conceden a los militares sublevados. Nenni no se cansa durante todos estos años de insistir en las auténticas dimensiones de lo que se decide en la contienda peninsular: «No es una democracia lo que está en juego, es la democracia. No se decide la paz de España, sino la paz de Europa; tu paz, pueblo de Francia; tu paz, pueblo de Inglaterra; vuestra paz, pueblo soviético; tu paz, pueblo de Italia... ¡Oh!, Europa, ayuda, ayuda!».

«Donde triunfa el fascismo, corre la sangre»

Los últimos escritos desde España son de una trágica lucidez. Frente a las ilusiones y traiciones de los conjurados en torno al coronel Casado en Madrid, Nenni, que conoce la verdadera naturaleza del fascismo, anuncia la sangrienta represión que va a seguir: *Dove el fascismo passerá, el sangue colerá a fiotti*. De ahí su admiración por la figura de Negrín y sus esfuerzos finales. Y una vez la guerra perdida, y en todos los largos años siguientes de fusilamientos y cárceles, hasta el ayer tan próximo todavía de la muerte del dictador, Nenni no se cansó de calificar al régimen franquista de heredero del fascismo y fruto de la serie de inhibiciones y complicidades internacionales que lo hicieron posible.

Alfonso XIII.
El segundo jefe de Estado que vuelve*

Alfonso XIII es el segundo jefe de Estado que vuelve para ser sepultado en tierra española. El primero fue don Niceto Alcalá Zamora, presidente de la Segunda República. El contraste entre lo que ha sucedido en las dos ocasiones es motivo de escándalo para cualquier ciudadano que no comparta la idea mezquina y partidista de la historia de este país que tiene, por lo menos, el partido que está en el Gobierno.

La televisión y la prensa nos han informado más que suficientemente de todo el protocolo monárquico que ha acompañado al justificadísimo regreso del rey de la casa de Borbón. Muchos se habrían contentado, en cambio, con una mínima evocación oficial de la alta dignidad republicana que ostentó Alcalá Zamora. Pero no fue así. Todo lo contrario. El regreso del primer presidente de la Segunda República española, un régimen que fue víctima de una sublevación militar, se impuso como un acto casi clandestino. Hasta la familia tuvo que salir en la prensa al encuentro de las falsedades de los portavoces gubernamentales, que la hacían responsable del carácter exclusivamente privado que se dio a su sepelio. En cambio, el regreso del último rey Borbón, derrocado en virtud de una consulta popular y que no hizo más que cumplir con su deber al abandonar el país, se ha escenificado incluso a través del puerto de Cartagena, por el que abandonó el país en 1931.

Parece que quiere sugerirse que todo esto es natural, ya que la Monarquía, por no haber constituido formalmente parte contendiente en la guerra fratricida, está al margen de las polémicas del pasado próximo. Mientras que Alcalá Zamora habría sido, al fin y al cabo, presidente

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 255, del 1 al 7 de febrero de 1980, p. 3, con el seudónimo de H. J. Renner.

de un régimen que encarnó uno de los dos bandos combatientes. Pero nada es más falso. Incluso la prensa de estos días no se ha recatado en recordar que don Alfonso XIII se manifestó partidario del régimen de Burgos, lo que facilitó mucho el valioso apoyo que los monárquicos dieron a Franco durante la Guerra Civil. Conocido de todos es, también, el ofrecimiento de su hijo don Juan, padre del actual monarca, para combatir en las filas franquistas contra la República. Y cualquiera que haya seguido los complicados avatares de la resistencia al régimen en los años de la posguerra, podía hablar mucho sobre la postura, cuando menos ambigua, del entonces jefe de la Casa Real española.

Está muy bien que España recupere a sus muertos, muertos que además son su historia, la historia de todos. Pero resulta intolerable una discriminación de tal magnitud entre los cadáveres de dos jefes de Estado. Los dos habitaron el mismo edificio de la plaza de Oriente, uno como «Rey constitucional de España por la Gracia de Dios», y el otro como «Presidente de la República, Jefe de Estado y personificación de la Nación». Los dos tienen derecho a nuestro respeto en el momento de su regreso a España, los dos forman parte igualmente de una historia que hay que asumir y estudiar críticamente. Pero lo menos que puede pedirse a un Gobierno, que en estas cuestiones afirma representar a todos los españoles, es un mínimo de coherencia y delicadeza. Aunque no sea más que por agradecimiento a los miles de republicanos que, por razón de Estado, asistieron con su consenso a la operación de restauración monárquica.

Josip Broz «Tito». La larga marcha hacia la revolución*

La grave enfermedad de Tito cobra nuevas dimensiones al producirse en un marco de Guerra Fría amenazante, que recuerda los años cuarenta, años en los que el dirigente yugoslavo se veía condenado por la inapelable autoridad del Kominform estalinista. Tiempo habrá de dedicar algún artículo a su legado político y a los problemas de la sucesión: aquí trataremos de la parcela biográfica menos divulgada de Josip Broz, la de los años de su formación anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Cuando Tito comienza su servicio militar a los 21 años en el ejército austríaco, en 1913, ya disponía de cierta experiencia política como sindicalista y miembro del partido socialdemócrata croata. Además, había ampliado sus horizontes durante la tradicional busca de trabajo de los eslavos a través de Europa central, llegando hasta el Rhur, donde permaneció algún tiempo. Prisionero de los rusos durante la Primera Guerra Mundial, como muchos miles de sus compatriotas prestó ayuda a la revolución bolchevique lo mismo pudo. Pero fue el propio Tito quien desmintió la serie de leyendas que se formaron sobre esta época de su vida: «Se ha escrito que tuve un importante papel en la Revolución de Octubre y antes en las jornadas de julio de 1917, en la guerra civil contra los blancos. Desgraciadamente, no es exacto. Serví varios meses en la Guardia Roja, pero, a pesar de pedir varias veces que me enviasen al frente, nunca lo conseguí». En 1920, año en que regresa a su país. Tito formaba parte de la mayor organización de comunistas eslavos no rusos, en la ciudad de Tomsk, en Siberia.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 255, del 1 al 7 de febrero de 1980, p. 4, con el seudónimo de H. J. Renner.

Nace el partido comunista yugoeslavo

Al hundirse al final de la Primera Guerra Mundial la vieja monarquía austrohúngara, denostada como «cárcel de naciones», se formó el «Reino de serbios, croatas y eslovenos», que unos diez años más tarde sería rebautizado como Reino de Yugoslavia. Pero, en vez del viejo proyecto de una libre federación de pueblos autónomos, se trataba de un Estado centralizado y dominado por la burguesía serbia y su ejército. Para hacer frente a la nueva situación, a fines del mes de abril de 1919 se celebró un Congreso de los distintos partidos socialdemócratas de las nacionalidades. En el ambiente de esperanzas revolucionarias que reinaba en el sureste europeo (es el año de las tan próximas repúblicas revolucionarias de Hungría y Baviera y de la inquietud consejil en la antigua capital del Imperio, Viena) se impuso la izquierda. Se fundó entonces el «Socijalisticka radnicka partija Jugoslavije (Komunisti)», el Partido Comunista yugoeslavo, que a continuación se adhirió a la Tercera Internacional. Al año siguiente llegaba a Zagreb, la capital de Croacia, «Josip Broz, un obrero que solía tocarse con un gorro de astracán en el que todavía se veía la huella de la estrella roja de cinco puntas que había llevado en Rusia» (Deidjer). Tito se destaca desde muy pronto por su gran capacidad organizativa en el partido, que, por otra parte, tuvo que pasar a la clandestinidad casi recién fundado.

Los años de cárcel

Detenido en 1928, tras un sonado proceso, «el proceso de las bombas», Tito es condenado a cinco años de cárcel. Este forzado apartamiento de la vida activa contribuiría a su formación teórica, en la cárcel intimará, entre otros, con Mosa Pijade, que había comenzado allí a traducir *El Capital* de Marx al serbocroata. Le salva también de responsabilidades por la suicida trayectoria del partido comunista estos años. Frente al golpe de Estado «monárquico-fascista», así fue entonces calificado, del rey Alejandro, el partido, siguiendo mecánicamente consignas del Komintern, no se le ocurre otra salida que predicar la insurrección armada, lo que, de fracaso en fracaso, le lleva a la práctica desaparición como un todo organizado. Así, cuando Tito en 1932 recobra la libertad, se encuentra con un Comité Central exiliado en Viena y totalmente desconectado del interior, y un número de militantes mínimo y disperso.

Será precisamente Tito el que en sucesivos viajes logre restablecer la comunicación entre Viena y el interior, viendo reconocida su labor con un puesto en el Comité Central y en el Politburó.

Tito, funcionario de la Internacional

Tras la represión desencadenada por el asesinato del rey Alejandro en Marsella en 1934, Tito recibe la orden de ponerse a salvo en Moscú, donde será nombrado funcionario de la Internacional y encargado, entre otras cosas, de la sección balcánica. Era la época de los primeros procesos de la era Stalin. Para algunos autores Tito mantendría desde el principio cierta ambigüedad en el enrarecido ambiente moscovita. «Tito es el modelo clásico de un opositor en el Komintern estaliniano, dice una autoridad en la materia como Ruth Fischer, hacia afuera respeta todas las reglas y todas las fórmulas, pero secretamente espera su momento y prepara el triunfo de su propia causa utilizando métodos adaptados al medio totalitario en que se mueve». Pero aquí, como también quizá suceda tratándose del «titoísmo» o «vía yugoeslava al socialismo», resulta difícil demostrar la existencia de proyectos que solo esperarían circunstancias favorables para manifestarse. Todo parece indicar que sucede al revés, las circunstancias irán progresivamente haciendo de Tito lo que al final será. Aparentemente, nada supone una actitud de oposición en «Walter», su nombre de combate, durante la estancia en Moscú. El mismo Tito ha expresado muy bien su ánimo de aquellos días: «En las horas más difíciles y en las noches más horrorosas de torturas y palizas, en los días de mortal aislamiento en celdas y calabozos, nos mantenía la fe de que estos sufrimientos no eran vanos, porque existía un poderoso país, aunque muy lejano, en el que nuestros ideales se estaban realizando. Con qué alegría, al abandonar la cárcel en Yugoeslavia, había de nuevo vuelto a oír por la radio las campanadas de media noche del Kremlin y las sonoras notas de la Internacional. Y no era yo el único que pensaba así, miles de camaradas sentían lo mismo». Esta fidelidad a la Internacional y a Rusia, únicos apoyos en una Europa central batida por los fascismos y las dictaduras, es la que explica cómo Tito soporta las desconsideraciones frente a su partido (al que por un momento se pensó en disolver, como había de suceder con el coreano y el polaco) y su negativa a exteriorizar cualquier crítica de las circunstancias soviéticas. El hombre del Komintern en el PCJ, el secretario general Gorkic,

recomienda que se le trate bien, «aunque quizá al principio no sea tan hábil como los intelectuales que llevan tiempo ahí, conoce al partido muy bien y tras un periodo de formación, de seis a ocho meses, podrá ser reintegrado y ocupar funciones directivas en el seno del Comité Central». Y, efectivamente, a su vuelta a Viena, y después en París, a donde Tito va a recibir una importante misión: la de organizar la marcha de los voluntarios yugoeslavos a la guerra de España.

Su primer artículo de internacional: España

Todavía en Viena Tito escribirá un artículo titulado «Contra el bloqueo de España». Es el primer documento en que Tito manifiesta sus opiniones sobre una cuestión de política internacional. «Italia y Alemania, dice su texto, presionan sobre los Estados pacíficos, diciéndoles que cualquier resistencia eficaz a su agresión puede provocar la guerra. El pueblo español lucha heroicamente contra sus opresores, pero España además se ha transformado en el campo de batalla entre las fuerzas progresivas y reaccionarias de todo el mundo. El pueblo español tiene derecho a algo más que declaraciones platónicas de solidaridad. Todos los miembros de la Sociedad de Naciones están obligados a apoyar al Gobierno legal republicano y no a permanecer neutrales». Era el mismo lenguaje que encontramos en Pietro Nenni, que encontramos en toda la izquierda europea consecuente de aquellos años.

El papel de la guerra de España

La tarea encomendada a Tito suponía algo más que el reagrupamiento de los voluntarios en lugares seguros de Francia o Suiza, y su envío a la España republicana. Incluía también la organización clandestina de su reclutamiento en el mismo interior de Yugoeslavia, lo que solo podía realizarse a costa de romper los esquemas sectarios que se habían ido imponiendo en la dura clandestinidad. La guerra de España ayudó así al triunfo de una versión del Frente Popular propugnado por la Internacional sobre la más amplia base. Un testigo poco sospechoso de parcialidad favorable, como Milovan Djilas, recuerda aquellos días diciendo que «los consejos de Tito eran algo nuevo para los comunistas yugoeslavos que habían logrado sobrevivir a la ola de detenciones

del invierno de 1936. Nos dijo que había que ampliar el reclutamiento en fábricas, talleres y centros de enseñanza, sin seguir limitándonos a reducidos grupos de gente conocida». Pero la guerra de España facilitó además la reorganización del partido en otro sentido: muchos enemigos potenciales de la nueva política está demostrado que partieron en las Brigadas Internacionales, mientras que la red de contactos creada por el reclutamiento vivificó las organizaciones existentes y ayudó a crear otras nuevas. Y al final, aunque fueron pocos los que regresaron, su experiencia militar y política será decisiva en la lucha posterior contra los ejércitos de ocupación alemanes. Por último, Tito simultaneó su trabajo de reclutamiento con algo tan importante como la nueva política de nacionalidades dentro del Frente Popular, y así aparecen como los primeros en el seno del PCJ los partidos comunistas de Eslovaquia y Croacia.

En cierta manera, la guerra de España también se encuentra en las circunstancias que van a permitir a Tito llegar al cargo de secretario general de su partido. Efectivamente, como la masa de voluntarios tardaba mucho en llegar a la Península por vía terrestre, el entonces secretario general Gorkic se encargó, sin decir nada a Tito, de fletar un barco que debía recoger a varios cientos de ellos en la costa montenegrina. La operación fracasó, y aunque la Internacional hizo responsables tanto a Gorkic como a Tito, será aquél el que pague las consecuencias, siendo eliminado en Moscú en el verano de 1937. Al año siguiente Tito, que se había visto obligado a constituir una dirección provisional en el interior del país, es nombrado en Moscú secretario general.

¿Combatió Tito en España?

Los que afirman que Tito estuvo de combatiente en España la atribuyen con el nombre de «Tomanek» la comandancia de la primera compañía de la Brigada Mimitrov, cargo que dejaría en mayo de 1937. Incluso hay personas, y alguna en Aragón, que afirman haberle visto o albergado en su casa. Pero todas las informaciones son confusas y hasta contradictorias. No puede decirse que Tito haya contribuido a aclarar la cuestión, pues tras años de silencio, se limitó en cierta ocasión a decir lo siguiente: «Durante la guerra de España fui diversas veces a París para acelerar los trámites referentes al desplazamiento de nuestros voluntarios heridos. Trabajamos de acuerdo con la Embajada española. En contra de lo

que se ha dicho, yo no he luchado nunca en España, solo hice una breve estancia, pasando un día en Madrid».

Tito, internacionalista disciplinado hasta el final

Tampoco en los meses decisivos de 1941, cuando el Eje ataca a Yugoeslavia, hay señales de independencia en Tito. Al revés. Contra la opinión del Comité Central de su partido, decidido a pasar a la lucha armada en el mes de mayo, logra aplazar la decisión hasta el 1 de julio. En esta fecha se recibe el ansiado telegrama de Moscú, donde se da la consigna de la lucha de guerrillas. En la mañana del 7 de julio comienza oficialmente la lucha con el asalto a la gendarmería de Belsa Crkva, en Serbia. Todos los participantes eran antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales en España.

Tras la muerte de Tito*

La desaparición de Tito se ha considerado desde siempre como la prueba de fuego de la solidez del Estado que él mismo había creado. Pero pocas personas se imaginaban que esta desaparición se iba a producir en unas circunstancias internacionales tan críticas, añadiendo todavía más dramatismo al momento.

Los analistas políticos de inspiración catastrofista han comenzado ya a montar «escenarios», a la manera anglosajona, para visualizar lo que puede ocurrir. Todos tienen en común dos puntos, la aparición de una guerra civil más o menos encubierta y una intervención soviética, también más o menos encubierta, en favor de una de las dos partes. No debe creerse que esto se deba solo a la influencia de lo que ha pasado en Afganistán, pues, sin necesidad de comulgar con estas conclusiones, hay que reconocer que en Yugoeslavia existen problemas y graves problemas que, lógicamente, se avivarán tras la muerte de Tito.

Yugoeslavia no es Afganistán

En esto hasta los rusos parecen estar de acuerdo; una intervención tan directa y burda como la realizada en Afganistán no significaría en este caso un agravamiento de la Guerra Fría, significaría sencillamente el comienzo de una guerra real y verdadera, seguramente el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

Pero Yugoeslavia no es Afganistán también en otro sentido, en el de que ya no es la Yugoeslavia de 1941. La tan traída y llevada moviliza-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 260, del 7 al 13 de marzo de 1980, p. 4, con el seudónimo de H. J. Renner.

ción popular contra el potencial invasor resultaría de muy problemática eficacia hoy en día. Las zonas industriales que desde entonces se han desarrollado se encuentran prácticamente inermes, mal protegidas por un ejército con un armamento anticuado e incompleto. Y las zonas montañosas, el corazón de la guerrilla en los años cuarenta, han sufrido la sangría del millón y medio de emigrantes que han marchado a trabajar a Alemania y Francia. Por último, el plan de defensa territorial depende de los ayuntamientos, que debido a los déficits acumulados en gran parte de las regiones no han podido hacer frente a las necesidades de equipamiento militar de los vecinos. En algunos, ni siquiera se cuenta con municiones para comenzar una mínima resistencia. Teóricamente la mitad de la población, unos diez millones, se encuadraría en la defensa nacional, los cálculos más realistas estiman que en el mejor de los casos se trataría solo de un millón escaso.

Los problemas de un modelo

Pero claro está que la supervivencia del régimen yugoeslavo, solo en un caso límite muy improbable va a depender de una problemática repetición de la heroica campaña guerrillera contra la invasión alemana. Esto lo saben los mismos yugoeslavos, que recientemente hasta se han negado a aumentar su presupuesto de defensa. Pues el primer problema de la sucesión lo constituye el régimen mismo, el famoso modelo yugoeslavo de socialismo.

Realmente, en 1948 nadie podía pensar que esta nación estaba llamada a encarnar una solución alternativa al socialismo estatalista de la Unión Soviética. Todo parece indicar que fue la necesidad de legitimización ideológica durante el conflicto con Stalin, lo que dio ocasión para que un grupo de teóricos (especialmente el viejo amigo de Tito, Kardejl, recientemente fallecido) reactivasen viejas tradiciones anticentralistas y sindicalistas del movimiento obrero europeo. Tradiciones que la experiencia demuestra que responden siempre a los deseos espontáneos de las masas trabajadoras llegadas a la vida política, y que aquí, además, se sumaban a la instintiva democracia directa de un pueblo de campesinos como era el yugoeslavo.

Así, comenzando por los «consejos obreros» al frente de cada fábrica, el socialismo autogestionario terminó consagrando tan solo la plani-

ficación marco, mientras que las decisiones concretas de inversión, producción y, dentro de ciertos límites, precios correspondían a los consejos democráticamente elegidos en las fábricas. Se llegó a hablar en serio de la progresiva desaparición del Estado y hasta del partido como tal.

Hay que reconocer que, a pesar de embargos y bloqueos, contando, es cierto, con ayuda exterior de Occidente, el pequeño Estado balcánico llegó, por ejemplo, a multiplicar por 25 su producto social bruto entre 1960 y 1977, mientras que en el ránking de las 500 mayores empresas europeas figuran actualmente 17 yugoeslavas. Pero estas cifras no deben esconder los problemas. Aparte de otras cosas, hay una gran diferencia entre una fábrica del norte del país y la realidad de las zonas meridionales. En la primera puede darse una auténtica autogestión, que en el peor de los casos incurre en el egoísmo que produjo las escaseces del pasado invierno; en la segunda, una clase obrera inexperimentada es manejada por un director, que realmente es un patrono. Por último, no hay que olvidar que un sistema que todavía no está acabado (pensemos en el tema de los créditos o de las desigualdades regionales, en el grave problema del egoísmo de las empresas) acusa cada vez más la influencia de la crisis que viene de Occidente, tal como se refleja en las cifras de inflación y el aumento del paro. Y precisamente en el momento en que Tito desaparece.

Cinco pueblos, tres religiones y un solo ejército

Todavía hace poco más de medio siglo se enfrentaban hostilmente, en lo que hoy es Yugoeslavia, los cinco pueblos que la forman, en unión de una multitud de minorías nacionales, los croatas, los eslovenos, los serbios, los macedonios y los montenegrinos, pertenecientes además a tres religiones distintas: la católica, la ortodoxa y la islámica. Hay muchos indicios que muestran que el largo gobierno del mariscal Tito no ha logrado borrar esta realidad de fondo. De ahí la obsesión por respetar el equilibrio entre los distintos orígenes nacionales de los miembros de la dirección colectiva del Estado y el principio de la rotación de los cargos, obsesión que los mismos yugoeslavos reconocen ha repercutido negativamente sobre la calidad de las personas.

Es significativo, en cambio, que tal preocupación no se registre en una institución tan importante, dada la situación de Yugoeslavia,

como es el Ejército. La mayoría de la oficialidad sigue siendo, como en los viejos tiempos, serbia o montenegrina y desde las purgas del partido comunista croata no hay un solo general de esta nacionalidad en el Consejo Nacional de Defensa. Para muchos serbios y montenegrinos, el enemigo principal del régimen no se encuentra fuera de las fronteras, sino dentro, en Croacia, tradicionalmente católica y orientada hacia el Occidente, mientras que los serbios han sido desde siempre rusófilos y ortodoxos. En una encuesta, publicada hace algunos años por un diario americano, una serie de altos militares yugoeslavos se mostraban más preocupados por las tendencias centrífugas de las nacionalidades que por cualquier amenaza externa.

Que Tito también ha pensado en el Ejército como factor compensador de posibles fenómenos de dispersión, puede demostrarlo el elevado número de generales que figuran en las instancias de gobierno (23, por ejemplo, en el comité ejecutivo de la Liga de Comunistas y cinco en el mismo Gobierno). Solo un ministro ha conservado su cartera durante doce años hasta la actualidad, el de Defensa, el general Ljubicic, mientras que sigue siendo otro militar el secretario general del presidium que se encuentra al frente del Estado, el general Dolnicar.

Norte y sur

Pero hay más contrastes que los puramente nacionales o religiosos. Hay también las desigualdades económicas entre regiones. Una preocupación que siempre tuvo Tito fue la de colmar el desnivel existente entre el norte industrializado y el sur atrasado, es decir, entre Eslovenia, Croacia y Serbia, por un lado, y las regiones de Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia y el territorio de Kosovo por el otro. Las primeras están obligadas a aportar más del cinco por ciento de su producto nacional bruto para entregarlo al fondo estatal de desarrollo, que alimenta las inversiones en las regiones pobres. Pero croatas y eslovenos critican un plan sin contar con infraestructuras y personal preparado, mientras que montenegrinos y bosnios se quejan de «colonización interior» al hablar de las sucursales en sus regiones de las empresas croatas o eslovenas.

Más que una enumeración de cifras, valga un dato: en Eslovenia el analfabetismo prácticamente ha desaparecido; en la región de Kosovo, lindante con Albania y desde siempre discriminada por los serbios, la

cifra de analfabetos es todavía de un 32%. Y para complicar más una situación ya de por sí compleja, el factor religioso se ha cruzado con estas oposiciones. Pues no solo la beligerancia católica de los croatas se ha visto alentada en estos últimos tiempos por una figura como la del papa de la Europa oriental Woytila, también la religión del subdesarrollo balcánico, el islamismo, se ha crecido con el renacimiento que supone el fenómeno Jomeini.

El problema de los sucesores

Un dirigente yugoeslavo declaraba en 1969: «no habrá un segundo Tito y en ese momento nos encontraremos con problemas mayores que en la actualidad». Ya hemos visto que esto último va camino de ser verdad. Por lo que hace a lo primero, la cosa está por ver. Como todos los regímenes personales, el de Tito deja la incógnita del sucesor, pues nadie cree que la dirección colectiva y la rotación de cargos resuelva el problema. Esto solo podía suceder precisamente antes de que Tito muriese. ¿Y después? Muchos han sido los potenciales delfines que, con mayor o menor fundamento, se han creído ver en los cuarenta y cinco años de Gobierno del mariscal. De hecho, desde que Tito tuvo que abandonar la dirección del Partido, este se encuentra en manos de Stevan Doronjski. Tiene un defecto: aunque se dice serbio, todos saben que proviene del territorio de Voyvodina y es de ascendencia húngara o ucraniana. Mientras tanto, el único miembro de los dos colectivos más importantes, el del Estado y el del Partido, con personalidad propia, parece ser el abogado Bkaric, croata y antiguo partisano. Y después ya vienen los generales.

En cierta ocasión un periodista, creo que francés, preguntó al mariscal Tito si no creía que la dirección colectiva, tal como funcionaba en Yugoeslavia, podría representar un obstáculo para la toma de decisiones rápidas en momentos de crisis, favoreciendo así la intervención directa de los militares. Tito contestó: «Es mejor que sea el propio Ejército y no el ajeno el que se cuide del orden si llega el caso».

En la muerte de Félix Rodríguez de la Fuente*

Su marcha hacia la popularidad había comenzado en los primeros sesenta y en el momento de su trágica desaparición figuraba permanentemente en los primeros puestos de los paneles de audiencia. A los pocos minutos de que la radio anunciase su muerte, la noticia circulaba entre las mujeres que hacían la compra en el mercado, los pasajeros de los autobuses o la clientela de los bares. Era una figura verdaderamente popular, y como toda figura popular de nuestra época lo era gracias a la televisión. Pero todos se han olvidado de su papel en la radio. Lo que no deja de ser extraño, pues su verdadero reino no era el de la imagen, sino el de la palabra. Pues donde Rodríguez de la Fuente se mostraba en todas sus dimensiones, con sus virtudes y con los que algunos podrían considerar como sus defectos, era en sus emisiones radiofónicas. Sobre un breve argumento, a veces incluso solo una idea, no tenía más guion que respetar que su propia y retumbante personalidad. Libre entonces de posibles asesoramientos de zoólogos o biólogos, su ímpetu oratorio le llevaba a tratar igual de sus queridos animales que del comportamiento humano. Su enorme capacidad evocadora se debía precisamente a su autodidactismo entusiasta y generoso, libre en el micrófono de toda inhibición o tutela. Aquellos diálogos consigo mismo, donde candorosamente nunca olvidaba mencionar su título de doctor, que pocos sabían que era en odontología. Aquella evocación, por ejemplo, durante media hora de un cazador inglés, «el hombre animal depredador», encerrado en una jaula de barrotes de madera y esperando a un «león devorador de hombres».

Todo esto era lo que diferenciaba a Rodríguez de la Fuente de sus homólogos europeos, quizá auténticos especialistas, como la estrella de

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 262, del 21 al 27 de marzo de 1980, p. 3, con el seudónimo de H. J. Renner.

la televisión alemana, el Dr. Grzimek, pero más fríos e incapaces de las audacias expresivas que tanto encanto daban a las charlas radiadas de Félix Rodríguez de la Fuente. Y además su voz. Una voz completamente anticonvencional en un medio donde domina la monótona y empastada modulación de tanto profesional del micrófono. Una voz con cambios de registro anárquicos y poderosos que muy pocas veces estaban en relación con el texto que leía o improvisaba. Pero era una voz que lograba encadenar a la radio a personas tan poco interesadas por los animales como el que firma este póstumo homenaje.

Por lo que hace a la televisión su primera aparición en la pequeña pantalla fue en 1964, acompañado de dos halcones, su definitiva consagración se realizó cuatro años después, al presentar la serie didáctica *Félix, el amigo de los animales*. La época iniciada con *Fauna*, en la que Rodríguez de la Fuente se limita a comentar series compradas en su mayoría a televisiones extranjeras, le afianza hasta el punto de poder iniciar, a partir de 1974, la emisión de series propias bajo la designación genérica de *El hombre y la tierra*. A la vista de toda la corrupción que ha desvelado la famosa auditoría de la televisión, resulta pintoresco recordar las críticas que acompañan la comercialización de la imagen de Rodríguez de la Fuente. Fue precisamente a raíz de ellas, y para evitar la propaganda encubierta de sus fascículos, por lo que la primitiva emisión de *Fauna* recibió los más bellos nombres de *Vida salvaje* y *Planeta azul*. Rodríguez de la Fuente había comenzado su carrera como apóstol de los animales, y a la larga no es exagerado decir, como ha escrito uno de sus más íntimos colaboradores, que logró transformar sus inquietudes personales en un movimiento de opinión. Logró despertar incluso el interés por la naturaleza en unos televidentes tan indiferentes como los españoles, y en este sentido contribuyó a su europeización. Pero claro está que hoy en día no se resuelve nada con meras «sociedades protectoras de animales» al viejo estilo. Esto también lo sabía Rodríguez de la Fuente, que no vaciló a veces en dejarse arrastrar a apasionadas denuncias ecológicas. Pero la ecología va forzosamente unida a la política si se piensa hasta sus últimas consecuencias, y, por otra parte, Félix trabajaba en un medio tan horriblemente condicionante como es la televisión ucedista. Por eso quizá su muerte no solo haya truncado una carrera profesional conocida y admirada por todos, sino que haya interrumpido una evolución personal que le llevaría a definirse más claramente sobre toda una serie de cosas.

Libros alemanes en Zaragoza*

Del 15 de enero al 5 de febrero se ha celebrado en Zaragoza una exposición de libros alemanes patrocinada por el Consulado General de la República Federal de Alemania de Barcelona y el Instituto Alemán de Cultura de la misma ciudad, con la colaboración del Ayuntamiento de Zaragoza. Mientras en la Lonja se expusieron obras de Arte y Literatura, en las Facultades de Letras y de Ciencias los fondos seleccionados eran de libros de las distintas especialidades. Una vez clausurada la exposición, los libros serán donados a las facultades universitarias interesadas.

Hace muy poco, Lorenzo Martín Retortillo ha escrito que «un libro es un candil que puede alumbrar muchas oscuridades», pensemos, por lo tanto, en la enorme claridad que desprenden los más de setecientos volúmenes distribuidos entre la Lonja y las dos facultades universitarias. Sin embargo, es muy posible que la visita a los libros expuestos en la Facultad de Letras, por ejemplo, desconcierte a algunos de los antiguos admiradores de lo alemán en esta ciudad. Pues, en Zaragoza más que en otros sitios, el cultivo y cuidado de la lengua alemana fue en otro tiempo campo preferido de personalidades autoritarias cuando no abiertamente fascistas. Y más tarde, habiendo pasado ya el Tercer Reich a la irrecuperable nostalgia, no dejó de haber franquistas amañados de demócratas que invocaran de nuevo a su querida Alemania como país de orden que, al fin y al cabo, sin dejar de ser democracia, había puesto fuera de la ley al partido comunista. Por eso, para algunas de estas personas, ya de cierta edad, no dejará de constituir una sorpresa que en una exposición titulada «La República Federal de Alemania a través de sus libros», al lado de la traducción de *Conversaciones en la cárcel*

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 307, del 6 al 12 de febrero de 1981, p. 13, con el seudónimo de H. J. Renner.

de Marcelino Camacho, figure un hermoso ejemplar del cancionero de las Brigadas Internacionales. O que no solo figuren ediciones científicas de las obras de Marx, sino una historia nada menos que del partido comunista, el DKP, en una editorial tan significada como la de «Marxistische Blatter» de Fráncfort. Y su sorpresa sería aún más mayor si pudiesen leer el prólogo al Catálogo oficial de una exposición que recala en Zaragoza algo mermada después de haber recorrido otras ciudades españolas. Un prólogo donde el paralelo entre España y Alemania se establece precisamente por la pesada herencia que han dejado dos regímenes dictatoriales y por las tentaciones y peligros involucionistas que amenazan, aunque sea de manera distinta, a los dos países.

Para los que siempre han sabido que al igual que dos Españas, ha habido y hay dos Alemanias. Que al lado de la Alemania monárquica, militarista o hitleriana, hay la Alemania de Heine, Marx y Tomas Mann, la Alemania republicana y demócrata, esta exposición del libro alemán es muy reconfortante. Junto a viejos conocidos, las familiares cubiertas de la Biblioteca filosófica de la centenaria editorial Meiner de Hamburgo, las más modernas de Shurkamp o las portadas castañas de la recién llegada editorial Campus de Fráncfort. Y España naturalmente no figura tan solo a través de textos, originales o traducidos, que testimonian de su lucha contra el franquismo. Hay obras de filología y literatura, monografías sobre Calderón o estudios sobre Goytisolo. Sobre un fondo morado, un viejo grabado español de 1614, por ejemplo, nos llama la atención sobre una importante *Historia del cristianismo en América Latina*, de Hans-Jürgen Pien, en la editorial Vandehoeck de Gotinga. Mientras que el *reprint* de la venerable monografía de Hauser sobre *La preponderance espagnole 1559-1660* en Mouton, muestra que la selección realizada no ha vacilado en incluir, en este y en otros casos, obras en francés cuando se trata de obras editadas en Alemania y sobre temas hispánicos.

El *motto*, como diría un alemán, bajo el que figura la exposición, está muy bien inventado: Leer para dialogar. Pero claro está que para leer hay que comprender, en este caso hay que saber alemán. Por eso es una pena que Zaragoza haya quedado huérfana de su Instituto Alemán de Cultura desde hace ya tiempo, aunque haya pasado a ser tutelada a distancia por el Instituto de Barcelona. Mientras tanto, a nivel de enseñanza media, solo existe una Cátedra de Alemán en toda la ciudad, y

todo el peso de la enseñanza oficial a nivel superior recae en los lectores de alemán de la Facultad de Letras y del Instituto de Idiomas de la Universidad. Por eso, es más de agradecer que a su labor de asistencia a todos los que nos interesamos por la cultura alemana en esta ciudad, desde los profesores universitarios a los directores teatrales, hayan añadido ahora su valiosa colaboración para hacer posible la celebración de esta exposición en ambas Facultades.

Después del golpismo*

El martes 24 de febrero un titular disputaba en los periódicos la primacía a la temida expresión de «golpe de Estado». Era el de «normalidad». Se había administrado profusamente, hasta despertar la inquietud, durante la larga noche anterior, y ahora parecía ser el calificativo dominante de una actuación que, si prescindimos (que ya es mucho prescindir) de la extraña actuación del capitán general de Valencia, se había saldado con «solamente un refuerzo de medidas de seguridad en los centros oficiales y acuartelamientos cautelares». El golpismo quedaba atrás.

«Debemos felicitarnos, porque esto ha venido a probar la fuerte salud moral de las instituciones… no es que se haya producido un mal, sino que el régimen va camino de curarse de los restos flotantes del régimen antiguo». Estas palabras seguramente las suscribirían muchos de los políticos actuales. Son las palabras de Azaña tras el fracaso del pronunciamiento de Sanjurjo en 1932.

El espectro de la «sanjurjada»

La cita viene a cuento, pues uno de los calificativos más frecuentes de la nonata operación Galaxia y del fallido intento actual, ha sido el de «sanjurjada». Un consuelo que no dejaría de despertar inquietudes, pues de los vientos de 1932 vino la tempestad de 1936. Pero se confiaba en que ni el país, ni el contexto internacional eran los mismos, en lo que no deja de haber razón. Por lo demás, las razones del fracaso parecen coincidir. Un personaje que en la pluma benévola de uno de sus biógrafos no dejaría de tener parecido con la figura del teniente coronel Tejero:

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 310, del 27 de febrero al 5 de marzo de 1981, p. 5, con el seudónimo de H. J. Renner.

«era Sanjurjo de mucho corazón, pero de escaso entendimiento… Goded era la cabeza privilegiada que concebía, organizaba y trazaba los planes militares, Sanjurjo el brazo de hierro y heroico para realizarlos» (Burgos y Mazo). Falta, claro está, encontrar el Goded de este nuevo Sanjurjo, pero por lo demás las semejanzas se multiplican. Una organización confusa y atropellada, unos apoyos que en la mayor parte de los casos se limitaban a promesas de no oponerse al golpe. Fue también aquella idea de Sanjurjo de que bastaría apoderarse por asalto de algunos edificios oficiales para provocar el desmoronamiento del Gobierno. Como decía Esteban Infantes, «nunca se creyó que llegaría el momento de combatir». Y después un programa que presentaba la sublevación como respuesta al desastre económico («el país ha sufrido el quebranto de miles de millones»), a los insultos («se han insultado groseramente a los cuerpos armados») y a las autonomías («desmembración nacional»). Y, claro está, también el estrepitoso fracaso final.

Otra comparación consoladora: Primo de Rivera

En la larga noche del 23 al 24, cuando a las inquietantes noticias de Valencia, se sumaban los rumores incontrolados alimentados por las declaraciones de los golpistas en el hemiciclo, otra comparación aliviaba a algunos de los sufridos radioyentes, la del golpe de Estado de Primo de Rivera. Como es sabido, este capitán general se había pronunciado en Barcelona en septiembre de 1923, a sus telegramas pidiendo adhesión de los otros siete capitanes generales solo logró el apoyo declarado de uno, el de Zaragoza. Todo dependía del rey Alfonso XIII, que se negó a destituir a los dos capitanes generales, e informó al Gobierno de Madrid, que se había declarado neutral hasta conocer la opinión de escuchar las propuestas de Primo de Rivera para formar un Gobierno estable. Ya se sabe la continuación, la dictadura duró siete años y cayó arrastrando a la monarquía. Ahora las cosas eran exactamente al revés, se pensaba, el rey jamás cubriría un intento de tal tipo y su decidida actitud obligaría a decidirse a los tibios.

Un país distinto

Y no solo el rey, era otro, el país también había cambiado. Había dado el «único ejemplo que se conoce de transición pacífica de una dictadura a

una democracia», había aprendido cosas, aumentado su nivel político y no era terreno abonado para cuartelazos o pronunciamientos. Pero quizá comienza otro problema. El golpismo parece no solo inútil, sino anacrónico y «abochornante» en una sociedad con cierto desarrollo político y socioeconómico. La lección ya la habían aprendido antes que nosotros otros países, y al golpismo sucedió otra cosa. No la temida guerra civil, sino una forma más sistemática y sabia de actuar.

El primer ejemplo, Alemania

Lo que fue la «sanjurjada» para la Segunda República, lo fue el *putsch* de Kapp en 1920 para la joven República de Weimar. El Estado Mayor dejó sola a la República frente a una sublevación militar, en marzo de 1920, pretextando la unidad del Ejército: «La Reichswehr no dispondrá sobre la "Reichswehr"», pero la sublevación fracasó. En una sociedad desarrollada, un cuartelazo para triunfar necesita de cálculos magistrales. Hace falta tener en cuenta no solo el equilibrio y las reacciones de las distintas guarniciones y unidades, sino el posible comportamiento de las fuerzas civiles. Ante la imposibilidad de abarcar todo desde un cuartel, los rebeldes se limitan a esperar la inhibición de otras guarniciones, esperando que si su proyecto triunfa localmente no tardarán en sumarse. De los demás aspectos se creen forzados a prescindir en aras de la eficacia. Las cosas así no resultan, y como comenta un especialista alemán, «el Estado Mayor recibió una lección objetiva que demostraba el absurdo de intentar una dictadura militar sin el apoyo de las masas» (Görlitz). «Desde este momento en adelante, el ejército alemán obró mediante "influencia y extorsión"». Tales fueron los niveles impuestos por la cultura política de la sociedad alemana. Como se sabe, en esta empresa el Ejército terminó como aprendiz de brujo, víctima del movimiento nacionalsocialista que él había alentado.

El segundo ejemplo, Francia

Los mismos niveles impondría la cultura política de Francia. «La estructura económica y social de Francia ha trascendido mucho en la era de los pronunciamientos», decía Maurice Duverger. Por eso, la revuelta de los «cuatro generales» argelinos de 1961, análoga en lo esencial al

putsch de Kapp de 1920, fracasa de la misma manera que había triunfado un método muy distinto hacía tres años. Pues en 1958 las presiones e intimidaciones solapadas lograron imponer a De Gaulle. En este año se demostró que el ejército francés podía intimidar a un Gobierno hasta la renuncia, si contaba con una figura pública que disfrutase de un considerable apoyo civil. Cuando, en cambio, se intentó en 1961 el nuevo pronunciamiento, con la ruptura de la legalidad republicana en Argel, los generales Challe, Zeller, Jouhaud y Salan fracasaron. El general De Gaulle recordó el reciente referéndum y «se declaró decidido a hacer que se respetase la voluntad de la nación». Al igual que en la Alemania de Kapp, el Ejército, que había actuado solo y contra la opinión civil, triunfó, pero se quedó aislado y al final fracasó.

Después del golpismo

Por eso, no es muy aventurado afirmar que a la larga el peligro para la democracia en España ya no va a ser el golpismo, y mucho menos la guerra civil. Los tanques que un general pueda sacar a la calle no encontrarán enemigos, ni tendrán que asaltar sedes de partidos defendidas por milicias armadas. Pero el terrorismo, el paro y la crisis económica, y ese cuidadosamente cultivado «desencanto» de la política y los partidos, puede propiciar movimientos de opinión neofascistas que sirvan de plataforma para generales o civiles que no vacilen, como hicieron Hitlter y Mussolini, en vestirse de etiqueta para presidir «gobiernos de unidad nacional». No nos olvidemos que al fascismo nunca le ha hecho falta en el resto de Europa ni sacar tanques a la calle, ni guerras civiles para llegar al poder.

De la dimisión a la investidura*

El día 25 de febrero, los españoles pudieron presenciar un espectáculo rayano en la esquizofrenia política. En un hemiciclo parlamentario con balas recién incrustadas en el techo, después de haber declarado el jefe del Estado que la situación era enormemente delicada, un candidato a jefe de Gobierno reincide tranquilamente en su afirmación de que la transición ha finalizado, de que la democracia está consolidada y de que no hay peligro actual.

Uno cree que vive en un país distinto al de este señor que, además, tiene por apellido el de Calvo Sotelo y se pregunta, por ejemplo, qué hacen las fuerzas especiales de seguridad que, metralleta en mano, ofrecen en los mismos pasillos del edificio de las Cortes un espectáculo que sería increíble en Roma o en París. Como decía un editorial de un periódico madrileño, no se sabe si se trata de una broma de dudoso gusto o de una manera discreta de presentar un Gobierno tan solo provisional. Nos tememos que no sea ni lo uno ni lo otro.

La dimisión de Suárez

Como parece que para el señor Calvo Sotelo todo volvía a ser igual y no había por qué alterarse, bueno es comenzar por donde, según él, había terminado lo anterior; por la dimisión de Suárez. Ya conocemos todos la explicación que el mismo interesado dio a través de un medio como la televisión, más apropiado para arengas plebiscitarias de un jefe de Estado que para explicaciones de un jefe de Gobierno. Explicaciones

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 311, del 6 de marzo al 12 de marzo de 1981, pp. 4-5, con el seudónimo de H. J. Renner.

estas que en todo régimen parlamentario se deben única y exclusivamente al Parlamento que le otorgó su confianza. De esto ya se habló abundantemente al comienzo de la sesión de investidura tan trágicamente interrumpida. Pero quizá la desconcertante manera escogida por Suárez para comunicar su decisión y sus aparentes motivos fuese un modo de manifestarnos la naturaleza de su misma dimisión, una dimisión no generada en una derrota en las Cortes, sino debida a factores extraparlamentarios.

La primera explicación: la italiana

Descartada la explicación psicológica que no convenció a nadie, la más aparente fue la basada en la discordia que reinaba en su propio partido. Para unos la dimisión era un auténtico sacrificio, que ponía de manifiesto la negra ingratitud de un partido que olvidaba todo lo que debía a su presidente. Para los menos sentimentales, se trataba de un auténtico escándalo político, pues una lucha de facciones en vísperas de un congreso de partido, un factor extraparlamentario, en suma, había provocado una crisis de Gobierno.

A estas alturas esta explicación nos resultaría muy tranquilizadora, pues a fin de cuentas tal fenómeno tiene abundantes precedentes en democracias que gozan, con todos sus fallos, de más robusta salud y vida que la nuestra propia. Recordemos aquí que los partidos de las «democracias cristianas», que de una manera análoga a la UCD llenaron mayoritariamente el vacío político dejado tras de sí por el fascismo en Alemania e Italia, ofrecían también una gran heterogeneidad política, con la natural consecuencia de continuas disputas de grupos o tendencias. Incluso en la disciplinada Alemania, operaciones políticas como la retirada de la escena del pertinaz anciano que fue Adenauer o de su indeciso sucesor Erhard, no habrían podido realizarse sin contar con la existencia de facciones encontradas en el mismo partido del Gobierno.

Pero el país modelo para este tipo de crisis generadas extraparlamentariamente es Italia. Ya en fecha muy temprana, en 1951, el sexto Gobierno del omnipotente De Gasperi cae por problemas internos de la Democracia Cristiana. Y, a partir de esta fecha, la escena no ha dejado de repetirse. Los cambios de equilibrio en el seno del partido hegemónico se han traducido siempre en crisis de Gobierno. La estabilidad de estos

se ha visto a menudo a merced de los vaivenes de ese enorme conglomerado de intereses e ideas que, como la UCD, es la Democracia Cristiana italiana; vaivenes de tal complejidad y refinamiento político que, a su lado, las querellas de la UCD no pasan de altercados de patio de vecinos. No resulta especialmente alentador apreciar estas tendencias a la italiana en la política española, pero debemos acostumbrarnos a ellas en la medida en que la UCD siga siendo el partido de Gobierno.

La segunda explicación: la confianza real

Pero había algo más. Se creyeron detectar signos de que Suárez había perdido la confianza real. El distanciamiento entre Juan Carlos y el primer ministro se habría patentizado, por ejemplo, en la cuestión del viaje al País Vasco, del que no se mostraría partidario Suárez. Esta explicación era de naturaleza distinta a la anterior. Suponía que una crisis podía abrirse por una sugerencia o por una actitud del jefe del Estado. Solo el conocimiento que posteriormente hemos tenido del ambiente de presiones ejercidas por la superposición de conjuras e intrigas de militares y políticos, ha dado su auténtica dimensión a la posible pérdida de confianza del rey en Suárez. Pero, por el momento, parecía tratarse, de ser cierto, de una situación que presagiaba nuevos usos constitucionales.

Una peligrosa consecuencia: la «doble confianza»

Sobre este telón de fondo comenzaron las consultas del rey para la designación del candidato a formar Gobierno. Los socialistas no vacilaron, entonces, en proclamarse dispuestos a asumir tal función si obtenían el encargo regio. Aunque Alfonso Guerra, con su peculiar estilo, afirmaba abruptamente que «el rey no tiene que decidir nada, únicamente señala una persona para formar Gobierno según las garantías de apoyo de los grupos políticos», lo que se estaba pidiendo al rey era una decisión y una decisión muy importante. Se le pedía que decidiese que la UCD ya no ofrecía garantías de estabilidad, adelantándose a su hipotética derrota en la cámara. Este tipo de decisiones las han tomado algunas veces presidentes de República, que han pagado con su no reelección los errores cometidos, pero es peligroso encomendárselas a un rey, por naturaleza inamovible. Si Felipe González hubiese llegado a presentarse

de esta manera como candidato al Parlamento, habría podido remedar, con las necesarias variantes, aquellas palabras de Cánovas en su primera intervención de 1876: «Yo estoy aquí por la confianza de S. M. el Rey… en adelante no lo estaré sino por eso mismo y por la confianza de la mayoría de esta cámara, por vuestra confianza, señores diputados». Y gente habría que, a la manera del mismo Cánovas dirigiéndose a Sagasta en 1881, podría recordarle siempre «que no debía su elevación a ninguna victoria parlamentaria, sino a la iniciativa del rey».

En una democracia parlamentaria de tan tierno cuño como la española, cualquier acto puede encerrar el germen de un hábito constitucional. Son los hábitos o usos constitucionales los que van dando sangre y vida a la letra de la Constitución. Y si hay una práctica que vició el sistema de la Restauración, fue precisamente la de «la doble confianza», práctica residual del primer constitucionalismo europeo, que daba gran latitud a la intervención del monarca en la vida política. De ello supo aprovecharse bien el abuelo de Juan Carlos, Alfonso XIII.

El escenario reconocido

Pero todas estas consideraciones, por importantes que fueran, quedaron forzosamente relegadas a segundo plano cuando se conoció el auténtico escenario en que se había desarrollado todo el proceso de la dimisión y posterior candidatura. Era el escenario de un golpe de Estado que estaba en el aire. En el mes de diciembre, en una reunión secreta de mandos militares, se habría querido obtener del rey el cese de Suárez. La dimisión, entonces, cobraba otro sentido, se trataba de adelantarse a los deseos de los posibles golpistas para evitar que pasasen a la acción. Se comprendía así la enigmática frase de Suárez, de que la democracia podía constituir solo un «paréntesis» en la historia de España de no mediar su dimisión.

En consecuencia, la designación de Calvo Sotelo tenía también que verse a esta luz y hay que suponer que su figura contaría con la simpatía no solo de los medios financieros, tal como se afirmó desde un principio, sino también con la de algunos militares. Tenían que caer además, tal como después afirmó textualmente *El País*, «Rodríguez Sahagún y Gutiérrez Mellado, por estar ambos muy mal considerados por los jefes militares y especialmente por los golpistas». Resulta evidente

que la solución no convenció a los conspiradores, o por lo menos a los más exaltados. Habrían sido estos los que habrían precipitado con su actuación la confluencia de dos conspiraciones paralelas.

La segunda vía

Efectivamente, columnistas bien informados de estos asuntos, como Abel Hernández, no han vacilado en hablar de las «tres operaciones». Las dos primeras perfectamente extraconstitucionales, pero de distinto grado y forma de violencia, habrían coincidido por obra y gracia de Tejero y Milans del Bosch en la tarde del día 23 de febrero. Quedaría la tercera, todavía inédita, una especie de segunda vía hacia un Gobierno de unidad y de autoridad, generado fuera del Parlamento, pero respetuoso de las formas constitucionales. Queda por saber si también lo sería de su espíritu. En todo caso, también este proyecto habría pesado, aunque no sabemos en qué medida, en la dimisión de Suárez. De esta manera, la dimisión, y la consiguiente candidatura de Gobierno, obedecerían a presiones y condicionamientos que el país y la práctica totalidad del Parlamento desconocerían en el momento de producirse. Y todo este conjunto de circunstancias se sigue obstinadamente considerando como el paso a una «democracia consolidada»…

Las dos advertencias del rey

Pero hay un elemento más, el constituido por las advertencias del rey. Advertencias todas conocidas por haber sido públicas, pero cuya verdadera importancia se aprecia solamente ahora. La primera estaría contenida en el mensaje final de año, en el que Juan Carlos habló de la obligada prelación de los intereses de la nación frente a los personales o de partido. La segunda, en la celebración de la Pascua Militar del 6 de enero; una llamada a la unidad de las fuerzas armadas que también comprendía referencias a la cosa política. Ya no se trataba tanto de una pérdida de confianza en Suárez, como pudo creerse en su momento, como de la auténtica inquietud del monarca ante el creciente descontento entre los militares. Se advertía a los políticos y, al mismo tiempo, se intentaba salir al encuentro de los militares, mostrándoles que la Corona también se sentía preocupada por una situación en que los intereses particula-

res parecían primar sobre los supremos de la nación. La dimisión de Suárez solo sería solución si, a continuación, los políticos se mostraban sensibles a las advertencias reales. Es de suponer que muchos militares lo interpretaron así, esperando que tras Suárez se concretase la famosa segunda vía bajo la forma de un Gobierno de unidad y autoridad.

El Ejército y el rey

Como dice un especialista anglosajón, «todas las fuerzas armadas que se han volcado en la política acarician de una u otra manera una creencia parecida: la de que están identificadas de una forma especial y verdaderamente extraordinaria con el interés nacional». Dada su formación, los militares no carecen de motivos para suponer tal cosa. En primer lugar, se postula su alejamiento de la política, reino de lo mudable y transitorio, poniéndolos al servicio directo de los principios permanentes del Estado. En segundo lugar, ninguna institución ritualiza hasta tal punto las ideas de unidad y disciplina.

Todo esto explicaría, sin más, la tendencia de todo ejército a considerarse como potencial salvador de su patria en momentos críticos. En el caso español, hay que añadir las inercias mentales de la época franquista, ella misma nacida de una tal empresa de salvación, y otras razones coyunturales que todos conocen. Sin embargo, solo una parte pequeña de las fuerzas armadas sucumbieron durante la noche del lunes al martes a una tentación de aquel tipo. En este difícil trance, es de suponer que para muchos el hecho inhibitorio lo constituyó el que el jefe del Estado en este caso no era un civil, presidente de una República, sino su señor natural. Es a este monarca, formado en academias militares y jefe supremo de las fuerzas armadas, al que debemos que se haya mantenido, de manera incruenta, el ordenamiento constitucional.

El discurso de Zaragoza

Basta leer el texto del documento entregado por el rey a los partidos, para darse cuenta de la delicada situación en que nos encontramos. Pero, además, el rey ha seguido jugando su papel militar. Cinco días después de la investidura de Calvo Sotelo, ha formulado una nueva advertencia. En su discurso en la Academia Militar de Zaragoza ha creído

oportuno ofrecer como ejemplo para la marcha de la cosa pública a la «milicia», sugiriendo la «posibilidad de trasladar a otros sectores de la vida nacional» la unidad y fortaleza de principios que inspiran la vida castrense. Tales sugerencias no son imaginables en ninguna de esas democracias realmente consolidadas entre las que vivimos. El que tal cosa lo sea en España, en boca de un jefe de Estado que todos coinciden en considerar como el salvador de la democracia en la reciente jornada golpista, muestra muy a las claras la inestabilidad de la situación. Por eso, se comprende menos la ceguera política de un Gobierno que, en el fondo, intenta comenzar a gobernar con el mismo equipo, como si no hubiese pasado nada. Como si Suárez hubiese dimitido lisa y llanamente por haber concluido su tarea, la transición, para permitir a Calvo Sotelo inaugurar libre y desembarazadamente una nueva época, la de la democracia consolidada.

Una suposición

O quizá no haya tal ceguera política. La desconcertante tesis del final de transición y el comienzo de la normalidad democrática podría ser solo un pretexto para rehusar la coalición con el PSOE. Una manera de mantener sola a la UCD en el poder, para dejarle más libertad de movimiento para el caso de que, tal como decía el monarca en su mensaje a los partidos del día 24, la presión se volviese fortísima y hubiera que formar un Gobierno nuevo. Un Gobierno más que con autoridad, autoritario, un Gobierno cuya tolerancia temporal, desde la Constitución, se pediría a todos, derechas e izquierdas, en evitación de males mayores. Pudiera ser, lo iremos viendo.

Wojcieche Jaruzelski. Un general de paso*

En la Europa del Este, y si prescindimos del caso especial que fue el movimiento berlinés del 17 de junio de 1953, se han registrado hasta ahora tres grandes intentos de emancipación y reforma. En los tres casos jugó un papel importante el sentimiento nacional, pero los tres casos son muy distintos, por mucho que ahora se tienda a integrarlos en un único proceso. El primero fue la sublevación húngara de 1956, que se enfrentó abiertamente con la ocupación soviética, antisocialista en algunos de sus aspectos, y que coronó sin protesta con la declaración de abandono del Pacto de Varsovia. El «camino húngaro» finalizó con la sangrienta reconquista de Budapest por los tanques soviéticos. Doce años más tarde, en 1968, los checoeslovacos intentaron a su vez la suerte, pero no contra el partido comunista, sino apoyándose en un partido reformado. Mientras se proclamaba la famosa consigna de «un socialismo con rostro humano», el secretario general del partido, Dubcek, tenía buen cuidado de insistir en la fidelidad de los nuevos dirigentes al sistema de alianzas oriental. Como es sabido, a pesar de la diferencia del planteamiento, tampoco este camino llevó a ninguna parte, al menos de manera inmediata. Otra cuestión es la Hungría de ahora.

El «camino polaco»

Pasados justos otros doce años, lo que no deja de ser una casualidad aprovechable por los astrólogos, los polacos parece que comenzaron otro nuevo camino, el de la afirmación de un movimiento obrero autónomo no tanto contra, como los húngaros, ni dentro, como los checos, sino al

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 348, del 1 al 15 de enero de 1982, pp. 10-12, con el seudónimo de H. J. Renner.

margen del partido. Y esta vez el experimento duraba algo bastante más que los anteriores, de agosto de 1980 a diciembre de este año. Fuera y dentro de Polonia hubo mucha gente que creía que un movimiento capaz de mantenerse durante todo este tiempo no podía ser liquidado con un golpe de mano, aunque fuese un golpe de mano militar. Se pensaba que tanto Rusia como los mismos comunistas polacos habían dejado pasar el momento oportuno para hacerlo. Quizá Moscú estuviese dispuesto a coexistir con un sindicalismo polaco autónomo, de la misma manera que se había resignado a hacerlo con la Iglesia polaca, todo un Estado dentro del Estado. Pero incluso sin tener en cuenta las imprudencias de los sindicalistas polacos, sobre todo el haberse tomado en serio aquello de «proletarios de todos los países uníos», se ve ahora claro lo que otros venían afirmando desde el año pasado, el que los rusos no podían permitir no tanto un sindicato como lo que le servía de soporte, un movimiento obrero autónomo y amplio, emplazado en el corazón de su esfera de influencia. Un movimiento que fatalmente estaba destinado a servir de cauces para reivindicaciones políticas frente a un partido incapaz por su propia naturaleza, de hacerlo.

El ritmo del cambio

Desde que se iniciaron los cambios, Polonia ha vivido un ritmo totalmente inusitado en la órbita del socialismo de Europa del Este. En solo veinte meses el país ha consumido tres secretarios generales y cuatro primeros ministros. Todas estas mudanzas de personal, que recuerdan la frecuencia de las italianas o de las francesas en la mejor época de la Cuarta República, iban acompañadas de una inflación y una crisis económica de perfiles tercermundistas. La presión de la mera presencia del sindicato Solidaridad impuso actos como la firma de los acuerdos de Gdansk con los huelguistas de los astilleros Lenin, lo que hizo cundir la alarma entre los países hermanos. Después el mismo secretario del partido perdía su cargo, que pasaba a un centrista conciliador tan conocido como Kania. Lo que siguió es conocido por todos, el 10 de noviembre, Solidaridad obtiene su reconocimiento legal, tres meses después ya existe un sindicato libre de estudiantes, y dos meses más tarde uno de campesinos. A estas alturas se constituye el tándem de Jaruzelski y Gierek, como garantes de un proceso que no debía afectar ni al carácter socialista del Estado ni a su pertenencia al Pacto de Varsovia. ¿Y el partido?

El poder de Jaruzelski

Para comprender el eclipse casi voluntario del partido, y la ruptura del tándem gobernante que significa la concentración de todo el poder en una sola persona, en un militar, hay que recordar que antes se había producido en la desconcertante Polonia otro acontecimiento nuevo en el bloque oriental: la elección de un nuevo comité central del partido por voto secreto y en un ambiente de gran libertad y franca crítica. Pero aquel congreso del partido comunista polaco había sido algo más que un congreso libre, había sido un congreso que registró la revancha de la provincia frente a los grandes centros tradicionalmente hegemónicos, de Varsovia a Gdansk. En el comité central ingresaron gran cantidad de figuras nuevas e inexperimentadas y candidatos casuales. De sus 200 miembros, 80 eran obreros, pero muy pocos provenían de las grandes fábricas agitadas por la reforma y el nuevo sindicalismo. Bajo la presión continua de los soviéticos y ante la ola de huelgas que acompaña al congreso fundacional de Solidaridad en septiembre, este comité central decide, por la práctica unanimidad, desplazar a Kania, y entregar el poder al que era ya primer ministro, al general Jaruzelski. Hay que tener en cuenta que en Polonia existen solo dos potencias con legitimidad histórica, el ejército nacional, símbolo para muchos de la independencia, y la Iglesia polaca. Solidaridad, como se sabe, gozaba del apoyo de esta última casi hasta la identificación. La decisión del comité central mostraba que la parte más tradicional del partido recurría a la otra. El prestigio y fama de honestidad de los generales polacos explican que hasta Walesa saludase como algo positivo el cambio.

Los mismos problemas

Jaruzelski se enfrentará con el mismo problema en el terreno político frente al cual había fracasado Kania, el de la integración en el sistema de Solidaridad. Este fracaso y la propia impotencia del partido era lo que explicaba que a Walesa y sus seguidores les resultase más difícil mantener la ficción de un movimiento puramente sindical; la presión de las bases más radicales se atrevía a exigir ya a estas alturas elecciones libres. Jaruzelski no comienza haciendo nada radicalmente nuevo, lanza una llamada apelando a la alianza de todas las fuerzas patrióticas, una alianza que estaría evidentemente a mantener a Solidaridad dentro de

unos límites y a separarla, llegado el caso, de sus grupos más radicales. Esto lo vieron casi todos los comentaristas, eran los días de los sensacionales encuentros entre los representantes de la Iglesia, del Ejército, un Ejército que ya tutelaba abiertamente al partido, y el sindicato. Poca gente advirtió que la oferta de Jaruzelski no era más que la reproducción de la que había formulado solo hacía un mes el representante del ala dura del partido, Stefan Olszowski, el hombre de confianza de Moscú. Pero el partido ya no tenía fuerza evidentemente para patrocinar directamente esta operación. Pero es que también, antes de un mes, Jaruzelski se dará cuenta de que su táctica no rinde resultados. Por eso, tras la famosa declaración de Walesa afirmando que «la confrontación es inevitable», los militares sin dejar de apelar a la solidaridad nacional, comienzan a hablar de «la necesaria lucha contra el terrorismo laboral y sus consecuencias». No hace falta recurrir a un ultimátum de Kulikov, el comandante en jefe de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Las líneas maestras del tristemente célebre manifiesto de Jaruzelski de la madrugada del día 14 están trazadas desde bastante antes. Se encuentran en los textos justificativos de la represión de las huelgas de principios de mes.

¿Pilsudski o Rokossovski?

Evidentemente Jaruzelski no es un personaje desconocido para Moscú, durante años ha sido ministro de la Defensa en uno de los países de más conflictivo sentimiento nacional de la esfera de influencia y directo dominio soviético. Sería ingenuo suponer que los rusos hayan tolerado durante tanto tiempo y en tal cargo a una persona que no haya sido de confianza. A pesar de todo, y desde el comienzo, una interpretación se abrió camino, aquella que suponía que el golpe de Estado del 12 de diciembre había sido en cierta manera una «autoinvasión» patriótica tolerada por los rusos, pero en el fondo hostil a ellos. Golpe de Estado que los habría colocado frente a hechos consumados. Para otros, los menos, se trataría solamente de una acción subsidiaria, preludio de una definitiva e inminente entrada de las tropas del Pacto de Varsovia, en el caso de que el ejército polaco fuese incapaz de dominar la situación.

Al hablar de Polonia pesa mucho la historia, una desgraciada historia que parece hecha de trágicas repeticiones de un mismo destino, la perpetua lucha por la independencia nacional. Y en este destino y esta

lucha, para bien o para mal, siempre ha habido nombres de militares. Por eso, al contemplar a Jaruzelski y leer su patético manifiesto «nuestro país se encuentra al borde del abismo», frase que tan familiar resulta a generaciones enteras de polacos, inevitablemente se piensa en qué figura histórica reencarnará el general polaco. ¿Pilsudski o Rokossovski?, quizá las dos al mismo tiempo, aunque al final la segunda terminará imponiéndose sobre la primera.

El general Josef Pilsudski fue el héroe nacional de la guerra contra la Alemania imperial el 1914, el mismo que en 1920 frenó el avance del Ejército Rojo frente a los muros de Varsovia, salvando a la católica Polonia de caer en las garras del comunismo soviético, como se dijo entonces. Seis años después, y hasta su muerte en 1935, se instituyó como dictador; tras él, la «dictadura de los coroneles». El general Konstantin Rokossovski, en cambio, de origen polaco, fue el procónsul impuesto por Stalin en 1949 como jefe de las fuerzas armadas, manteniéndose a despecho del sentimiento nacional polaco hasta 1956, año que regresó a Moscú al ocupar Gomulka el poder.

¿A qué tradición histórica se remitirá la Junta del 13 de diciembre? De hecho hay elementos que permitirían ver en Jaruzelski un nuevo Pilsudski, al desautorizar al partido comunista, arriar la bandera roja de la mismísima sede del Comité Central y sustituirla por la nacional polaca. Literalmente se trata de una empresa «de salvación nacional», que si bien reconoce que la amistad con la URSS «constituye la piedra de toque de la razón de Estado polaca», explica su razón de ser por el peligro de la guerra civil y el caos económico y social. En absoluto hay una denuncia de las desviaciones doctrinales del marxismo-leninismo *made in* Moscú que, evidentemente, ha cometido Solidaridad. Entre la extrema impopularidad del partido y el temerario antagonismo de Solidaridad, la solución militar de un Consejo de Salvación Nacional se presenta así como una solución a la vez neutral y nacional.

Una situación transitoria

Nadie discute que la situación actual está caracterizada por una represión sin contemplaciones, varios centenares de muertos del movimiento sindical y un olvido total del partido. Represión de Solidaridad, tanto como germen de un partido católico populista (impensable en las con-

diciones geopolíticas de Polonia) como de propulsor de un pansindicalismo autogestionario (imposible en las desastrosas condiciones económicas del país). Pero, con todo, podría uno preguntarse si esta solución, con solo los medios de que dispone el general, sin invasión soviética, por lo tanto, es realista y posible. Se trata de diez millones de miembros de Solidaridad, decididos y estimulados por una Iglesia que nunca ha dejado de considerar al régimen como su «enemigo histórico». Y, por otro lado, ¿puede mantenerse por mucho tiempo la exclusión del partido y una solución con ribetes de bonapartismo? Los soviéticos probablemente habrán aprobado, e incluso sugerido, esta solución salomónica, ni sindicato ni partido, pero solo como expediente provisional. No es concebible que la superpotencia rusa, legitimada históricamente por la continuidad ideológica del leninismo, renuncie al partido. No hay leninismo sin partido. No hay que olvidarse de que Jaruzelski, adoctrinado y formado no en una escuela militar cualquiera, sino precisamente en la escuela militar soviética, antes de dar el último paso había tenido la precaución de asumir la secretaría del partido. El partido, desacreditado y disminuido, sigue existiendo. En 1938 el mismo Stalin había decretado la disolución del partido comunista polaco, pero no había vacilado en montarlo de nuevo; lo mismo resultó necesario durante la guerra contra Alemania. Por eso, si la resistencia pasiva o activa contra la Junta Militar en Polonia llega virtualmente hasta la guerra civil, la hipótesis de una intervención de la URSS lleva aneja una segunda resurrección del partido comunista polaco. Tan peligroso resulta para la Unión Soviética el reconocimiento de un sindicato independiente y el derecho de huelga, como el precedente del definitivo eclipse de un partido comunista en su esfera de influencia. En el caso de Polonia, Rusia no intenta hacer de Jaruzelski un nuevo Dubcek, sino el segundo Rokossovski.

Algunas conclusiones

Naturalmente, son muy diversas las conclusiones que se han extraído del drama polaco. Aquí no interesan aquellas destinadas a servir de munición en toda posible polémica electoral, próxima o lejana. Sí, en cambio, nos podrían servir para finalizar este artículo algunas citas del último número de la revista del partido comunista italiano *Rinascista*. En ella formula apasionadamente su punto de vista Prieto Ingrao: «Actualmente no puedo encontrar una relación entre la palabra socialismo y

el régimen militar en Varsovia. Se dice que ha habido errores y extremismo por parte de Solidaridad. Pero durante treinta y cinco años Polonia ha estado gobernada por un partido comunista y un gobierno comunista con una centralización absoluta de poder. Declarar que un gobierno en estas condiciones solo puede hacer frente al choque, e incluso al desorden, generado por una protesta de la clase obrera solamente con el estado de sitio, significa confesar la derrota más grave de cierto tipo de socialismo».

Pero la cuestión polaca, como antes la húngara o la checoslovaca, obliga a plantearse el problema más general de los regímenes del este de Europa. Por eso, Ingrao concluye diciendo, «que precisamente porque la historia de estos países no puede reducirse a la imagen demoníaca de un gigantesco campo de concentración, por eso debemos preguntarnos qué podría haberse hecho en Polonia o en los otros sitios. Debemos reflexionar sobre el hecho de que la estatalización de los grandes medios de producción combinada con el modelo de Estado-partido único, ha reproducido las gravosas consecuencias de una burocratización, del bloqueo de la creatividad obrera y popular, de rigidez extrema en recambio de las fuerzas y de los grupos dirigentes». Un dirigente soviético no ha vacilado en las horas inmediatas al 12 de diciembre en invocar los errores de regímenes jóvenes como los socialistas, que justificarían el recurso transitorio a la dictadura. Pero el tópico de la juventud ya no sirve para justificar regímenes como el polaco que no han sido capaces, en treinta y cinco años, de ampliar el ejercicio de la democracia, de sustraer a la influencia de la Iglesia el movimiento obrero real y que se han obstinado en creerse representantes de unas masas que habían perdido toda confianza en ellos.

Barbarie e ideología. USA, en América Central*

Conviene decirlo así de claro: cuando se trata de ejecuciones en masa seguidas de horribles mutilaciones, cuando se asesina a mujeres y niños y se planta fuego a poblados, cuando sucede todo esto se trata de barbarie pura y simplemente. Claro está que, teniendo en cuenta el cinismo de gran potencia se comprende que al americano Haig le tenga más cuenta clamar contra la represión política en Polonia, perfectamente condenable, pero que hay que juzgar con escalas muy distintas, que preocuparse por los asesinatos en El Salvador o Guatemala. Resulta, en cambio, más difícil comprender desde sus propios supuestos la postura de una dignidad como el papa Wojtila, preocupado hasta por el calendario de levantamiento del estado de sitio en Varsovia, y solo genéricamente interesado, al menos públicamente, por la barbarie desencadenada en Centroamérica. Por lo que a nosotros directamente atañe, causa pesadumbre el contraste entre la diplomacia lenguaraz con que se denuncia la actitud rusa en la cuestión polaca, faltando incluso a la discreción habitual en el país anfitrión de una conferencia internacional, y el enorme retraso y exquisita ponderación de la toma de posición frente a los sucesos en unos países que se consideran hermanos.

Al principio, todo era más sencillo

Actualmente, los políticos y militares de Centroamérica consideran sus dictaduras y sus sangrientas represiones como una personal contribución a la lucha en aquel hemisferio contra el peligro comunista, lucha siempre desarrollada bajo la complaciente ayuda de su poderoso patrón

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 352, del 1 al 15 de marzo de 1982, pp. 10-11, con el seudónimo de H. J. Renner.

del Norte. De esta manera, cuando se llega a la barbarie, es una barbarie con función ideológica. Con anterioridad a la aparición del comunismo, las cosas eran más sencillas. Estados Unidos no creía necesario proporcionar una legitimación ideológica a las dictaduras que patrocinaba. En 1912, el presidente William H. Taft declaraba lindamente que su país «estaba obligado a intervenir en esta área de América Central todas las veces que haga falta para garantizar las inversiones de nuestros capitalistas». Y no se trataba de una mera declaración de intenciones, pues ya con anterioridad a esta fecha los marines habían hecho acto de presencia numerosas veces para apoyar a los protegidos por el imperialismo americano. Desde 1911, por ejemplo, Nicaragua estuvo ocupada parcialmente por tropas estadounidenses. En 1916, el candidato conservador a la presidencia fue elegido con el apoyo de las bayonetas de las fuerzas de ocupación. Pero, un decenio después, se encontró una justificación para las intervenciones más generosa que la mera invocación de los intereses materiales de los capitalistas americanos, se descubrió el «peligro bolchevique».

La función de una ideología

Pues, según el secretario de Estado de entonces, Frank Kellog, en 1926 se trataba nada menos que de esto: de «salvar a Nicaragua del bolchevismo». Ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado americano, y utilizando documentos de dudosa procedencia, intentó demostrar que los mejicanos, que habían realizado la primera revolución social del hemisferio (por suerte para ellos con anterioridad a 1917), habían suministrado armas y expertos militares por encargo de Moscú a los jefes del movimiento popular desencadenado contra el dictador Díaz, apoyado naturalmente por los Estados Unidos. La continuación de esta historia es conocida y premonitoria: los marines desembarcan otra vez en Nicaragua, además de la tradicional invocación a «la protección de los ciudadanos e intereses americanos», ya comienzan a defender a sus vecinos de una amenaza comunista entonces perfecta y absolutamente inexistente. Para asegurar esta doble misión dejan al retirarse un cuerpo de elite, la Guardia Nacional, formada por instructores yanquis, y a cuyo frente se encontraba la siniestra figura de Anastasio Somoza, el futuro dictador.

De esta y otras maneras la política americana apoya continuamente a los dictadores de todas las repúblicas centroamericanas. Nunca tuvo reparos el Departamento de Estado en los medios utilizados por sus protegidos para mantenerse en el poder. Por ejemplo, Maximiliano Hernández Martínez, que llega al poder por estos años en El Salvador, era el responsable de lo que genéricamente se conoce en aquel país como «la matanza». Fue la sangrienta represión de una rebelión de indios explotados, que pagaron la muerte de veinte funcionarios del Gobierno con su casi total exterminio: el número de víctimas de la represión llegó a alcanzar los treinta mil…

Sin embargo, a pesar de su incipiente camuflaje ideológico, una virtud tenía la política americana en estos años, la de la franqueza. Asumiendo impávidamente la existencia de regímenes empatados en sangrientas represiones y en la sistemática violación de los más elementales derechos humanos, el secretario de Estado Henry L. Stimson decía, con motivo de la conclusión de la operación nicaragüense: «Entretanto, América Central se ha dado cuenta de que ningún régimen puede mantenerse en el poder sin contar con nuestra aceptación, y que aquellos que no reconozcamos se vendrán abajo».

El ejemplo de Guatemala

Dada la actual situación en América Central, es impensable que el necesario cambio social pueda realizarse guardando una moderación tal que no inquiete a los Estados Unidos. Por eso, no deja de haber gente que, partiendo de la dura realidad de las esferas de influencia, de la misma manera que encontraron cierta justificación a la inquietud soviética frente al que juzgaron precipitado maximalismo de los sindicalistas polacos, la encuentren también a la postura americana frente a movimientos que amenazarían directamente a sus intereses vitales.

En definitiva, la nueva guerra fría se sobrepondría a cualquier conflicto local en cualquier lugar del planeta. A esto habría que responder diciendo que los Estados Unidos reaccionaron de la misma manera en el pasado, cuando en vez de movimientos armados como los actuales, se enfrentaron con tímidos movimientos reformistas, totalmente alejados de cualquier propósito de subversión social o de mesianismos ideológicos. Tal fue el caso del coronel Arbenz en Guatemala.

Llegado al poder en 1950 a través de unas elecciones libres, promulgó una moderada ley de reforma agraria donde para el colmo los terrenos expropiados con indemnización no eran destinados a colectivizaciones de ningún tipo, sino «a desarrollar una economía capitalista campesina y a atender los intereses de nuestra agricultura en general». Al pecado de reformar algo, se añadía otro igual de grave: uno de los afectados, aunque en una parte mínima de sus gigantescas propiedades, era la United Fruit Company, la poderosa empresa norteamericana. La reacción americana fue brutal y fulminante, desde Nicaragua y Honduras la CIA organizó el bombardeo con pilotos americanos de la capital de Guatemala. El mismo embajador americano Peurifoy entró, pistola al cinto, en el palacio presidencial a exigir la dimisión de Arbenz. El ejemplo es válido hasta el final, pues a pesar de que Arbenz se negó a dar carácter revolucionario a su resistencia, armando a los obreros y campesinos que lo pedían, el país fue invadido por un ejército de mercenarios armado y equipado por los americanos y al mando del coronel Castillo Armas. Y la conclusión de la historia sigue llena de enseñanzas: Castillo Armas se comprometió públicamente a «desovietizar» (*sic*) a Guatemala, prohibiendo partidos y sindicatos y creando un «Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo». A los pocos meses, Washington premió con 80 millones de dólares la labor realizada y prometió seguir asistiendo a la recién implantada dictadura.

Con un ejemplo como este, que podía fácilmente multiplicarse, resulta difícil justificar la política americana aduciendo una supuesta y legítima inquietud ante movimientos armados de carácter revolucionario. Los Estados Unidos han dado suficientes muestras en el pasado de que su reacción siempre es la misma, sea cual sea el carácter del movimiento de emancipación que se produzca en su coto cerrado de Centroamérica.

De Carter a Reagan

En cierta manera Carter había intentado adaptarse a los necesarios cambios en Centroamérica, esbozando incluso una política de apoyo para evitar que cualquier auténtico movimiento de reforma o revolución terminase cayendo en una dependencia de la Unión Soviética. Parecía que algo se había aprendido del caso cubano. En correspondencia, la fracción sandinista, apoyada por Venezuela, Panamá y los partidos

socialdemócratas de casi todo el mundo, se definió como «tercerista», es decir, partidaria de una tercera vía entre los dos únicos caminos que parecían existir hasta entonces en esta área, el régimen dictatorial dependiente de Norteamérica o el ejemplo cubano. Todas estas posibilidades se esfumaron al llegar Reagan a la Casa Blanca. Cualquier política que aspirase a encauzar convenientemente los inevitables y, en parte, ya triunfantes movimientos revolucionarios, resultaba absurda para el proyecto exterior de la nueva prepotencia americana. Ya en enero de 1981, antes de que Reagan tomase posesión de su cargo, su consejera y actual embajadora en la ONU, Jeane Kirkpatrick, afirmaba belicosamente que «Estados Unidos tiene que defenderse contra la aparición de una serie de bases soviéticas en la frontera sur de los Estados Unidos». Y nada más comenzado el mandato republicano, el nuevo secretario de Estado Haig, consagraba oficialmente la problemática social de Centroamérica como un frente más del conflicto planetario entre el Este y el Oeste. En una de sus espontáneas reacciones, que tan bien conocemos los españoles desde la noche del 23-F, no vaciló en calificar los movimientos revolucionarios como un sencillo caso de «terrorismo internacional»…

El saldo de una estrategia: la barbarie

Operativamente, la política americana en esta zona se encuadra en la estrategia contrarrevolucionaria del Pentágono, una institución que, como dijo en una ocasión el gran historiador americano Arthur Schlesinger, «mantiene una relación incestuosa con los militares latinoamericanos». Teóricamente, la estrategia se basa en la combinación de la *Coin* (*cointerinsurgency*), la guerra antiguerrillera, con programas de ayuda destinados a aliviar las situaciones que alientan el descontento y la subversión. Pero este último aspecto siempre ha brillado por su ausencia, y cuando tales programas se han dado, se han puesto al servicio de la misma represión. Así, un tímido proyecto de reforma agraria patrocinado en El Salvador en la época de la Administración Carter, fue utilizado por el ejército para localizar y ejecutar a continuación a potenciales líderes campesinos. La situación se ha agravado con Haig, que ha recurrido, sobre todo, para su política latinoamericana a personalidades con pasado militar. Un grupo de personas que, en palabras de Robert White, embajador americano en El Salvador con el presidente Carter, «se caracteriza por una notable

falta de inteligencia política y un anticomunismo fanático, y que no comprenden que exista otra manera de ayudar a un país que inundarlo con armas». Actitud a fin de cuentas lógica, cuando se cree, como Haig, también un militar, que cubanos y rusos se aprestan a desarrollar un plan de expansión en Centroamérica, que partiendo de Nicaragua y a través de El Salvador, Guatemala y Honduras llegaría hasta México. La mentalidad militar y reaccionaria de los dirigentes de la política exterior americana es incapaz de darse cuenta de un hecho esencial: evidentemente los factores exteriores, llámese Cuba o la ideología comunista, tienen su influencia sobre los movimientos revolucionarios centroamericanos, pero se trata de movimientos que se habrían producido incluso si Cuba y el comunismo no existiesen.

Ningún pueblo puede resignarse a vivir en condiciones de máxima explotación y dependencia. Pero, por lo pronto, el saldo de la educación militar de salvadoreños y guatemaltecos en los campos de entrenamiento de las «boinas verdes» en los Estados Unidos no puede ser más siniestro. Es un saldo de barbarie. Remitiéndonos solo a cifras parciales y fiables, según fuentes eclesiásticas en El Salvador han sido asesinadas 32 000 personas desde octubre de 1979, mientras que en Guatemala solo durante 1981 el número de muertos se calcula en 11 000. Y esto sin entrar en detalles macabros, como decapitaciones, mutilaciones y torturas. El 18 de enero, los dirigentes revolucionarios salvadoreños enviaron una carta al presidente Reagan, «el pueblo de El Salvador, que admira el espíritu democrático de los Estados Unidos, no comprende cómo Ud. se ha decidido a apoyar un gobierno que comete un genocidio». La respuesta del presidente americano no se hizo esperar: poco después declaraba que ante el progreso del Gobierno salvadoreño en el respeto de los derechos humanos (se habían contabilizado algunos muertos menos que el año pasado), el Gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a aumentar su ayuda militar.

Las Malvinas, desde Argentina*

Desde hace tiempo, para las multinacionales del petróleo el problema de la soberanía de las Malvinas tendía a eclipsarse ante la realidad de «un mar de petróleo bajo el mar» que se suponía existente en las profundidades del Atlántico Sur. En uno de los innumerables artículos publicados sobre el tema con motivo de la actual crisis bélica, un diario citaba una publicación especializada americana, como testimonio de esta manera de ver las cosas: «El potencial de la cuenca de las Malvinas parece extraordinario… Los dos países, Argentina y el Reino Unido, podrían bien llegar a un acuerdo para acometer conjuntamente la explotación, mientras la cuestión de la soberanía se sigue ventilando». El problema político de fondo quedaba, por así decirlo, enmarcado en la tarea necesariamente internacional de la prospección de los recursos naturales. Y, por parte argentina, hay innumerables testimonios de que sucedía otro tanto. Con la Junta Militar, la situación había llegado a ser óptima. El régimen implantado tras el sangriento *putsch* de 1976 anunció una política energética muy alabada por multinacionales como la Esso, y que consistía esencialmente en el desmantelamiento del monopolio estatal de los «Yacimientos Petrolíferos Fiscales», entregándolos al capital privado, principalmente internacional. Y de pronto, uno de los gendarmes más seguros del imperialismo americano en el Cono Sur, que extendía su celo hasta practicar el intervencionismo más descarado en apoyo de las dictaduras centroamericanas, saca los pies del plato, provocando tensiones y dilemas nunca vistos a su gran patrón del Norte, a los Estados Unidos. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 357, del 16 al 31 de mayo de 1982, pp. 12-13, con el seudónimo de H. J. Renner.

Evidentemente, no se trata, como se ha dicho a veces en un vano intento por conceder cierta racionalidad a la empresa, de una «lucha por el petróleo». Mal puede preocuparse hasta este extremo el Gobierno argentino por riquezas naturales a cientos de kilómetros de sus costas, cuando practica una política económica que no vacila en propiciar la aparición de innumerables «Malvinas» en el interior de su propio país. Para comprender lo que ha sucedido hay que repasar la trayectoria del Gobierno presidido por el general Leopoldo Fortunato Gualtieri.

El cambio de rumbo de Gualtieri

En diciembre del año pasado, el general Gualtieri desplazó a su compañero de armas, el general Roberto Viola. En el nuevo gobierno –formado por seis civiles y cuatro militares–, tres ministros significaban una nueva orientación. En primer lugar, el de Asuntos Exteriores, Nicanor Costa Méndez, decidido partidario de una política todavía más proamericana, poniendo fin a los coqueteos anteriores con el tercer mundo y los países no alineados. Después aparecía la estrella del nuevo gabinete: Roberto Alemann, el ministro de Economía. Con su ayuda los militares creían poder atender a una promesa que databa de la instauración del régimen de la Junta, en 1976: la de estabilizar la economía y las finanzas nacionales. Completaba el trío Sergio Martini, ministro de Obras Públicas, dispuesto a completar la labor de su colega Alemann, deshaciendo las estrechas relaciones existentes entre la industria, las empresas públicas y el Estado.

La situación con que se enfrentaba el nuevo equipo era una situación todavía definida por pautas de comportamiento económico heredadas del peronismo. Los militares habían combatido con toda la crueldad y terror que se sabe a los representantes del régimen anterior, pero en el terreno económico seguían en gran medida presos del pasado. La economía, protegida por elevadas barreras arancelarias, consideraba como un derecho adquirido la socialización de sus pérdidas, cada vez que en una empresa las cosas iban mal. Como el Estado para prevenir el descontento y dar satisfacción a todos no dudaba en tener en perpetuo movimiento a la máquina de hacer billetes, la inflación no descendió nunca de los tres dígitos, alcanzando en 1981 el 131%. La deuda exterior ya se sabe, por habitante los argentinos soportan cifras de deuda exterior incluso supe-

rior a las de Polonia, que ya es decir. Estando así las cosas, una de las primeras medidas del nuevo ministro de Economía consistió en un desmantelamiento de las barreras arancelarias, lo que produjo de inmediato el sacrificio en aras de la libre competencia internacional de muchas empresas argentinas. El subsuelo se declaró a disposición del capital privado, preparándose el desguace de toda clase de monopolios estatales que lo impidiesen, de los petroleros a las comunicaciones. Pero la nueva política tropezaba con obstáculos. En primer lugar, los militares temían una explosión social de aplicarse hasta el fin el ultraliberalismo del nuevo ministro. Pero había algo más: muchos militares habían sido desposeídos, o estaban en peligro de serlo, de sus sustanciosos puestos como consejeros de las empresas públicas. Las voces que dentro de las mismas filas del régimen se quejaban de la «venta de la industria nacional» pensaban, sobre todo, en el riesgo que corría su propia cartera.

Desde finales del año pasado la situación era realmente explosiva, por la aparición de un nuevo elemento, un paro de dimensiones desconocidas hasta entonces en la Argentina. Con el respaldo directo de Gualtieri, Alemann se decidió a aplicar los puntos más conflictivos de su recetario. Se congelaron los sueldos de los funcionarios (y de los militares), se redujo el presupuesto militar en el 10%, se liberó el cambio del peso, mientras se aumentaba el ritmo de la subasta de las empresas públicas. Por último, se daban los primeros pasos para llegar al nervio del asunto, una política de austeridad monetaria.

Las dificultades de una política

Pero el remedio parecía ser peor que la enfermedad. De nuevo, los militares afectados comenzaron a hablar de «una política económica poco nacional». La pequeña y mediana empresa clamaba reclamando el restablecimiento de la ayuda estatal y del crédito fácil. Por último, los sindicatos, existentes a pesar de su prohibición oficial, protestaban por unas medidas de saneamiento que se aplicaban siguiendo la doctrina económica «friedmannita», a costa del hombre de la calle.

Naturalmente, los partidos, los viejos y nuevos partidos comenzaron a moverse, exigiendo un plazo fijo para la convocatoria de elecciones, es decir, un plazo fijo para la cesión del poder a los civiles. Posiblemente, si solo de esta se tratase, de la entrega de una economía en

bancarrota a los civiles, esta salida habría tenido valedores en la Junta. Pero los militares están presos de su sangriento pasado, un pasado repleto de todos los asesinatos, secuestros y torturas de los años de la lucha contra la «guerrilla», de 1976 a 1979, y los partidos no estaban dispuestos a garantizar un futuro exento de peticiones de responsabilidad. A esto hay que añadir que el ejército no se encontraba en la mejor posición para negociar, dada la desunión que había causado la nueva política económica en su seno. Para colmo de males, había reaparecido uno de los cánceres del pretorianismo argentino, la rivalidad entre la Marina y el Ejército de Tierra. Y para que nada faltase, en el tránsito al nuevo año Argentina padecía una grave derrota internacional al no lograr imponer directamente sus pretensiones en la disputa con Chile por las tres islas del canal de Beagle.

Es sobre este trasfondo como debe verse el golpe de mano de la invasión de las Malvinas. Una base militar desunida, acosada por la crisis, apoyando parcialmente una política económica que amenaza con provocar la explosión social. La empresa exterior de las Malvinas responde, evidentemente, a esta situación: Gualtieri creyó haber encontrado la salida de sus dificultades galvanizando las masas argentinas y obligando a seguirle a sus compañeros de armas en una aventura de que en Argentina apoyan, como se ha visto, hasta los perseguidos «montoneros»: la recuperación de las islas irredentas. Resulta difícil entender desde Europa que un cálculo tan basto haya tenido éxito, pero evidentemente lo ha tenido, al menos por el momento. Los argentinos, como decía Castillo del Pino, han caído en la «trampa del dictador». Lo que complica la situación para Gualtieri y los suyos es que la vieja potencia colonial inglesa no ha caído en su trampa y se ha negado a hacer el juego. Pero el espectáculo anacrónico de la flota inglesa camino de las Malvinas con un príncipe real a bordo, no despoja de sus dimensiones trágicas a una guerra provocada por el primitivismo político del dictador argentino. Por otra parte, no hay que olvidarlo, una guerra más que suma sus víctimas a las de las hostilidades entre Irán e Irak, Israel y el Líbano, por no hablar de guerras civiles con abierta intervención internacional, como la permanente tragedia de El Salvador.

Versalles, las Malvinas y el Líbano*

Parecería que en Versalles no ha pasado nada. El resultado de la conferencia, e incluso las noticias simultáneas del Próximo Oriente, no han afectado para nada, por ejemplo, al mercado de valores europeo. Los expertos suizos, pongamos por caso, no han dado a los textos finales de la conferencia más valor que el de una platónica y poco comprometida declaración de intenciones. No les falta en cierta manera algo de razón. Las periódicas conferencias de los siete Estados más industrializados del mundo se han ido convirtiendo, cada vez más, en un gran espectáculo. Poco queda de la primitiva idea de Giscard d'Estaing, la de una discusión en reducido círculo de los más importantes problemas monetarios y económicos para estudiar soluciones globales. Actualmente, las conferencias económicas de los siete suponen un gigantesco aparato, los preparativos duran meses y generan una enorme burocracia. Los principales participantes orientan sus intervenciones teniendo en cuenta el efecto de los medios de comunicación en sus respectivos países. Pero, en todo caso, revelan un hecho, la persistencia de la comunidad de los más ricos, fruto del desarrollo de capitalismo industrial en el hemisferio occidental. Esta comunidad existe, puesto que se ha reunido en Versalles y, con todas sus diferencias, es consciente de las comunes amenazas que pesan sobre ella. Esta comunidad de base, tan diferente del orden disperso en que el capitalismo se enfrentó con la gran depresión de los años veinte, explica la tranquilidad, a primera vista desconcertante, de gente tan inteligente para estas cosas como los banqueros suizos.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 359, del 16 al 30 de junio de 1982, pp. 10-11, con el seudónimo de H. J. Renner.

Una crisis que no cesa

El marco de esta última conferencia ha sido el más grandioso, pero no por eso la crisis es menos grave. La situación es muy diversa a la existente hace siete años, cuando la conferencia se celebró más modestamente en Rambouillet. En aquel entonces, en 1975, dos años después de la primera crisis del petróleo y la recesión consiguiente, se trataba ya de hacer frente a la inflación, al paro en aumento y al encarecimiento de la energía, también comenzaba a preocupar el mercado monetario. El tiempo no ha hecho sino agravar estos temas, que siguen siendo los mismos en Versalles. Pero el agravamiento de la situación ofrece aspectos paradójicos.

Pues, desde hace algunos meses, se registra una desaceleración de la inflación, bajan los precios de las materias primas, incluido el del petróleo. En otra época, estos síntomas habrían sido alegremente interpretados como el anuncio del fin de la crisis. Hoy, en cambio, se prevé tan solo una modestísima recuperación para la segunda mitad de 1982. Da la sensación de que la economía capitalista está dominada por una extraña parálisis, que es incapaz de reaccionar. La explicación más corriente hace referencia, sobre todo, al mecanismo con que se ha financiado el crecimiento entre las dos crisis petrolíferas. Un mecanismo basado esencialmente en los créditos, y los créditos hay que pagarlos. Todos los deudores, Estados o empresas, procuran ajustar al máximo sus gastos o inversiones, reduciendo sus compras exteriores para poder hacer frente a sus obligaciones. En esta situación, el crecimiento tiende a frenarse (se estima solo en un 0,3% para 1982, muy cerca del «crecimiento cero»), el comercio mundial corre el riesgo de paralizarse víctima de un repliegue nacional tras las fronteras. Es a la luz de estas amenazas como ha de verse la Conferencia de Versalles. Todos están de acuerdo en que las economías capitalistas se encuentran en un punto crítico. Sin Versalles, y todo lo que esta conferencia y las anteriores han significado no estaría excluida una escalada de proteccionismo frente al brutal neoliberalismo de los americanos.

Un proyecto fallido

El auténtico derrotado de Versalles es el presidente francés. Según el socialista Mitterrand, la conferencia no debía ocuparse de medidas a corto plazo, destinadas a apuntar en definitiva unas relaciones econó-

micas mundiales bajo la égida americana y la carrera armamentística, sino que debía diseñar proyectos a medio y largo plazo, inspirados por cierta filosofía política sobre los grandes problemas de nuestra época. Proponía el estudio de un nuevo orden monetario y grandes planes para hacer frente al paro, con ayuda de las nuevas tecnologías. Nada de todo esto ha resultado. Puede uno preguntarse hasta qué punto va a ser posible la continuación de la progresista política del Gobierno francés en la comunidad forzada en que se encuentra con naciones tan ortodoxas como América, Inglaterra, Alemania o el Japón. Por otra parte, hay que disfrutar del ánimo intelectual de un Mitterrand para escoger los jardines y la real pompa de Versalles para enfrentarse con el angustioso problema de los casi treinta millones de parados de la Europa industrial.

Algo se ha alcanzado

Pero sería precipitado concluir que la Conferencia de Versalles ha arrojado un saldo totalmente vacío para el mundo capitalista. Evidentemente, como ha observado sobriamente el canciller alemán, en Versalles «no se ha reconstruido el mundo». Pero las grandes potencias se han puesto de acuerdo en algunas cosas en el terreno económico, a reserva de otros acuerdos en su reunión de Bonn. En primer lugar, han reafirmado su intención de hacer frente a cualquier tentación proteccionista. Empresas y sindicatos presionan en muchos países a sus gobiernos para lograr limitaciones a las importaciones en momentos de paro y recesión. El que el comercio mundial, aparte de algunas excepciones y teniendo en cuenta las peculiaridades de la economía-continente que es América siga siendo relativamente libre, constituye un dato esencial que diferencia a la actual crisis de la pasada gran depresión del 29. Para los americanos, por ejemplo, Versalles ha sido, en gran medida, y sobre todo, una estación previa a la próxima reunión de la GATT, la conferencia sobre aranceles y comercio internacional.

Naturalmente, la palabra *cooperación*, tan utilizada en Versalles, admite varias interpretaciones. Para los americanos supone, antes que nada, una coordinación de las medidas contra la inflación. En caso contrario, los disidentes habrán de ajustarse a las consecuencias. «Los países que desarrollan políticas inflacionistas, decía el secretario del Tesoro americano en vísperas de la conferencia, deben soportar sus consecuen-

cias en los tipos de cambio y en su balanza de pagos. Se piensa, sobre todo, en Francia. En cambio, contra lo que generalmente se pensaba, los americanos se han mostrado proclives a la colaboración en el terreno monetario. Ya veremos lo que resulta en la práctica de su declaración de intenciones, pero no deja de constituir un acontecimiento el abandono de su rígida y ortodoxa posición de no intervencionismo, declarándose dispuestos a hacerlo en caso de registrarse fluctuaciones erráticas en los cambios». En compensación, los europeos no han insistido tanto como se esperaba en el asunto de las altas tasas de interés americanas. Lo que ha debido agradecer bastante un Reagan que llegaba a Versalles con plomo en el ala, después de su fracaso en cuestión del presupuesto americano.

La auténtica contrapartida: el comercio con el Este

Pero la auténtica compensación la representó el texto final sobre el comercio europeo con los países del Este.

En esta cuestión se había llegado durante el transcurso de la conferencia a vivos altercados entre algunos ministros de Economía europeos y el americano Haig. Los europeos se resistían a una limitación de su comercio con el Este y a la eliminación de las facilidades de pago acordadas a sus clientes, especialmente a Rusia. Finalmente, se llegó a un texto más cercano al punto de vista americano que a las iniciales posturas de los europeos. La cuestión, evidentemente, no está cerrada, pues la mayoría de los países europeos siguen resistiéndose a sujetar sus relaciones comerciales a las directrices de Washington. Pero, por lo pronto, Versalles ha dado razón al presidente de la comisión del Mercado Común, cuando profetizó que los americanos harían concesiones en la cuestión monetaria, para conseguir, a su vez, concesiones en la cuestión del comercio con los países comunistas. Veremos lo que resulta de todo esto y quién sale ganando.

Las Malvinas y el Líbano

En todo caso, resulta evidente que los europeos se esfuerzan en salvar un comercio que es algo más que negocios, que significa en el marco de nuestro continente la distensión. Una distensión cada vez más amena-

zada en el resto del mundo con el apoyo obligado de estos mismos europeos, aliados militares de los agresores, y amenazada antes y durante la conferencia. El antes es sabido que se llama las Malvinas, el durante se llamó el Líbano, y todavía dura. Los israelíes creen haber seleccionado muy bien sus fechas para realizar un proyecto varias veces aplazado, el ataque a la OLP y la transformación del Líbano en un nuevo glacis, en su insaciable búsqueda de fronteras seguras. Aparentemente, parecen haber escogido bien el momento, en un mundo ya escandalizado por algo que a mucha gente parece peor, el sacrilegio de una guerra entre dos naciones del hemisferio occidental, en un Próximo Oriente donde cuentan con sus espaldas guardadas por la paz con Egipto y se enfrentan tan solo a un Líbano dividido y a una Siria aislada en el mundo árabe. Todo esto sería verdad si se tratase tan solo de lograr éxitos militares, que el ejército israelí va obteniendo con la precisión y la brutalidad a que nos tiene acostumbrados. Pero Israel, la OLP, los sirios y los libaneses, no se encuentran solos en el mundo. La cuestión es la del saldo político que toda esta operación militar va a arrojar en el conjunto del mundo árabe y en sus relaciones con el Occidente y con Rusia. La potenciación resultante de Israel como enemigo nato del mundo árabe va a estimular sueños y proyectos de frentes comunes islámicos, nunca del todo abandonados. La agresión israelí va a poner en una situación difícil a los regímenes moderados árabes, flanqueados como están por un cordón revolucionario que del Yemen del Sur se extiende hasta Argelia, pasando por Irán y Siria. Para muchos árabes, Israel es ahora más que nunca la punta de lanza de una nueva cruzada de los países imperialistas. En el mismo momento en que la guerra de las Malvinas ha reavivado análogos sentimientos en los países del tercer mundo, el ataque de Israel al Líbano y la actitud de América con su veto en el Consejo de Seguridad contra la evacuación de los terrenos invadidos, crea una situación que puede generar peligros muy graves para la paz mundial. Al revés de lo que sucede tratándose de las Malvinas, este es un conflicto cuya localización y dimensiones no se halla solamente en manos de una de las superpotencias. A medio plazo existe un peligro de confrontación más o menos directa entre América y Rusia. Ya veremos por qué.

Tecnología y barbarie: la impotencia de una victoria*

«Se ha dicho que combatían por la seguridad de Galilea, pero lo que se intenta es resolver el problema palestino por la fuerza de las armas y anexionar más territorios. El Gobierno judío no confunde la seguridad con las fantasías geopolíticas y sigue el camino de la arrogancia y el aventurerismo. Por eso, hay que proclamar que está equivocado, que ha llegado el momento de lograr un compromiso histórico con los palestinos, de hablar de paz». No se trata de una frase extraída de un mitin de la izquierda europea en favor del pueblo palestino; son palabras de un orador en la manifestación contra la guerra del Líbano celebrada en la plaza del Ayuntamiento de Tel Aviv y que congregó a más de 50 000 personas.

Una guerra distinta

La guerra del Líbano es una guerra distinta, y no solo por su duración, en un Estado cuyas campañas más largas no han rebasado los siete días. Es distinta también porque es una guerra, que como la de Argelia en Francia o la de Indochina en Estados Unidos, tropieza con una viva oposición interna apenas comenzada. Indudablemente, como también sucedió tratándose de Francia y de Estados Unidos, se habla de «traición» y de «puñalada por la espalda» a los combatientes en el frente, pero son los mismos corresponsales de guerra israelíes los que opinan que el precio de la brutal victoria ha sido demasiado alto, pues este precio en muchas ocasiones ha sido la pérdida de fe en la justicia de la propia causa. Este aspecto de la guerra es el que nos interesa tratar aquí, pues ya se ha

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 361, del 15 de julio al 1 de agosto de 1982, pp. 8-9, con el seudónimo de H. J. Renner.

dicho todo lo que se tenía que decir sobre la agresión israelí y su intento de imponer «un nuevo orden» en el Líbano, entregando los musulmanes desarmados a las milicias cristianas falangistas y aniquilando por su cuenta el mayor número de combatientes palestinos. Y, esta vez, lo han dicho incluso voces que se podría suponer afectas a todo lo que hiciese un Estado judío. Pues, por primera vez, intelectuales de origen judío se han declarado en contra de la invasión del Líbano. Hasta en Alemania los intelectuales de izquierda han proclamado en la prensa que su solidaridad con un pueblo víctima de la persecución nazi no les obligaba a solidarizarse también con los delirios imperialistas de sus militares.

De Galilea a Beirut

La primera razón de un desconcierto que incluso se produjo en muchos judíos fue el contraste entre el punto de partida, una empresa llamada «paz en Galilea», y el punto de llegada, los arrabales de Beirut, pasando por la destrucción de ciudades enteras como Tiro y Sidón y multitud de aldeas y pueblos. Para neutralizar estas baterías, silenciosas por lo demás desde hacía dos meses, y con el pretexto de un atentado contra un embajador en un país situado a miles de kilómetros, en Inglaterra, se invadía a sangre y fuego una nación vecina.

Hitler había hecho cosas parecidas, pero al menos se había tomado la molestia de bautizarlas con nombres más apropiados. Pero al desconcierto se sumó el escándalo cuando se supo que la ampliación de la guerra significaba también la transformación de la naturaleza de sus objetivos: se trataba de atacar, simplemente, todo lo que fuese palestino. Al final se encontraban los seis mil cercados de Beirut, pero en el camino la inextricable relación entre los guerrilleros palestinos y la masa de refugiados no permitía muchas distinciones entre objetivos militares, mujeres, ancianos y niños. Todos conocemos por la prensa y la televisión el sangriento saldo de esta victoriosa campaña, un saldo todavía abierto en el momento en que la artillería israelí no cesa de bombardear campos de refugiados y barrios urbanos.

Tecnología y barbarie

La ampliación de la campaña ha potenciado los rasgos más negativos del ejército judío. Cuando se habla de este ejército se piensa sobre todo en

su carácter de vicario de la tecnología bélica americana frente a países, como Siria, alimentados por la industria de guerra soviética. El enfrentamiento entre baterías y aviación sirias y judías en estos últimos días, por ejemplo, ha constituido un auténtico festival de electrónica militar. Los israelíes despistaron con los más sofisticados trucos a los radares y misiles del enemigo, destruyendo con siniestra precisión tanques y aviones. Pero todo esto no eran más que operaciones disuasorias frente a unos adversarios, como los sirios, incapaces de ir más allá de la defensa propia. El otro enemigo, el pueblo y los guerrilleros palestinos, han tenido que ser desalojados casa por casa y bombardeados implacablemente con la artillería convencional. Se han montado campos de prisioneros, se han tomado rehenes cuando ha sido necesario, se han ejecutado represalias. Todo muy lejos de las guerras entre profesionales especializados en las altas técnicas de la matanza con computadoras portátiles.

Pero lo más grave para los israelíes, para algunos israelíes, era que de esta manera se potenciaban y se legitimaban, en gran escala y de manera continua, procedimientos que nunca habían dejado de ser habituales en el ejército judío. Ningún ejército del mundo anuncia con la tranquilidad con que suele hacerlo el israelí, que «la familia del presunto guerrillero fue ordenada que saliese de su casa, que a continuación fue dinamitada para servir de ejemplo», tal como podía leerse en los periódicos de hace un par de fechas sobre unos sucesos ocurridos en los alrededores de Belén. Al lado de estas voladuras «humanitarias», pues no hay más víctimas que todos los bienes y enseres de una familia cuyo todo delito es contar entre sus descendientes un posible combatiente palestino, hay y ha habido otro tipo de voladuras.

Un tipo de voladuras encomendadas a unidades especiales, cuya existencia se ha desmentido por rutina alguna que otra vez, como la famosa «unidad 101». Fue esta unidad la que a fines de 1953 atacó la aldea siria de Kibie, volando todas las casas del poblado con todos sus habitantes dentro, setenta personas entre hombres, mujeres y niños. El oficial que dirigió esta acción fue precisamente el actual artífice de la campaña del Líbano, el ministro de la Defensa Arik Scharon. Un militar que, como otros muchos, dedicó gran parte de su carrera al arte de la represalia, y que cuando combatió en campo abierto se jactó de «no fusilar prisioneros, pues nunca hacía prisioneros». En febrero de 1955, casi provocó una crisis gubernamental con su proceder en la franja de

Gaza, entonces bajo control egipcio. Encargado de atacar un destacamento egipcio, sus paracaidistas lo sorprendieron durmiendo y mataron a todos los soldados enemigos. No hubo, efectivamente, prisioneros, solo muertos. Hace algún tiempo un experto militar judío llegó a decir: «es un criminal de guerra; ni más ni menos, gente como él fue colgada en Nuremberg».

El éxito de la campaña militar está fuera de duda. En definitiva, Israel se ve frenado en su deseo de aniquilar físicamente al núcleo dirigente de la OLP tan solo por la presión de la oposición interna, la crítica internacional y los intereses americanos en la zona. En definitiva, por factores extramilitares, ajenos a la campaña propiamente dicha. Diplomáticamente tampoco las cosas parecen haberle salido tan mal. El tratado con Egipto ha resistido a la prueba de las masacres del Líbano, el resto de los Gobiernos árabes se limitó a protestas verbales y los sirios combatieron solo en la estricta medida en que fueron literalmente obligados a ello. Rusia, el lejano vecino, tan solo ha reaccionado vivamente ante un inminente desembarco de marines estadounidenses en el Líbano. En total, poca cosa.

Pero las apariencias engañan, porque todo este razonamiento supone dar como bueno el supuesto sobre el que se ha montado la campaña militar. El supuesto de que la amenaza para Israel consiste en la OLP, en Arafat y sus últimos seis mil fieles cercados en Beirut. Pero la amenaza para Israel no está en el barrio oeste de Beirut. Está dentro y fuera de sus propias fronteras. Puede destruirse la OLP, quemar sus archivos y fusilar a todos sus miembros. Pero los más de tres millones de refugiados palestinos que rodean y penetran a Israel, que se reproducen a una tasa demográfica tres veces superior, guardarán memoria de este intento de genocidio selectivo, y su lucha ha demostrado ya que no abandonarán, ni ante la barbarie desatada, una causa justa. «Jamás se obtuvieron mayores victorias, ni se llevaron a cabo campañas más geniales, dijo en su momento Hegel de Napoleón, pero tampoco la impotencia de la victoria apareció en una luz más clara que entonces. La individualidad y la voluntad interna de los pueblos derribaron finalmente su imperio». Este es el destino de cualquier imperio israelí, incluso si por una sucesión de fronteras cada vez más seguras se llega algún día a realizar aquel sueño de Ben Gurion, cuando dijo que «el mapa actual de Palestina es el del Mandato británico; para el pueblo judío existe otro mapa que nuestros

hombres deben llevar a cabo: el que se extiende entre el Tigris y el Éufrates». También entonces los israelíes tropezarían con la idea y los militares de un Estado palestino.

Israel, peón americano

Pero no se trata solo de una victoria impotente, se trata también de una victoria contraria a los intereses nacionales de los propios judíos. A menudo se interpretan los hechos como si Norteamérica marchase siempre a remolque de las iniciativas israelíes, que pondrían sistemáticamente a su potencia protectora frente a hechos consumados. Esto es verdad, pero no toda la verdad. Israelíes y palestinos están condenados a entenderse, pero tal entendimiento fatalmente se haría en detrimento del orden que en la zona quiere mantener Norteamérica, un orden basado sobre todo en el cinturón de países árabes conservadores. América prefiere un Israel en perpetuo pie de guerra, a un Próximo Oriente peligrosamente revolucionario. El papel de gendarme que asume Israel se lo cobra con una libertad de movimientos que a veces incomoda a su gran protector. Pero este papel va camino de sacrificar los auténticos intereses del pueblo judío a los planes egoístas del imperialismo americano.

¿Lucha de clases desde arriba? Sobre el cambio de la política alemana*

Grandes cosas hemos visto últimamente en Alemania: el voto de la segunda moción de censura en su historia constitucional, que no es poco, con el resultado de interrumpir un período de más de dieciséis años de poder socialdemócrata, lo que es todavía más importante. Con su tradicional pedantería, los comentaristas alemanes se han puesto a extraer balances, discutiendo si se trata de una «ruptura» o de un «cambio», si lo que queda atrás es una «era», como se habla de la «era Adenauer», o una «etapa», y así sucesivamente. Antes habían abundado las críticas al «oportunismo» de los liberales y la preocupación por el importante papel asumido por el político bávaro Strauss. Este político simpatizante de Fraga, al revés que sucede con su partido en Bonn que lo es de la UCD, pero con el que no puede cometerse la injusticia de compararle. La simpatía de Strauss por las dictaduras nunca ha ido más allá de su incontinencia verbal, nunca ha sido ministro fascista, ni ha tolerado en su época de poder que una manifestación obrera se saldase con muertos, como ocurrió en Vitoria, o que los grupos terroristas de derecha irrumpiesen sangrientamente en una manifestación autonomista, como sucedió en Montejurra. Evidentemente, cuando los alemanes califican de «fascista» a Strauss no saben lo que dicen. Y, por último, el solemne funeral político del canciller Helmut Schmidt, que ha visto honrado su fundamental conservadurismo, al ser considerado por muchos casi como una víctima de su propio partido. En todo caso, y para resumir, incluso un publicista tan poco sospechoso de simpatías socialistas como Theo Sommer, dice que «la era de la coalición social-liberal no es nada de lo que los alemanes deban avergonzarse». E incluso algo, añadiría-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 367, del 15 al 30 de octubre de 1982, pp. 11-12, con el seudónimo de H. J. Renner.

mos nosotros, que los alemanes van a añorar muy pronto, si las cosas van a seguir el curso que se anuncia. Y esto es lo que vamos a ver ahora.

El fondo de la cuestión

A principios del pasado mes de septiembre, el liberal Otto, conde de Lambsdorff, desde hacía cinco años ministro de Economía (no deja de tener gracia que un gobierno, presidido por los socialistas, abandone durante todo este tiempo una cartera como esta en manos de un liberal, pero esta es otra historia), se decidía a hacer públicas sus reflexiones sobre la crisis económica que atraviesa Alemania, como todos los países occidentales. El producto fue un documento de largo título: «Borrador de una política para superar el bajo crecimiento económico y para combatir el paro». De entrada hay que advertir que el documento fue inmediatamente desautorizado por el mismo Schmidt, y marcó significativamente la fase final de la ruptura de los liberales con los socialdemócratas. Pero, además, el documento desencadenó una polémica de tal envergadura que dividió prácticamente a toda la opinión pública alemana. Incluso en las mismas filas del partido liberal abundaron las críticas, donde se llegó a calificarlo de «cámara de torturas del primer capitalismo», mientras que el movimiento católico obrero lo acusó de «defender el más negro liberalismo», por ahorrarnos los lógicos adjetivos que mereció de los poderosos sindicatos alemanes. Las propuestas del conde, sin embargo, no contenían nada nuevo.

Se integraban en la misma perspectiva que domina las políticas de un Reagan o de una Thatcher. Una perspectiva que considera roto el equilibrio entre las necesidades del desarrollo capitalista y las funciones sociales del Estado, o si se quiere decir de otra manera, a nuestra manera, entre la acumulación capitalista y la legitimación social que garantiza la paz y la integración de las clases sociales. Se trata, en definitiva, de lo que algunos marxistas clarividentes, ya antes de la irrupción de la actual crisis económica, denominaron «la crisis fiscal del Estado» (O'Connor), una crisis que, según los liberales, debe resolverse ahora con el desmontaje de prestaciones y funciones sociales y con la disminución de impuestos a los empresarios. En este sentido, el documento de Lambsdorff tiene una virtud, es perfectamente claro: hay que aliviar las cargas que pesan sobre los que tienen dinero para invertir, para que

se animen a hacerlo, y para compensar el déficit originado hay que disminuir la ayuda a aquellos que necesitan el dinero para vivir, pues estos en ningún caso podrán ser inversores. Y a partir de esta premisa, viene todo lo demás: reducción de pensiones, aumento de precios, disminución y aun supresión de impuestos a los empresarios, endurecimiento del seguro de paro… Esta versión fanática de una economía de la oferta quiere ignorar su posible consecuencia: «transformarse en una tapadera bajo la cual se transfiere silenciosa y secretamente más dinero a los ricos» (en palabras de John Kenneth Gallbraith).

A la vista de lo que está sucediendo en América e Inglaterra, puede adivinarse el resultado de este radical saneamiento de la economía, un resultado que queda estancado en su primera fase, una fase de auténtica lucha de clases desde arriba, contra los más débiles económica y socialmente, pensionistas, jubilados, pequeños empresarios, etc. Esta política ignora otra cosa aún más importante, que la distribución de cargas y prestaciones nunca ha sido ni podrá ser el mero reflejo automático de las leyes de una economía de mercado, purificada de todo estatalismo perturbador, sino que ha sido y seguirá siendo producto de la lucha de clases en la sociedad capitalista, o, si se prefiere una expresión más académica, del nivel de conflictividad social. Y en este sentido la llamada «paz o contrato social» también constituye un factor de la producción. Un factor de la producción cuyo comportamiento puede alterar gravemente los cálculos del dogmatismo liberal, pues es de suponer que los perjudicados no van a aceptar sin más un cambio tan brutal en la política económica.

No estamos en 1930: la servidumbre del populismo

En 1930 una situación análoga se resolvió de una manera rápida. Existía en aquel entonces un gobierno de coalición bajo dirección socialista y enfrentado también al mismo problema, cómo repartir los costes de una crisis económica, la famosa «gran depresión». También se hicieron concesiones iniciales, el afamado teórico socialista Hilferding cedió su cartera de Economía nada menos que a un Paul Moldenhauer, director del consorcio de la IG-Farben. Pero el otro partido era un partido declaradamente de la gran industria, el Deutsche Volksparte, sin servidumbre populista de ninguna clase (de ese aspecto de la cuestión ya se en-

cargarían los nacionalsocialistas), y en absoluto interesado en mantener el sistema democrático a costa de sus intereses. El problema se resolvió con una reducción de los gastos sociales y con la salida de los socialistas del Gobierno, no volverían a ocupar su jefatura hasta treinta y nueve años después, con Willy Brandt. Ya sabemos todos lo que ocurrió entretanto: el Gobierno presidido por Hermann Müller resultó ser el último Gobierno democrático alemán. Pero, claro está, la situación ahora es muy distinta.

El nuevo canciller Kohl no puede permitirse, en un Gobierno amenazado de unas próximas elecciones, formulaciones tan brutales como las del conde Lambsdorff. Tampoco, dicho sea de paso, puede permitirse en un partido serio, como es la democracia cristiana alemana, la demagogia populista e irracional de una Alianza Popular española, que promete al mismo tiempo la reducción de impuestos y el aumento de la ayuda familiar y de las pensiones. Y, por último, no hace falta decir que Kohl y su partido son perfectamente demócratas, y que en absoluto entra en sus cálculos la posibilidad de que, en el peor de los casos, unos militares golpistas le proporcionasen la posibilidad de aplicar sus recetas contra la crisis económica sin molestas cortapisas. Por eso, aun estando de acuerdo con la terapia formulada hace mes y medio por el conde liberal, los democristianos tienen que guardar las formas si quieren conservar sus votos populares. De esta manera, aunque no dejan de alabar su «notable honradez» y lo «constructivo» de sus propuestas, añaden con precaución que el plan está «socialmente desequilibrado». El mismo Strauss, partidario de siempre de un radical ahorro en el gasto público, se preocupó de calificarlo en vísperas de las elecciones bávaras de «medicina algo brutal». Por su parte, ya antes de su investidura, Kohl tranquilizó al ala izquierda del partido, asegurando que la CDU nunca aceptará puntos tan escandalosos como la supresión del subsidio a la maternidad o la brusca contracción del seguro de paro.

¿Qué va a pasar?

Cambiar la política económica, esta parece ser la razón más poderosa para justificar el cambio de gobierno. La cosa solo resulta plausible teniendo en cuenta la hipersensibilidad de los alemanes frente a los indicadores económicos, una hipersensibilidad que quizá se deba al trauma

histórico que fueron las crisis económicas de entreguerras y que dieron al traste con la democracia en este país. Pues Schmidt entrega a los cristianodemócratas una Alemania con las tasas de paro e inflación más bajas de Europa. Mientras que la América de Reagan, a pesar de todos sus esfuerzos y recortes presupuestarios, es incapaz de relanzar la inversión, alcanzando la tasa de paro la cifra más alta desde la famosa crisis de 1929, una tasa del 10,1%, la República Federal, a pesar del freno que representó la presencia liberal en el Gobierno, ha podido mantener esta misma tasa en un 7,4%. Mientras tanto, en Washington algunos se han apresurado a calificar a Kohl como un «líder cercano a la filosofía económica de Reagan». Difícil les va a resultar a los democristianos aplicar tal filosofía, máxime si cumplen su promesa de convocar elecciones en marzo de 1983. Por otro lado, el paso a la oposición de unos socialdemócratas liberados de la hipoteca del poder puede significar cambios importantes y ejemplares. De esto nos ocuparemos en una próxima ocasión.

Incertidumbre dentro de un orden. La sucesión de Breznev*

Breznev ha muerto, Chernenko ha pasado a ocupar la Jefetura del Estado y Andropov la Secretaría General del Partido. Aunque todo apunta a la consolidación de este último, la experiencia enseña que todavía pueden pasar algunos años hasta que la situación se aclare. Aquí terminan las evidencias mínimas y únicas, a partir de aquí todo son suposiciones.

«Nada puede cambiar en Rusia o puede cambiar mucho»

Esta conclusión de un diario norteamericano resume gráficamente el auténtico estado de la cuestión. Todos sabemos que la situación interior rusa entraña momentos críticos, en lo económico y en lo social. Todos suponemos que el aparente autoritarismo sucesorio esconde luchas y rivalidades. Pero también domina el sentimiento de que nada de esto amenaza el equilibrio interno por el momento, un equilibrio garantizado por el ejército y la milicia, por la profesionalidad y la rutina de unas burocracias envejecidas y quizá corruptas, pero que siguen firmemente instaladas. A pesar de eso, la kreminología, ciencia adivinatoria, se obstina en plantear toda sucesión, o todo cambio, como un drama que comienza obligatoriamente con la «búsqueda del sucesor» y la definición del nuevo «déspota». Este procedimiento se basa en dos suposiciones perfectamente gratuitas. La primera consiste en negarse a aceptar que la sucesión sea un asunto ya perfectamente regulado desde antes, quizá desde comienzos de este año. Pero la kreminología no quiere renunciar al golpe de efecto que consiste en hacer coincidir unos funerales con la

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 368, del 15 al 30 de noviembre de 1982, p. 8, con el seudónimo de H. J. Renner.

lucha por el poder. El segundo error es olvidarse de que, si literariamente Rusia es un régimen despótico, no está gobernada por un déspota, sino por un grupo despótico. Todas las instituciones y poderes están representadas en el Politburó, y el secretario general, por mucho culto de personalidad que haya, tiene que tener en cuenta este hecho. No lo sabemos exactamente en cada caso, pero consta que en muchos el Politburó ha logrado imponer su voluntad a Breznev, o este se ha guardado de manifestar la suya para evitar ser desautorizado.

Las famosas burocracias

Hay kreminólogos y kreminólogos. La segunda especie se cuida de caer en el género de «intrigas de corte» e intenta ir más allá. Formula sus análisis y pronósticos ayudándose del concepto de *burocracia*. Hay tres burocracias, a saber, la del aparato militar, la económica y la del partido. Ahora todos estarían descontentos de la económica, el partido porque carga con las consecuencias de la mala administración, el ejército porque la carencia de recursos dificulta la realización de sus proyectos. El sucesor, Andropov o quien después venga, consolidará su poder en la medida en que controle las tensiones y logre una situación de equilibrio, garantizando la reproducción del sistema. El problema de este modelo es que la inmensa Rusia no cabe dentro. Simplificaciones de tal tipo son legítimas en dos casos. Como punto de partida, condenadas entonces a ser abandonadas y enriquecidas a medida que estudiamos la realidad, o como punto de llegada, cómodas entonces para exponer didácticamente una realidad ya analizada anteriormente en toda su complejidad. Hoy por hoy, las dos cosas son imposibles tratándose de Rusia. El recurso al concepto de la burocracia no es más que un consuelo metodológico, que sublima las sórdidas luchas personales de una gerontocracia ávida de poder, al desvelarlas como luchas entre grupos sociales. Y teatralmente debe ser así, pero no podemos saberlo. Resulta desconsolador, pero solo podemos formular el piadoso deseo de que algún día la sucesión de Breznev, y de lo que siga, pueda ser analizado desarrollando conceptos que actualmente no son más que postulados demasiado generales. Hay, tiene que haber, burocracias, clanes, grupos de presión, centros de decisión de contenidos y fines diversos. Nada de estos sabemos. Solo el nominalismo combinatorio de nomenclaturas y enunciados generales. Sigamos con ello, pero sabiendo que es muy poco.

La izquierda que ha ganado: el PSOE*

Las elecciones del 28 de octubre también en Aragón como en el resto de España han dado como resultado la transformación del PSOE en la principal fuerza política. En efecto, el apoyo de casi la mitad de los votantes aragoneses ha supuesto que del total de la representación parlamentaria aragonesa –catorce diputados y doce senadores–, nueve diputados y otros nueve senadores se inscriban en las candidaturas del puño y la rosa. El proceso electoral y sus resultados se analiza en otro lugar de este número. Estas líneas están dedicadas no tanto a los votantes, y a su distribución geográfica y social, sino a lo que votaron: al partido de izquierdas que ha ganado estas elecciones, el Partido de los Socialistas de Aragón (PSOE), tal como se denominan los socialistas en esta tierra a partir de su V Congreso de 1979.

En principio y a nivel regional, el PSOE en Aragón se ha convertido de manera análoga a lo sucedido en otras regiones españolas, en la fuerza política protagonista en el funcionamiento de las instituciones locales y públicas. También será responsable de la puesta en marcha de las instituciones autonómicas, aunque en este aspecto los problemas de Aragón distan de revestir la complejidad y gravedad que en otras partes del Estado.

De entrada, el PSOE aragonés ofrece sobre todo tras estas elecciones la misma característica que el partido en su conjunto, escasa entidad organizativa y un gran elevado poder de convocatoria electoral. Recordemos que a los diez millones de votos del PSOE, corresponde un partido con escasamente algo más de cien mil afiliados, por lo menos antes de

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 368, del 15 al 30 de noviembre de 1982, pp. 22-23, con el seudónimo de H. J. Renner.

las elecciones (ya veremos después el problema de los nuevos ingresos). Olvidándonos de las cifras millonarias del socialismo alemán o el sueco, en el área mediterránea el partido socialista italiano, con un porcentaje de votos que es prácticamente la cuarta parte de los alcanzados por el PSOE, llega casi al medio millón de afiliados. Dicho sea de paso, el problema de la baja afiliación no es algo privativo del PSOE, sino que es mal que aqueja a todos los partidos y hasta a los sindicatos en este país. Pero el problema estriba en que este partido es precisamente el llamado a gobernar, y como partido de izquierdas, no dispone de las ventajas de cualquier partido de derechas, carne y sangre de la Administración y los poderes económicos desde hace más de cuarenta años.

En Aragón se nos presenta como una organización que todavía ofrece muestras de una cierta debilidad estructural. Unos dos mil afiliados –que suponen alrededor del 2% de la organización socialista federal– hablan por sí solos de esta realidad. Añadamos a ello, el reflejo, a nivel orgánico, de la desestructuración urbana del territorio aragonés (la macrocefalia zaragozana) que supone la existencia de una agrupación socialista, Zaragoza-capital –del centenar global de agrupaciones socialistas aragonesas–, acogiendo a una cuarta parte de la militancia aragonesa; militancia socialista aragonesa con evidente predominio rural.

La configuración de la organización se ha venido realizando a lo largo de este quinquenio de transición (1977-1982) alrededor de una serie de grupos internos. Grupos de diversas características. Así, por un lado, la hegemonía orgánica de Zaragoza-capital hacía cerrar filas a los colectivos de las agrupaciones provinciales de Huesca y de Teruel. La actitud homogénea y en bloque de las organizaciones de la provincia de Huesca volcaron la dirección de la organización socialista aragonesa en 1978 en favor de Rafael Zorraquino (en 1979 lo sería en favor de Santiago Marraco), en aquellos momentos fuertemente contestado aquel desde la organización sindical zaragozana, colectivo cuya influencia en distintos momentos de la vida del Partido ha sido manifiesta. La división orgánica que este primer Congreso regional produjo entre dos colectivos (etiquetados como «críticos y obreristas» y «oficialistas») se complicó en la Agrupación de la capital con la llegada de nuevos cuadros provenientes del PSA en su mayor parte vinculados a actividades profesionales. En estas ocasiones, la influencia sobre las decisiones orgánicas de los –hasta ahora– escasos colectivos socialistas en las institu-

ciones públicas (Ayuntamiento, Diputaciones), ha podido ser un hecho constatable. En este sentido, la ampliación de núcleos socialistas en el poder institucional, que puede ya detectarse, a la vista de los recientes resultados electorales (tanto, inmediatamente, en las delegaciones de las estructuras del Estado como, próximamente, en el marco autonómico) pueden aumentar los centros de poder situados en el área del Partido. Habrá que preguntarse si esta nueva situación creará nuevas expectativas y reanimará tensiones, tanto dentro del partido en Aragón como frente a Madrid.

La necesidad, ante la debilidad orgánica del partido y la fuerza socioeconómica de la derecha, de buscar amplios apoyos, es lógicamente sentida en mayor medida que en otras partes por el PSOE de Aragón. De ahí su insistencia programática en constituirse en el impulsor de «un bloque» o mayoría social de progreso. Podemos preguntarnos hasta qué punto ha avanzado por este camino.

Quizás sean los ámbitos sociales local y laboral en los que mayor influencia ha conseguido hasta la fecha. La Unión General de Trabajadores (UGT) se configura en este quinquenio como central sindical mayoritaria en Aragón, mejorando en estos momentos electorales sus resultados de 1980. En el medio rural aragonés, el acercamiento de los socialistas a las posiciones de la Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón (UAGA-COAG) les otorga una notable representación del medio. No es casualidad la presencia de dos dirigentes de UAGA (Mateo Sierra y Gonzalo Arguilé) como senadores socialistas de Huesca y Zaragoza. La experiencia municipal socialista ha configurado en estos cuatro años de gestión pública una nueva clase política que ofrece una importante madurez de gobierno al PSOE. En este sentido, la nueva clase política que acceda a los cargos de las instituciones del Estado y de la futura comunidad autónoma constituirá un nuevo y fundamental capital político para la organización socialista. Con todo, la organización socialista aragonesa parece seguir necesitada de la incorporación a sus filas de profesionales eficaces en la gestión pública. La vinculación que ofrecen los socialistas hacia estos sectores desde la acción institucional local o mediante apoyo a iniciativas como el «Centro de Estudios Sociales de Aragón», deberán proseguirse. En esta línea de apertura del partido a la sociedad parece manifestarse la dirección del PSOE. En regiones con escasez de dichos efectivos parecería prioritaria tal política.

El XVI Congreso de los comunistas italianos. Del compromiso a la alternativa*

La prensa de aquí y la de afuera ha extraído un saldo del XVI Congreso de los comunistas italianos que coincide generalmente en dos cosas: se trata de un congreso de transición que anuncia posibles cambios en la política italiana, pero que no afectará de manera directa a la situación actual, y se trata de un congreso donde las cuestiones de política internacional parece que han perdido la importancia capital que solían tener hasta ahora en los congresos de los partidos comunistas, y no solo en el italiano. Además, se han destacado como novedades: la «alternativa democrática», una nueva fórmula, y «la variedad en la unidad», la nueva fórmula de una fórmula muy vieja, la del centralismo democrático.

Realmente las novedades ya habían comenzado antes de que el Congreso abriese sus puertas. Para empezar el documento que serviría de base para los debates previos no se presentó en la forma tradicional de tesis, sino como un texto seguido, donde se intentaba exponer los puntos diversos de modo orgánico y razonado. Fieles a la tradición del comunismo italiano, que consiste en subsumir los problemas propios en los de la sociedad, formulando soluciones que son a la vez propuesta de partido y propuesta de regeneración social, la introducción se formulaba como sigue: «El objetivo fundamental del XVI Congreso es la definición de los objetivos, de las alianzas, de los movimientos, que hacen de la alternativa democrática una línea de lucha actual, una gran operación de recambio de la dirección política, de renovación de la sociedad, del Estado, de los partidos». Todo esto, ni más, ni menos.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 376, del 15 al 31 de marzo de 1983, pp. 8-9, con el seudónimo de H. J. Renner.

La «alternativa» de Berlinguer

En 1973, la trágica experiencia de Allende había impulsado la elaboración de la estrategia del «compromiso histórico» de Berlinguer. Se partía de un hecho, la constatación de que un programa de transformación brusca respaldado por una mayoría de la mitad más uno, que parecía razonablemente el alcance de la evolución de los votos comunistas y socialistas, podría suscitar bloqueos y resistencias en la sociedad hasta provocar, como en Chile, una reacción autoritaria y un paso atrás peligrosísimo. En consecuencia, se ofrecía un «compromiso histórico» a la otra gran mayoría, a los católicos italianos, y subsidiara al resto de las fuerzas políticas. El mismo Berlinguer repetiría varias veces que la estrategia del «compromiso histórico» no podía reducirse a un acuerdo de gobierno. «Es algo mucho más amplio, decía en 1975, significa el encuentro en la sociedad y en las instituciones de las grandes corrientes populares: comunistas, socialistas y católicos». La experiencia de los últimos años parece demostrar que la DC italiana no ha respondido a la oferta de Berlinguer, una oferta que le exigía de entrada una auténtica catarsis. Pues, como diría también en otra ocasión Berlinguer, «pedimos que los demócratas cristianos sean aquello que algunos de sus dirigentes proclaman y que su partido no es: un partido auténticamente democrático, popular y antifascista. E incluso un poco laico (*sic*)…». ¿En qué se diferencia la alternativa democrática ahora propuesta por Berlinguer de su famoso compromiso histórico de 1973?

En primer lugar, en la amplitud, del enunciado, que incluye no solo a los partidos tradicionales, sino a «los movimientos y fuerzas sociales» en clara referencia a los ecologistas, feministas, etc.: «no es solo un bloque de partidos, se dice en el programa del Congreso de 1983, o la suma de agrupaciones parlamentarias; comporta una movilización de fuerzas sociales y de movimientos, un desplazamiento de corrientes culturales y de consensos, de opciones políticas y programáticas que apunten desde ahora mismo a modificaciones sustanciales de la economía, de la sociedad, del Estado. No es, por lo tanto, una cosa que se realiza constituyendo una nueva mayoría parlamentaria. Es un proceso que a partir de ahora puede propiciarse». Y, en segundo lugar, la diferencia estriba en el interlocutor buscado. En 1973, era sobre todo la Democracia Cristiana, en 1983 no han desaparecido los católicos, pero el interlocutor principal es evidentemente el partido socialista. Y los socialistas han

recogido el guante, y lo han recogido en el mismo Congreso, con un discurso atentamente oído, en un silencio sepulcral. Naturalmente, a las dimensiones de la oferta, auténtica «revolución política y sociocultural», corresponde la vaguedad de la respuesta. En todo caso, Craxi, el secretario del PSI, concluyó modestamente que «existe entre nosotros un área concreta de colaboración que es bastante amplia». Muy poca cosa frente a la magnitud de la alternativa berlinguiana.

La sorpresa Ingrao

Todos los observadores destacados en el Congreso han destacado el contraste entre el discurso de apertura y el discurso de clausura de Berlinguer. En el primero, la única novedad consistía en la reformulación ampliada de su tesis del «compromiso histórico», en el segundo parecía abrirse un proceso de democratización interna de la vida del partido, un partido que se define como «una unidad con varias voces, una variedad en la unidad». Y es que entre el principio y el final había hablado Ingrao, una sorpresa, no por lo que dijo, que se sabía de antemano desde hacía meses, sino porque su enmienda, rechazada que había sido por Berlinguer y por el Comité Central, fue aceptada por el Congreso. De esta manera se ha impuesto como norma de vida interna del partido una mayor transparencia de los debates en los organismos decisorios y el reconocimiento en cierta manera, de la existencia de corrientes, de «voces diversas». El «principio del centralismo democrático» ha dejado de ser precisamente eso, un «principio», para convertirse solamente en un «método» que garantiza que la existencia de corrientes no tenga consecuencias disgregadoras de la unidad del partido. No es todo lo que pedía Ingrao, pero es bastante. Berlinguer se preocupó de mentar precisamente al PCE como ejemplo admonitorio de lo que puede suceder si se va demasiado lejos y mal. Pero Ingrao pedía más, tomando al pie de la letra el corazón de la propuesta de Berlinguer, «no basta con cambiar de Gobierno», exigió dos cosas. Primero, que el trabajo de regeneración nacional se efectuase principalmente desde la base, privilegiada, por así decirlo, el trabajo de masas frente a cualquier negociación en las cúpulas de los partidos o de los movimientos. Y en segundo lugar, aunque no basta cambiar de gobierno, si hay que cambiar *además* de gobierno. Y, entonces, Ingrao exige que el PCI no se limite a formular su generosa y amplia propuesta de alternativa, esperando pacientemente la reacción

de los socialistas, sino que los fuerce a la redacción de los socialistas, sino que los fuerce a la redacción de un programa común de gobierno. Que los coloque más claramente frente a sus responsabilidades, a un partido que a fin de cuentas está gobernado actualmente con la Democracia Cristiana. Es evidente que tal traducción operativa de la «alternativa democrática» equivaldría prácticamente a eliminar de su marco a los católicos, cosa a la que Berlinguer no parece en absoluto dispuesto. Es posible que el XVI Congreso no tenga efectos inmediatos en la política italiana, como se decía al principio, pero sí en cambio parece que los puede tener, y a muy corto plazo, en la situación interna del partido de los comunistas. Lo iremos viendo.

Hablando del Opus. No mentar a Max Weber en vano*

En todo artículo de periódico que se precie de cierto distanciamiento crítico, evitando el apasionamiento y la crítica panfletaria, a la hora de enjuiciar a la sociedad de la Santa Cruz y del Opus Dei, sale a colocación el pobre Max Weber. Según esta socorrida interpretación, la irrupción de la Obra en la vida económica y social española, a pesar de los pesares, no habría dejado de ser un factor de modernización. A la manera de los protestantes estudiados por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), los miembros del Opus habrían encarnado una moral de santificación del trabajo y de ascesis personal, en la que el éxito empresarial y social, la acumulación capitalista en suma, sería exaltada como prueba de la gracia divina. La riqueza y el triunfo tendrían valor en sí mismos, no eran algo que el buen cristiano debía compensar con toda la parafernalia de las obras de caridad, para hacerse perdonar su éxito en este valle de lágrimas. A la moral del confesionario jesuítico, inspiradora de la vieja España, sucedía la moral de los calvinistas católicos que serían los opusdeístas. Así le habría ido, se dice, a la Compañía de san Ignacio, desfasada en un mundo de ejecutivos y capitanes de empresa, seguros y audaces, viviendo sin complejos conforme a su estado, tal como les prescribiría *Camino*, aunque algunos practicasen en la soledad de sus dormitorios ayunos y penitencias diversas.

La parte de verdad

Para empezar, convendría señalar que es equivocado creer que Max Weber es el progenitor de la tesis que afirma una relación entre protes-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 377, del 1 al 15 de abril de 1983, pp. 20-21, con el seudónimo de H. J. Renner.

tantismo y éxito económico. La idea es casi tan antigua como la misma Reforma, pero precisamente cobró especial relevancia en los años anteriores a la publicación de la obra del autor alemán. Esto fue debido al complejo de inferioridad latino tras la derrota de Francia frente a la Alemania imperial, y protestante, en la guerra de 1870, y al espectáculo de desmesurado crecimiento de la economía germana que le sucedió. Pero la energía, la eficacia y el éxito que se suponían propios de los protestantes alemanes era vista con muy diversos ojos cuando se trataba de los protestantes propios, de los protestantes franceses. De esta manera, aparecen obras de títulos tan significativos como *El peligro protestante* y *La invasión protestante*. El mismo Max Weber al comienzo de su obra se refiere a las discusiones que este tema provocaba «en la prensa, la publicística y los congresos católicos franceses». A estos protestantes franceses se les supone entregados a una labor de infiltración y secretismo, sus éxitos económicos no se deberían al honrado trabajo del buen francés y católico, sino sería fruto de la especulación del banquero y financiero con relaciones en las altas esferas. Este estereotipo negativo del hombre de negocios protestante, es un estereotipo que se corresponde con la imagen acuñada por los críticos del empresario opusdeísta de los años de capitalismo salvaje a la española, los años del desarrollismo, por no hablar de ejemplos más clamorosos y recientes.

Una comparación imposible

Pero ¿qué sucede con el empresario capitalista tal como lo concibe Max Weber? Realmente, en el «tipo ideal» weberiano encuentra muy difícil acomodo un empresario como el arriba citado. El burgués capitalista que nos retrata el sociólogo alemán es un burgués que se impone trabajosamente en un mundo hostil, afirmando su moral individual y de clase en una sociedad estamentalista, plena de viejas distinciones entre nobles y plebeyos. El camino hasta el favor del príncipe se recorre muy pocas veces, siempre está además precedido de una o dos generaciones de luchas y privaciones. En la mayoría de los casos nuestro buen capitalista, protestante o calvinista, contempla impotente cómo «monopolios» y «contratas» son entregadas a nobles y favoritos de la Corona. Totalmente distinta es la imagen que ofrece el hombre de empresa del franquismo, desde un principio mimado por un poder dictatorial, dispuesto a encubrir especulaciones y escándalos durante años y decenios.

Un poder que asegura un éxito encomendando planes de desarrollo y reprimiendo sin piedad (cristiana) toda protesta de los trabajadores a su sueldo. Habría que despojar a la obra de Max Weber de toda su riqueza histórica, quedándose tan solo con dos máximas abstractas de conducta, para poder establecer alguna comparación entre lo que realmente es incomparable: entre la época heroica de una burguesía en el feudalismo y el aprovechamiento sin escrúpulos de las ventajas económicas y la impunidad social que le ofrecía una dictadura fascista.

Realmente serían como los judíos

Pero siempre se puede hacer alguna comparación. Uno de los contradictores de Max Weber fue precisamente, como suele suceder, colega y amigo suyo. Se trataba de Werner Sombart que, en su obra *Los judíos y la vida económica*, sostuvo que la moral puritana casi no había influido en el espíritu del capitalismo, fruto en cambio del judaísmo e incluso del mismo catolicismo. En su contestación, Max Weber contrapone el capitalista burgués, defensor de la «empresa nacional», y el capitalista judío, amigo de la especulación y de la intriga política: «Para los puritanos ingleses (los auténticos capitalistas burgueses), los judíos de la época representaban un tipo de capitalismo que les horrorizaba, un capitalismo implicado en suministros de guerra, contratas con el Estado, disfrute de monopolios, especulaciones fraudulentas y comprometido con los príncipes en negocios de construcción o finanzas. El capitalismo judío era la especulación y con el apoyo del príncipe, el capitalismo puritano era una organización burguesa del trabajo que intentaba imponerse por sus propias fuerzas». Leyendo esta cita parece claro que, si los articulistas serios se obstinan en citar a Max Weber al hablar del Opus, la única manera de no mentar su santo nombre (el de Max Weber, claro) en vano, sería evitar referirse a los heroicos primeros empresarios que nos muestra el autor en su gran obra, y remitirse a los intrigantes especuladores judíos que evoca en su larga y acre polémica con Sombart. Así, las cosas quedarían mejor.

Lógica de una ambigüedad. Felipe González y la OTAN*

Parece ser que desde fuera se ve como algo lógico una evolución que, desde dentro, da una enorme impresión de ambigüedad. Por otra parte, las cuestiones de política exterior exigen tradicionalmente una educación y cultura de la opinión pública en general que sería quimérico exigir a un pueblo como el español, recién salido de la larga noche de la dictadura. Con tantos problemas pendientes en el interior, con la tarea de hacer que «el Estado funcione por fin», y de que se pongan a funcionar los estados de las autonomías por vez primera, con todo esto, no es probable que la política exterior haga que nadie gane o pierda elecciones. Quizá el PSOE cuente con esto, y de esta manera se tome su tiempo para hacer asumir como algo no solo inevitable, sino incluso natural, nuestra integración definitiva en la OTAN: *Cuius regio, eius religio*. De ahí su falta de interés por ilustrar a sus votantes (¿para cuándo la campaña de información sobre la OTAN?) y por mostrar claramente sus cartas y proyectos.

El fondo de la cuestión

El lector medio experimenta cierto aturdimiento frente a todas las siglas, cifras y tecnicismos que surgen por ensalmo al tratar de la política exterior bajo el signo del átomo. Pero quizá lo más importante se olvide a veces, pues como dice el liberal americano G. F. Kennan «son las intenciones, y no los potenciales de la destrucción, lo que decidirá de nuestro futuro». Y en este terreno es capital la distinta actitud que, por distintas razones, adoptan americanos y rusos ante una posible guerra.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 380, del 15 al 31 de mayo de 1983, pp. 11-12, con el seudónimo de H. J. Renner.

Ya hace años que Paul Nitze, el representante de Reagan en las discusiones de Ginebra sobre la cuestión de los misiles de alcance medio en Europa, escribió que una guerra atómica, a condición de que sea llevada «*with somee degree of reason*» (*sic*), puede y debe ser «ganada» por los Estados Unidos. Dada la «maldad intrínseca del comunismo», proseguía, la única manera de evitarla estriba en no perder, sea cual sea el equiparamiento cuantitativo de proyectiles o cabezas atómicas, la superioridad tecnológica y estratégica de los Estados Unidos. Y esta superioridad existe, es una evidencia cartográfica: Rusia está literalmente rodeada de bases americanas, de Alaska a Turquía, pasando por el Japón y Filipinas, y llegando hasta Groenlandia, a través de Grecia y Europa central. Todos los misiles que se instalen o estén instalados en estas bases llegan a territorio soviético sin necesidad de ser transcontinentales, es decir, estratégicos, les basta con un modesto alcance medio táctico. Un futuro euromisil, por ejemplo, alcanzaría Moscú en un tiempo seis o siete veces menor del que tendría que utilizar un cohete transcontinental ruso para llegar a América. En cambio, los misiles medios rusos, cuya instalación es causa de la presente crisis, es verdad que pueden destruir Londres o París, pero no llegan ni a arañar el territorio de los Estados Unidos, que es de donde partiría la verdadera respuesta. Por otra parte, los informes más serios sobre la capacidad bélica de la Unión Soviética, y no los amañados gráficos en colores que edita periódicamente el Gobierno americano, no dejan lugar a dudas, Rusia se parece mucho a un gigante con pies de barro. Un gigante, es verdad, capaz de arrastrar en su caída al resto del mundo en un holocausto nuclear. Los rusos, tantas veces invadidos en su historia, parece que lo saben. Por eso, nunca han desarrollado las tesis de una «guerra nuclear limitada y razonable», ni tampoco han intentado prepararse para ella, con refugios atómicos o cartillas de instrucciones repartidas a la población. La guerra atómica para los rusos, como para los europeos, es sinónimo de destrucción total. Los rusos tienen miedo, y el miedo no inspira precisamente una política angélica, sino todo lo contrario. Tan peligroso puede ser para la supervivencia del género humano el miedo ruso como la arrogancia americana. Y en esta situación hay que tomar partido. Se puede apoyar en el escenario europeo la política de una de las superpotencias, o puede uno oponerse a ellas. Se puede llegar, incluso, a amenazar, como hacen algunos socialistas alemanes, con salir de la OTAN si Reagan no cambia el curso de su política. También se puede hacer lo contrario.

La de Felipe González: ¿una evolución lógica?

El punto de partida es conocido por todos: no solo oposición a la OTAN, sino incluso en favor de la desnuclearización total de Europa. Pero desde el comienzo también una ausencia: el Gobierno socialista no firma el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares de 1970. Y después, una sucesiva asunción de todas las propuestas de la Administración Reagan. Primero se aprueba la «opción cero», una opción que todo el mundo sabía en Europa que era inaceptable para Rusia, pues dejaba fuera del desmantelamiento proyectado los arsenales de Francia e Inglaterra, con el maravilloso pretexto de que se trataba de países «independientes» de la organización militar de la OTAN. Hace dos meses Felipe González volvía a aprobar el segundo proyecto Reagan, la llamada «opción intermedia», una variante de la anterior, distanciándose académicamente de la «doble decisión». Una decisión que consiste, como es sabido, en comenzar el despliegue gradual de los misiles americanos en Europa a finales de año, si antes de esta fecha no concluyen las negociaciones de Ginebra. Una decisión también que para muchos socialistas ingleses, alemanes, holandeses y belgas significaba sencillamente, en palabras de Heidi Simonis, diputado del SPD, «transformar a los europeos en ejecutores de las órdenes surgidas de las pesadillas de Reagan». Está claro que Felipe González al «solidarizarse» ahora con la «doble decisión», se «desolidariza» al mismo tiempo con todos los que luchan contra ella. Esperemos que la lógica de su evolución no le lleve a tener que aprobar para su país lo que parece no tiene dificultad en ver instalado en los otros: las armas atómicas.

Una sospecha de deshonestidad

La cuestión tiene otro aspecto. En primer lugar, se casa muy mal el atlantismo confesado de Felipe González en Bonn, con su pretensión en Berlín de prestar atención «al clamor joven y creciente de paz y convivencia», que estremece «la espina dorsal de Europa», un clamor que clama precisamente contra los euromisiles. Sus compañeros de viaje en esta política, la Thatcher o Kohl, por no hablar de Willy Brandt, no se permiten ciertamente este doble lenguaje. Pero la inconsecuencia es mayor si pasamos al manido tema de la OTAN y España. Naturalmente, la credibilidad de la posición socialista se ha debilitado, pero lo peor es que

también está amenazada su honestidad. No puede comprenderse cómo el mismo González, y días después el ministro Serra, ofrezcan nuestra permanencia en la OTAN como moneda de cambio para nuestra entrada en el Mercado Común, si simultáneamente el viceprimer ministro Guerra proclama públicamente que habrá referéndum sobre la OTAN y «que el resultado está cantado, es decir, no a la OTAN». Pues bien, o estamos engañando a los de fuera ofreciéndoles una moneda que sabemos que es falsa, o estamos engañando a los españoles con un referéndum que nunca llegará. No se ve término medio. Y no parece que en cosas tan graves piense el Gobierno que va a engañar a los experimentados políticos europeos…

La comedia Morán

Si Morán hubiese dimitido, su destino habría sido trágico, pero su permanencia en el Ministerio lo degrada en comedia. Sorprendido en Alemania por una decisión que debía haberse tomado en España, y no en el extranjero y en una conferencia de prensa, extrañado del viaje a Berlín (que ni siquiera Calvo Sotelo y Suárez juzgaron oportuno hacer) y, a la postre, desautorizado en su línea política. Una línea política que en su afán de «potenciar el papel de las potencias medias frente a la bipolarización», se oponía a un excesivo atlantismo, habiendo merecido, conviene recordarlo, el adjetivo descalificador de «neutralismo moral» por parte de Max Kampelmann, el representante americano en la Conferencia de Madrid. Decir que todo esto se «debe a diferencias de estilos y personalidades», como ha manifestado el mismo Morán, o tomarse las diferencias a broma, como parece que ha hecho Felipe González al llegar a Madrid, son cosas que resultarían incomprensibles en cualquier país que no fuese España, tan ayuno de auténticos debates públicos sobre política exterior. En todo caso, para Guerra no ha pasado nada, «seguimos siendo partidarios del desarme». Pero, cuando todos se esfuerzan en distinguir tan cuidadosamente las palabras, diferenciando «solidaridades» de «apoyos» o «aprobaciones», conviene tomar nota de un cambio. El 13 de mayo en las Cortes, el subsecretario de Asuntos Exteriores, al contestar a Carrillo, precisó que «no existe una *congelación* del proceso de integración en la OTAN» (tal como se había dicho, por otra parte, en el discurso de investidura de Felipe González), sino que solo se trata de «*una detención*, para poder emitir un juicio…».

Historia de L*

Mi verdadero nombre es L. Cardoso. Cuando mis padres llegaron a Alemania, abandonando la religión de sus mayores, decidieron cambiar su apellido por el sonoramente germánico de Kulbach. Nunca me había preocupado el tener un nombre de una sola letra, hasta que un día, hojeando una de las lecturas favoritas de mi padre, la vieja edición en cuarto menor por Ch. Boysen del *Contra Apion* de Flavio Josefo, Viena, 1898, tropecé con un para mí inquietante pasaje, donde este autor, que como mi familia había ocultado bajo su sonoro patronímico literario el suyo auténtico de Joseph ben Mathias de la familia sacerdotal de los Hasmoneos, nos cuenta en el primer libro de sus obras de una secta helenística, que albergaba la creencia según la cual los nombres de una sola letra encadenan secretamente el destino a la espera del acto del que son símbolo, y desvela su sentido. El texto, como otras muchas partes del libro, estaba profusamente destacado con el grueso y pastoso lápiz con que mi padre subrayaba (costumbre que yo he fatalmente heredado). Pasé la tarde intranquilo, escondido tras los visillos encajados de la ventana que daba a la Feuerbachstrasse, por donde mi padre solía regresar de su trabajo diario en la Kaiserliche Zentral Bibliothek. Pero nunca más volvió: aquella tarde fue visto por última vez por un mozo de la sección de incunables a la altura del piso veintisieteavo del ala sur de la mayor biblioteca de la Europa central. Ya no tuvimos más noticias de él que las forzosamente dispersas y equívocas de gente varia o de colegas universitarios que afirmaban haberlo entrevisto a través de los ana-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 384, segunda quincena de julio de 1983, pp. 24-30. Las ilustraciones del relato original pertenecían al fotógrafo de la República de Weimar, August Sander. Agradecemos la noticia al profesor Juan José Carreras López.

queles metálicos a prueba de incendio que, agrupados alternativamente en números pares e impares, ocupan los cincuenta pisos del depósito general de libros. En el mes de febrero de 1921 experimentamos cierta inquietud por la publicidad que pudo suponer el fallido intento de suicidio del antropólogo danés Van Erliksen, al ser apartado de su fatal designio por la aparición de un desconocido bibliotecario que, precisamente a la altura del piso veintisieteavo del ala sur, le alargó en el último momento, el libro desesperadamente buscado: el volumen tercero de la *Bibliotheka scandinava* del Obispo Ortelius. La providencial aparición vestía el mandilón pardo de los funcionarios estatales de las bibliotecas del Reich, pero fumaba en cambio, en horas evidentemente de servicio, un enorme habano. Este último detalle convenció definitivamente a mi madre de que mi padre se encontraba perfectamente, y al reunirnos a la hora del *Abendbrot* así nos lo comunicó a mí y a mis hermanos.[1]

En la mañana del 25 de junio de 1922 mi madre leyó en el periódico la noticia del asesinato por extremistas de derechas del político judío Walther Rathenau. Con su fina inteligencia percibió la necesidad de abandonar Alemania. Aquella misma mañana, ignoro si movida por la intuición o respondiendo a un secreto acuerdo que habría tomado con mi padre antes de su desaparición, se dirigió a la Kaiserliche Zentral Bibliothek pidiendo el primer volumen de la *MEGA*, entre cuyas páginas depositó una esquela comunicando su decisión y el destino de su marcha. Dos días más tarde, en un atardecer de nubes bajas y macizas, con un rumor de tambores lejanos que fatigaban las agitadas figuras que portaban banderas rojas por las calles de la capital, despedí en la *Berlin Hauptbanhof* a mi madre y mis hermanos. El expreso les llevó a…[2]

Yo permanecí todavía diez años en Alemania. Terminé en Berlín mis estudios de Sternkunde y de violín. En el verano de 1929 un colega de mi padre me logró un primer trabajo en un observatorio provinciano, cercano

1 Es curioso constatar que aquí L. von Kulbach ha deformado los hechos. La persona cuyo suicidio evitó el profesor Von Kulbach no fue un antropólogo danés, sino un marxólogo negro, llamado W. Z. Forster, ver las páginas de su autobiografía donde da cuenta del episodio, *History of my Life*, Nueva York, 1948, págs. 320-50. Todos los demás detalles, incluido el del puro corresponden a la realidad.

2 En el manuscrito hay tres líneas tachadas. No hay que olvidar que fue concluido antes del final de la Segunda Guerra Mundial, era lógico que Von Kulbach no quisiese revelar el paradero de su familia.

a Breslau, lo que aproveché para rematar mis estudios de virtuosismo en el Imperial Conservatori [Konservatorium] de aquella ciudad con el entonces famoso Strizynsky. En marzo de 1932 decidí no esperar a la segunda vuelta de las elecciones a la Presidencia del Reich, y abandoné el país, guiado por una oferta de trabajo encontrada casualmente en el *Europäisches Stellenanzeiger*. Antes de emprender viaje a la lejana ciudad montañesa del sur europeo, me dirigí a la Kaiserliche Zentral Bibliothek, donde, siguiendo el ejemplo de mi madre, deposité una nueva esquela dirigida a mi padre. Elegí las páginas 329 y 321 del primer volumen, que correspondía a la *Zur Judenfrage* de Karl Marx, un poco en premonición de los tiempos que venían. Al volver el libro a su estantería y a la altura de los pardos volúmenes de la edición de Mehring del *Literarische Nachlass* (Berlín, 1912) aspiré (o creí aspirar) un aroma a puro habano y oí (o creí oír) la leve y sardónica risita.

A partir de aquí comienza mi historia y el motivo de lo que escribo. Atravesando Francia por la noche, alguna vez logré dormirme y en mis sueños estaba el ímpetu del tren. Cuando amaneció llegaba al extraño país del sur que cuenta con un único privilegio, compartido con la lejana Rusia: la mayor anchura de sus vías férreas. Esto me obligó a un trabajoso trasiego de equipajes. Una vez en el tren debía de nuevo dormirme, pero no dejé de ver al mismo tiempo la tierra elemental y áspero que atravesábamos. Todo era vasto pero al mismo tiempo íntimo y de alguna manera desaforado. De pronto el tren se detuvo laboriosamente: al otro lado de la vía quedaba la estación y algo en su elemental arquitectura me recordó un grabado en acero, quizá de las novelas de Karl May de la biblioteca de mi padre. No había vehículo y acepté la caminata hasta la pensión como una pequeña aventura. Una mujer de aire distraído me abrió la puerta, precedido por ella atravesé el zaguán y el primer patio. La estancia libre estaba en el primer piso. La cama era de hierro, que el artífice había adornado con curvas fantásticas, figurando ramas y pámpanos; había asimismo un alto ropero de pino, una mesa de luz, un estante para libros al ras del suelo (demasiado pequeño) sobre una silla un Misal romano sucio y manoseado. En la pared, como toda decoración, un mapa panorámico de las montañas fijado con chinchetas y un crucifijo. Cerrada la puerta, dispuse mis escasas ropas en los colgadores de alambre, el violín sobre la cama, y los innumerables libros y partituras rebosando la estantería. Eran una apresurada y excesiva selección de la biblioteca de mi padre, los dos volúmenes de *Terrestrial and Celestial*

Globes de E. L. Stevenson, New Haven, 1921, y el viejo y entrañable *Stern-Catalog enthaltend 6900 Sternörter* de W. Schur, Göttingen, 1891. Por lo demás, partituras, decenas de partituras, una obsesiva repetición de los *Wiener/Urtexten* de J. S. Bach. No había traído otro autor. El trabajo en el que acertadamente suponía mísero observatorio de aquella pequeña ciudad no había de llevarme mucho tiempo y pensaba dedicar lo mejor de mis horas al estudio del violín. Tal era al menos mi propósito. El enigma de mi nombre de una sola letra había dejado de preocuparme ante la perspectiva de una vida tan intensa como ordenada.

Al comienzo todo era como había pensado. Llegado el anochecer, sobre un cielo límpido y transparente, realizaba mis rutinarias observaciones, que un correo espasmódico y vacilante tenía transmitir al Observatorio central de la capital, situada mucho más al sur, en la llanura mesetaria. No tenía amigos, no dejaba por más motivo que el trabajo de casa, donde pasaba horas enteras leyendo o intentando la máxima pureza en la ejecución de las *Inventionen* de Bach. No me llegaban nunca cartas, solo las impersonales circulares del llamado Servicio Astronómico Nacional, donde con notoria incompetencia intentaban orientarme en mi trabajo. De la prensa el último ejemplar legible era uno manoseado del 10 de abril de 1932, del *Frankfurter Zeitung*, donde gruesos titulares anunciaban la reelección del mariscal Von Hindenburg a la presidencia de la República. La prensa del país, aparte de ser pésima de calidad, llegaba con una o dos fechas de retraso, cuando llegaba. Así me fui deshabituando de la lectura de los periódicos, hasta tal punto que perdí totalmente noción de los sucesos que se vivían en Europa. Pero una tarde, por primera vez en tres años cuando ya se había hundido el sol, cuando un esplendor final exaltaba las silenciosas y enormes montañas que rodeaban la ciudad, decidí salir a dar un paseo. Caminaba despacio, y tras pasar por calles por primera vez vistas, entré en un mísero local. Una vez dentro creía reconocer al patrón, comprendí que me había engañado su parecido con uno de los empleados del observatorio. El hombre me saludó y me indicó una mesa, junto a la ventana. Cerca unos muchachos, jóvenes y no tan jóvenes, comían y bebían ruidosamente, expresándose en el desorbitado acento de la región. Al principio ni me fijé en ellos. En el suelo, apoyado en el mostrador, se acurrucaba inmóvil como una cosa un hombre viejo. Era oscuro, chico y reseco, con un paño a cuadros apretándoles las meninges («un cachirulo»), estaba como fuera del tiempo. El patrón me trajo sardinas y después carne asada. Mi

padre nos había educado en una rigurosa abstemia, así que empuje la comida con agua clara. Eso llamó la atención de los de la otra mesa, que comenzaron a gritarme algo.

–«Señor, no les haga caso a estos mozos, que están medio alegres», me dijo el patrón.

Pero de pronto uno de ellos se levantó y se dirigió a mí. Jugaba a exagerar su borrachera y esa exageración era una ferocidad y una burla y tal vez una expresión de afecto. Entre malas palabras y obscenidades tiró un vaso de vidrio turbio al aire y me desafió a beber. El patrón con trémula voz objetó que yo era abstemio. En ese punto algo imprevisible sucedió. Desde un rincón, el viejo pastor exótico, en el que había visto una cifra de aquella montaña, me alargó un vaso. Era como si la región hubiera resuelto que yo aceptase el reto. Instintivamente así el vaso, sabiendo que ese acto me comprometía a beber. Para mí no había esperanza, ni había temor. Sentí entonces que si hubiese podido elegir un destino, este sería el destino que habría elegido. Bebí toda la noche, y volví a beber una segunda y una tercera noche. La cuarta noche la costumbre me permitió conservar la lucidez más tiempo y apercibí sorprendido un bárbaro recitado de pasajes enteros del libro de la *Civitas dei* agustiniana, aquel donde narra el santo que Platón enseñó en Atenas que, al cabo de los siglos, todas las cosas recuperan su estado anterior, que en suma él estará eternamente y ante el mismo auditorio enseñando la misma doctrina. Comprendí entonces el sentido que aquellos lugareños daban a la monótona repetición de sus bebidas nocturnas. Único texto que conocían de san Agustín, a través de los dudosos estudios que algunos de ellos habían realizado en el Seminario local, dieron en olvidar que el autor solo declaró la doctrina para mejor refutarla. Habían reproducido en el reiterado ejercicio nocturno de racionalizar su borrachera, y sin saberlo, una herejía que ya había sido denunciada por Aureliano, coadjutor de Aquilea, y por Juan de Panonia. La herejía de los monótonos (llamados también anulares), que profesaban que todo es un círculo y que nada es que no haya sido o que no será. Pues las noches hasta la amanecida les impelían en laberinto circular que se prolongaban noche tras noche. Como mi resistencia a la bebida aumentaba con la costumbre, la octava y novena noches intenté erigirme en debelador de sus errores, me constaba que todos se creían buenos cristianos. Dada su ignorancia y rusticidad decidí proceder como ya había hecho hacía cientos de años

Aureliano, prescindiendo de toda gravedad profética y optando por el escarnio. Laboriosamente trivial los equiparé con Ixión, con el hígado de Prometeo, con Sísifo, con aquel rey de Tebas que vio dos soles, con la tartamudez, con loros, con espejos, con ecos, con mulas de noria, con silogismos bicornutos (las fábulas gentilicias recogidas del *Tusculum Lexikon* en la soledad de mi estancia me servían, rebajadas de adornos).

La décima noche no dudé incluso en aducir el precepto bíblico sobre las vanas repeticiones de los gentiles (Mateo, 6:7) o el pasaje del Séptimo Libro de Plinio que había traído de la biblioteca de mi padre, donde pondera que en el dilatado universo no hay dos caras iguales. Pero fue en vano, sentí una humillación casi física, pues todo mi razonar iba acompañado por mi continuo beber. El mayor de ellos, un oscuro y fracasado estudioso de francés en una extraña universidad que afirmaba existía más hacia el Sur, donde terminaban las montañas, me dijo al comenzar la onceava noche: «Esto ocurre y volverá a ocurrir. No bebes un vaso, vacías miles de botellas. Si se unieran aquí los vasos que hemos bebido y los que beberemos, que son lo mismo, no cabrían ya en la tierra y quedarían borrachos los ángeles. Y esto lo he dicho muchas veces, pues muchas veces ha sucedido». Comprendí entonces que era inútil proseguir mi batalla secreta. Durante los diez años siguientes no falté nunca a la cita nocturna, bebiendo monótonamente toda la noche hasta llevar a ver siete mil trescientos iguales amaneceres. Al volver a casa, la noche del amanecer siete mil trescientos veintisiete, ya adentrado el año 1936,[3] algo me llevó a coger de la estantería el primer volumen de las *Ausgewählte Werke* de Marx y Engels, en la página 278 mis ojos tropezaron con un subrayado grueso y pastoso que tan bien conocía. La palabra subrayada empezaba con L, era Lumpen. Al margen y en la torturada caligrafía de mi padre decía «de Lumpen viene Lumpencito, diminutivo que expresa afecto y cariño y no tiene por qué expresar destino fatal e inexorable». Entonces comprendí el secreto de mi nombre, un secreto que escapaba a la doctrina helenística expuesta por Flavio Josefo. Había recuperado mi libertad.

Navidades de 1979. Para Hansi Carreras.

3 Es fácil advertir que aquí Von Kulbach cometió un error de cálculo, natural dado el calamitoso estado que atravesó durante aquellos años.

Después de Ginebra*

Ya carece de sentido recapitular lo sucedido en Ginebra. Un escenario diplomático donde la última propuesta rusa de reducir el número de sus misiles SS-20 al nivel de los disponibles por parte francesa e inglesa (ese misterioso arsenal que se supone *inexistente* por no estar formalmente incluido en la OTAN), no mereció más de *treinta minutos* de atención, antes de ser rechazada por los Estados Unidos. Un personaje tan poco sospechoso de estar a sueldo de Moscú como el antiguo canciller alemán socialdemócrata Willy Brandt, ya anunció el fracaso obligado de unas negociaciones, «más inspiradas por la terquedad de los empeñados en estacionar los Pershing-2 americanos, que el deseo de negociar la retirada de los SS-20 soviéticos». Y puestos a citar autoridades, recordemos un párrafo de la carta de Günter Grass, el famoso novelista alemán, a los diputados de su propio Parlamento: «Responder a la obsesión soviética de seguridad, que condujo al estacionamiento de los SS-20, con el estacionamiento de cohetes atómicos de alcance medio, multiplica por dos la locura, reduce la ya precaria seguridad, desencadenará más rearme competitivo y demuestra un comportamiento que reacciona de modo reflejo a imágenes del enemigo autodiseñadas, por eso yo llamo infantil a este comportamiento». Por estos pagos, en cambio, posturas como esta son juzgadas por el poder, en el mejor de los casos, como reas de un pacifismo «provincianista», ignorante de los condicionantes de la *Realpolitik* internacional. Muy bien. Pero, dicho esto a manera de introducción, lo que llama la atención a una opinión pública ya curada de espantos, no es tanto lo que ha sucedido, sino el generalizado intento de quitar importancia a sus consecuencias. Un intento en el que los representantes americanos, evidentemente inquietos

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 394, segunda quincena de diciembre de 1983, pp. 6-8, con el seudónimo de H. J. Renner.

por la presión ejercida sobre sus fieles Gobiernos aliados, no vacilan en contradecirse unos con otros. Mientras que para un Nitze, el hombre de Ginebra, la retirada rusa de la mesa de negociaciones es algo «deplorable», para Rogers, comandante supremo de la OTAN, no habrá tanto que deplorar, cuando lo reduce a una estratagema soviética: «si se van, no tardarán en volver…». Aquí no ha pasado nada…

¿Qué piensan los rusos?

Para empezar, los rusos tienen una irresistible tendencia, deben ser adherencias marxistas, a contemplar el actual episodio no aisladamente, sino en una perspectiva histórica que se remonte a la última posguerra. América fue la primera en producir una bomba atómica en 1945, Rusia la seguirá solo en 1949; mediados los años cincuenta son también los americanos los primeros en introducir los bombarderos y los submarinos con misiles atómicos, y de la misma manera sucede tratándose de los ingenios de cabezas múltiples y de los misiles de crucero. En todos estos casos, Rusia se vio forzada ineluctablemente a colmar su retraso armamentístico. Por lo que hace a Europa, los rusos suelen recordar que ya en 1947, cuando ellos no disponían de arma atómica ninguna, los americanos hicieron pasar el charco a las suyas, instalándolas en 90 bombarderos B-29 aparcados en Inglaterra. Y así sucesivamente. Los rusos concluyen que los americanos están mal acostumbrados, están acostumbrados a mantener siempre su superioridad tecnológica. Y los rusos tienen, sencillamente, miedo.

Todos los comentaristas occidentales que han estado últimamente en la URSS coinciden en una cosa: los rusos pueden transigir con los misiles de crucero, relativamente lentos y no de excesiva precisión, pero en absoluto permanecerán impasibles ante la instalación de los Pershing-2, bajo único y exclusivo control americano y a una distancia de vuelo que es inferior a la de sus propios misiles intercontinentales. Y cuando se les habla de la defensa «europea», apuran su argumentación, y sostienen que los euromisiles tienen que ver con la defensa de Europa lo mismo que tendrían que ver con la de México unos hipotéticos misiles soviéticos que se instalasen en aquel país. Se trata, insisten, de la relación de fuerzas entre las dos grandes potencias, y esta relación se altera de manera peligrosísima para la Unión Soviética con la aparición de los euromisiles. Y lo han vuelto a repetir después de Ginebra: «la paridad

militar se va a ver perturbada en el sector más sensible de las relaciones entre las dos grandes potencias». Desde su punto de vista, insisten, es una falacia distinguir entre armas atómicas de corto alcance, armas tácticas, y armas de largo alcance, armas estratégicas. Para ellos es indiferente que el cohete que se les venga encima provenga de la lejana América o de la cercana Europa. La mano que los dispara en ambos casos es la misma, y la víctima en los dos casos ellos mismos.

La tarjeta de visita americana

Los nuevos misiles Pershing-2 son presentados por los americanos con una tarjeta de visita muy técnica, que los define como armas de la «zona gris», entre las convencionales y las de estrategia atómica. Como armas, además, necesarias para dar credibilidad y completar la doctrina estratégica de la OTAN. Serían la conclusión lógica del supuesto de la «respuesta flexible» de los europeos, una flexibilidad que no debe permitir nunca al posible adversario el calcular la naturaleza de la respuesta que puede desencadenar su ataque. De existir, prosigue el razonamiento americano, un hueco en el espectro armamentístico europeo, la respuesta perdería su flexibilidad, al verse obligada a responder a un ataque nuclear táctico, limitado al escenario europeo, con una desmesurada reacción estratégica, que pondría en juego los misiles intercontinentales americanos. Las armas nucleares «europeas» serían, además y sobre todo, armas «políticas», que mostrarían al enemigo potencial las posibilidades de respuesta con un claro efecto de disuasión. Por lo demás, y en el peor de los casos, ni su alcance de 1800 kilómetros, ni su número, les permitiría llegar a Moscú o destruir totalmente la Unión Soviética.

El razonamiento resultaría perfectamente tranquilizador para los europeos en la medida en que los rusos actuasen tal como suponen los americanos. Pero, claro está, y esto los americanos lo saben y alguna vez lo dicen, es muy probable que los rusos piensen que, estando las cosas como están, el primer paso en cualquier conflicto consiste en la destrucción de unas armas de tal precisión y capacidad destructiva como los Pershing-2. Lo que, a su vez, pone en funcionamiento para la OTAN desde las primeras horas de cualquier posible conflicto, por muy localizado que sea, el principio de *use them or loose them* (úsalos o los pierdes), lo que equivale a decir que los euromisiles se dispararán prácticamente solos. El paso de

la teoría estratégica diseñada por los americanos a la praxis bélica, significaría, de entrada, el devastamiento atómico de Europa. Lo que suceda después es fácil de imaginar, por lo menos para los que no somos americanos. Porque los americanos tienen sus propias ideas al respecto.

Europeización de la guerra atómica

Efectivamente, para los americanos ahí, en Europa, quedarían las cosas. Los analistas del Pentágono saben perfectamente que los rusos han proclamado infinidad de veces que no harán diferencia, llegado el caso, entre misiles «europeos» y misiles «americanos». Pero este tipo de declaraciones es clasificada como parte integrante de la «retórica de disuasión» soviética. La realidad, piensan, sería muy distinta. Rusia se limitaría a algún que otro ataque aislado del territorio de los Estados Unidos, y no tendría ningún interés en arriesgar su existencia, exponiéndose al choque frontal y total con la otra superpotencia. La guerra atómica sería una guerra europea. Así se explica, entre otras, una afirmación tan descarada como la de Gaspar Weiberger, ministro de Asuntos Exteriores americano, cuando dijo «que estaba seguro de que la tercera guerra mundial, tal como había sucedido con la primera y la segunda, se desarrollaría en Europa».

A la postre, y por lo tanto, con sus euromisiles los americanos, en vez de completar la panoplia disuasoria de la OTAN, tal como decían en su tarjeta de visita, lo que hacen es reducirla, excluyendo de sus posibilidades la de provocar el holocausto atómico de las dos grandes potencias. La guerra atómica se habría racionalizado, en la medida en que puede hacerse y deshacerse dentro de los límites del escenario europeo. Los americanos, evidentemente, esperan que los rusos tengan el buen sentido de aceptar el nuevo planteamiento y no saquen las cosas de quicio. Por su parte, la política de la OTAN se encuentra, llevada de la mano de sus poderosos amigos y tutores de ultramar, en la absurda posición de mantener su capacidad de disuasión en la medida en que es capaz de amenazar con su suicidio atómico.

Una peligrosa confianza

El afianzamiento de su nueva concepción estratégica parece haber dado una peligrosa confianza a los americanos. Solo así se explica, no tanto

la impudicia de intervenciones que están en la memoria de todos, sino especialmente las que han seguido a la ruptura de las conversaciones de Ginebra, el día 29 de noviembre. Sin consideración ninguna para el estado de tensión mundial, Reagan ha incrementado precisamente a partir de esta fecha su intervención en el Líbano, llegando hasta el bombardeo de las posiciones sirias, y ofreciendo la máxima cooperación a los belicosos israelíes, mientras que despachaba sin más al pobre libio Gemayel. En este contexto, las declaraciones de la OTAN, diciendo que el despliegue de los Pershing no era irreversible, debió sonar a música celestial a los soviéticos, y lo inevitable se produjo. Los rusos abandonaron a los pocos días la otra mesa de negociaciones, la de los cohetes intercontinentales, las llamadas START. La reacción americana ha sido la misma de antes: tarde o temprano los rusos se sentarán otra vez a la mesa, mientras tanto la superioridad de Occidente permitirá dictar a sus adversarios el escenario y los límites de toda posible contienda.

El tancredismo de la política exterior española

Sobre este inquietante telón de fondo resulta muy difícil de entender la máxima escogida por el ministro de Defensa español para definir la posición española, «ni un paso adelante, ni un paso atrás». Si todos se mueven, y se mueven de la peligrosa manera que hemos visto, no puede comprenderse cómo España logra estar parada sin cambiar de sitio respecto a los demás. Pero lo malo es que se mueve, y se mueve acompañando a la nueva estrategia americana. Alentando a su aplicación en los momentos en que se hallaba sometida a discusión (¿quién no recuerda las declaraciones de «apoyo» y de «comprensión» a la instalación de los euromisiles en boca de Felipe González?), o acompañándola en la práctica con la presencia de militares, funcionarios y ministros en los organismos de una Alianza que ya ha escogido camino. Un conocido, y prestigioso habría que decir, diario de Madrid ha podido afirmar, sin excesivo escándalo de nadie, «que la política consciente del Gobierno socialista ha producido en los últimos doce meses un mayor nivel de integración militar en la Alianza Atlántica del que existía con el propio Calvo Sotelo». Y esto es lo que importa, y no los complicados cálculos de porcentajes de adhesión o abstención a la hora de votar las declaraciones militares de la OTAN. En estas condiciones, abstenerse es aprobar, sobre todo cuando el Gobierno español en este terreno está ayuno

de toda actividad diplomática que no sean platónicas declaraciones en favor de la paz y el desarme. Platónicas, sino hipócritas, como cuando la pasividad (o la falta de independencia) en estas cuestiones se esconde bajo argumentos tan peregrinos como el usado por el propio presidente del Gobierno, al afirmar que sería poco delicado pronunciarse en favor o en contra de los euromisiles, dado que España no va a tenerlos en su territorio. Como si el asunto de los euromisiles fuese *asunto privado* de las naciones situadas entre el Rin y el Elba, y como si España pudiese quedar al margen de los peligros que acarrea su instalación en aquellas regiones. Esto es tancredismo político, pues supone que, estándose quieto en pleno ruedo de la OTAN, los toros de la corrida atómica que nos amenaza pasarían cerca de nosotros, sin rozarnos siquiera.

En el país de Lutero, la República Democrática Alemana[*]

Lutero por doquier

Nada más entrar en la RDA es imposible ignorar la celebración de los dos centenarios, el de Marx y el de Lutero. Pero, en un país como este, la imagen del barbudo revolucionario del pasado siglo, por habitual e incorporada a la iconografía urbana y cotidiana, por reiterativa y hasta rutinaria, llega a pasar desapercibida. Otra cosa distinta sucede tratándose del mofletudo personaje cuyo quinientos aniversario se celebra, se está celebrando, durante todo este año. En escaparates de librerías, o en las columnas callejeras repletas de carteles anunciadores, por doquier se tropieza con la imagen, casi siempre en su versión cranachiana, del rebelde monje agustino. No es de extrañar que, incluso en el trasfondo de algún que otro chiste, se advierta cierta prevención a lo que algunos llaman una «luteranización» excesiva de la República Democrática: «Año de Martín Lutero en el Año de Karl Marx: proletarios de todos los países, por el amor de Dios, uníos». De todas maneras, y a fin de cuentas, no hay que olvidar que estamos precisamente en el país de Lutero. En Eisleben, en la Sajonia socialista de nuestros días, nació y fue enterrado el reformador; en Eisenach, cerca de a actual frontera que separa las dos Alemanias, y en una ciudad donde siglos después, en 1869, los seguidores de Marx y Engels fundarían el partido socialista alemán, allí cerca, en el castillo de Wartburg, Lutero tradujo la Biblia, creando el alemán moderno. Y en Wittembarg, también dentro de las fronteras actuales de la RDA, vivió y predicó durante más de treinta años Lutero. Por eso, aunque no fuese más que por razones puramente geográficas, no es de

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 394, segunda quincena de diciembre de 1983, pp. 32-33, con el seudónimo de H. J. Renner.

extrañar que un Estado ateo como el socialista alemán contribuya tan entusiásticamente a celebrar el quinto centenario de un hombre de Iglesia, de un hombre de profunda religiosidad, como fue Martín Lutero. Con todo, hay matices: Marx es celebrado como «el más grande hijo del pueblo alemán», Lutero, en cambio, «como uno de los más grandes»…

«Socialismo en un país de bautizados»

Del historiador marxista Gerhard Brendler, del Instituto Central berlinés de la Academia de Ciencias de la Alemania del Este, se cuenta que ha dicho, «tenemos que comprender que, a fin de cuentas, el socialismo se ha realizado en un país de bautizados». Frase que resultaría inconcebible hace solo un par de años, pero que parece no causar escándalo, cuando es prácticamente el jefe del Estado el que preside el comité de Lutero. Claro está que, por otra parte, hay bautizados que se pasan al calor de las conmemoraciones. Como, por ejemplo, el presidente de la Unión Cristiano Demócrata de la RDA, Gerhard Götting, que interpreta buenamente muchas de las tesis del Reformador como bases de la actual «doctrina de seguridad de nuestra República socialista». En todo caso, y esto es lo más importante, todo esto señala una apertura mayor hacia la figura de Lutero y el deseo de liberarse de ciertos esquemas interpretativos, hasta ahora mecánicamente aplicados, sobre todo en la divulgación cultural.

Tesis sobre Lutero

Gracias a la obsesión alemana oriental de asegurarse la ortodoxia a golpe de tesis, en lo que se muestran buenos discípulos del agustino, disponemos de nada menos que quince, formulando los supuestos y objetivos del famoso *Luther-Komites* estatal. La central de ellas reza de la siguiente manera: «Con el triunfo de la clase trabajadora y de sus aliados, con la construcción y la formación del socialismo, se han creado en la RDA los supuestos sociales para enjuiciar científica y adecuadamente la figura de Lutero». Rara vez hay palabras gratis en este tipo de textos, y en este caso tampoco. Pues ya no se trata tanto de «administrar fielmente la (posible) herencia revolucionaria» del agustino, como se decía antes, en cuyo caso Lutero siempre salía perdiendo frente a Thomas Müntzer el

anabaptista, como de comprender «adecuadamente» una persona que se concebía a sí mismo, primero y casi únicamente, como un reformador de la conciencia religiosa. Evidentemente, se anuncia una flexibilización de la interpretación del fenómeno luterano, que hasta ahora se había limitado, con polémicas excepciones, a encajarlo en un concepto tan discutido y discutible como el de la «temprana revolución burguesa del siglo XVI». Ocurrencia, como es sabido, de Engels, en sus intentos, políticamente justificados, de restablecer una tradición revolucionaria alemana que habría roto la «traición» de la burguesía en 1848.

Todo el papel que se quiera…

En una economía como la de la RDA, donde el papel para los libros (y la cuerda para atarlos, cuando se compra más de uno) es una auténtica *Mangelware*, un bien escaso, es muy significativa la generosidad con que se ha concedido para atender a las demandas editoriales cuando el tema era precisamente Lutero. Han aparecido más de cien títulos, y entre ellos los últimos gruesos y costosos volúmenes de la edición completa de sus obras (la famosa *Weimarer Ausgabe*, paralizada desde hace años). Algunos de ellos se han agotado rápidamente, y no tanto como consecuencia de la tradicional exigüidad de las tiradas, como por una auténtica demanda de lectura. Nos fue imposible localizar, por ejemplo, la biografía de Gerhard Brendler, cuyo significativo subtítulo es el de «Teología y revolución». Una biografía que, en este contexto del centenario, sospechamos librará a Lutero de muchos juicios negativos dictados por una obra que hizo ley durante años en el mercado del libro de la DDR: la del académico soviético M. M. Smirin, *La reforma popular de Thomas Müntzer y la gran guerra de los campesinos*, publicada en la editorial estatal Dietz, en el lejano 1952. La televisión y la radio multiplican las emisiones dedicadas a Lutero. Mientras que, por otra parte, se rumorea que altas instancias desaconsejaron el proyecto de reponer, precisamente en este año, la obra teatral de Dieter Forte, *Martín Lutero y Thomas Müntzer o la introducción de la contabilidad*, vieja pieza de 1971, donde lo menos que se puede decir es que el Reformador no sale muy bien parado.

Pagamos las consecuencias

El Estado ha concedido millones para la restauración de edificios y conjuntos urbanos que tengan que ver con el Reformador y su época. Se han puesto a la disposición de visitantes y congresistas, hoteles y residencias. En cierta manera, la expedición española al «Coloquio internacional sobre las revoluciones en el siglo XIX», organizado por la Universidad de Leipzig, y de la que formaban parte el que firma estas líneas y algunos otros miembros de *Andalán*, pagaron las consecuencias. La ciudad estaba literalmente copada por los celebrantes del centenario de Lutero, a los que el mismo Erich Honekker saludó sin más condición de que se sintiesen «comprometidos genéricamente con su persona y su obra». Por lo tanto, no hubo hoteles para nosotros, y tuvimos que abusar de la gentileza de las familias que quisieron alojarnos. Y llegando el momento de visitar la ciudad, nuestros anfitriones, movidos por la euforia del año de Lutero, nos llevaron, sobre todo, a una magnífica exposición sobre el Reformador. Cuando, claro está, a gente que se dedica a historia contemporánea les habría interesado, además, visitar el Museo Dimitroff o las prensas donde Lenin editó su periódico *Iskra*…

Los disturbios de Marruecos*

Las reacciones que han provocado los sucesos de Marruecos han venido a demostrar, una vez más, la tentación de ciertos europeos, de los europeos que mandan, de juzgar todo lo que pasa en su franja mediterránea, en términos de estabilidad y de desestabilización. Lo que encubra la deseada estabilidad, o resulte amenazado por la desestabilización, no resulta cosa muy importante al lado de lo principal, en este caso que Marruecos no cause sobresaltos. Incluso, seguramente de manera inconsciente, una persona tan buena hasta el límite de la candidez, como el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, ha llegado a mostrarse preocupado, sobre todo «por la amenaza del fundamentalismo para la estabilidad del área», enunciando impúdicamente la necesidad de «*anclar* el norte de África en beneficio de Europa». Un lenguaje propio de un Kissinger. En definitiva, Marruecos como objeto.

Una fachada y la realidad

La fachada institucional marroquí proporciona cierta buena conciencia a los defensores de, ante todo, la estabilidad del régimen. A fin de cuentas, existe pluralismo político, hay hasta un partido socialista y encima en el Gobierno, hay sindicatos, y la prensa europea circula libremente. Se trataría, pues, de evitar la tan temida desestabilización y de procurar que las cosas funcionen como deben funcionar. Pero el régimen marroquí no es un régimen democrático con reparos, es, para utilizar la acertada expresión de un periodista francés, un sistema «*ubuesco*», es decir, absurdo: «en el ruedo político todo el mundo actúa como si el Gobierno gobernase, el Par-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 397, primera quincena de febrero de 1984, pp. 9-10, con el seudónimo de H. J. Renner.

lamento legislase y la oposición se opusiese, cuando en realidad el único dueño de todo es el rey». Un rey que, según el artículo 23 de la Constitución, es «inviolable y sagrado», protegido contra toda crítica por su condición de «sombra de Dios sobre la tierra» y «Príncipe de los creyentes». Lo malo es que el rey no se conforma con estos trascendentales atributos, y, además, es el auténtico jefe del Ejecutivo, el comandante supremo y efectivo de las fuerzas armadas, el que decide la política exterior y, por si fuera poco, desde el 13 de octubre último y hasta las nuevas elecciones, él mismo es el poder legislativo… Por debajo de la fachada se mantienen la realidad de un viejo poder que nunca se ha tomado muy en serio las formalidades democráticas, sintiéndose afianzado y legitimado religiosa y tribalmente.

Un déspota derrochador

La confianza en sí mismo de un poder que se sabe prácticamente absoluto en el sentido tradicional del término, se manifiesta sin pudor alguno en los ímpetus suntuarios de Hassán II. Unos ímpetus que se traducen en una actividad constructora imparable y frenética, construyendo nuevos palacios o ampliando los antiguos en todas las ciudades importantes de su reino, mientras que envía centenares de artesanos a Norteamérica para decorar el fabuloso rancho que ha comprado y que le sirvió de alojamiento en su última visita. Es difícil hacerse idea desde Europa del derroche que supone, por ejemplo, la decoración de un palacio como el de Marraquesh, donde trabajaron más de tres mil operarios especializados y pintores europeos de gusto académico para decorar techos y paredes. A un déspota derrochador como este no se le pasa por la cabeza controlar la corrupción y el derroche de los demás o de su propia Administración. Sería impensable que se le ocurriese investigar fiscalmente las fortunas libres de impuestos de la oligarquía, a una persona que es el mayor propietario y el primer hombre de negocios del país. De esta manera, una poderosa oligarquía, muy relacionada con la corte, estafa, corrompe y especula sin trabas, parasitando la economía y minando cualquier posibilidad de auténtico desarrollo.

Las claves de la bóveda

A pesar de todo, y superadas las crisis aisladas de los años cincuenta y sesenta, el edificio del régimen se afianzó durante la expansión econó-

mica experimentada durante los años setenta. De 1973 a 1977 el precio de los fosfatos, la principal exportación marroquí, se multiplicó por cinco, se mantuvieron las exportaciones agrícolas, mientras que el país siguió exportando mano de obra a la Europa industrial e importando, en cambio, turistas. Un creciente endeudamiento exterior facilitó toda clase de proyectos y especulaciones, mientras el campo se vaciaba sistemáticamente para hacinar a la gente en las ciudades. Al calor de esta salvaje modernización, y con la ayuda también de una decidida política de marroquinización de la Administración y del empleo, se desarrolló una nueva clase media, muy sensible a las variaciones de su nivel de vida. Las exigencias de una mayor participación que suelen provocar este tipo de procesos fueron fácilmente neutralizadas por la unanimidad política desatada en torno a la «Marcha verde». De esta manera, sobre el fondo de la miseria y de la economía tribal que seguía dominando en amplias regiones del interior y del norte, la bóveda de la modernización se apoyaba en la coyuntura del mercado exterior, en la especulación y en los créditos exteriores fáciles. Créditos, no hay que olvidarlo, propiciados siempre por «el amigo americano», tradicionalmente interesado en un Marruecos conservador y religioso frente a sus inquietos vecinos.

El edificio se agrieta

Pero desde 1977 comenzaron a acusarse los primeros síntomas de ruina: los precios de los fosfatos bajaron, igual sucedió con los de las exportaciones agrarias, que además se redujeron, mientras que la mano de obra dejó de salir o refluyó al país. Es el momento a partir del cual se comienzan a pagar las consecuencias de una política económica que no había vacilado en sacrificar toda posible potenciación de la agricultura de subsistencia en aras de la especulación y de la concentración urbana. Y llegado el momento, el FMI, la voz de la gran banca internacional, pone la mecha en el polvorín, al exigir a un Marruecos profundamente endeudado que respete la «verdad de los precios» agrarios. Es decir, que renuncie a subvencionar los precios de los artículos de primera necesidad, y someta su impresionante «censo de pobres» a las leyes del mercado. Lo que sucedió en Túnez por causa análoga, ha sucedido después en Marruecos. El régimen parece hallarse en un callejón sin salida, que patentiza su fracaso económico y social. Y no hay que olvidar que, sumándose a todo lo dicho, la situación se ha agravado más, por la trans-

formación de lo que se creía un desfile militar, en una campaña larga y gravosa para el presupuesto: la guerra contra los saharauis. Una guerra que además amenaza a la monarquía en el nervio de su política, en el ejército (de lo que es ilustrativo el trágico episodio del asesinato del general Dlimi, reo de haber intentado la formación de un gobierno de unión nacional con el Polisario y la abdicación de Hassán II en su hijo). Por último, no es una casualidad que los primeros brotes de violencia por ahora estén localizados en el Rif, una región que se sintió postergada durante los años de desarrollo salvaje, que habría beneficiado, sobre todo, a los habitantes de habla francesa, en perjuicio de los del norte, los habitantes de la antigua zona de protectorado español. De esta manera, la crisis afecta a la propia estructura tribal de la vieja monarquía, poniendo al descubierto problemas nunca solucionados del todo, y ahora considerablemente agravados por el fracaso económico.

Las razones del monarca

La explicación que dio Hassán II a través de la televisión marroquí sobre la naturaleza y las causas de los disturbios no deja de tener cierta coherencia interna, cosa que no ha sido apreciado en su justa medida por nadie. Ha hablado de «los niños y muchachos» que protagonizaron las manifestaciones violentas, echándoles en cara que su elevado número impidiese resolver el problema de fondo, el de la subsistencia: «si el Estado pudiese disponer tan solo de un 50% de los gastos de educación causados por vosotros –dijo el monarca–, se resolvería el problema de los alimentos».

Y Hassán II tiene razón, pues este siniestro personaje, por debajo de su barniz modernizador, es todo un monarca del Antiguo Régimen, que echa de menos la sabiduría de las elevadas tasas de la mortalidad infantil de antaño, que ajustaban casi automáticamente las bocas a la cantidad de alimentos, evitando tener así que reducirlas a descargas de ametralladora desde los helicópteros. Si no sigue actuando de manera consecuente, mal lo va a tener la monarquía alauita para finales de este siglo, fecha en la cual una tasa demográfica, dos veces superior a la de la India, habrá transformado los treinta millones actuales de habitantes del reino en más de sesenta millones. Pero Hassán ha dicho algo más, ha denunciado la existencia de una conjura «marxista-jomeinista» tras los

hechos de Nador y Tetuán. Tampoco hay que escandalizarse por esto, no deja de tener cierta razón el déspota marroquí. Claro está, no se trata de una conjura propiamente hablando, pero sí de un complejo proceso.

Del marxismo al islamismo

A principios de los setenta el mismo régimen alentó la política de islamización de la enseñanza, para hacer frente a la influencia de la izquierda en colegios y universidades. Vinieron entonces del Próximo Oriente muchos docentes que pertenecían a la secta integrista de los «Hermanos Musulmanes», barbudos y vestidos a la antigua usanza. Las universidades se convirtieron en campos de batalla de estudiantes marxistizantes y estudiantes islámicos. Pero desde fines de aquella década se observa una lenta desaparición del marxismo en las aulas, a lo cual tampoco dejó de prestar su inestimable ayuda la Unión Soviética con la invasión de Afganistán. Va desapareciendo el marxismo, pero quizá no todos los marxistas. Muchos fueron los que, despertados primero a la revolución por una doctrina europea como la marxista, creyeron después, con el paso del tiempo y la marcha de las cosas, que en el «aquí y ahora» de Marruecos la solución y la manera de movilizar a las masas era la religión. En Irán, sin ir tan lejos, muchos comunistas pagaron con su propia cabeza el haber creído en este tipo de política. Pero nadie nos dice que el fundamentalismo tenga que ser igual en todas partes…

¿Un racionalismo revolucionario?

Para empezar, los jóvenes fundamentalistas, y casi todos los fundamentalistas marroquíes son jóvenes en un país donde más del 50% de la población tiene menos de 18 años, critican la religiosidad de sus padres, oponiendo expresamente la ley islámica y su exigencia de justicia social al «oscurantismo místico» de las cofradías «sufíes» de sus mayores. Hojeando las revistas magrebíes (las revistas en francés, claro está) tropezamos a menudo con testimonios de un nuevo fundamentalismo que busca en la religión *razones* ideológicas y políticas para transformar una sociedad injusta. Un fundamentalismo que parece hacer prosélitos especialmente en los estudiantes de Facultades tan técnicas como las de Ciencias e Ingeniería. Por otra parte, esta corriente, al revés de la inspi-

rada en el modelo jomeiniano, no se exhibe públicamente con barbas y túnicas. Al revés, se refugia discretamente en mezquitas clandestinas o discute y reza en apartamentos privados, cultivando además el judo y el kárate. Hasta ahora, el hecho de que el sultán de Marruecos fuese un sultán-califa, circunstancia que no se da en las otras monarquías árabes, había significado una seguridad añadida a un régimen basado tradicionalmente en el consenso tribal. Pero con la nueva situación, lo que era razón de fortaleza se ha convertido en un flanco peligroso: cualquier intento de reforma religiosa se transforma en subversión política.

Para terminar, una hipótesis. Quizá la aportación original de Marruecos a un movimiento que dista mucho de ser una sacudida indiferenciada de fanatismo, tal como se complacen en ver los europeos, consista precisamente en esto. En racionalizarlo y adaptarlo para que pueda servir de vehículo a una transformación política y social que, siendo las cosas como son, no han podido llevar a cabo hasta ahora las corrientes revolucionarias clásicas. De esta manera, un movimiento nacido hace treinta años entre los Gobiernos árabes conservadores y reaccionarios del Golfo, para hacer frente a la amenaza revolucionaria que se suponía en el nasserismo primero, y en el baasismo sirio después, experimentaría su última transformación, tras su encarnación jomeinista. Una transformación que terminaría dando la razón al arabista francés Maxime Rodinson, cuando ya hace bastantes años en su clásica obra *Islam y capitalismo*, decía: «los ideólogos no gobiernan, ni siquiera en el islam. En la época actual, la religión musulmana en tanto ideología movilizadora solo puede pensarse en un contexto de lucha de clases. El mundo musulmán tiene características específicas, pero no es excepcional. No escapará a las leyes generales de la historia humana. Su futuro es un futuro de luchas…».

Líbano: la crisis más grave*

En el curso de algo más de una semana de combates, un Estado ha quedado reducido a la condición de facción, un presidente apenas tiene más mando que el del personal de su propio palacio, y su amenazado perímetro urbano se mantiene a merced de las milicias chiitas y drusas que lo cercan. Sus protectores extranjeros se repliegan, y en un ambiente que recuerda el de la evacuación de Saigón, los marines de la potencia imperial pliegan su bandera. Para unos, se trata de la crisis más grave que haya atravesado el Líbano, para otros pura y simplemente de su fin, el fin de un Estado que ya no resultaría viable en su posición de encrucijada.

Nada nuevo

En cierta manera nada nuevo ocurre en el Líbano, nada que no hubiese ocurrido antes con parecidos actores. Solo que el desenlace parece que va a ser distinto. Los americanos han repetido un desembarco que ya habían hecho en 1958 y también con el mismo fin de sostener a un régimen amenazado de quiebra, y, tanto ahora como entonces, sustituían en este papel a los franceses. Aunque los franceses habían hecho algo más, habían dado a luz a lo que iba a ser más tarde la república parlamentaria del Líbano, con su desembarco en 1860. En aquel año, y para garantizar la autonomía de los cristianos maronitas, habían forzado al Imperio otomano con un desembarco.

Y fue la descomposición del Imperio otomano el que favoreció la segunda intervención francesa, remachada por una tercera, ya después

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 399, primera quincena de marzo de 1984, p. 11, con el seudónimo de H. J. Renner.

de la Segunda Guerra Mundial. El Líbano será apuntalado entonces en contra de Siria, que rompe su unión aduanera y económica con un Estado que, aun declarándose parte del mundo árabe, va a disfrutar de una tutela interesada de las potencias occidentales. Y así después vienen, no podía ser menos, los americanos. Y vienen para apoyar a un régimen amenazado por los movimientos pronasseristas que amenazan el extraño *statu quo* del Líbano. Un régimen basado en un equilibrio confesional, cuyas pesas y medidas seguían respondiendo a la distribución de confesiones de los años treinta, cuando ya desde los cincuenta los cristianos maronistas, principales beneficiarios del sistema, habían pasado a ocupar un tercer lugar, tras chiitas y sunnitas. Pero el nasserismo era un peligro más retórico que real, y tras las matanzas de Beirut y Sidón, los americanos pueden desembarcar tranquilamente como árbitros en junio de 1958. A partir de entonces, el Líbano será una pieza fija en todas las combinaciones políticas de los Estados Unidos. Como se ve, en el fondo, Reagan no ha inventado nada nuevo, solo se ha hecho acompañar esta vez de franceses, italianos e ingleses. Pero, claro está, el Oriente Medio ahora es otra cosa.

El Líbano como mito

Pero, antes de todo, conviene hablar de los mitos sobre el Líbano. El primero es el de Líbano como la Suiza de Oriente Medio. Nunca lo fue, a no ser que el Líbano se reduzca al mundo de los negocios de la burguesía maronita de Beirut.

Ha sido siempre un Estado sacudido por disturbios y matanzas, gozando de periodos de paz interna no demasiado largas. La «dulzura de vivir», que evocan novelas y reportajes, estaba limitada a un par de ciudades y a la convivencia de grupos sociales muy selectos. Las injusticias y tensiones que se albergaban tras su fachada turística de país satisfecho y tranquilo explican su sensibilidad a la menor alteración del medio. Así, a las revueltas de 1968, fruto del conflicto árabe israelí de 1967, le suceden las guerras civiles de 1973 y 1975, con la presencia de los refugiados palestinos.

El segundo mito es el de la guerra entre religiones. Un argumento que antaño dio un aire de cruzada a la política de cañoneras seguida por Francia y por Estados Unidos: las potencias occidentales en auxilio de

la única minoría cristiana en un océano de pueblos islámicos. Y ahora, la otra versión en el lado opuesto: la guerra entre las derechas cristianas contra las izquierdas árabes. Tampoco esto es cierto. Los únicos cristianos que responden a esta versión convencional de la guerra civil son los maronitas, en todo caso la mayoría de la población cristiana del Líbano. Pero tampoco todos los maronitas. Nada tienen que ver los maronitas del centro y de la costa, una burguesía financiera y comercial encastrada en un cruce de caminos, y los maronitas del norte montañoso, todavía feudales, y orientadas no tanto al mar, como hacia el interior, que punta a Siria y que se sienten más que otra cosa árabes. Y después vienen los cristianos ortodoxos, que ciertamente no miran a Roma, sino a Damasco, donde está su patriarca. Unos cristianos que han sido levadura de todos los movimientos radicales del Próximo Oriente. De entre ellos se reclutaron dirigentes comunistas y, últimamente, jefes de los revolucionarios palestinos. Los ortodoxos apoyan las corrientes del arabismo secularizador y del socialismo, pues solo así esperan mantener su posición en el mundo en que viven, y del que el Líbano es solo una parte y pequeña. La línea divisoria, por lo tanto, no separa limpiamente las confesiones, sino grupos sociales con posiciones e intereses muy diversos.

Sobre este fondo se mueve, claro está, la sombra de Jomeini. Y, posiblemente, donde se esté jugando no solo la suerte del Líbano, sino de gran parte del Oriente Próximo, sea en esa guerra olvidada que es la guerra entre iraquíes e iraníes. Pero esto es otra historia, y más importante.

El franquismo*

Concluida la Segunda Guerra Mundial, Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, proclamó que «el franquismo era un régimen fascista sobreviviente, un régimen fascista en descomposición». Lo primero, su supervivencia en la Europa liberada de 1945, era algo que no terminaban de creerse entonces muchos de sus atemorizados servidores. Lo segundo resultó más que discutible, pues una descomposición que dura más de treinta años equivale a un seguro de vida.

Como efectivamente sucedió, el Dictador murió en la cama. A esta primera virtud, que es la de durar, y que a la larga genera resignación o consenso frente a lo inevitable, vino a añadirse con el paso del tiempo otra. La de haber transformado, se decía, la España agraria de los treinta en la potencia industrial que llegamos a ser en los sesenta, y, por último, el mismo final del régimen testimoniaría de su virtualidad histórica, pues llegado el momento habría demostrado la capacidad de autoliquidarse institucionalmente.

En pocos meses, ministros, obispos, militares y policías, acompañados de banqueros, grandes industriales y grandes comerciantes, pasaban de la dictadura a la democracia. Fue la transición, el franquismo había terminado. El final pactado del régimen no dejó de influir en la memoria de su naturaleza y orígenes. No se produjo nada parecido a los grandes debates públicos y la petición de responsabilidades históricas que se dieron al final de las dictaduras alemana e italiana. La necesidad de consenso y convivencia propician la imagen pública de la Guerra Civil como «locura colectiva», con un equitativo reparto de responsa-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 400-401, 15 de marzo a 15 de abril 1984, pp. 4-6, con el seudónimo de H. J. Renner.

bilidades al 50% entre los dos bandos. Piadosa tesis que termina incluyendo a todo el periodo de los años cuarenta, cuyos padecimientos se englobaron bajo el concepto de *secuelas de la Guerra Civil*, juzgadas tan inevitables como la guerra misma. Esto facilitaba, además, el reconocimiento del *pedigree* democrático y la sensibilidad humana de personas que tuvieron que esperar, por lo menos hasta 1956, para darse cuenta de la sensibilidad humana de la naturaleza del régimen.

Una consolidación sangrienta

No hay por qué poner reparo al uso de expresiones fuertes al tratar de la consolidación del régimen, una vez conquistado el poder tras la Guerra Civil. Pues lo que realmente llama la atención al comparar este periodo con los correspondientes de Alemania e Italia, no es si había más o menos *partido*, más o menos *ideología*.

Lo que llama la atención es la enorme desproporción de la represión que acompaña a la instalación de un régimen que, a fin de cuentas, ha ganado su guerra y mantiene ocupado militarmente el país. Por poner un ejemplo, Hitler en el primer año de poder devastó partidos y sindicatos, llegó a encarcelar más de 75.000 personas, pero en todo el territorio del Reich el número de ejecuciones, legales e ilegales, no pasaron de 600. Una cifra que, en el caso español, apenas si representa el total de las habidas anualmente en muchas capitales de provincia durante el periodo equivalente.

Si dejamos aparte el holocausto de los campos de concentración, que surgen al servicio de la política de dominación europea de Hitler durante la guerra mundial, el saldo final de la represión política en el interior de Alemania, tanto antes de la guerra como durante ella, es enormemente bajo en comparación con el español. Así, en 1936 el exilio alemán hace cuentas en París, y calcula que del 30 de enero de 1933 a la primavera de aquel año, la cifra de víctimas políticas del régimen nacionalsocialista es de 1359 muertos. Y, para los once años que van desde 1933 a 1944, los cálculos actuales más fiables dan 11 800 ejecuciones por motivos políticos en el interior de Alemania. Una cantidad que es ampliamente rebasada en España en uno solo de los años que van de 1939 a 1945, que totalizan en los cálculos más moderados alrededor de 100 000 víctimas de la represión franquista. Y además hay que tener en cuenta

que al lado de estas ejecuciones dentro de la legalidad del momento, hay otras que no se contabilizan, fruto de la represión local, con episodios tan bárbaros como el de Pozu Fumeres, donde son arrojados a un pozo y rematados con bombas de mano 22 obreros socialistas el 21 de marzo de 1948, a los nueve años de paz…

No puede prescindirse de toda esta gigantesca represión al considerar la naturaleza del régimen franquista. Creará una red de temores y complicidades que contribuirá notablemente al afianzamiento del régimen.

¿Régimen autoritario o régimen fascista?

Hay toda una escuela que olvida la sangrienta ventaja del franquismo sobre los regímenes fascistas clásicos, que olvida incluso que el franquismo es el único que llegó al poder, no a través de la penetración parlamentaria, sino a través de una guerra civil de tres años. A pesar de su aire marcial, tanto Mussolini como Hitler llegan al poder en chaqué, el único que llega a lomo de los tanques es el fascismo franquista. Pero, claro está, si olvidamos esto resulta muy fácil comparar ventajosamente los resultados institucionales de la última época del franquismo, poniéndolo a un lado como ejemplo de régimen autoritario, con cierto pluralismo limitado y hasta ribetes de paternalismo, frente a la arquitectura monolítica de los fascismos alemán e italiano. Aparte de que el pretendido monolitismo de estos regímenes es algo en lo que hoy casi nadie cree, la comparación carece de valor, pues se están comparando dos cosas distintas, regímenes fascistas que finalizan traumáticamente en los cuarenta, y un régimen sobreviviente, que experimenta un proceso de adaptación al nuevo medio de la Europa democrática.

La cuestión más batallona en este tipo de comparaciones es la del partido único. Digamos de entrada que la lamentación jeremíaca sobre la «revolución pendiente» o la «segunda revolución», así como la incorporación forzosa de las corrientes conservadoras (tradicionalistas) a sus filas, no constituye el sino trágico y peculiar de la Falange, en distintos registros se da en todos los partidos fascistas de la época.

Pero, evidentemente, el carácter distintivo del franquismo es la de carecer de un auténtico partido de masas, pues la Falange constituye solo un grupúsculo de idealistas y pistoleros, que no tiene tiempo de aprovechar la coyuntura y entra en la Guerra Civil desempeñando un

papel subsidiario. Para muchos esto constituye la razón fundamental para denegar el carácter de fascismo al franquismo. Pero la cuestión consiste precisamente en que al fascismo franquista no le hacía falta tal partido. Hitler y Mussolini se imponen brutalmente a la sociedad política, destruyen partidos y sindicatos, pero las masas seguían allí, y necesitaban seducirlas y encuadrarlas. En el caso español, las masas no tenían que ser ni seducidas ni encuadradas, habían sido vencidas y dispersas, encarceladas y ejecutadas. Para lo que quedaba de masas en el país tras el paso del rodillo de una guerra civil de tres años, bastaba y sobraba con las instituciones tradicionales y la burocracia de un partido de aluvión, como era el Movimiento.

Pensemos, por ejemplo, en la Iglesia, que en el caso español no se limitó a legitimar el régimen, como en cierto momento llegó a suceder también en Alemania o Italia. La Iglesia española fue mucho más allá, se puso a su servicio directo, hasta el punto de que la red parroquial, una red tan tupida como lo pueda ser la mejor organización de un partido, se transformó en una red de informadores puntuales a requerimiento de las autoridades. La tarea de recuperación de las poblaciones «pervertidas» podía ser asumida mejor por el aparato eclesiástico, más especializado y numeroso, que por la incipiente y torpe burocracia del partido único. En este sentido funcionaron también las organizaciones seglares de apostolado, que tantos problemas crearán andando el tiempo. En algunas partes, los militantes de Acción Católica se transformaron en auténticos policías de ideas y costumbres.

Si a esto sumamos la presencia en el campo de una Guardia Civil fiel a su tradición de «brutalidad preventiva» en defensa de la ley y el orden franquistas, entonces podremos preguntarnos qué falta les hacía a las oligarquías terratenientes, una vez terminada la guerra, milicias de partidos o expediciones de castigo a la usanza de los camisas negras o los camisas pardas de los países del fascismo clásico. En las ciudades empobrecidas y tristes de los años cuarenta reinaba una tranquilidad de cementerio, que no había por qué romper con las movilizaciones rituales y repetidas de los otros fascismos.

El fascismo franquista, en definitiva el único fascismo español que se impone, había resuelto el problema de la contrarrevolución de una manera muy distinta a como lo habían hecho sus hermanos mayores, pero lo había resuelto lo bastante bien como para mantenerse.

¿Dictadura modernizante?

Tropezamos aquí con la última versión del franquismo, cuya justificación histórica consistiría en haber hecho pasar a España de ser un país agrario a una potencia industrial de cierta consideración. En definitiva, el franquismo como dictadura modernizante. De entrada, no deja de constituir un detalle de humor negro bautizar de modernizante a un régimen que paralizó el desarrollo económico y cultural del país durante casi quince años, y juzgarlo por su último tramo cronológico de escasamente trece años, sobre los casi cuarenta que duró la dictadura. Pero, además, se olvida que a la altura de los sesenta, en pleno *boom* europeo, para un país como España, económicamente dependiente y con un desarrollo inducido del exterior, el problema no consistía en desarrollarse o no desarrollarse, sino en cómo hacerlo. Y todos sabemos en las circunstancias en que se realizó el desarrollismo de los sesenta, en las peores posibles. Y las consecuencias las estamos pagando ahora.

La cara del Opus Dei en la televisión*

Parece ser que Balbín, tal como nos comunicó a los telespectadores, mantuvo hasta última hora bajo secreto la participación de Calvo Serer en su emisión de *La Clave* dedicada al Opus Dei, con el fin de evitar presiones que la impidiesen. Lo comprendemos perfectamente, pues el Opus habría obrado muy inteligentemente de haber vetado una participación como la del catedrático opusdeísta Calvo Serer.

La espiritualidad de Calvo Serer

Este curioso personaje se limitó a defender la «espiritualidad» del Opus Dei, sobre todo, con argumentos de autoridad: «un respeto al Santo Padre», le dijo al cura de barrio presente en el estudio, y que se había permitido calificarla de superficial, poco evangélica y elitista. También es verdad que adujo la plenitud espiritual que le había proporcionado a él mismo, pasando así del argumento de autoridad al de la vivencia individual, perfectamente irrebatible. Cada cual es libre de hallar la paz de su alma donde quiera y pueda, y para esto igual puede servir la pedestre prosa de *Camino*, que las fantasías bíblicas de los «Testigos de Jehová». El número de los que así piensan no nos dice nada sobre la calidad del mensaje, en una época de crisis como la nuestra, llena de gurús y de sectas. Por eso, resulta cuando menos primitiva la argumentación estadística tan reiteradamente utilizada por Calvo Serer. Pero, a fin de cuentas, es una cuestión muy suya la satisfacción que le produzca la doctrina del padre Escrivá. Lo que resulta evidente es que el catedrático de Filosofía de la Historia es incapaz de explicarnos que esto se deba a la calidad del producto.

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 404, primera quincena de junio de 1984, p. 6, con el seudónimo de H. J. Renner.

Opus Dei y peripecias políticas

Pero, realmente, en lo que Calvo Serer insistió una y otra vez, ante la resistencia de sus contertulios, empeñados en la cuestión religiosa y educativa, fue en su peripecia política personal a la altura de los años cincuenta, que fue la peripecia de todo el Opus Dei. De esta manera, la intervención de Calvo Serer constituyó un espléndido espectáculo para los que ven en el Opus de entonces, sobre todo, un grupo de presión, obsesionado en adaptar la dictadura franquista a las hormas neocapitalistas, sin merma de su contenido reaccionario. Una empresa de «modernización» que no aceptaba riesgos políticos, respetando el monopolio del discurso político establecido, solo podía realizarse *a través* de la religión: *haciendo santo el trabajo* del patrono, sin preocuparse de la condición del obrero (perdía así su utilidad de demagogia social falangista, pasada de moda), o dando *santa conciencia* al profesional de clases medias (se evitaba así la tentación de una posible democracia cristiana, tan expuesta al pecado del liberalismo). El descaro de Calvo Serer fue el presentar elípticamente esta situación, que en su tiempo se denominó «la tercera fuerza», entre falangismo y democracia cristiana vergonzante, como una «salida al régimen de Franco», que, a falta de mayores precisiones, algunos espectadores podrían creer que fue una especie de «transición» antes de tiempo, tan «transición» que hasta el mismo Calvo Serer no vaciló en implicar, de pasada, al propio padre del actual rey de España, don Juan de Borbón. Como nadie le recordó al miembro de la Obra en qué consistía realmente esta tercera fuerza o vía, quizá convenga recordarlo ahora.

Y recordarlo, utilizando exclusivamente citas del artículo publicado por Calvo Serer en la revista *Écrits de Paris* de junio de 1953: artículo que dio fe, en su momento, de la alternativa política, encarnada por el Opus Dei.

Más reaccionarios que nadie: la tercera fuerza nacional en 1953

En esta fecha, y gracias a la genial política del general Franco, nos dice Calvo Serer, el prestigio exterior de España ha llegado «a un nivel no conocido desde las guerras napoleónicas» (conviene recordar que lo dice Calvo Serer y lo dice, además, en serio). En el interior, las cosas no marchaban tan bien, pues Ruiz Jiménez y sus seguidores «se sobrepasaban en su tolerancia respecto a la ideología anticristiana vencida en 1939».

Como colmo de esta pecaminosa tolerancia, Calvo Serer cita «la pretensión» de que Ortega vuelva a la Universidad, o de que se busque un hueco en ella para su discípulo, el «peligroso» Julián Marías. Mientras se exalta «a la momificada (*sic*) generación de 1898, se ignora el pensamiento tradicional español». Un pensamiento cuya fuente es «el ideal del Movimiento Nacional de Julio de 1936, en la continuación de la obra de Ramiro de Maeztu y de Víctor Pradera». Pero no hay que temer, concluye el autor, pues «la comunidad espiritual de la Cruzada ejerce una fuerte atracción de unión», apoyada en «la parte más sana, más vigorosa y más noble» de los españoles. Fuera quedan solo los «incapaces», los «corrompidos», los «infelices» o los «inasimilables», adjetivos todos que en la España de los fusilamientos, las cárceles o las torturas, consistían todo un programa del *duro gobierno cristiano* del «Estado católicosocial» que se postula en el artículo del miembro del Opus Dei.

Religión y política, ¿dominios separados?

Se conoce la respuesta, y Calvo Serer se obstinó en repetirla, el Opus Dei deja entera libertad a sus miembros la elección de su credo político. Pero el problema consiste precisamente en esto. ¿Qué tipo de religiosidad es la que permite sin reserva conocida alguna, que la *práctica totalidad* de sus seguidores se adscribiesen a un proyecto político tan oscurantista, tan poco caritativo y tan social y políticamente reaccionario como el propuesto por Carlos Serer en 1953? Lo que no necesita explicación son las tardías conversaciones paulinas de un Calvo Serer, un Fontán, un Antonio Garrigues, o algún otro, al liberalismo y a la defensa de las libertades. Lo que sí la exige es el hecho de que, al revés de las otras órdenes, institutos o estamento de la Iglesia católica, el Opus Dei durante el franquismo nunca cayese en la tentación de albergar orgánicamente en su seno una corriente de resistencia a la dictadura y a la injusticia, a la tortura y a la persecución. Por lo tanto, si han tenido libertad en la elección política, tanto peor. La coincidencia en la reacción de todos los afiliados de la Santa Obra, en momentos donde era más necesaria que nunca la comprensión del vencido y la caridad cristiana, muestra claramente adónde llevó *espontáneamente* y sin directriz política alguna, como ellos afirman, una doctrina como la contenida en las prédicas del padre Escrivá.

Tres días sobre franquismo. Una crónica o el coloquio de Valencia*

Tres días hablando del franquismo ha durado el Coloquio de Valencia, del 8 al 10 de noviembre pasado. Tres días con una afluencia enorme y permanente de asistentes, en sesiones de mañana y tarde: estudiantes, investigadores y profesionales de diversos grados de la enseñanza. Una muestra más de la demanda latente de discusión sobre un tema que, por diversas razones, fue sistemáticamente hurtado no solo a la opinión pública, sino incluso a los ámbitos académicos. Pero también un tema de reflexión desde Aragón, a la vista de lo que puede hacer el dinamismo de un Departamento de Historia Contemporánea como el de la Universidad de Valencia (y del que tiene mucho que aprender el de nuestra Facultad), y de la falta de prejuicios que ha permitido la colaboración, precisamente para hablar del enemigo común de otro tiempo, de entidades que en otras latitudes autonómicas, y no solo en esta, se contemplan cuando menos con cierto recelo, como la Fundación de Investigaciones Marxistas, la Fundación Pablo Iglesias y el ICE de la Universidad.

El Coloquio comenzó quizá por donde debiera haber terminado, con una maratoniana sesión de mañana y tarde sobre «La naturaleza y evolución política del régimen», en la que además de Elorza, que trató del conservadurismo y tradicionalismo en la génesis del fascismo español, y de Chueca y Montero, oriundos ambos del Departamento de Derecho Político de nuestra Universidad, que trataron de sus temas privativos, la FET de las JONS y los católicos en el Nuevo Estado franquista, intervino Javier Tusell con una ponencia declaradamente polémica (y para algunos hasta provocadora): «Por una historia del franquismo desde sí mismo». Una historia del franquismo que, en la línea de la más reciente reacción

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 419, segunda quincena de enero de 1985, pp. 6-7, con el seudónimo de H. J. Renner.

conservadora de la historiografía europea, se quiere como historia política tradicional. Es natural que esta ponencia se convirtiese en el centro de la discusión que siguió a la sesión de lectura, y no extraña que los únicos aplausos de todo el Coloquio los recogiese la sufrida conclusión del moderador, el profesor Carreras de la Universidad de Zaragoza, lamentándose de que, a este paso, la historiografía española iba a sufrir la reacción sin que le hubiesen dejado apenas disfrutar, al revés de lo sucedido fuera de nuestras fronteras, de la manzana del pecado del marxismo.

La sesión matinal del día siguiente se abrió con la copiosa intervención del moderador Ignacio Sotelo, que con ímpetu de politólogo germano, Sotelo como es sabido enseña en la Universidad Libre de Berlín, no vaciló en ofrecer al algo sorprendido auditorio una periodificación universal del franquismo. Las cosas se pusieron más serias con algunas de las intervenciones posteriores, como la de Aparicio sobre el sindicalismo y la de Encarna Nicolás sobre la historiografía de las instituciones murcianas durante el franquismo, aunque el tono volvió a trivializarse con las reflexiones de M. Á. Aguilar, conocido periodista, que habló a su manera sobre «Franco y las fuerzas armadas: mito y realidad».

Por la tarde, la ausencia más notada de José-Carlos Mainer dejó inerme a los ponentes frente a la tutela paternalista de un moderador como Elías Díaz, que se permitió varias veces calificar a su manera y, anticipándose a posteriores intervenciones, a varias de las ponencias. Pues bajo el tema «Ideología, cultura y educación» actuaron los benjamines del coloquio, entre los cuales se contaba el recién licenciado por la Universidad de Zaragoza Gonzalo Pasamar, con una interesante y discutida ponencia sobre «Aproximación al análisis de Arbor, 1944-1950».

La sesión del día diez por la mañana se anunciaba muy interesante y hasta apasionante, dado el tema, nada menos que «La economía bajo el franquismo» moderada por Gabriel Tortella. El interés se mantuvo con las ponencias de los economistas, que a su manera trataron temas como «El modelo de acumulación tras el 1957-59», de Julio Segura, o «Los mecanismos económicos del modelo autárquico franquista», de E. Bono. El apasionamiento fue por mal camino con las intervenciones, monopolizadoras hasta el cansancio, de Fabián Estapé que, con cierta chabacanería autoexculpatoria, vulgarizó todos los temas que cayeron en sus manos. También cierto que Estapé no dejó de recoger alguna réplica agria de antiguos alumnos suyos allí presentes.

Y por la tarde la sesión última, centrada en «La oposición antifranquista» y que, en ausencia del moderador previsto, Ángel Viñas, fue ejemplarmente presidida por el profesor Fontana, de la Autónoma de Barcelona. Aunque faltó una de las «estrellas invitadas», el británico Preston, las intervenciones de los más veteranos investigadores, Solé Tura, David Ruiz, Ferrer Benimelli y la muy cuidada de J. Benet, hicieron de esta sesión una de las más interesantes de todo el coloquio valenciano, mientras que los jóvenes, en este caso Solé i Sabaté y J. Villarroya, proporcionaron un interesantísimo anticipo de la metodología que están aplicando en el estudio de la represión franquista. La ponencia del alemán H. Heine, «Contribución de la nueva izquierda al resurgir de la democracia española 1975-1976», vino a mostrar, como en cierta manera lo había hecho ya antes la de la inglesa Elwood, que el esfuerzo de muchos hispanistas por conocer nuestro inmediato pasado es de gran mérito en el país de origen, pero ofrece cierta ingenuidad visto desde dentro.

Tres días para muchas cosas, a lo mejor demasiadas. Quizá una de las conclusiones más satisfactorias de este Coloquio sea precisamente esta, la de que el estudio de la ominosa dictadura ha llegado al punto en que ya convendría organizar los coloquios sobre temas o aspectos especiales, distinguiendo más claramente las ponencias de estado de la cuestión o de nuevas metodologías, de las aportaciones monográficas o de los potenciales artículos de revista. Organizar también coloquios en los que esta misma limitación de temas proporcionase ocasión a un intercambio más prolongado y pausado de puntos de vista entre los asistentes, especie de mesas redondas paralelas a las sesiones plenarias. Pero todo esto, claro está, se nos puede ocurrir ahora gracias al éxito logrado por el esfuerzo y la entrega de los miembros de una organización que hemos conocido muy bien los que tuvimos la suerte de asistir a estas interesantes jornadas del Coloquio de Valencia. Que cunda el ejemplo, y que un posible segundo coloquio pueda tener lugar en esta nuestra Universidad de Zaragoza.

Gorbachov. Algo más que una biografía*

A juzgar por ciertos titulares y aun artículos, y no solo de la prensa española, parecería que el Kremlin ha sido asaltado por «jovencitos» cincuentones, dispuestos a arrasar a la tradicional gerontocracia: «una nueva generación se instaló ayer en el Kremlin», decía un prestigioso diario madrileño. En algunos casos la política se disolvió en biología, esta vez en beneficio de la URSS. Cuando lo grave no es la vejez maquillada de Reagan, sino los intereses a que sirve, el complejo militar-industrial, y lo esperanzador en Gorbachov no es su edad, sino el que Rusia quizá haya llegado a un momento crucial de su desarrollo interno.

¿Siete años esperando?

Gorbachov, todo el mundo lo sabe, no ha hecho la Revolución de Octubre, era un niño cuando la Segunda Guerra Mundial y realizó su rápido ascenso sobre todo en la era de Breznev. Cuando la enfermedad del secretario general, a finales de los setenta, abrió la cuestión sucesoria, el sistema se precavió contra cambios demasiado bruscos intercalando dos períodos transicionales: el de Andropov y el de Chernenko. Persona tan autorizada como K. S. Karol supone que Gorbachov estaría ya destinado a ocupar el poder por aquella época, de esta manera habría tenido que esperar en la antesala de tres grandes enfermos, que aplazaron la culminación de su carrera política durante siete años. Una carrera política que desde la lejana Krasnogvardeiski hasta su llegada al Comité Central en 1971 ha sido reseñada innumerables veces en estas últimas semanas. Pero, ya lo dijo nada menos que Kissinger, se cometería un error ob-

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 425, segunda quincena de abril de 1985, pp. 8-9, con el seudónimo de H. J. Renner.

sesionándose con las trayectorias y los gustos o talantes personales de los dirigentes rusos, Rusia desde la muerte de Stalin ha estado siempre dirigida por un equipo, y un equipo bastante amplio.

La cuestión de fondo

La cuestión de fondo no es lo que pueda hacer Gorbachov o cualquier otro en su lugar. La cuestión de fondo es durante cuánto tiempo la Unión Soviética va a poder seguir siendo gobernada como lo ha sido hasta ahora. Esto es lo que da la clave de lo que vaya a suceder. La referencia que se impone para empezar no es la del inexistente Chernenko, ni el fugaz Andropov. La referencia es la era Breznev durante la cual hizo sus armas políticas y administrativas el entonces todavía más joven Gorbachov. Conviene recordar que aquellos años no fueron tanto de neostalinismo, como algunos jueces apresurados han dicho, sino el intento de realizar una modernización sin reformas políticas. En reducidos límites el experimento resultó: la calidad de vida que los soviéticos hoy creen al alcance de su mano es fruto de la atención prestada a su consumo durante los últimos veinte años. A la época de Breznev se debe un considerable aumento del número de familias soviéticas con neveras, aparatos de televisión, lavadoras e incluso automóviles. Quizá fuesen estos los únicos problemas que podían ir resolviéndose sin alterar la rigidez del sistema, si prescindimos del crónico problema de la agricultura. Pero la revolución científica y técnica de la informática y de la automatización era cosa muy distinta, y su fallo explica entre otras cosas, que el crecimiento soviético quede muy por detrás del de los Estados Unidos y aun del Japón, situándose al nivel de un 2% o 3%, como cualquier país europeo afectado por la crisis.

De ahí la pregunta que se hace, por ejemplo, el grupo de economistas conocido como la *escuela de Nobosibirsk*: ¿no se dará una contradicción entre la naturaleza de las relaciones sociales y las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas que hace a la potencialidad del desarrollo de las fuerzas productivas acaso más grave por lo que hace a la potencialidad del desarrollo de lo que sucede en los países capitalistas? Esta es una pregunta que deja de ser académica lo mismo se vean forzados a planteársela los políticos, en vez de los profesores de ciencia económica. Y no solo razones económicas son las que les moverá a hacerlo.

La amenaza americana

Pues cualquier análisis de la situación resultaría falseado sin tener en cuenta la amenaza americana. El propósito declarado de la Administración Reagan no es lograr o mantener el equilibrio, sino imponerse con una clara superioridad, que en el caso óptimo, como ha dicho abiertamente Weinberger y más críticamente el antiguo consejero presidencial Z. Brezinski, permitiría incluso cubrir operaciones de desestabilización encaminadas a revisar los resultados de los acuerdos de Yalta. Proyectos tanto más peligrosos cuando son los que permiten inflar prodigiosamente el presupuesto americano con gastos militares que tienen benéficos efectos de arrastre sobre la inversión y el consumo, mientras que el mismo déficit hace subir los intereses y eleva el dólar. Todos pagamos el rearme del Gran Patrón, y el pueblo americano puede permitirse vivir por encima de sus medios pagando menos impuestos.

Efectos no deseados

De entrada la amenaza americana tiene sus efectos. La Unión Soviética ve su seguridad amenazada con los euromisiles, y su credibilidad militar puesta en tela de juicio por sus propios aliados. Una administración ya de por sí lenta y desconfiada puede crisparse con facilidad ante el sentimiento de cerco, y creerse obligada a elegir entre cañones y mantequilla sin más rodeos. Cualquier intento de reforma del sistema se hace mucho más difícil en estas circunstancias, y su permanencia se identifica con facilidad, por lo menos para los gobernantes, con la propia supervivencia del país. Pero los militares ya han acumulado experiencias (y la de la guerra del Afganistán no es la única). Hay signos múltiples de que se han dado cuenta de lo vano de las promesas de los dirigentes políticos tradicionales, de garantizar con una cobertura política inamovible el proceso de modernización tecnológica que supone un ejército moderno. Los militares (y con esta palabra evidentemente designamos algo más complejo que la casta de coroneles o generales) pueden sacar otras conclusiones: dado que el retraso soviético no significa incapacidad, sino falta de organización y financiamiento, apoyemos una reforma, incluso con costes políticos, que garantice mejores niveles tecnológicos de defensa. Por este camino, y sin proponérselo claro está, la amenaza americana podría servir a los proyectos reformadores de Gorbachov.

«Europa, hogar común»

Todavía es pronto para conocer los proyectos de Gorbachov, más allá de las generalidades expuestas en sus primeros discursos. Ha habido gestos muy significativos, como el apoyo a la experiencia húngara con el discurso de Romanov en Budapest. Tiempo habrá para comentar todo ello en estas páginas. Pero hay una frase de su primer discurso que merece ser resaltada. Es la de «Europa, hogar común», algo más que una frase evidentemente. Una realidad geográfica. Europa es el hogar común de los europeos orientales y occidentales, no es otro continente, como lo es para los americanos, en el que pueden asumirse con cierta impavidez los riesgos de una guerra atómica «limitada». Es difícil que cualquier iniciativa por la paz de Gorbachov, y lo hemos visto con la su reciente oferta, encuentre algo más que una reacción negativa por parte de los Gobiernos europeos, bien sujetos en estas cuestiones por los Estados Unidos. Pero incluso en España se advierte que los gobernantes se han dado cuenta del peligro que puede significar para sus planes atlantistas una ofensiva de paz soviética (véanse las sorprendentes declaraciones de Guerra). «Gorbachov puede ganar los corazones de la opinión pública occidental», observó sagazmente un alto funcionario americano con motivo de los últimos funerales en el Kremlin. Y todos debemos tener presente que del éxito de la política de distensión de Gorbachov no solo depende la viabilidad de sus proyectos de reforma, sino que depende la suerte de todos nosotros.

El halcón galáctico en Europa: el viaje de Reagan*

Por algún momento pudo temerse que las cruces de las sepulturas nazis del cementerio de Bitburg no dejasen ver el bosque del viaje de Reagan. Tal fue el escándalo suscitado entre amigos y enemigos de la superpotencia americana por la obstinación de Reagan en incluir esta visita que, solo a última hora, fue compensada, contra la expresa voluntad inicial del presidente americano, con otra a un campo de concentración. Para los rusos, en cambio, no hubo dudas. Desde un principio, la idea central expuesta en la prensa moscovita fue la de que «el principal objetivo del presidente Ronald Reagan en la cumbre de los países industrializados de Bonn es obligar a los aliados de los Estados Unidos a sumarse al proyecto de la guerra de las galaxias en calidad de subordinados». Y de esto vamos a tratar en lo que sigue.

Nicaragua, asunto doméstico

De entrada, otro golpe de efecto. En el viaje a una conferencia, la cumbre que reunió en Bonn a los dirigentes de los países más industrializados, destinada formalmente, sobre todo en intención de los americanos, a liberalizar el comercio mundial, una auténtica declaración de guerra económica a un pequeño país como Nicaragua. Pero sería equivocado relacionar esto con el viaje europeo. La convicción proclamada por Reagan de que los sandinistas amenazan la seguridad de su país y la estabilidad de la región no necesita, ni solicita en realidad para nada, el apoyo europeo. Ni el apoyo ni siquiera la sanción. Reagan ni se ha molestado

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 427, Segunda quincena de mayo de 1985, pp. 8-9, con el seudónimo de H. J. Renner.

en presionar al Tribunal de Justicia de La Haya, al que han recurrido los sandinistas. «Haga lo que haga el Tribunal –dijo el presidente en Bonn–, el bloqueo se llevará a cabo». Para Reagan se trata de una operación doméstica, como es doméstico el problema, a fin de cuentas Centroamérica es el patio interior de la gran potencia del Norte. Y la operación no ha dejado de rendirle beneficios donde él los esperaba: no en un hipotético apoyo de los europeos, sino en las filas de la oposición demócrata del Senado. Un periódico americano, el *Washington Post*, ha pronosticado un consenso senatorial sobre la nueva iniciativa presidencial. Por lo demás, le basta a Reagan con que sus aliados guarden compostura en sus críticas, que no le aprueben, pero que tampoco le condenen. Deseo al que ha atendido evidentemente el Gobierno español, mientras que las únicas voces airadas han provenido de los socialistas alemanes, que como es sabido están en la oposición.

El trasfondo de Bitburg

Otra cosa es el trasfondo del escándalo de Bitburg. La visita al cementerio de guerra alemán respondía al mismo espíritu que el de la declaración política de los siete países más industrializados reunidos en Bonn, con motivo del aniversario del final de la II Guerra Mundial. Un espíritu que afirma que el «proceso de reconciliación» y de «renovación moral y política» que habría fundido a vencedores y vencidos al final de una guerra cuyo enemigo principal, el fascismo hitleriano, no se cita por su nombre. Una reconciliación sobre valores comunes, bajo evocaciones retóricas a la libertad y al progreso. Valores que ya no son los mismos, naturalmente, de la resistencia europea a la barbarie fascista. Son los valores que defiende la derecha en la que confía Reagan, que sistemáticamente ha rehuido entrevistarse con la oposición de izquierdas donde la había, y no ha dejado, en cambio, de entrevistarse con la oposición conservadora, incluso con un cadáver político tan caracterizado como el de don Manuel Fraga Iribarne. Unos valores que llegan hasta la caricatura en su intervención ante la Asamblea Nacional Portuguesa, donde no vaciló en hablar de «la gran democracia» de un pueblo «que ha conservado la fe de los pastorcitos de Fátima» y la fe en «el poder de la oración» del Santo Padre. Pero no se trata de que Reagan se haya sentido llamado como nuevo profeta de la renovación espiritual de Occidente. O por lo menos no se trata sobre todo de esto. Aquí, como en las apela-

ciones vacías a la unidad europea, incluido el tabú de la reunificación alemana, se trata de adormecer con sus consumadas dotes de actor la sensibilidad de la opinión pública de nuestro continente para hacerle más aceptable su gran proyecto. El proyecto de la guerra de las galaxias. El único tropiezo fue que en Bitburg había 45 tumbas de las SS, pero eso se olvida pronto.

Contra la inmoralidad atómica, la «guerra de las estrellas»

El epígrafe no es un ejercicio de estilo, refleja exactamente el ropaje con que Reagan, por convicción o por habilidad, revistió inicialmente una «iniciativa estratégica» (ISD), que él se escandaliza de ver bautizada como *Stars War*, «la guerra de las estrellas». Pues para el presidente se trataría de poner fin a la «inmoralidad» de una paz que desde hace cuarenta años se basa sobre el principio de «la garantía de la destrucción mutua en caso de guerra», y que supone el almacenamiento indefinido de armamento atómico. La invención de un sistema no nuclear, «que no atacaría a las personas, pero impediría a los cohetes alcanzar su objetivo», significaría el fin de la era atómica. En su ímpetu moralizante Reagan llegó a ofrecer en algún momento a los rusos (se trató, claro está, solo de un momento) participación en tal proyecto, para asegurar la paz entre ambas superpotencias, bajo la protección de sus respectivos escudos cósmicos. La idea, remachada en los términos citados en marzo de este año, había sido lanzada por el propio presidente de manera desesperada hace ya dos años. Fue una idea, en palabras de su consejero científico, el Dr. G. A. Keyworth «no elaborada por los servicios científicos de la presidencia, era una idea que surgió del corazón del presidente». Aunque a la víscera cordial de Reagan se hubiese anticipado en 1981 la fundación ultraconservadora *High Frontier*, con un proyecto muy parecido y rechazado en su momento por el Pentágono como irrealizable. Aunque el Pentágono parece haber cambiado de idea y con él el complejo militar-industrial, parece que en la misma América hay gente que permanece escéptica, e incluso desconfiada, frente a esta nueva versión del viejo proyecto de 1981. Así, el *New York Times* a comienzos de este año no vacilaba en calificarlo del «proyecto más desaforado e irreflexivo de la época nuclear», concluyendo en su incapacidad para defender las ciudades y en su inutilidad para defender los silos de misiles. Y a partir de ahí, las críticas han sido mayores y de más fondo. La última proviene de una ins-

titución tan acreditada, y poco sospechosa de estar a sueldo de Moscú, como el «Instituto Internacional para Investigaciones Estratégicas» de Londres, que ha dicho taxativamente que la ISD reaganiana no solo aumentará los obstáculos para lograr un acuerdo sobre el control nuclear, sino que incrementará el peligro del conflicto atómico.

El chantaje americano

Hace poco más de un mes los Gobiernos de la OTAN recibieron una curiosa carta del ministro de Defensa americano, Weinberger, donde fríamente se les emplazaba a contestar en un *plazo de sesenta días* (*sic*) a su oferta de colaborar en las investigaciones del ISD americano. El chantaje americano era claro: se pedían respuestas individuales, proscribiendo cualquier postura común europea, y amenazando a una Europa ya preocupada de por sí ante su desfase frente a la tercera revolución industrial, con un desenganche del proceso tecnológico americano que la orillaría definitivamente. El mensaje estaba dirigido a las naciones más industrializadas y no dejó de tener su efecto. Inglaterra, y sobre todo Alemania (esta de una manera tan efusiva a través de su jefe de Gobierno, Kohl, que asombró incluso a los propios americanos), han aceptado el proyecto de Reagan sin reparar en riesgos. Esto es el tipo de derecha europea que interesa a Reagan. El caso de potencias medias oscila desde la negativa de los noruegos a las reflexiones hispánicas. Las declaraciones de Morán en la última conferencia de prensa muestran que el Gobierno español ha entrado en el trapo americano: «España –dijo nuestro primer ministro–, no tiene interés en quedar descolgada de la revolución tecnológica que suscitarán las investigaciones que acompañarán al desarrollo del proyecto SDI», manifestando «un interés coincidente de España con las formulaciones teóricas del SDI», para rematar con las típicas extrañas alternativas de la política exterior de los socialistas, al preguntarse si era posible participar en la fase de experimentación, pero no la fase militar, poniéndose así a salvaguardia la virginidad con un compromiso nos figuramos estilo OTAN. Otros han reaccionados de otra manera, claro está con más medios y potencia. Nos referimos a Francia, que con su proyecto Eureka ofrece una alternativa al plan americano. Pero los términos de la alternativa francesa son sustancialmente diferentes, no se trata de un proyecto militar, sino esencialmente civil, aunque no desprovisto de consecuencias militares, y aspira a lo que los americanos

esperan poder evitar, la unión de los europeos como fuerza autónoma en el campo de la tercera revolución industrial. Veamos la acogida que nuestro Gobierno otorga a la iniciativa francesa, o si prefiere seguir el camino de los alemanes, cuyo apoyo a la ISD ha sido calificado por un semanario independiente germano como un «acto de vasallaje al complejo militar-industrial americano».

La herencia de Reagan*

A lo lejos, el anciano presidente ofrece un aspecto inmaculado: con todo su pelo, anchas espaldas, amplios gestos y unos andares que evocan a un vaquero recién descabalgado. De cerca, las cosas cambian: se aprecia el maquillaje inserto entre sus profundas arrugas, el oído izquierdo está completamente sordo, y bajo el derecho se distingue un *sonotone*. A lo lejos, siempre ha dado muestras de una total seguridad y optimismo en su causa y en sus decisiones; de cerca, es proverbial su incapacidad para seguir una exposición y retener detalles. Y, de pronto, se dice que, además, el presidente miente y cubre, cuando no las ha ordenado él mismo, violaciones repetidas de la ley. ¿Qué ha pasado de nuevo?

Cómo sucedieron las cosas

Parece que ya en noviembre de 1984 un traficante de armas iraní propuso a la CIA la venta de armas al Irán, propósito apoyado por los israelíes en su deseo de debilitar al contendiente de aquel país en la guerra del Golfo, Irak. Se produce la primera ilegalidad: los israelíes son autorizados por Reagan a vender armas americanas a Irán, que le serían repuestas a continuación. El segundo paso fuera de la ley se habría dado algo más de un año después: Reagan autorizaría secretamente la venta directa de armas a Irán, a pesar de la oposición de su secretario de Estado. Pero hay más: el presidente pide a la CIA que oculte este tráfico al Congreso. Paralelamente un «hombre del presidente», el coronel North, traduce en la práctica las encendidas declaraciones de Reagan en apoyo de los «combatientes de la libertad», y organiza una red de apoyo a los

* Artículo publicado en *Andalán*, n.º 466-467, primera y segunda quincena de enero de 1987, p. 3, con el seudónimo de H. J. Renner.

mercenarios antisandinistas, que termina financiándose con el producto de las ventas de armas al régimen de Teherán.

¿Nada nuevo?

El presidente reconoce, de entrada, que las cosas no sucedieron «tal como él había pensado», pero no ve nada malo en su actuación. Cuando el negocio triangular de armas sale a la luz, North parece pagar las consecuencias, al ser alejado de su puesto oficial, pero el presidente a continuación no vacila en declararlo «héroe nacional». La argumentación de Reagan está totalmente desprovista de cinismo, dados sus supuestos: el «imperio del mal» (como una vez llamó a la Rusia comunista) actúa en América Central, al igual que en otras partes del Globo, y es el enemigo principal que justifica el apoyo a los fundamentalistas iraníes, como en otro tiempo a Somoza, Duvalier, Marcos, Pinochet o al general Franco. La cruzada es dirigida por los Estados Unidos, que distribuyen pesos y medidas, de ahí que las críticas de los aliados europeos sean críticas desconsideradas, que ignoran el papel del liderazgo americano. Otros presidentes habían actuado con mayor habilidad y energía: Johnson en 1968 no recurrió a procedimientos vergonzantes para sortear la oposición del Congreso al envío de tropas americanas a Indochina, sencillamente se inventó un incidente que nunca existió en el golfo de Tonkín y comenzó, ya con el apoyo de la Cámara, la guerra del Vietnam. Reagan, por su parte, comenzó a violar las leyes desde 1981, cuando autorizó el entrenamiento de los mercenarios antisandinistas en Florida, dos años más tarde hacía minar por la CIA los puertos de Nicaragua y distribuir catecismos de asesinato y sabotaje por la misma organización, bloqueaba la economía del pequeño país y, por último, se declaraba por encima del orden jurídico internacional reconocido al despreciar olímpicamente las decisiones del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya. Y, por último, en 1985 todo lo que ha sido desvelado ahora fue proclamado en letras impresas, a falta de detalles y nombres naturalmente, en un libro publicado por un lingüista tan caracterizado políticamente como Noam Chomsky, quien concluía lo que en 1986 se hizo evidencia: cuando el Congreso puso fin a la supervisión directa sobre los antisandinistas por parte de la CIA, la incapacidad de estos para organizarse por sí solos obligó al presidente a transferir secretamente su tutela al Consejo de Seguridad (es decir a North). Reagan no había pecado por falta de principios, sino por falta de habilidad.

La política exterior, ¿asunto de camarilla?

En pleno escándalo «*Irangate*», un columnista conocido se preguntaba dolorosamente: «¿Ha habido un golpe de Estado en Washington? ¿Quién es el coronel North y por qué tiene poder en mi país? ¿Quién paga a Hasenfuss (el piloto americano apresado en Nicaragua) por entregar armas en mi nombre? ¿Quién es el coronel que distribuye propaganda sobre América Central en Estados Unidos? ¿El presidente Reagan controla el Gobierno o bien son los coroneles los que dirigen nuestro país?». Gran parte de estas preguntas tenían contestación antes de ser tan patéticamente formuladas, a salvo algunos rocambolescos detalles, como el de la conexión irano-«contra». Pues, desde el momento en que Reagan vio coartado su apoyo a los «movimientos anticomunistas» por la actitud del Congreso, no dejó de apelar abiertamente a la iniciativa privada para que le sustituyesen, como también indicó Chomsky, a defecto de toda su política clandestina que ha sido ahora expuesta a la luz pública. Y un caso ejemplar de ello es precisamente la ayuda a los «contras» nicaragüenses. El presidente de la *Nicaragua Freedom Fund* es un millonario, que había estado a punto de figurar como vicepresidente en la candidatura de Reagan en 1980, le acompañan personajes como la antigua embajadora en la ONU, la belicosa señora Kirkpatrick, y conocidos industriales e intelectuales ultraconservadores. Esta organización era solo una de las muchas que se agruparon en torno a esta empresa «semipública-semiprivada» que era la guerra del imperialismo americano contra la pequeña Nicaragua.

La herencia de Reagan

El caso de la guerra contra Nicaragua ilustra de manera muy significativa lo que va a ser la herencia más perdurable de Reagan. El aspecto más llamativo de esa herencia es evidentemente el déficit presupuestario creado por el doble impacto del aumento desaforado de los gastos militares, el proyecto de la guerra de las galaxias originado también en el seno de dudosas y poco fiables camarillas de consejeros, y la disminución de las cargas fiscales en beneficio de los que más tienen, es decir, el fracaso de una política económica neoliberal que tantos adeptos tiene en nuestro país, incluso entre las filas de un partido que se dice socialista. Pero la herencia más perdurable e inquietante es, en palabras del

periodista Sidney Blumenthal, «*the Rise of the Counter-Establishment*», es decir, la consolidación del conservadurismo americano en torno a una serie de grandes organizaciones. Hasta 1980 los diferentes grupos o grupúsculos reaccionarios (cristianos fundamentalistas, monetaristas implacables, millonarios y grandes industriales emprendedores, generales retirados…) les había faltado unidad ideológica y organizativa. Ambas cosas constituyen el legado que les dejara Reagan sea cual sea el resultado del *affaire* «*Irangate*». Los conservadores a través de estructuras paralelas e infiltrándose en la misma Administración, disponen a partir de ahora de una textura política y social que les asegurará el porvenir con independencia del resultado de las próximas elecciones presidenciales. Una herencia que tiene por qué inquietar y no solo a los americanos, sino también a los últimos lectores de *Andalán*…

Historia 16 (1979 y 1982)

Pánico en Wall Street*

En 1933, André Maurois, de viaje por la América de entonces, describía el panorama que se ofrecía al nuevo presidente Roosevelt:

> Jamás ha sido inaugurado un período presidencial en circunstancias tan dramáticas. Catorce millones sin trabajo y su número aumentaba cada día, los granjeros revueltos, los bancos cerrados, todos los pilares de una estructura social se iban hundiendo uno tras otro a un ritmo impresionante… En ningún momento Europa se imagina la dolorosa intensidad de la miseria americana; durante algunas semanas América creyó que se encontraba cercano el fin de un sistema, el fin de una civilización.

Maurois evoca como contraste la América que él mismo había conocido tan solo cinco años antes:

> Un pueblo que creía de buena fe que iba ascendiendo al paraíso; yo he conocido la época en que el gobernador Smith podía decir que «los americanos jamás llevaban paraguas, pues estaban dispuestos a vivir bajo un sol eterno».

Aquel momento señalado por la llegada al poder de otro presidente, Hoover, «ingeniero, símbolo de la nueva técnica, el hombre de la prosperidad. Toda la nación se confesaba hoovercrata…». En 1933, el nombre de Hoover, que había prometido *prosperidad* eterna a los americanos, se usaba sarcásticamente para designar las aglomeraciones de chabolas que servían de alojamiento a la multitud de parados, las *hoovervilles*. Entre los dos escenarios que describe el novelista francés se encontraban los *días negros* de octubre de 1929, «los más devastadores en la historia de la Bolsa de Nueva York, y, posiblemente, los más devastadores en la historia de todos los mercados».

* Este artículo se publicó en *Historia 16*, 35 (1979), pp. 78-86.

Cincuenta años después, la fecha de 1929 sigue significando algo más que un año, significa el comienzo de una larga depresión de la que el mundo capitalista no saldría definitivamente más que al calor del rearme y la guerra. Una depresión que, según los autores o las escuelas, habría sido resultado de una coincidencia casual de varios factores independientes entre sí, de una dolorosa mutación de la naturaleza del capitalismo o la brutal manifestación de la esencia de un sistema basado en el beneficio y el comienzo de su crisis general. Pero claro está, que así, de pronto, no se vieron las cosas en octubre de 1929.

Una crisis que no se esperaba

Desde la privilegiada atalaya del presente constituye casi un ejercicio de estilo trazar la historia de aquel año, ver cómo la crisis se prepara –dice un autor– de la misma manera que el espectador cinematográfico contempla cómo el asesino encañona a la pareja de enamorados despreocupados. Con nuestra perspectiva y utilizando solo los índices de que disponía la época, estamos en condiciones para ejercer de profetas lúcidos de la catástrofe que se avecinaba. Pero, incluso en octubre, eran muy pocos los que veían así las cosas. Aparte de cierta prensa de sensación, solazada con la crónica negra de suicidios y quiebras, el sábado 26 de octubre el sesudo *Le Figaro*, por ejemplo, ve la situación así desde Europa:

> Nuestro mercado ha sido reconfortado por la tempestad que ayer mismo sacudió Wall Street; ahora que el absceso ha reventado y que los mercados del Norte y de Europa central se han desembarazado de su exceso de papel se puede contemplar el porvenir inmediato con los colores más agradables.

Fuera del mundo burgués tampoco los comunistas vieron en el hundimiento de la Bolsa de Nueva York un primer síntoma de una próxima depresión. La crisis posbélica del capitalismo se había declarado cerrada en 1923; a continuación empezaba *el período de gradual estabilización relativa del capitalismo*, el famoso *tercer período*, a cuyo final amenazaba más la guerra que la crisis. Solo una segunda lectura, tras el 1929, de las resoluciones del VI Congreso de la Tercera Internacional en 1928 permite afirmar que la gran crisis había sido prevista de antemano. Por eso, no es de extrañar que *Die Internationale*, la publicación más acreditada del comunismo europeo, tratase en su número del mes de noviembre de

1929 solo del *fin de la alta coyuntura americana*, tal es el título del artículo, como signo anunciador de *una nueva ofensiva económica mundial del dólar*, tal es el subtítulo. Para nada figura en lugar destacado la palabra *crisis*. Todo lo contrario, se trataría de un pánico bursátil provocado e instrumentalizado por los bancos y las sociedades de inversión (las víctimas más señaladas de la crisis que comenzaba) para repescar acciones en vísperas de una enérgica ofensiva expansionista del dólar. En definitiva, un brutal y voluntario saneamiento del mercado, tal como, desde otro punto de vista, había sido juzgado por *Le Figaro* o *Le Temps*.

Y no hablemos de la convicción inicial de los principales afectados, los americanos, de que no podía tratarse más que de un reajuste, al que tenía que suceder la reanimación del mercado. Conforme pasan los días, las semanas, las enfáticas afirmaciones de que la prosperidad está *on the corner*, a la vuelta de la esquina, suenan cada vez más irreales. Constituye un acto de crueldad hemerográfica recoger los textos de la prensa de la época e irlos contrastando con el inexorable hundimiento del mercado. En algunos casos se trataba, sin embargo, de un sincero esfuerzo para influir sobre los ánimos, para infundir serenidad en el clima de pánico que reina desde el crac bursátil del 24 de octubre, el «Jueves Negro». Menos piedad, históricamente hablando, merecen las versiones para la posteridad que nos han dado muchos de los actores de aquellos dramáticos meses.

Un equilibrio inestable

Hoy en día, todos los historiadores y economistas consideran que el crac del 29 «no es más que el eslabón de una larga cadena» (Kindleberger), y ni siquiera el más importante, aunque sí el más llamativo. Una cadena que arranca de la época inmediata a la Primera Guerra Mundial, una época marcada por una situación de difícil equilibrio en el sistema capitalista mundial. Un sistema que tenía que redefinirse en función de la hegemonía americana y la inquietante presencia de la Rusia soviética.

Sin dejarse influir por el optimismo de la prosperidad de los años veinte, y sin ser forzosamente comunista, había muchas personas que consideraban con intranquilidad el nuevo poderío americano. Un analista tan fino como André Siegfred publicó dos años antes de la crisis un librito en el que sintetiza muy bien la visión europea de la nueva

relación de fuerzas. En *Los Estados Unidos hoy*, nos habla de una América que ha surgido de la guerra con la producción aumentada, que ha pasado de ser deudora a ser acreedora, una acreedora que no cesa de aumentar sus créditos, de los seis mil millones de dólares con que cerró en 1919 a los más de ocho mil millones que ha prestado de 1921 a 1927.

Claro está que el público europeo de aquellos años también podía disponer de una interpretación muy distinta de este nuevo imperialismo, la que ofrecían los propios americanos. «Los Estados Unidos –decía Henry William Elson, autor de la popular *Histoire des États Unis*– repudian el imperialismo militar que supone sujeción de pueblos y acaparamiento de territorios, pero no ocultan su imperialismo económico, que no priva a los pueblos de su libertad ni de su territorio, pero les da ocasión de desarrollar su producción, de enriquecerse, abriendo mercados a la industria y al comercio americanos». En nuestra época es una verdad de Perogrullo *que quien controla el comercio y el crédito controla el mundo, poco importa que maneje los cañones*. No otra cosa había sucedido antes de la Primera Guerra Mundial, tratándose de Inglaterra. Pero aquí empezaban precisamente las diferencias.

Hasta 1914 los grandes Estados, como Francia, Inglaterra o Alemania, generalmente importaban más de lo que exportaban. Pero el déficit así originado en sus balanzas comerciales era más que compensado por los intereses de sus préstamos o los beneficios que retiraban de sus inversiones en los países productores de materias primas (Estados Unidos, Rusia, América del Sur). Estos últimos, para poder atender al pago de sus deudas y obtener divisas para importaciones de bienes de capital o consumo, debían esforzarse en lograr balanzas comerciales positivas. Mientras tanto, el astro rey del sistema, no solo comercial, sino monetario y financiero, Inglaterra, soportaba una balanza comercial generosamente deficitaria. Todo eso pertenecía al pasado en los años veinte. La extensión de la industria americana, la industrialización de cierto número de países agrarios, la Revolución rusa, en fin, rompieron los circuitos tradicionales.

La repentina transformación de los Estados Unidos en nación hegemónica no les movió a abrir el mercado interior a sus deudores, para facilitarles la adquisición de los dólares necesarios para pagar préstamos. De 1919 a 1929, la balanza comercial de los Estados Unidos siguió siendo imperturbablemente positiva. De esta manera, el equilibrio de

1919 a 1929 no se realizó generalmente más que a base de una constante punción del oro europeo o por la contrapartida de las inversiones americanas. En 1921, en la primera crisis de la posguerra, una de las tesis del III Congreso de la Internacional Comunista, debidas a Lenin, resumía muy bien lo insano de la situación:

> No hay razón para hablar de un restablecimiento del equilibrio después de la guerra… El mercado mundial está desorganizado. Europa tiene necesidad de los productos norteamericanos, pero no puede dar a los Estados Unidos ningún equivalente. Europa está anémica, Estados Unidos, atrofiada. El cambio oro está suprimido… Las continuas e imprevistas fluctuaciones del cambio transforman la producción capitalista en una especulación desenfrenada. El mercado mundial ya no tiene equivalente general. El restablecimiento del curso oro en Europa solo podría ser obtenido mediante el aumento de la exportación y la disminución de las importaciones. La Europa arruinada es incapaz de esta transformación. Estados Unidos se defiende a su vez de las importaciones europeas elevando las tarifas aduaneras.

El desencanto de la posguerra

No es de extrañar que a poco de la victoria reinase desencanto, incluso entre los vencedores. Pues, tras el optimismo de los primeros meses, a partir de mayo de 1920 se registra una primera crisis. Una crisis que hace surgir el fantasma del paro de manera inesperada e inexplicable en países que habían perdido millones de hombres en la contienda, una crisis, además, de subconsumo que castiga especialmente a generaciones que habían sido sometidas a los racionamientos de la guerra. Al cabo de algo más de un año la economía se restableció, pero ya hemos visto que las condiciones no eran las mismas que antes de 1914. Las convulsiones monetarias se acumulan a las políticas y sociales.

Las divisas europeas atravesarán un período que va hasta 1923-1924 y que ha merecido el calificativo de «carnaval monetario» por los especialistas de nuestros días, pero que para muchos contemporáneos, pensemos en Alemania, significó la más devastadora de las inflaciones. Mientras tanto, la opinión pública europea y muchos políticos, e incluso economistas, no acababan de hacerse a la idea de que las monedas habían irremisiblemente perdido la estabilidad anterior al 1914, de que jamás se volvería al pasado. «La debilidad monetaria se identificaba con

algo que todavía no recibía el nombre de subdesarrollo. Los países con moneda fija eran los países aristocráticos, los países fuertes, los países civilizados» (Sauvy). Por eso, el progresivo retorno al patrón-oro, anunciado vanamente desde 1922, y que culminará con el restablecimiento de la convertibilidad de la libra y la estabilización del franco (1923), constituye un factor que robustecerá la confianza en sí misma de la sociedad capitalista, dispuesta ya a dejarse mecer por la prosperidad de los felices veinte. Muy pocos se inquietaban por las secuelas de esta primera crisis de la posguerra, especialmente por el inquietante hecho de que los precios agrarios hubiesen entrado en una depresión que habría de mantenerse para enlazar con el 1929. Y, además, en 1922, Mussolini marchaba sobre Roma. La primera crisis se saldaba también con la aparición del fascismo.

La atmósfera política comenzaba también a ser favorable. Los acuerdos de la Conferencia de Londres y la evacuación del Ruhr por los franceses parecían abrir camino a la solución del problema de las reparaciones y de las deudas de guerra, problema que afectaba gravemente las relaciones europeas. Como remate de los Tratados de Locarno en 1926, Alemania entraba en la Sociedad de Naciones. A partir de 1927 se multiplican los tratados de comercio y los intercambios aumentan. Saldada la guerra con la inflación, *el viejo capitalismo resucita*. Pero se trata de una resurrección que intentará ser a imagen y semejanza de la nueva gran potencia. Son los años de triunfo del americanismo, donde Ford y Taylor son las grandes figuras. Se lucha contra la burocracia y la rutina, racionalizando la producción y la distribución. Y al mismo tiempo los dólares invaden Europa, asediando literalmente a todos los que necesitan créditos. Los americanos son conscientes de que no solo exportan dólares, intentan también exportar un estilo de vida. Por su mismo candor es ejemplar un texto de la época como el siguiente:

> Mientras los Estados Unidos no eran más que productores de materias primas, el mundo seguía su camino, fijándose en la moda francesa para los vestidos, las joyas o los perfumes, comerciando según los métodos ingleses, viajando a Alemania para buscar ciencia y música. Pero ahora nosotros hemos cambiado todo esto. El *jazz* americano está a punto de expulsar a Wagner de Alemania. La arquitectura americana sobrepasa a la de la Grecia clásica. El *cocktail* americano ha conquistado los cafés de París. Los boxeadores ingleses se naturalizan americanos… (del *Boletín de la Sociedad Geográfica* de los Estados Unidos).

«Las sombras del cuadro»

Así se han designado los factores que afean desde nuestra perspectiva el risueño cuadro que ofrecen muchos de los testimonios contemporáneos. Pues, a la altura de 1928, en primer lugar, la prosperidad no resolvía, sino que agravaba todavía más el desequilibrio resultante de la peculiar posición de los Estados Unidos. El *dollar-gap* se hace crónico. El proteccionismo, presente a pesar de los progresos del comercio, no solo se acusa en las tarifas aduaneras, sino en el cierre de fronteras a las corrientes inmigratorias (una de las válvulas de seguridad más experimentadas en el pasado para evitar o para salir de las crisis económicas).

Las devaluaciones y el nuevo patrón-oro han estabilizado por el momento las monedas, pero ha quedado una peligrosa herencia de los años de convulsiones monetarias: los «capitales errantes», a corto plazo, que buscan mercados o países seguros y rentables, y cuyos desplazamientos en un momento de crisis o especulación pueden perturbar gravemente la coyuntura. Y, sobre todo, el paro, un paro que la época llama *tecnológico*, pero que, por ejemplo, en Inglaterra, no baja nunca del millón de 1920 a 1929. Igual sucede en Alemania y otros países, y esto sí era nuevo. Y, al fondo, la crisis agraria que no había desaparecido, que se mantiene en el Canadá, en Argentina, en Brasil, en Estados Unidos y en la misma Europa, donde no cesan de escribirse artículos sobre el fenómeno de «las tijeras», la disparidad creciente entre precios agrarios e industriales.

Las sombras se extendían también a la misma América. Los mercados de la guerra habían generado una gran demanda de algunas materias primas y los precios habían subido mucho. Pero la crisis de 1920 tuvo aquí los mismos efectos que en otras partes. Con todo, el 4 de diciembre de 1928, en su último mensaje sobre el Estado de la Unión, Coolidge, al que sucedería Hoover, creía poder afirmar que la situación era mejor que nunca, que la nación iniciaba «el más largo período de prosperidad. La fuente principal de esta, sin precedentes, y bendita situación está en el carácter e integridad del pueblo americano».

Comentando estas palabras, Galbraith dice en su obra *El crac del 29*:

> Una buena parte del mundo a que se refería Coolidge era saludable. También es verdad que los más ricos se enriquecían mucho más aprisa que los pobres dejaban de serlo. La situación de los agricultores era muy precaria,

> por lo menos desde que la depresión de 1920-1921 redujo fuertemente los precios de los productos agrícolas y dejó, en cambio, los costos altos. Los negros del sur y los blancos del sur de los Apalaches seguían viviendo en una desesperante pobreza… En las ciudades se podían contemplar espectáculos similares al de los peores barrios bajos y hediondos de Extremo Oriente.

Pero este tipo de críticas solo salían entonces de plumas *misántropas*. El optimismo y la confianza eran la tónica general en una sociedad que se creía *pueblo elegido*. Condición que, entre otras cosas, parecía manifestarse a través de un alza perpetua de la Bolsa, que no parecía tener fin. El despertar iba a ser brutal el 24 de octubre de 1929.

1929: «La esencial y fundamental solidez de la prosperidad americana»

Ciertamente, no todos los americanos jugaban a la Bolsa. Incluso puede afirmarse que eran minoría, estadísticamente hablando, los que participaban en la desenfrenada especulación que se desata, sobre todo a partir de 1928-1929. Cuando, más tarde, una comisión senatorial se encargó de determinar su número, la cifra máxima a la que llegó fue de un millón y medio sobre una población de 120 millones. Pero *lo importante no fue precisamente la masa de participantes, sino más bien el modo como aquella se convirtió en el centro de la cultura del país*. Frederik Lewis Allen, autor americano de la época, evocaba así este momento:

> El chófer del rico conducía con sus oídos puestos en los asientos de atrás para recoger noticias sobre un inminente movimiento en Bethlehem Steel. Él mismo poseía cincuenta acciones por las que había depositado un aval que le cubría una variación de diez enteros. El hombre que limpiaba los cristales de la ventana de la oficina del agente de Cambio y Bolsa hacía una pausa para observar el *ticker*, pues estaba considerando la oportunidad de convertir sus laboriosamente acumulados ahorros en unas pocas acciones de Simmons.

Ya desde un comienzo fueron muchos los particulares, como el chófer de la historia, que recurrieron al crédito para especular en Bolsa. Cualquiera podía disponer operaciones en Bolsa sin más trámite que una pequeña provisión. De necesitar crédito lo obtenía ofreciendo como garantía al agente de Bolsa los propios títulos comprados. A su vez, el

agente obtenía los fondos necesarios de los bancos, que pedían prestado a la Reserva Federal al 5% y prestaban en el *call market* al 12%. Muy pronto algunos capitalistas comenzaron a pensar que mejor que producir bienes había que aprovecharse del *boom* bursátil financiando la especulación, y así muchas sociedades se lanzaron a prestar sus fondos de reserva a los agentes de Bolsa. Por último, ya en 1929, la Bolsa de Nueva York se decidió a admitir la inscripción de los *trusts* de inversión, el último fuelle que faltaba para incrementar todavía más la fiebre alcista de aquel verano.

Hasta 1928 podía pensarse que el alza del papel respondía más o menos a las expectativas de beneficio de las sociedades, pero tal relación se perdió por completo durante el verano de 1929. Endeudados hasta el cuello con los bancos, para los agentes de Cambio y Bolsa carecía de sentido preguntarse por las perspectivas a largo plazo de las sociedades cuyas acciones vendían, ya que, al mismo tiempo, eran la garantía de los préstamos que tramitaban. Había que concentrarse en la manipulación de las cotizaciones, que tenían que resultar indefectiblemente alcistas para que las operaciones cuadrasen. Eso era lo que esperaban de ellos los cientos de personas que, abandonando sus propios negocios, llenaban de la mañana a la tarde sus oficinas con la mirada fija en la pizarra de las cotizaciones de la Bolsa. En septiembre de 1929, el presidente del Stock Exchange de Nueva York afirmaba públicamente:

> Muchas personas no han comprendido que han terminado los ciclos económicos tal como los hemos conocido hasta ahora. Estoy convencido de la esencial y fundamental solidez de la prosperidad americana. Esta es también la opinión de la inmensa mayoría de los hombres de negocios de los Estados Unidos y, sin duda, del mundo entero.

No era esta la primera, ni mucho menos, de las declaraciones de tal estilo ni tampoco había de ser la última. Es fácil imaginar la influencia que tuvieron en el mercado de valores.

El crac

Había habido sustos con anterioridad al «Jueves Negro» del mes de octubre de 1929, algunos muy serios, como la contracción de finales de marzo del mismo año, precisamente algunas semanas después de tomar posesión Hoover. Pero los signos más graves, y no precisamente de la

producción, se acumularon en el verano: desde junio no cesaba de disminuir la producción de acero; el volumen de transporte por ferrocarril y la construcción, desde hacía tiempo en crisis, entraba en franca bancarrota. Y, por último, la Bolsa se hundió.

Incluso tras las asoladoras jornadas del «Jueves» y el «Viernes Negro», la confianza no desapareció totalmente. Pero la realidad se imponía, *lo peor empeoraba continuamente*, y, a finales de año, la ley de mercado obligaba a los accionistas acorralados por sus deudas a vender sus títulos más sólidos, que se vieron así también arrastrados por el torbellino bajista. De enero a marzo de 1930 el mercado pareció recuperar su pulso, pero a partir de junio el crac desembocó en la Gran Depresión.

Sin más datos que los indicados es fácil hacerse idea de los motivos inmediatos del hundimiento de la Bolsa en el mes de octubre. Se discute quién o qué fue responsable de la primera alarma que puso todo en fuga, pero la cuestión no tiene importancia. Unas expectativas tan tensas de beneficio especulativo se encontraban a merced cada vez más de las primeras muestras de incertidumbre o de la mínima flexión del mercado. Pero el problema no consiste en esto. Lo que hay que explicar es la relación entre el crac y la depresión que le siguió, extendiéndose a todas las esferas de la actividad económica. Fue durante los años treinta cuando se comprendió la magnitud de lo que había empezado en 1929 y cuando, retrospectivamente, cobraron su valor demoníaco para defensores y enemigos del capitalismo los largos días de octubre de 1929 en Nueva York. Allí y en aquel momento había comenzado la tragedia y mucha gente dio un paso más, creyendo encontrar, además, allí y en aquel momento la causa de todo lo que estaba viviendo.

Los que vieron mucho después la depresión causada más por factores monetarios que por factores reales, más por una equivocada política económica que por fallos estructurales, tendieron a despojar de gran parte de su importancia al crac. Una política monetaria errónea había sido la causa de la gran depresión. El crac ni la había provocado ni era responsable de su especial intensidad y duración. Algo de más importancia recibe el crac en los que juzgan la depresión como resultado de la fatal conjugación de factores entre sí independientes y que solo el azar histórico habría hecho coincidir en un mismo momento. Puede que el crac no sea el principal de dichos factores, pero en todo caso fue uno de ellos.

Tampoco el crac recupera sus dimensiones apocalípticas si se considera al sistema capitalista como un modo de producción histórico, sujeto a cambios y susceptible de desaparecer. Pero esto no significa que sea un mero accidente o un factor aislado que incide en procesos que se desarrollan a su margen. En gran parte son válidas las consecuencias generales que extrae uno de los más documentados y recientes estudios sobre la Gran Depresión, el de Kindleberger *The World in Depression, 1929-1939* (Londres, 1973). Es difícil seguir afirmando –dice este autor– que la Bolsa solo fue un fenómeno superestructural, de superficie, un síntoma más de uno de los momentos desencadenadores del mecanismo deflacionario. Hay que guardarse de dogmatismos, concluye, pero la idea tradicional desde los treinta de que el crac significó el comienzo de algo que tiene su fundamento. *El crac es interesante, no tanto porque permite al historiador ironizar sobre las debilidades de los seres humanos sedientos de dinero, sino por haber desencadenado un proceso que después desarrolló su propia dinámica*.

Una dinámica, puede añadirse, en cuyo final estaban el fascismo y la guerra.

La confrontación*

Guerra fría es precisamente esto, una expresión casual de la publicística política que ha hecho fortuna hasta encontrar acomodo en el lenguaje diplomático y en el más reposado de las obras de historia.

La inventó Herbert B. Swope, miembro de la Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas, y la puso en circulación el director de la Comisión, Barnard M. Baruch, con motivo de una alocución pronunciada en 1947 en el Industrial College of the Armed Forces de Washington: «*Russia is waging a cold war against us*» (*Rusia hace una guerra fría contra nosotros*).

La expresión aparece ese mismo año en el título de un folleto del columnista americano Walter Lippmann: *The Cold War. A Study in US Foreing Policy* (*La Guerra Fría. Un estudio de la política exterior norteamericana*). Y desde el principio de los cincuenta, se multiplica en portadas de libros y estudios[1] para consagrarse al final de la década al servir de título a un estudio del prestigioso Institute of International Affairs: *Defence in the Cold War* (*Defensa de la Guerra Fría*).

En esta primera época, *guerra fría* servía para denunciar en Occidente el proyecto de expansión soviético, o, mejor dicho, la situación de tensión por él creada.

Para los rusos, la guerra fría es «la sustancia de la política antisoviética del imperialismo americano» (Tarlé, en 1951). Es una forma más de la lucha de clases internacional.

* Este artículo se publicó en *Historia 16*, 69 (1982), pp. 58-67.

1 Así, *Chronique de la Guerre Froide* (*Crónica de la Guerra Fría*), de H. Carton de Wiart, y *Two World in Focus. Studies of the Cold War* (*Dos focos mundiales. Estudios de la Guerra Fría*), del londinense National Peace Council.

En una acreditada enciclopedia histórica comunista se define «como la política desarrollada por las fuerzas más reaccionarias y más agresivas de la gran burguesía imperialista; es también la situación de tensión internacional y de peligro de guerra provocada por esta política imperialista».

Desde los años sesenta se objetiva el uso de la expresión. En 1965, el historiador soviético V. G. Poljakov, al hacer un balance de la historiografía de la guerra fría en el mundo burgués, no duda en distinguir, al lado de las obras puramente anticomunistas, otras con un esquema bipolar, donde las culpas se reparten (J. Lukacs, N. Pounds, N. Graebner…).

Efectivamente, en estos años, donde a la guerra fría sucede el intento de coexistencia y negociaciones, se recapitulan los episodios típicos (bloqueos de Berlín, guerra de Corea…), subsumiéndolos en modelos y tipos de comportamiento político.

Así, por ejemplo, para H. Kahn, la guerra fría supone un tipo de comportamientos que encarna una fase de su teoría del *escalamiento de los conflictos entre naciones*.

Por este camino la guerra fría pierde contacto con su suelo nutricio, los problemas de la posguerra europea, y se transforma en un modo de presión para la consecución de fines, con medios típicos que excluyen la guerra abierta: boicot, bloqueo de la paz, guerra psicológica (véase Heydte).

Alcanzado ya este nivel conceptual, la guerra fría puede servir, a través del tiempo y del espacio, para designar conflictos y tensiones que no tienen ya nada que ver con los generados a partir de 1945.

Del apaciguamiento a la contención

La política rooseveltiana frente a Rusia, que partía del supuesto del *One World* y que había encontrado su traducción en la Conferencia de Yalta, fue calificada retrospectivamente recurriendo a una expresión diplomática de los años inmediatos a la guerra: la de *appeasement*, que había designado la política apaciguadora de Chamberlain frente a Hitler de 1933 a 1938.

Así la famosa Conferencia de Yalta sería considerada por los polemistas de la Guerra Fría como un nuevo acuerdo de Múnich, el acuerdo de 1938, con el que se intentó vanamente calmar la voracidad hitleriana y conjurar el peligro de guerra.

Por eso, la primera definición de la nueva situación política mundial, desde 1947, partió de la negación de la política anterior, afirmando la nueva situación como dominada por el *no appeasement*.

En 1953, Dulles se molestaría en matizar la cuestión diciendo que se trataba de «la decisión de no apaciguar al enemigo a cualquier precio, aunque no, naturalmente, el negarse a todo compromiso en la medida en que ambas partes estén dispuestas a ello».

Naturalmente, no bastaba con la simple negación de lo anterior. La fundamentación teórica de la nueva política, que iba a ser definida como de *containment* (contención), la proporcionó el antiguo embajador americano en Moscú y consejero presidencial Kennan.

Ya en 1945, tras conocerse la capitulación alemana, Kennan había formulado un pronóstico de la situación, recapitulando viejas ideas suyas, fruto de su conocimiento de la Unión Soviética y su política.

Rusia –decía– está dispuesta a asegurar sus conquistas, aislándolas del exterior e imponiéndoles su sistema económico y social. Los americanos debían actuar del mismo modo.

En el fondo estaba de acuerdo con Stalin, que en sus conversaciones con M. Djilas había dicho:

> Esta guerra no es como las del pasado, el que llega a dominar un territorio le impone su propio sistema social. Cada uno lleva consigo sus sistemas hasta donde puedan llegar sus ejércitos. No puede ser de otra manera.

En su tarea expansiva, pensaba Kennan, los rusos confían en la pasividad de los occidentales, todavía bajo la influencia de la propaganda prosoviética de la época de guerra, mantenida por los partidos comunistas de cada país. Si, por el contrario, el *mundo libre* decide mantenerse firme ante la presión rusa, a la larga puede cambiar la situación:

> Pero en Moscú nadie cree que el mundo occidental pueda mantener su firmeza, una vez que el lobo malvado haga su aparición con la primera muestra del descontento soviético, cuando este lobo se plante ante la puerta de la casa y amenace con devorar a los inquilinos. Toda la política soviética reposa sobre esta convicción.

En la medida en que se dispone de información no parecen muy descaminadas las suposiciones de Kennan. Hacia el final de la guerra y a comienzos de la Guerra Fría, los funcionarios soviéticos creían que

la economía americana estaba abocada a una inmediata catástrofe, en el tránsito de la economía de guerra a la economía de paz. Una catástrofe análoga a la del gran crac del 29.

Es significativo que la desgracia del mejor economista comunista de entonces, E. Varga, se iniciase precisamente a partir de la publicación de sus *Transformaciones de la economía capitalista a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial* (1946), donde pronosticó un auge económico del capitalismo para el próximo decenio, aplazando diez años la esperada crisis general.

Para el diplomático americano, Occidente, es decir, Estados Unidos, deben prepararse para *contener* la expansión soviética; esta es la finalidad de la *containment policy*, política basada en la unidad y en la confianza de las naciones agrupadas en torno a América, dispuestas a desarrollar su potencia militar para afrontar de manera disuasoria la nueva situación.

Nueva situación que se refleja perfectamente en la imagen escogida por Kennan para caracterizar la política debida. En sus textos, la política soviética es comparada a menudo con una corriente que se desplaza casi por la fuerza de la gravedad, a no ser que encuentre obstáculos o barreras que la contengan.

Años más tarde, Dean Achenson desarrollará todavía más el símil: «Nadie puede discutir con un río, pues el río se limita a fluir. Se le puede contener con diques, se puede incluso aprovechar su corriente, pero no se puede discutir con él».

La dureza del razonamiento revela la aparición de otra política más activa que la pura contención, la política del *roll-back*, que estuvo a punto de ser aplicada con grave riesgo cada vez que la pura contención se creía insuficiente.

Por el momento, la política de contención respetaría el *statu quo*, pero reforzando ideológica y económicamente Occidente, de tal forma que a los rusos les resultase un riesgo desmedido cualquier modificación en provecho propio.

La configuración del escenario

Ahora bien, como el fin último de la política soviética, según Kennan, seguía siendo el dominio mundial, una política de contención consecuente estaba condenada también a plantearse a escala mundial.

El campo inicial de los enfrentamientos de la posguerra, el reparto de zonas de influencia en Europa central y mediterránea parecía posponerse en beneficio de una muy discutible y muy difícilmente realizable igualación de frente en todo el planeta. Este era el punto débil de la *containment policy*, tal como se encargó de proclamar dos años después el famoso periodista Walter Lippmann.

Anticipándose a los hechos, Lippmann advirtió la magnitud del compromiso en que iba a verse metida América, el compromiso de mantener una línea de contención formando un gigantesco arco que iría de Europa hasta el Japón, atravesando el globo terráqueo.

Esta tarea no solo superaría las fuerzas de un gigante industrial como Estados Unidos, sino que llevaría a apoyar dudosos regímenes, sobre todo en Asia, en detrimento del escenario decisivo de la política mundial, que seguía siendo Europa.

Kennan se creyó mal interpretado y formuló con más detalle su teoría. Una teoría que, a la larga, iba a responder muy exactamente al escenario final de la Guerra Fría.

Realmente, a Kennan los problemas del continente asiático le interesaban solo muy marginalmente. La base de su razonamiento se apoyaba en dos constataciones, que hará suyas la Administración americana.

La primera era la existencia de solo cuatro regiones industriales de importancia mundial: Estados Unidos, Europa occidental, Unión Soviética y Japón. La segunda, el reconocimiento de que la única potencia que había acrecentado su poder económico a raíz de la guerra era Estados Unidos.

Al negarse los rusos a colaborar, Estados Unidos debía contribuir a la reconstrucción económica de las otras dos. A fines de febrero de 1948 Kennan llega como enviado especial a Tokio, al cuartel general de Mac Arthur, para convencerle de la necesidad de cambiar radicalmente de política.

Hay que iniciar una especie de Plan Marshall para el Japón. La ayuda económica a Europa y la ayuda económica al Japón constituían los dos pilares de una política de contención bien entendida. A ello vendría a añadirse el sistema de alianzas y de bases militares, especialmente desde que la guerra de Corea alarmó a los países europeos.

Y fue precisamente en 1950, en que empezó aquella guerra asiática y se constituyó la Comunidad Europea de Defensa, cuando Dean Achenson completó con una dosis de mayor activismo la teoría de la contención.

La situación, decía Achenson, es de un dramatismo comparable a la de la Segunda Guerra Mundial. Por eso, hay que dar un paso adelante y desarrollar una *diplomacia total*.

Esta diplomacia ya no reconoce diferencias entre cuestiones de política interior y política exterior, dispuesta, tal como finalmente se realizó, a rodear a Rusia y a sus aliados de una tupida red de bases y puntos de apoyo. El escenario de la Guerra Fría ya estaba completo.

La política de fuerza

En este escenario, los dos actores principales parecían persuadidos de que el tiempo jugaba a su favor. Convencidos de que a la larga el mundo capitalista estaba condenado, los comunistas utilizarían su potencial militar solo como medio de presión o para alimentar guerras locales de debilitamiento.

No tenían por qué jugar sus triunfos a una sola carta, la carta de la guerra caliente; les bastaría con la subversión, la infiltración y la presión indirecta a través de los partidos hermanos.

Por su parte, en pura política de contención, Occidente no subestimaba la fortaleza ideológica y económica del bloque contrario, pero tampoco lo creía inmune a todo cambio.

Para el propio Kennan, el cambio no podía venir desde fuera, incluso la posibilidad catastrofista de una guerra victoriosa contra la Unión Soviética no cambiaría nada. La solución desde el punto de vista de la política de contención consistía precisamente en frenar la expansión que era consustancial con la política soviética.

Entonces, los comunistas comenzarían a vacilar en sus convicciones, alentándose el desarrollo de corrientes que apostarían por un mejor entendimiento con los occidentales. Los cambios vendrían después. Si podía mantenerse la paz, también el tiempo jugaría a favor de Occidente.

Frente a esta postura no dejaron de alzarse voces, desde un principio, que exigían una política más activa que la de pura contención. Una política que intentase ir modificando el escenario resultante de la consolidación de los bloques.

En la campaña electoral de Eisenhower, en 1952, y para atraerse el voto de los americanos de origen centroeuropeo, aparece el *slogan* de la *liberación*. Incluso antes, el que iba a ser secretario de Estado de la Administración republicana, Foster Dulles, no había vacilado en definir la futura política como una *política de liberación y no de contención*.

Se debería partir no de la aceptación del *statu quo*, sino de su rectificación mediante la *liberación* de los países que conformaban el cinturón de estados satélites que protegía a la Unión Soviética, que debía retroceder a las fronteras de 1939. No debe creerse que, en principio, esto significaba la guerra, aunque resulta difícil explicarse cómo podía llevarse hasta sus últimas consecuencias sin entrar en ella. Sus medios seguían siendo los típicos de la Guerra Fría, pero exacerbados.

Así, en 1953, el semanario español *Mundo* caracterizaba la situación de esta manera: «La guerra psicológica es una guerra con el recurso a las armas de información, del espionaje, de la infiltración, quizá también del sabotaje. Es uno de los proyectos más queridos del actual secretario de Estado». Y así sucedió.

La política de *liberación* se limitó a ser una *política de fuerzas*, a veces una política de *al borde de la guerra*, pero nada más.

En todos los momentos críticos, Dulles respetó la frontera de intereses soviéticos (sucesos de junio de 1953 en Berlín y en la DDR, los de junio y octubre de 1956 en Polonia y los de noviembre de 1956 en Hungría). En lo esencial se respetó la configuración del escenario de la política de contención, resultante del reparto de esferas de influencia a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

La Guerra Fría vista por los soviéticos

El mes de marzo de 1947 había sido decisivo en lo que se ha considerado como *el período de incubación* de la Guerra Fría. Es cuando entra en crisis la guerra civil griega, mientras Turquía se cree amenazada por la Unión Soviética.

El día 12, Truman proclama su célebre doctrina en el mensaje dirigido al Congreso. Una publicación oficiosa de la DDR lo calificaría de «texto que marca la transición de los Estados Unidos a una cruzada abiertamente antisoviética y anticomunista, comenzando la construcción del sistema agresivo del bloque occidental».

En todo caso, la declaración era una garantía para el capitalismo occidental, que tres meses más tarde se completó con el anuncio del Plan Marshall. Por eso, en septiembre del mismo año, en la sesión funcional del Kominform, Jadnow sacó las consecuencias de la nueva situación:

> Las potencias que actúan en el teatro mundial se han agrupado en dos campos distintos: el campo imperialista y antidemocrático de un lado, el antiimperialista y democrático del otro.
>
> Los Estados Unidos son la fuerza dirigente en el campo imperialista; aliados con ellos están Francia e Inglaterra… El campo imperialista está también apoyado por Estados con colonias como Bélgica y Holanda, por países con regímenes antidemocráticos y reaccionarios como Turquía y Grecia, por países que dependen política y económicamente de Estados Unidos, como los del Próximo Oriente, América del Sur y China.
>
> El fin principal del campo imperialista consiste en el fortalecimiento del imperialismo, la preparación de una nueva guerra imperialista, la lucha contra el socialismo y la democracia, así como el apoyo de todos los regímenes y movimientos reaccionarios, antidemocráticos y profascistas.
>
> El otro campo está integrado por las fuerzas antiimperialistas y democráticas. Su fuerza reside en la URSS y las nuevas democracias.
>
> El campo antiimperialista se apoya en el movimiento obrero y en los movimientos democráticos de todos los países, en los partidos comunistas hermanos, en los luchadores de los movimientos de liberación de los países coloniales y dependientes, así como en la ayuda de las fuerzas democráticas y progresistas de todos los países. El objetivo de este campo lo constituye la lucha contra el peligro de una nueva guerra imperialista y contra la expansión imperialista, el afianzamiento de la democracia y el exterminio de todos los restos del fascismo.

En este premioso y reiterativo análisis de la situación mundial, donde no quedan resquicios para posturas intermedias entre los dos campos o bloques, encontramos todo el repertorio de los *slogans* de la Guerra Fría vista por los soviéticos: el antiimperialismo, el anticolonialismo, el antifascismo y el argumento de la lucha por la paz.

Este último, especialmente importante, va a servir de base para el movimiento mundial por la paz en los años siguientes, frente a una Guerra Fría que se considera responsabilidad exclusiva de los imperialistas americanos y sus aliados.

Los frentes quedan perfecta y exhaustivamente definidos, y así van a permanecer durante más de veinte años.

Se contempla una progresiva resurrección de tópicos procedentes del arsenal de la Tercera Internacional, mientras que con la vigorización de la campaña antifascista se hace frente al nuevo concepto del *totalitarismo*.

Efectivamente, este término comienza a utilizarse entonces para emparentar al viejo adversario con el nuevo enemigo, al fascismo con el comunismo. Mientras, las dictaduras con las que era necesario aliarse para completar el cerco anticomunista se relegaban al campo gradualista de regímenes tan solo autoritarios, pero no totalitarios.

De esta manera, por ambos lados las exigencias de la Guerra Fría llevaron a una máxima instrumentalización y, a veces, a una notable degradación de las ideologías.

Caracterización general

Una vez instalados Oriente y Occidente en la Guerra Fría, cada uno a su manera y con sus propios argumentos, comenzaron a aparecer intentos de definición de la nueva y extraña situación: una paz que no era paz y una guerra que no era guerra.

Resultó claro desde un principio que la única manera de garantizar la baja temperatura de la guerra, evitando que se transformase en caliente, consistía en no dejarla escapar del control de los políticos.

Esta guerra –mucho más que la guerra convencional– era algo demasiado serio para dejarla en manos de los militares (episodio de Mac Arthur).

Por otra parte, y con independencia de la generalización del concepto al que hicimos referencia al comienzo de este artículo, se intentaron rastrear antecedentes históricos con el fin de ayudar a una mejor comprensión de la situación.

Hay que reconocer que por ese camino no se llegó a resultados muy satisfactorios. En América y Alemania se escrutó la obra de Karl von Clausewitz, el gran pensador militar prusiano, que había inspirado no solo a generaciones de profesionales, sino a Lenin y a Engels antes de hacerlo con Mao.

Pero solo poco a poco y por la observación directa, se llegó a un acuerdo sobre una serie de notas que caracterizaban la nueva situación mundial.

En primer lugar, quedó claro que las cosas no habían comenzado de golpe, que el mundo no se había resquebrajado en dos bloques bien delimitados nada más terminar la guerra.

Al comienzo del nuevo sistema de relaciones internacionales, la política exterior de las dos grandes potencias presenta muchas semejanzas formales.

«Solo muy poco a poco abandonan la política de coalición de la época bélica. Durante los años 1945 y 1946 ni Estados Unidos ni Rusia tenían todavía ideas claras sobre cuáles habrían de ser las relaciones de poder en Europa, sobre los últimos objetivos del contrario. A lo más tarde desde mediados de 1947, se dieron cuenta de que había comenzado una guerra fría implacable y dura, a la que había que supeditar todas sus actuaciones posibles, incluido el que hasta entonces había sido objeto principal de sus disputas, Alemania» (H. P. Schwartz).

Para W. Besson, lo que él llama *período de incubación de la guerra fría* llega incluso hasta 1950. Durante los años precedentes, las dos potencias comenzaron a tomar conciencia de su nueva situación, a distinguir amigos de enemigos y a delimitar sus esferas de influencia que se declaraban dispuestas a defender, incluso por la fuerza.

Durante las conferencias celebradas anteriormente, muchas todavía durante la guerra, Estados Unidos y Rusia tenían ideas vagas y contradictorias sobre lo que podrían ser sus futuras relaciones.

Por parte americana está documentado el proyecto de *un único mundo*, administrado conjuntamente por las dos grandes potencias. Es de suponer que entre los rusos también se hayan dado tales posturas. Es la idea que en el fondo se encuentra en la fundación de las Naciones Unidas.

Pero esta alianza se hizo imposible por el sistema bipolar que gradualmente se impuso. La época de incubación llegaría a su fin en 1950, cuando las grandes potencias pueden calcular aproximadamente cómo va a reaccionar el contrario a cada cambio de la situación. Con esto, la política internacional ha superado su fase de labilidad. La Guerra Fría ha comenzado.

Desde entonces, los dos extremos del sistema tienden a polarizar en torno suyo a los demás actores de la política internacional.

Resulta evidente que la relación de fuerzas no permite que ninguna nación asuma un papel arbitral entre los dos bloques, semejante al que Inglaterra desempeñó en el fenecido concierto europeo de las potencias desde el siglo XIX.

Quizá haya albergado por un momento tal ilusión Roosevelt en sus intentos mediadores entre Churchill y Stalin (J. Siro), mas tal política era imposible cuando precisamente un polo estaba constituido por Washington.

La Guerra Fría no solo hace imposible un papel arbitral, sino que además es enemiga de todo neutralismo. Las dos grandes potencias solo lo toleran si no afecta a sus esferas de influencia o se asientan en su campo (caso de Suiza). Para Stalin y Dulles, típicos representantes de la polaridad pura, neutralismo era sinónimo de amoralidad política.

Muy relacionada con esta característica se encuentra otra, la tendencia a ampliar globalmente sus esferas de influencia a costa de regiones no claramente definidas o indecisas. Proceso este que, como es sabido, se extenderá a través de todo el planeta.

En su fase inicial, cuando se produjo un conflicto de intereses en el marco de un Estado histórico, el conflicto se saldó normalmente con su división (Alemania, Corea, Vietnam). Así se originaron zonas de confrontación directa, que constituyeron los máximos peligros de guerra caliente durante esta época.

La siguiente característica es la relativa estabilidad del nuevo orden, una vez aceptado y perfilado por los dos grandes. A este equilibrio se llegó de manera ejemplar para el resto del globo en la zona donde precisamente se generaron los conflictos que dan lugar a la Guerra Fría en Centroeuropa.

No en balde se ha considerado, por ejemplo, el bloqueo de Berlín como el *caso modelo de la Guerra Fría* (W. P. Davison). A partir de ahí, se fueron definiendo las esferas y zonas respectivas y el *statu quo* se mantuvo hasta el final del período.

Y, por último, tanto la polaridad como las tensiones que resultan de ella, tienen siempre un registro o una justificación ideológica. Las dos grandes potencias encarnan a su manera un sistema social distinto. En consecuencia, las alianzas no se basan solo en razones propias de Estados soberanos, con independencia de sus sistemas sociales y económicos, sino que, por el contrario, se postula siempre una razón ideológica suplementaria.

Es una razón destinada a garantizar la cohesión ideológica de cada uno de los bloques. A veces tan forzada como las utilizadas para explicar la presencia de dictaduras como la franquista en el llamado *mundo libre*.

Durante la Guerra Fría la tolerancia del desviacionismo ideológico solo es aparentemente mayor en el bloque americano. En las regiones decisivas su actuación es tan decidida como la de los comunistas. Piénsese si no en la política alemana de los Estados Unidos, con su bloqueo de cualquier experimento de socialización, por no hablar de las presiones políticas sobre los Gobiernos italiano o francés.

Si consideramos, finalmente, la Guerra Fría como un período histórico individualizado y no como una técnica generalizable de relaciones internacionales, resulta difícil señalar un año para el final de la Guerra Fría. La Guerra Fría termina en la medida en que va debilitándose el hecho fundamental que la había hecho nacer: la estructura bipolar dominante de la escena internacional.

En la medida, por tanto, en que se afirma China y emerge el llamado *tercer mundo*. En la medida en que se independiza la política de algunas naciones europeas de las directrices americanas. En la medida también en que los dos grandes son conscientes del peligro de un holocausto nuclear si siguen manteniendo un tipo de relaciones que bordea, aunque a veces solo sea retóricamente, el conflicto armado directo.

Un proceso que va de 1953, con la muerte de Stalin, hasta la crisis de Cuba de 1962. A partir de entonces podrá hablarse de una vuelta a los «modos» o al «espíritu» de la Guerra Fría, pero la Guerra Fría, como tal, ya queda atrás.

El Día (1983)

En el centenario de su muerte
Los duros últimos años de Carlos Marx*

El 14 de marzo de 1883, a las dos y media de la tarde, Engels penetró en la habitación de Marx, acompañado de la anciana que lo cuidó en sus últimos días: «Cuando entramos en su cuarto, él estaba echado, dormido, pero para no despertar más. Ya no tenía pulso ni respiración. Se había extinguido apaciblemente, sin sufrimiento». Los médicos dictaminaron «caquexia por tuberculosis».

El comienzo del final en la vida de Marx había sido el año 1881, cuando, el 2 de diciembre, había fallecido su esposa Jenny. Una de sus últimas alegrías, como recordó Engels en la nota necrológica que le dedicó, fue la prueba de vitalidad que dio la socialdemocracia alemana en las elecciones celebradas en aquella fecha: «Tras tres años de inauditas persecuciones, de una represión incesante, nuestra gente no solo ha mantenido su fuerza, sino que incluso la aumenta». Pero poco podía significar para el propio Marx este triunfo, en un momento que, en sus propias palabras, se encontraba «doblemente mutilado, moralmente por la muerte de mi esposa, físicamente por la enfermedad». Poco más de un año después, el 11 de enero de 1883, murió repentinamente su hija mayor, Jenny; quince semanas después le siguió Marx.

Este período final de su vida fue calificado por él mismo como «un período de tenebroso ensombrecimiento mental». Vivió casi siempre fuera de Londres, debido al mal estado de su salud. La medicina habría podido prolongar algunos años más la existencia de Marx, pero, como dijo Engels al día siguiente de su desaparición, «vivir teniendo delante los muchos trabajos inconclusos, con el suplicio de Tántalo de que-

* Publicado en *El Día. Periódico aragonés independiente*, el domingo, 13 de marzo de 1983, p. 30, con el seudónimo de H. J. Renner.

rer terminarlos y la imposibilidad de hacerlo, habría sido mil veces más amargo que la piadosa muerte que lo ha arrebatado». Engels recordó que Marx solía citar a Epicuro, diciendo que «la muerte no es penosa para quien muere, sino para el que sobrevive», y terminó con estas palabras: «Ver a este hombre formidable, genial, seguir vegetando como una ruina para mayor honra y gloria de los médicos, y burla de los filisteos, a los que tantas veces había fulminado cuando se hallaba en la plenitud de su fuerza; no, mil veces mejor que haya sido así, mil veces mejor que pasado mañana le llevemos a la tumba, donde ya descansa la que fue su esposa».

Una escena de familia

Realmente, desde 1872 Marx había vivido apartado de toda actuación política directa, recluido en la familia y en el trabajo. Su última aparición, por así decirlo, pública fue la conferencia de Londres de la Primera Internacional, celebrada en su propia casa en el mes de septiembre de 1871. De boca del representante español en aquella ocasión, Anselmo de Lorenzo, poseemos una curiosa descripción de la familia y el ambiente de la casa de Marx.

Lorenzo, después de una serie de peripecias a través de la capital inglesa, desconociendo completamente el idioma, llega por fin a la calle de Ringin's Park. «Al cabo de poco rato paramos delante de una casa, llamó el cochero y presentóseme un anciano que, encuadrado en el marco de la puerta, recibiendo de frente la luz de un reverbero, parecía la figura más venerable de un patriarca, producida por la inspiración de eminente artista. Acerqueme con timidez y respeto, anunciándome como delegado de la Federación Regional Española de la Internacional, y aquel hombre me estrechó entre sus brazos, me besó en la frente, me dirigió palabras afectuosas en español, y me hizo entrar en su casa. Era Carlos Marx».

Como ya era muy tarde, «su familia se había recogido, y él mismo, con amabilidad exquisita, me sirvió un apetitoso refrigerio». Tras tomar el té y tratar de los obligados temas políticos, Lorenzo nos relata que «Marx comenzó a hablarme de literatura española, que conocía detallada y profundamente, causándome asombro lo que dijo de nuestro teatro antiguo, cuya historia, vicisitudes y progresos dominaba perfectamente». La conversación se desarrolló en castellano, que «Marx hablaba regularmente, con buena sintaxis, aunque con una pronunciación defectuosa».

Transformación de carácter

Marx le acompañó al dormitorio y, a la mañana siguiente, le presentó a su mujer e hijas. «La hija mayor, joven de hermosura ideal, incomprensible para mí por no tener semejanza con nada de cuando respecto a hermosura femenina había visto hasta entonces, conocía el español aunque, como su padre, pronunciaba mal y me tomó por su cuenta para que le leyera algo por gusto de oír la pronunciación correcta; me llevó a la biblioteca, que era grande y atestada de volúmenes, y de un armario dedicado a la literatura española tomó dos libros, uno, *El Quijote*, otro, una colección de dramas de Calderón». La hija pequeña serviría de guía a Lorenzo por Londres, «casi una niña, soberanamente hermosa, aunque con una hermosura más humana que la de su hermana, risueña y alegre como la personificación de la juventud y de la felicidad positiva».

Esta idílica estampa muestra, ciertamente, uno de los raros períodos de armonía en la vida de Marx. Pero ya en el texto de Lorenzo se encuentra un contraste, el enviado español confiesa «guardar un triste recuerdo» de la conferencia política sostenida en la casa de Marx. La dureza de los ataques de este a Bakunin, del que Lorenzo era partidario, como la mayoría de los españoles de la Internacional, «hicieron descender a aquel hombre del pedestal en que mi admiración y respeto le habían colocado, hasta el nivel más vulgar».

De esta manera, Lorenzo es un testimonio más, cuestiones doctrinales aparte, de la lenta transformación del carácter de Marx bajo el efecto de las enfermedades que le aquejaban desde hacía tiempo. «En Marx –concluye un especialista– la enfermedad hepática que padecía acentuó ciertos rasgos de su carácter en los últimos años. Discutía con acritud y en sus polémicas no retrocedía ni ante las burlas más sangrientas ni ante el insulto personal». ¡Cómo no había de encarnizarse con su enemigo Bakunin, cuando ni sus más fieles seguidores, incluido su íntimo compañero Engels, se salvan durante estos años de adjetivos despectivos!

«La miseria de la vida»

Y, sin embargo, en 1871 los peores años quedaban atrás. Desde hacía un año, Engels vivía en Londres y podía atender directamente a la siempre precaria hacienda de su amigo. Marx y su mujer seguían padeciendo sus

enfermedades, pero podían permitirse curas y reposos que solo hacía unos años estaban fuera de su alcance. Por otra parte, «la conjura del silencio», de la que tantas veces se había quejado amargamente Marx, comenzaba a romperse. Había aparecido la segunda edición de *El Capital* y, al mismo tiempo, sus traducciones al francés y al ruso. Su nombre se citaba frecuentemente en la prensa y resultaba cada vez más familiar a los trabajadores organizados de Inglaterra y el continente. Su opinión contaba mucho, aunque la auténtica difusión de sus ideas no comenzara hasta después de su muerte.

Atrás quedaban los peores años, «la miseria de la vida», como Marx acostumbraba a calificar su situación en la correspondencia con Engels. Años muy duros, en los que a la dolencia hepática que sufría desde 1849 se suma el reumatismo, anquilosamiento de extremidades y, sobre todo, la temible forunculosis que le tortura desde 1865. Y todo esto en un cuadro de privaciones materiales –que obligan a empeñar gran parte del ajuar doméstico– solo en parte paliadas por la ayuda de Engels y los ingresos esporádicos de la incansable actividad periodística de Marx.

Todas estas penalidades favorecen la enfermedad hereditaria de la familia, la tuberculosis. De esta enfermedad murió el único hijo varón reconocido de Marx, de ella también murió su hija mayor y, seguramente, su misma esposa. Y como si todo esto fuese poco, a comienzo de los setenta las relaciones matrimoniales de Marx atraviesan una crisis, por el nacimiento del hijo natural que tuvo con Helene Demuth, sirvienta de la familia durante años. Ante esta desastrosa situación no se puede menos de prestar atención a esta reflexión de un biógrafo de Marx: «A menudo se ha investigado la cuestión de por qué Marx no concluyó su obra principal, *El Capital*, buscándose una explicación en sus dificultades teóricas. Las circunstancias de miseria en las que tuvo que vivir el autor mientras escribía durante más de treinta años esta obra, nos hacen, por el contrario, admirarnos de que pudiera escribir la parte que nos ha dejado».

Cualquier otra naturaleza que no hubiese sido la de Carlos Marx habría sido incapaz de afirmarse en trances tan duros y difíciles, sórdidos en muchas ocasiones. No solo sobrevivió, sino que, superándolos con todos los fallos y debilidades humanas que haya tenido, fue capaz de rematar una obra proyectada en sus años de estudiante. Una obra que constituye un proyecto de emancipación humana que, hoy, cien años después, sigue en pie.

HISTORIA UNIVERSITARIA

Artículos, conferencias y seminarios

Introducción
Nacimiento y evolución de las ciudades*

Un tema como el presente resulta de dimensiones, por así decirlo, abrumadoramente spenglerianas. Tanto por su longitud cronológica, más de veinte siglos, como por sus posibles contenidos. Pues el proceso que intitula la ponencia, el de urbanización, en su último tramo, el de la modernidad y la Revolución Industrial, ha llegado a identificarse sin más con el proceso general de modernización que da paso al mundo contemporáneo. Por no hablar de obras como la de Mumford, donde un tratamiento más amplio le hace incluso servir de torcedor de una periodificación de la historia de toda la humanidad. Hace unos veinte años el tema no dejaba de ser descomunal, incluso limitándose, como es aquí el caso, a una sola región histórica. Pero por aquellas fechas todavía podíamos imaginarlo como una acumulación de historias locales que, a excepción de las dedicadas a las grandes urbes capitalinas, consistían esencialmente en un acto de piedad historiográfica: «devuelve la vida a nuestros ancestros, enlazando a los que han muerto en la ciudad con los que viven en ella, y a estos con los que todavía no han nacido» (Roche). Era el resultado de la transformación experimentada por la historia urbana, sobre todo durante el siglo XIX. La antaño pujante historia de las ciudades, que no había vacilado en entroncarse con la misma historia universal desde la Baja Edad Media europea, se había visto reducida progresivamente a ser una tarea propia de pacientes eruditos locales. El que todavía suceda así en Aragón, y no solo en Aragón, no constituye ningún escándalo, ni mucho menos, pero evidentemente la situación ha cambiado totalmente en nuestros días.

* Este artículo se publicó en *IV Jornadas sobre el Estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, [Instituto de Ciencias de la Educación], 1981, vol. I, pp. 158-161.

Y ha cambiado, en primer lugar, porque el historiador que hace la historia de una ciudad no se encuentra solo con el geógrafo tradicional, con el que había mantenido siempre relaciones apacibles, sino que tropieza además con el sociólogo y el urbanista. Y los primeros contactos pueden desconcertarle. A través de ellos la ciudad aparece sobre todo como *espacio*, un *espacio cultural* o *social* concebido como variable principal que conforma todo lo demás. De entrada pueden confortarle las críticas que los sociólogos marxistas, como Castells, hacen del espacialismo puro. Pero pronto se dará cuenta que incluso aquí no se admite, sin más, una determinación del espacio por la sociedad, sino que se postula una relación calificada, como tantas cosas, de dialéctica. Y así se llega a la «urbanización», es decir, al nacimiento y evolución de las ciudades, como «producción social del espacio». La relación ciudad-campo es, en consecuencia, concebida teóricamente como el enfrentamiento entre dos «formas espaciales» (Castells), en las que solo la ingenuidad del historiador vería «actores sociales», es decir, campesinos, jornaleros o patronos. La ciudad se define como un haz de funciones agrupadas en un espacio, como una estructura espacial. En la historiografía propiamente dicha esta ontologización del espacio se ha adornado, después, con toda la terminología conceptualista de escuelas como la de los «Annales». Entonces, el historiador urbano se ve enfrentado no solo con un espacio sustantivo, sino con un tiempo en este espacio, «el tiempo de las ciudades», «el tiempo del Estado nacional», etcétera. Y hay más: comienzan las aproximaciones inspiradas, no por la ciencia lingüística, sino por una utilización abusiva de su terminología, llegándose a hablar de una «semantización» de la ciudad (Perrot). Se recubren así, enigmática o taxonómicamente, situaciones o condiciones perfectamente conocidas bajo su designación usual. «La diferente lectura de la topografía urbana por los diferentes grupos sociales», por ejemplo, es frase que nos comunica la obviedad de que la ciudad se ofrece de distinta manera, según uno vaya a pie y lloviendo o en un carruaje con chófer.

Esta primacía del espacio, como si el espacio no figurase forzosamente en toda percepción histórica y no solo en la de la ciudad, privilegia lógicamente las estructuras sobre los procesos, a veces incluso contra la voluntad de los autores. La cosa puede tener su explicación. El urbanismo y la sociología urbana nacen en un momento en que el espacio es un bien escaso o de gran valor estratégico en la planificación y desarrollo de las grandes urbes. Por eso, las actuales ciencias sociales

de la ciudad son las ciencias de una ciudad en crisis. «Partimos de una ciudad mundo», dice Mumford en la introducción a su clásica obra, «y terminamos en un mundo que se ha hecho ciudad», «hemos tardado más de mil años para llegar al drama de la ciudad», concluye finalmente. Esta situación límite de las grandes urbes, en que el espacio o la carencia de espacio nos domina y aliena como una potencia independiente de nuestra voluntad, convierte al espacio forzosamente en un objeto de análisis y en una categoría analítica después, en lugar de un campo de observación, como había ocurrido hasta entonces. En esta situación, la tesis de que el espacio no ha sido durante más de mil años de historia, de historia de las ciudades, más que el efecto del desarrollo de las técnicas de comunicación, transporte y producción, es rechazada como una herejía positivista. Por otra parte, esta definición espacialista y funcional de la ciudad propicia, no solo la construcción de *modelos*, sino incluso la formulación de *leyes*, «leyes más bien abstractas –como dice, no sin cierta satisfacción, un Scnore–, excluyendo sistemáticamente las particularidades culturales, susceptibles de una serie de variaciones menores según los contextos históricos concretos».

Ahora bien, todas estas escuelas y métodos, por varias razones que no viene al caso, se refieren sobre todo a la urbanización contemporánea. Solo en casos aislados o en escuelas muy concretas ofrecen una densidad cronológica superior al siglo o al siglo y medio. Poca cosa, si pensamos en una temática como la nuestra, que abarca muchos siglos. Por eso, en el marco de una ponencia que parte nada menos que del «nacimiento» de las ciudades hay que hacer una referencia, al menos ejemplarmente, a la cuestión de las grandes tipologías universales. Y para esto el punto de partida obligado es el clásico capítulo noveno de *Economía y sociedad*. Para Max Weber la ciudad antigua y la ciudad medieval europea representan un mismo tipo frente a la ciudad vieja, a la ciudad oriental. Las dos primeras serían, según el autor alemán, una asociación de ciudadanos en un espacio delimitado; la ciudad oriental, en cambio, no registra nada semejante, jurídicamente no se diferenciaría de la aldea. La polis, como más tarde la ciudad medieval, representaría la superación de una esfera feudal-campesina, y sucumbiría en la Baja Antigüedad. Aquel precedente es el que permite, para este autor, que a partir del siglo XI se hable tipológicamente, no del «nacimiento», sino del «renacimiento» de las ciudades. Esta interpretación garantizaba el continuo de la historia urbana. La historia de las ciudades en general,

de una ciudad determinada en muchos casos, era un nacimiento y un renacimiento posterior, separados por la crisis del final de la Antigüedad. Esta es la periodificación que subyace con variantes en toda la historiografía urbana, incluso antes de que fuese teorizada por el autor alemán. No es otra cosa, por ejemplo, lo que creían los innumerables eruditos locales del pasado siglo. Evidentemente, se reconocían diferencias entre el municipio romano y la ciudad medieval, asentada posteriormente en un mismo emplazamiento, pero se trataba de dos épocas distintas de un fenómeno idéntico.

También aquí las cosas han cambiado radicalmente. Los primeros en poner en duda la tipología weberiana fueron los estudiosos de la Antigüedad. Hay algo que diferencia fundamentalmente a la ciudad antigua, e incluso a la ciudad oriental, de la ciudad medieval europea, y este algo es la no separación de la ciduad y del campo. Los especialistas en demografía histórica ya habían comprobado, para desesperación suya, que en la Antigüedad los datos estaban referidos siempre al Estado-ciudad, es decir, al núcleo urbano y a su campo al mismo tiempo. La ciudad como esfera de la economía dineraria, del comercio y de la industria y el campo de labradores y nobles no están yuxtapuestos, sino inextricablemente unidos. En la ciudad medieval no sucede nada de esto, a partir del siglo XI la ciudad se deslinda del campo política, jurídica y económicamente, se constituyen la esfera feudal-campesina y la esfera urbano-burguesa. Pero aquí hicieron su aparición los medievalistas, y sus aportaciones amenazaron directamente la autonomía del proceso general de la historia urbana. Pues ciudades y comercio («funciones comerciales») «renacen» tanto en Rusia como en Europa, pero ciudades capaces de generar una evolución social que a la larga conduciría a la revolución burguesa y al capitalismo, se habían dado solo en nuestras latitudes. La única explicación, dice, por ejemplo, O. Brunner, es que la ciudad carece como tal de una historia autónoma, «no puede considerarse en sí aislada, sino que debe ser ordenada en toda la estructura social y política de la que forma parte». La pregunta que había que hacerse para explicar la historia del mundo urbano occidental era, paradójicamente, una pregunta no dirigida a la historia de las mismas ciudades, sino al mundo campesino y feudal dentro del que habían nacido. «Hay que hacerse la pregunta de si el feudalismo, en cuyo marco creció la ciudad europea, no poseía ya un carácter especial en el que se daban los supuestos esenciales para la formación de la burguesía,

pues en otros feudalismos no pasó nada parecido». A partir de Brunner esta pregunta ha tenido muchas respuestas y provocado polémicas tan importantes como las referentes a la transición y crisis del feudalismo. Pero, en todo caso, se impone una conclusión general, la de que la identidad o semejanza de estructuras, funciones o «espacios» urbanos, no son significativamente históricas si responden a distintas *formaciones sociales*, en el sentido marxista del concepto. Y, por otro lado, que por mucho que se perfeccione el instrumental utilizado, hasta llegar a los refinamientos de la historiografía cuantitativa, no debe perderse de vista que la historia urbana como tal historia no existe. Nunca dejará de ser una historia sectorial, que solo puede comprenderse dentro de la historia general, llámese historia de un modo de producción, de una nación o de una cultura.

Sesión del Seminario de Historia Económica. *Miseria de la teoría* de E. P. Thompson*

ELOY. Como habéis visto todos, hoy con la misma satisfacción que yo, tenemos aquí repescado a Juan José Carreras, al que consta que se le invitó desde el principio, pero nuestras locuras aragonesas, y otras locuras, no le han atraído particularmente.

Hoy no tenía demasiadas razones para excusarse (ayer le insistí para que viniera). La pena es no haberle insistido con más tiempo, porque entonces le hubiéramos podido pedir que moderase la reunión. No sé si aceptará…

CARRERAS. Sí.

ELOY. Entonces, aceptas. Bueno, dicho así… Es que si te lo digo de otra manera igual habrías dicho que no. Entonces…

CARRERAS. Yo ya tengo escuela de moderador.

ELOY. Por eso. Aunque hemos andado todos apurados en su lectura, pienso que hemos llegado por lo menos a cogerle la música al libro de la *Miseria de la teoría*. Aparte, habíamos quedado también en leer algunas otras cosas, más o menos complementarias, de Thompson, como las que ya conocemos *de La formación de la clase obrera*, etc., fundamen-

* La sesión se celebró el 9 de marzo de 1982, en el Departamento de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza, creada el 9 de agosto de 1974. Los asistentes fueron: Gregorio Colás, Eloy Fernández Clemente, Luis Germán Zubero, Carlos Franco de Espés, Herminio Lafoz, Jesús Longares Alonso, Antonio Peiró Arroyo, Guillermo Pérez Sarrión, Bizén Pinilla, Esteban Sarasa. La grabación de la sesión y la posterior transcripción la realizó Herminio Lafoz Rabaza. Una selección de recuerdos profesionales y universitarios de este profesor agregado de Geografía e Historia en los Institutos de Segunda Enseñanza de Borja y Barbastro, en su autobiografía, *Estaba yo tocando el banjo. Memoria incompleta, 1969-1983*, Zaragoza, Editorial Comuniter, 2020.

talmente para ampliar el conocimiento del personaje y de su método de trabajo. Yo casi te pediría que nos introdujeras brevemente en lo que podríamos llamar el *lead* de la noticia, es decir, qué significa la aparición del libro en el contexto de las discusiones, por una parte, profesionales, es decir, historiográficas, y por otra, en el debate marxista de los últimos veinte años, que es un tema justamente álgido.

CARRERAS. Bueno, aunque no conozco la edición castellana, me figuro que estará más o menos como la inglesa. Conviene darse cuenta de que es un libro que Thompson escribe después de haber roto con Anderson… (Me figuro que todos conocéis el problema de Thompson, que su vía política y su vía historiográfica están muy cruzadas). Entonces, Thompson está en la revista de la *Nueva Izquierda*, y hay un momento de ruptura porque se apoderan de la revista los –aunque Thompson no los considera althusserianos–, vamos, los que se abren hacia Althusser: el famoso Anderson de *El Estado absolutista*, etc. Pues en ese momento, Thompson es desplazado de la dirección de la revista e incluso funda una revista nueva, con Raymond Williams y con otros historiadores de la literatura, también marxistas. De entrada, pues, Thompson frente a Althusser no es «ingenuo» en el sentido etimológico de la palabra, sino que ya tiene una carga efectiva, porque ha sido un poco la orientación althusseriana la que la ha desplazado de la revista.

Después, yo creo que hay que darse cuenta también de que Thompson aquí no intenta hacer una crítica diríamos serena de Althusser, ni mucho menos. Thompson, a través de esta crítica, lo que quiere es hacer dos cosas: precisar exactamente lo que es vivo, y que realmente forma una tradición marxista viva, historiográficamente hablando, y al mismo tiempo atacar, más que a Althusser, a ciertas exageraciones althusserianas. Porque hay que darse cuenta de que, en Inglaterra, quizás más incluso que en Francia, el althusserianismo tuvo consecuencias, historiográficamente hablando, muy exageradas. Por ejemplo, libros como ese de *Teoría de las sociedades precapitalistas*, que se ha publicado en Península… es una especie de…, es todavía peor que el de [Eduardo] Fioravanti, que ya es decir. Entonces, la obra de Thompson está situada un poco (por una parte) en un problema suyo personal respecto a verse desplazado por Anderson y por sus compañeros y, por otra parte, una toma de postura crítica frente a una orientación teórica que está causando estragos incluso dentro de la historiografía inglesa. Y luego está

también la motivación política, más profunda, porque en estos años –no recuerdo muy bien– Thompson abandona el P. C. inglés…debe ser por los años 56-57, antes de los 60…

ELOY. 56, cuando Hungría.

CARRERAS. Se sale por Hungría. El tiene una actividad política muy grande y después de una especie de pausa en la que contempla desde su punto de vista con inquietud cómo la investigación marxista tiende a cerrarse en círculos intelectuales y a aislarse un poco de la práctica política. Y precisamente uno de los ejemplos para él es la obra de Althusser. O sea, que en Thompson se ven muchas cosas al mismo tiempo: en gran medida, por decirlo así, una orientación que le ha desplazado de la dirección de la revista; después, una orientación historiográfica que está causando, desde su punto de vista, estragos en la historiografía inglesa y europea también; al mismo tiempo, una falsa interpretación del marxismo; y, por último, incluso una postura política que considera errónea. Todo esto junto es lo que explica en cierta manera el carácter tan acre del libro y tan enormemente irónico en cierta manera.

Creo que, de todas las maneras, no puede considerar y juzgarse como una crítica a Althusser será; o sea, la crítica a Althusser puede hacerse, y en parte está aquí dentro, pero quiero decir que Thompson no pretende hacer una crítica a Althusser diríamos profunda. En la edición inglesa (esta figurita que aquí fuera es un pato ¿no?), todo el libro de Thompson está lleno de figuritas de estas, por ejemplo, el planetario. El planetario althusseriano es una especie de máquina (son todo máquinas del siglo XIX, esos modelos de máquinas de vapor), dice: planetario motor de lucha de clases. Se encuentra en la parte inferior, con dos poleas: falsa conciencia y auténtica conciencia, y en la medida que las dos poleas se equilibran, aumenta la velocidad de la historia… y después viene: superestructura, infraestructura y tal, en una especie de pirámide, y una especie de planetario con los astros y dice: astros de las regiones y las últimas instancias…

De toda manera, veremos cuando discutamos esto que tiene cosas que merecen ser naturalmente consideradas. Yo creo que en parte esto es lo que os puedo decir de entrada, porque el resto ya lo veremos al discutirlo.

ELOY. Yo plantearía una cuestión formal.

CARRERAS. Dime.

ELOY. … y quizás a lo mejor debería ser la última… pero por abrir la discusión. Yo tenía un antialthusserianismo visceral, pero, precisamente, al leer los ataques viscerales de Thompson, se me ha racionalizado, porque he descubierto por qué me caían tan mal Althusser y sus epígonos, en lo que yo conocía, vamos: a Poulantzas lo he leído mucho menos, por ejemplo. Y es que una de las razones formales de que este grupo me cayera profundamente mal es que escriben enrevesadísimo. En las propias citas que hace aquí de Althusser, el texto de Thompson está todo el tiempo saltando y cuando habla Thompson, cuando no se está metiendo con Althusser, sino que nos está contando sus ideas, escribe como en *La formación de la clase obrera* o en el artículo ese de «La economía moral inglesa del XVIII»: escribe divertido, original, interesante y tal. Cuando se está metiendo con Althusser, hasta él mismo está respondiendo con un molde tremendamente conceptual, complicadísimo, aburrido, difícil de entender, y eso que a mí me parece un libro muy bien traducido y que me extraña que no hayan puesto el traductor por ninguna parte… ¿está?

VOCES. Sí, Sempere.

ELOY. ¡Ah!, bueno. Lo han puesto tan claro que no me he enterado. Entonces, bien traducido, pero, vamos, me refiero al aspecto formal de todo… Y desde luego, claro, conforme se baja de Althusser, pues sus epígonos más locales: zaragozanos, barceloneses, etc., son aburridísimos, y además, impenetrables, por lo menos para el ciudadano medio, entre los que me cuento, más o menos avezado a leer libros, y que de repente se encuentra con estos libros que no hay manera… Yo es que me planteo: estos ciudadanos, además de todas las demás chulerías intelectuales de que les acusa este (y que en buena parte uno comparte, no tanto en la forma o en lo que dice, cuanto en la antipatía que despiertan políticamente, metodológicamente), es que luego te indigna el que tengan que escribir tan oscurantistas, sobre todo porque casi han creado un metalenguaje, una especie de juego… es decir, en cuanto te conoces los 28 términos, puedes estar hablando horas y horas manejándolos. Esto que decías tú de las pirámides…, es decir, puedes conocer un pequeño diccionario de althusserianismo y con eso empiezas a funcionar y a escribir un libro de lo que quieras. No sé, vamos, me parece que sabes un poco por dónde voy en el sentido de que…

CARRERAS. Yo creo que es un problema que podemos tratar, pero no creo que sea…

ELOY. No, no. He dicho que es el final…

CARRERAS. Es el final…, pero, generalmente, el problema es que si el esfuerzo conceptual justifica el fruto obtenido. Ahora, un poco lo que dices tú, el final tenía o una observación final sobre el estilo de Althusser o sobre su arrogancia intelectual, pero, claro, si la arrogancia intelectual está compensada con un mayor conocimiento histórico, sirve ¿no?

Yo creo que habría que ponerse de acuerdo si hablamos de Thompson, si hablamos de Althusser.

J. LONGARES. Yo creo que hay tres cosas distintas…

CARRERAS. O Althusser a través de Thompson…

J. LONGARES. Yo creo que hay tres cosas distintas: en primer lugar, la crítica a lo que él llama la epistemología de Althusser. En este aspecto yo coincido contigo, creo que no es profunda. Por otra parte, el problema político, que se ve claro que domina la segunda parte del libro; y, en tercer lugar, las consecuencias historiográficas que saca Thompson de ambas situaciones. Cualquiera de los tres temas creo que daría lugar…

CARRERAS. Bueno, la crítica epistemológica, de todas las maneras Thompson (yo no me acuerdo ahora exactamente) dice en varios sitios que no es asunto suyo hacerla. Por ejemplo, yo recuerdo que Thompson se plantea el problema de la relación Hegel-Marx, que es una de las bestias negras de Althusser, y hace un canto bastante moderado a Hegel y dice: bueno, el problema no lo puedo tratar en profundidad porque ni es asunto mío, ni es de mi especialidad, no soy capaz de tratarlo en otras dimensiones. O sea que la crítica, que yo creo que es superficial, a los problemas filosóficos en Althusser, la hace con la conciencia de que es superficial. A Thompson lo que le interesa, desde mi punto de vista, es hasta qué punto lo que dice Althusser coincide o no con el marxismo, en primer lugar, y, en segundo lugar, hasta qué punto lo que dice Althusser, coincida o no con el marxismo, es positivo o no para el conocimiento de la historia.

J. LONGARES. Esta distinción muy frecuente que hace Thompson entre Marx y marxismo en Althusser ¿es correcta o no?

CARRERAS. Explícame mejor la pregunta.

J. LONGARES. Bueno, sí. Me ha parecido observar que hay una continua distinción de conceptos. Al hablar de Althusser lo identifica habitualmente con estalinismo, y después él se erige en interpretador de un Marx más vivo, más dinámico, más flexible.

CARRERAS. A mí, si os digo la verdad, la parte que más me interesó del libro es precisamente la parte en que Thompson critica a Marx; la parte en que critica a Althusser tiene mucho interés y una enorme gracia, y sobre todo con los dibujitos de la edición inglesa es para morirse de risa, pero ya está hecha, no dice nada nuevo. Lo que Thompson le echa en cara a Althusser es lo que le ha echado en cara en Alemania Schmidt y en Francia el urbanista Lefebvre. Esa crítica ya está echa en cierta manera. A mí lo que más me interesaba del libro eran precisamente las observaciones críticas de Thompson respecto del propio Marx. Y ahí es donde para mí está quizá el problema más interesante del libro.

Porque, claro, lo que dice Thompson también tiene su peligro, o sea, que hay una derecha y una izquierda de Thompson. A la derecha está, evidentemente, Althusser, pero a la izquierda está un cierto populismo sentimental, folklorista, etc. Y, claro, en Thompson evidentemente no se da la desviación populista sentimental porque tiene un conocimiento muy claro de la importancia de la lucha de clases. Tiene un conocimiento perfecto de las fuentes y sabe perfectamente que el período que estudia, sobre todo, que es el XVIII y después la clase obrera hasta los treinta, lo estudia con gran abundancia de fuentes y teniendo siempre en cuenta además la perspectiva de la lucha de clases, la consolidación final, no de las clases trabajadoras, sino de la clase obrera precisamente. O sea, un punto de vista más marxista, imposible.

Pero el método, los conceptos –el concepto como la «economía moral»–, en manos de otras personas que no tengan ni la formación filosófica de Thompson ni siquiera su sensibilidad política, para decirlo todavía más claramente, pueden fácilmente llevar a una especie de populismo sentimental: todo aquello que producen las clases populares, por producirlo, tiene interés en sí mismo y es perfectamente valorable. Entonces, si las clases populares creen que el mundo termina pasado mañana, hay que tomar en serio esto. O sea, sería invertir lo que decía Marx: los hombres hacen su propia historia, pero a veces no saben la

historia que hacen. Entonces se toma uno en serio los terrores de los milenios, la «economía moral» al pie de la letra… Lo que pasa es que Thompson todo eso lo integra dentro de una perspectiva de lucha de clases. Pero el gran peligro, para mí, de Thompson no es tanto él como los que le aplican mecánicamente. En España, por ejemplo, que se desvíen al campo y hagan de la historia una pura antropología social y se dediquen a estudiar usos y costumbres de la clase obrera… Y no, no podemos prejuzgar cuál va a ser la conciencia de la clase obrera española, por ejemplo, en la transición del XVIII al XIX. ¿Cómo se nos va a ocurrir a nosotros decir cómo se va a conformar la conciencia de la clase obrera, por ejemplo, de las zonas mitad mineras, mitad campesinas? Estudiemos sus formas de vida y sus formas de cultura y en absoluto intentemos una visión teleológica de la historia y entonces se empantane la visión histórica en la antropología social, y que nos convirtamos en antropólogos. Y entonces se harán tesis doctorales que digan: usos y costumbres de los artesanos leoneses, y ya de ahí se pase a las locuras de la alimentación de los «Annales» (el desayuno en las clases populares leonesas… una tesis en 20 volúmenes). Este es el gran peligro de Thompson: que la gente se entusiasme con él y entonces empiece un poco una serie de folklorismo sentimental. Un poco lo que decía [Manuel Pérez] Ledesma en Santander: claro, como resulta que la clase obrera no ha funcionado como nosotros hemos estado aplicando clichés que no correspondían, y hemos aplicado con criterio teleológico y todo lo que no se ajustaba, eso lo hemos descalificado. Pero el otro extremo sería decir: bueno, en consecuencia, vamos a estudiar alegremente cualquier manifestación popular por ella misma, y entonces se le dé tanto valor a una cosa como a la otra. En Thompson el peligro no existe porque tanto en *La formación de la clase obrera* como en la «economía moral» del XVIII, tiene muy claro lo que se llama lucha de clases y la constitución de las clases como producto de una acción voluntaria y consciente. Es otra de las cruces contra Althusser. Pero yo creo que Thompson tiene esos dos peligros.

ELOY. Pero en España, no parece que Thompson… salvando todas las distancias… españoles… Josep Fontana…

CARRERAS. No, pero Josep Fontana no tiene nada que ver con Thompson, creo yo.

ELOY. En algunas cosas no, porque aún tiene carné del PSUC y lo enseña…

CARRERAS. No, metodológicamente no. Fontana es un historiador perfectamente tradicional, marxista, pero un hombre de estadísticas y tal… El entusiasmo de Fontana por Thompson es en el sentido político, porque, en cierta manera, *mutatis mutandis*, la postura de Fontana, Sacristán, *Mientras Tanto*…, no es que sea lo mismo, pero responde un poco a esta labor de izquierdismo intelectual, etc. Fontana es al PSUC, Manolo Sacristán es al PSUC lo que Thompson es al PC británico. Hay una cosa que une a Fontana con Thompson que es el antialthusserianismo. Fontana es un antialthusseriano convencido, igual que Manolo Sacristán. Entonces, Thompson, es la única crítica al althusserianismo que está hecha de una manera empírica, y por decirlo así, directa, porque todas las críticas antialthusserianas que circulan por ahí a veces son más difíciles que el propio Althusser.

Porque si se lee uno las cosas del marxista alemán [Alfred] Schmidt, que es el que ha hecho la crítica más seria a Althusser, pues se ve una estructura lógica de *El Capital* que tiene capítulos enteros con notas marginales contra Althusser…

Pero yo no creo que Fontana tenga nada que ver con Thompson, ni muchísimo menos. A no ser que ahora empiece a cambiar.

ELOY. No, si no me refiero tanto a (…) sino al papel que desempeña…

CARRERAS. Yo creo que más bien es una coincidencia coyuntural, pero las tesis que dirige Fontana no van por ahí.

ELOY. Pero, incluso, en la forma de expresarse a veces, contundente, irónica, tiene muchos parecidos. El entusiasmo de Fontana por Thompson.

CARRERAS. En Fontana la crítica esa es en notas a pie de página, en libros como *La quiebra de la monarquía absoluta*, que son perfectamente académicos, o en la guía bibliográfica, con unas acotaciones personales y de ataque personal… pero la obra de Fontana es perfectamente convencional y académica. No tiene la frescura de Thompson (…).

ELOY. El libro «de la clase obrera» es un libro perfectamente académico.

CARRERAS. Yo no creo que sea muy académico, sino todo lo contrario. Thompson lo escribe, él mismo lo dice varias veces, en su experiencia de la clase de adultos. Y yo no creo que sea académico, sino

narrativo, con indicaciones. El yo aparece continuamente por todos los lados. Se despacha con un capítulo sobre niveles de vida (en) que no hay ninguna estadística, sino un par de listas. Perfectamente anticonvencional (…).

Ahora, yo me figuro que todo este enorme bombardeo de Thompson va a tener sus consecuencias, y lo peor es que las consecuencias vayan por el terreno de la antropología rural y social y todas esas cosas… cierto populismo…

J. LONGARES. Por otra parte, ¿no está fomentada por Thompson este tipo de historia? Lo digo sinceramente. Esas críticas que él hace a las críticas del empirismo, al vocablo empirista en Althusser, estas mismas críticas que él realiza aquí en el libro de la «economía moral»… Yo creo que él mismo no aboca en ese camino, está ayudando a que los demás hablen de él.

CARRERAS. Hay dos cosas: lo primero es que yo creo que ahí comete Thompson una equivocación: que lo que llama Thompson empirismo es positivismo (Althusser no sabe lo que dice). Lo que ataca Althusser es el positivismo, lo que pasa es que él le llama empirismo. Porque si el marxismo no es empirismo, se terminó el marxismo (…). Yo creo que la cuestión del empirismo es en otro sentido: es en el sentido de la construcción althusseriana…: en qué medida existe ciencia de la historia para Althusser.

ELOY. Ese es el problema clave: si es posible o no hacer historia por los objetos …

CARRERAS. Althusser ya tiene la contestación hecha: para él no existe la historia.

ELOY. La historia es una superestructura.

CARRERAS. Para Althusser ni eso siquiera. La historia, en el sentido que la entendemos los que estamos aquí, para Althusser no existe. Lo que existen son los objetos teóricos. Si me perdonáis una imagen que es un poco elemental, pero yo creo que es muy clara, la situación que tiene Althusser ante la historia es la misma que tiene un gramático frente al idioma y el habla… o la gramática. Althusser dice: bueno, muy bien, hay gramáticas en los distintos idiomas que son estructuras cerradas, más o menos, que existen. Se puede construir la gramática del

castellano, la gramática del francés e, incluso, gramáticas de idiomas que no existen, que se pueden construir teóricamente (con una computadora se puede construir una gramática de un idioma inexistente y sus concordancias y tal): esos son los modos de producción para Althusser. Es la única ciencia que hay. Y después, lo que hablemos aquí, es el dominio de la empiria, del azar, de que yo esté de buen humor, de que tú estés de mal humor, de que discutamos… Y eso no es ciencia, esto no puede encerrarse en módulos científicos. Pues esto es la historia para Althusser. Como dicen los italianos, Althusser se *ne frega* la historia, y eso es lo que le dice Thompson, es el argumento central de Thompson y de toda la crítica de Althusser.

Para Althusser naturalmente que existe la historia en el sentido convencional, pero es no es ciencia, eso es la praxis ideológica, la lucha de clases en la cual Althusser participa como miembro del PCF, y esto está sometido a una serie de azares y no es reductible a categorías científicas. Entonces Althusser dice: lo único científico es el objeto teórico de los modos de producción, y eso tiene la misma relación con la realidad que una gramática, con lo que hablemos aquí. La gramática es una construcción y lo que hablemos aquí es producto del azar. Todo lo que hablamos aquí lo podemos entender porque subyace una teoría que es la gramática. Pues exactamente, la única manera de dar racionalidad a lo que pasa en la historia es la aplicación de esos objetos teóricos, que no son ni más ni menos verdaderos porque exista la historia.

L. GERMÁN. Pero es la crítica que le hace Thompson a Althusser; le dice: esa teoría es inmanente en sí misma. Eso es lo que dice Thompson de Althusser.

CARRERAS. Eso es lo que dice Althusser de sí mismo. Para él, la verdad de un modo de producción consiste en sus coherencias que tiene consigo mismo. La prueba es que Fioravanti, por poner un ejemplo un poco degradado del asunto, en la categoría de modos de producción que no existen, pero que pueden existir teóricamente. Entonces, para Althusser la historia es producto del azar. El marxismo dogmático, tal como lo ve Althusser es que los modos de producción son entidades reales en la historia y que tienen una sucesión canónica. Los modos de producción son objetos teóricos cuya verdad se define por la coherencia entre sus elementos y que la historia es el flujo que atraviesa esos modos de producción (igual que somos hablados por la gramática) (…). La

única ciencia que existe es la de los modos de producción que se constituyen en objetos teóricos. En este sentido, creo que la crítica de Thompson es acertada. El único problema que tiene es que no es de Thompson: es una crítica que se ha hecho a Althusser desde el principio; lo que pasa es que Thompson la hace con mucho gracejo (…).

Althusser dice: la única manera de que exista ciencia es esta; lo otro no es ciencia.

L. GERMÁN. Ciencia que, incluso, le achaca Thompson, no había sido asumida por el propio Marx.

CARRERAS. Otro problema que viene es el de todo que ha dicho Althusser y la relación con Marx. Pero es ya es otra cuestión.

(…) (…)

CARRERAS. (…) Pues tiene la gracia de estar formada con mucho gracejo, pero no es ninguna novedad, vamos, es la crítica que se hizo desde el principio. La crítica de Adam Schaff, por ejemplo (el polaco este que está traducido al castellano), se basa exactamente en lo mismo. Le dice: bueno, usted está construyendo un mundo cuya verdad es la coherencia, objetos teóricos, y la historia ¿dónde está? En la discusión que hubo en el CNRS ya hace tiempo, con Pierre Vilar, sobre el althusserianismo (yo me acuerdo que Althusser no fue a esa discusión), hay un momento, que yo recuerdo vagamente y que es precioso, en el cual un defensor de Althusser le dice a P. Vilar (creo que es P. Vilar): entonces la historia ¿dónde se mete? Entonces, la historia ¿no es ciencia? Responde el otro: a mí no me interesa si la historia es ciencia o no, es un asunto de usted. Lo que yo digo es: en la medida en que el marxismo es ciencia, es esto lo que dice Althusser. Y las consecuencias para la historia, allá ustedes, pero eso a mí no me lo pregunten. La contestación de Althusser, en el fondo debe ser esa: en la medida en que el marxismo es ciencia, es construcción de objetos teóricos, y en la medida en que estos objetos teóricos tienen verdad es que son coherentes. Y con la historia, ¿qué? ¡Ah, bueno!, es un asunto de nosotros, todos, incluido el propio Althusser en cuanto miembro del PCF, en cuanto activista o en cuanto a lo que sea, pero eso ya es otra cuestión.

En el esquema dogmático que Althusser presupone para refutarlo, la revolución, en cierta manera, viene determinada por las contradicciones del modo de producción. Para él no, porque recurre al fenómeno

de la sobredeterminación, el famoso concepto de la sobredeterminación. Entonces, ¿cuándo un modo de producción, este objeto teórico, entra en crisis? ¿Cuándo esta gramática (que es el modo de producción), con la que hablamos, entra en crisis? Cuando se acumula una serie de contradicciones. Pero esas contradicciones son forzosamente generadas, por decirlo así, por modos de producción: la gramática pura no tiene contradicción. El modo de producción puede existir de una manera infinita porque es un objeto teórico. Lo que pasa es que los hombres entran en lucha unos con otros y se sobredetermina crisis agraria, crisis política… todo el follón del 17 que lo pone Althusser como ejemplo de sobredeterminación. Entonces aparece la revolución. Ahora, eso es puramente del azar: sencillamente que existe Lenin y el PC en ese momento, pero no hay una ley ineluctable que lleve a un modo de producción a su fin en un momento determinado ni de una manera determinada, tal como Althusser suponía que decía el marxismo dogmático.

Entonces, la ciencia, en la medida que existe, es la percepción de objetos teóricos coherentes. Y después, la política, en la medida que existe dentro de esos objetos teóricos coherentes que hablan a través de nosotros, intentar sobredeterminar las contradicciones va a producir un cambio social. Althusser es partícipe de eso. Y la historia, en la medida en que la estudiamos, es estudiar un poco lo que estamos hablando aquí. O sea, la historia tiene con la ciencia la misma relación que la que pueda tener lo que estamos hablando con la gramática española. Evidentemente, todo lo que estudiamos aquí, un gramático lo registra en el magnetófono este maravilloso de Herminio, y a continuación se pone a estudiar y saca la gramática. Pues de la misma manera, dice Althusser, Marx, del estudio de una serie de realidades… pero la gramática, por así decirlo, no la estamos haciendo nosotros, sino que nos hace a nosotros. Y eso es un poco la teoría althusseriana y yo creo que eso Thompson lo ve con toda claridad y lo refuta, pero es la parte menos laboriosa del libro…Ya se sabe…

ELOY. Pero parece que hay una especie de ataque metodológico, además del ataque este parmenídeo, metafísico, que no es posible hacer historia, diríamos que no sea puramente estructural, hay una especie de ataque, que a más Thompson lo acepta, en el sentido de que todo estudio de la historia es una selección; estamos seleccionando; primero la propia historia ha seleccionado materiales (la obsesión, está medio libro

hablando de la selección de materiales), es decir, los propios sujetos nos remiten desde el pasado lo que han querido. Entonces dice: sí, pero lo podemos leer de otra manera. Le contesta de una forma muy althusseriana: se puede leer cualquier documento y facilitar informaciones que no pretendía dar, etc. Pero el problema que yo pienso es un poco el que Althusser niega al historiador la capacidad de intervenir sobre el pasado desde ningún punto de vista. Para Althusser diríamos que la historia resulta que es como *El Capital* de Marx, que vamos a hacer la lectura filosófica y nos dice en su *Leer el Capital*: vamos a coger *El Capital* como si fuera, además de un libro de economía, y lo es como cualquier manifestación humana, pues una plataforma ideológica. Entonces él hace un poco parecido con la historia. Dice: dejadnos la historia a los filósofos para que la interpretemos en grandes áreas, y vosotros rellenad esas áreas y ver en qué medida…, vamos, el viejo problema…

CARRERAS. Yo no creo que es lo mismo. Althusser no dice: dejadnos la historia a nosotros para que la rellenéis los historiadores, porque entonces sería un poco que hacía esquemas. No, no, Althusser ni siquiera eso. Es que a Althusser la historia no le interesa (…)

La situación, exagerando un poco, es la misma que existe entre un gramático y un dialectólogo. El gramático estudia las lenguas. Entonces, Althusser dice igual: señores, el modo de producción es este, es un objeto teórico que se caracteriza por estas cosas, estas regiones, estas instancias, toda esta furia taxonómica clasificatoria. Todo está clasificado: aquí tenemos un modo de producción, aquí está otro. Estos son objetos teóricos. Además, si no se ha desarrollado otro modo de producción es el capitalista, está aquí, y después nosotros, en este sistema combinatorio podemos desarrollar todos estos. Pues estos son los modos de producción, objetos teóricos que, por así decirlo, a través de los cuales nosotros somos hablados. Y la historia no es que te deje estos esquemas para que los rellenes, porque estos esquemas no pueden ser rellenados, solamente pueden ser ilustrados. Cuando Althusser coge *El Capital* de Marx, dice (en el famoso capítulo 25, la acumulación): esto no es una demostración, es una ilustración, en lo cual en ese momento tiene razón. Lo que pasa es que la relación *El Capital* / la historia, era para estar otro día hablando (…)

Pero en este caso Althusser tiene razón. Cuando Marx hace el famoso estudio de la acumulación originaria, es una ilustración, dentro

de su razonamiento. Lo que pasa es que la historia, en *El Capital* de Marx, tiene tres valores: es un supuesto no deducible, es producto que se autorreproduce y al mismo tiempo es ilustración. Y Althusser, que es inteligente, coge el momento en el cual Marx lo emplea como ilustración, pues toda la historia del mundo para Marx es ilustración. En la medida en que la ciencia se puede relacionar con la historia, no es que tú rellenes estos huecos, no necesitan ser rellenados pues son construcciones perfectamente coherentes. La verdad o no verdad de estas construcciones no se demuestra en la medida en que tú las llenas de material empírico, no: en la medida en que son coherentes. De la misma manera que una gramática no es más verdadera porque la hablen 3 o 4 personas, porque se escriban poesías o la hable un solo marino. La gramática, si existe, y tiene sus reglas de coordinación y sus relaciones lógicas y sus sustituciones, todo eso que dicen los gramáticos, y hasta ahí…

L. GERMÁN. La construcción de la teoría se ha basado en el estudio de esas experiencias…

CARRERAS. Bueno, claro. De la misma manera que la gramática tú también la sacas, lo que pasa es que la relación que hay entre la gramática y el que habla… no es que la gramática sea una abstracción del habla, tú no sacas la gramática por la abstracción de lo que hablan, sencillamente, a través de lo que la gente habla encuentras una estructura lógica que subyace, y eso es lo que tú construyes. Entonces, naturalmente que Althusser no es tan tonto como para afirmar que Marx se saca de la cabeza todo. Althusser dice: Marx estudia una estructura determinada y esta estructura la explica en cuanto a la estructura, la génesis no le interesa. Todo el razonamiento de Althusser viene en el famoso *Prólogo* del 59 (…), es el famoso texto de Marx donde dice: para estudiar la sociedad encontramos un cauce de representaciones; en este cauce de representaciones partimos de los elementos más sencillos. Por decirlo así, hacemos una disolución de los elementos más sencillos y los reconstituimos en un elemento teórico: este objeto teórico es la ciencia. Entonces, naturalmente que Althusser sabe perfectamente bien que se parte de la realidad, pero una vez que se parte ya no hay por qué volver a ella ¿comprendes? De la misma manera que tú cuando formulas la gramática ya no tienes que preocuparte en ver cómo hablas tú y lo que estamos hablando aquí. Eso no enriquece más la idea de la gramática…

L. GERMÁN. Sí, pero la práctica responde a esa teoría, es decir, si lo que ejemplificas…

CARRERAS. No, es que no es un ejemplo lo que hace Althusser. Es que tú estás partiendo de la base que tu estás haciendo ejemplos de algo…

L. GERMÁN. Althusser se mueve en un sistema teórico en el que todos los elementos dentro de esa estructura, de ese sistema, están ya perfectamente relacionados y tienen sus leyes. Ahora bien, me imagino que toda teoría en todo sistema, en este caso con respecto a la historia, se puede ejemplificar.

CARRERAS. No, no, es que la palabra ejemplo (aquí estoy defendiendo a Althusser) –Althusser te lo diría–, vicia todo lo que tu digas después. Althusser dice: naturalmente que Marx se encuentra con material empírico, o sea, que Marx no se saca de la cabeza la idea del modo de producción. Lo que Althusser quiere decir es que el material empírico sirve para después salir a partir de él, pero no hay que volver. De la misma manera que yo, oyendo hablar a todos vosotros en magnetófono…

L. GERMÁN. Bueno, pero yo creo que esa será la diferencia fundamental que hay entre los dos, es decir, el que al tener ya el nivel teórico, no hace falta volver… es que se queda en esa inmanencia, en el nivel teórico.

CARRERAS. No, pero es que en el nivel teórico es en el único nivel en el cual está permitido la acción.

L. GERMÁN. Ya, claro.

CARRERAS. Date cuenta… Althusser viene a decir: los modos de producción son la gramática (no es que lo diga Althusser así, porque la imagen es de uso particular mío), pero para él los modos de producción son la gramática de la historia. Entonces, una vez que tu has establecido la gramática castellana, no se enriquece más este concepto (gramática castellana) por todo lo que estamos hablando aquí.

L. GERMÁN. Pero eso es totalmente reaccionario porque rompe… (lío de voces)

CARRERAS. Althusser construye la gramática castellana, o si queréis la gramática de la sociedad… Dice: el gran descubrimiento de Marx.

La ruptura en fin, es el del objeto teórico modo de producción. ¿Y esto Marx cómo lo obtiene? Evidentemente Marx vive el capitalismo, ve lo que pasa a los capitalistas, incluso tiene interés propio, ideología, etc., tiene lo que se llama una motivación personal por el tema y ve estadísticas, etc. Marx a partir de todo este material empírico se da cuenta de que la realidad tiene una estructura, y que esta estructura se define como modo de producción. Entonces construye el objeto teórico modo de producción. Pero ya no tiene que volver a la realidad. Y este objeto modo de producción, en cierta manera no influye sobre la realidad en el sentido de decir: bueno, es que esto es un poco lo que está por debajo de la realidad. De la misma manera que la gramática no está por debajo de lo que hablamos. Una vez que con lo que hablemos aquí se construyese la gramática del castellano, el que siguiéramos hablando no modificaba para nada la gramática. Y es más, la transformación de lo que hablásemos aquí, si suponemos que llegan unos franceses y unos alemanes y aquí se degenera la gramática y se crea un nuevo idioma, todo eso en cierta forma es ajeno a la gramática castellana que hemos construido. Entonces la historia, para Althusser, sería lo que estamos hablando aquí y la gramática sería el modo de producción. Pues eso es perfectamente inasequible al desaliento de la empiria histórica.

G. COLÁS. Entonces, es que este hombre actúa como un escolástico más.

CARRERAS. Althusser lo que te diría a ti (y haciendo de abogado del diablo) es que usted, caballero, tiene una idea de la ciencia muy equivocada. El objeto de la ciencia es construcción de objetos teóricos. Dice: a mí qué me importa que después venga a llorarme que como historiador usted se queda sin ciencia, allá usted.

J. LONGARES. Te diría que es una visión poco planificada y que no ha sido todavía generalizada …

CARRERAS. No, pero tampoco. Ni siquiera es generalización, es construcción.

VOZ. Sí, pero me refiero al mecanismo de abstracción. De la praxis a la teoría.

CARRERAS. Se ha construido un objeto teórico, y después ese objeto teórico es coherente en sí, pues ya está. Ahora, que sigamos hablando aquí, bueno, pues es una cosa que afecta a la gramática. Pues igual-

mente, Althusser dice: lo que le pase a la sociedad capitalista europea ahora… Althusser te diría: además de la realidad no existen modos de producción puros, están encaballados. Eso es ya la hiperempiria ¿comprendes? ¿Cómo se hunde el modo de producción feudal imbricado en el capitalismo que es la Rusia de los zares? Pues eso es el azar, la sobredeterminación, la voluntad de Lenin, la lucha de clases, la ideología, la voluntad; eso sí le interesa, pero no como ciencia, porque eso ya es una cuestión que está aparte…

G. COLÁS. Pero entonces, y esto sería ya otro orden de cosas, ¿cómo se plantea este hombre su posición como comunista?

CARRERAS. Eso es muy claro. Para él, su posición como comunista es la lucha de clases en el terreno de la ideología, claro.

G. PÉREZ. La interpretación la tienes en el capítulo XVI: el althusserianismo como elitismo, pues Thompson hace crítica, crítica particular.

CARRERAS. Para Althusser no es cosa especial. Para Althusser el objeto teórico es este; ahora, la praxis política, pues naturalmente lucha por la transformación de esta sociedad, la lucha de clases. Pero eso es casi como si yo te dijera: bueno, y tú como poeta, ¿cómo te planteas la gramática? Tú haces tu poesía particular, escribes una novela (y perdona que la imagen quede un poco forzada, pero yo creo que es muy clara) … Althusser te diría: oiga usted, la gramática está ahí, pero, ahora, que usted me dice que escribe sus poesías, haga usted sus poesías. Te diría: ¿yo como político?, estoy metido hasta aquí en la empiria histórica; lo que no pretendo es que esto sea ciencia.

ELOY. Pero el problema está en que cuando este hombre decide que ya están codificados todos los apartados y las interpretaciones de la historia y de los modos de producción, pues eso es una solemne barbaridad desde un punto de vista del ser humano que piensa, es decir: ya está todo codificado. Marx… y Althusser su profeta.

CARRERAS. Althusser te diría (y yo voy a seguir defendiendo a Althusser): bueno, muy bien, ya hemos codificado todo; pero como los modos de producción no se dan solos, incluso en el terreno teórico, interesa ver los distintos encabalgamientos de modos de producción.

ELOY. La historia como ilustración y como debate, para ver de encajar mejor… variantes…

CARRERAS. Nosotros hemos hablado por gramáticas; ahora, podemos ser hablados por diferentes gramáticas… A la historia le queda mucho campo que es, con todos esos objetos teóricos que le suministra la filosofía, que son ciencia, estudiar cómo…

ELOY. Pero son definitivos.

CARRERAS. Que son definitivos, claro, por supuesto, objetos teóricos coherentes y perfectos. Lo que cambia es, sencillamente, las distintas proporciones de encabalgamiento que existen en la realidad. Entonces, ahí entra la taxonomía althusseriana… todas esas cosas con las que tanto se mete Thompson. Pero Althusser, a esa objeción tuya de que eso es definitivo te diría: es que toda ciencia, lo que pretende es dar objetos definitivos.

L. GERMÁN. (ininteligible, pero habla del concepto «última instancia». ¿Es un concepto tan científico, tan perfecto?).

CARRERAS. En definitiva no es un concepto althusseriano, ese concepto está acuñado por Engels (…) coge esta imagen del lenguaje jurídico, porque es una imagen. Althusser (yo no recuerdo, me parece que es en *Pour Marx*) dice esa frase famosa: «la hora de la última instancia casi nunca suena». En cambio, Thompson dice: la hora de la última instancia la he visto sonar muchas veces. Me parece que es sobre la Ley Negra (1723), la ley sobre bosques y tal, que (Thompson) dice: Althusser dice que la ley tiene su propia región, que en última instancia termina la economía, pero de pronto aparece la economía, que es última instancia, coge la ley por el cuello y la retuerce.

La construcción de Althusser yo creo que es coherente y es lógica; el problema es que no es exacta. Ahora, dados los supuestos de Althusser, aceptándolos, es muy difícil refutarlos, eso por un lado; y por otro lado, que Althusser, evidentemente plantea problemas. Ahora, la solución, yo estoy con vosotros en que es escolástica, claro, porque si no, no haría de abogado del diablo, sino de defensor.

(…)[1]

1 *Nota del transcriptor* [H. Lafoz]. El resto de la cinta trata de problemas y preguntas laterales que se van un poco del planteamiento principal, por lo que no he creído de interés transcribirla.

Marx sobre España*

Toda antología supone un riesgo, pero cuando es temática el riesgo es sensiblemente mayor. De entrada, los textos son extraídos de los conjuntos o serie de que formaban parte, provocando fácilmente en [el] lector algo desprevenido una falsa impresión sobre su *status* en la obra del autor en cuestión. Pero, además, como sucede tratándose de los escritos de Marx sobre España, cuando su relación con el todo se expresa diciendo sencillamente que son artículos de periódico, la cosa tiene todavía efectos más graves. El lector medio, totalmente ayuno de los conceptos y problemas que esos precisos años ocupaban a Marx, considera como fruto del interés, conocimiento, y aun simpatía, que el autor tendría por nuestro país, tesis u opiniones que tienen su razón de ser más en las perspectivas europeas de la labor periodística de Marx que en otra cosa.

Por lo tanto conviene estudiar los textos en su justo marco, que no es el limitado de la coyuntura muy personal del 1851, cuando comienza Marx a trabajar para *New York Daily Tribune* para ganarse la vida, «es casi imposible seguir viviendo así», le dice a Engels. Hay que comenzar bastante antes para comprender las perspectivas en las que hay que situar la serie de artículos que en dos años, en 1854 y en 1856, publica

* Conferencia publicada en el libro colectivo *Breves textos sobre el marxismo y España*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, 1983, pp. 31-46. Recoge el ciclo organizado por la Asociación Cultural Carlos Marx, celebrado en la sala municipal del Teatro del Mercado de Zaragoza, en mayo de 1983. Los otros dos participantes fueron el profesor de Filosofía, José Luis Rodríguez García que abrió la programación con la conferencia, «El contexto teórico de las crónicas españolas», y lo cerró Carlos Forcadell con «La recepción del marxismo en España».

Marx sobre España. Después, nuestro país desaparecerá completamente de las crónicas que escribe Marx en aquel periódico.

Hay que comenzar en agosto de 1849, cuando Marx se traslada a Inglaterra, donde residirá hasta su muerte. Atrás quedaba la revolución de 1848, una revolución que había fracasado en Alemania, había tenido un desenlace inesperado en Francia, y había dejado al margen Inglaterra. Una fábula muy tenaz, por estar alimentada como lo está por una nostálgica e imprecisa evocación de esta época del anciano Engels, nos presenta a Marx como un revolucionario voluntarista, desengañado, que se resigna a abandonar a unos mecanismos económicos implacables, la tarea principal de llevar a su fin el mundo capitalista. Sobre esto conviene hacer dos precisiones: la primera es que Marx si hizo gala de algo durante los años de 1848 y 1849 fue de realismo, un realismo que nunca dejó confundir, por ejemplo, la necesaria radicalización política de la revolución burguesa pendiente en Alemania, con su imposible radicalización social en un país todavía sin desarrollar sus fuerzas productivas. Un realismo político que a fuerza de serlo pudo llegar hasta ser poco político, como en sus artículos de enero del 49…

La segunda es que, en todo caso, y dejando un asunto que aquí ni podemos esbozar, el asunto de la relación entre la política y el «Capital», el momento en el que Marx juzga que «la tranquilidad en la superficie durará algunos años, momento óptimo para dedicarse al trabajo científico», este momento está datado por la fecha de la carta a Lasalle a la que pertenece esta cita, febrero de 1858. Con anterioridad a esta fecha tanto Marx como Engels están atentos a la evolución de la coyuntura económica, a la espera de una nueva crisis, una espera que registró a veces momentos de verdadero entusiasmo. Y es precisamente en los años de máximas esperanzas de este período, entre 1853 y 1857, cuando Marx escribe sus artículos sobre España.

Ahora bien, el que Marx y Engels estén tan atentos al ciclo económico. El que incluso lleguen a formulaciones tan apodícticas como la de noviembre de 1850: «una nueva revolución es solo posible como continuación de una nueva crisis, y una revolución es tan segura como una nueva crisis». Todo esto no quiere decir que remitiesen la revolución al automatismo de las sucesivas crisis económicas. El antagonismo de la sociedad burguesa también podría ser reactivado políticamente, en la política interior y en la internacional. Y aquí es importante, para

entender bien lo que sigue, tener en cuenta el escenario político y el contenido social que Marx auspiciaba para la próxima revolución. La trayectoria que antes de 1848 juzgaba nuestro autor de obligado cumplimiento para toda Europa, se mantiene solo para Inglaterra. En los demás países la situación era distinta, las fuerzas productivas estaban escasamente desarrolladas y el proletariado no constituía la mayoría de la población. De ahí el fracaso de la solución republicana en Francia y la salida dictatorial de Luis Napoleón para mantener el equilibrio entre los dos antagonistas. Francia, la adelantada política del continente, una vez más, anunciaba el futuro inmediato: cualquier revolución posible tendría que ponerse rápidamente a su altura, un gobierno personal dictatorial, para a partir de allí poder incorporarse a la nueva fase. Una fase, que a pesar del nombre que por entonces ocasionalmente recibe de Marx, «dictadura del proletariado», no debe engañarnos sobre su contenido, un gobierno de obreros, campesinos y pequeños burgueses. Este sería el régimen que garantizaría un máximo desarrollo de las fuerzas productivas y una radical democratización de la sociedad, más allá se encontraría la emancipación social del proletariado.

Ahora bien, el 52 no trae la esperada crisis, al revés, Marx tiene que confesar que es «un año de gran prosperidad». Pero en 1853, como es sabido, estalla la guerra turco-rusa, tanto Marx como Engels son decididos enemigos de una política de apaciguamiento y partidarios de que las potencias, Francia e Inglaterra, declaren la guerra a Rusia. En 1848 había soñado con una guerra contra Rusia para salvar e impulsar la revolución, ahora, y a la inversa, esperan que la guerra abra camino a la revolución. En enero de 1854, Engels escribe un artículo con un título esperanzador en este contexto: «la guerra europea», donde se evoca la «sexta potencia europea», «dispuesta a alzarse espléndidamente armada, la espada en la mano, como Minerva de la cabeza del olímpico». Esta sexta potencia es la revolución, «que se alzará ante la señal de la próxima guerra y dará al traste con los cálculos del equilibrio de las potencias». De ahí que la primera referencia a la situación crítica interior de España, que no se le escapaba a un observador tan atento de la escena europea como Marx, sea hecha, una vez comenzada la guerra, en función de la guerra misma. Así en el artículo fechado el 3 de marzo del 54, donde pasajeramente se alude al rumor de un destronamiento de Isabel II: «un alzamiento español, sentencia Marx, que en absoluto va a significar una revolución del pueblo, significa una fuerza que puede

afectar a una alianza tan frágil como la franco-británica», alianza a la que Marx concedía especial importancia en la derrota de Rusia, previo paso a toda peripecia revolucionaria europea con perspectivas de éxito. La guerra comienza realmente dos meses después, pero la revolución no llega. La guerra va camino de recordar más la guerra de gabinete que la guerra nacional, la *Volskrieg*. Es en marco, formando parte de los artículos dedicados a la guerra de Crimea, tema capital que ocupa a Marx y Engels, y es bajo la perspectiva de una ansiada revolución, como van a aparecer los textos relativos a España y escritos por Marx. Cuando Marx ya ha empezado a dedicar su atención a la revolución española, hay un artículo conjunto con Engels, que nos da la clave de la óptica con que Marx se acerca a los sucesos de España, una óptica europea y revolucionaria: «la guerra de Crimea, nos dice en el artículo citado con el título de "La guerra aburrida" (escrito entre el 29 de julio y el 1 de agosto), con los gobiernos que tenemos puede durar hasta treinta años y no llegar a su fin, pero mientras tanto en la parte sur del continente un movimiento ha surgido, un movimiento, el español, que guarda con la futura revolución la misma relación que los sucesos italianos y suizos de 1847 con la revolución de 1848».

De esta manera, contempla el proceso revolucionario español, a través de las categorías obtenidas por su profundo conocimiento de la historia contemporánea europea y especialmente francesa. España, que quizás anuncie la segunda oleada revolucionaria que Marx está esperando desde comienzo de la guerra de Crimea, por lo que de pronto está destinada a cumplir su revolución pendiente, la del 48. Pero en la introducción a las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 había dicho «el progreso revolucionario no se abría paso con sus conquistas tragicómicas, sino que al contrario, engendrando una contrarrevolución cerrada y potente», al mismo tiempo que estas derrotas libraron al partido revolucionario de «personas, ilusiones» de los que dependía. Con razón Azagra, uno de los pocos que se ha molestado en leer críticamente el texto de Marx, se lamenta de que «sorprendentemente la palabra contrarrevolución viene asociada con Espartero y progresismo», mientras que la de fuerzas revolucionarias solo se aplica a los sectores más radicales del movimiento popular. No entiende cómo Marx puede afirmar «que apenas había sido retiradas las barricadas de Madrid, cuando ya estaba actuando la contrarrevolución». Azagra concluye que tal cosa se debe, por un lado, a un conocimiento fragmentario de la historia de

España, y, por otro, «a que el genial científico de la historia se enfrenta con una situación revolucionaria sin una hipótesis de trabajo previa, algo insólito en el creador de su metodología». Lo primero es probable (aunque todavía no se conocen el contenido de sus cuadernos de resúmenes y notas de lectura), lo segundo es inexacto. Marx se aproxima al caso español con una hipótesis previa, pero una hipótesis que consiste precisamente en estudiar la revolución española como un episodio comprimido de lo que había sido la evolución europea de 1848 a 1849. Solo así España quedaría a la altura de su presente y «madura» para una revolución que quizá haya contribuido a preparar. Progresivamente toda Europa iba sincronizándose revolucionariamente, y esto es lo que más interesaba a Marx.

Pasando ya a los textos, hay que distinguir dos bloques distintos. El que España se haga noticia en Europa en 1854 coge en cierta manera desprevenido a Marx. Antes de esta fecha las lecturas de Marx sobre España no han sido muy abundantes que digamos. Marx intentará poner remedio a ello lo más rápidamente posible, «mi *study* principal es ahora España» dice a Engels en carta del 2 de septiembre, de 1854. Con anterioridad a esta fecha Marx hace frente al «reto» de la actualidad recurriendo a ideas adquiridas, por eso es muy significativa la relación que establece con Turquía. Ambos países, Turquía y España, han sorprendido a Europa, confundida por el espectáculo que ofrecían sus revoluciones palaciegas y «*émeutes*» de jenízaros, que no había tenido en cuenta que todos esos movimientos apenas afectaban a la «organización provincial y local». En el segundo artículo Marx afirma que «lo que llamamos estado en sentido moderno no tiene verdadera corporización frente a la corte, por causa de la vida exclusivamente provincial del pueblo, sino es en el ejército». Esta imagen de una sociedad municipal a espaldas de una corte sometida a ella, pero sin resultar afectada por sus intrigas, guardando un venero de energía y vitalidad con la que asombró a Europa, y especialmente a la Alemania de Marx, con su resistencia a Napoleón, esta imagen recuerda al ejemplo que estaba dando Turquía durante la guerra de Crimea. La relación con Turquía se mantendrá incluso cuando Marx ha ampliado su conocimiento sobre España, en la famosa serie de «La España revolucionaria». Allí lo que en los primeros artículos son comparaciones accidentales, se desarrolla hasta constituir toda una categoría interpretativa: «tras el reinado de Carlos I la decadencia de España en los terrenos políticos y social exhibe todos los sín-

tomas de la larga y nada gloriosa putrefacción que caracteriza los peores tiempos del Imperio turco». Tras una caracterización de la trayectoria de España en la modernidad se concluye, de manera perfectamente sorprendente para el lector actual, que la monarquía absoluta española, a pesar de su superficial semejanza con las monarquías absolutas de Europa en general, debe ser más bien catalogada junto a las formas asiáticas de gobierno. Como Turquía, España siguió siendo un conglomerado de repúblicas mal regidas con un soberano nominal al frente. El despotismo presentaba caracteres diversos en las distintas regiones, pero a pesar de ser despótico el gobierno, no impidió que subsistieran en las regiones los varios derechos y las costumbres… El despotismo oriental no ataca al autogobierno municipal, sino cuando este se opone directamente a sus intereses… Conviene recordar que por estas fechas Marx se ocupa del M. P. asiático y del despotismo asiático (cuestión en la que estos textos sobre España no han sido tenidos en cuenta). En todo caso, dados estos supuestos, no es de extrañar que Marx utilice conceptos tan globalizados como «ciudades», «corte» o «ejército» para explicar la revolución. En la visión asiática del Estado, este aparece sobre todo como exactor de impuestos, de ahí que Marx crea afirmar «que la causa principal de la revolución española ha sido el estado de la Hacienda y particularmente el decreto de Sartorius ordenando el pago anticipado de seis meses de impuestos». En una sociedad subdesarrollada, «donde la cuestión social en el sentido moderno de la palabra no tiene base», el mecanismo revolucionario se explica sobre todo como la lucha de las ciudades y el pueblo contra la corrupción de la corte y sus favoritos. No hay diferenciación social alguna, así es el pueblo, y no la burguesía progresista, el que protesta contra las concesiones ferroviarias y los escándalos hacendísticos (en contradicción patente con los hechos). ¿Pero, dónde sitúa entonces Marx a los progresistas?, ¿a los revolucionarios del 54 tal como hay los conocemos…?

La clave de la interpretación que Marx hace de la revolución del 54 se encuentra en la caracterización de Espartero. En cierta manera Espartero es la figura que pone en relación el movimiento español con su época, porque Espartero es una figura construida por Marx con moldes y categorías de la historia francesa. Espartero es el viejo «héroe» que vuelve, en la correspondencia de Marx es comparado expresamente con Lafayette, forma parte de esas «personas e ilusiones» que todo movimiento revolucionario debe asumir para superarlas, tal como nos dice

en la introducción a *La lucha de clases en Francia*. En el caso español Marx comienza su artículo diciendo: «Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que en el momento mismo en que el pueblo parece estar a punto de dar un gran paso e inaugurar una nueva era, sucumbe a las ilusiones del pasado y pone todo el poder e influencia tan costosamente conquistados en manos de hombres que representan, o se supone que representan, el movimiento popular de una época ya terminada». Si Espartero, por un lado, representa, como símbolo de la unidad del partido liberal y del pueblo, «ese punto de indeferenciada unidad en el que se neutralizan todos los extremos», lo que recuerda la caracterización de Lamartine («Lamartine no representa a una clase, sino a las ilusiones, a la misma revolución de febrero, el equívoco de las clases»), por el otro humanamente no dista mucho de «ser un tahúr afortunado», lo que recuerda la caracterización de Luis Napoleón. No puede descubrirse «la menor conexión lógica entre el hombre mismo, su fama y su nombre». Solo la larga época de reacción explica que el pueblo, «de gran imaginativa, –¿dónde es más poderosa la imaginación que en el sur de Europa?– lo consagre, para oponer a las encarnaciones individuales del despotismo, encarnaciones individuales de la Revolución». De esta manera, «el Espartero que entre triunfal el 29 de julio no era un hombre real, sino un fantasma, un nombre, una reminiscencia». Era una repetición, una categoría que Marx aplica de manera antológica en *El 18 de Brumario*. Una categoría que, si en *El 18 de Brumario* supone la farsa, en la *Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho* se explica con la comedia. Y esta es la categoría en la que precisamente encierra Marx a Espartero en su correspondencia. Y como comedia se prosigue el camino prefigurado por el 48 francés: como «todos los gobiernos revolucionarios abortivos», terminará transformándose en opresor del pueblo, «exactamente como el gobierno provisional francés de 1848». Y la serie de artículos se cierra con uno fechado ya el 12 de septiembre, donde en cierta manera el círculo se ha cerrado, «las provincias se ven acosadas por la misma corrupción, intrigas y caza de empleos que existían bajo San Luis. Esa misma nube de langosta, esa plaga que infesta a España desde la época de los Felipes, pende ya encima del gobierno». Espartero, en cierta manera y de manera concreta, hace pasar a los españoles, a una sociedad que Marx caracteriza solo globalmente, de la revolución a la reacción, y lo hace subyugándolos con su figura que encarna una ilusión. Algo que recuerda mucho la función de Luis Bonaparte en *El 18 de*

Brumario. Evidentemente, Marx no entiende absolutamente nada de lo que está pasando en Madrid y distorsiona a la figura de Espartero, tratándola con categorías extraídas de la evolución francesa, para de esta manera poner a España, mecánica y traumáticamente, a través de una nueva dictadura militar, y tras una perdida esperanza revolucionaria, a la altura de la Francia de 1849 o 1851.

En el párrafo que cierra el último artículo en que trata de España (no incluido en las antologías): «Si lanzamos una mirada a Europa, nos encontramos con síntomas de revolución en España, Italia, Dinamarca, los principados del Danubio, Grecia y la Turquía asiática, e incluso en las filas del ejército francés, en Varna, de nuevo se ha oído el grito de *A bas les signes*».

El segundo bloque de artículos lo constituyen la serie intitulada *España revolucionaria*, de agosto a diciembre de 1854. Es el fruto de lecturas recogidas en cinco cuadernos. De sus notas se deduce que envió once artículos al periódico, de los que solo se publicaron los ocho primeros, conservándose, no publicados, fragmentos del noveno.

En la primera correspondencia de este segundo bloque Marx habla de un pasaje, tan citado como explotado, del ciclo revolucionario español, de tres años, aunque a veces parece abarcar hasta nueve. «España no ha adoptado nunca la moderna moda francesa, tal al uso en 1848, de empezar y terminar una revolución en tres días». «Sus esfuerzos en este terreno son más complejos y prolongados». Esta comparación, halagadora para muchos lectores, no es más que una simple imagen periodística, para destacar favorablemente al único país que en el desesperanzado final de 1854 parecía mantener cierta actividad revolucionaria. Lo más desconcertante, con todo, es que Marx, que simultáneamente predica el triunfo de la reacción en las páginas del mismo periódico, concluye «ni el más agudo político puede predecir cuánto durará la actual (revolución), ni cuál será su desenlace, pero no es exagerado afirmar que no hay en estos momentos zona alguna de Europa, ni siquiera Turquía con la guerra rusa, que ofrezca al observador reflexivo interés tan profundo como España». Ya nos hemos referido antes a la caracterización de la época posterior a Carlos I como «despotismo oriental», bajo el cual se mantenía intacta la sociedad, como en Turquía otra vez, pues «si el Estado español había muerto, la sociedad española estaba llena de vida…». Marx recoge, entonces, todos los tópicos de la propia literatura alemana

sobre el carácter ambiguo de las guerras nacionales de la época de la Revolución francesa, carácter que en el caso alemán y aún más en el austríaco, resaltaba por su evidencia, y que ahora ilustra detalladamente en el caso español: «Todas las guerras de independencia dirigidas contra Francia llevan simultáneamente en sí la impronta de la reacción mezclada con la intensidad con que lo hace España». Y la sensibilidad revolucionaria de Marx, reavivada con su experiencia de la trágica apatía de la Asamblea Nacional de Fráncfort durante el 48, le hace apreciar con justeza el momento crítico en el proceso español: el papel de la Junta Central. «La Junta Central se encontraba en la misma favorable situación, dice no sin cierta exageración, que el *Comité de salut publique* francés, a saber, en la de poder apoyar la revolución en las necesidades de la defensa contra la agresión extranjera, tenía además ante sí el ejemplo de la audaz iniciativa que algunas provincias habían mostrado bajo la presión de las circunstancias. Pero no satisfecha con gravitar como un peso muerto sobre la revolución española, la Junta actúo positivamente en sentido contrarrevolucionario…». «La Junta Central fracasó en la defensa de su país porque fracasó en su misión revolucionaria», dice Marx, de la misma manera que había afirmado en 1848 que la Asamblea de Fráncfort fracasó en su misión revolucionaria, porque no supo transformarla en la defensa del país, a través de la ansiada guerra contra el despotismo ruso y sus validos prusianos… El mérito de la interpretación de Marx radica en este punto, apoyado más por su experiencia del 48 alemán que por su conocimiento de nuestra historia.

Un gran interés lo tiene los fragmentos no editados en castellano, los referidos al período de 1820 al 23. El fracaso de la revolución de 1820-23 se explica, en opinión de Marx, sobre todo por la incapacidad «de unir los intereses del campesinado y del movimiento urbano», pues más que una revolución a secas, se trataba de una «revolución urbana». Marx evidentemente se ha compenetrado ahora con la dialéctica de la revolución burguesa de España, incluso llega a situarla con la exactitud que lo hacen hoy los especialistas y lo hacían en su época los coetáneos: «la segunda Restauración,… fue ella misma un producto de la Revolución. Su labor principal consistió en aumentar los antagonismos hasta el punto que cualquier compromiso resultaba imposible e inevitable una guerra a sangre y fuego», la guerra civil de 1833 a 1843 se concibe así como el acto final de la revolución burguesa (los excesos «canibálicos» se refieren al Terror en Francia). La guerra civil «fue la guerra de dos

sociedades», aunque se personificase en dos intereses dinásticos, y aquí de nuevo el arcaísmo formal peninsular: «La España del siglo XIX hizo su revolución con facilidad cuando pudo darle la forma de las guerras civiles del siglo XV»... Una cita de una carta de estas fechas nos puede servir para concretar algo más: «observando con detalle la historia de la revolución española, se desprende que estos chicos han empleado aproximadamente unos cuarenta años en destruir la base material del clericalismo y la aristocracia, y que también lograron en este espacio de tiempo subvertir completamente la vieja sociedad. Por lo demás los gobiernos provisionales, etc. Aproximadamente la misma *Verstand* que en Francia...», etc. (Marx a Engels, 17 de octubre del 54).

España desaparece de los trabajos periodísticos de Marx hasta que en 1856 le permita extraer, ya con más conocimiento de causa, el saldo, y saldo muy acertado como veremos, de la revolución del bienio progresista. En el entretanto solo una alusión en su correspondencia, y no muy halagadora. Ya en su citada carta de 17 de octubre del 54 Marx completaba su descripción pública de los españoles como pueblo imaginativo y apasionado, hablando de «la sangre caliente de la raza y su indiferencia frente al derramamiento de sangre» (reflejo evidente de las guerras civiles en el medio europeo en que se movía Marx). Dos meses después, al tratar de la cuestión mexicana, Marx utiliza a los españoles para descalificar totalmente a los mexicanos: «Los españoles están bien degradados (*verkommen*). Pero un español más degradado todavía es un mexicano, es un Ideal (?). Todos los vicios, fanfarronería y donquijotería de los españoles a la tercera potencia, pero, con mucho, sin la solidez que estos tienen. La guerrilla mexicana es una caricatura de la española...» (2 de diciembre del 54).

En 1856, en marzo, termina la guerra de Crimea. Ya antes de la firma del Tratado de París, Marx analiza los resultados de la guerra en un editorial del periódico: los inmensos sacrificios en hombres y recursos no habían aportado ninguna contrapartida a las masas populares, ni conmocionado la situación política en Europa. Pasando revista a los principales protagonistas del conflicto, se detiene en Luis Napoleón. En el mismo mes Engels cree en el próximo hundimiento del imperio y en un nuevo 1847 y 1848... Por su parte, Marx sigue con gran atención el desarrollo financiero de Francia y presiente la crisis que ha de estallar en el otoño de aquel año, crisis que para Marx señala un giro decisivo en la historia del capitalismo e incluso el anuncio de su fin, se anuncia

un nuevo 1848. Y precisamente entre la serie de artículos dedicados al «*Crédit moibilier*», mes de junio, y los dedicados a «La crisis económica en Europa», meses de septiembre y octubre, Marx dedica dos crónicas a tratar de «La revolución en España» (25 de julio y comienzo de agosto). En una época en que Marx utiliza muy abundantemente el recurso de las comparaciones-repeticiones, el comentario sobre el episodio final del bienio se monta sobre una comparación entre el golpe de 1843 y el de 1856. Y del resultado de la comparación surge lo principal: «en 1856 no tenemos ya simplemente la corte y el ejército de un lado contra el pueblo de otro, sino que además tenemos en las filas del pueblo las mismas divisiones que en el resto de Europa occidental». El relato de las jornadas madrileñas de junio, la deserción de Espartero y la resistencia del pueblo, recuerda estilísticamente la descripción de las jornadas de junio parisinas, cita de Heine incluida. Pero además, España no solo se ha sintonizado socialmente con Europa, sino que además se ha puesto a la altura de los tiempos en su planteamiento, «en 1856 la revolución española ha perdido no solo su carácter dinástico, sino su carácter militar». Pero, si la revolución pierde su carácter pretoriano, lo adquiere la reacción, lo que confirma a ojos de Marx lo que vendría a ser el resultado más duradero de las revoluciones de 1848-49: al enfrentarse las clases medias con el despotismo militar, arrastran consigo a los obreros, que reclaman su parte en la victoria, «aterradas por la consecuencia de una tal alianza involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras baterías del odiado despotismo», «las clases medias de Europa han tenido así que comprender que deben rendirse ante un poder político que detestan y renunciar a las ventajas de la industria y del comercio modernos y de las relaciones en ellos basadas, o renunciar a los privilegios que la organización moderna de las fuerzas productivas de la sociedad ha derramado, en su primera fase, solo sobre su clase. El que esta lección haya ido a darse también en España es algo tan impresionante como inesperado». De esta manera, si en 1854 Marx incorporaba a España al ciclo revolucionario europeo de una manera mecánica, a la altura del 56 lo hacía con un exceso de optimismo, modernizando unas estructuras que hacía tan solo dos años totalmente extrañas a las europeas. «La nueva revolución europea, concluye su artículo, hallará a España madura para cooperar con ella. Los años 1854 y 1856 fueron fases de transición por las que tuvo que pasar para llegar a esta madurez».

La Universidad de Zaragoza durante la Guerra Civil*

Introducción. Historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza

Bosquejar una historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza y de cómo se reflejan en ella las transformaciones de la época, comporta serios problemas, de los que es preciso dar cuenta para una exacta comprensión de los capítulos que siguen.

No existen, en primer lugar, estudios monográficos ni investigaciones recientes que puedan servir de apoyo a una síntesis. Las únicas obras generales, las de Borao o de Jiménez Catalán, apenas sirven, pues concluyen en torno a 1845. Por tanto, es necesario recurrir al Archivo de la Universidad para localizar el material mínimo que permita una síntesis aproximativa. Pero aquí comienzan otra clase de dificultades. De los fondos clasificados y accesibles, una fuente tan importante como los Libros de Gestis deja de redactarse precisamente a mediados del siglo XIX, con lo que desaparece una obra de extraordinario valor

* La introducción y el epílogo se publicaron dentro del capítulo dedicado a la Historia contemporánea en el libro colectivo *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 235-236 y 419-434. Junto a la presentación del decano, Antonio Beltrán Martínez, los distintos profesores e investigadores que colaboraron en la edición de la obra fueron: por el Área de Medieval, Antonio Ubieto Arteta, M.ª Luisa Ledesma Rubio, M.ª Isabel Falcón Pérez, Carmen Orcástegui Gros y José Á. Sesma Muñoz; por la de Moderna, Fernando Solano Costa, Guillermo Redondo Veintemillas, Enrique Solano Camón, Alfonso Álvarez Vázquez y José Antonio Armillas Vicente; y por la de Contemporánea, Juan José Carreras, M.ª Rosa Jiménez Jiménez, Carlos Forcadell Álvarez, Jesús Longares Alonso, Enrique Bernad Royo y Eloy Fernández Clemente. El capítulo de Patrimonio artístico lo firmaron José A. Almería García, Cristina Giménez Navarro, Concha Lomba Serrano y Carmen Rábanos Faci.

para el seguimiento de la vida interna de la Universidad. Otro tipo de fuentes, también esenciales, como la documentación de claustros, actas de las Juntas de Gobierno o de las facultades, aparecen solo para fechas muy tardías, a partir de 1923, y con grandes huecos. Pero es que, además, las condiciones del Archivo no son las más apropiadas para acopiar materiales para una síntesis, y resultan enormemente penosas para las necesarias investigaciones primarias que habrán de comenzar a partir de ahora. Esta situación no es de extrañar, si tenemos en cuenta tan solo su historia reciente. El facultativo responsable del mismo hasta su fallecimiento, Jesús Alegre Andrés, pudo calificar públicamente de atropello el traslado que se efectuó en 1975 por razones de espacio a la Facultad de Derecho, y ello tras narrar las vicisitudes anteriores de unos fondos universitarios que le hacían lamentar el estado del Archivo y la falta de soluciones próximas. Con sus propias palabras: «Como resultado del atropello y, además, acumulada como estaba ya en este depósito la cantidad de lejagos desbaratados que ya habían rodado por varios locales después de ser retirados de la capilla, no hay manera de encontrar apenas en este *totum revolutum* nada que se busque».[1]

Con todo, se conservan algunas memorias de curso en la Biblioteca General Universitaria, así como una serie de discursos inaugurales, y, por otra parte, la suerte ha acompañado a veces una búsqueda, que hubiera sido imposible de no mediar las atenciones de la directoría y el personal del Archivo, y el interés del Rectorado en facilitar el acceso material todavía a su cargo. Todo esto ha permitido elaborar no tanto una síntesis de la historia de la Universidad de Zaragoza como una serie de aproximaciones a seis épocas de su historia contemporánea hasta 1939. Cada uno de los autores han tenido diversa fortuna en su labor de búsqueda de papeles y documentos, pero en todo caso todos hemos trabajado con la conciencia de las limitaciones de esta empresa. La mejor compensación de la labor realizada sería el IV Centenario de la Universidad Caesaraugustana aportara lo que resulta ser lo más principal: la voluntad y los medios para ordenar los restos de su propia historia.

1 Jesús Alegre, «Archivo de la Universidad», en *Estado actual de los Archivos con fondos aragoneses*, Madrid, Ed. Ministerio de Cultura, 1981, p. 134.

Epílogo. La Universidad de Zaragoza durante la Guerra Civil

Militarización y depuraciones

La pasividad con que la Universidad de Zaragoza se someterá a la larga dictadura franquista, contribuyendo a la construcción de aquella Universidad «católica e imperial» que el régimen intentó levantar sobre el páramo intelectual que siguió a la Guerra Civil, no puede entenderse sin historiar brevemente los años de brutal cambio que son los de la Guerra Civil. La desaparición de la vida académica, la militarización de los edificios universitarios y la depuración y represión es lo que caracteriza el comienzo de esta etapa de tres años, etapa que cierra toda una época, y abre otra. La de la Universidad española –Universidad de Zaragoza– bajo la dictadura franquista.

En las primeras horas del mismo 19 de julio de 1936, el entonces rector Gonzalo Calamita Álvarez, catedrático de la Facultad de Medicina, pone a disposición del general jefe de la Quinta División todos los elementos universitarios. Desde aquel momento y hasta septiembre de 1939, la universidad permaneció clausurada y todos los edificios universitarios, a excepción del de la plaza de la Magdalena, alojaron organismos militares o sirvieron para servicios del ejército. Se requisó todo el material universitario útil en la contienda, desde modestas cámaras fotográficas hasta los mapas del Instituto Geográfico de España, que el mismo rector se apresuró a poner a disposición del Estado Mayor de los sublevados.

En palabras del propio Calamita, «la casi totalidad del personal universitario de todos los órdenes se inscribió en el ejército o en la milicia de Acción Ciudadana, según las circunstancias de su edad; todo, en fin, lo que eran, representaban o disponían las cuatro facultades estuvo desde el día 19 de julio al servicio del Glorioso Movimiento Salvador de España». En cierta manera sucedió así: puede comprobarse que, durante los primeros meses de la Guerra Civil, los profesores de la Facultad de Derecho, Lasala, Del Valle, Minguijón, Pereda, Sancho Izquierdo, Sancho Seral, Prieto, Vicente Gella y Muñoz Casayús y el mismo secretario general, Sánchez del Río Peguero, que no se incorporaron al ejército, trabajaron en la censura de prensa organizada por el Gobierno Civil, hasta que este servicio pasó a la Delegación de Prensa y Propaganda, bajo la dirección del

decano de Derecho, Lasala. En este momento se incorporaron a la labor de censura, entre otros, el catedrático de Letras Usón, el decano de la misma facultad, Carlos Riba, mientras Del Valle, de Derecho, se hacía cargo de la propaganda por Prensa y Radio. Pero, naturalmente, el peso de los servicios más ligados con la guerra recayó sobre las facultades de Medicina y Ciencias. Las instalaciones y personal del Hospital Clínico Universitario fueron esenciales para los ejércitos del Norte y Levante durante sus campañas desde el Turia, Gállego y Ebro, hasta la caída de Cataluña. El decano de la Facultad de Ciencias, el doctor Íñiguez, fue agregado al Estado Mayor para el descifrado de telegramas y estudio de claves. Pero fue la sección de Ciencias Químicas la que más directa y valiosa colaboración habría de aportar al esfuerzo de guerra. «El Servicio Químico de Guerra de la Quinta División», agregado al Estado Mayor, fue compuesto en su mayoría por profesores y personal de la Facultad de Ciencias, siendo su jefe el mismo rector de la Universidad. Más tarde se incorpora, a su llegada a Zaragoza en septiembre de 1936, el catedrático Antonio de Gregorio Rocasolano. Fue también el personal de la Facultad de Ciencias, encabezado por el rector, el que intentó resolver toda clase de problemas del Estado Mayor, desde la falta de combustible y aceites adecuados para los motores, hasta la fabricación artesana de más de cien mil «botellas incendiarias», trabajo realizado en los laboratorios de la Facultad. Cuando en enero del siguiente año, por orden de Burgos, se constituye la Dirección Nacional de Guerra Química, será nombrado asesor y jefe de la sección técnica de Aragón el rector Calamita. A estas alturas, prácticamente había sido militarizada toda la Facultad de Ciencias y la Universidad se había transformado en un importante apoyo logístico de las campañas militares.

Esta movilización y parcial militarización de la Universidad de Zaragoza al servicio de la sublevación militar del 18 de julio fue acompañada, desde el primer momento, de una sistemática depuración y represión de todas las personas que se suponía peligrosas para la causa de los nacionalistas. Durante los meses de octubre y noviembre, el Estado Mayor de la Quinta División comunica al rector Calamita, el mismo asesor de la Junta de Defensa, que, en aplicación del decreto número 108 de septiembre de la Junta de Defensa Nacional, quedan destituidos de sus cargos o suspensos de empleo y sueldo una serie de profesores y algunos subalternos de la Universidad de Zaragoza. En la Facultad de Medicina, las medidas significan una verdadera purga: fueron destituidos y dados después de baja en el escalafón los catedráticos Santiago Pi Suñer, Felipe

Jiménez de Asúa, Gumersindo Sánchez Guisande y Juan Carlos Herrera, y los profesores auxiliares José María y Augusto Muniesa Berenguer. En la de Derecho lo fueron los catedráticos Francisco Hernández Borondo y Enrique Rodríguez de la Mata, y en la de Letras, el catedrático auxiliar Rafael Sánchez Ventura. En la Facultad de Ciencias los catedráticos destituidos fueron dos, Francisco Aranda Millán y Mariano Velasco Durántez; este último recurrió y se vio reintegrado al servicio con una suspensión temporal de empleo y sueldo. Aranda Millán recibió los pliegos de cargos en la cárcel de Torrero, de donde sería sacado con treinta y tres personas más por un grupo de falangistas a mediados de 1937, y fusilado con ellos cerca de Pedrola. Suspendidos por el momento de empleo y sueldo, y excluidos más tarde de cualquier cargo directivo o de confianza, lo estuvieron en Ciencias los catedráticos Juan Martín Sauras y Juan Cabrera, y en Medicina, Félix Monterde Fuertes y Benigno Lorenzo Velázquez. Todas estas decisiones tomadas por la autoridad militar fueron ratificadas por la «comisión depuradora de personal universitario» que se constituyó después, y completadas, en muchos casos, con los procesos que se siguieron por la jurisdicción militar primero y por el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas a partir de 1939. La Universidad de Zaragoza siguió suministrando información y apoyo a estas sucesivas instancias represivas, interviniendo incluso directamente en algunos penosos episodios. Por ejemplo, la presencia del decano de la Facultad de Medicina, el doctor Antonio Lorente Sanz, para hacerse cargo de las bibliotecas particulares e instrumental científico incautados a los catedráticos de su Facultad, procesados por la Jurisdicción militar, Santiago Pi Súñer, Felipe Jiménez de Asúa y Gumersindo Sánchez Guisande.

La serie de informes sobre el personal depurado de la Universidad de Zaragoza que utiliza la autoridad militar ofrece escaso interés fuera del anecdotario biográfico, ya que se limitan, al uso de entonces, a calificar de manera insultante actuaciones políticas o trayectorias profesionales de todos conocidas, con aseveraciones calumniosas sobre la vida privada de los encausados. Pero hay un informe distinto a los demás, con ciertas pretensiones literarias y un aire ligeramente anacrónico. Es el referente al catedrático Juan Moneva Puyol, «cínico extravagante o extravagante cínico. Se le ha tenido por raro, pero su rareza es hija muchas veces de su maldad», en palabras del gobernador civil, que concluye un largo texto con la conveniencia de alejarle de la Cátedra, «pues su actuación en ella es perjudicial, ya que su influjo ha de ser inmoral y antipatriótico». La

autoridad judicial, en cambio se limita a señalar «su notorio afán de mando y de originalidad», recordando solo de paso su procesamiento por injurias al ejército. La autoridad militar opta por no pronunciarse. Será el Rectorado el que solicite, por su cuenta, la suspensión de empleo y sueldo, que le será aplicada por breve tiempo y más tarde revocada. En esta iniciativa rectoral jugaron su papel tanto el pliego de cargos que la antigua Universidad zaragozana guardaba contra la crítica y pintoresca figura de Juan Moneva, como la evidente incompatibilidad entre un rector como Calamita, defensor antes de una Universidad moderna y técnica y, ahora, de una Universidad militarizada y fascista, y una figura tan confesadamente decimonónica como Juan Moneva.

A finales del primer año de la Guerra Civil prácticamente estaba concluida la depuración del personal docente, y fuera del ámbito universitario, la del magisterio primario, y bastante avanzada la de la enseñanza secundaria. Pero quedaba todavía la del personal subalterno, solo indirectamente afectado por las medidas represivas de carácter general. En este caso, la iniciativa depuradora partió del mismo Rectorado, que, a partir de diciembre y hasta entrado el mes de enero de 1937, se procuró afanosamente toda clase de antecedentes, que le permitieron rematar la obra de purificación universitaria, iniciada en octubre de 1936 por el Estado Mayor de la Quinta División. Calamita realizó una cuidadosa criba de «mozos de lavadero», «lavanderas», «fogoneros» y hasta «capellanes». En el ambiente de aquellos meses, en la convicción de estar luchando por lograr una Universidad pura de toda contaminación «marxista o masónica», no extraña la pretensión del rector de la Universidad de Zaragoza de someterse él mismo al proceso de depuración en un alarde de fidelidad al régimen. Así lo solicita del «Presidente de la Junta Técnica del Estado» el 17 de noviembre de 1936. En efecto, el rector de la Universidad había sido el único rector de todas las universidades nacionalistas excluido de cualquier información por su condición de asesor de la Junta de Defensa y la gran confianza que tenía el gobierno militar en su persona y actuaciones.

Adhesiones y escritos

El 23 de octubre, la Junta de Gobierno de la Universidad celebró lo que eufemísticamente llama «su primera sesión del curso 1936-37». Es na-

tural que, tras la obligada y púdica referencia a los vocales «separados de sus cargas o cátedras», o «bajo el peso de acusaciones que se están ventilando en expediente judicial», la sesión concluyese con la aprobación de la actuación del rector Calamita y con el envío de un escrito de «patriótico entusiasmo» al general Franco, redactado en los términos usuales de la época. Algunas Juntas de Facultad ya se habían anticipado a reunirse para proclamar su adhesión a la causa de Burgos, como la de la Facultad de Derecho, que fue una de las primeras; otras lo hicieron después. Era evidente que bajo el enérgico y duro mando de Calamita, totalmente respaldado por las autoridades militares, la Universidad de Zaragoza era una de las más fieles y útiles en aquel momento. Comenzado el curso de esta manera, con la Universidad clausurada hasta la victoria, las Juntas de las diversas facultades no se limitan en los primeros meses a reiterar su apoyo al general Franco y prometerse, como decía la de Letras, «el próximo e inminente triunfo de la verdadera España». Discuten también de programas y métodos de enseñanza. Sin embargo, en el ánimo de todos estaba que la Universidad proyectada, la «Universidad imperial», suponía, para ser posible, algo más que una represión basada en criterios de actuación política sobre todo, como la efectuada por los militares, aunque fuese acompañada de una modificación de los programas. Había que ir a la raíz del mal y completar la tarea con una obra de depuración y vigilancia, sobre todo ideológica. Y a esto atienden una serie de mociones y escritos redactados durante los dos primeros meses del curso. Uno de los más amplios no fue ciertamente obra de catedráticos de esta Universidad, sino de una serie de catedráticos de Ciencias y Letras «provenientes de Universidades sitas en territorio no liberado por el Ejército salvador de España, pero que residen accidentalmente en Zaragoza prestando servicios académicos». Pero el escrito fue asumido inmediatamente por las Juntas de todas las facultades zaragozanas. Los autores de este curioso documento, fechado el 2 de noviembre de 1936, proclaman, con evidente deformación profesional, «que la fuente de donde han surgido los males que hoy padecemos ha sido el Ministerio de Instrucción Pública. Sin la previa corrupción de las inteligencias no se habrían mostrado los revolucionarios tan crueles y perversos, tan antihumanos y tan antipatriotas». Tras furibundos ataques a los maestros y a sus tareas durante la República, se localiza el corazón de «destrucción subversiva» en la Universidad de entonces y «en los sanedrines judaicos y masónicos o centros que se dicen de

cultura y que son de hecho de conspiración contra el prestigio patrio». «Estamos aludiendo –concluyen los catedráticos– a la Institución Libre de Enseñanza, máximo dictador del "modo de obrar" interno y secreto de los sanedrines autónomos que funcionan con los nombres de Centros de Estudios Históricos, Instituto Matemático, Instituto Nacional de Física y Química, Junta para la Ampliación de Estudios, etc.». La conclusión es clara: de poco servirá «vencer en el campo de batalla», de poco «anular a los hombres políticos», sino «se entra a sangre y fuego» en la Universidad. Hay que seguir con la labor depuradora «para limpiar de antipatriotas y elementos revolucionarios el escalafón de catedráticos de Universidad». La Facultad de Letras zaragozana ya se había adelantado a tales planteamientos, pues en sesión celebrada el 19 de octubre había acordado, «por unanimidad y por las más vivas instancias», como dice su decano José Salarrullana, elevar al Gobierno de Burgos un largo escrito, donde, tras consideraciones análogas a las anteriores, se afirma que «la primera medida de la regeneración de España debe ser la extirpación total y absoluta de esa Institución (de libre enseñanza) y la separación de sus hombres de la enseñanza».

Actividad docente

La Universidad de Zaragoza parece ser que fue una de las que más se preocuparon por lo que Calamita llamaba «el aprovechamiento posible de la actividad vacante del personal docente universitario». El problema se planteó cuando comenzó a resultar claro que la esperada victoria tardaba en llegar y que, por tanto, la fecha de reanudación de los cursos normales se alejaba cada vez más. Parecida opinión tenían en Burgos, desde donde, y por orden del 16 de septiembre de 1937, se dispuso la organización de ciclos de «cursos de extensión y divulgación» para mantener alguna actividad docente universitaria. De esta manera, la Universidad de Zaragoza pudo organizar durante el año académico de 1937 a 1938 el curso de conferencias denominado «Menéndez y Pelayo», dividido en dos partes. La primera se desarrolló en los meses de octubre a diciembre de 1937 y la segunda, de los de febrero a mayo de 1938. La asistencia fue libre y a los alumnos matriculados se les expidieron «certificados justificativos de asiduidad». El número de inscritos en las diversas facultades se detalla de esta manera: ochenta y seis en la Facultad de Medicina, ciento treinta y cinco en la de Derecho, ciento

doce en la de Ciencias y el máximo, de cuatrocientos cuatro, en Filosofía y Letras. En la segunda parte, la matrícula en las lecciones de carácter general fue de sesenta y nueve, y de veinticinco en los monográficos. La temática de estas conferencias constituye el antecedente lectivo más claro de las ideas y los programas que se van a imponer en la Universidad que abrirá sus puertas a partir de 1939. Para empezar, la primera conferencia, respondiendo a la figura que las titula, está dedicada a Menéndez Pelayo y excepcionalmente no la dicta un catedrático de Zaragoza, sino el director de la Biblioteca Nacional, Miguel Artigas. Solo unos meses más tarde, el primer ministro de Educación de la España de Franco, Pedro Sainz Rodríguez, editará su folleto «Menéndez Pelayo y la educación nacional» y decidirá la publicación de una edición nacional de sus obras, entronizando así como genio tutelar del nuevo régimen a la figura del polígrafo santanderino. La Facultad de Letras se encarga especialmente de presentar la temática de la España imperial. Las lecciones de Carlos Riba, «Catolicidad e imperio» y «Aragón en la vieja España imperial», dan la interpretación que es de suponer de los siglos de la Casa de Austria y de la historia de Aragón en estos siglos, para concluir con una «justificación histórica de la Cruzada» y proclamar «la salvación en un futuro engranaje entre las potencias de régimen totalitario». Tampoco se sustrae a la servidumbre del momento Giménez Soler, con sus conferencias sobre «La lucha por el dominio del Mediterráneo o el problema de este mar» y sus desconcertantes referencias a los mercenarios moros del ejército de Franco, o con una conferencia de título tan oportunista como «Los Reyes del Yugo y las Flechas». Más impresionante todavía resulta el tema tratado por el catedrático Domingo Miral López, «La Religión, el Idioma y el Arte como creaciones del alma popular española», donde se postula como «personificación del heroísmo aragonés» al «alcalde de Belchite y al mozo ansotano sargento de Falange», desarrollando en coherencia con estos temas los «nuevos modos que deberán seguirse en la educación de la juventud aragonesa». De manera análoga, la Facultad de Derecho toma a su cargo lo que van a ser manidos temas en los próximos años, «La ciencia española del derecho de gentes en el siglo del imperio», que dictará el catedrático Manuel de Lasala Llanas; «La lucha contra las corrientes filosóficas heterodoxas y antiespañolas», que dicta el catedrático Miguel Sancho Izquierdo y que cierra con ataques al krausismo, y una «aplicación de estos casos a las horas presentes». El catedrático de Derecho Político Luis del Valle

aprovechará el momento para desarrollar sus teorías sobre la «forma direccional jerárquica en Alemania, Italia y España nacionalista» y dar público conocimiento del feliz término de «democracia orgánica». El único conferenciante que se sale de las normas aceptadas es Juan Moneva, que no vacila en dictar nada menos que nueve conferencias sobre un tema tan extravagante en el momento como «Los papas de Avignon», y que concluye con una erudita digresión sobre «La efigie más razonablemente auténtica de Santa Catalina de Siena». Por lo demás, las facultades de Ciencias y Medicina informan sobre aspectos directamente ligados a la guerra, con temas como «Estado de la cirugía durante el Glorioso Alzamiento Nacional», por Juan Sánchez Cozar, o «La Química del combustible líquido y la Defensa Nacional», de Luis Bermejo Vida, o se limitan a temas puramente científicos, como «Descubrimiento de la radiactividad y de los elementos radiactivos», del doctor Faustino Díaz. Una excepción la constituye Antonio de Gregorio Rocasolano, que desarrolla el tema menendezpelayista de la «Ciencia española y las imposturas de la leyenda negra». Ya bajo el mandato del ministro de Educación Nacional del primer Gobierno de Franco, la Universidad de Zaragoza tiene otra aparición docente al público. Se trata del «cursillo divulgador del Fuero del Trabajo», que se desarrolla entre abril y mayo de 1938. En el texto de convocatoria se explicaba que «considerando la trascendencia que tiene para el porvenir de nuestra Patria el conocimiento del Fuero del Trabajo, se organiza con la colaboración del Servicio de Cultura de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de esta ciudad y la aprobación del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, una serie de conferencias de divulgación sobre el dicho Fuero». Como en el caso anterior, las conferencias estuvieron a cargo de catedráticos de la Universidad de Zaragoza, en su mayor parte fueron publicadas en la revista *Universidad*.

El ciclo lo cerró Eduardo Aunós Pérez, consejero nacional de Falange, con el tema «La juventud combatiente y el Fuero del Trabajo».

Las «fiestas de la Victoria»

El 19 de mayo, la Universidad de Zaragoza celebrará un acto académico para «solemnizar la Victoria de los Ejércitos del Generalísimo Franco». Hizo primeramente uso de la palabra el catedrático de Filosofía del De-

recho Miguel Sancho Izquierdo, quien dijo que «obedeciendo a su superior jerárquico iba a dar una lección de su asignatura», una lección de Derecho Natural, sobre este tema: «Necesidad del Alzamiento Nacional y significación, en este orden, de la Victoria». Acto seguido habló el rector Gonzalo Calamita, pronunciando un dolido discurso sobre el olvido de lo que hizo Aragón, y más concretamente la Universidad, por la causa franquista. No le faltaba razón, pues ya nos hemos referido al papel de la Universidad zaragozana en la retaguardia de los frentes de Cataluña y Levante, sobre todo cuando el triunfo nacionalista en el Norte la convirtió en la capital militar. «Casi todo el mundo ignora la labor callada, pero intensa, de la Universidad de Zaragoza –dice el rector–, que, clausurada por la ausencia de sus hijos espirituales, coadyuvó con entusiasmo indescriptible a la actuación sublime de nuestro Ejército».

Cuando se celebran las «fiestas de la Victoria», como se llamaron, ya había dejado de ser ministro de Educación Nacional Pedro Sainz Rodríguez. De su interés por las lenguas clásicas se había beneficiado Zaragoza, donde, por orden de 1 de febrero de 1939, se había creado en la Universidad el Centro de Estudios Clásicos, del que fue nombrado director Domingo Miral. En todo caso, a la altura del mes de septiembre de 1939, la mayor parte de los contratos del personal docente auxiliar había expirado, se podía proceder a una renovación conforme a la nueva situación, y se entraba de la mejor manera posible en el largo mandato ministerial de José Ibáñez Martín, el nuevo ministro de Educación de «la paz de Franco». Depurada y disciplinada, con una mentalidad dominante fascista y conservadora reaccionaria, la Universidad de Zaragoza se encontraba en las mejores condiciones para transformarse en una de las universidades de provincia típica bajo la dictadura franquista.

La concepción de la historia en Marx. Mesa redonda*

Reyna Pastor

Antes que nada quiero aclarar que no soy una marxóloga, soy simplemente una historiadora que conoce lo fundamental de la teoría marxista y que, sobre todo, ha tratado de pensar la Historia desde esta teoría marxista, y de trabajar, de ver empíricamente, de hacer una dialéctica entre la investigación y la teoría. En este sentido, estoy un poco lejos de mis compañeros de mesa, pero quiero aprovechar esta oportunidad para hacer algunas reflexiones a través de los años de mi obra, de mi trabajo de historiadora, especialmente en los siglos medievales, sobre los modos de producción y formaciones económicas precapitalistas.

Creo que estamos en una época en la que todavía no se ha superado, en este plano de la teoría y de la práctica histórica, el estalinismo. Estamos en una época de posestalinismo, donde todavía hay necesidad de hacer una serie de replanteamientos sobre el problema de lo que puede ser operativamente útil en la investigación histórica, los conceptos de *modo de producción* y de *formación económico-social*.

Es evidente, que el conocimiento tardío de las «Formas que preceden a la producción capitalista» («*Formen*»), el conocimiento y la actitud de los historiadores y pensadores soviéticos de la década de los treinta llevan a una congelación, a una cristalización de lo expuesto por Marx y también de lo expuesto por Engels en otras obras; y lleva, por lo tanto, a una linealidad en el proceso histórico, a una abstracción demasiado rígida que

* Este artículo recoge el debate-coloquio entre Reyna Pastor, Juan Trías, Santos Juliá y Juan José Carreras, en el seminario «La concepción de la Historia en Marx», publicado en Gian Mario Bravo *et al.*, *El marxismo en España*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1984, pp. 99-128.

conduce a invertir la observación histórica, el conocimiento histórico tal como debe realizarse a partir del materialismo histórico. Es decir, en vez de pasar de lo empírico a lo teórico, a la abstracción teórica, al enunciado teórico, se procede al revés. En este sentido, el tratar de encajar en una línea de modos de producción determinados que señala el estalinismo y toda esta época como tal, llevó a comprimir, a distorsionar, a falsear la Historia. Los casos son numerosos y, además lamentablemente, en la Unión Soviética todavía circulan manuales que tienen esta linealidad.

De otro lado, a partir de la recuperación en Occidente de las «*Formen*» y de la entrada en discusión de estos aspectos del materialismo histórico, nos lleva a dos, por lo menos, líneas de trabajo: una es la del estructuralismo, donde a mi juicio la figura principal es Althusser, un estructuralismo mecanicista, cuyo intento de renovación queda solamente en una continuación. Estamos otra vez en una forma de pensamiento de muy alta abstracción, que se separa de la realidad histórica, que quita la base empirista necesaria y lleva a una deshistorización de las categorías. Esto vuelve a aparecer como un mecanicismo, y los modos de producción y el cambio social pasan a tener sentido mecanicista. De todas maneras, no es solo esta línea de reflexión la que existe, sino otras en las que he creído encontrar una serie de posibilidades que, por un lado, interpretan lo que Marx quiso señalar como camino abierto, camino a construir en esta línea de reflexión sobre las formaciones y, por otro lado, dan una serie de posibilidades al quehacer histórico concreto.

En esta línea, la lectura que hace Hobsbawm de las formaciones es una lectura que reubica una serie de problemas y de líneas de trabajo y de investigación y reflexión que pueden ser –y han sido, de hecho– muy fructíferas. Por ejemplo, la más importante quizá es entender que la sucesión de modos de producción es una sucesión no necesariamente lineal, en un sentido histórico concreto, sino que son etapas analíticas y no sucesivas las de los modos de producción. Esta demostración de la posibilidad de salidas alternativas del desarrollo histórico, salidas alternativas de la comunidad primitiva, es lo que ha permitido recuperar un aspecto heterogéneo del devenir histórico. Pero, además, ha permitido resituar algo tan importante como las sociedades del modo de producción asiático; entender que no necesariamente hay que pasar por una línea de modos de producción sucesivos, y que el modo de producción asiático, llamado también *tributario* u *oriental,* es la salida

más extendida de la comunidad primitiva. Esto es lo que ha permitido no solo pluralizar, sino entender de una manera menos esquemática y más ajustada a la realidad histórica este análisis. En este sentido, lo que ya insinuó Hobsbawm me parece más desarrollado por Maurice Godelier o por Samir Amin; y justamente la posibilidad que nos abre Samir Amin –además de una reubicación de todos los sentidos: histórica, geográfica, etc., del desarrollo concreto de las formaciones tributarias es también la de formular un nuevo concepto, que es el de encontrar que la línea de desarrollo europeo, que sería la línea que no incluye el modo de producción asiático, es una línea más dinámica y además periférica. Sobre el concepto de *juego de periferia* y centro de Samir Amin, usado también por otros historiadores en otro sentido, los que han estudiado los modos de producción en América Latina, los estructuralistas como Gunder Frank y Wallerstein, pertenece a otra línea de discusión que tiene interés, pero sobre la cual no es el momento de pronunciarse.

La recuperación, además, no solo de salidas alternativas, sino también de posibilidades de estudiar, de plantear problemas de formaciones centrales y periféricas; la posibilidad de plantear también la idea expuesta en alguna frase de Marx y retomada por Hobsbawm, de una dinámica de la evolución histórica de las formaciones, dinámica diferente entre unas líneas de desarrollo y otras.

Otra problemática que se ha enriquecido a partir de estos planteamientos es la de las transiciones, que aunque no haya sido elaborada por Marx, existen, sin embargo, elementos para indicarnos por donde iba su pensamiento en este sentido.

Dentro de estas líneas de trabajo me parece también necesario reflexionar sobre las nuevas posibilidades que tenemos a partir de estudios que han hecho los antropólogos e historiadores, o de estudios de interdisciplina, en los que quedan planteados algunos problemas. A mi juicio hay dos de suma importancia: por un lado, la posibilidad que plantea John Murra, a partir de las categorías de análisis de modos de producción, de estudiar empíricamente y reflexionar teóricamente sobre una formación en la que, según él, no se juzgue estrictamente a una de las señaladas por Marx. Lo mismo ha hecho Samir Amín, desde otra óptica. Este sería para mí otro problema a discutir.

La otra posibilidad es ver la relación entre la estructura y la superestructura, en la línea que está desglosando Maurice Godelier. Este

encuentra que un sector de lo ideológico forma parte de la estructura, y que por eso puede realizarse el consenso social, y que es allí donde juegan las posibilidades de consenso y donde se abren las de disenso al mismo tiempo. Esta es otra línea de reflexión que evidentemente parte de la articulación de estructura y superestructura, pero que me parece importante.

Finalmente, creo que a partir de ciertas reflexiones estructuralistas hay algunos intentos logrados de reincorporar el fenómeno de la lucha de clases dentro de estas concepciones demasiado rígidas de la estructura del modo de producción, de la aplicación mecanicista del modo de producción. En este sentido, las reflexiones de Brenner, por ejemplo, pueden significar un intento valioso en el sentido de ver como dentro de la dinámica propia de una formación, la dinámica del proceso de la lucha social se inserta de una manera relativamente autónoma, pero al mismo tiempo profundamente articulada. Esto, dejando de lado todos los trabajos en los que el punto de partida no son específicamente los problemas del modo de producción y de formación, sino más concretamente la lucha de clases y la dinámica que imprimen los movimientos sociales, etc.

Juan Trías

Voy a desarrollar lo que llamo *el principio de especificidad histórica en Marx*. Para ello voy a partir de una serie de dificultades que han encontrado los historiadores en su tarea y que yo he encontrado en mi experiencia de historiador relativas al problema de las clases y lucha de clases en la sociedad antigua y en el feudalismo. Voy a citar una serie de casos como introducción a esas dificultades. En primer lugar, los problemas que se han planteado con la definición de la lucha de clases y de las clases y, más concretamente, de la esclavitud en la formación social antigua. Concretamente, lo que ha surgido es si eran válidos los criterios de definición de las clases y de la lucha de clase, que se han empleado para el análisis de la sociedad burguesa; si se podía hacer la distinción entre ciudadanos y esclavos sobre la base de la posesión o no posesión de los medios de producción. Los historiadores que han tratado el tema han concluido que es imposible establecer la distinción entre ciudadano y esclavos, sobre la base de la posesión o no posesión de los medios de producción. Lo mismo referido al problema de la lucha de clases en la

formación social antigua. Resulta que, aun admitiendo que el antagonismo fundamental en la sociedad antigua sea entre ciudadanos y esclavos, sin embargo, la investigación histórica pone de relieve que las luchas de clase no tienen como eje esencial el conflicto entre ciudadanos y esclavos, sino otros tipos de conflicto. Aquí reside una dificultad en el análisis de la formación social antigua.

Lo mismo cabe plantearse si uno analiza el problema del fin del mundo antiguo: ¿Son válidas para la sociedad antigua los dos criterios que han servido para interpretar el paso del feudalismo al capitalismo y el paso del capitalismo al socialismo: es decir, el conflicto de dos clases que lleva al derrocamiento del dominio de una y su sustitución en el poder la otra? En el caso del fin del mundo antiguo, esto se ha revelado inoperante. En el conflicto entre propietarios de esclavos y esclavos es evidente que no se puso fin a esta formación social mediante la conquista del poder por los esclavos. Este es otro caso en el cual el intento de aplicar categorías que eran válidas para el análisis de la transición entre el feudalismo y el capitalismo, entre el capitalismo y el socialismo, se revelaban aquí inoperantes.

Un último ejemplo que querría citar es el problema de la ubicación de la Iglesia, más concretamente del estamento eclesiástico en el feudalismo. Como es sabido, en todas las teorizaciones de la época, inclusive en la institucionalización de la época, la Iglesia aparece como un tercer orden que, además, es el primer orden en la jerarquía social: junto con los que laboran y los que guerrean, están los que oran. ¿Se trata simplemente en esta presentación de los tres órdenes, de una pura invención? ¿Es simplemente una apariencia falsa puesta en circulación por los teóricos eclesiásticos para legitimar sus pretensiones de dirección de la sociedad? ¿Se puede resolver el problema diciendo que la Iglesia es una fracción de la clase dominante, constituida por los señores? Hoy algunos historiadores responden negativamente. Entonces, si se piensa que la Iglesia o el estamento eclesiástico más concretamente constituye una clase diferenciada, ¿sirven para definir el estamento eclesiástico y el papel de la Iglesia los criterios que son válidos para definir las clases en la sociedad capitalista, es decir, la posesión o no posesión de los medios de producción? Parece, evidentemente, que no.

¿De dónde vienen las dificultades? Las dificultades en mi opinión vienen del intento de aplicar unas categorías de análisis, y unas leyes

generales que serían presuntamente válidas para todas las sociedades o, por lo menos, para las sociedades antagónicas. Es precisamente el intento de definir unas categorías generales válidas y unas leyes generales válidas para todas las sociedades las que han suscitado las dificultades. Este intento ha sido desarrollado, sobre todo, por ese cuerpo doctrinal denominado el marxismo-leninismo. Este punto de vista ha sido, además, consecuente con los postulados del marxismo-leninismo. Como es sabido, el marxismo-leninismo presenta al materialismo histórico como una rama del materialismo dialéctico. La función del materialismo dialéctico es descubrir las leyes generales de la materia. El materialismo histórico tendría como función descubrir en el campo de la Historia el juego de esas leyes generales de la materia que ha descubierto el materialismo dialéctico. Es cierto que quienes se reclaman de estos principios afirman que esas leyes generales presentan en cada formación social, en cada una de las grandes unidades de análisis histórico, particularidades, peculiaridades. Pero siempre prima lo que podríamos llamar *el punto de vista general*, el descubrimiento de leyes generales, de categorías generales, de las cuales las leyes específicas de cada formación o las categorías de cada formación serían única y exclusivamente una manifestación de esas leyes generales. Y, como digo, esas leyes generales confrontadas con el análisis de una serie de sociedades, presentan una serie de dificultades. Porque, además, y esto es lo que creo que sucede, detrás de estas famosas leyes generales del desarrollo social, o de esas categorías generales para el análisis del desarrollo social, hay un supuesto que ya había denunciado Marx en relación con los teóricos burgueses y es la elevación de leyes y categorías específicas o válidas para el análisis de la formación social capitalista, a leyes generales; aunque, evidentemente, no se perciba. Lo que se dice es que esas leyes son simplemente extraídas del análisis de la materia y después, en un segundo plano, del análisis de la Historia.

Creo que esta orientación de buscar leyes generales, categorías generales, es combatida por Marx en una serie de textos de carácter fundamental. Me voy a referir sobre todo a la introducción de 1857, que figura en la edición de los *Grundrisse*, aunque citaré algún otro texto. Desde luego, es indudable que Marx ha elaborado también unos principios generales de interpretación histórica; podríamos decir unos principios generales de interpretación tanto de la estructura de las sociedades históricas como de su dinámica; así, los recogidos en el prefacio de 1859 a la

Contribución a la crítica de la economía política, cuando afirma que «el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general». Aquí hay, evidentemente, una afirmación de carácter general sobre cuáles son los elementos determinantes de una estructura social, por emplear esta expresión. También en ese prefacio de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, encontramos un principio general de interpretación de la dinámica histórica, cuando Marx afirma que «en un determinado estado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es sino su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales se había movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en obstáculos. Entonces se abre una época de revolución social. El cambio en la base económica revoluciona más o menos rápidamente toda la enorme superestructura». Aquí también parece contenerse un principio general de interpretación de la dinámica histórica. Sin embargo, creo que se trata de afirmaciones de carácter muy general: la primacía del modo de producción material como criterio de interpretación y una referencia muy general también de dónde estaría la clave del cambio histórico. Como prueba de su carácter muy general está la propia afirmación de Marx, en ese prefacio, cuando dice con referencia a estas afirmaciones que ocupan escaso espacio, que se trata del «hilo conductor» de sus estudios. Marx en ningún momento concede en este texto un carácter acabado a sus afirmaciones, sino, simplemente, el de «hilo conductor». El mismo Marx se refiere en este prefacio de 1859 a su negativa a publicar la introducción de 1857 por considerar que aquello era anticiparse sobre los resultados. Lo mismo cabría decir de otro principio de interpretación general de la dinámica histórica, como es el principio de la lucha de clases. También es, evidentemente, un principio de carácter muy general. Me voy a centrar en un texto que considero capital, que es la introducción de 1857, un texto que Marx dejó inédito porque, precisamente, no quiso publicarlo por no anticiparse sobre los resultados. En esa introducción de 1857 nos encontramos, ya de entrada, con una primera afirmación, una denuncia por parte de Marx de la que él llama eternización de relaciones de producción históricas a través del procedimiento de convertir unas relaciones de producción, que son históricas, en relaciones de producción de carácter suprahistórico. Es de-

cir, válidas para todos los tiempos y lugares, para todas las formaciones sociales, mediante su generalización. A lo largo del texto nos encontramos con una serie de afirmaciones que precisan esto. Es cierto que Marx reconoce la existencia de lo que llama determinaciones generales, como podrían ser el concepto de *producción*, el de *trabajo*, u otros de este tipo. Dice que son válidas y útiles en el análisis científico, puesto que ellas nos evitan las repeticiones. Pero, después de reconocer la existencia de estas determinaciones generales que son válidas para el análisis, precisa que no solo no aclaran nada, sino que además solo existen en su especificidad. Dice: «Hay determinaciones comunes a todos los estadios de producción que pueden ser fijadas como generales por el pensamiento; pero –añade– las llamadas condiciones generales de toda producción no son más que esos momentos abstractos, mediante los cuales no es posible comprender ningún estadio histórico real de producción» y «… no existe ninguna producción en general». Es decir, hablar simplemente de producción en general es una generalidad que no aclara nada y, además, no existe producción en general, existe producción de un determinado modo, de una determinada manera. Es más, Marx cuestiona la validez incluso de algunas de estas categorías que parecen muy generales y, por tanto, válidas para el análisis como sucede, por ejemplo, con la categoría trabajo. Parece que la categoría trabajo es válida para el análisis de todas las formaciones sociales históricas, puesto que no hay producción sin trabajo. Sin embargo, Marx demuestra cómo esa categoría trabajo, como tal categoría, solo tiene plena validez en el modo de producción capitalista. Dice: «Este ejemplo del trabajo muestra de manera evidente cómo las mismas categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente a causa de su abstracción para todas las épocas–, sin embargo, en la determinación de esta abstracción misma son producto de relaciones históricas y solo tienen plena validez para y dentro de estas relaciones». Marx demuestra con este motivo que el concepto *trabajo* solo se ha logrado por parte de los teóricos, fundadores de la economía clásica, surgidos sobre el terreno del modo de producción capitalista. Es decir, que la categoría trabajo solo ha sido descubierta en un momento histórico determinado, y como tal categoría solo es válida para el modo de producción capitalista.

Lo mismo cabría decir del concepto de *clase social*. Hay que recordar como Engels pone de relieve que el descubrimiento de la lucha de clases es algo que, en su pleno reconocimiento, solo se da por parte de los teó-

ricos de la sociedad capitalista; inclusive el concepto de *clase* parece un concepto muy general.

Esta insistencia en la historicidad de las categorías, en la especificidad de las categorías y de las leyes, es también recogido por Marx en otro texto. Se trata del epílogo a la 2.ª edición de *El Capital*, donde Marx se refiere a un autor ruso que hizo una recensión de su obra y allí Marx, después de decir que el redactor ha estado muy acertado en la descripción de su método, transcribe estas palabras que él hace suyas: «Pero se objetará: las leyes generales de la vida económica son siempre las mismas; con toda independencia de que se apliquen al presente o al pasado; precisamente eso es lo que niega Marx. Según él, no existen tales leyes abstractas […] En su opinión, por el contrario, cada período histórico posee sus propias leyes […]; en cuanto que la vida ha rebasado un período de desarrollo dado, pasando de un estadio dado a otro, empieza también a ser orientada por otras leyes». Es decir, aquí en este texto que Marx hace suyo, se insiste en la idea de que no existen leyes generales del desarrollo social, sino que cada formación social, cada una de esas grandes unidades que el análisis histórico puede individualizar tiene sus leyes específicas y que, inclusive, fenómenos que aparecen en una y otras formaciones sociales, como el de la población que cita Marx, no obedece a unas leyes generales, sino que obedecerá a leyes específicas en cada formación social.

Creo que estos textos que tienen alcance teórico, puesto que se trata de prólogos a *El Capital* y de la introducción de 1857, ponen de relieve la insistencia de Marx en la idea de leyes específicas y no leyes generales, categorías específicas y no categorías generales.

En la parte final de la citada introducción de 1857, refiriéndose a lo que él llama el método de la economía política, hace diferentes consideraciones en las cuales yo no voy a entrar aquí, pero hace también una referencia muy precisa a lo que podríamos denominar el método que debería seguir el estudio histórico. Escribe: «La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y compleja. Sus categorías […] permiten comprender al mismo tiempo la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas […]. En la anatomía del hombre está la clave para la anatomía del mono». Como se ve aquí, con esta referencia a la anatomía del hombre y a la del mono, el principio de estudio es partir del organismo último

aparecido en la evolución, un organismo individual, el hombre, para estudiar a continuación otro organismo del pasado, el mono. El estudio de la historia se efectuaría a partir de un análisis de la sociedad burguesa, de sus leyes específicas, remontándose luego al estudio de las sociedades del pasado. No como procede ese materialismo dialéctico que va, no de lo individual a lo individual, del presente al pasado, sino de lo general a lo particular. En él se buscan las leyes generales de los organismos vivos; se trataría de descubrir primero esas leyes generales y, después, ir viendo cómo dichas leyes se encuentran en cada uno de los diferentes organismos. Me parece que esto contradice este método de Marx.

Marx admite en este mismo texto que la sociedad burguesa, por ser la última aparecida y por su complejidad, permite un estudio del pasado; inclusive, en un momento determinado, llega a hablar de la pasibilidad de aplicar algunas categorías válidas para el análisis de la sociedad burguesa a sociedades anteriores. Pero, después de haber dicho esto, introduce las reservas: «En consecuencia, si es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen una cierta validez para todas las formas de sociedad, esto ha de ser aceptado *cum grano salis*», y luego añade: «Ellas pueden contener dichas formas de un modo desarrollado, atrofiado, caricaturizado, etc., pero la diferencia será siempre esencial». Me parece que estos textos ponen de relieve la necesidad de elaborar, en el estudio de cada formación social, leyes específicas de esa formación social, categorías específicas de esa formación social, y no buscar el juego de leyes generales, porque lo que sucede muchas veces es que detrás de ese juego de leyes generales hay una operación encubierta, que consiste en elevar las leyes específicas de una formación social, a leyes generales. Creo que estos obstáculos a los que aludía al principio vienen derivados, en alguna medida, de categorías que eran válidas para analizar la sociedad capitalista, tales como la definición de las clases de la sociedad capitalista, el problema de la lucha de clases en la sociedad capitalista, la transición a la sociedad capitalista o de la sociedad capitalista. Esas categorías se elevaban a leyes generales, a categorías generales que se intentaban aplicar a las otras sociedades. Cualquiera que haya leído algo de la literatura soviética, de la literatura de los que se reclaman del marxismo-leninismo, verá como una serie de notables historiadores tienen que hacer auténticas piruetas para poder encajar los datos del análisis histórico en estas leyes generales; pues estas leyes generales no resultan ser otras que las leyes de la sociedad burguesa.

Santos Juliá

Más que proponer ninguna interpretación de ningún pasaje de Marx, voy a hacer una pregunta: ¿Tiene algún sentido para el oficio de historiador hablar hoy del materialismo histórico con una significación unívoca, es decir, sabiendo exactamente de qué estamos hablando? La pregunta está ahí. Mucha gente ha dicho que no y, en un libro reciente, un sociólogo norteamericano, desgraciadamente muerto cuando aún podía decir muchas cosas, André Gunder Frank, discutiendo con un historiador inglés, Perry Anderson, le decía: «Usted dice que Marx no comprendió los últimos acontecimientos políticos y sociales, y el último desarrollo del capitalismo de su época; usted dice que en Marx no hay una teoría política ni una política de Estado; usted afirma que la teoría del valor de Marx es muy fallida, tiene muchas carencias y, sin embargo, afirma que hay que seguir siendo fieles a lo fundamental de Marx, al fundamento del marxismo. ¿Me quiere decir qué es eso del fundamento del marxismo, si en Marx no hay una teoría de Estado, si la teoría del valor no vale y si los últimos desarrollos de capitalismo no los comprendió?». Realmente, la pregunta es razonable, porque ya dentro del quehacer histórico, dentro de la interpretación de la Historia, un marxista como, por ejemplo, Thompson puede estar utilizando un concepto de *clase social* que está exactamente en las antípodas del concepto de *clase social* que utilizan unos marxistas como Hindess y Hirst. Esa cosa que les ha salido en Inglaterra a Althusser y a los franceses, esa especie de protuberancia con la que no han querido tener nada que ver, pero que es una protuberancia y que se dicen marxistas. No basta, naturalmente, con resolver el tema diciendo que unos son empedernidos falsarios como se llaman entre sí unos y otros; como Thompson puede llamar a Anderson, o puede llamar a esta gente ignorantes, analfabetos, etc. No se puede resolver el tema por el mero insulto, aunque el insulto le da cierta gracia a la polémica, porque muestra dónde se sitúa cada cual y cuál es el suelo del que parte, y adónde va.

Pero hay que abordar el tema con un poco más de pretensión de llegar, por lo menos, a saber de qué estamos hablando. Si el concepto de *clase* de Thompson es un acontecimiento, como eso que surge cuando los obreros se ven en las tabernas y planean una huelga, o cuando se encuentran en las casas escondidos de la vigilancia de la policía –que ahí es cuando se forma la clase– y que sin eso, sin una conciencia com-

partida, la clase no existe. Si ese concepto es marxista, entonces el de Hindess no es marxista, porque Hindess se carcajea de ese concepto de la *clase*. Eso es de investigadores que no salen del positivismo y de contar a los obreros que se reúnen o que se sindican; la clase es otra cosa. La clase parece ser algo más serio. Sería como el cimiento de la sociedad, lo que está más al otro lado de la conciencia. Pienso que, efectivamente, el problema no es soluble, ya que el marxismo, el materialismo histórico está, desde su origen, impregnado de una ambigüedad radical.

La ambigüedad radical es la que hace que el mismo autor, es decir, Marx, en el intervalo de diez años dé una explicación de la Historia, en la que parece que una clase toma las riendas de los acontecimientos, se monta encima de los fenómenos sociales y los dirige hacia un fin, que es, por ejemplo, tal como aparece la clase obrera en el *Manifiesto comunista*, en *La ideología alemana*. Y que, al cabo de diez años, dé una interpretación de la Historia en lo que es la condensación, como la destilación de su concepción de la Historia, el famoso prefacio y los textos de los *Grundrisse*, en los que toda la Historia se explica sin mentar para nada la palabra *clase social*. Es decir que, en el intervalo de diez años, hay una interpretación de la Historia en la que la clase obrera aparece como rompiendo todo el porvenir, como que todo depende de que su práctica sea realmente la práctica revolucionaria que de ella se espera. Este señor, después del 48 se silencia relativamente y emerge al cabo de unos cuantos años y dice: mi concepción de la Historia es esta, los hombres entran en unas relaciones necesarias independientes de su voluntad; esas relaciones son las relaciones de producción que se basan en unas fuerzas productivas, las fuerzas productivas tienen un desarrollo que está implícito prácticamente en ellas. El cambio en la sociedad aparece cuando las fuerzas productivas chocan con las relaciones de producción. Es la Historia concebida como un himno en el que, sin embargo, los sujetos han desaparecido, no está la clase por ningún lado. A no ser, claro está, que después vengamos nosotros, que somos todos epígonos, y digamos: no, es que la clase está dentro de las relaciones de producción; pero oiga usted ¿cómo está? Lo que está aquí es que las fuerzas productivas, en la medida en que se desarrollan… Pero el texto es el texto, y el texto, efectivamente, interpreta la Historia sin la clase cuando hacía diez años la clase no solo era el fundamento interpretativo de la Historia, sino que era su sujeto. Es decir, que la Historia acaecería según ese sujeto histórico, que era la clase, iba a hacer que acaeciera. ¿Qué pasa aquí entonces?

Desde mi punto de vista, pasa que Marx ha salido de una concepción de la Historia, que es heredera de la dialéctica hegeliana, por supuesto de la crítica filosófica a la dialéctica hegeliana y, sobre todo, de la historiografía francesa, en la cual la Historia aparecía desde la Ilustración –tanto en la Ilustración francesa como en la Ilustración escocesa, que andan por ahí resonando profundamente en todo lo que Marx escribió en esos años– como progreso y desarrollo, como un cambio en el que la meta estaba ya dada previamente en lo que había acaecido. Es la metáfora del hombre y del mono, que sale varios años después. Es decir, la Historia pasada está en la Historia presente, porque la Historia presente es el sentido de la Historia pasada, es una Historia con sentido. El sentido de esa historia le viene dado por –y aquí es donde Marx es el heredero de los historiadores de la Revolución francesa– el inacabamiento de lo que había sido tarea de la clase burguesa. Creemos, pues, la otra clase, el correlato negativo de la clase burguesa. La negación de la clase burguesa es lo que hará que la Historia continúe; que lo que tenía que pasar realmente pase. El concepto, la noción de *proletariado* se calca sobre el concepto o noción de la *clase burguesa*. Es una clase que nace de la formación de otra sociedad, es una clase que empieza, y él va señalando cada uno de los paralelismos con la clase burguesa. Esta es la concepción del Marx originario, del Marx que va de los años 44 al 48. Pero en ese momento se produce una falla de la Historia; las revoluciones del 48 fracasan, las revoluciones del 48 no llevan más para allá, sino que llevan más para acá aquella marcha que se había previsto del proletariado, que sustituiría a la clase burguesa. Al traerla más para acá, Marx rompió hasta cierto punto o empezó un camino distinto, que era el de prescindir de las clases para fijarse en lo que había sido el soporte de la concepción histórica en cuanto concepción sin sujeto que la realice. Entonces aparece el énfasis en las fuerzas productivas, en unas relaciones de producción que parecen abstractas, etc.

Sin duda, pienso que hay ahí una contradicción, una contradicción irresoluble entre la concepción de la Historia como creación de una clase y la concepción de la Historia como esa especie –queramos o no– de determinismo dado por el desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Cómo se podría asumir esta contradicción? Pues afirmando las dos partes de ella, lo cual es un ejercicio penoso y creo que teóricamente sin gran porvenir. Pero para la práctica del historiador creo que la cuestión radica en asumir las dos partes de la concepción marxista. ¿En qué sentido?

Pues en el sentido de que si la concepción primera, aquella concepción que emerge todavía de vez en cuando en los escritos de Marx, cada vez que hay un movimiento mínimo de clase obrera o de gentes de clase media que van a la lucha, ya está prediciendo que esa es la última revolución. Eso que vuelve continuamente, si se niega se está negando la existencia de algún sujeto histórico. Es decir, se está negando que los hombres de alguna manera hagan su propia historia. Pero si se niega lo otro, si se niega que realmente quizá la introducción de la máquina de vapor, o la introducción de la fábrica, o la introducción hoy de los ordenadores es más capaz de transformar las condiciones reales de la existencia humana, estamos entonces afirmando un voluntarismo sin objeto, estamos afirmando el puro reino de la voluntad. Mientras que si decimos que lo único que realmente importa es el desarrollo de las fuerzas productivas y que en último término las fuerzas productivas es lo que va a hacer que la historia continúe, estamos negando la posibilidad de que la historia tenga –se defina como se defina– algún sujeto. En ese sentido, naturalmente esto es una vieja discusión anterior a Marx, es la discusión famosa de la libertad y de la necesidad, que ha tenido interpretaciones míticas, ha tenido interpretaciones teológicas, y ahora aparece como un intento de abordar la cuestión en términos científicos o de ciencia social; pero estamos repitiendo la vieja discusión de siempre. Es la discusión de la gracia, si la gracia es gratuita o merecida, si el hombre es libre, y si no es libre, cómo se condena, discusión que entretuvo tanto a la gente de la Edad Media y de la primera modernidad y que todavía entretiene a mucha gente. Luego, estamos repitiendo la discusión mítica de: ¿qué pintan los dioses si el hombre es libre?, ¿qué pintan los dioses si el hombre puede construir su propia historia? No digo que sea la misma discusión, digo que el tema de fondo está ahí.

Entonces, no veo más remedio que recurrir a la metáfora: ¿qué es el marxismo? Marx tiene una metáfora preciosa para decir en qué medida una formación social, un modo de producción determina las condiciones de los otros modos de producción que pueden coexistir con él. Y entonces, como no le preocupa, o le da igual, o porque era un gran escritor, recurre a la metáfora, y dice: «En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia, y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores, y que modifica las particularidades

de estos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve».

En mi opinión, el materialismo histórico es exactamente lo que Marx decía que era el modo de producción determinante, una iluminación general en la que se bañan los colores, y es un éter que da peso a todas las formas de existencia que en ese éter toman relieve. Esto no es solo una metáfora, quiero decir que el marxismo es lo que ha hecho posible –el materialismo histórico– plantear el tema en toda su radicalidad; la respuesta que se dé depende de una gran cantidad de variables. Aquí es relevante otra cita de este mismo texto: «Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones». Esto es una frase maravillosa, porque es una frase invulnerable, pero nada se dice de las múltiples determinaciones. ¿Qué múltiples determinaciones son las que hacen que lo concreto sea concreto? En este sentido, este es precisamente nuestro trabajo: establecer una jerarquía y un rango a la múltiple determinación. La Historia es una determinación múltiple, cuyo rango y jerarquía depende de la determinación del lector de la Historia, del historiador, del intérprete, del que hace hablar a los tiempos pasados. Entonces, no hay materialismo histórico, ni como leyes específicas, ni como leyes generales. El materialismo histórico es una especie de éter en el que hay que construir la multiplicidad de determinaciones.

Juan José Carreras

Uno de los motivos por el cual aquí nos reunimos es porque Marx tiene una posteridad, eso es evidente. Es muy posible que Marx, en toda esta taxonomía de modos de producción de la escuela de Amín, por ejemplo, quizá se encontrase un poco desconcertado, por no hablar ya de las referencias anglosajonas de los estructuralistas ingleses que ha hecho Santos Juliá.

Tenía un poco la tentación de empezar con una crítica filológica, porque Santos Juliá, que es bastante exacto citando textos, ha dado muestra de esta especie de cruce o entrecruce entre lo que dijo Marx y lo que dicen sus intérpretes. Nos ha leído un texto precioso sobre el éter y, rápidamente, lo ha traducido al lenguaje althusseriano, y ha dicho: aquí se ve un modo de producción determinante. Marx no habla de modo de producción en absoluto. En el texto alemán y en el texto cas-

tellano, que está bastante bien traducido, Marx dice producción, que hay una producción, pero ahí no se puede deducir que haya un modo de producción determinante, que Marx ahí supone que hay modos de producción coexistentes y que hay uno determinante, que es el que da a los demás sus proporciones. Se está viendo a Marx excesivamente a través de los intérpretes actuales de Marx.

En gran parte la grandeza de Marx es esto, que Marx es capaz de haber suscitado una serie de interpretaciones en las cuales, insisto, Marx seguramente no se reconocería jamás, o se reconocería con mucho esfuerzo.

Ha habido también otro peligro en esta especie de reinterpretación marxista, que es el de, por decirlo así, concebir como descubrimientos del marxismo cosas que seguramente Marx se habría horrorizado de que se lo hubiesen atribuido a él. Marx era un hombre enormemente leído, muy documentado en su época, de gran cultura, y sabía perfectamente bien todo el problema del consenso social, por ejemplo. Parece como si Gramsci hubiese descubierto que una sociedad no puede sentarse sobre las bayonetas. Hace falta que la sociedad, cualquier tipo de sociedad, aparte de las fuerzas represivas, tenga alguna cohesión, alguna ideología. Ese era un viejo problema: cómo se constituye una sociedad, por qué los hombres obedecen. Ya se sabía desde la Reforma, los jesuitas sabían perfectamente bien que la sociedad no puede mantenerse solo por la fuerza. Entonces, ¿qué sucede ahora? Pues que de pronto viene un marxista y empieza a hablar de consenso, etc., y entonces se atribuye como descubrimiento del marxismo, por ejemplo, los fenómenos de la hegemonía ideológica, o del consenso, o del disenso. Y esas cosas también, seguramente, habrían molestado a Marx. Marx no había hablado de esas cosas, aunque las deja entrever, en *La ideología alemana*, en la famosa frase de «las ideologías de la clase dominante son las ideologías dominantes». Hasta cierto punto, esto eran cosas que ya conocía y discutía la ciencia social de su época desde Rousseau: «el hombre nace libre y en todos los sitios está con cadenas», cómo explicar esto. Es un viejo problema de la ciencia política. También se sabía que la sociedad no puede basarse solo en la represión política ni el control económico; lo que hace falta es una hegemonía ideológica. Eso, naturalmente, ya lo sabía Marx. Entonces, otro problema de esta reinterpretación de Marx es atribuir abusivamente al marxismo descubrimientos de cosas que ya conocía Marx.

Insisto mucho en esta especie de ver a Marx a través de los intérpretes de Marx. Creo que con motivo del centenario deberíamos hacer una pequeña reflexión sobre lo que dijo Marx. En este sentido, me puede servir como punto de partida las combativas declaraciones de Santos Juliá. Él ha dicho cosas muy justas y otras bastante desacertadas, con lo cual la mesa ya toma una forma bastante triangular. En primer lugar, aquí se ha acentuado mucho las «*Formen*», pero aquí pasa una cosa, y es que Marx no le dio demasiada importancia a esta parte.

En los *Grundrisse* hay un apartado donde están las «*Formen*», después hay una parte que es del 56-58 y ya en el 59 Marx hace una especie de boceto final del capítulo de las «*Formen*» y suprime casi todo el capítulo. Todos sabemos el resultado final que tuvieron las «*Formen*», ya que en el famoso capítulo 24 de *El Capital* han desaparecido y solo hay un par de referencias. Por lo tanto, no hay que dar más importancia a las «*Formen*» de la que realmente le dio el propio Marx. Cuando se enfrenta con las «*Formen*», Marx, lo que tiene en la cabeza es un problema muy concreto: demostrar que el modo de producción capitalista no es eterno, que es algo histórico y, además, demostrar qué había antes del modo de producción capitalista y que este modo de producción capitalista, evidentemente, ha salido de eso que había antes, y a ese «antes» se le llama *formas*, que han precedido al modo de producción capitalista. El subtítulo que acompaña al texto original (que en las traducciones parciales de las «*Formen*» se quita, no sé por qué, en la edición de Hobsbawm, por ejemplo, no está) dice algo así como: materiales para la acumulación originaria del capital, que es lo que le interesa a Marx, ya que para Marx la visión de la Historia era, evidentemente, lineal. Hobsbawm dice una cosa muy curiosa en el prólogo: los marxistas-leninistas, los estalinistas, sostienen que hay una especie de escalera, por la cual tienen que pasar todos los pueblos, constituida por los distintos modos de producción. Marx creía que había solo una escalera, pero que también había solamente un pueblo que la recorría: el europeo occidental. El resto de las formas alternativas para Marx están sometidas o integradas en un magma que era la formación primaria. Por consiguiente, para Marx el problema de esos desarrollos alternativos carecían de relevancia. Marx, en su famosa serie de modos de producción que escribe en el año 59, asume incluso en la terminología los resultados de la historiografía de su época y la visión histórica de su época. ¿Qué nos dice Marx? En primer lugar, nos habla del modo de producción asiático, el cual escondía para Marx un

viejo problema de la historiografía europea desde finales del XVIII. En el XVIII, Asia es utilizada de una manera bastante cómoda para atacar los regímenes existentes. Todos conocemos las cartas persas, toda esta literatura del XVIII; pero ya desde finales del XVIII Asia empieza a ser algo incómodo, porque en las teorías del progreso no se sabía dónde meterla. Asia quedaba un poco detrás. Ese es un problema que se plantea Hegel también. Había una visión lógica y bastante racional de lo que era el desarrollo europeo, pero había también una especie de trastienda que era Asia: era un poco lo primitivo y, al mismo tiempo, lo estático. De ahí el modo de producción asiático. Después viene el antiguo, que Marx jamás llamó esclavista. Marx utiliza la expresión más típica de la historiografía clásica: *antike*, o el modo de producción clásico; a continuación el feudalismo, y luego el modo de producción burgués, o el capitalismo.

Marx bautiza el modo de producción que él estudia –porque todavía no tenía nombre propio– y le da una designación de tipo económico: modo de producción capitalista. Para el feudalismo recoge la tradición y para la antigüedad, el modo de producción clásico, que responde a los estudios que había hecho el propio Marx. Por lo tanto, Marx asume conscientemente una evolución cuyo contenido es el progreso y la progresiva libertad del hombre a través, naturalmente, de todo el mecanismo dialéctico que Marx, como buen hegeliano, conocía perfectamente bien; progreso que remataba la historia de su época y anunciaba el futuro de la emancipación proletaria con toda la especulación en torno a la clase obrera, a la cual nos referiremos ahora.

Para Marx hay una visión lineal de la historia que culmina en el presente, y es la que da sentido a la evolución histórica mundial. Las demás evoluciones históricas carecen de relevancia porque son meras vías alternativas dentro de un magma previo, cuyo único sentido para Marx es demostrar que el fenómeno de la separación de los productores de sus medios de producción es típico del capitalismo; y como tiene un origen también tendrá un fin. Eso es lo que le interesa a Marx: la historicidad del modo de producción capitalista. Demostrar que el capitalismo tiene esencia mortal, que no es algo eterno ni natural, que es algo histórico. En este sentido, todo lo que está detrás tiene, en cierta manera, relevancia histórica en el sentido de que desemboca en el mundo capitalista.

Los modelos alternativos para Marx son meras insinuaciones en un texto enormemente complejo. Sin meternos en discusiones filológicas,

creo que Santos Juliá lo ha interpretado mal. Cuando Marx escribe *El Capital*, que es su obra seria, al hablar en general de las formaciones precapitalistas, habla de relaciones de servidumbre y dominio, que es un poco una de las formaciones primarias y secundarias de la carta a Vera Zasúlich. Cuando Marx habla en *El Capital* otras veces de las épocas de evolución histórica, vuelve a repetir tranquilamente la vieja serie del 59, que es un poco la conciencia europea del progreso, que culmina en su famoso *Manifiesto comunista*, como un canto a la burguesía, al mundo industrial moderno que está naciendo. Es un poco la grandeza y, si queremos, también las limitaciones de Marx. Está claro que en Marx no hay en absoluto ninguna intuición de lo que van a ser la creación de mecanismos de dependencia, la aparición del tercer mundo, etc. En este sentido, las líneas famosas de Marx sobre la India, con nuestra actual sensibilidad, a veces rozan casi en el cinismo; pero en el fondo son la aceptación de que la Historia –como decía Hegel– a veces se desarrolla por su parte mala. En este sentido, la destrucción de las comunidades indias, etc., indica sencillamente que la línea de la Historia está en el mundo burgués occidental, y que todo aquello que ha quedado atrás, que ha quedado de lado –como es el modo de producción asiático– tiene que ser introducido en este modo de producción capitalista en desarrollo. La irrupción del capitalismo europeo en la India producirá un capitalismo indio; entonces, en cierta manera, la India se incorporará al modo de producción europeo. Naturalmente, se ha saltado un paso que es el feudalismo, pero se ha saltado precisamente en la medida en que la India se ha incorporado a la punta de lanza del desarrollo mundial, que es la Europa occidental y América. Esto para Marx es una evidencia, y no creo que haya textos en toda la obra de Marx que puedan contradecir esta afirmación. Pueden encontrarse insinuaciones de modos de producción alternativos, pero eso son cosas que no tienen relevancia histórica mundial para Marx. Son, hasta cierto punto, consideraciones un poco al margen de lo que a él realmente le preocupaba. Naturalmente, podemos afirmar que para nosotros esto ahora es distinto. Podemos buscar, con cierta ternura a veces, estos anticipos, estas frases de doble sentido, que pueden permitir suponer que a lo mejor en Marx, en un momento dado, hay ciertos modelos alternativos. Podemos estudiar las cuatro versiones de la carta a Vera Zasúlich, con lo cual se demuestra que para Marx la cosa era complicada. El problema de si Rusia puede saltar o no el estadio capitalista, podemos discutir todo lo que quera-

mos, pero nos encontramos con que unos años después se edita el *Manifiesto comunista* en ruso, y entonces Marx y Engels hacen una especie de entradilla, un prólogo muy corto donde se dice que en Rusia puede darse una revolución socialista, pero a condición de que sea el signo que anuncie la revolución socialista en Europa occidental. Por lo tanto, en la medida en que la revolución socialista comience en Europa occidental, los rusos pueden saltar directamente de la autocracia zarista al régimen capitalista. Exactamente lo que había dicho, pero con más cinismo y crueldad de la India. La India, que vive todavía en un modo de producción asiático, puede pasar al capitalismo directamente, sin pasar por el feudalismo, porque ha sido laminada literalmente por la expansión capitalista europea colonial. Por lo tanto, lo que da sentido, lo que hace que las distintas naciones se vayan subiendo al tren de la historia es la evolución lineal que parte de esta especie de trastienda que es el modo de producción asiático, se concreta en el antiguo, pasa al feudalismo y desemboca en el modo de producción capitalista. Para mí esto es una evidencia bastante clara.

En la interpretación de estos diez años famosos –del 48 al 58–, Santos Juliá nos presenta a un Marx un poco pintoresco y que no sé qué apoyo textual tiene. Un Marx que está esperando continuamente la revolución final. Yo creo que esto –con todos los respetos a Santos Juliá– se basa sencillamente en la interpretación de Marx a través de versiones un poco manidas. Marx es un hombre que escribe mucho, en condiciones muy diferentes y, como dirían los pedantes, escrituras y estatutos diferentes. Como dice muy acertadamente Santos Juliá en un artículo, que por lo demás me ha divertido mucho, publicado *En Teoría*, no se puede sencillamente decir que el *Manifiesto comunista* no ofrece problemas porque es un panfleto: eso no es un argumento. Estoy de acuerdo con Santos Juliá. El *Manifiesto comunista* tiene una serie de estudios previos, de discusiones, de correspondencia muy cruzada entre los dos, por lo tanto, no es un panfleto, sino un estudio serio. Es un documento que se publica anónimo, en principio, no lo va a afirmar Marx. Además, Marx en este momento tiene un problema político, muy radical en cierta manera, el de la agrupación y control de la famosa Liga de los Comunistas y, naturalmente, los comunistas son los que decían lo que Santos Juliá dice que decía Marx. Los comunistas, estas personas a las que Marx llamaba *artesanos*, gentes sin conciencia, de lo único que podemos echar mano mientras no exista el auténtico proletariado. Pa-

rece como si Marx hubiese leído el artículo de Santos Juliá si leemos la correspondencia, porque todo lo que dice Santos Juliá de Marx es que se estaba inventando el proletariado. Creo que no se lo inventaba, lo estaba buscando, y la prueba de que no creía haberlo encontrado es lo que dicen Marx y Engels de los artesanos de París. Se sonroja uno un poco de esta correspondencia privada.

Entonces, ¿qué sucede? Pues que naturalmente esta es la gente que quiere la revolución aquí y ahora. Y toda la polémica de Marx durante el 47, o más exactamente, desde el 46 hasta el 50, es sencillamente decir: señores, no se puede hacer la revolución socialista ahora, no se puede intentar ahora la revolución final. Hay que hacer en Alemania una revolución burguesa y solamente burguesa. A comienzos del 48 Marx se traga –por decirlo así– el programa de su propio partido, con gran escándalo entre los artesanos, a los cuales ha tenido que contentar acortando un poco los períodos de la revolución en el *Manifiesto*. Este es un texto que está escrito muy fundamentado teóricamente, pero con unas servidumbres prácticas –como dicen los althusserianos– muy grandes; porque Marx tenía que contentar a unos artesanos que querían hacer la revolución prácticamente al día siguiente.

Hay unas reuniones en Londres y en Bruselas, auténticamente dramáticas y cuyos protocolos se conservan, que nos anticipan un poco lo que iba a pasar después en la II Internacional en la cual, poco más o menos, le dicen a Marx que hay que hacer la revolución ya.

En Inglaterra es en el único sitio donde Marx tiene alguna esperanza: ahí sí le doy la razón a Santos Juliá. Quizá en Inglaterra, la forma más perfecta del Estado burgués, que es al mismo tiempo la de su supresión, la república democrática, signifique ya inmediatamente la revolución proletaria. Naturalmente, las opiniones de Marx cambian, después vienen una serie de problemas, viene el fracaso de la revolución burguesa en Alemania, primera versión; el intento de realizar en Alemania una revolución pequeño-burguesa republicana. Pero es evidente que Marx, si se leen los textos, en ningún momento pensó en la revolución proletaria. Albergó demasiadas esperanzas en la revolución burguesa y pequeño-burguesa, eso es evidente. Aunque parezca mentira, uno de los conceptos peor estudiados en Marx es el concepto de la *revolución burguesa*. Un concepto que se maneja con cierta alegría y que a veces no se basa más que en una serie de textos dispersos.

Viene después marzo del 50, Marx está en Londres, tiene problemas con la «Liga de los Comunistas». Marx está en una situación muy tensa personalmente y escribe el famoso texto de *La lucha de clases en Francia*. Este texto es muy complejo, tiene dos partes: la inicial, que está escrita en enero de 1850; la otra, en marzo. Al final del libro aparece la expresión *dictadura del proletariado* y *revolución permanente*; también viene la famosa alocución a los comunistas que han quedado en Alemania, donde reaparece la expresión *revolución permanente* y *dictadura del proletariado*. Aquí también hay que hacer un estudio muy crítico de los textos, y darse cuenta en qué condiciones Marx escribe estas cosas. Por lo tanto, creo que Marx jamás albergó esperanzas fundadas y razonadas sobre el triunfo de la revolución aquí y ahora. Marx continuamente insiste en la necesidad de que la sociedad burguesa se desarrolle hasta su máximo grado para posibilitar entonces, no la revolución proletaria, sino la institución de la república democrática que, a través del sufragio universal, llevará a la larga, y en la medida en que las fuerzas productivas se desarrollen, a la clase obrera al poder. Una revolución que si es como piensa Marx, será casi siempre pacífica. Como ejemplo pone a América y a Inglaterra, y afirma que en cierta manera las cosas puedan ser quizá así en el continente.

En todo caso –y aquí viene la segunda afirmación de Santos Juliá–, Marx después no habla ya de clases. En *El Capital* no habla de clases. Creo que Marx sigue hablando luego de clases. *El Capital*, como todos sabemos, se termina de una manera quizá predestinada. *El Capital* no puede entenderse sin clases y sin concepto de clase. ¿Cuál es la primera condición para que se forme el capitalismo, según Marx?: la expropiación inicial, que es la constitución de la clase obrera. Dicho sea de paso, lo que dice Thompson, que, naturalmente, para los estructuralistas es un auténtico disparate, está perfectamente en la línea de ese Marx premarxista, como diría Althusser. En *La miseria de la filosofía* Marx dice que hay la clase *en sí*, y la clase *para sí*. Cuando Marx se plantea el problema de por qué los campesinos parcelarios no se constituyen como clase en Francia, añade porque no pueden reunirse, resistir juntos al agente impositor de impuestos. Creo que, en cierta manera, esta teoría de clases sociales es más marxista que althusseriana.

Que hay un corte en la vida de Marx es evidente. Con conocer superficialmente la biografía de Marx nos damos cuenta. Ahora bien,

que este corte significa que Marx hace desaparecer las clases, me parece una simplificación abusiva por dos razones: primero, porque no puede leerse *El Capital*, con cierto sentido común, sin tener en cuenta la existencia de clases; segundo, porque *El Capital* termina, precisamente, en el momento en que Marx empieza a hablar de las clases. Por otra parte, cuando Marx escribe *El Capital*, está precisamente trabajando en la I Internacional. En la I Internacional Marx escribe cantidad de publicística y cantidad de referencias en las cuales se maneja y se sopesa la importancia de las clases sociales. Es más, el mecanismo destructor del capital, al final, se señala precisamente por la aparición de una clase explotada: la famosa visión apocalíptica del final del capitalismo, que se enfrenta con unas relaciones de producción final injustas. Una de las contradicciones esenciales del capitalismo, la contradicción entre la explotación privada de los medios de producción y el carácter social de la producción, no tiene sentido más que si entran en juego las clases sociales, que, en cierta manera, unos producen y otros se lo apropian privadamente. Por lo tanto, creo que *El Capital* no puede ser leído sin tener en cuenta las clases. La historia sin sujeto es otro recuerdo althusseriano. Bueno, si decimos: la historia no tiene sujeto, porque los sujetos son hablados a través de las estructuras, de la misma manera que los hombres son hablados a través de la lengua o de la gramática, pues son visiones estructuralistas o lingüísticas de *El Capital*, que pueden ser muy legítimas.

Pregunta

R. J. J. CARRERAS.– Estoy de acuerdo con usted cuando dije que eran marginales las «*Formen*», quería decir que en la visión general histórica de Marx las vías alternativas no tienen relevancia histórica universal. Luego está el problema del cambio de Marx. Naturalmente que hay un problema en el Marx tardío. El problema en el Marx tardío no es tanto la desaparición o superación de las clases, es el problema de la incorporación de la relectura de la lógica del Hegel; entonces es el famoso epílogo del 75, la famosa recensión rusa que aquí se ha citado. Ahí sí que hay problemas muy serios, hay –como dice Santos Juliá– el viejo problema de si los dioses hacen la historia, o la hacemos nosotros. Los plantea, en parte, a través del que hace la recensión, pero quizá se los esté planteando a sí mismo.

Yo he dado una versión respondiendo un poco al ritmo que imprimió a la suya Santos Juliá, pero naturalmente que hay problemas muy serios; sin embargo, eso sería ya otro coloquio, sería un coloquio sobre el objeto, el sentido de *El Capital*.

En absoluto niego que en la famosa recensión rusa, que Marx asume como reflejando sus puntos de vista, haya problemas muy serios. Creo que la solución para resolver lo que se plantea entre libertad y necesidad, va un poco en el sentido de la interpretación que hace Lukács.

Respecto al texto en *El Capital*, a la apreciación de que no aparecen sujetos, solamente en la función de categorías, naturalmente, Marx expone el modo de producción capitalista, como él dice muchas veces, no como un modo de producción a manera de modelo, tal como se utiliza ahora. Con lo cual no quiere decir que no sea más operativo utilizar los modos de producción a manera de modelos, eso es otra cuestión. Sí es más operativo olvidarse de cómo lo hizo Marx, y pasarse a los modelos, en esta especie de obsesión que hay ahora en definir los modos de producción como modelos. Pero, en cierta manera, para Marx el modo de producción no es un modelo y sí es un objeto teórico. Para Marx el modo de producción capitalista es la exposición de la realidad en cuanto se ajusta a un concepto, y este concepto es el modo de producción capitalista. Marx lo dice multitud de veces. No hay que llegar a Althusser, se queda uno en Rosental, que además es un teórico soviético muy acreditado, y que nos dice que Marx pudo exponer *El Capital* históricamente solo en la medida en que lo había comprendido teóricamente, y ahí hay una dificultad; esta dificultad es de un tipo que en cierta manera a mí se me escapa, porque es una dificultad de tipo filosófico. Yo me consuelo pensando que tiene una solución dialéctica.

Sobre el modo de producción quiero decir lo siguiente: Marx se preocupa, evidentemente. El problema de la sociedad primitiva es lo que más le preocupa a él al final. En el 67, que empieza con Maurer; en el 72, que empieza con toda la cuestión de Morgan y está toda la correspondencia entre ellos, en parte traducida por Engels. Hay dos cuestiones: Marx se da cuenta de que tiene un hueco en su visión de la Historia. Con el paso de los años, se iba dando cuenta de que él había asumido una periodización lineal eurocéntrica, y que había algo más que aquello; pero por razones que ahora no nos van a ocupar, eso no se refleja en su visión final de la Historia. La visión de la Historia que nos

queda de Marx, en la medida en que es científicamente significativa, es *El Capital*. Y es esa serie de visiones prospectivas de la Historia, que parten de un modo de producción asiático nunca claramente definido y una progresión que culmina en la Europa capitalista del siglo XIX que él vivió, y que está destinada a conformar –como dice Marx en el *Manifiesto* de una manera muy bella– el mundo a su imagen y semejanza. Para mí es claro que hay en la biografía de Marx unos problemas intelectuales graves al final; que estos problemas se reflejan en un volumen de escritos muy grande, de acuerdo, pero también que tienen connotaciones políticas. Hay que darse cuenta de que para Marx, en el fondo, lo que pasase en la India le tenía, políticamente, sin cuidado; lo que pasase en Rusia no. Entonces para Marx el problema era cómo neutralizar a Rusia. Marx, en los años ochenta, cuando confía en el desarrollo de las fuerzas productivas en Inglaterra; cuando cree, a pesar de todos los pesares, a pesar de la enorme desilusión que se lleva con las elecciones del 76, que dan una mayoría de tipo conservador, a pesar de todo eso, en el 81 Marx cree que la revolución está ciertamente llegando a Inglaterra. Entonces, lo que pase en Rusia tiene mucha importancia; por lo tanto, aquí hay un cruce de lo político con sus inquietudes científicas. Seamos marxistas como el propio Marx.

Acepto que mi contraste ha sido muy superficial, que en *El Capital* hay problemas muy serios, y que Marx concede mucho interés y se plantea incluso un problema de tipo intelectual y personal grave con el modo de producción asiático; pero también hay connotaciones políticas.

Pregunta…

R. Juan Trías.– Lo que yo quería plantear era que existen una serie de problemas que arrancaban de una experiencia histórica, o más bien de una experiencia de la investigación histórica. He citado tres de estos problemas: el de la Iglesia en la llamada Edad Media; el del fin del mundo antiguo y el problema de las clases y la lucha de clases en la Antigüedad. Son temas que habían planteado problemas a la investigación histórica, sobre todo a historiadores marxistas, que encontraban dificultades a la hora de encajar esos fenómenos. Este es un hecho constatable, sobre todo para el que haya leído la literatura soviética, especialmente la de aquellos autores que se reclaman del marxismo-leninismo. Había unos

problemas, los del fin del mundo antiguo; allí la lucha de clases entre propietarios y esclavos no parecía traducirse en una revolución, no parecía haber una conquista del poder político por los esclavos. Ciertos esquemas de interpretación fallaban. Yo partía de este hecho, de todas las dificultades que suscitaba esto y lo atribuía al intento de aplicar unas categorías generales y unas leyes generales al estudio de todas las sociedades históricas. Había dos cuestiones, una de carácter filosófico general que yo no he podido exponer aquí; pero si uno lee los manuales del marxismo-leninismo allí hay una construcción muy coherente de arriba abajo. Está el materialismo dialéctico que descubre las leyes generales del movimiento; el materialismo histórico, que descubre las leyes generales del movimiento de la Historia. Entonces, hay siempre un punto de partida de lo general a lo particular, eso también se puede constatar leyendo ese tipo de literatura. Siempre prima la búsqueda de lo general sobre lo particular. Lo que hay detrás de eso general no es otra cosa que elevar leyes o categorías, que son válidas para el análisis de la formación social capitalista, a leyes históricas generales. A partir de esta reflexión, yo insistía en una línea de desarrollo que me parece que está presente en Marx. Creo que en algunos textos que me parecen importantes, Marx insiste en eso que yo llamaba el *principio de especificidad histórica*; es decir, poner en cuestión la existencia de leyes generales del desarrollo social, por lo menos en el sentido en el que se han plasmado en el materialismo dialéctico y en el marxismo-leninismo, que insisten continuamente en la idea de leyes generales, y en que lo demás no es otra cosa que concreción, aplicación, etc., de esas leyes generales.

Evidentemente, se pueden encontrar en Marx otros textos en los que insiste, en determinaciones generales. Lo único que a mí me interesa era que existe otra línea que podía arrancar de Marx y que encontraba una cierta apoyatura en Marx. Me parece que en general Marx escapa bastante de la tentación de formular leyes generales. El caso de Lenin es una cosa contradictoria, porque Lenin en sus primeros escritos insiste mucho en esta idea de especificidad de leyes. Sin embargo, hay otros textos que abonan otras interpretaciones.

Reyna PASTOR.– Yo sobre este tema quisiera decir algo. Creo que tú haces un planteo a partir de una problemática concreta, por ejemplo, el final de la Edad Antigua y el problema de las clases en la Edad Media: estos son temas que no abordó Marx, pero muchas veces lo que falta

cuando uno toma un problema de la historiografía actual es el conocimiento empírico de esos problemas, los estudios concretos sobre ese momento histórico, sobre ese problema histórico. Creo, sin embargo, que sobre la transición del mundo antiguo a la forma feudal hay una serie de trabajos que nos permiten acercarnos más hacia leyes específicas, pero también acercarnos a la interpretación marxista general. Porque es evidente que no hay un enfrentamiento entre amos y esclavos. Primero, hay un cambio fundamental en la forma misma del esclavismo sobre el siglo III, donde el esclavo pasa a ser, no solo medio de producción, sino reproductor de la mano de obra. Además, el esclavo nunca fue solo medio de producción, sino que también fue productor para hacer medios de producción, reproductor de la mano de obra y productor directo. Esto es un cambio que hay que tener muy en cuenta.

Por otra parte, los estudios de Mazzarino, y los estudios de Barbero y Vigil entre nosotros, están señalando la importancia de los movimientos bagaudas y de todos los movimientos serviles y de esclavos, según los lugares, al final de la Antigüedad, que estarían señalando una lucha de clases muy importante. Lo que pasa es que existe una dificultad enorme de fuentes para conocerlas. Concretamente, el problema de la transición son problemas, que pueden, en este momento a través de la historiografía actual, acercarse mucho más a la dinámica fundamental del marxismo.

En relación con el otro problema concreto, el de la Iglesia en la Edad Media, pienso que ver los tres órdenes es un problema que queda en la esfera de lo ideológico. La Iglesia es indiscutiblemente señorial, la Iglesia pertenece a la clase del poder, aunque haya también en su estructura vertical elementos que están fuera de la estructura de poder, o que están conectados de una manera distinta que la clase productora. Entonces, me parece bastante más complejo, y a la vez bastante más sencillo. Creo que sí, que la Iglesia es clase de poder, y que no hay tal división tripartita, sino en la esfera de lo ideológico.

Juan TRÍAS.– Yo planteaba unos problemas que existen en realidad y sobre los que podría aportar textos significativos. Hay que ver, por ejemplo, cómo la máxima historiadora soviética Schtajerman o Kovaliov, tienen que hacer auténticas piruetas para, al final, agarrarse al clavo del primer párrafo del *Manifiesto*, en el cual se dice que la lucha o acaba con el triunfo de una clase, o con la destrucción de las dos. Y entonces

dicen: pues se han destruido las dos. Es la consecuencia de ese intento de meter la Historia en unas leyes muy generales. Con lo cual no niego que todos estos historiadores han hecho una gran labor, lo que pasa es que algunos de ellos se han encontrado con todos estos problemas de interpretación, a causa de este cuadro doctrinal.

Santos Juliá.– Quisiera decir una cosa al profesor Carreras: yo no digo que Marx deje el concepto de *clase* después, sino que lo deja como determinante de esa concepción histórica lineal, con lo cual estoy de acuerdo. Lo que ocurre es que, en un primer momento, la clase aparece como determinante de ese proceso. La Historia se explica en términos de luchas entre clases; después, la determinación ya no viene por ahí. Entonces, de la clase se habla en libros políticos o cuando surge algún movimiento revolucionario. Por supuesto que no es la revolución proletaria, ni la revolución final; esto forma parte de la mitología posterior. Pero ya no es tampoco la revolución burguesa, como si ninguna revolución burguesa hubiera sucedido. Marx piensa que la revolución burguesa tiene que ocurrir, pero que ya ha ocurrido en otros sitios, y las condiciones en Inglaterra estaban maduras prácticamente. Entonces, la conciencia se reparte para explicar esta cosa de lo tardío de la revolución, pues la conciencia política está en una nación, la conciencia económica en otra, la conciencia social está en otra; pero es la conciencia del mismo sujeto, que cuando funde las tres, no se sabe cómo, entonces aparecen otros determinantes: las fuerzas productivas, según ese texto que he citado, en un estadio dado de su desarrollo. Y esta es una afirmación para dejarle a uno un poco atónito. La mejor interpretación que he leído de todo esto es la de un lógico positivista inglés, muy reciente, que va desmenuzando el problema palabra por palabra. Si eso no implica una característica propia de las fuerzas productivas que se desarrollan, pues no sé qué sentido tiene la frase donde realmente la determinación última está en que las fuerzas productivas se desarrollan; que el desarrollo de las fuerzas productivas es, según ese mismo texto, lo que las hace entrar en contradicción con las relaciones de producción que han podido quedar atrasadas o adelantadas; que no hay una relación realmente determinante entre una cosa y otra, pero que efectivamente dependen en último término de las fuerzas productivas.

Yo la clase obrera la presenté aquí un poco en el sentido de insistir en el aspecto de sujeto de esta progresión histórica. En realidad sí,

efectivamente, es la lucha de clases lo que dice Marx, pero fíjense que la metáfora de él es quizá más dura que la que yo empleaba: «El proletariado es el sepulturero de la clase burguesa que cava su propia tumba». Es la dialéctica de quien tiene el azadón y echa tierra al otro. El sentido de mi intervención iba hacia no reducir el marxismo a un método de conocimiento de la realidad, o de interpretación de la Historia. Porque si fuera un método de interpretación de la Historia, no reconoceríamos lo que hizo Marx, quienes estamos en ese éter, que me parece que es mucho más que reducirlo a un método determinado de interpretación de la Historia.

Pregunta…

R. J. J. Carreras.– Marx se caracteriza bastante por huir de las definiciones. En ningún texto de Marx hay definición de conceptos, como qué son las fuerzas productivas, las relaciones de producción. Hay que operar con ellos teniendo en cuenta cómo los aplica, porque nunca llegó a definirlos, y este es uno de los problemas filológicos del marxismo.

En Marx no hay una definición concreta de la Historia, a no ser que tomemos por definición las generalidades de *La ideología alemana*, que son más proyectos de investigación, que resultados de investigación.

Pregunta…

R. Juan Trías.– Yo he hablado de leyes específicas de cada formación social. Claro que la Historia tendría leyes y tendría categorías, pero lo único que yo he puesto en cuestión es que haya leyes y categorías válidas para la Historia en general. He insistido en que las leyes y categorías son específicas de cada formación social. Me he apoyado en una serie de textos de Marx en los que insiste en que no existen leyes generales, que las categorías de carácter general son discutibles, que hay que elaborar un esquema de categorías para el análisis de cada formación social y buscar las leyes específicas de cada formación social. Evidentemente, buscar leyes y categorías implica que hay un ámbito de generalización.

R. Reyna Pastor.– El tema de la mesa redonda es la concepción de la Historia en Marx, no el marxismo en los historiadores.

R. Santos JULIÁ.– Sería una discusión muy larga de si hay ciencias sin leyes. Incluso en las ciencias con leyes, ¿cuál es el grado de indeterminación de las leyes de las ciencias y en qué medida las ciencias que no son exactas pueden aspirar al estatuto de científicas por el hecho de tener leyes o por otro tipo de práctica? Hoy, realmente, la concepción de la ciencia no reside exclusivamente en el hecho de que haya leyes. Hay otros paradigmas, por otra parte, para decidir si algo, una actividad o un oficio, tiene estatuto científico o no. Yo pienso que esto no es una ciencia realmente. Creo que la Historia y las llamadas ciencias sociales… a lo mejor no son ciencias en el sentido en que lo es la ciencia experimental que puede repetir fenómenos. En este sentido, yo sí insistiría en que la práctica del historiador es el manejo de múltiples determinaciones para dar cuenta de lo concreto. Esa es la práctica, me parece a mí, del historiador. El problema del historiador está en que, al enfrentarse con algo concreto, tiene que tomar en cuenta determinaciones irrepetibles, históricamente irrepetibles, que no se dan de la misma forma o, que si se dan, no acontecen de la misma manera en una sociedad que en otra, en un tiempo que en otro. Las variables de tiempo y espacio son de tal categoría, que cambian la propia entidad de los determinantes, que configuran lo real en un momento dado. Entonces, el juego con las categorías de tiempo y espacio, y, por tanto, el proceso de estructuración de lo real, exige el estudio de la genealogía de lo real, es decir, de lo pasado y de las condiciones en que esa genealogía da lugar a una formación –por decirlo rápidamente– que se puede denominar una *estructura*. Lo variable es de tal calibre, que el recurso a las leyes no te lo explica en la medida en que debas explicar lo concreto, si lo que quieres es explicar no lo concreto, sino las condiciones de la comprensión de lo concreto. Si al final tú lo que quieres es tener un cuerpo teórico que te permita abordar lo concreto, entonces ya estamos haciendo otra cosa, ya estamos haciendo teoría. La teoría juega un papel fundamental en el conocimiento de lo concreto, pero el proceso de comprensión, de reconstrucción y de narración –porque la Historia es un relato, y en ese sentido la Historia tiene también todo el viejo contenido de los relatos– te exige ponerse a trabajar, y las leyes te sirven o no te sirven, funcionan o no funcionan, existen o no existen.

La idea de Europa entre las dos guerras mundiales*

«La unidad europea fue el ideal milenario de los más grandes espíritus europeos», cita discutible, pero que sirve para empezar. La unidad que aquí interesa es la reclamada a raíz de la consolidación de los estados nacionales, y de la unificación de los mercados interiores por las burguesías de cada país. Ninguno de los principios organizativos ensayados para resolver los problemas de la construcción del Estado burgués dejó de ser invocado durante la primera mitad del pasado siglo como panacea unitaria: el parlamento de Saint Simón, y el federalismo de Proudhon, Frantz y Cattaneo. Por su parte, todas las corrientes ideológicas de importancia pensaron en algún momento que sus propios principios encerraban el secreto de la necesaria confraternización de los pueblos y naciones del continente: socialistas, nacionalistas de la Joven Europa Mazziniana y liberales manchesterianos.

Sin embargo, la unidad europea no rebasó el terreno de la utopía durante todo el siglo XIX y parte del XX. Como es sabido, la unidad europea no pudo convertirse en un objetivo político realista más que durante la segunda posguerra, a costa de aceptar la amputación de la mitad del continente y bajo protectorado americano. Los hechos centrales que posibilitaron esta situación, la pérdida de la hegemonía mundial por parte de Europa y el surgir de las dos superpotencias mundiales, eran hechos que datan de más atrás, datan del saldo final de la primera guerra europea. Por eso, el período de entreguerras es muy significativo para apercibir cómo, por última vez, los intelectuales burgueses debaten a la sombra de lo inevitable por encontrar un camino que les devolviese una identidad europea amenazada y llevase a la unidad. De eso

* Este artículo se publicó en *Annales. Anuario Centro UNED Barbastro*, 2 (1985), pp. 29-36.

vamos a tratar aquí sucesivamente. Los esfuerzos por extraer el máximo de enseñanzas de la Primera Guerra Mundial, para ahondar en lo que se vino a llamar la «crisis de Europa». Y los esfuerzos, tan vanos políticamente estos, como intelectualmente endebles aquellos, para dar una arquitectura organizativa y política a una Europa unida. De lo que se pensó o se hizo ya bajo la tutela directa del coloso americano les darán o habrán dado cumplida cuenta los otros conferenciantes. Pero quizá interesa señalar de antemano, que aquí como en tantas otras cosas, la época de entreguerras es el telón de fondo de lo que vino después.

Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, en 1946, se inauguraron las «Rencontres Internationales» de Ginebra, que iban a durar más de diez años, con una serie de conferencias y coloquios dedicados a un tema que entonces a muchos les parecía el más urgente: el espíritu europeo. En el documento manifiesto que convocaba a las ilustres personalidades que asistieron se decía: «No es verdad que Europa en su totalidad deba considerarse como responsable de la catástrofe. Si los europeos han dado ejemplo de muchas locuras, Europa ha sido también durante siglos, para repetir la expresión de Paul Valéry, la parte preciosa del universo, el cerebro de un vasto cuerpo».

Los europeos, culpables, pero Europa a salvo. Los europeos, culpables en la medida, se suponía en que habían traicionado a Europa, a la idea de lo que había sido Europa. Esta ilusión, o esta manipulación interesada, de lo que ha sido la historia de Europa provenía del mundo intelectual de la época de entreguerras. Todavía hoy la Europa del carbón, del acero, de los vinos y de la pesca, se permite la nostalgia histórica de dar Premios Carlomagno.

Una nostalgia de la unidad perdida durante siglos y que ahora se habrá comenzado a restablecer a través de Mercados Comunes y OTANES. Entonces, cuando el reparto del Imperio carolingio, para seguir la autorizada y venerable opinión del medievalista Gabriel Monod, algunos hombres, clérigos romanizados, se lamentaron, pero la mayoría se alegró. Las diversas partes del imperio, concluye Monod, adquieren desde entonces conciencia de sí mismos y de sus oposiciones. Pero claro está, resta, perdida la unidad política, la unidad espiritual. Y viene entonces a cuento la visión de una Europa unida por una fe común de Irlanda al Mediterráneo y de Bretaña a los bordes del Imperio ruso. Y después la enumeración de las ocasiones perdidas: los Hohenstaufen, los Inocen-

cios III, los Carlos V… Incluso en el siglo XVIII, cuando en plena guerra entre Francia y Alemania, las cortes de los pequeños príncipes del imperio hablaban francés y leían obras francesas.

Esta panorámica retrospectiva respondía a una historiografía atenta, sobre todo, a la historia política y a una historia de las ideas que prestaba atención solo a las grandes personalidades, aquellas que ciertamente se movían indiferentes a las fronteras nacionales y escribían igual en latín que en francés o en inglés. Se producía el espejismo de suponer que Europa era aquello, y se olvidaba que fuera de estos círculos restringidos de grandes príncipes y profesores de teología, Europa nunca había estado unida, sencillamente porque no existía fuera de ellos mismos. El área social europea estaba despiezada en mercados locales, superposición de usos, costumbres, jurisdicciones y recelos aldeanos. Europa, en la medida en que llegó a constituir un continente históricamente personalizado, agresivo hacia el exterior y con las bastantes notas en común, espiritual, social y económicamente hablando, como plantearse la cuestión de su unidad, habrá de ser el fruto de la ascensión de la burguesía.

Todavía en su época Marx ironizó sobre los programas y proyectos de los Estados Unidos de Europa. Y, sin embargo, el *Manifiesto comunista*, es un manifiesto que honra la labor histórica de la burguesía como clase social, a la par que anuncia su sustitución como clase rectora. Aquí Europa aparece como unidad, no solo económica y social, sino incluso moral. Era Europa la que había creado el capitalismo y la burguesía, era Europa la que en su fiebre por los mercados había descubierto y conquistado el mundo. El perfil histórico de la burguesía trazado en las primeras páginas del *Manifiesto* es la síntesis de la historia de Europa, una historia que, en la medida en que había constituido su sujeto, era la historia esencialmente de una sola clase, la burguesía.

Con esta comprensión de Europa, Marx y Engels destacaban uno de los aspectos esenciales del espíritu europeo, que era el espíritu del modo de producción capitalista, un espíritu que solo podía existir en la medida en que revolucione continuamente los medios de producción materiales y espirituales, transformándose y expandiéndose sin cesar. Por lo menos en los primeros escritos de los autores, Europa realizaba su destino en la medida en que todo el mundo se hacía europeo, es decir capitalista, confomando el escenario donde la crisis y la contienda final darían paso a la

sociedad socialista. De ahí sus ironías sobre los proyectos humanitarios, pacifistas y federales de unitaristas europeos que desconocían, tanto el dinamismo agresivo de las burguesías nacionales, como el carácter universal y cosmopolita de la revolución redentora, excluyente de cualquier distinción de la sociedad humana por espacios geográficos.

Europa se había ido haciendo, por lo tanto, cuando muchos lloraban sobre su presente, lamentando la unidad perdida. Y del XVI al XX, este lento integrarse de los espacios y mercados nacionales había ido acompañado de guerras. Incluso podría afirmarse que la guerra como idea y la guerra como realidad caracterizaba y aun distinguía a Europa de otros continentes. Guerra, guerra y siempre guerra, como decía Maquiavelo, afirmando que desde que tenía uso de razón había oído hablar siempre de guerra y había sabido que la había.

La primera guerra que mereció el nombre de europea fue precisamente la del 14-18. Nadie había caído en la idea de bautizar de europeas a las guerras napoleónicas o a la guerra de los Cien Años, pongamos por caso. El sustantivo y el adjetivo se convirtieron, en cambio, a partir de agosto de 1914 en una munición más. Los alemanes para la propaganda occidental eran bárbaros, no eran europeos, eran enemigos de Europa, la anti-Europa, depositarios de lo absurdo y lo irracional. Los aliados defendían a Europa, su civilización. Se habló con más intensidad que nunca de un «derecho público europeo». Clemenceau y los políticos franceses e ingleses, el mismo Gobierno británico cinco veces durante el desarrollo del conflicto declararon que la guerra se hacía en defensa del derecho. Se habló y a hablar del derecho y aun del deber europeo de servir de ejemplo y guía al mundo, misión que peligraría si las potencias occidentales resultasen vencidas, quedándose el mundo sin la guía que durante cuatro siglos había sido Europa. Precisamente en aquellos años, en 1917, se publica *La expansión europea* de Ramsay Muir, uno de los documentos historiográficos más significativos de cierta idea de Europa en el período bélico.

El imperialismo occidental es presentado como el hecho más importante de la historia moderna, como causa de la expansión de la civilización: «La necesaria y benéfica tutela de Europa sobre el mundo extraeuropeo debe ir acompañada de su progresiva educación para hacerles partícipes de los métodos políticos de Europa, educación pacífica en contraste con los métodos bárbaros y violentos de los alemanes».

Pero, naturalmente, la guerra fue interpretada de otra manera por los espíritus no obsesionados por la confrontación bélica, o a sueldo de una de sus partes. Al año de haber comenzado, uno de los escritores franceses que más consecuentemente habían de defender la idea de una Europa unida en los próximos decenios, Jules Romains, advertía que la enfermedad que aquejaba a Europa debía ser buscada en su propia historia. Todo europeo que viene al mundo es nuevo en su carne y en su alma, pero es viejo porque incorpora a su espíritu complejos seculares de divisiones y de odios. La guerra era una expresión del pasado, un modo antiguo e irracional de considerar la realidad histórica europea. Había que apelar a un principio superior y unitario, a un partido europeo, que superase los sentimientos y las ideas de cada nación. La idea europea, concluía Romains, no debía estar solo en los discursos y en los libros, debía vivir en las conciencias. Fuera de la idea unitaria no había más que guerra y decadencia. Europa como una sociedad: «una sociedad continua en un conjunto geográfico, los diversos países que la componen son como provincias, cada una de ellas orgullosa sin duda de sus tradiciones, costumbres y pasado históricos y con todo el derecho a conservarlas, pero no por eso sin dejar de ser provincias, es decir, fragmentos de una sola Patria, Europa». El argumento no era nuevo, hacía ya casi dos siglos que se había afirmado que las naciones eran provincias de una sola patria, pero lo desconcertante era el momento escogido por el escritor francés para proclamarlo, cuando atronaban los cañones y Europa se dividía en bandos que se negaban unos a otros la condición de europeos. Pero eso mismo patentizaba el europeísmo de la guerra, un europeísmo negativo y contradictorio. Europa parecía existir en esta contienda imperialista entre las naciones, criaturas de su propia historia, con su carga de sentimientos y prejuicios.

Cuatro años tarde, en 1919, otro francés hacía el balance del desastre europeo. Paul Valéry como un nuevo Hamlet se situaba frente a una inmensa terraza de Elsinore, que iba desde Basilea a Colonia, del Somme a Alsacia, contemplando millones de espectros. Este nuevo Hamlet, dice Valéry «tiene como fantasmas todos los objetos de nuestras controversias pasadas, tiene por remordimientos todos los títulos de nuestra gloria». Hamlet ya no sabe qué hacer con los cráneos ilustres que va encontrando el de Leonardo, el de Leibniz, el de Kant, el de Hegel, el de Marx… Concluye desesperado, y resignado a la vez, que el mundo no tiene de estos fantasmas, «el mundo que bautiza con el nombre del progreso su tendencia a una precisión fatal, busca unir a los beneficios de la vida las ventajas

de la muerte. Todavía reina cierta confusión, pero con un poco de tiempo más todo se aclarará, veremos por fin aparecer el milagro de una sociedad animal, un perfecto y definitivo hormiguero». Todos los pueblos se habían equivocado, Europa había renunciado a la verdad, había renunciado a sí misma… Partiendo de esta situación Valéry se hará una pregunta: «¿Europa se transformará en lo que es en realidad, un pequeño apéndice del continente asiático, o seguirá siendo lo que parece, la parte más preciosa del universo, la perla de la esfera terráquea, el cerebro de un vasto cuerpo?».

El texto de Valéry refleja muy bien la desesperación de muchos pensadores europeos al finalizar la contienda, una desesperación mayor todavía por la visión megalómana de la historia de su propio continente.

Pero, durante la guerra había surgido temas de esperanza. La idea, vieja idea, de los Estados Unidos de Europa había sido de nuevo proclamada nada menos que por el mismo presidente Wilson, con motivo de su discurso presidencial de 1916. Se siguió hablando de estos después, con títulos tan significativos como el de *La guerra dei popoli e la futura confederazione europea*, Milán, 1916, del italiano [Ettore] Ponti. Inmediatamente después de la guerra pareció llegada la hora de los pacifistas humanitarios, que por cosmopolitas practicaban un europeísmo bastante vago y genérico. Nos referimos a los Roland, los Remarque o los Norman Angell. Hay que esperar hasta 1926, en plena época de distensión, para que surja el Primer Congreso Paneuropeo y florezcan los proyectos de unificación, que en el terreno económico se proseguirán hasta los treinta.

Pero, de entrada, la reflexión sobre Europa está marcada por la guerra. Toda una extensa bibliografía, que nace en torno a 1918 y se extiende, a través de coyunturas políticas diversas, hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Una bibliografía de cientos de títulos, en los que la palabra dominante es la de *crisis* y/o *decadencia*. Toda una producción que abre la publicación de uno de los *best seller* de la primera posguerra, la *Decadencia de Occidente* der Oswald Spengler. Como es sabido, según este autor la humanidad va incorporando estudios culturales cerrados, que en su propio destino, nacen y mueren. El estado cultural de Occidente estaba concluido, el Occidente como sistema de cultura, una cultura trágicamente activa y conquistadora, faústica, estaba en plena descomposición y decadencia. Por lo que hacía a Europa misma, Spengler afirmaba, ya en las primeras páginas del primer volu-

men, que la palabra *Europa* debía ser suprimida como concesión fatal a la geografía: «el término Europa, con todo el complejo de ideas que sugiere, ha creado en nuesta conciencia histórica una unidad que nada justifica entre Rusia y Occidente… lo que se llama cultura europea ha nacido entre el Vístula, el Adriático y el Guadalquivir». Años más tarde, en otra obra también famosa, *Años decisivos*, frente a una Europa geográfica reconquistada por Asia u oscilando hacia ultramar, queda solo Alemania como potencia fronteriza nuclear.

La visión apocalíptica de Spengler, el dogmatismo de su retrospectiva histórica y la ambigüedad de su mensaje de futuro, estimuló o provocó la reflexión sobre Europa. Una reflexión que partía, como de un hecho establecido, de la crisis o de la decadencia.

En primer lugar, una serie de obras intentaron determinar el momento del comienzo de la crisis. La filosofía romántica de la historia había partido de la Reforma, pero esta vez se iba más allá. Berdiaeff denunciaba abiertamente el Renacimiento como el momento de ruptura de un orden sereno y equilibrado, otros atacaban implícitamente al humanismo. La Europa auténtica estaría más atrás, cuando permanecía encerrada en sí misma, antes de haber entrado en contacto con América e incluso con el lejano Oriente. Quizá sin darse cuenta, la mayor parte de los escritores que denunciaban el fin de Europa acusaban a los europeos, no solo de haber abandonado la tradición tomista o la universalidad de la cultura, sino también de haberse aventurado lejos de su continente, emprendieron aventuras y expansiones que terminaron alterando el carácter y la fisonomía del viejo mundo. La formulación más integrista de esta tesis corresponde a un inglés, Hillaire Belloc, que aunque escribió sus obras más importantes antes de la guerra, extrajo sus conclusiones en los años posteriores a 1918. Para Belloc, Europa tiene un alma, y esta es un alma católica. Europa es creación, no tanto de la religión católica, como de la misma Iglesia. Hasta el punto que frente a cristiandad e Iglesia, Europa es un término genérico secundario. En la medida en que es católica, Europa es la encarnación de lo universal frente a todo particularismo. Europa contiene el mundo. Europa en síntesis es unidad en la fe, es universalidad, autoridad y tradición.

En todo esto también tomaron la palabra historiadores. Sin pronunciarse expresamente sobre la crisis contemporánea, una obra del inglés Dawson afirmaba que las raíces de Europa estaban en el siglo XI, cuando

la cristiandad, como idea y como realidad histórica, se impuso a la diversidad de los pueblos para hacer una sociedad europea. Una unidad que, dando un paso más, un historiador profesional como [Louis] Halphen no vacilará en llamar histórica y orgánica, «como una nación».

Estas visiones de Europa, en sus versiones más dogmáticas, expulsaban de su historia, transformada en una larga decadencia, siglos y siglos cruciales de su desarrollo. Para otros historiadores el comienzo de la crisis era mucho más cercano. Así en las páginas finales de su obra dedicada a *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, el alemán Meinecke data el comienzo de la crisis del momento en que esta razón de Estado perdió su inspiración europea, adoptando el principio de exterminio del contrario, propio de las repúblicas del mundo antiguo. A pesar de sus luchas continuas, Europa había formado siempre una sociedad, «un equilibrio siempre de nuevo restablecido de estados libres, independientes que se sentían al mismo tiempo miembros de una gran familia». Todo esto se había roto con la primera guerra europea. Visión interesada, si pensamos en el calificativo de «paz cartaginesa» que merecían para los alemanes los tratados de Versalles. Pero visión también algo anacrónica en su nostalgia de algo parecido a la Pentarquía de la vieja historiografía europea.

Pero podía preguntarse si tenía sentido hablar del restablecimiento de equilibrios continentales en una época marcada por la aparición de las grandes potencias-continente. Los ideólogos de Europa tropiezan en primer lugar con el hecho brutal de la intervención de América en la guerra. Una intervención hecha expresamente en nombre de los «ideales de la civilización europea», tal como proclamó Wilson en su momento, pero iniciando un camino al final del cual la idea de Europa bascularía hacia las ribera atlánticas, para subsumirse en la de Occidente, un Occidente amputado de más de la mitad del Viejo Continente.

América constituía el punto esencial de referencia, el término de comparación e incluso, más a menudo, la piedra de escándalo. Cuando se hablaba de la corrupción de la civilización occidental por el predominio de las masas, la prevalencia de lo material sobre lo espiritual, la nueva era de una técnica no humanista, todo el mundo pensaba en América. Abundaron las obras sobre América, pero no se descubría nada, se constataban prejuicios y se confirmaba la propia superioridad crítica y espiritual del propio continente.

América constituía el punto esencial de referencia, el término de comparación e incluso, más a menudo, la piedra de escándalo. Cuando se hablaba de la corrupción de la civilización occidental por el predominio de las masas, la prevalencia de lo material sobre lo espiritual, la nueva era de una técnica no humanista, todo el mundo pensaba en América. Abundaron las obras sobre América, pero no se descubría nada, se constataban prejuicios y se confirmaba la propia superioridad crítica y espiritual del propio continente. Y esto tanto en obras tempranas, como las páginas dedicadas a este tema en el *Reisetagebuch eines Philosophen* del conde Keyserling, Darmstat, 1919, como en *El descubrimiento de América* de W. Frank, París, 1930. En 1929, en el máximo de la influencia cultural americana, Duhamel escribe las *Scènes de la vie future*, donde traza la imagen de una Europa uniformada por lo que él consideraba el modo de vida americano, gris, sin fervor espiritual y mecanizado.

Pero, claro está, había otra cuestión. La cuestión de la sucesión, planteada hacía un siglo por el abate Galiani y Adam Smith. La solución era evidente; para mal o para bien, los americanos se consideraban en la opinión común como los herederos y/o los vencedores de Europa. Desplazada la idea de Europa por la de Occidente, eran los occidentales por excelencia. No solo los ensayistas, un autor tan serio como Sigfried no vacila en denominar a los Estados Unidos los *leaders* de la raza blanca. Mientras que Paul Valéry, por estos años, constata con melancolía que Europa ya estaba madura para ser gobernada por una comisión americana, era solo cuestión de tiempo.

¿«*Addio, Europa*», pues, como concluye un autor italiano? Pero, para algunos la cuestión sucesoria era más compleja, quedaba el Oriente. El Oriente desde siempre, antes que América, había sido un antiguo término de comparación para conocer la sustancia íntima de Europa, o un instrumento poco comprometido para enjuiciarla críticamente. A partir de 1918 el Oriente no es un mero elemento de comparación, puede ser un refugio espiritual o ejemplo.

Las comparaciones más llamativas son las polémicas, y la más característica de ellas la *Defensa de Occidente* de H. Massis, que contrapone el espíritu de Occidente, de Europa, un espíritu activista, personalista, propio del monoteísmo católico, al de Oriente, que se despersonaliza en la entrega a un Todo panteísta. Una nueva versión del contraste entre el Occidente activo y el Oriente pasivo, pero una versión que está marcada

por el propio título del libro, se trata, sobre todo, de defender a una Europa en peligro. Para otros, en cambio, este contraste no significaba amenaza ni era realmente irreductible. R. Guénon (*Orient et Occident*, 1924) nos dice que el Occidente merece su suerte por haberse dejado dominar por un pensamiento orientado al conocimiento científico disperso, entregado al materialismo y a la lucha, mientras que el Oriente se ha mantenido fiel a su concepción de la sabiduría sintética y concentrada. El camino de redención estriba en encontrar una vía de integración entre ambas concepciones de la vida.

Todas estas simbologías, más o menos imaginativas, preocupaban y alarmaban a los defensores de Occidente, a los Massis y sus seguidores, que intentaban alzar una barrera en torno al Occidente europeo, para defenderlo de Oriente. El aislamiento de la Rusia comunista era interpretado comúnmente como su vuelta a Oriente, lo que en cierta manera simplificaba la vieja cuestión de las fronteras físicas y espirituales de Europa. La delimitación política pasaba definitivamente por el Don, hasta los Cárpatos y Polonia, un paso hacia atrás respecto al Medievo. La Rusia, por otra parte, siempre había estado fuera de Europa; por ejemplo para Spengler: frente al Occidente fáustico, todo voluntad y dirección, Rusia era abulia, horizontalidad y servilismo. Frente a la amenaza comunista se vaporizaron los proyectos, frecuentes antes de la Primera Guerra Mundial, para salvar la antítesis entre el espíritu ruso y el europeo. Para algunos, sin embargo, la Rusia comunista constituía el último pecado de Europa, el régimen comunista sería el último intento de supervivencia de la cultura prometeica y materialista propia de Europa. El espíritu eslavo habría sido avasallado por esta especie de última degeneración del espíritu europeo. Europa había arruinado a Rusia, ahora debía salvarla. Esta era la tesis, sobre todo, de una obra escrita ya en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, *Europa un die Seele des Osten*, 1939, de Walter Schubart.

Hasta aquí hemos llegado, hasta una obra, la de Schubart, que viene a anunciar la salvación de una Rusia degenerada por su europeísmo por una Europa que ha encontrado su propio camino. Propósitos algo siniestros a la altura de 1939.

A veces se establece una total disyunción entre todas estas elucubraciones, más o menos imaginativas, más o menos bien escritas y más o menos interesadas, y los intentos de crear una arquitectura organiza-

tiva para esta Europa de identidad tan discutida. Nada más equivocado. Coudenhove Kalergi, inspirador del único proyecto llevado al foro internacional de la SdN por Briand y responsable del movimiento más coherente, el del paneuropeísmo, debe contarse por derecho propio entre todos estos ideólogos.

C-K se estrenó en Viena en 1923 con una obra que llevaba el título del movimiento que más tarde encabezaría, *Pen Europa*, donde el escritor no solo propone salvar la civilización europea, sino recuperar el primado que había tenido el continente en la escena mundial. Cuatro años más tarde editaba su *Held oder Heiliger* (Viena, 1928), donde oponía lo «heroico», de la tradición nórdico occidental, a lo «sacerdotal», característico de la tradición meridional y oriental. La Europa de C-Kalergi era el occidente continental, sin Rusia y sin Inglaterra, bautizada de «comunidad cristiana» y «patria católica», uniéndose a lo más granado del pensamiento reaccionario europeo en su condena de la Reforma protestante. Tras las experiencias organizativas de los veinte, el autor se reafirma en sus fantasías ideológicas con su última obra, *Europa se despierta*, de 1934. Un despertar que se significaba en la conciencia europea de formar un continente no geográfico, sino moral, frente a Rusia y a América, unificado por el cristianismo como nacionalidad histórica.

Es a C-K al que se debe el primer manifiesto de 1924 proponiendo la creación de una Europa unidad, manifiesto al que se adhirieron, entre otros, Valéry, Hauptmann, Claudel, T. Mann, Unamuno, Ortega y Freud. La distensión internacional desde 1923 favoreció otras iniciativas, de las que la más política fue la de Benes, ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, que intentaba renovar el sistema de equilibrio europeo proponiendo el reparto de Europa en cuatro grupos de estados; la más pintoresca, la de J. Delteil, que, no contento con la dosis de cristianismo que subyacía en todos estos proyectos, propuso un orden europeo encabezado por el papa de Roma como máxima autoridad espiritual del continente y árbitro obligado de cualquier litigio que pudiese producirse en el futuro, y la más progresista la de W. Woytinsky, *Die Vereinigte Staaten von Europa*, Berlín, 1926, que defendía una organización federal europea con participación directa y decisiva de los sindicatos y partidos obreros.

Por fin, en octubre de 1926 se celebró el Primer Congreso Paneuropeo bajo el lema «europeos, la conciencia europea ha despertado». Las

cosas no eran fáciles, y algo después el mismo C-K se dirigía al presidente Hoover de los Estados Unidos pidiéndole ayuda: «¡Venid en nuesta ayuda! Europa colaboró en la formación de los Estados Unidos de América, hoy los Estados Unidos de América tienen a su vez la posibilidad de colaborar en la consolidación de Europa». El momento culminante de toda esta empresa llegó el 5 de septiembre de 1929, cuando el ministro francés Brian presentó a la Asamblea de la Sociedad de Naciones un breve proyecto de federación europea. En enero del siguiente año un comité expresamente creado de la SdN publica el primer manifiesto europeo de la institución internacional. La iniciativa fue abiertamente condenada por Italia o la Unión Soviética. Y no dejaban de tener sus motivos, políticamente hablando. Si algo ha mostrado la investigación actual es que ninguno de los políticos europeos de la época tomaba en serio otros proyectos. El juzgado más entusiasta, el alemán Stresemann, los aceptaba en función de su política de revisión de los tratados y de manos libres hacia el Este.

En el terreno económico, los proyectos eran más técnicos y menos discutidos en la opinión pública. Así, todo el movimiento que llevó al Primer Congreso de Unión Aduanera europea. En los libros las cosas fueron más lejos: ya en la segunda edición de su obra, *Las contradicciones del mundo moderno*, Delaisi, el autor más significativo en este terreno, planteaba la contradicción entre el politeísmo de las soberanías nacionales y el monoteísmo económico del capital, entre la superestructura política y la infraestructura económica. La solución para Delaisi, salvando algunas extravagancias de terminología propias de la época, no está lejos de lo que va a ser la primera y única etapa realizada del Mercado Común: «Separar lo político de lo económico, es decir, abandonar los sueños de unificación en el terreno de las soberanías políticas, pero supresión de barreras aduaneras, relaciones acordadas entre las distintas divisas, unificación de tarifas de transportes». No pedía más Delaisi para que el sistema industrial, como él decía, desarrollase todas sus virtudes, movilizando capital y recursos en una Europa constituida a la manera de nuestro Mercado Común. No parece que hayamos ido más lejos. Gracias.

Prólogos

Prólogo
Parlamentarismo y bolchevización*

A ciertos niveles, el socialismo europeo atravesó su primera crisis generalizada a partir de la muerte de Engels con la polémica sobre el revisionismo; la segunda se centró sobre el problema de la huelga general, especialmente a partir de la reactivación del tema por la revolución rusa de 1905.[1] Pero, a partir de comienzos de siglo, hay un tema, la guerra, que en cierta manera engloba todas las oposiciones anteriores, reavivando líneas de fractura potenciales encubiertas por la uniformidad del vocabulario, y que emergerán brutalmente de 1914 a 1918. El socialismo se había enfrentado con este problema apoyado en una doctrina que se supone de inspiración marxista, y había intentado definir operativamente su conducta a través de las sucesivas resoluciones de los congresos de la II Internacional.

Por lo que hace al tema que este libro estudia respecto al movimiento obrero español se han solido cometer dos distorsiones. La primera ha consistido en identificar sin más el arsenal ideológico de que disponía el socialismo europeo con el cuerpo doctrinal del marxismo. La segunda es sobrevalorar el alcance y significado de las sucesivas resoluciones de los congresos internacionales. De esta manera ciertos autores han sido llevados poco menos que a hacer responsable a Marx y Engels de la im-

* Este prólogo se publicó en Carlos Forcadell Álvarez, *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 9-21.

1 La crisis revisionista ha sido estudiada por primera vez en su auténtico marco europeo por B. Gustafsson, *Marxismus und Revisionismus*, Fráncfort, 1972, 2 vols. (hay trad. cast.: *Marxismo y revisionismo*, Barcelona, Grijalbo, 1974). No puede decirse lo mismo del tema de la huelga general para el que hay que recurrir al capítulo monográfico en J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, Hannover, 1961, I, pp. 291-410.

potencia de los partidos obreros frente a la guerra, mientras que otros han resuelto el escandaloso contraste entre «el programa y la realidad» apelando a la traición de los dirigentes.[2]

Es verdad que cuando se funda la II Internacional en 1889 el marxismo parece haberse convertido en camino de ser la ideología dominante en el movimiento obrero. Pero la realidad era muy distinta unos años después. A la muerte de Engels «el marxismo no había realmente penetrado la socialdemocracia alemana, en Inglaterra no llegaba a estructurar una secta, en Italia era a menudo una cuestión de moda y en Francia tenía que luchar con fuertes corrientes no marxistas».[3] La recepción del marxismo se había complicado, además, por la existencia de toda una serie de problemas sin resolver que constituirían el punto de partida del revisionismo. Por lo que hacía a la práctica política, el problema esencial se llamaba «legalidad y revolución». La discusión en torno a lo que se ha llamado el «testamento teórico de Engels», su prólogo a *La lucha de clases en Francia*, tenía lugar en una nueva coyuntura económica que explicaba la facilidad con que el revisionismo penetró en el movimiento obrero.[4] Todavía en 1884 Engels podía afirmar, a la vista de la estagnación económica imperante en Europa desde el comienzo de la gran depresión en torno a 1875, que «ante nuestros ojos se registra el hundimiento necesario y cada día más patente del modo de producción

2 Ejemplo de lo primero, M. Drachkovitch, *De Karl Marx à Léon Blum*. *La crise de la socialdémocratie*, Ginebra, 1954, p. 23. Los textos clásicos de lo segundo en Lenin, aunque más tarde matizó sus afirmaciones iniciales. La expresión «programa y realidad» corresponde al título de la edición alemana del estudio de G. Haupt, *Programm und Wircklichkeit*. *Die Internationale Sozialdemokratie vor 1914*, Neuwied, 1970.

3 B. Gustafsson, *Marxismus und Revisionismus*, *o. c.*, I, p. 314. Los trabajos de Dommanget o Willard ya han mostrado en qué escasa medida la doctrina marxista había penetrado en el movimiento obrero francés. Sorprende comprobar que algo similar ocurrió en el partido teórico por excelencia de la II Internacional: H. J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie*. *Zur Ideologie der Partei vor dem 1. Weltkrieg*, Hannover, 1967, especialmente pp. 127 y ss.

4 El auténtico trabajo revisionista lo hacían en la práctica reformista una multitud de funcionarios locales o dirigentes sindicales que mostraban tanta indiferencia frente a Bernstein que frente a Kautsky. Este es un aspecrto que olvida a veces Gustafsson, pero que ha sido muy bien descrito en G. A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im wilhelminischen Reich*, Berlín, 1959, p. 187.

capitalista».[5] Pero, desde 1893, la reactivación de la coyuntura garantizará hasta comienzos de siglo un capitalismo libre de crisis. Los pronósticos pesimistas no parecían cumplirse, casi en los mismos años en que la socialdemocracia irrumpía a nivel parlamentario en Francia e Italia, y en Alemania se registraba un crecimiento de votantes que permitía las más risueñas esperanzas. Lo que para unos exigía una mera adaptación táctica, para otros era el comienzo de una era de paz social que reclamaba una revisión a fondo de las doctrinas aceptadas.

Pero al mismo tiempo, casi a continuación del Congreso de Londres de la II Internacional en 1896, se producen una serie de acciones imperialistas de las grandes potencias que aumentan hasta límites peligrosos las tensiones en el continente. A la crisis de Fachoda (1898), que pone a Francia y a Inglaterra al borde de la guerra, sigue la guerra de los bóeres y el comienzo de la cruzada de las grandes potencias contra China. Surge una nueva amenaza de naturaleza distinta a las crisis económicas, la de una guerra imperialista por mercados o zonas de influencia. Una guerra completamente distinta a las viejas guerras nacionales entre Estados como las de 1859, 1866 o 1870. De esta manera, cuando la Internacional se reúne en París en 1900, un tema esencial será el de la política colonial de las grandes potencias.[6]

Pero el imperialismo no servía solo para designar la nueva forma bajo la cual se presentaba rejuvenecido y ampliado el mundo del capitalismo. Servía para enfrentarse, pero desde la izquierda, con el mismo problema que ya habían querido resolver los revisionistas, el problema planteado por el afianzamiento externo del sistema capitalista a partir del final de la Gran Depresión. Donde los revisionistas habían encontrado una prueba de la caducidad de gran parte de las tesis marxistas, los teóricos del imperialismo afirmaban haber logrado una explicación que ponía a salvo los principios de la doctrina. El imperialismo solo estaba aplazando las crisis finales merced a la expansión por la fuerza de los mercados, la exportación de capital y el proteccionismo. Estos métodos, sin embargo, se afirmaba que podían llevar fácilmente a una guerra mundial de efectos casi tan temibles como las viejas crisis económicas

5 *MEW*, XXI, p. 175.

6 J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, *o. c.*, I, pp. 316-318.

del pasado. De momento, el imperialismo causaba un asilvestramiento de la moral internacional, alentando los sentimientos de hostilidad entre los pueblos. Por contraste, el socialismo se consideraba como la antítesis del imperialismo, viéndose los partidos socialistas cada vez más solicitados por los problemas de la política internacional. Las cuestiones de la política colonial, la política comercial y la política militar eran, a veces con más intensidad que las de la política interior, el campo donde se dirimía la oposición entre los socialistas y los burgueses. Así, en 1900, Kautsky declara «que el militarismo y la política de conquistas ultramarinas [...] son prácticamente las cosas donde se manifiesta más abruptamente la contradicción entre el mundo proletario y el mundo burgués, donde con más violencia estalla la lucha entre ambos».[7] Esta conciencia no deja de aumentar y, doce años más tarde, Rosa Luxemburg escribiría que «los problemas del militarismo y del imperialismo constituyen actualmente el eje de la vida política europea [...]».[8] Cuando por fin estalla la temida guerra nadie vacila en calificarla de guerra causada por el imperialismo, aunque ciertamente cada parte tendía a considerar que la agresión provenía del imperialismo de su vecino.[9]

Pero el imperialismo no solo se constituyó como divisoria de dos campos. La discusión sobre las manifestaciones concretas del imperialismo nunca dejó de provocar tensiones bajo la apariencia de una «unanimidad de fachada», no solo entre los distintos partidos, sino en el seno de cada uno de ellos.[10] Temas como el de la política colonial no solo propiciaron la formación de tendencias, sino que llevaron hasta

7 K. Kautsky, «Die kommenden Kongresse», *Die Neue Zeit*, XVIII (1900), pp. 707-718, 714 y ss. Esta situación no dejaba de ser un resultado de un uso calculado del imperialismo a efectos de la política interior, como ya advirtió el mismo Engels. *Vid*. H. U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Colonia, 1972.

8 Rosa Luxemburg, *Gessamelte Werke*, ed. de C. Zetkin y A. Warski, Berlín, Dietz, 1925, p. 527.

9 Incluso la izquierda alemana creía, en la reunión de Bruselas de junio de 1914, que no existía una voluntad de guerra por parte de su Gobierno. G. Haupt, *Le Congrès manqué*, París, 1965, p. 114.

10 La unanimidad frecuentemente adoptada por la Internacional en estas cuestiones no era más que una «unanimidad de fachada», en palabras de Rebérioux y Haupt, «Le socialisme et la question coloniale avant 1914. L'attitude de l'Internationale», *Le Mouvement Social* (octubre-diciembre 1963), pp. 7-39.

la escisión. En Italia la cuestión de Trípoli provoca la aparición de un nuevo partido socialista, en Inglaterra la guerra de los bóeres está a punto de dar al traste con la Sociedad Fabiana, mientras que en Alemania se agrava todavía más la separación entre revisionistas y ortodoxos, contribuyendo en cambio a la homogeneización de la izquierda. Todo esto afectaba directamente al proceso de «integración negativa» de los partidos obreros en el seno de la sociedad. Pues el «atentismo revolucionario» que les servía de cobertura, amparado en la permanencia de una fraseología revolucionaria, necesitaba que la evolución de la sociedad trabajase en todo caso en beneficio del advenimiento cuasi automático del socialismo.[11] La posibilidad de que la carrera de armamentos y la multiplicación de las crisis bélicas desembocasen en una conflagración mundial, en la miseria y el caos, planteaba una nueva situación. Para algunos el dilema a la larga llegará a ser, como es sabido, no socialismo o capitalismo, sino socialismo o barbarie, tal como sucedió durante la Primera Guerra Mundial.

Todo este proceso se llevaba a cabo en el marco de un nuevo capitalismo, caracterizado por el desarrollo de los bancos, los grandes *trusts* y los monopolios. Cabe entonces preguntarse cómo podía ser utilizado, y en qué medida lo fue, el legado marxista, en un mundo tan distinto del suyo originario. Cronológicamente la obra de Marx se encuadraba en la época librecambista, y el giro proteccionista que se anunciaba a fines de los setenta ya no pudo ser elaborado por un Marx enfermo. Al anotar y completar el volumen III de *El Capital*, Engels había sido consciente de esto, y se ha llegado a afirmar que solo la muerte le impidió completar su trabajo sobre «La bolsa», hasta llegar a una definición formal del imperialismo.[12] Pero, en todo caso, el Engels que influye en el concepto vulgarizado del imperialismo en el seno del socialismo europeo (recordemos que las obras de los grandes teóricos o son muy tardías o tuvieron escasa difusión) es el Engels de los innumerables artículos en *Die Neue Zeit*, donde el problema central se reduce a un exceso de producción

11 El modelo de «integración negativa y atentismo revolucionario», para caracterizar la peculiar situación de gran parte del socialismo europeo en la sociedad de la época, ha sido desarrollado sobre el caso alemán por D. Groh, *Negative Integration und revolutionärer Attentismus*, Fráncfort, 1973.

12 Para todo el problema, H. W. Kettenbach, *Lenins Theorie des Imperialismus, I: Grundlagen und Voraussetzungen* (único publicado), Colonia, 1975, pp. 126-137.

en búsqueda de nuevos mercados.[13] Pero claro está que había algo más para orientar a los socialistas europeos a comienzos de siglo, había toda la publicística de los fundadores del marxismo sobre asuntos nacionales e internacionales, y había además la intensa actividad epistolar que desarrolla Engels en sus últimos años.

Por lo que hacía a los textos del pasado, puede afirmarse que el socialismo europeo no estaba capacitado para aprovechar una herencia que no le suministraba tanto unos principios como un método, una determinada manera de valorar en su funcionalidad revolucionaria los hechos de la política nacional e internacional. Un método que dispensaba a los dos autores de establecer una teoría autónoma y permanente de las relaciones internacionales, terreno en el que nunca renunciaron a guardar la más absoluta libertad de movimientos.[14] Para unos partidos socialistas con miles de afiliados, o en espera de tenerlos, sometidos a la presión de la opinión de sus potenciales votantes, resultaba más fácil seleccionar los textos de Marx y Engels en función de sus propias necesidades, que dejarse guiar por su método para orientar sus opciones políticas. En algunas ocasiones podía recurrirse a los correspondientes a la época cosmopolita y revolucionaria que se concreta en el *Manifiesto*, en otras podía resultar más conveniente atenerse a textos de contenido pacifista y humanitario, como el discurso inaugural de la I Internacional redactado por Marx, donde se exigía una política internacional propia de la clase obrera. Pero también distinciones puramente coyunturales, como la establecida por el mismo Marx entre guerra defensiva y guerra ofensiva en 1870, fueron consideradas desde muy pronto como el gran recurso para poner a salvo los escrúpulos patrióticos de los militantes de base que veían votar resoluciones pacifistas en los congresos obreros. Se podía ser pacifista y revolucionario, se podía llegar a una huelga para impedir una guerra, pero una vez comenzada el deber era defender a la

13 Sobre los textos periodísticos de Engels y la teoría vulgar del imperialismo, H. C. Schröder, *Sozialismus und Imperialismus*, Hannover, 1970, pp. 31 y ss.

14 Frecuentemente se desconoce esto, echando en cara o poco menos a Marx y Engels una ambigüedad fundamental en la cuestión nacional y en las relaciones internacionales. Y no solo en obras más o menos generales, sino en trabajos de alta especialidad como el de H. Soell, «Zum Problem einer Theorie des Internationale Beziehungen bei Marx und Engels», *Archiv für Sozialgeschichte*, XII (1972), pp. 109-185.

patria. No otra era, por ejemplo, la opinión de Jaurès en el crítico mes de julio de 1914.[15]

Mención aparte corresponde a la actividad epistolar y publicística de Engels en sus últimos años, cuando asumió decididamente el papel de mentor del movimiento obrero europeo. Si su famoso prólogo a *La lucha de clases en Francia* fue utilizado para justificar el decidido parlamentarismo a ultranza de los dirigentes de la II Internacional hasta muy entrado nuestro siglo, sus artículos y cartas sobre política internacional no solo fueron pretexto escogido, sino que influyeron directamente sobre la actitud de los dirigentes alemanes en los momentos cruciales de 1914.

Mediados los ochenta, Engels dejó de confiar en una revolución en Rusia, confianza que había compartido con Marx en sus últimos años, concentrando decididamente su atención en el desarrollo de la socialdemocracia alemana. Hasta el punto de que sus análisis de la situación internacional están en gran parte realizados en función de lograr la mejor cobertura a una evolución que esperaba llegaría a su etapa última a finales de siglo.[16] Una guerra europea solo podía en esta perspectiva conducir a un retraso en un proceso que convenía garantizar al máximo. Es en estos años cuando escribe el tan citado prólogo, donde contempla casi proféticamente las posibles consecuencias de una guerra en el continente.[17] La guerra en dos frentes, por otra parte, significaría el hundimiento de Alemania y, en consecuencia, del partido socialdemócrata alemán. Por eso, no duda en anunciar en una publicación francesa que «si la república francesa se pusiera al servicio de su majestad el zar, autócrata de todas las Rusias, los socialdemócratas alemanes la combatirían con sentimiento, pero la combatirían».[18] Todo esto no permite afirmar que Engels se hubiese transformado, bajo la fascinación del crecimiento cuantitativo de los socialistas alemanes, en un nacionalista alemán que

15 «No actuaremos después de la declaración de guerra; cuando haya estallado, nuestra actuación será imposible», citado por A. Kriegel, «Jaurès en juillet 1914», *Le Mouvement Social*, 49 (1964), p. 75.

16 Bo Gustafsson, *Marxismus und Revisionismus*, *o. c.*, I, pp. 35 y ss.

17 El prólogo a la reedición de una obra de S. Borkheim a finales de 1887. *MEW*, XXI, pp. 351 y ss.

18 Publicado en el *Almanaque* del partido francés a fines de 1892. *MEW,* XXII, pp. 247 y ss.

subordinaba a los intereses de su partido toda clase de posibilidades revolucionarias.[19] Sin embargo, es fácil suponer que aquí, como en otros lugares, los textos de Engels iban a ser más utilizados que interpretados llegado el momento.

Después vinieron, claro está, las resoluciones de la Internacional socialista. Los textos de los primeros congresos habían coincidido en señalar que «la guerra es producto fatal de las condiciones económicas actuales» (París, 1889), «causada no por diferencias religiosas o nacionales, sino por los antagonismos económicos que provoca el modo de producción» (Londres, 1886). Por otra parte, «la guerra no puede desaparecer definitivamente más que con la desaparición misma del orden capitalista, la emancipación del trabajo y el triunfo internacional del socialismo» (Zúrich, 1893).[20] Pero tanto el tema de la guerra como el de la huelga general que le acompaña desde el principio, no dejan de constituir una cuestión harto académica hasta 1904. Kautsky dice que incluso la guerra ruso-japonesa no ejerció influencia sensible en

19 Engels nunca excluyó la posibilidad de que una guerra pudiera facilitar de alguna manera la revolución social, aunque en la perspectiva de sus últimos años esto no le resultaba un problema central. Algo similar a la relación que establecía entre parlamentarismo y revolución, y que dista mucho de ser la aceptada en la socialdemocracia alemana. Desconfiaba, sin embargo, de la eficacia de la huelga general e incluso de la mera posibilidad de detener la guerra; solo podría actuarse una vez decidido el resultado de la contienda. *MEW*, XXXVIII, p. 503. Parece incluso que el voto de Plejanov contra la huelga general en el Congreso de Zúrich de 1893 se debía a una inspiración de Engels, E. Molnar, *La politique d'alliances du marxisme*, Budapest, 1967, p. 402. Muchos de estos textos fueron desconocidos fuera de sus corresponsales, pero no hay que olvidar que sus corresponsales eran los máximos dirigentes de los partidos socialistas europeos. De ahí la trascendencia que hayan podido tener ciertos deslices del estratega aficionado que era Engels. En 1891, por ejemplo, le comunicaba a Bebel que, en caso de amenaza de ataque sobre dos frentes, Alemania debía tomar la iniciativa del ataque contra Francia, *MEW*, XXXVIII, pp. 161-162. Cuando en la primavera de 1913, durante una sesión secreta de una comisión del Reichstag, el ministro de la Guerra declara que en caso de guerra la salvación de Alemania estriba en una ofensiva inmediata contra Francia, el silencio que ahora sabemos guarda Bebel podía estar motivado por textos como el citado. *Vid*. el protocolo de 1913 en D. Groh, *Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, XI-XII, 1971, pp. 22 y ss.

20 Textos recogidos significativamente en el suplemento del n.º 9 del *Bulletin Périodique du Bureau Socialiste International*, Bruselas, 1912, que convocaba al Congreso de Basilea.

el congreso.[21] La confianza que en general reinaba hasta principios de siglo de que la evolución del mismo capitalismo llevaría al socialismo, permitía al máximo la hipótesis de una posible acción violenta final en las principales naciones europeas, pero en absoluto la de una guerra mundial que pudiese poner realmente en peligro todo. Aunque no siempre explícitamente, la generalidad de los socialismos europeos aceptaba como principios establecidos la renuncia a la violencia revolucionaria en el interior y la repudiación pacifista de la guerra en el exterior. Pero esta situación era especialmente incómoda para los grupos de izquierda revolucionaria que naturalmente, en una época de relativa estabilidad social, intentaban incorporar a sus cálculos revolucionarios la política exterior, tal como lo habían hecho Marx y Engels en la época de reflujo que siguió al fracaso de la revolución de 1848. La primera manifestación pública de esta postura puede muy bien ser el discurso de Rosa Luxemburg en el Congreso de París de 1900, cuando expresa sus esperanzas de «que el hundimiento del orden capitalista sea el resultado no de una crisis económica, sino de una crisis política producida por la política mundial».[22] De esta manera quedaba restablecido el nexo entre guerra y revolución que había contribuido a neutralizar tanto el fenómeno de la creciente integración nacional de los partidos socialistas como los últimos escritos del viejo Engels.

Pero ya a partir de 1907 no puede evitarse dar la prioridad absoluta en las deliberaciones de los congresos a la cuestión de la guerra, dado el ambiente de tensiones internacionales crecientes. Incluso el Bureau Socialista Internacional, creado en 1900 para mantener la continuidad entre congreso y congreso, contaba entre sus tareas la de «organizar en todos los casos de importancia internacional un movimiento de protesta y de agitación antimilitarista uniforme en todos los países».[23] Y por fin en el Congreso de Stuttgart de 1907 figura como tema principal el de la acción contra la guerra. La resolución final enuncia el deber de la clase obrera

21 K. Kautsky, *Sozialisten und Krieg*, Praga, 1937, p. 325.

22 *Protokoll des Internationalen Sozialisten-Kongresses zu Paris*, Berlín, 1900, p. 27; P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, Colonia, 1973, ha tratado especialmente de la relación entre su concepción de la política exterior imperialista y la táctica revolucionaria interior.

23 G. Haupt, *Le Congrès manqué*, *o. c.*, p. 88.

«de hacer todos los esfuerzos para impedirla con todos los medios que parezcan los más apropiados y que varían naturalmente según el estado de la lucha de clases y la situación política general». El resultado no era muy brillante por la imprecisión y el margen interpretativo que dejaba para el crítico momento de la decisión. Pero solo podemos explicarnos el entusiasmo con que fue acogida la resolución, si sabemos que sobre todo fue interpretada como el restablecimiento de la armonía en el seno del movimiento obrero internacional, cuyas oposiciones habían aflorado con toda la elocuencia necesaria en la famosa polémica Bebel-Jaurès. Así se comprende el «aplauso ensordecedor, largo y repetido». Pero la voz de la izquierda se había hecho oír en una enmienda, también aceptada, de Lenin, Martov y Rosa Luxemburg, que no es que fuese más radical, sino que llevaba la cuestión a otro terreno, cerrando la puerta a la cómoda distinción entre guerras defensivas y ofensivas. Pues la enmienda afirmaba que «en el caso de que la guerra estalle, hay el deber de hacerla cesar inmediatamente, de utilizar con todas las fuerzas la crisis económica creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista». Es sintomático que en el texto de los debates que precedieron a las votaciones nada advierta que los congresistas hubieran comprendido el alcance de este texto. Así se comprende como, por ejemplo, cuando Jaurès expone en un mitin en París «las dos verdades del Congreso de Stuttgart», no hable para nada de que «el diluvio bélico que ha sido frenado» pueda convertirse, de precipitarse sobre la sociedad burguesa, en una revolución social.[24]

Si seguimos ateniéndonos a las resoluciones públicas, da incluso la sensación de que aumenta la confianza de la Internacional en sus posibilidades de detener la guerra. Un momento culminante lo marca el Congreso de Basilea en 1913, cuyo tema único era «La situación internacional y la acción contra la guerra». Más que un congreso, constituyó una imponente manifestación contra la guerra y una proclamación de unidad socialista. El largo manifiesto acordado repite textualmente los

24 El texto de la polémica en la que se patentizó la diferencia en la postura de los dos partidos, fruto de su implantación en sociedades muy distintas, puede verse en el informe analítico publicado por el *BSI* (Bruselas, 1904). La polémica, reproducida y comentada, puede verse en G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, México, 1959, III, pp. 57 y ss. El mitin de Jaurès, en J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, *o. c.*, I, pp. 344-345.

acuerdos de Stuttgart, pero no va más allá. No hay un intento de definir operativamente las líneas de una acción concertada del proletariado europeo en caso de conflicto. La relación guerra-revolución, torcedor de todas las posturas izquierdistas desde 1900, se diluye en una advertencia solemne de las posibles catástrofes sociales, evocando las consecuencias de las guerras del pasado: «que se acuerden que la guerra francoalemana ha provocado la explosión de la Comuna, que la guerra rusojaponesa ha puesto en movimiento las fuerzas revolucionarias del pueblo ruso». Una muestra clara de que la Internacional, a despecho de su ocasional fraseología revolucionaria, era a los ojos de parte de la opinión pública el baluarte del humanismo pacifista lo constituye el hecho de que en el mismo año de 1913 fuese propuesta para el Premio Nobel de la Paz.[25]

Ateniéndose a los mismos textos de las resoluciones de los congresos, puede advertirse una voluntad decidida de impedir la guerra con cualquier medio y, en último caso, de aprovecharla para empujar el proceso revolucionario. Pero aquí, como a menudo en los congresos de los distintos partidos, las resoluciones estaban concedidas de manera genérica para compensar diferencias, no vacilando en adoptar textos de un radicalismo equívoco para salvar la unidad reteniendo a los grupos más a la izquierda. Pero todo esto no les quita su enorme importancia, dada la enorme difusión de que gozaban y el prestigio que en todo caso tenía la misma Internacional. Y esto es especialmente claro tratándose de pequeños partidos, como el español, que a través de la reproducción de los acuerdos de la Internacional se sentían miembros de una comunidad de clase que les amparaba.

Pero ya desde hace tiempo se ha reconocido que la historia de los congresos no es la historia del movimiento obrero, ni siquiera lo es la historia de los partidos socialistas que la integran. Pues los partidos «no son la realidad colectiva del proletariado y de todo el movimiento obrero europeo».[26] El fenómeno de la crisis de la Internacional ante la

25 Las resoluciones del Congreso de Basilea, en *Bulletin Périodique du BSI*, n.º 10. La referencia al Premio Nobel en el mismo boletín, n.º 11, p. 45.

26 Todas estas tesis son expuestas por Haupt como programa para renovar el estudio del movimiento obrero. El estudio previo a la edición francesa lo hemos citado en su versión alemana ampliada, publicado en unión del resto de la obra bajo el título, *La Deuxième Internationale. 1889-1914. Étude critique des sources. Essai bibliographique*, París / La Haya, 1964.

guerra de 1914 y del «entusiasmo» bélico de las jornadas de agosto en casi toda Europa no puede entenderse ateniéndose solamente a una historia convencional de instituciones y organizaciones. Hay que estudiar no solo las ideologías, sino también «el medio social que estas ideologías penetran», y hay que estudiarlo, además, en el cuadro de las mentalidades colectivas y de las coyunturas económicas y sociales que desembocan en 1914. Por eso, muy acertadamente se ha afirmado que no debe aspirarse solo a una historia social del socialismo, sino sobre todo a una historia social del movimiento obrero.[27]

En los países europeos, generalmente ya se dispone del trabajo previo sectorial, aunque absolutamente necesario, constituido por la historiografía convencional de los diferentes partidos obreros. En algunos casos, como en el alemán, la historia ideológica y política del socialismo ha sido apurada hasta los extremos, de tal manera que ya desde hace mucho tiempo comenzó a imponerse el estudio de las estructuras económicas y sociales que le sirvieron de albergue.[28] Nada de eso ha sucedido en España. En la última década se han multiplicado trabajos de gran importancia, pero como estudios de conjunto hay que seguir recurriendo en la mayoría de los casos a las obras de los antiguos militantes, de un Mora o de un Ramos Oliveira, obras en muchos casos de más valor testimonial o de fuente que historiográfico. Por eso, el autor de la obra que sigue a estas líneas ha comenzado historiográficamente por el principio, ha hecho la crónica de los debates y ha analizado las posturas, ha pesado la importancia de las divergencias valorándolas en función de lo que vino después. Un trabajo, en suma, clásico por realizado ya hace tiempo en casi todos los otros países europeos. Pero también ha incluido una aplicación parcial de métodos cuantitativos, iniciando un análisis

27 Presentación de *Le Mouvement Sociale* (diciembre 1964), dedicado a «1914: La guerre et la classe ouvrière européenne». Recientes trabajos alemanes sobre la opinión pública obligan a matizar mucho el supuesto entusiasmo general que habría sacudido a las clases populares (por ejemplo, la tesis de J. J. Becker, *1914: Comme les français sont entrés dans la guerre*, París, 1978).

28 Y aun así, A. Kriegel, en un estudio en cierta manera paralelo al de Forcadell, se ve obligado a abdicar de su intento de «historia social globalizante» para entregarse sobre todo «al estudio de la clase obrera políticamente organizada», «privilegiando enormemente el análisis ideológico y político sobre el económico y social», *Aux origines du communisme français. 1914-1918*, 2 vols., París / La Haya, 1954, I, p. 12.

de los medios sociales en los que actuaban las ideologías. Se marca así un camino por donde, a partir de esta obra, podrá estudiarse el período crucial de 1914 a 1918, y las escisiones que todavía hoy afectan al movimiento obrero español.

Prólogo
Historiografía y práctica social en España*

Para algunos autores, reconozcamos que de clarísima orientación marxista,[1] el problema crucial de la historia actual consiste en la utilización de las teorías de la ciencia histórica, como armas arrojadizas contra toda teoría de la historia que vaya más allá de la existencia y aplicación de modelos circunstanciadamente definidos y de validez muy limitada. El abandono de las filosofías de la historia y de la abstrusa problemática sobre la ontología de lo histórico, refugiándose en los problemas de epistemología, de conceptualización o incluso de mera terminología, serviría de cobertura para camuflar una espléndida resurrección del subjetivismo histórico. La víctima propiciatoria de toda esta operación sería, principal o ejemplarmente, el marxismo como teoría de la historia que se afirma como algo más que una metodología, cosa evidentemente a contrapelo de muchas modas y modos actuales. Por eso, el interés más general de los trabajos que me permito presentar con estas líneas reside, en primer lugar, en la demostración de que una impostación epistemológica no significa forzosamente dar espaldas a la historia como un proceso basado en la existencia de clases y luchas de clases.

En segundo lugar, este punto de partida no significa tampoco que la historia de la ciencia histórica, la historiografía que ahí se trata, tenga que reducirse, amén del estudio de las técnicas y de sus resultados, a la laboriosa reconstrucción de filiaciones políticas o procesos de intencio-

* Este prólogo se publicó en Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1986, pp. X-XI.

1 Por ejemplo, Hans Scheleier, *Theorie der Geschichte. Theorie der Geschichtswissenschaft. Zur neuen theoretischmetodologischen. Arbeiten der Geschichtsschreibung in der BDR*, Berlin, Akademie Verlag, 1985.

nes, que aunque tengan interés, y a veces mucho, no calan en el corazón de los problemas. Es decir, en la génesis y vigencia de unas categorías historiográficas socialmente determinadas, pero con vida y evolución propias.

De todo esto dan razón abundante Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró en las páginas que siguen, y lo hacen con tal claridad y fundamento que al lector le sobraría cualquier síntesis previa que intentásemos.

Los autores se saben exploradores en un territorio en gran medida virgen, y no solamente en nuestro país, el territorio de la historiografía. El bagaje teórico de que se sirven es, por eso, el que han utilizado investigadores de territorios más estudiados y además en otros países. Esto presenta dos problemas. El primero, es el uso profuso de conceptos como el de paradigma, definido solo referencialmente con la obligada cita de Kuhn, pero cuya aplicación a la ciencia histórica exigiría una fundamentación más detallada, fundamentación que, por otra parte, sale fuera del área de competencia de las presentes investigaciones.

El segundo problema se refiere al uso de conceptos elaborados para explicar la génesis de las categorías en las comunidades científicas que se constituyen (cuando realmente lo hacen) por mímesis y recepción de estos mismos conceptos y no por creación científica propia. Aquí reside evidentemente un reto para la futura metodología de este tipo de estudios en España, un reto, que creemos, solo podrá atenderse debidamente en la medida en que se preste tanta atención a la sociología de la ciencia propiamente dicha, como a esa disciplina que los alemanes llaman muy gráficamente *Rezeptionsgeschichte*.

Y, por último, no convendría olvidar nunca el comparativismo, ya que gran parte de lo que a menudo se considera como característica del desarrollo historiográfico hispano, lo es en realidad del proceso general de la historiografía europea, que a menudo contemplamos solo en sus frutos más granados. Cosa que podría comprobarse tanto en la crisis del regeneracionista que acompaña al nacimiento del «paradigma», al decir de Pasamar y Peiró, y que ofrece claros paralelos franceses,[2] como en el

2 Luciano Allegra y Angelo Torre, *La nascita della storia sociale in Francia, dalla Comune alle Annales*, Torino, Einaudi, 1977.

papel que juega, por ejemplo, la ciencia del derecho en la renovación a veces subrepticia de la historia tradicional, a la manera del caso alemán.[3]

Los tres trabajos se basan en diferente medida, tal como indican en su debido lugar los autores, tanto en investigación original, como en la realizada para la elaboración de sus memorias de licenciatura o tesis doctorales, dentro del programa de investigación del Departamento de Historia Contemporánea, a estas alturas ya de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Pero es necesario decir también todo lo que trabajos como estos deben a la colaboración que nos presta el profesor de Filosofía Ignacio Izuzquiza, cuyo magisterio sabe despertar y mantener el interés por la teoría entre los estudiantes de historia de esta Facultad.

3 Gerhard Oestreich, «Die Fachhistorie und die Anfänge der *sozialgeschichtlichen* Forschung in Deutschland», *Historische Zeitschrift*, 208, H. 2 (Apr. 1969), pp. 320-363.

Prólogo
El canciller de bolsillo*

Hace más de cincuenta años, y en uno de los primeros estudios en este campo, un autor inglés, E. Malcom Carroll, constataba que «el tratamiento histórico de la opinión pública en relación con los asuntos internacionales era comparativamente un terreno de investigación nuevo». Desde entonces hasta ahora la situación ha cambiado mucho, y no solo por el gran número de obras publicadas, sino también por su sensibilización a nuevas técnicas y nuevos métodos. Actualmente, un autor que quisiese tratar un tema parejo al de Carroll, la opinión pública francesa y los asuntos internacionales de 1870 a 1914, no solo pondría en cuestión conceptos claves como el mismo de *opinión pública*, sino que le resultaría imposible reducir las alternativas metodológicas, como todavía se atrevía a hacer el autor en 1930, a únicamente dos: ilustrar los acontecimientos significativos con algunas editoriales importantes de algunos importantes periódicos, a la manera de los historiadores clásicos, o intentando reproducir el efecto de masa de la prensa, acumulando el mayor número posible de publicaciones, camino que lógicamente es el que sigue el citado autor.

Efectivamente, por aquellos años ya comenzaba en la literatura anglosajona la revisión crítica de los estudios sobre la propaganda y publicística de los Estados beligerantes antes y después de la Primera Guerra Mundial, revisión que iba a dar a luz las técnicas cuantitativas puestas al servicio del análisis de contenidos. En palabras de dos de los apóstoles de la nueva metodología, se trataba de «un análisis diferente al hasta ahora utilizado en la medida en que es un análisis cuantitativo. Se aspira

* Este prólogo se publicó en Gema Martínez de Espronceda Sazatornil, *El canciller de bolsillo: Dollfuss en la prensa de la II República*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1988, pp. 5-10.

a una clasificación del contenido en términos más precisos (numéricos) que el usual en los estudios cualitativos, basados en los juicios impresionistas y subjetivos, las más de las veces no explicitados por el investigador» (Abraham Kaplan y Joseph M. Goldsen). Se multiplicaron a partir de entonces los análisis de contenidos sobre los más diversos temas de la prensa, empedrados de tablas, frecuencias y gráficos. Muy pronto se aspiró a más, y en los años cuarenta el análisis de contenidos rebasó, quizá pretenciosamente, el nivel de la empiria, para aspirar a constituir nada menos que el «lenguaje de la política» como semántica cuantitativa.

Pero el análisis de contenido, que en los cuarenta parecía imponerse como el método científico por excelencia en los estudios sobre la prensa, no disfrutó mucho tiempo de las mieles de su triunfo. El llamado *giro lingüístico* de las ciencias sociales, primero de manera subrepticia a través del estructuralismo antropológico en los años cincuenta, y de manera declarada en la apoteosis de las diversas escuelas de «análisis del discurso político» (ADP) de la década siguiente, proclamó como pecado lo que hasta entonces se había considerado como garantía de máxima objetividad, el «contenidismo». En una crítica que iba más allá de su objeto inmediato, que incluso afectaba a la naturaleza del conocimiento histórico en general, se les reprochó a los «content analysis», a pesar del reconocimiento de sus méritos frente al mosaico impresionista que significaba la hermenéutica tradicional, el aceptar el postulado de la inmediatez del sentido, el limitarse a estudiar solo «las representaciones que puede haber detrás de los discursos», ignorando los discursos como series de prácticas. En resumen, el «contenidismo» pretendería «llegar al sentido atravesando, sin conocerla, la estructura lingüística del texto» (M. Pêcheux), descuidando el nivel discursivo como tal, como si el orden mismo del discurso, su estructura, no comportase implicaciones ideológicas. En consecuencia y para evitar este mal, el estudioso de los temas de opinión pública no solo debía familiarizarse con las estadísticas propias de los análisis de contenido, sino, aceptando lo que algunos autores no vacilaron en llamar «lingüisticidad de la realidad social», realizar un aprendizaje de técnicas muy específicas de análisis y transformación de enunciados, que suponían una auténtica especialización lingüística.

La autora del trabajo que presentan estas líneas explica en su introducción, no solo las razones que le han llevado a elegir el tema, sino también el método que sigue a continuación. Tras el apresurado panorama

expuesto de métodos y metodologías resulta indudable que se trata de un método que parecería rehuir las novedades, afincándose en la tradicional hermenéutica histórica. En cierta manera es así y es así de manera muy justificada desde mi punto de vista. Pues una considerable proporción de las críticas que se hacen al cuantitativismo de los análisis de contenido, o al imperialismo lingüístico del análisis del discurso político, no se deben tanto a los supuestos propios de cada método, como a una indebida aplicación en muchos casos por legos presos de la euforia por lo formalizable y lo cuantificable como única garantía de cientificidad, cuando no se trata de una beatería de lo nuevo por lo nuevo y por estar de moda, aunque sea una moda científica. Creemos que Gema Martínez de Espronceda evita estos excesos, recurriendo a un método apropiado al material que trabaja, en lugar de imponerle un método más nuevo, pero que resultaría sobredimensionado a su objeto o sencillamente inadecuado.

Nada menos que Berelson, con Lasswell, uno de los padres fundadores del análisis de contenidos, considera que una cuantificación minuciosa solo está justificada si se realiza sobre un corpus muy amplio, susceptible de ser analizado con categorías perfectamente identificables y que aparezcan con frecuencias sustanciales y con el fin de obtener resultados precisos, añadiendo, para terminar, que el análisis de contenidos solo puede y debe aplicarse a un corpus predominantemente denotativo. Ninguna de estas condiciones reunía el material que recoge este trabajo. Un material en primer lugar limitado: Austria es un tema que aparece significativamente en la prensa con los sucesos de 1927 y desaparece prácticamente hasta la crisis que abre el acceso al poder del canciller Dollfuss. En los dos casos no se trata tanto de una «transmisión de información», sino que los aspectos connotativos predominan claramente sobre los denotativos. Habría resultado fácil a la autora, pero no habría resultado de gran utilidad para el lector, hacer exhibición de una cierta pedantería estadística, recogiendo en tablas o gráficos un volumen de información intermitente y escaso, que en las únicas ocasiones en que cobra cuerpo está claramente instrumentalizado, connotado, por la coyuntura política interior de la Segunda República española, hay que agradecerle que no lo haya hecho.

Por lo que hace al «análisis del discurso» conviene recordar que en el tracto analizado en este libro, en la prensa de la Segunda República

domina lo que J. B. Marcellesi ha llamado «discurso polémico», frente al «discurso didáctico». Es decir, un tipo de discurso destinado a hacer rechazar al receptor una información admitida por él o que podría admitir, donde no se retoma un discurso del enemigo o del adversario para refutarlo o reformularlo, sino que se atribuye al régimen que se critica o se defiende toda suerte de acciones o de virtudes negativas o positivas según los casos. Pero desde el punto de vista del ADP precisamente una de las conclusiones de este trabajo es que el tema de Austria está inmerso en un universo de connotaciones y sentidos que lo rebasan con mucho, y que en consecuencia solo podría ser estudiado como totalidad. Por eso, aparte de que sería legítima la pregunta de hasta qué punto es rentable para el historiador la inversión de trabajo que supone el análisis del discurso político (una pregunta que se hizo nada menos que una historiadora como Régine Robin, una caracterizada representante de la escuela francesa de análisis del discurso), existe otra cuestión. Y esta otra cuestión es que resultaría problemática una esforzada aplicación de los métodos del ADP por parte de un historiador sobre la base de seccionar un corpus por su «contenido manifiesto», aislando una parte reducida, en este caso el tratamiento de Austria en los medios de comunicación, de la totalidad de que forma parte, que no es otro que el tema de fondo de la legitimidad del régimen parlamentario en la crisis de entreguerras. Por eso, somos de la opinión de que aquí, al igual que en el tema de la cuantificación, la autora ha procedido sabiamente evitando los escarceos o esfuerzos que solo habrían dado la apariencia de lo que no podía hacerse. Dada la naturaleza del corpus analizado, el único requisito en este campo exigible, para expresarnos en términos lingüísticos, es la necesaria competencia gramatical del investigador que garantiza una correcta aplicación de la hermenéutica histórica, sin que haya necesidad de recurrir a definiciones o terminologías que sobran o hipotecarían su lectura.

Pero, admitida la conveniencia del método adoptado y además reconociendo el interés de sus conclusiones, queda un aspecto del que Gema Martínez de Espronceda resulta deudora. Los estudios de opinión pública han aprendido ya desde hace bastante tiempo a no confundirla con el estudio de la prensa a secas, aunque esta sea uno de los elementos que la conforman y es conformada por ella. Los especialistas hablan del «efecto de la comunicación» y de su reversibilidad. Es evidente que para la época estudiada no disponemos de las encuestas de opinión que,

con diversos grados de fiabilidad, nos abruman en nuestros días y que resulta, por lo tanto, muy difícil valorar hasta qué punto los lectores aceptaron el mensaje de sus periódicos y hasta qué punto su aceptación o su rechazo influía a la vez sobre aquellos. Gracias a esta sólida y esmerada investigación sabemos indudablemente cómo los locutores querían que su mensaje fuese percibido, pero no se dice nada sobre los efectos producidos sobre el público por la recepción de este mensaje. Dada la fuerte ideologización de la prensa de la época parece lícito suponer cierta coincidencia entre periódicos y lectores y aplicar aquí lo que P. J. Guinard dice al respecto de un medio muy lejano del aquí estudiado, la prensa del siglo XVIII. Este autor francés concluye que «el contenido del periódico produce una especie de acuerdo tácito, de consenso entre lectores y publicistas, representando un plano intermediario donde unos y otros se encuentran, el medio término ideológico aceptado por ambos». Pero en este caso se disponía de un momento privilegiado, en el que los lectores de esta prensa, tanto los de izquierdas como los de derechas, se pusieron a escribir o a hablar por ellos mismos. Pues Austria y Dollfuss fueron tema recurrente en la literatura de discursos, panfletos y propagandas producidos en torno al Octubre asturiano de 1934. Un estudio de toda esta publicística, muy dispersa, permitiría apreciar cómo habían asimilado los distintos frentes políticos y sociales de la España republicana la información en los meses anteriores. Nadie mejor preparada que la autora de este libro para realizar este trabajo, que enriquecería nuestro conocimiento de las referencias ideológicas europeas del movimiento revolucionario y contrarrevolucionario español.

No es mérito menor de este trabajo el ofrecer una documentada y ponderada síntesis de la crisis austriaca de los años treinta y de sus precedentes en los años veinte, síntesis elaborada sobre bibliografía especializada de autoridad. Queda así cubierto un vacío que corrientemente se hace notar en estudios similares publicados en nuestro país, donde se acostumbra a abordar un tema extranjero en la prensa nacional con unas referencias que raras veces van más allá de los manuales o monografías más conocidos.

Queda, por último, decir que en su forma original este libro fue una memoria de licenciatura presentada en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, y que obtuvo la máxima calificación de sobresaliente por unanimidad.

Introducción
La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)[*]

El tema del Congreso «La Universidad española bajo el régimen de Franco» evoca una Universidad sojuzgada por una dictadura, cosa en la que todos están de acuerdo fue el franquismo, y unos universitarios, no todos los universitarios, naturalmente, tomando parte, y a veces de forma muy destacada, en la lucha por la democracia. Y la imagen, en principio, responde a la realidad. Pues, como es sabido, a partir de 1956 la rebeldía estudiantil acompaña, e incluso a veces precede, a las sucesivas crisis del régimen.

Por eso es muy natural que la primera aproximación a la Universidad franquista, aproximación realizada más por periodistas y publicistas que por historiadores, haya privilegiado los momentos de conflicto y sus dimensiones políticas. Todavía hoy, muchos jóvenes historiadores dedican sus afanes en este campo, sobre todo, a estudiar genealogías universitarias de partidos políticos o a calibrar el peso de la oposición estudiantil en la transición. Esta perspectiva concedería movimiento propio solo a un sujeto, y sujeto revolucionario, la vanguardia estudiantil, concibiendo a la institución universitaria más bien como objeto pasivo y resistiendo al cambio.

Y la cosa se acentúa más, en la medida en que el estudioso ha sido alguna vez actor. Pues, por citar a Rivarol, «la memoria está siempre a las órdenes del corazón», y por eso, metodológicamente hablando, puede ser peligroso hacer historia oral con uno mismo. Actores, además,

* Este artículo se publicó en Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (eds.), *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1991, pp. 7-9.

casi todos antiguos estudiantes de ciertas Facultades, de ciertas Universidades, de tal manera que, a veces, parece que la única Universidad bajo y contra el franquismo habrían sido Letras, Derecho y Económicas en Madrid o Barcelona. Y ciertamente habría sido así, si la Universidad hubiese sido solo conflicto, pues ya se sabe dónde se constituyeron las vanguardias más activas de la resistencia estudiantil a la dictadura.

Pero, claro está, la Universidad era algo más. Y de eso intentó dar cuenta el Congreso sobre «La Universidad española bajo el régimen de Franco», celebrado en Zaragoza del 8 al 11 de noviembre de 1989. Aunque quizá no se haya logrado este objetivo del todo, por lo menos se tomó conciencia del problema.

Para empezar, el Congreso se abrió con una pregunta, la de si existió un modelo fascista de Universidad. Pregunta que fue contestada diciendo que, si bien existió un modelo o ideal genérico de lo que debía ser la Universidad para el fascismo, o para los fascismos diversos, para ahorrarnos enojosos problemas de definición, en cambio, nunca existió una Universidad fascista modelo. Aquí, como en otros terrenos, la revolución quedó siempre pendiente, y la Universidad nacionalsocialista o la Universidad nacionalsindicalista, por poner dos ejemplos, nunca fueron más allá del proyecto ideológico.

Así que, de partida, el fascismo se contentó con depurar la Universidad, más o menos brutal y sistemáticamente, reforzó el principio de autoridad e incluso introdujo el de caudillaje, pero respetó las estructuras tradicionales. Después intentó mantener el dominio sobre el sistema universitario, controlando sus tres procesos de reproducción: el flujo del alumnado, la promoción del profesorado y la actividad docente y aun investigadora.

En el caso español, un régimen tan longevo como el franquista tuvo que enfrentarse aquí, como en otros sitios, con las consecuencias del cambio social registrado a partir de los años sesenta. Y también aquí, como sucedió en el tránsito del totalitarismo inicial al intento de modernización antidemocrático, a la Universidad reaccionaria de los cuarenta le sucedió la pretendida Universidad tecnocrática de después.

Ahora bien, el tema Universidad no se agota, ni mucho menos, en la evolución general de la institución, con sus obligados puntos de conflicto. Pues dentro de este marco se impone estudiar, en detalle, por

ejemplo, las sucesivas escuelas y redes de clientelismo en las diversas disciplinas, el mecanismo de las oposiciones, elaborando prosopografías de catedráticos y profesores. Hay que medir el grado de profesionalización de las licenciaturas y el corporativismo de facultades y escuelas. Hay que cotejar planes de estudio y programas con prácticas docentes y analizar la producción de ciencia. Y después hay que estudiar monográficamente el funcionamiento de universidades y facultades (y no solo en Madrid o Barcelona), los conflictos de competencia, los grupos de presión, los presupuestos, las inversiones… Durante cuarenta años la Universidad bajo el franquismo produjo físicos y químicos, ingenieros y arquitectos, médicos y farmacéuticos, y no solo profesores de Historia, abogados o licenciados en Económicas. Y produjo todo esto en circunstancias muy diversas y atendiendo a una demanda social que cambió mucho.

Todos estos temas son más áridos y, en principio, menos atractivos que el estudio de unas luchas estudiantiles que, además, pueden ser también tratadas con toda su importancia en otros foros. Pero el estudio específico de la Universidad como una organización compleja que sobrevivió, adaptándose a diversas legislaciones y coyunturas políticas, como una fábrica de titulados y como un centro de investigación (poca o mucha, eso es otra cuestión), como escenario de luchas por el poder académico, todo esto permitirá rebasar, completándolo, un estudio predominantemente ideológico que hasta ahora está centrado, por ello, en las disciplinas más fácilmente manipulables por el poder, como la filosofía, la historia o el derecho, dejando de lado las ciencias fisiconaturales y las técnicas. También así se podrán apreciar mejor las continuidades, rupturas y cambios que relacionan nuestro presente universitario con su inmediato pasado.

En un Congreso a veces tiene más importancia lo que se habla que lo que se lee. En el Congreso de Zaragoza dedicado al estudio de la Universidad bajo el franquismo, bastante de lo que se leyó se movía, todavía, dentro del campo de la conflictividad estudiantil, pero casi todo lo que se habló, y también parte de lo que se leyó, respondía a una concepción más amplia y rica de lo que sea la historia de la Universidad. En este sentido, se puede muy bien concluir diciendo que el Congreso de Zaragoza constituye un esperanzador punto de partida.

Presentación
Los guardianes de la Historia*

En perspectiva caballera, la historiografía europea ofrecería un panorama uniforme, especialmente a partir de la Ilustración y el Romanticismo. Y, en última instancia, los posibles contrastes habrían sido neutralizados en el postrero tercio de siglo gracias a la universal aceptación del modelo alemán. De tal manera podría parecer que todo el problema de las escuelas nacionales consistiría, simplemente, en fechar el momento de su conversión al nuevo evangelio alemán, que, utilizando una expresión de la época, transformaría definitivamente a la *Bildungsfach* que hasta entonces había sido la historia, en una *Berufsfach*, en una disciplina profesional y, en consecuencia, se suponía, científica. Pero lo mismo se abandona este punto de vista general y se desciende a la realidad de los distintos países las cosas se hacen más complejas y diferenciadas. El mostrarlo en el caso español es uno de los mayores méritos de este libro, pero antes de insistir en ello me gustaría precisar ciertas cuestiones.

Para empezar, la tesis tradicional, es decir, la que afirma que la profesionalización de la historia *more germanico* comporta una norma de lo que sea la historia aceptada por todos, se ha visto peligrosamente reforzada por la adopción de un concepto de dudosa aplicación en este campo, si lo utilizamos como algo más que una imagen de uso convenido. Nos referimos al famoso *paradigma* kuhniano. Pues solo amputando la investigación histórica de su último momento, el de la interpretación, y limitándola, por lo tanto, a las técnicas heurísticas, de edición y de crítica, puede sostenerse que haya existido en el siglo XIX una «cien-

* Este artículo se publicó en Ignacio Peiró Martín, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, pp. 7-10.

cia normal» de la historia, una ciencia que, para algunos, y a pesar de todos los cambios de orientación, se mantendría como firme cimiento hasta su contaminación por las ideologías o su definitivo naufragio en las tormentas de la posmodernidad. Pero si, por el contrario, contemplamos el trabajo histórico completo, en este caso el de la escuela alemana, sintetizado en la célebre sentencia de Droysen «*forschend zu verstehen*», las cosas son distintas. Pues el «*verstehen*» de Ranke a Droysen, con sus supuestos filosóficos y sus consecuencias prácticas, es difícilmente reducible a un procedimiento científico. Se comprenden, entonces, los reparos últimamente formulados por Georg G. Iggers o Hans Schleier frente a la identificación, sin más, de «escuela alemana» con ciencia histórica, o incluso frente a la tesis de que toda profesionalización supone forzosamente una interpretación más científica de la historia. Con lo cual, por otra parte, no se afirma nada nuevo, pues ciertamente los benedictinos de la Congregación de San Mauro ya eran más profesionales que un Voltaire o incluso un Gibbon, pero no por eso interpretaban mejor la historia que construían.

Para empezar, el famoso *paradigma* alemán, paradigma más por alemán que por paradigma en sentido propio, comenzaba a experimentar ciertas inseguridades precisamente cuando muchos lo creían incuestionable, tal como puede comprobarse leyendo los fragmentos de la correspondencia de nada menos que Bernheim publicados por G. Oestreich. Pero, además, su recepción distó mucho de ser incondicional: lo mismo se trataba de ir más allá de la pura técnica del tratamiento de las fuentes o de la institucionalización de la profesión como dedicación exclusiva. Nos lo ha recordado hace poco Christophe Charle al hablar de «*l'impossible modèle allemand*», como antes lo hizo Fritz Ringer al estudiar en una perspectiva comparada la cultura universitaria francesa. Pero, ya en la época, el mismo Altamira, comulgando con las opiniones de Seignobos, había criticado la indiferencia frente a las ciencias sociales que suponía la metodología alemana. Debido a lo crítico de esta recepción y la tradición de cada país, fue muy diverso el resultado final de la inevitable adopción de las técnicas instrumentales de trabajo.

Los que realmente conocían la historiografía alemana, como el francés Gabriel Monod o el inglés lord Acton, ya desde un principio se cuidaron muy bien de recomendar cualquier cosa que no fuese el trabajo

de seminario o la edición y crítica de fuentes.[2] Por otra parte, ninguna historiografía universitaria europea disfrutó de tal monopolio público de la investigación como sucedió en el caso de los alemanes, en casi todos los lugares tuvo que compartir su campo con instituciones autónomas y ajenas, y con historiadores que iban por libre. Esto es cosa que reconocen hasta los autores más obstinados en encontrar semejanzas transnacionales, como le sucede a Christian Simon en su estudio comparado de la historiografía alemana y francesa de 1871 a 1914. Había, además, otro tipo de reservas que a veces desembocaron en abiertas polémicas y que no siempre respondían a la pervivencia de usos retóricos. Se trataba de la resistencia a transformar la historia en una actividad tan científica que se ahorraba cualquier esfuerzo de comunicación que rebasase la «comunidad científica» o la «comunidad de competentes», como se decía entonces. A este respecto la polémica entre Bury y Trevelyan, aunque bastante superficial, es muy ilustrativa. El primero se había permitido descalificar en su discurso de toma de posesión en Cambridge, en 1902, nada menos que a Macaulay, el clásico de la historiografía inglesa de la primera mitad de siglo (al cual, dicho sea de paso, dedicó adjetivos muy duros Droysen en su correspondencia privada). En su defensa saltó a la palestra Trevelyan, no solo por ser sobrino segundo del autor de la *History of England*, sino porque juzgaba necesario hacer frente a los «sacerdotes de una Iglesia estatal», a los «granaderos prusianos de la erudición», incapaces de ir más allá de la lectura de las fuentes, impotentes para desarrollar la dimensión especulativa y literaria de la obra histórica. Lo que interesa es que Trevelyan no tiene dificultad para encontrar testimonios a favor de sus tesis recurriendo a numerosos ejemplos de historiadores ingleses y franceses.[3]

2 Los dos historiadores se enfrentaron con la escuela alemana con motivo del lanzamiento de las dos revistas profesionales, la *Revue Historique* en 1876 y la *English Historical Review* en 1886. El artículo de lord Acton es el que señala con más claridad los límites de la recepción del modelo alemán, con páginas no exentas de cierta ironía, «German Schools of History», *EHR*, 1 (1886), pp. 7-42, véanse especialmente pp. 26 y ss., donde trata del «*Gelehrte*» germano.

3 George Macaulay Trevelyan, «Clio, a muse», en *Clio, a muse, and other essays literary and pedestrian*, Londres, 1913, pp. 1-55, el artículo fue publicado originariamente en el número de diciembre de 1903 de la *Independent Review*.

Quizá podría concluirse que la vía alemana de constitución de la ciencia histórica no constituye la vía normal, el canon conforme al que habría de juzgar a los demás, sino por el contrario la excepción, la excepción de una profesionalización técnica emparejada con una concepción de la historia que la llevaría al callejón sin salida del historicismo. Reaparece así en otro campo el tan traído y llevado *Sonderweg* de los alemanes. Tendrían cierta razón aquellos que, incluso en España, como dice Peiró, consideraban que los alemanes no habían hecho más que rematar, perfeccionándolo, el patrimonio de las técnicas eruditas comunes a toda Europa desde el Renacimiento. Y también tendrían cierta razón aquellos que, más tarde, a la vista de lo sucedido a partir de la polémica en torno a Lamprecht, dirían que los historiadores profesionales alemanes, en la medida en que además de erudición habían escrito historia, habían escrito una historia incapaz, no solo de integrarse, sino ni tan siquiera de colaborar con las nacientes ciencias sociales en el tránsito de siglo, al revés de lo que sucedió en el resto de las naciones.

Cada país, en definitiva, constituyó a su manera la ciencia histórica, si por ciencia entendemos algo más que especialización en técnicas instrumentales o profesionalización del oficio de historiador. Ciertamente, no puede afirmarse que los alemanes lograsen la mejor situación para hacer frente a los retos del cambio de siglo. En todo caso, la obra de Ignacio Peiró nos ofrece una primera etapa, y una etapa muy peculiar, de lo que él mismo y su habitual compañero de fatigas, Gonzalo Pasamar, denominaron acertadamente «vía española hacia la profesionalización historiográfica»,[4] una vía española como la francesa es francesa o la inglesa es inglesa, por no hablar de la alemana que se ha revelado tan propia que se conservó en gran medida inmune a todo cambio hasta muy entrado el presente siglo. No es mi intención adelantar nada de lo que expone, con toda autoridad que le concede su investigación, el autor de las páginas que siguen. Quizá tan solo precisar algún paralelismo que, por lo demás, ya insinúa Peiró en las distintas notas a su texto. Pues lo que llama la atención en el modelo académico estudiado no es tanto la diferencia como el anacronismo. «La República de las Letras» que bajo la tutela de las Academias forma un mundo jerarquizado de diversas

4 Por ejemplo, en el artículo de ambos autores con el mismo título publicado en *Studium*, 3 (1991), pp. 135-163.

clases de notables y capacidades, desde el académico de número hasta el erudito local, donde el profesor universitario es pálida figura al lado del facultativo de archivos profesionalizado, parece una transcripción de la política cultural emprendida por Guizot al frente del Ministerio de Instrucción Pública de la Monarquía de Julio. La semejanza no es una casualidad, pues el proyecto del historiador y político francés, tal como sucedió con la Restauración canovista, estaba al servicio de un orden social que se había sentido amenazado por una revolución (Rosanvallon). Y la solución en el terreno que nos ocupa es similar en ambos casos.

Para Guizot se trataba de diferenciar un ámbito universitario, dedicado sobre todo a la enseñanza en las precarias condiciones de la época y de cuya reforma siempre se desentendió, del formado por el mundo de las Academias y de las instituciones científicas, «grands établissements consacrés non à l'enseignement, mais à la gloire et au progrès des sciences et des lettres, l'Institut, les diverses sociétés savantes, les bibliothèques…».[5] Se trataba de un intento típicamente doctrinario de salvar la interrupción revolucionaria, que produjo como es sabido la desaparición del mundo de las Academias, para reconstruir, en palabras del mismo Guizot, «la Republique des Lettres», como espacio de sociabilidad de notables e investigadores, con toda su parafernalia de estímulos, premios y consagraciones del trabajo histórico, como testimonia, entre otras, la carrera de un historiador tan típico de la época como fue Mignet. Si medimos el modelo académico español, no con el imposible ejemplo de ruptura que significó la fundación de la profesión en la Tercera República (Keylor), sino con el más similar del régimen orleanista, el resultado no es negativo del todo. El anacronismo tiene sus ventajas, mientras que el modelo de Guizot fue incapaz de sobrevivir ni tan siquiera a su creador, la Academia canovista logró ir incorporando, nos dice Peiró, las nuevas corrientes a pesar de las reticencias y retrasos. El modelo académico disfrutó de la suficiente flexibilidad para albergar sin solución de continuidad las primeras avanzadas de lo que el autor denomina «el cambio de guardia de la historiografía española». De esta manera, si el libro se abre con unos funerales, los de Cánovas, que Peiró interpreta como apoteosis de un mundo que caminaba hacia su final, se

5 François Guizot, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, 8 vols., París, 1860, III, p. 34.

cierra con el obituario que da en sus últimas páginas, «un largo rosario de fallecimientos hicieron que el luto y los crespones negros se adueñaran de los salones de la Academia». Al revés de lo que sucedió en otros sitios, la vieja historia muere en la cama, de «muerte natural». La vía española se resuelve en su tramo final más en una transición que en una ruptura. Como todas las transiciones esto habrá tenido sus costes. Pero no hubo tiempo para juzgar lo que a la larga estos posibles costes hubiesen significado. Pues, como recuerda Peiró a la conclusión de su obra, citando a Gonzalo Pasamar, después llegó una ruptura, fue la ruptura que supuso la Guerra Civil y el fascismo franquista. Se inició una «larga noche» de la que la historia, y toda la cultura española, tardó mucho en salir.

Disfruto del privilegio de conocer la parte todavía no publicada de la espléndida investigación de Ignacio Peiró; por eso, si tengo que añadir algo para concluir esta presentación, es el deseo de que pronto pueda ser conocida por todos los estudiosos de la historiografía española, para los que esta obra significará, estoy seguro, una aportación de gran importancia.

Prólogo
El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965[*]

En una investigación sobre el Sindicato Español Universitario, como la realizada tan espléndidamente por Ruiz Carnicer, es un buen punto de partida el reconocimiento del carácter fascista en origen del régimen, con todas las salvedades que quieran hacerse y todos los condicionamientos que se admitan. Hace ya bastantes años me referí al más importante de ellos, al decir que mientras Mussolini y Hitler llegaron al poder en chaqué, Franco lo hizo al lomo de los tanques, después de una guerra civil que solo concluyó retóricamente el 1 de abril de 1939, prolongada por una feroz represión que superó con mucho los costes humanos de la implantación de los otros regímenes fascistas. El «olvido de los orígenes» es el principal pecado de todos los que sitúan al régimen franquista fuera del campo de los fascismos, considerándolo un régimen autoritario, cuya virtud habría consistido en propiciar a la larga su propio fin, solo posible por la supuesta naturaleza benévola del autoritarismo, que les hace olvidar el baño de sangre originario y disculpar la violencia de los decenios siguientes. En definitiva, consagrar como categoría historiográfica la obligada prudencia política impuesta por las condiciones en que se logró conquistar la democracia en este país. Por suerte, ya hace algunos años que esta extraña taxonomía que clasifica los regímenes olvidándose de cómo han nacido, complaciéndose en el supuesto carácter ejemplar de su conclusión, goza cada vez de menos predicamento ante los resultados de las nuevas generaciones de investi-

* Este prólogo se publicó en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. XIII-XVI. Un avance de este texto en la «Presentación» al libro de M. Á. Ruiz Carnicer, *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza (1939-1947)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, pp. 5-7.

gadores, que no han vacilado en enfrentarse con «el pasado oculto» de que nos ha hablado Julián Casanova.

Repitiendo en parte algo de lo que dije en el prólogo a la anterior obra de Ruiz Carnicer sobre *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra*, me gustaría insistir en lo que el propio autor destaca varias veces: la guerra como elemento central en la formación de la ideología fascista. Y aquí está, en consonancia con lo anterior, la gran diferencia también en la Universidad franquista. En 1939, el conocido medievalista Gioacchino Volpe, convertido entonces en un prominente intelectual fascista, envuelto en una polémica con un Benedetto Croce que ya había abandonado sus ambigüedades iniciales, escribía que «era cosa singular que la guerra de 1915-1918, no obstante los residuos que había dejado, era ya un hecho remoto en el recuerdo de los italianos y, sin más, inexistente en la conciencia de los jóvenes, como hundido bajo el bloque de los acontecimientos que habían acompañado al nacimiento, el crecimiento, el triunfo y la propagación del fascismo». La realidad de la guerra, por lo tanto, en el fascismo italiano, en mayor medida que en el caso alemán, donde el *Fronterlebnis* se mantiene vivo, era algo completamente pasado, menos real que la guerra representada, la guerra imaginada por un imperio que había de venir. En el fascismo español y en su Universidad, en cambio, es una guerra reciente, una guerra civil, la que sirve de legitimación al mismo Estado, en absoluto es la memoria histórica de conflagraciones europeas en las que España nunca participó, o la esperanza de conquistar por las armas un puesto al sol.

Por eso, las invocaciones bélicas eran algo más que una cláusula de estilo, algunos podían interpretarlas como una amenaza muy real, la amenaza de que el régimen podía seguir matando. A fines de 1932, los jóvenes fascistas italianos creían que la fase de represión había terminado al poner Mussolini en la calle a todos sus prisioneros políticos (337, cifra minúscula en comparación con lo que habría de ser la posguerra nuestra), y para casi todos ellos el único eco de la violencia del régimen era el nombre de Matteotti, «lejano y misterioso, como una mancha, como una culpa, algo vago y desagradable» (Zangrandi). Y nada más. Pero en España la brutalidad y el fanatismo de la «generación de las trincheras» seuista no tuvieron que ser puestos a prueba, el Ejército y la Iglesia, tras la guerra entregaron una Universidad depurada de toda oposición, tanto de profesores como de estudiantes. Nada parecido a la

situación que había sido la italiana, por ejemplo, donde tras la marcha sobre Roma en 1922 los grupos fascistas, los GUF, tuvieron que dedicarse durante años a conquistar la Universidad a golpes de *manganello*. La lucha por la «fascistización», que comenzó con los disturbios provocados por la nueva ley de educación del ministro Gentile en 1923, no concluiría definitivamente hasta los años treinta. Durante bastantes años, universidades como Pavía o Florencia –el caso de Roma es distinto– albergaron grupos y movimientos de oposición organizada de profesores y estudiantes. Todavía en 1926, a los cuatro años de implantación del régimen, los GUF consideraban como tarea prioritaria el «depurar a la Universidad de las últimas escorias masónicas», es decir, de los profesores antifascistas. En cambio, en la España de la posguerra, cuando el sindicato comienza a andar, los estudiantes falangistas podían desarrollar su retórica revolucionaria en el vacío, a la sombra de un poder que no los tomaba en serio, ante la indiferencia de una sociedad atemorizada, apática o conformista.

Como recordaba también en el prólogo a la anterior obra de Ruiz Carnicer, es sabido que casi todos los estudios recientes sobre los fascismos concluyen en señalar la distancia que existió entre las pretensiones totalitarias de un régimen autodefinido como monolítico, encuadrando a todo un pueblo, y una realidad que fue muy distinta. Pero quizá el terreno donde algunos autores siguieron concediendo cierto éxito a aquel empeño haya sido el del adoctrinamiento y uniformización de las juventudes, que llegó incluso a considerarse como la nota más significativa de los regímenes fascistas. Ahora ya sabemos que las cosas tampoco fueron aquí como lo proclamaba la propaganda y la publicística de la época. Y esto incluso en el país que parecería haberse aproximado más al ideal totalitario, en la Alemania nacionalsocialista, como nos ha mostrado el documentado estudio de Arno Klöne sobre las *Hitlerjugend*. Y con mayor motivo puede afirmarse esto del SEU, como se desprende claramente de las páginas que siguen.

En los últimos años, en consonancia con el cambio de orientación de la historiografía, han aumentado los estudios sobre la estrategia fascista de dominación no violenta, basada en la seducción y en la sugestión, en las identificaciones simbólicas, por un lado, y, por otro, en gratificaciones materiales (sistemas asistenciales, viajes, deportes, etc.). Si las primeras habrían sido, sobre todo, las que explican «la ilusión del

fascismo» para los intelectuales (Alastair Hamilton), las segundas representarían para muchos «der *schöne* Schein» del fascismo (Peter Reichel), el «fascinante fascismo» para usar la expresión de Susan Sontag. Esto sería especialmente acusado tratándose de la juventud, tema predilecto de su retórica política: «En Italia –decía también Volpe–, es la hora de los jóvenes. Domina el mito de la juventud y su virtud taumatúrgica». Por su propia naturaleza, el ámbito universitario se prestaba mejor a combinar ilusiones y gratificaciones materiales, identificación con las élites directoras y sistemas de becas y ayudas. Así habría sido el «bel fascismo» de los años anteriores a la guerra de que habla Zangrandi. A juzgar por lo que nos dice Ruiz Carnicer no parecería que el SEU llegase realmente a protagonizar una época semejante, a no ser que prestemos crédito a la memoria autoexculpatoria de algunos.

Dado que para el fascismo la juventud era «metáfora del cambio social» en sustitución del político (Luisa Passerini), el «proceso de socialización fascista» entraría en contradicción consigo mismo, al no poder atender a este cambio, «cuanto más exitosos, concluye Gino Germani, eran los mecanismos dinamizantes, más se veía el partido obligado a restringirlos o eliminarlos». Esto explicaría los conflictos generacionales que acompañan a la progresiva pérdida de aceptación del sistema por parte de la juventud universitaria. No estamos seguros de si la recurrencia al problema de la juventud, el *generational gap*, explica tanto como a veces se pretende. Incluso los estudios más rigurosos sobre conflictos generacionales en los movimientos fascistas (el de Michael H. Kater, por ejemplo) no han llegado a conclusiones muy convincentes. Es verdad que a primera vista el medio universitario ofrecería una de las condiciones óptimas para un análisis generacional, la de la homogeneidad (Hans Jaeger), pero quizá mirado más de cerca ofrezca un aspecto más diferenciado. Por último, los estadios que miden el grado de aceptación del sistema postulados por Gino Germani nos parecen una construcción formal, muy dependiente del modelo italiano y de difícil aplicación al caso español y aun al alemán. Quizá el caso español tenga más originalidad, la originalidad que le presta la violencia de sus orígenes y el anacronismo de su pervivencia. En todo caso, el que tiene la última palabra en estas cuestiones es el autor del libro que prologan estas líneas, una obra fundamental para quien, a partir de ahora, se preocupe del Sindicato Español Universitario, de sus primeros pasos a su triste final.

Prólogo
Estudio de la Historia*

Las primeras líneas de *A Study of History* afirman que la labor del historiador está gobernada por las tendencias dominantes de su tiempo y de su lugar, y Toynbee aplicándose el cuento a sí mismo siempre insistió «en el significado de haber nacido en 1889 y en Inglaterra».[1] Como la mayoría de sus contemporáneos de las clases medias acomodadas inglesas, escribe, vivió una juventud confiada y segura, conservando en su memoria el recuerdo vivo de las bodas de diamante de la reina Victoria, emperatriz de la India, celebradas en 1897, cuando el futuro historiador tenía 8 años. Casi nadie pensaba entonces, concluye Toynbee, que había otra civilización que la occidental y que esta civilización pudiera estar amenazada por la decadencia, se seguía creyendo mayoritariamente en el progreso. Esta sensación de seguridad estaba reforzaba en aquellos que, como el autor, habían disfrutado en universidades como la de Oxford de una educación humanista grecolatina, que les permitía refugiarse en el hogar espiritual del mundo clásico: «la historia entonces para mí era la historia de Grecia y Roma, mientras la historia medieval y la moderna me parecían meros epílogos incongruentes».[2] En consecuencia, el joven Toynbee concluyó sus estudios en 1911 ignorando o despreciando la historia de su propio tiempo, será durante los nueve meses de una peregrinación a pie por Grecia, cuando en las tabernas de las aldeas descubra las cuestiones que preocupaban a los pueblos balcánicos y en las que él nunca había pensado, como la política internacional

* Este artículo se publicó en vasco como «Hitzaurrea», Arnold J. Toynbee, *Historiaren Azterketa l,* Bilbo, Klasikoak, 2000, pp. 9-23. En su versión castellana apareció en Arnold J. Toynbee, *Estudio de la Historia*, Bilbao, Klasiokoak, 2000, pp. 3-24.

1 Por ejemplo, Toynbee, 1957, III, p. 318.

2 Toynbee, 1969, p. 113.

inglesa o la posibilidad de una guerra europea. Es lo que Toynbee llama «mi segunda educación griega», la iniciación en el conocimiento de los asuntos internacionales a los que dedicaría, más tarde, el resto de su vida. También durante aquel viaje rozará su mente por primera vez la idea de que el mundo en que vivía podía ser tan frágil y pasajero como habían sido otros. Fue exactamente al atardecer del 19 de marzo de 1912, cuando, contemplando las ruinas de una villa barroca veneciana en el extremo oriental de Creta, pensó que el Imperio británico podía tener el mismo destino que el extinto veneciano.[3]

En agosto de 1914, el mundo de Toynbee experimentó un giro dramático. El historiador recordará siempre aquella fecha, «que marcó una portentosa quiebra en la historia de Gran Bretaña, quiebra mucho mayor quizá que la sufrida por cualquiera de las demás naciones que se han visto envueltas en ambas guerras. Hasta agosto de 1914, Gran Bretaña hacía casi un siglo que no padecía guerra alguna, pues la última que realmente le afectó había terminado en Waterloo el 18 de junio de 1815»; en el currículum escolar de su generación Waterloo era también «el fin de la historia».[4] Su primera reacción fue refugiarse en Tucídides, cuya lectura no abandonará durante los cuatro terribles años que siguieron: Toynbee creerá encontrarse en una situación análoga a la del historiador griego al comienzo de la guerra del Peloponeso, ante el fracaso del sistema de las relaciones internacionales y el desencadenamiento de una guerra fratricida. En un segundo momento, su reacción le hará poner en tela de juicio la conclusión de otro de sus más admirados historiadores sobre el destino de la civilización occidental, la de Gibbon en las observaciones que cierran en 1788 su *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, donde su confianza ilustrada en el progreso le lleva a negar que parecido final pueda amenazar a la civilización moderna europea. Con el dramatismo habitual en sus fragmentos autobiográficos, Toynbee concluye: «el desastre, insospechado por mí, en el que todo mi mundo se estaba precipitando, abrió de repente mis ojos a la verdad. Tal deslumbramiento me atolondró como un relámpago, y en ancestral ilusión de que era un ciudadano privilegiado de un mundo bien estable, quedó destrozada como un rayo, desde este momento miré

3 Toynbee, 1969, pp. 37-42.

4 Toynbee, 1969, p. 52.

al mundo con ojos diferentes y comprobé que no era la clase de mundo que hasta entonces yo ingenuamente había creído».[5] Toynbee como otros muchos europeos, se había dado cuenta de que, como dijo Valéry, «las civilizaciones somos mortales», incorporándose a la generación pesimista de la inmediata posguerra.[6] A todos ellos les llevaba la delantera Oswald Spengler, que ante el incidente de la cañonera alemana frente a Agadir en julio de 1911 ya había concebido una guerra mundial «como forma exterior inevitable de la crisis histórica inminente», un fragmento de la historia «que no puede ser iluminado completamente si antes no se ha descubierto el secreto de la historia universal».[7]

En el verano de 1920 el profesor Namier puso un ejemplar de la *Decadencia de Occidente* en manos de Toynbee, quien vio ratificado en las páginas del autor su propio proyecto de superar una visión eurocéntrica y puramente estatal de la historia, encarándose con el problema de la génesis y de la disolución de las civilizaciones a la luz de la crisis de su propio mundo, al mismo tiempo que le repugnaba el irracionalismo y el férreo determinismo spenglerianos.[8] En aquel mismo verano, «rebullendo en la mente las primeras ideas del *Study*», pergeñó un proyecto fallido, la estructura definitiva la concibió un año después, yendo de Estambul a Londres en el Oriente Exprés. Se sorprendió a sí mismo «anotando en media hoja de cuaderno una docena de encabezamientos que habían de ser títulos de las principales divisiones del futuro libro».[9] Toynbee regresaba entonces a Inglaterra tras haber estado cubriendo en Anatolia la guerra greco-turca, transformado en periodista del *Manchester Guardian*. Su vida había cambiado mucho con la Primera Guerra Mundial.

Efectivamente, antes de 1914 el futuro del joven licenciado Arnold Joseph Toynbee Jr. parecía tan seguro como, por lo menos, el de la misma Gran Bretaña. Graduado con las máximas calificaciones en 1911, a la

5 El texto más emotivo sobre Tucídides en Toynbee, 1948, pp. 7-8; sobre Gibbon, Toynbee, 1969, pp. 206-208.

6 Valéry, 1924, pp. 19 y ss. M. Nacci, 1966, pp. 115-117.

7 Spengler, 1918, I, p. 78.

8 Toynbee contó más tarde que entonces se había inquietado, preguntándose si Spengler no habría dado ya respueta a preguntas que él todavía no se había hecho, Toynbee, 1948, p. 10.

9 Toynbee, 1969, p. 108.

vuelta de su viaje a Grecia ya ocupaba un cargo docente de historia griega en el Balliol College de Oxford y se casaba con la hija del más prestigioso especialista en estudios clásicos, el profesor Gilbert Murray. La guerra convirtió a Toynbee en combatiente, pero en el frente propagandístico del Foreign Office, pues los amigos de la familia y un certificado médico falso le permitieron escapar a la movilización.[10] Nunca perdió la conciencia de pertenecer a una generación diezmada por la guerra, «desde 1915-16 he sentido la extrañeza de seguir vivo», dijo al cumplir los 77 años.[11] De ahí su profundo pacifismo: «en 1914 me convencí de que la guerra no era una institución respetable ni un pecado venial, sino un crimen horrible».[12] Participó como asesor de la delegación inglesa en las negociaciones de la Paz de Versalles. Más tarde fue partidario decidido de la política de apaciguamiento frente a Alemania, y en 1936, después de una entrevista personal con Hitler, declaró que creía, como creían muchos ingleses entonces, en la sinceridad de sus intenciones de paz y amistad.[13] En 1919 había ocupado una cátedra de una fundación privada de estudios bizantinos y griego moderno en la Universidad de Londres, a la que tuvo que renunciar en 1924 por sus crónicas periodísticas relatando las atrocidades griegas contra los turcos en el Próximo Oriente. Fue providencial entonces que le ofrecieran la dirección del Royal Institute of International Affairs, filial londinense de una institución angloamericana fundada en Nueva York por liberales preocupados por la reconstrucción del orden internacional en torno a la Sociedad de Naciones. Poco después fue nombrado profesor de Historia Internacional en la Universidad de Londres. Durante veinte años Toynbee, que hasta entonces era conocido solo por sus trabajos de historia griega, lo será a partir de ahora sobre todo por su labor como director y redactor del resumen anual de política internacional editado por el Royal Institut, el famoso *Survey of International Affairs*, que comenzó a publicarse en 1925, anticipando un género bautizado en nuestros días como historia del tiempo presente.

El estudio de la agitada vida política internacional convenció a Toynbee de la crisis de Europa, mientras que, como especialista en historia

10 McNeil, 1989, pp. 65-68, 74.

11 Toynbee, 1969, p. 127.

12 Toynbee, 1969, p. 209.

13 McNeil, 1989, pp. 173-174.

antigua, ya sospechaba desde 1914 que la historia del continente ofrecía cierto paralelismo con la del mundo grecorromano.[14] Disponía así de las ideas iniciales para un trabajo al que se entregó a partir de 1927, año en el que se normalizó la publicación del *Survey* y tuvo tiempo para dedicarse a una voraz lectura de la bibliografía disponible sobre todas las civilizaciones conocidas. Estaba dispuesto a realizar su proyecto de estudio comparado, abarcando un campo más amplio que el acotado por Spengler, con un método más empírico, evitando las generalizaciones o excesos en que habría incurrido el autor alemán.

En 1934, tras diez años de estudios, Toynbee da a la luz los tres primeros volúmenes de la obra de su vida, *A Study of History*, que concluirá veinte años más tarde. La empresa comienza con la máxima ambición: una taxonomía de todas las civilizaciones de las que se tenía noticia y una explicación de su génesis y de su crecimiento. La pregunta originaria del autor, sin embargo, había sido más existencial que científica, la del destino de la propia civilización, la civilización occidental, y esta pregunta que había surgido en agosto de 1914, volvía además a plantearse dramáticamente ahora en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Por eso, la contestación la dará Toynbee en los tres volúmenes siguientes en 1939, que tratan precisamente del colapso y de la desintegración de las civilizaciones, escritos en el atribulado tiempo que transcurre entre la invasión italiana de Abisinia y la agresión a Polonia que desencadena la Segunda Guerra Mundial. De ahí el tono melodramático de la respuesta última como plegaria final a Dios, «con espíritu humilde y corazón contrito», para que nos sea concedido «el aplazamiento una vez más de la sentencia que pende sobre nuestra sociedad».[15]

Las reacciones a los tres primeros volúmenes, aunque negativas, no tenían por qué preocupar a Toynbee por escasas: esencialmente un historiador que no encontraba nada nuevo y un historiador sociólogo que consideraba tarea, más que otra cosa, sobrehumana.[16] Para reseñar los tres siguientes, dadas las fechas, solo disfrutó de la tranquilidad suficiente un sociólogo de la cultura de allende los mares, el americano

14 Toynbee, 1948, pp. 99 y ss.; *cf.* Toynbee, 1957, III, pp. 318 y ss.

15 Toynbee, 1939, VI, p. 321; *cf.* Toynbee, 1946, II, p. 283.

16 De la recensión de Lucien Febvre, 1936, se trataba más adelante, la de Postan, 1936.

de origen ruso Sorokin, que por la cuenta que le traía se enfrentó desde un comienzo con Toynbee.[17] Por lo demás, el historiador no estaba en la mejor situación anímica, los años de guerra fueron también años de tragedias personales: en febrero de 1939 murió su madre y un mes después se suicidó uno de sus hijos, más tarde su matrimonio entró en crisis. Por eso, la guerra significó algo más que una interrupción de siete años en su trabajo, significó, como dijo más tarde al reanudar la tarea, una fisura no solo en la sociedad en que había nacido, sino en su vida personal.[18]

En aquella situación se aceleró el paulatino proceso de vuelta a la fe que había perdido de pronto en su época de estudiante, incluso estuvo a punto de engrosar la curiosa nómina de conversos ingleses a la Iglesia romana.[19] Todo esto iba a afectar a la estructura misma de su visión de la historia universal, tal como pudo verse en una conferencia pronunciada en el Sheldonian Theatre de Oxford en mayo de 1940, el mes de la retirada de Dunquerque. Toynbee contemplaba entonces a la religión como una carroza que parecía ascender al cielo a través de la periódica decadencia de las civilizaciones, «the continous upward movement of religion… served and promoted by the cyclic movement of civilizations round the cycle of birth, death, birth». Como es lógico, el cristianismo salía beneficiado del cambio de perspectiva, pues su crecimiento en sabiduría y experiencia era el consolador contrapeso al inminente hundimiento de la civilización occidental.[20] Confortado con esta nueva visión de la historia y ante la dureza de la guerra, el profundo pacifismo de Toynbee le llevó a sugerir en privado que podía ser mejor ceder ante Hitler que proseguir con tanta violencia y destrucción: «el mundo necesita cada vez más una unificación política –dijo a sus amigos–, por eso quizá sería mejor pagar el precio de someterse a la más cruel tiranía con tal de lograrlo».[21] El ánimo de Toynbee se fue recuperando a partir de la entrada en la guerra de los Estados Unidos y de nuevo confió en

17 Sorokin, 1940, competía con Toynbee en la interpretación de las culturas, con su obra monumental *Social and Cultural Dynamics*, Boston, 1937-1941, 4 vols.; *cf.* Sorokin, 1950.

18 Toynbee, 1954, VII, p. 4.

19 Toynbee, 1969, pp. 152-153.

20 Toynbee, 1948, pp. 235-237; *cf.* Toynbee, 1957, II, pp. 424-425.

21 McNeil, 1989, p. 174.

el futuro. En 1946 participó en otra conferencia de paz, la de París, y además en el mismo año contrajo su feliz segundo matrimonio con su colaboradora en el Institut of Royal Affairs, Veronica Marjorie Boulter, hija de un reverendo de la Iglesia anglicana.

Concluida la guerra, llegó la fama y la popularidad para Toynbee con los millones de lectores del *Compendio* de los seis volúmenes hasta entonces publicados del *Study*, realizado en 1946 por C. D. Somervell, auténtico éxito de superventas, y al que sirve de prólogo el presente texto. El trabajo de abreviación recibió las bendiciones de Toynbee y el agradecimiento de los lectores, liberados del peso de miles de páginas de texto y toda una serie de apéndices eruditos. Pero como le sucede al original, también al resumen de Somervell puede aplicársele la sentencia toymbeniana de que los escritos son hijos de su tiempo. Pues el *Compendio* es un resumen brillante de las argumentaciones del historiador, pero no puede evitar concesiones al esperanzado clima espiritual reinante entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. De esta manera, los lúgubres pasajes del original de 1939, donde se habla de cotidianos espantos y catástrofes y de grandes temores del futuro a la luz de las horrendas experiencias del pasado, en el texto de 1946 son sustituidos por otros, donde se formulan esperanzas de «lograr los beneficios del Estado Universal sin su maldición mortal», «un libre acuerdo de pueblos libres para vivir juntos en unidad».[22] Los cambios de estilo realizados en el texto del *Compendio* favorecieron la recepción de la obra de Toynbee en los años fundacionales de la ONU, cuando el historiador realizó una triunfal gira de conferencias a través de los Estados Unidos.

El interés por Toynbee se mantuvo en los años siguientes sobre todo en el área anglosajona, alcanzando en la prensa un clímax rayano en la histeria durante el otoño de 1954, cuando en plena Guerra Fría se hacían toda clase de especulaciones sobre el mensaje que se esperaba de los volúmenes que cerrarían la magna obra del historiador inglés.[23] El mensaje llegó, primero en los cuatro últimos volúmenes del *Study* y tres años después en su resumen en uno solo, gracias otra vez al diligente Somervell. A partir del séptimo volumen la consideración de las Iglesias

22 Toynbee, 1939, VI, pp. 329-331 y 1946, II, pp. 278 y ss.

23 Anderle, 1958*b*, pp. 159 y ss.

como especies superiores de sociedad produce lo que Toynbee ya había anunciado en 1940: «una inversión de los papeles», convertidas las Iglesias en protagonistas, las civilizaciones se juzgan en función del servicio que les prestan, y el mensaje que reciben los lectores de Toynbee en 1954 es de que la única justificación de la existencia de su propia civilización consiste en ofrecer un interregno para el encuentro terrenal de las cuatro grandes religiones. La consecuencia es que la historia deviene así de cíclica en lineal, «en un progresivo aumento de oportunidades espirituales para las almas en su tránsito por este mundo».[24] Pero el resumen de Somervell diluye el tono cada vez más intenso y personal de la obra, hasta el punto de escamotear su auténtica conclusión, que no consiste tal como figura en el *Compendio* en el porqué y cómo de la escritura del libro, sino en otra cosa muy distinta.[25] En las últimas páginas del *Study* Toynbee narra sus siete experiencias de comunión súbita y arrebatadora con el pasado histórico, la última de las cuales, cerca de la Victoria Station de Londres, fue una iluminación mental en la cual el mismo flujo del tiempo pasó a su través. Sintiendo incapaz su prosa de historiador, transcribe largos textos bíblicos y poéticos, de los Salmos y de las *Laudes Creaturarum* de san Francisco de Asís, a otros de Rosalind Murray, su primera esposa. Y, por último, predicando con el ejemplo, ofrece tres apretadas páginas de modelos de plegarias para el futuro religioso de la humanidad, que aúnan a santos, vírgenes, apóstoles, filósofos y misioneros de los más diversos credos. La versión humana del lenguaje celestial de la comunión de los santos venidera, concluye Toynbee, es la *Visión beatífica* de Fra Angélico en la National Gallery de Londres, por eso las últimas líneas del *Study* se fechan en Londres el 15 de junio de 1951, a las 18 horas 20 minutos, después de haber contemplado otra vez esta tarde el cuadro de la *Visión beatífica* de Fran Angélico.[26]

La publicación de los últimos volúmenes del *Study* provocó una ola de escritos sobre Toynbee; a la altura de los años setenta, cuando comenzó el reflujo, eran más de doscientos. Nadie podía ignorarlo, pues una de las diferencias con lo sucedido a Spengler en la anterior

24 Toynbee, 1957, II, pp. 417-418 y III, p. 427.

25 Comparar Toynbee, 1954, X, pp. 122-144 con Toynbee, 1957, III, pp. 315-332.

26 Toynbee, 1954, X, pp. 142-144.

posguerra, ignorado mayoritariamente por historiadores y sociólogos, era que con el autor inglés no se trataba de un universitario frustrado transformado en autor de éxito, sino exactamente de lo contrario, de un distinguido profesor de la Universidad de Londres, director de una de las publicaciones más serias de la época de entreguerras y partícipe en congresos internacionales de historia,[27] cuya obra de pronto se había convertido para miles y miles de lectores en la necesaria clave histórica para entender todo el pasado de la humanidad y para orientarse en el presente.

En 1936, el gran historiador holandés Huizinga ya había dicho que «nuestra civilización es la primera que tiene por pasado el pasado del mundo, y nuestra historia es la primera que es historia mundial»,[28] pero la historiografía tardó bastantes años en sacar las consecuencias teóricas y prácticas de esta afirmación, de tal manera que una obra del género de historia mundial comparada de civilizaciones, como era la de Toynbee, contaba con escasas posibilidades de ser bien recibida: en el mejor de los casos sería considerada prematura, en el peor, imposible. Además, empresa tan titánica chocaba con la metodología dominante de raigambre positivista, por atentar contra el principio de la singularidad del conocimiento histórico, pues Toynbee pretendía nada menos, se decía, que haber descubierto los principios y las leyes a los que debía plegarse la individualidad irrepetible de la historia de cada una de las civilizaciones.

El autor que en aquellos años mejor representa la opinión media de la historiografía profesional es, sin lugar a dudas, el profesor holandés Pieter Geyl, quien a partir de 1946 se convirtió en la sombra crítica que acompaña la publicación de los sucesivos volúmenes del *Study*. De entrada, Geyl descalificó el proyecto de Toynbee, al rechazar el uso de la generalización y de las sinopsis comparativa, que atenta a la «infinite complexity and intangibility» de los factores que actúan en la historia, así como la consideración de las civilizaciones superiores como «intelligible fields of historical study». Reconociendo el «undeniable grandeur» y la multitud de «very striking ideas» que encierra el *Study*, se niega, sin embargo, a considerarlo una aportación científica; «c'est

27 La presencia de Toynbee en los Congresos de historia, véase Erdmann, 1987, pp. 109 y 296 y ss.

28 Citado en Barraclough, 1980, p. 246.

magnifique, mais ce n'est pas l'histoire», y Toynbee «He is no historian. He is a prophet». Desde el primer momento Geyl se convirtió en el duro crítico de todos los errores de detalle y de todos los fallos técnicos de la praxis de Toynbee, «esentially no less irrational and aprioristic» que la de Spengler. El pliego de cargos incluye la distorsión o la selección de hechos para adaptarlos a su argumentación, tesis no probadas que se utilizan como datos, anacronismo en las comparaciones, uso ilegítimo de analogías y metáforas, llegando incluso a ridiculizar las vivencias personales del historiador inglés.[29] El grueso de las críticas de Geyl será ratificado en las recensiones aparecidas en las principales revistas profesionales, sobre todo a partir de la publicación de los últimos cuatro volúmenes, cuando aparecen los artículos de Trevor-Roper, A. J. P. Taylor y L. Stone.[30] Como colofón, en 1956 en la prestigiosa *English Historical Review* uno de sus editores, Richard Pares, profesor de Historia en Edimburgo, opina que a pesar de todos sus méritos, el *Study* es una «grandiose failure», «a monument of uncontroled ingenuity». Toynbee, dice, será recordado sobre todo por su trabajo como autor de los volúmenes del *Survey*, que lo acreditan como historiador profesional y que seguirán siendo utilizados cuando ya nadie se preocupe de leer su *Study*, de la misma manera que Mommsen sobrevive entre nosotros a su *Römisches Staatsrecht* y su *Corpus Inscriptionum Latinarum* y no por su *Römische Geschichte*.[31]

Pero no todo fueron descalificaciones o censuras, hubo una serie de historiadores que, a las lógicas críticas de detalle o de método, sobreponían un acuerdo de principio sobre la naturaleza del proyecto y sus tesis principales. Se trató, sobre todo, de historiadores conservadores alemanes e ingleses, que compartían cierto interés por la morfología cultural y una orientación idealista, incómodos en unos años marcados por el ascenso de la escuela francesa de los Annales y del marxismo, y que se sentían confortados por el espiritualismo del autor inglés, que había recuperado, como dijo uno de ellos, «la dimensión de lo sobrena-

29 Geyl, 1995, pp. 171, 128, 113, 171, 157, 177.

30 Por ejemplo, Hampl, 1952, y Lefebvre, 1949. Las recensiones de Trevor-Roper y A. J. Taylor recogidas en unión de otras en *Toynbee and History*, 1954, además Stone, 1954.

31 Pares, 1956, pp. 262-272.

tural para la visión de la historia».[32] De darse aquí críticas de fondo a Toynbee, era con sus mismas armas, así Christopher Dawson, profesor católico de Historia de Oxford, de gran renombre por aquel entonces, resumía su valoración del *Study* diciendo: «Dr. Toynbee has been guided in his imense task by two parallel motives; first by the Hellenic philosophic quest for theoria-a synoptic vision of the whole course of human civilization, and secondly by the Hebraic prophetic mission to justify the ways of God to man and to find a religious solution to the riddle of history and the problems of modern civilization», lo primero comportaría el peligro de la simplificación, lo segundo la pretensión de penetrar en los misterios de la divina providencia, acusación que para un agustiniano convencido como era Dawson suponemos constituía el mayor reproche.[33]

Queda la ronda de los sociólogos interesados por la cultura, a los que se les podría suponer mayor receptividad frente a una obra como la de Toynbee, pero sucedió lo contrario. Al principio hubo algunas reacciones positivas, como la de H. Becker, que consideró el *Study* como un prometedor comienzo de una sociología histórica de la cultura.[34] Pero el tono dominante fue otro. Aquí el papel de Geyl lo desempeñó Harry E. Barnes, uno de los representantes de la sociología histórica de entonces, de la New School for Social Research de Nueva York. Barnes fue implacable, pues para el sociólogo americano la popularidad, el culto, de Toynbee en América significaba una amenaza potencial de irracionalidad y misticismo para la Social Science. Por criticar comenzó criticando el título: «in the first place, despite this title, is not really a history at all, or "a study of history". It is literally… a "Theodicy"».[35] Según Barnes su espiritua-

32 Erdmann, 1951, p. 235, también la entusiasta recensión de G. Stadtmüller, 1950 y Vogt, 1961. En España la recepción con las conferencias de 1948-1949 en Ortega y Gasset, 1960. La contestación de Toynbee, 1964, también Frutos, 1960. El profesor G. Pasamar me ha informado de la correspondencia de Vivens Vives con el historiador inglés, en todo caso las alabanzas a su «método histórico tan elevado», así como la recensión en *Destino* del 19 de marzo de 1949, son anteriores a la conversión del historiador catalán a la escuela francesa de Annales. *Cf. Epistolari de Jaume Vicens Vives*, ed. por Josep Clarà *et al.*, Girona, 1998, II, pp. 493 y ss.

33 Dawson, 1955, p. 155.

34 Becker, 1940, pp. 510, 559.

35 Barnes, 1947, p. 485.

lismo escatológico le hacía subvalorar los factores racionales y materiales y su desconocimiento de las ciencias sociales le incapacitaba para la conceptualización, quedando su obra en este aspecto muy por debajo de las de Max Weber, Durkheim e incluso Sorokin. En resumen, para el sociólogo americano era una epopeya cristiana, pero no historia científica ni sociología, sino «Orosius and Augustine in Modern Dress».[36]

En resumen, nadie le había negado a Toynbee la vastedad de sus conocimientos y lo denodado de sus esfuerzos, pero, dejando aparte a los historiadores de inspiración cristiana, las críticas superaron a las alabanzas, aunque no todos fueron tan duros como Geyl o tan mordaces como Barnes. Toynbee iba tomando nota de todo, y tras siete años de «devastador cerco atronando los cañones» como él mismo dijo, decidió contestar en un volumen titulado *Reconsiderations*.[37]

La voluntad de contestar a todos los frentes y a todos produjo un texto confuso, lleno de reiteraciones y de difícil lectura, aunque muy revelador de la psicología del autor inglés. Por eso, es natural que Somervell, aunque las *Reconsiderations* se presentaron al público como el volumen XI del *Study*, no intentase resumir un libro de tal naturaleza a pesar de su interés.[38]

Para empezar, Toynbee no tiene reparo en confesar que, gracias a sus críticos, se ha enterado de lo que era un modelo en ciencias sociales, ha caído en la cuenta de que en los primeros volúmenes del *Study* había utilizado a la civilización helénica como modelo único que prefiguraba el desarrollo de toda civilización, y había comprendido que cuando la realidad no entraba en el modelo, había que cambiarlo.[39]

Esto último sucedía con la civilización egipcia que, según Toynbee, comienza con un Estado Universal en vez de terminar con él, a la manera

36 Barnes, 1948*a*, pp. 718-727, también Barnes, 1948*b*, pp. 107-112.

37 Toynbee, 161. Como complemento al *Study* se había editado además un *Historical Atlas and Gazetteer* por A. Toynbee y Edward D. Myers, Oxford, 1959.

38 El propio autor incorporó las novedades de *Reconsiderations* en un nuevo compendio, que redactó con la ayuda de Jane Caplan, Toynbee, 1972.

39 Toynbee, 1961, pp. 170-209. El razonamiento, que podría recordar a Max Weber, autor que Toynbee ignora, se inspira en la obra de un discípulo del antropólogo cultural A. L. Kroeber, Philip Bagby, *Culture and History, Prolegomena to the Comparative Study of Civilizations*, Londres, 1958, pp. 201 y ss.

de la civilización helénica. Para describir el proceso egipcio, piensa ahora el historiador, es más apropiado un modelo según la historiografía clásica china del siglo II a. C., que concibe la historia de una civilización superior como una sucesión de periodos de «grandes imperios», es decir, Estados Universales, alternando con otros de disgregación. Este modelo sínico también es preferible para los periodos tardíos de las civilizaciones superiores, aunque no para la época anterior. Tras largas y eruditas disquisiciones, Toynbee concluye que un modelo de máxima aplicación sería un mixto helénico-sínico.[40] Además, en las *Reconsiderations* se propone un curioso nuevo modelo, el judío, construido sobre la Diáspora, y que sería el paradigma de la estructura social del futuro, cuando, en un mundo transformado en una gran urbe, las relaciones no se establezcan entre vecinos, sino entre minorías ubicuas y diseminadas en áreas metropolitanas, unidas por lazos religiosos y de otras clases.[41]

Mas a pie de obra, en un capítulo de *Reconsiderations* el autor corrige su clasificación de las civilizaciones, un «Re-Survey of Civilisations», tarea que no podemos seguir en detalle aquí.[42] Lo más importante es, primero, la desaparición de una de las categorías más criticadas, la de las civilizaciones detenidas («Arrested civilisations»), y tratándose de las acabadas («Full-blown civilisations»), la división por generación pasa a segundo plano, siendo sustituida por la de civilizaciones independientes y civilizaciones satélites (la rusa, por ejemplo, se transforma en satélite de la bizantina y después de la occidental). Como en esta operación de revisión algunas civilizaciones desaparecen, el número total de civilizaciones superiores e independientes se reduce a trece, bastantes menos que en el primer volumen del *Study* (aunque Toynbee mantiene contra viento y manera, el ejemplar juzgado más inverosímil por los especialistas, el de la civilización siríaca).

Toynbee considera el defecto más importante de su obra la escasa atención prestada a las estructuras culturales distintivas o «estilos», así como a la economía y a la tecnología, admite con cierto deje irónico que Spengler hizo esto mejor y hace propósito de enmienda. Por lo demás,

40 Toynbee, 1961, pp. 180 y ss.

41 Toynbee, 1961, pp. 209-217.

42 Toynbee, 1961, pp. 546-561.

defiende ardorosamente su método, no recatándose en reconocer que existe una «brecha» en su sistema entre empiria y metahistoria, pero tal brecha no la haría insostenible, dice, sino todo lo contrario, pues el «study of human affairs» tiene que ser completado en algún momento con lo que está más allá de la razón…[43]

A partir de los años sesenta las convicciones de Toynbee se radicalizaron, de tal manera que es difícil hacerse una idea de lo que terminó pensando si nos limitamos a las páginas del *Compendio* de Somervell. Estaba angustiado por la amenaza atómica, rechazaba el materialismo de la civilización occidental y nunca asumió la ideología de la Guerra Fría. Ya en 1952, en pleno rearme europeo y con guerras en Indochina y Corea, se había hecho notar en unas conferencias en la BBC, criticando el proceso de occidentalización del mundo, lo que le acarreó en la prensa las primeras críticas de derrotista y traidor.[44] Pero era solo el comienzo, en 1962 el historiador reprocha a América la infidelidad a sus orígenes, pues fueron los americanos los que en 1775 pusieron en marcha la revolución mundial, cuyos últimos episodios serían el 1917 ruso, el 1960 cubano y después la revolución africana de Sharpeville a Argel. Mientras tanto los Estados Unidos de la Guerra Fría se habían transformado en la nueva Roma que, como la Roma imperial, «siempre apoyan los ricos contra los pobres en todos los países que caen bajo su influencia», renegando del espíritu del cristianismo que había inspirado su revolución.[45] A partir de 1964 la intervención americana en Vietnam, donde «los americanos se consideran a sí mismos como héroes de Cruzada en pro de la democracia capitalista mundial y contra la tiranía comunista mundial», agrava todavía más las cosas según Toynbee, pues los vietnamitas corren el riesgo de ser exterminados por la nueva Roma, mientras que la previsible victoria de los Estados Unidos convertirá a esta nación en «la más peligrosa para sí misma y para el resto del mundo» y supondrá su entrega al militarismo.[46] Los años de distensión no volvieron más

43 Toynbee, 1961, pp. 279, 639, 649 y ss.

44 Toynbee, 1953.

45 Toynbee, 1962, pp. 92-93.

46 Toynbee, 1969, pp. 265-267, 243. Para el historiador, de los 125 Estados soberanos que existían en el mundo en 1968, los dos más peligrosos para la paz eran Estados Unidos e Israel, cuya política en Palestina condenó reiteradamente (237).

optimista a Toynbee, aun reconociendo que la multipolaridad era menos peligrosa que la bipolaridad de los peores momentos de la Guerra Fría, seguía creyendo por muchas razones, a las que ahora se sumaban las ecológicas, que el dilema inevitable era o Estado Universal o ruina de la civilización. Sin embargo, había dejado de creer en la posibilidad, entrevista en el *Study*, de que, a diferencia de cómo había sucedido en otras ocasiones en la historia, se llegase a él a través de libre acuerdo y con una estructura federal, pues tal cosa era imposible vista la marcha del mundo. En su escrito póstumo, la perspectiva es siniestra: la codicia de los ricos y el número de pobres, la anarquía internacional, son la gran amenaza, y la necesaria unificación política llegará como némesis de la mano de la primera dictadura mundial totalitaria y muy dura, tras una reacción en contra le seguirá una segunda dictadura, algo más suave y por eso más duradera. Aunque por un momento el historiador no considera imposible «un súbito cambio en el corazón de los hombres y una revolución religiosa», la realidad que se impone es muy distinta, es la repetición del ciclo dictatorial en los tiempos, dice Toynbee, que fue la fundación del Estado Universal en la historia del Japón, de China y de Roma. De esta manera, movido por su pesimismo, el autor termina viendo una historia que repite la historia, el único horizonte de redención es la adopción de «una nueva religión», un panteísmo ejemplificado en el sintoísmo, y el rechazo del monoteísmo judaico y la fe en el progreso científico.[47]

Toynbee decía que los libros pasan lo mismo que pasan las horas de los que los escriben, pero a esta melancólica reflexión añadía la esperanza de que su obra fuese continuada.[48] Sin embargo, Toynbee no tuvo discípulos ni continuadores y cualquiera que se preocupe por su gran tema de la historia comparada comprobará que, a partir de su fallecimiento en 1975, su nombre es cada vez menos citado, hasta desaparecer casi por completo. Esto no puede interpretarse limitando el significado del *Study* a ser reflejo de las angustias y el malestar de una época, aunque esta dimensión, que comparte con otros autores de entonces, como Spengler y Sorokin, debe tenerse siempre en cuenta al leer a Toynbee. Había algo más, pues en dos aspectos su obra significó

47 Toynbee, 1976, pp. 188, 224-225, 257, 317-318.

48 Toynbee, 1961, p. 2.

una saludable provocación metodológica para la historiografía inglesa establecida en aquellos años.[49] En primer lugar, porque en el *Study* se teoriza consciente y sistemáticamente, pretendiendo partir de una base empírica y recurriendo a ella como instancia de control. Y, en segundo lugar, porque tal procedimiento servía de caución para la ruptura del marco nacional estatal de la historia y del monopolio concedido a la civilización europea. Otra cosa es que Toynbee manejase conceptos demasiado imprecisos o tautológicos, entidades históricas excesivas y poco diferenciadas, como el mismo concepto de *civilización occidental*, y sobre todo que su preocupación, personalmente muy legítima, por la trascendencia en la historia le llevase a encontrar su sentido final en una comunión de los santos. Esto explica que al rechazo de los historiadores ingleses y la mayoría de los continentales se sumase el de los *social scientists* americanos. Por otra parte, los Annales, hegemónica después de la Segunda Guerra Mundial, por no hablar de la historiografía de orientación marxista, juzgaban, como dijo lapidariamente Lucien Febvre, «ce que *A Study of History* nous apporte de louable n'a pas grand'chose de neuf pour nous. Et ce qu'il nous apporte de neuf en vaut pas grand'chose pour nous», concluyendo que en Inglaterra tal vez la voz de Toynbee se destaque de las demás, en Francia a lo más solo podría sumarse a un coro.[50]

Años más tarde podría haber llegado la hora de Toynbee, con la sociología histórica americana y sus «Big Structures, Large Process, Huge Comparisons». Pero el historiador inglés no figuraba entre los inspiradores de esta escuela, un Max Weber o un Carlos Marx, autores ignorados en su momento por Toynbee. A los ojos de estos sociólogos para que el monumental enfoque de Toynbee resultase verosímil había que suponer que una civilización era «una entidad autosuficiente y coherente, que cada civilización se organiza alrededor de un sistema de valores fundamentales, y que las personas de una civilización dada agotan gradualmente las posibilidades de ese sistema de valores y que el agotamiento de valores provoca transformaciones en todos los aspectos

49 En la época insistió especialmente en esto Barraclough, 1957, pp. 14 y ss., y después Anderle, 1958*a*.

50 Febvre, 1936, pp. 143, 137.

de las civilizaciones».[51] La sociología histórica actual no comparte la visión global de las civilizaciones y sus aspiraciones son en comparación mucho más modestas, pero no por eso deja de reconocer el valor de la obra de Toynbee, que para algunos continuaría a su manera en nuestro siglo una tradición que se remonta a Vico, Comte o Spencer.

La caída del Muro de Berlín y el fin del enfrentamiento sistemático entre el llamado socialismo real y el capitalismo han reavivado en algunos autores el interés por la obra de Toynbee. Tanto por lo que hace a las relaciones internacionales como por todo lo referente a los contactos entre civilizaciones con discutibles intentos de extraer de su *Study* leyes o generalizaciones empíricas.[52] Sin olvidar el uso que hace del *Study* una teoría tan de moda hoy como la del «choque de civilizaciones».[53] Pero quizá ahora el homenaje más sentido a Toynbee no lo haya sido tanto a su obra como a su intención. Pues, aunque el posmodernismo no ha hecho mucho caso de la voluminosa obra del historiador inglés, lo ha incorporado a su genealogía, no solo por haber creado la palabra, parece que Toynbee fue el primero en hablar de tiempo posmoderno, sino por haber caracterizado nuestra época por la coexistencia de diversas culturas y valores y por su esfuerzo en comprender el discurso del otro.[54] Un homenaje que habría agradado al *gentleman* liberal y sensible que fue Toynbee.

Todavía en vida del autor hubo críticos que auguraron que en veinte o treinta años nadie leería el *Study of History*. Se equivocaron. Puede ser que los motivos que mueven a leerlo hoy sean otros que en el pasado,[55] pero se ha seguido leyendo y, parafraseando su estilo bíblico, se ha seguido leyendo además «cada uno en nuestra lengua en que somos nacidos».[56] Con este volumen a la larga lista de lenguas a las que ha sido traducido el *Compendio* de su obra se suma la lengua vasca.

51 Tilly, 1984, p. 123, pero también p. 83.

52 Pellicani, Chakrabarti Pasic y otros en Peñas Esteban, 1997, pp. 30-33.

53 Huntington, 1996.

54 Young, 1997, p. 75; Owens, 1997, p. 172.

55 Barker, 1982, p. 299.

56 Hechos de los Apóstoles, II, 8.

Obras citadas de Toynbee

A Study of History, I-III, Oxford, 1934 (trad. Buenos Aires, 1951-1953).

A Study of History, IV-VI, Oxford, 1939 (trad. Buenos Aires, 1955-1959).

A Study of History Abridgement of volumes I-VI. D. C. Somervell, Oxford, 1946 (trad. Madrid, 1970).

Civilization on Trial, Oxford, 1948 (trad. Buenos Aires, 1949).

The Word and the West, Oxford, 1953 (trad. Madrid, 1955).

A Study of History, VII-X, Oxford, 1954 (trad. Buenos Aires, 1960-1962).

An Historian's Approach to Religion, Oxford, 1956 (trad. Buenos Aires, 1958).

A Study of History. Abridgement of volumes VII-X. D. C. Somervell, Oxford, 1957 (trad. Madrid, 1970).

Reconsiderations, Oxford, 1961.

America and the World Revolution, Oxford, 1962 (trad. Buenos Aires, 1963).

«Sobre una interpretación de Ortega y Gasset», *Revista de Occidente* (junio, 1964), pp. 536-537.

Experiences, Oxford, 1969 (trad. Buenos Aires, 1972).

A Study of History, en colaboración con Jane Caplan, Oxford, 1972 (trad. Barcelona, 1975).

Choose Life con Daisaku Ikeda, Oxford, 1976 (trad. Buenos Aires, 1980).

Una bibliografía completa de las obras de Toynbee hasta la conclusión de su *Estudio de la Historia: A Bibliography of the Works in English of Arnold Toynbee*, 1910-1954, compilada por Monica Popper, ed. por el Institute of International Affairs, Londres, 1955.

Bibliografía

Anderle, O. F.: «Theoretische Geschichte», *Historisches Zeitschrift*, 185 (1958*a*), pp. 1-54.

Anderle, O. F.: «Die Toynbee Kritik», *Saeculum*, IX (1958*b*), 1989, p. 259.

BARKER, J.: *The Super-Historians. Makers of our Past*, Nueva York, 1982.

BARNES, H. E.: «A Study of History», *American Sociological Review*, XII (1947), pp. 480-486.

BARNES, H. E.: «Arnold Joseph Toynbee: Orosius and Augustine in Modern Dress», *An Introduction to the History of Sociology*, ed. E. H. Barnes, Chicago, 1948*a*, pp. 717-736.

BARNES, H. E.: *Historical Sociology*, Nueva York, 1948*b* (reprint. Nueva York, 1984).

BARRACLOUGH, G.: *History in a Changing World*, Oxford, 1955 (trad. Madrid, 1959).

BARRACLOUGH, G.: *Tendances actuelles de l'histoire*, París, 1980.

BECKER, H.: «Historical Sociology»; H. E. Barnes y H. Becker: *Contemporary Social Theory*, Nueva York, 1940, pp. 491-560.

BREISACH, E.: *Historiography*, Chicago, 1994.

DAWSON, Ch.: «The Place of Civilization in History», *International Affairs*, 31 (1955), pp. 149-158 (trad. *Dinámica de la Historia*, Buenos Aires, 1962, pp. 344-355).

ERDMANN, K. D.: «Toynbee, eine Zwischenbilanz», *Archiv für Kulturgeschichte*, 33 (1951), pp. 174-250.

FEBVRE, L.: «De Spengler à Toynbee. Quelques philosophies contemporaines opportunistes de l'histoire», *Revue de Métaphysique et de Morale*, 43 (1936), pp. 375-602 (citamos por: *Combats pour l'histoire*, París, 1953, pp. 119-146).

FRUTOS, E.: *Toynbee a través de Ortega y Gasset mismo*, Zaragoza, 1960.

GEYL, P.: *Debates with Historians*, La Haya, 1955.

HAMPL, F.: «Grundsätzliches zum Werk A. J. Toynbees», *Historische Zeitschrift*, 173 (1952), pp. 449-466.

HERMAN, A.: *The Idea of Decline in Western History*, Nueva York, 1997.

L'histoire et ses interprétations. Entretiens autour de Arnold Toynbee sous la direction de Raymond Aron, París, 1961.

HUNTINGTON, S. P.: *The Clash of Civilizations*, Nueva York, 1996 (trad. Barcelona, 1997).

LEFEBVRE, G.: «A Study of History de A. J. Toynbee», *Revue Historique*, 1949, pp. 109-113.

MCNEIL, W.: *Arnold Toynbee: A Life*, Oxford, 1989.

NACCI, M.: «The Present as Nightmare: Cultural Pessimisme among European Intellectuals», *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy*, ed. Z. Sternhell, Jerusalén, 1997, pp. 105-130.

ORTEGA Y GASSET, J.: *Una interpretación de la Historia Universal*, Madrid, 1960.

OWENS, C.: «Der Diskurs der Anderen, Feministinnen und Postmoderne», *Postmoderne*, ed. A. Huyssen y K. R. Scherpe, Hamburgo, 1997, pp. 172-195.

PARES, R.: «Toynbee, a Study of History», *The English Historical Review*, 72 (1956), pp. 256-272.

POSTAN, M. M.: «A Study of History», *Sociological Review*, 28 (1936), pp. 50-63.

PEÑAS ESTEBAN, F. J.: *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, Madrid, 1997.

SOROKIN, P. A.: «Toynbee's Philosophy of History», *Journal of Modern History*, 12 (1940), pp. 95-126.

SOROKIN, P. A.: *Social Philosophies of an Age of Crisis*, Boston, 1950 (trad. Madrid, 1954).

SPENGLER, O.: *Der Untergang des Abendlandes*, Múnich, 1918-1922, 2 lib. (citados por la trad. Madrid, 1943-1945, 3 lib.).

STADMUELLER, G.: «Toynbees Bild der Menschheitsgeschichte», *Saeculum*, I (1950), pp. 165-195.

STONE, L.: «Historical Consequences and Happy Families», *The Spectator*, Londres, 1954, pp. 10-29.

TILLY, Ch.: *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, 1984 (citados por la trad. Madrid, 1991).

Toynbee and History: Ed. M. F. Ashley, Boston, 1956.

VOGT, J.: *Wege zum historischen Universum. Von Ranke bis Toynbee*, Stuttgart, 1961 (trad. Madrid, 1971).

Walsh, W. H.: *An introduction to Philosophie of History*, Londres, 1967 (trad. México, 1983).

Young, R.: «White mythologies: writing History and the West», *The Postmodern History Reader*, ed. K. Jenkins, Londres, 1997, pp. 75 y ss.

Presentación
Correspondencia de Kant*

La editora de estas cartas, la profesora Mercedes Torrevejano, nos recuerda en su introducción que «en el siglo de Kant la correspondencia constituyó un verdadero género literario, una práctica social y un método imprescindible en la difusión y creación de las ideas». En Alemania incluso fue algo más que esto, fue un auténtico «sacramento» que manifestaba la inédita pujanza de la nueva subjetividad burguesa.[1]

Cuesta trabajo hacerse una idea del papel que desempeñaban las cartas en la cultura alemana de entonces, sobre todo en la segunda mitad de siglo, la «edad clásica» del género epistolar. Las gentes fueron poseídas por su culto, el *Briefkult*. Frau von Kalb hablaba en una carta a Charlotte Schiller de «una maligna adicción», y Hippel decía en otra que no dejaba pasar un servicio de los correos sin mandar una carta. Carolina Böhmer, la futura mujer de Schlegel, se lamentaba de una «perturbación mental que le llevaba a escribir de repente una docena de cartas». Las cartas, además, no eran de una o dos cuartillas, todos escribían «cartas de tres pliegos», «de toesa y media», «colosales». A veces se estaba escribiendo una carta durante todo un día, Friedrich Heinrich Jacobi lo hizo durante una semana («quiero terminar con ello cueste lo

* Este artículo se publicó en Immanuel Kant, *Correspondencia*, edición y traducción de Mercedes Torrevejano, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, pp. 7-13. Entre paréntesis figuran los números de las cartas de esta edición a que se hace referencia en esta «Presentación».

1 Leo Balet y Eberhard Gerhard, *Die Verbürgerlichung der deutschen Kunst, Literatur und Musik im 18. Jahrhundert*, Zúrich, 1936, en la edición de Gert Mattenklott, Berlín, 1973, p. 181. Todas las citas que siguen en el texto de autores de la época han sido espigadas en esta obra o en la venerable monografía de Georg Steinhausen, *Geschichte des deutschen Briefes. Zur Kulturgeschichte des deutschen Volkes*, 2 vols., Berlín, 1889-1891.

que cueste»), y un corresponsal de Christian Gellert se extendió en una larga carta durante casi un mes. Se escribía en todas partes, en casa, en la taberna, en el bosque o en el jardín. Klopstock nos cuenta que al llegar a algún sitio preguntaba enseguida dónde encontrar plumas y tinta. A veces se mantenían largas correspondencias con gente que nunca se había visto. Goethe intercambió apasionadas epístolas con Auguste Stolberg, a la que no llegó a conocer nunca. Esta socialización de la correspondencia llegó incluso, como hizo Johann Caspar Lavater con Herder, a enviarse no solo las cartas propias, sino además «un montón de copias importantes y más importantes» de cartas escritas a terceros; «yo no conozco –decía Lavater– un medio más natural y sencillo para mostrarte mejor mis más íntimos pensamientos y mi manera de obrar». Quince años antes de la publicación de la *Nouvelle Héloïse*, que puso de moda la novela epistolar amorosa, el poeta alemán Samuel Gotthold Lange, no solo divulgó su correspondencia con Kleist o Sulzer, sino que no tuvo empacho en ofrecer al público las cartas de amor que le había escrito su mujer Doris.

El género epistolar no fue solo una forma de manifestar una nueva sensibilidad, se prestó también para tratar todos los temas y asuntos posibles. Se publicaron cartas de sátiras, como las de Hamann y Jean Paul, cartas de polémica literaria, como las de Lessing y Lichtenberg, cartas teológicas y filosóficas, las de Schiller, Herder o Goethe, entre otras muchas. Hubo las dedicadas a la divulgación científica, las *Cartas químicas para ser leídas por mujeres*, o sobre afectos y comportamientos comunes, las *Cartas sobre la amistad* de Sulzer, o las *Cartas de un hombre honrado a otro*. Las tradicionales cartas de viajes se politizaron con las narraciones de los alemanes que visitaron la Francia revolucionaria, como las entonces muy famosas del amigo de Kant, Joachim Heinrich Campe*, Cartas desde París, escritas durante la Revolución francesa*, reeditadas varias veces a partir de 1789. Acontecimientos puramente locales también fueron dados a conocer con cartas, como *Carta con ocasión del deshielo y de la inundación de Colonia*. Hubo incluso periódicos que dieron todas sus noticias en forma de cartas.

Como veremos, la correspondencia de Kant es ajena, e incluso repugna, a este paisaje epistolar. En todo caso, a partir de los años noventa del siglo XVIII en Alemania se acusa cierto reflujo del género. Goethe, cuyas cartas a estas alturas ocupaban volúmenes enteros, parece haberse

convertido en un *Briefhasser*, y en 1827 escribiría a Carl Friedrich Zelter, diciéndole que «casi no escribo cartas y contesto a las cartas muy pocas veces, y esto se debe a una doble causa: no me interesa escribir cartas vacías, y concederles importancia me aparta de hacer cosas más serias». Más o menos, lo que había hecho Kant desde el principio.

No puede decirse que la escritura de cartas fuese para Kant «el placer social» que dice Paul Hazard cuando habla del género epistolar en la Europa del siglo XVIII, pues para el filósofo las cartas son sobre todo una carga. Ya en 1768 Herder se refería a su conocida «escasa inclinación a escribir cartas» (11). En una dirigida a Marcus Herz en junio de 1771 (20), el mismo Kant reconoce que con razón muchos le tildan de «maleducado» por la tardanza en contestar, que tiene «la mala costumbre de pensar que será más cómodo el correo del día siguiente que el de hoy». Exactamente lo contrario de lo que hacían sus contemporáneos, víctimas cotidianas de la *Brieffreudigkeit*. Pero sucede, además, prosigue Kant, que si las cartas son serias, le «enredaban en una serie de investigaciones», aplazando indefinidamente su redacción final, y cobrándose además el esfuerzo a costa de la salud (una salud tantas veces invocada a lo largo de la correspondencia que termina haciéndose sinónimo de disculpa). Kant concluye advirtiendo al joven Herz que, si le escribe, debe resignarse a no recibir respuesta «más que de vez en cuando»…

No podemos decir que Kant animase precisamente a sus corresponsales, por eso el volumen que a pesar de lo cual tiene su correspondencia, aun siendo inferior a la de sus contemporáneos más ilustres, es un buen testimonio del interés que despertó su criticismo filosófico en la sociedad de la época. Mercedes Torrevejano, sin embargo, nos advierte de que muy pocas veces la catogría del corresponsal le movió a hacer de sus cartas «lugar de elaboración y forja de ideas científico-filosóficas».

La prosa kantiana escasas veces rebasa la contención y convencionalismo que imponía el uso de los estereotipos de la retórica epistolar, cuyo sentido llegó a plantearse en alguna ocasión.[2] En estas cartas

2 Nos referimos a la casuística de la mentira en la *Metafísica de las costumbres*, donde se pregunta si «una falta de verdad debida a la mera cortesía (por ejemplo, la expresión «su más rendido servidor» al final de una carta) debe ser juzgada como mentira», añadiendo que, de todos modos, «a nadie se engaña» con esta manera de escribir (en *Metaphysik der Sitten*, edición de K. Vorländer, Hamburgo, 1959, pp. 280-281).

«esenciales o minimalistas», como las llama nuestra editora, no hay lugar para las efusiones de sentimentalismo (*Empfindsamkeit*) que inundan el género epistolar del siglo.[3] Lágrimas, efusiones y poemas solo se encuentran entre los corresponsales jóvenes (45, 50, 53…), pero nunca en las cartas del propio filósofo.

Kant no solo está «a contracorriente» con su escasa afición a escribir cartas, sino que, además, una vez escritas se resiste enérgicamente al uso de la época de permitir su publicación. En 1781, a la muerte de Lambert, uno de los pocos corresponsales que estuvo a su altura, se alegra de la publicación de sus cartas y también por el honor de que incluyan algunas dirigidas a él, pero se niega a que se incluyan sus contestaciones, con el pretexto de «que no contribuirían en nada al realce de la colección» (37). Cinco años después sucedió lo mismo al morir Mendelssohn: «ruego también, y muy mucho, que se excluyan por completo mis cartas, que nunca fueron escritas con la idea de que las leyese el público» (48).

De todos los tópicos en torno a Immanuel Kant, el único no por más repetido menos verdadero es el de que «no salió nunca de la provincia; no fue ni una sola vez a la cercana Danzig».[4] Si Kant no salió de Königsberg, tampoco hubo muchos que se acercasen a esta ciudad para conocerlo, fuera del círculo de sus lectores y discípulos alemanes, e incluso muchos más le hubiesen visitado, dice Jachmann, «de no haber estado Königsberg» tan lejos, cosa de la que se han lamentado muchos ilustrados» (61). Para un Kant, inmóvil en la Prusia oriental, la única vía de comunicación con la Europa ilustrada era la correspondencia, y aquí el desinterés del filósofo por las cartas le dejó huérfano de toda relación que fuese más allá del ámbito germánico, a través del cual fue conociendo la

El lector tropezará con el problema de la mentira planteado de manera más interesante en la excepcional correspondencia con Maria von Herbert (63, 65 y 69).

3 Un género donde encabezamientos y despedidas desbordaban afectos varios, invocando al corazón, al amor, al alma, a la fraternidad. Por ejemplo, el médico Lavater, corresponsal también de Kant, concluye una carta a Herder balbuceando de puro afecto: «hoy, amigo, no puedo contestarte… pero tengo que escribirte… querría llorar… elevarme… deshacerme… yacer contra tu pecho… amigo de mi corazón».

4 Ludwig Ernst Borowski, *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant*, traducción de A. González Ruiz, Madrid, 1993, pp. 77-78. Parte de este libro fue escrito en vida de Kant y revisado por él mismo, publicándose a su muerte.

difusión de sus ideas en Francia, Holanda o Inglaterra. Escasean en su correspondencia los extranjeros, y con los contemporáneos que Kant más admiraba, Hume y Rousseau, no cruzó carta alguna.[5]

Extraña correspondencia la de Immanuel Kant. A pesar de las noticias que nos da de su cotidianeidad, de las vicisitudes de su vida académica y filosófica, la impresión que deja en un lector es la de cierto enclaustramiento. No hay más trasfondo real de sus cartas que no sea el de su propia filosofía. Kant sabemos que estaba excepcionalmente (y apasionadamente) informado de la historia europea de su época, pero la historia está ausente en lo que aquí escribe, a lo más una escueta alusión, por ejemplo en agosto de 1789 a «la actual crisis de Europa» (57). Son algunos de sus corresponsales los que reflejan las pulsiones de su tiempo. En octubre de 1790, desde Halle, Johann Benjamin Jachmann da cuenta a su «querido maestro y amigo» de su viaje a París para «poder estar en la época principal de su historia», el momento jubiloso de la Fiesta de la Federación en el Champ de Mars (61). Tres años más tarde, el 5 de octubre de 1793, en pleno Terror, Johann Erich Biester testimonia lo que ya sabemos, la fama de Kant, como de la mayoría de los intelectuales alemanes de la época, de ser simpatizante de la Revolución francesa. Bien es verdad que, a continuación, expresa su alivio por la publicación del artículo de Kant «En torno al tópico: "Tal vez eso sea correcto en teoría, pero no sirve para la práctica"», que el antiguo consejero ministerial prusiano se apresura a interpretar como prueba de la falsedad que suponía atribuir al filósofo cualquier pensamiento revolucionario, que habría significado, prosigue, la aprobación de una «revolución cada vez más repugnante», complacida en las decapitaciones, «actuando más con manos ensangrentadas que con el trabajo de la razón».[6]

5 Goethe, a pesar de la admiración que le profesaba, nunca le escribió y mucho menos se molestó en viajar para ir a visitarle. Realmente Königsberg quedaba muy lejos…

6 La carta no figura en esta selección, es la 596 de la Ak., y la 335 de la edición de Meiner. No es este el lugar para juzgar lo justificado de la alegría experimentada por el Il. Excmo. señor Biester a la lectura del artículo. En todo caso no significaba que Kant repudiase a la Revolución, el filósofo, como otros muchos, le fue fiel a su manera hasta el final. Véase, por ejemplo, Peter Burg, *Kant und die Französische Revolution*, Berlín, 1974, pp. 261 y ss.

Como no podía ser de otra manera, ya en el año de la muerte de Kant comenzaron a ser publicadas cartas suyas, primero incluidas en las biografías tempranas, después publicadas aparte, hasta llegar a la monumental edición de la Academia, la Ak., y a la más reducida de Otto Schöndörffer, reeditada por Rudolf Malter y Joachim Köpper en la clásica Philosophische Bibliothek de Felix Meiner, Hamburgo, 1972. Y con las publicaciones en Alemania las traducciones fueron llegando a partir, sobre todo, de los sesenta del siglo pasado. Se trató, en general, de muy pocas cartas, la publicación más extensa, la de J.-L. Bruch al francés en 1969, incluye solo algo más de una veintena. El lector, por lo tanto, se encuentra con estas noventa y ocho cartas de Kant en posesión de un tesoro del que, hoy por hoy, no disponen otras lenguas.

Pero cada libro tiene su historia, y uno podría preguntarse por qué aparece ahora y aquí esta traducción. El progenitor de la empresa fue Gonzalo Borrás, director de la Institución Fernando el Católico y «mi carísimo y dilecto amigo», como diría Kant, y quien con motivo del bicentenario del filósofo decidió, dijo, que algo había que hacer en Aragón. Acogió después con «ánimo ilustrado y cosmopolita», por seguir hablando como el filósofo alemán, la idea de patrocinar la traducción de una selección de la correspondencia kantiana. De esta importante tarea se encargó la profesora Mercedes Torrevejano, catedrática de Metafísica de la Universidad de Valencia y acreditada kantiana, a la que hay que agradecer no solo el trabajo de selección y traducción de las cartas, sino además el establecimiento de los apéndices y notas que facilitan la lectura de los textos. Las ilustraciones y las elegantes siluetas de la época las eligió Daniel Pelegrín Nicolás.

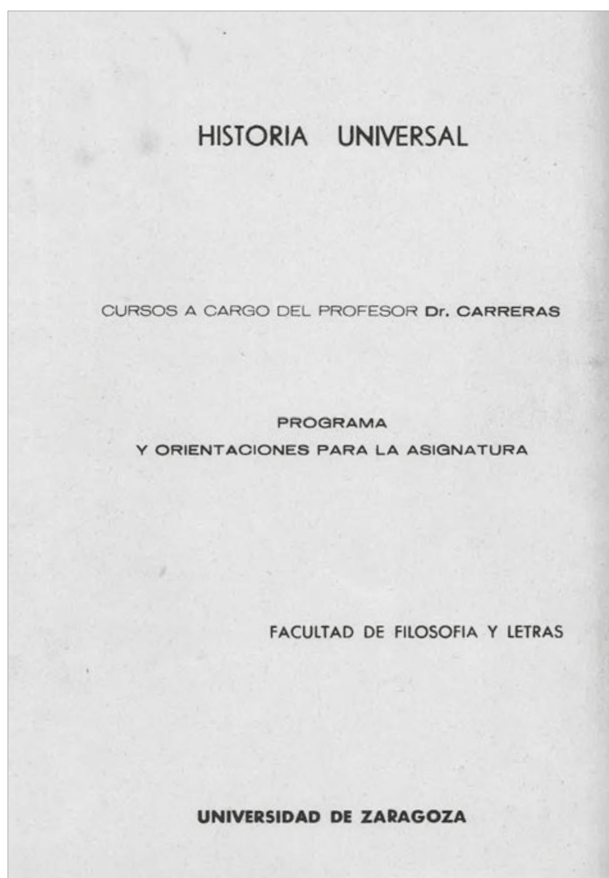
Imágenes



Juan José Carreras en su despacho de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza, c. a. 1986.



Orla. Licenciados en Historia Contemporánea. Promoción 1977-1982. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza.


HISTORIA UNIVERSAL

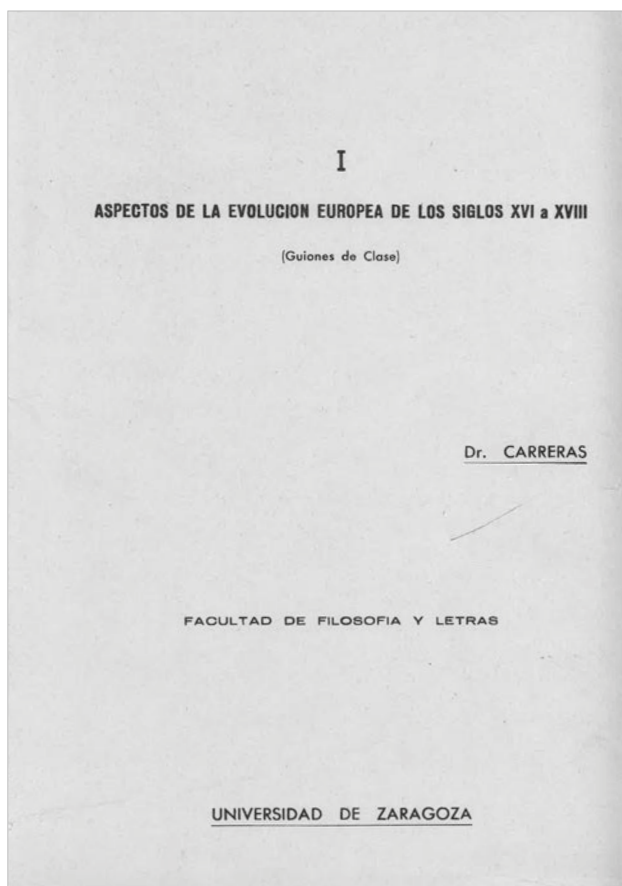
CURSOS A CARGO DEL PROFESOR Dr. CARRERAS

PROGRAMA
Y ORIENTACIONES PARA LA ASIGNATURA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Historia Universal (1970).



I

ASPECTOS DE LA EVOLUCION EUROPEA DE LOS SIGLOS XVI a XVIII

(Guiones de Clase)

Dr. CARRERAS

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Aspectos de la evolución europea de los siglos XVI a XVIII (1970).


UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr.Carreras.

Prologo de la "Contribucion a la Critica de La Economia Politica " (1859) de Marx y seleccion de textos para su comentario.

con una bibliografia

Este es el cuadernillo (numero ~~tres~~ uno) de la asignatura "Historia de las Ideas Politicas".

****
****

1981-1982.

Ideas Políticas (1981-82).

HISTORIA CONTEMPORANEA UNIVERSAL.

4º curso, grupo B.

Programa de la asignatura y observaciones diversas.

Curso 1983-1984.



G.Grosz.
(en:"Abrechung folgt!",Berlin,Malik,1923).

Historia Contemporánea Universal (1983-84).

Universidad de Zaragoza
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA

Dr. Carreras.

1

DE WEIMAR A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Segunda parte: un programa sobre la Cultura de la época, acompañado de bibliografía y algunas lecturas recomendadas (vivamente).

Sein Ideal

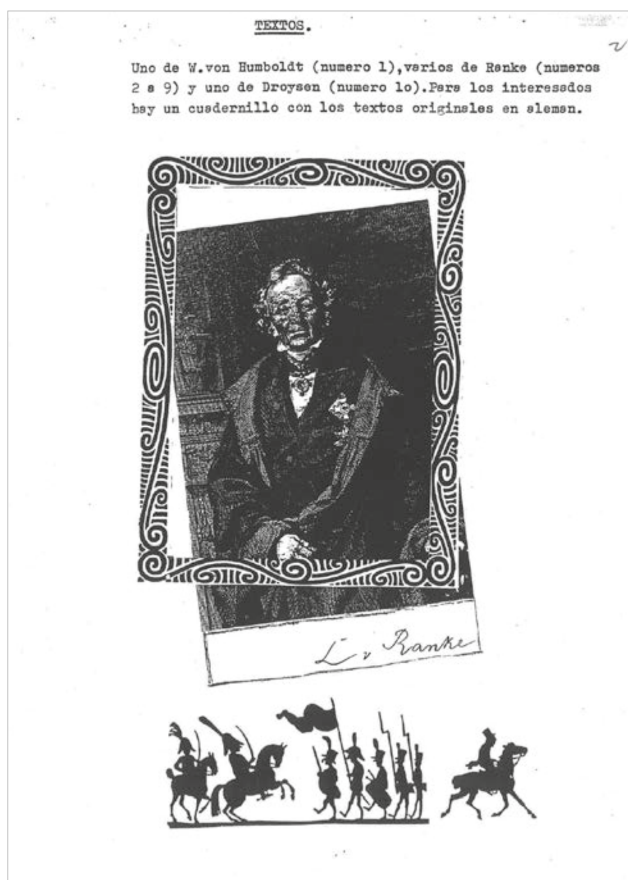
E. Thöny, en "Simplicissimus", 1920.

E.Th.

»Jnädigste wirken auf mich wie ein Putsch von rechts.«

Curso 1984-85.

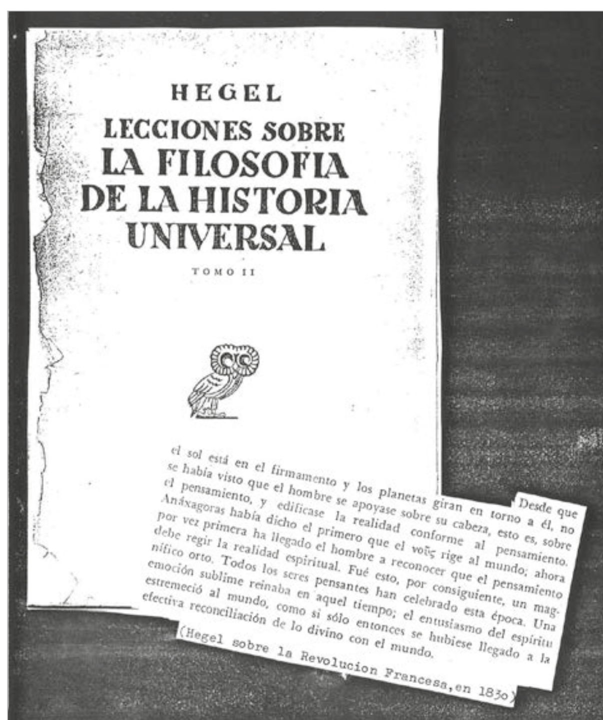
Historia Contemporánea Universal (1983-84).



TEXTOS.

Uno de W.von Humboldt (numero 1),varios de Ranke (numeros 2 a 9) y uno de Droysen (numero lo).Para los interesados hay un cuadernillo con los textos originales en aleman.

Historiografía. Historicismo (1984-85).



HEGEL

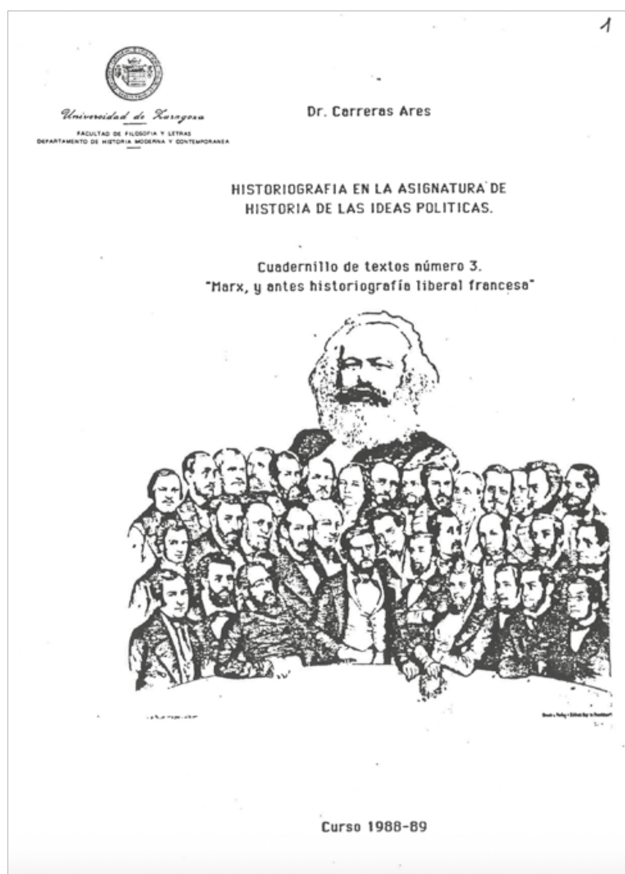
LECCIONES SOBRE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

TOMO II

Desde que el sol está en el firmamento y los planetas giran en torno a él, no se había visto que el hombre se apoyase sobre su cabeza, esto es, sobre el pensamiento, y edificase la realidad conforme al pensamiento. Anáxagoras había dicho el primero que el νοῦς rige al mundo; ahora por vez primera ha llegado el hombre a reconocer que el pensamiento debe regir la realidad espiritual. Fué esto, por consiguiente, un magnífico orto. Todos los seres pensantes han celebrado esta época. Una emoción sublime reinaba en aquel tiempo; el entusiasmo del espíritu estremeció al mundo, como si sólo entonces se hubiese llegado a la efectiva reconciliación de lo divino con el mundo.

(Hegel sobre la Revolucion Francesa,en 1830)

Historiografía. Hegel.


1

Universidad de Zaragoza

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA

Dr. Carreras Ares

HISTORIOGRAFIA EN LA ASIGNATURA DE
HISTORIA DE LAS IDEAS POLITICAS.

Cuadernillo de textos número 3.
"Marx, y antes historiografía liberal francesa"

Curso 1988-89

Historiografía. Marx (1988-89).

HISTORIOGRAFIA EN LA ASIGNATURA DE HISTORIA DE LAS IDEAS POLITICAS



Cuadernillo bibliográfico número tres y que comprende los temas 5 y 6

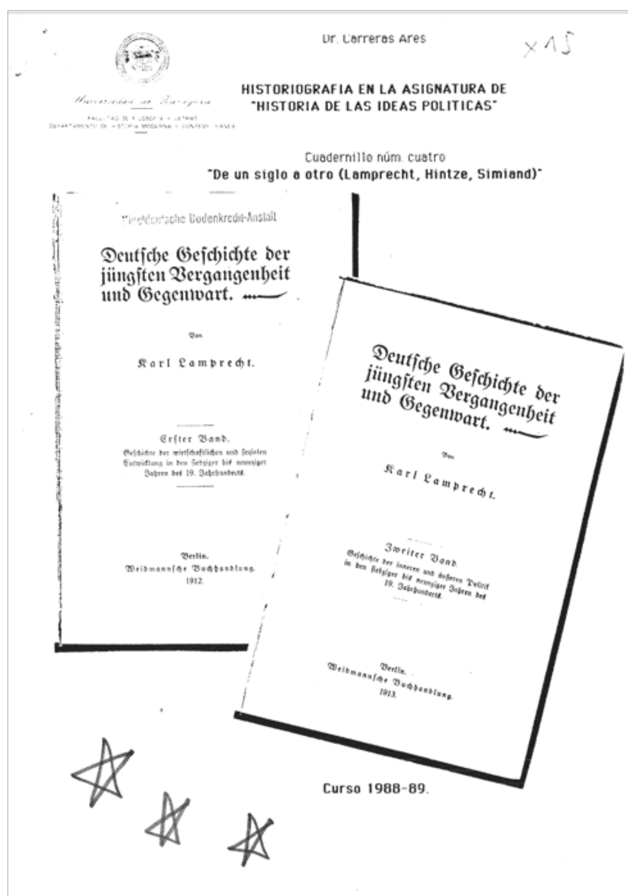


Felices Pascuas os desea vuestro profesor!....

fecha histórica: en 1988 Mickey Mouse cumplió 60 años...

Sobre la historiografía francesa de la Restauración son de obligada lectura los *capítulos de las obras generales citadas en el programa de la asignatura. Por lo demás, esta época que servirá de introducción a los textos de Marx, tratada especialmente en: B. REIZOV, Historiographie romantique française, Moscú, Eds. langues etrangeres, 1956; P. STADLER, Geschichtschreibung und historisches Denken in Frankreich 1789-1871, Zurich, Berichthaus, 1958, con una bibliografía muy completa, pudiéndose añadir de lo publicado posteriormente: Y. KNIBIEHLER, Naissance des Sciences humaines: Mignet et l'histoire philosophique a XIX siècle, París, Flammarion, 1973; dos Michelet, el del especialista Viallaneix (París, PUG, 1975) y el discutido de R. Barthes (París, Seuil, 1974); J. WALCH, Les maîtres de l'histoire 1815-1850, París, Eds. Slatkine. 1986. Para España M. MORENO ALONSO, Historiografía romántica española, Sevilla, Publicaciones Universitarias, 1979, y ya entre dos épocas: ESPERANZA YLLAN DE CALDERON, Cánovas entre la historia y la política, Madrid, CEC. 1985.

Historiografía. Francia (1988-89).


Dr. Carreras Ares

x 15

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA

HISTORIOGRAFIA EN LA ASIGNATURA DE
"HISTORIA DE LAS IDEAS POLITICAS"

Cuadernillo núm. cuatro
"De un siglo a otro (Lamprecht, Hintze, Simiand)"

Bodenkredit-Anstalt

Deutsche Geschichte der
jüngsten Vergangenheit
und Gegenwart.

Von

Karl Lamprecht.

Erster Band.
Geschichte der wirtschaftlichen und sozialen
Entwicklung in den siebziger bis neunziger
Jahren des 19. Jahrhunderts.

Berlin.
Weidmannsche Buchhandlung.
1912.

Deutsche Geschichte der
jüngsten Vergangenheit
und Gegenwart.

Von

Karl Lamprecht.

Zweiter Band.
Geschichte der inneren und äußeren Politik
in den siebziger bis neunziger Jahren des
19. Jahrhunderts.

Berlin.
Weidmannsche Buchhandlung.
1913.

Curso 1988-89.

Historiografía. Alemania (1988-89).

RELACION DE TEXTOS

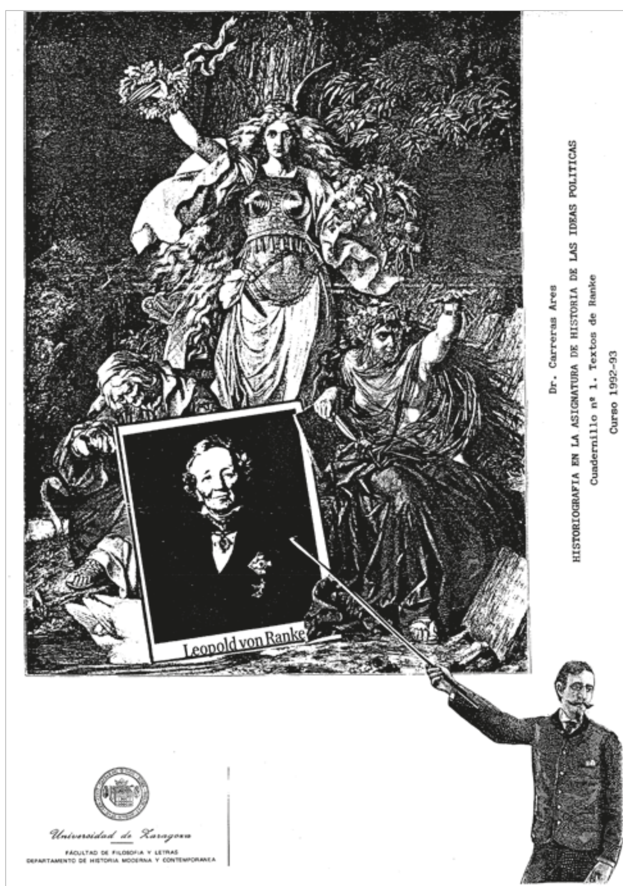
1.- K. LAMPRECHT, Inhalt und Aufgabe der Kulturgeschichte (1896).
2.- Versión castellana del textos anterior.
3.- Parte del Indice de materias del primer volumen de la Deutsche Geschichte der jüngsten Vergangenheit..., de K. LAMPRECHT, (1912).
4.- Fragmentos de los volúmenes I y II de la anterior obra (1912-13).
5.- Versión castellana del texto anterior.
6.- Fragmento de Wesen und Verbreitung des Feudalismus de OTTO HINTZE (1929).
7.- Versión castellana del texto anterior.
8.- Methode historique et Science sociale de F. SIMIAND (1903).



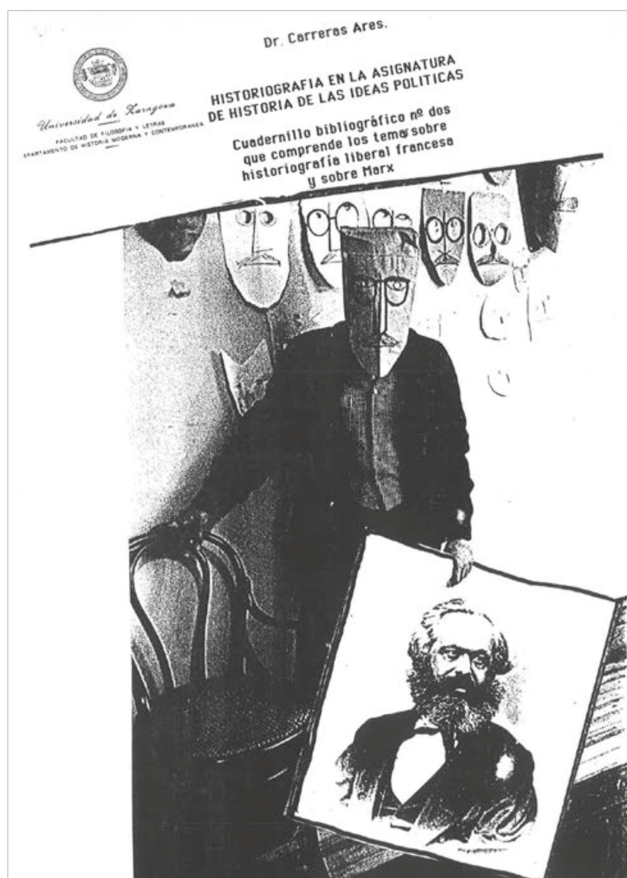
Historiografía. Lamprecht (1988-89).



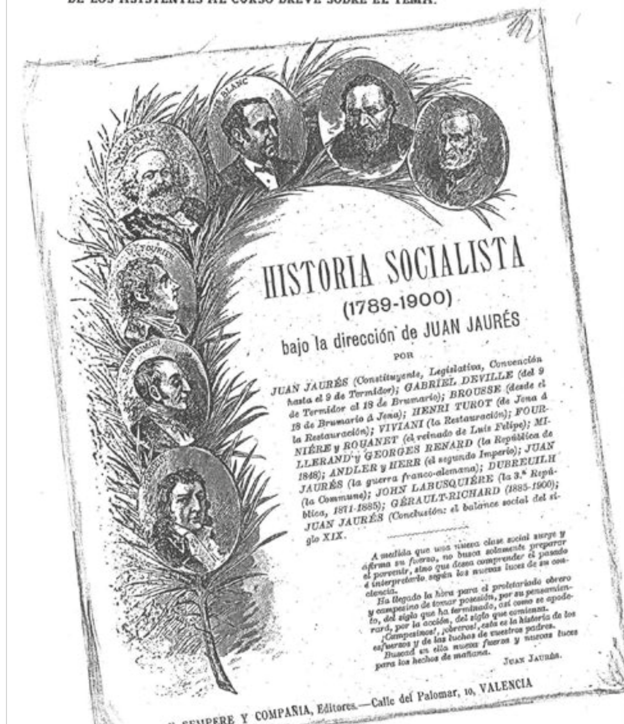
Historiografía. Texto y discurso en la Historia (1989-90).



Historiografía. Ranke (1992-93).



Historiografía. Francia y Marx (1992-93).



Dr. Carreras Ares.

RELACION CRONOLOGICA DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE LA HISTORIOGRAFIA SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA PARA USO Y DELEITE DE LOS ASISTENTES AL CURSO BREVE SOBRE EL TEMA.

HISTORIA SOCIALISTA

(1789-1900)

bajo la dirección de JUAN JAURÉS

POR

JUAN JAURÉS (Constituyente, Legislativa, Convención hasta el 9 de Termidor); *GABRIEL DEVILLE* (del 9 de Termidor al 18 de Brumario); *BROUSSE* (desde el 18 de Brumario á Jena); *HENRI TUROT* (de Jena á la Restauración); *VIVIANI* (la Restauración); *FOURNIÉRE* y *ROUANET* (el reinado de Luis Felipe); *MILLERAND* y *GEORGES RENARD* (la República de 1848); *ANDLER* y *HERR* (el segundo Imperio); *JUAN JAURÉS* (la guerra franco-alemana); *DUBREUILH* (la Commune); *JOHN LABUSQUIÉRE* (la 3.ª República, 1871-1885); *GÉRAULT-RICHARD* (1885-1900); *JUAN JAURÉS* (Conclusión: el balance social del siglo XIX.

A medida que una nueva clase social surge y afirma su fuerza, no busca solamente preparar el porvenir, sino que desea comprender el pasado é interpretarlo según las nuevas luces de su conciencia.

Ha llegado la hora para el proletariado obrero y campesino de tomar posesión, por su pensamiento, del siglo que ha terminado, así como se apoderará, por la acción, del siglo que comienza.

¡Campesinos!, ¡obreros!, ésta es la historia de los esfuerzos y de las luchas de vuestros padres.

Buscad en ella nuevas fuerzas y nuevas luces para los hechos de mañana.

JUAN JAURÉS.

SEMPERE Y COMPAÑIA, Editores.—Calle del Palomar, 10, VALENCIA

Historiografía. Revolución francesa.



Curso de Doctorado 1999-2000

Dr. Carreras Ares

Universidad de Zaragoza

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA

HISTORIOGRAFIA Y SOCIEDAD EN LA
EUROPA CONTEMPORANEA (1898-1938)

C/. Pedro Cerbuna, 12 • 50009 Zaragoza • Tfno.: 976 76 10 00 Ext. 3840 • Fax: 976 76 15 06

Historiografía y sociedad en la Europa contemporánea (1999-2000).

EPÍLOGO

Marx e historiografía:
la obra de Juan José Carreras*

Emilio Majuelo Gil

Quizás haya quien en esta sala no haya oído hablar de Juan José Carreras o simplemente tenga alguna referencia vaga al mismo. Carreras fue un historiador y profesor, nacido en A Coruña en 1928 y fallecido en Zaragoza en el 2006. Fue notoria su disponibilidad para asistir a cuantos congresos y conferencias fuera invitado, una vía muy remarcada de su magisterio. Cuantas veces fue requerido por el instituto de historiadores «Gerónimo de Uztáriz» otras tantas pudimos disfrutar de su visita. Decenas de ejemplos similares avalan esa actitud, que lo convirtieron, sin duda, en uno de los profesores que mayor legado de influencia intelectual ha podido ostentar entre los historiadores en la Universidad española desde mediados de los años setenta. De educación alemana, país en el que permaneció durante una larga época, sorprendió a su regreso a la Península por la importación de nuevos métodos didácticos, amplitud de criterios en la docencia, formas de hacer y relacionarse personalmente, que chocaban muy directamente con lo que era la Universidad española en las postrimerías del franquismo. Y particularmente por su profunda formación como historiador y profesor.

El tema que quiero presentar es resultado de una relectura atenta de los textos que vino publicando, muy esporádicamente al inicio, y más frecuentes en los últimos años, casi siempre como consecuencia de la impartición de conferencias que dieron como resultado pequeñas obras de auténtica orfebrería historiográfica. Casualmente antes de que nuestro Instituto viera la luz en 1984, estuvo Carreras en Iruñea dictando una conferencia sobre Marx, precisamente con motivo del

* Texto correspondiente a la conferencia impartida en el curso «Marx 200 años después», organizado por la asociación de historiadores Gerónimo de Uztáriz, el 13 de septiembre del 2018, en la librería Katakrak de Pamplona.

centenario de la muerte de este en 1883. Hoy, curiosidades de la vida, quiero hablar precisamente sobre la aproximación de Carreras a la obra de Marx, con motivo, ahora, del segundo centenario de su nacimiento en 1818.

Cuando falleció Carreras a principios de diciembre del 2006, allá en el cementerio zaragozano de Torrero, glosaron su figura y su pensamiento algunas de las personas que mejor le conocieron. Y entre las cuestiones que quedaron dichas hubo una que puede servirnos de guía para aproximarnos a la relación que puede establecerse entre su obra y el pensamiento de Marx. Uno de los oradores, José Carlos Mainer, mencionó «el pensamiento de Marx que tanto inspiró a Juan José Carreras». Algo de cierto contiene esa alusión si se tiene en cuenta que ni en su obra escrita ni en su magisterio universitario puede leerse ni pudo escuchársele algo así como su adhesión acrítica al marxismo. Una manera muy diferente, la de inspirarse en el pensamiento de Marx para crear el suyo propio, que la habitual identificación con el denominado pensamiento marxista, un tipo de identidad ajena a la misma complejidad que envuelve a Marx, pero que, por desgracia, tantas veces se prodigaba en los agitados años setenta y ochenta del siglo pasado, y aun en la actualidad. Incluso si hubiera experiencias personales relacionadas con una militancia partidaria intensa me son, si las hubo, desconocidas. Carreras nunca fue pródigo a mostrar su anecdotario personal ideológico en público pues tenía, en muchas facetas de su vida, una modestia «que rozaba el anonimato». Cuando lo hizo, sus referencias a la relación que pudo tener con la vida clandestina antifranquista y su identificación con el PCE, fue tardíamente: «yo era marxista y de izquierdas toda la vida» confesó en 1998.[1] Esto tiene que ver con que Carreras encontró en el pensamiento de Marx una forma de explorar y analizar la realidad histórica alejada de etiquetajes y confesiones de fe, con su compromiso ubicado en la discreción.

Marx, su obra e interpretación, están inicialmente sujetas a las circunstancias de su génesis que, sin remedio posible, van modificando su recepción conforme el tiempo histórico avanza. El acertado subtítulo de la gran biografía de Sperber lo define con exactitud: *Marx. Una vida decimonónica* (2013). Pero, en cualquier caso, si se mantiene la fascina-

1 *El Periódico de Aragón,* 28.06.1998.

ción que el pensamiento de Marx ha ejercido y ejerce en sectores de la profesión, es precisamente por su radical enraizamiento en el análisis de la historia que recubre y da forma a su obra teórica. Ninguna lectura ahistórica de Marx por muy teórica forma que adoptara fue nunca del agrado de Carreras. La anécdota que recuerdo cuando asistí a una de sus clases de Sociología, cuando la impartición de materias de historia le estaba taxativamente vetada por Carlos Corona, historiador falangista, catedrático y director del Departamento de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, resulta más que expresiva. Era 1973, y en torno a la explicación del concepto de *totalidad*, mostró, siempre de forma aguda, nunca exasperada, una crítica a las maneras de hacer vinculadas al estructuralismo marxista que en los sesenta representaban Althusser y sus seguidores, Poulantzas y Harnecker, entre otros; en aquella ocasión, se apoyó en la lectura de Hegel por Marx, y en la recreación del pensamiento hegeliano de la escuela filosófica checoslovaca, de Karel Kosík. Lo que en términos estrictamente historiográficos venía a situarlo en los debates del momento del lado de E. P. Thompson, y su *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, frente a Althusser, en la polémica establecida entonces entre unos y otros. La primacía que desde los años cincuenta venía ostentando en ciertos círculos universitarios el estructuralismo tanto en su versión sociológica estadounidense, la de Talcott Parsons, como la vinculada al estructuralismo marxista francés, el mantenido por Louis Althusser, aparecían como telón de fondo de esta anécdota.

De cualidades humanamente seductoras en el trato, podría el lector dejarse llevar por una actitud empática hacia Carreras quedando envuelto, quizás, por la literalidad de sus palabras, cuando en la entrevista mencionada, manifestaba la poca o nula necesidad de escribir que tenía, por «una visión irónica de la vida». Bien, yo no sé si Juan José escribió demasiado poco o no. De hecho, la edición paulatina de sus obras completas, que está a punto de finalizar, abarca, con este, cuatro volúmenes: *Lecciones sobre Historia*; *Razón de Historia. Estudios de historiografía*; *De la España medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos*,[2] pero como todo su mundo cercano conviene, la im-

2 *Lecciones sobre Historia* se publicó, con introducción de Carlos Forcadell, en Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2016; *Razón de Historia. Estudios de*

portancia de sus escritos reside en su calidad. Algo que gracias al extravío de la Universidad actual queda en segundo plano en los jóvenes investigadores a los que, ante la premura de publicar, deben de laborar para engordar el currículum.[3]

La imagen que queda de Carreras como historiador y profesor es el del especialista de la historia de la historiografía, de la historiografía. Él fue un cultivador de la misma cuando en la Universidad española esa disciplina era una materia perfectamente desconocida, sin estatus ni epistemología propias, malentendida y oculta entre la recopilación de una mera bibliografía temática y la siempre recurrente zona de conocimiento de fuentes y métodos de la historia. Realzando su personalidad, la historiografía como disciplina alcanzó un nicho de desarrollo, entre otros lugares, en la Universidad de Zaragoza, en la que sigue teniendo continuidad hasta la actualidad. Carreras tuvo la virtud de desarrollar esa disciplina a partir de un conocimiento muy directo de la obra de Marx, que en el Heidelberg de mediados de los cincuenta era, según sus propias palabras, como solicitar «el Kama Sutra encuadernado en piel humana».

Esto le convertía en una *rara avis*, pues, aunque en los setenta muchos historiadores pudieran adherirse a una concepción de lo que entonces se entendía como pensamiento marxista, animados con el etiquetaje imprescindible para mostrarse «apto» en las postrimerías del franquismo, el conocimiento profundo de la obra de Marx en el gremio era escaso, poco desarrollado, a diferencia de lo que ocurría en países cercanos europeos, y, a modo de pátina de suave tinta, latiguillo recurrente ubicado en títulos o prólogos, que fue desapareciendo conforme los ataques a la historia se prodigaron, con los embates del posmodernismo, y otros, y el dictamen sobre el fin de la gran teoría

historiografía apareció, también con Carlos Forcadell a cargo de la nota preliminar y selección de artículos, en Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000; por último, *De la España medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos (1953-1958)*, en edición e introducción de Eduardo Acerete de la Corte, en Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014.

3 La bibliografía de y sobre Juan José Carreras está exhaustivamente recogida en la introducción de Eduardo Acerete de la Corte, «España medieval, Alemania contemporánea. El tránsito de Juan José Carreras», a *De la España medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos (1953-1968)*, *op. cit.*, pp. XCV-XCIX.

y los grandes procesos parecía imponerse. El pensamiento marxista en España empezó a darse por amortizado cuando no había conseguido enraizarse en las ciencias humanas. Hubo muy pocas personas en aquellas décadas que, consideradas marxistas o no, conocieran a Marx a fondo.

Curiosamente, podríamos afirmar que, con la lógica excepción de sus artículos expresamente dedicados al marxismo, las referencias directas a Marx en la obra de Carreras no son las habituales al uso sino las precisas, de modo que no hay recurrencia a la jerga extraída aleatoriamente de las *MEW*. Pues no hay duda que el grueso de su producción, que deviene de la impartición de cursos y conferencias, está dedicado a otras temáticas no directamente relacionadas con Marx y su obra, particularmente a la historia de las ideas políticas y su relación con la historiografía. Por eso, ese pensamiento de Marx que inspiró a Carreras no es el del catecismo estalinista ni el de aquel modo de pensar la realidad que a partir de su muerte y luego de la de Engels, ha venido a llamarse la invención del marxismo.

Carreras nunca reafirma en sus escritos que fuera «marxista», precisamente porque la lectura que él hizo de Marx estaba abierta a ser contrastada de manera decidida con el análisis de la historia. En similitud a Marx que tampoco se apellidó marxista, si se hace caso a una recurrente frase, hizo suya esa actitud antidogmática que recoge bien la carta que Marx envió a la prensa en 1877.[4] En esta, hacía referencia Marx a un crítico que «se empeña en transformar de todas maneras mi esbozo histórico del origen del capitalismo en Europa occidental en una teoría filosófica histórica de la marcha general de la evolución, que estaría prescrita fatalmente a todos los pueblos, con independencia de las circunstancias históricas en que se encuentren, para finalmente llegar a aquella formación económica que, con el máximo auge de las fuerzas productivas del trabajo social, asegura el desarrollo más pleno

4 La recogió Friedrich Engels en carta a Conrado Schmidt, fechada el 5 de agosto de 1890: «La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de esos, para los cuales no es más que un pretexto para *no* estudiar la historia. Marx había dicho a fines de la década del 70, refiriéndose a los "marxistas" franceses, que "*tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste*"», C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas* III, Moscú, Editorial Progreso, 1976, p. 510.

del hombre (esto es hacerme al mismo tiempo demasiado honor y demasiada ofensa)…, jamás se encontrará la llave universal de una teoría filosófico histórica, cuya máxima virtud consistiría en estar por encima de la historia».[5]

Sobre ese lugar común, añadiendo su particular visión sobre la Revolución rusa como revolución innecesaria, vuelve el último biógrafo de Marx, Gareth Stedman Jones: «la invención del marxismo [que] realmente comienza en 1870 y está absolutamente atada a la creencia que todo el Sistema está condenado y tiene que ser demolido. Esto conduce a una suerte de fidelidad religiosa a la idea que el capitalismo está en crisis y las revoluciones son necesarias para acelerar su colapso. Este tipo de pensamiento es lo que produce a los Bolcheviques en el siglo XX». Para el asunto que nos ocupa, el contenido de aquella carta de Marx refleja mejor la consideración que Carreras tenía de esa idea de Marx, cuya cita aparece profusamente entre los recursos que didácticamente utilizaba Carreras en sus lecciones, subrayando el carácter no determinista económico de la obra de aquel.[6] Haciendo gala de profesor esmerado con su disciplina Carreras utilizaba materiales para cada uno de sus cursos de Historiografía en las Ideas Políticas, y en la de Historia de Europa, que incluían sabrosos compendios de textos coetáneos de los autores tratados, Weber, Dilthey, Seignobos, Lacombe…, así como, para entonces, listados de bibliografía seleccionada y comentada sobre los mismos.

5 El asunto de la conformación de una dogmática marxista a la muerte de Marx es tema añejo en la bibliografía especializada y perdura hasta la reciente biografía sobre Marx que Gareth Stedman Jones (*Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Barcelona, Taurus, 2018), orienta más hacia el estudio de *Karl* que sobre la herencia post Marx. Dos breves apuntes sobre esa interpretación de Jones en Andrea Roedig: «Es mag erstaunen, dass das Geburtsjahr von Karl Marx wirklich schon zwei Jahrhunderte zurück liegt. Marx erscheint jünger als er ist, und das liegt vor allem daran, dass der "Marxismus", den wir kennen, erst gegen Ende des 19. und Anfang des 20. Jahrhunderts entstand», en deutschlandfunkkultur.de/gareth-stedman-jones-karl-marx-auf-der-suche-nach-karl; y en la entrevista de Sean Illing a Gareth Stedman Jones sobre su Karl Marx, en https://www.vox.com/conversations/2017/4/18/15094788/karl-marx-socialism-capitalism-communism-europe-neoliberalism.

6 Ross Gandy, *Introducción a la sociología histórica marxista*, México, ediciones Era, 1989. Obra, por otra parte, apreciada por Carreras.

La temática trabajada por Carreras se dirigió desde el primer momento de su inicio como investigador al estudio de *La idea de Historia Universal en la Alta Edad Media española*, como versa el título de su tesis doctoral, 1953, ubicada en la Cátedra de Historia Antigua Medieval y Universal, iniciada bajo la dirección de Santiago Montero Díaz, exjonsista por entonces.[7] Su conocimiento de las fuentes antiguas y medievales era muy preciso. Ayudante de cátedra de Montero la formación germánica de este facilitó la marcha de Carreras, entre otros, a Alemania en 1954, donde permaneció once años.

Lo que llama la atención a partir de su tesis doctoral es el interés futuro por lo que en el título de la misma denomina la «idea» del tema. El Carreras medievalista e interesado por el mundo antiguo tuvo en 1960 otra entrega, el «Prólogo» a la *Historia de Roma* de Theodor Mommsen, que figura en el volumen II de la misma, «De la Revolución al Imperio», en el que precisa a lo largo del texto su modo de análisis historiográfico mediante la ubicación de la actividad investigadora de un historiador en la época y en la política correspondientes. Pues sobre los historiadores alemanes consideraba fuera imposible, «el intento de escribir divorciándose completamente, en el estudio del pasado, de cualquier apreciación política nacida más o menos meditativamente del presente», que es aplicable incluso a Ranke del que comenta trabaja «bajo el influjo de una política conservadora», algo que era constatación cierta en los discípulos de este, partícipes impetuosamente en los acontecimientos políticos de la Restauración. Pudo derivar su interés por Mommsen por la atención de este hacia el Estado romano que llena totalmente el interés de su investigación, alabando precisamente «la unión privilegiada del historiador, el filólogo y el jurista en Mommsen la que posibilitó su penetración de los fenómenos jurídicos en conexión viva con la vida social».[8] ¿No linda el interés por Marx precisamente en esa conjunción de cualidades que le permitió vislumbrar los elemen-

7 Xosé M. Núñez Seixas, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012, en la que afirma la pertenencia de Carreras al PCE, p. 186. Santiago Montero Díaz, *De Caliclés a Trajano*, edición de Antonio Duplá, Pamplona, Urgoiti editores, 2004.

8 Juan José Carreras, «Prólogo» al vol. II, «De la Revolución al Imperio», de la *Historia de Roma* de Theodor Mommsen, publicado originalmente en Madrid, ed. Aguilar, 1960, pp. 11-20. Citamos por la reedición en *Razón de Historia*..., *op. cit.*, p. 21.

tos fundamentales que constituían la vida social? La advertencia que Carreras hace sobre Mommsen, tomada de Julius Kaerst, debiera serle dirigida a él o a cualquiera de nosotros, pues la actividad de Mommsen como escritor de Historia tiene sus raíces «en el ideario político que dominaba en su tiempo y compartía el propio espíritu del historiador, [y] solo puede ser comprendida en su exacto alcance si se examinan las ideas políticas del historiador alemán». Concluyendo que, «su actuación antes y después de esas fechas era una con su concepción histórica, política y ética, con su total concepción del mundo».[9] Como colofón a la caracterización de la historia en la Alemania en tránsito del clasicismo al romanticismo en el que la «Historia adquirió una concreta conciencia de su misión ética y patriótica», apostilla frente a la misma que «para la investigación moderna Alejandro y César no son solo los representantes más altos de dos desarrollos nacionales, sino también y, ante todo, los agentes e instrumentos de la complicada evolución social y económica que se operó en los dos pueblos principales de la Antigüedad».[10] La articulación de los elementos que analiza en la *Historia de Roma* le «sirve para comprender los factores que condicionaban las concepciones del autor», auténtico *leit motiv* del interés historiográfico de Carreras.

El análisis preciso de lo que fuera la historiografía alemana en el XIX lo entregó en un artículo sobre unos de sus temas predilectos, el historicismo historiográfico, entendido como la metodología correspondiente a la historia como «ciencia de lo particular», «como la representación más excelente del método individualizador en la historiografía». Un conocimiento exhaustivo que se corresponde con el respeto hacia la investigación de aquellos historiadores, ubicándolos en su propia lógica y en la de su época. Ahondando sobre el concepto indica que no se recoge, como específico tratamiento del conocimiento histórico, hasta los 1880 del XIX, a partir de lo publicado por G. Scholtz en el *Historisches Wörterbuch der Philosophie* editado por Ritter en 1974. He aquí una de las primeras menciones a la historia del concepto de *historicismo*. Y sigue ese interés hasta parar en Friedrich Meinecke y su *Entstehung der Historismus*, 1936, que asienta definitivamente el término del historicismo al que considera «la gran revolución espiritual»

9 *Ibidem*, pp. 23-24.

10 *Ibidem*, p. 34.

que integra a la escuela histórica alemana del siglo XIX. Meinecke, a tenor de lo expuesto, tuvo mucha importancia para Carreras, pues además del rechazo de cualquier método con supuestos generalizadores revalorizó, en el seno de la ciencia política, «la razón de Estado como fenómeno historicista», o sea, la individualidad de cada Estado, más allá del racionalismo de los principios generales. Carreras lo conectará ni más ni menos que con Burke, temprano precedente del pensamiento contrarrevolucionario europeo, y esa conexión queda establecida en cuanto elemento legitimador de lo existente frente al dinamismo crítico de la razón. Buscaban aquellos historiadores alemanes decimonónicos «la exaltación de la individualidad irrepetible e incomparable de las situaciones históricas», lo que leído por Carreras con Marx bajo el brazo y su *Zur Kritik del Hegelschen Rechtsphilosophie*, significaba que, en la concepción de aquellos, la clase burguesa incapaz de construir su propia historia debiera esperar a que la siembra de las generaciones pasadas fructificara y, en consecuencia, mantenerse en el escenario del Antiguo Régimen. La razón burguesa estaría en las antípodas de los sostenedores del historicismo al servicio de los poderes constituidos. Más allá del primer historicismo, «legitimador del estancamiento alemán y europeo, el de la Restauración, ajeno y activo hacia la revolución», distinguía en esa concepción un segundo momento en el que los historiadores «sublimarán con su metodología individualizadora un fracaso, el fracaso de la revolución burguesa en Alemania», pues si se renunciaba a la parlamentarización, si la constitucionalización respetaba los pilares señeros de la sociedad feudal y monárquica, era porque el discurrir de la historia alemana era particular, no inclusivo en procesos generales de transformación, esto es, «la individualidad histórica de Alemania ni permite otra cosa».[11]

Así a Carreras le interesó subrayar el concepto de «individualidad, el de individuo histórico», el Estado y los que le sirven como individuo histórico, y como individuo en relación con otros similares, el Estado que encarna una idea o tendencia, definido por la primacía de la historia

11 Juan José Carreras, «El historicismo alemán», en *Razón de Historia…*, *op. cit.*, pp. 39-58. Originalmente apareció en *Estudios de la Historia de España*. *Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 1981, vol. III, pp. 627-641.

de la política exterior, asunto imprescindible en los historiadores alemanes, y esos racimos o conjuntos de estados que «forman una unidad, una época». A esas épocas hay que aplicarles el principio de individualidad concluyendo que «toda época debe ser contemplada en sí misma», en una definición en solitaria verticalidad hacia Dios, tal y como Ranke había proclamado.

Carreras muestra en su estudio del historicismo la realidad específica del modo como esa corriente historiográfica ha escrito y entendido la historia, reconociendo la sustancialidad de esa metodología, que trata de desentrañar. No obvia en su análisis su contexto ni la personalidad del historiador, pero no le interesa el papel de este ni la función social de la obra histórica desde un punto de vista exclusivamente político. Toda metodología histórica, obvio, no es considerada «como algo ideológicamente inocente o neutral», de manera que Ranke postulaba un reformismo que no modificara las bases del sistema social prusiano ni postulaba la implantación de un modelo parlamentario. Y si, como mantuvo Ranke, la interpretación de las épocas era meramente lo que significaran para Dios, no era posible abarcar ese significado con nuestro conocimiento, sino «a partir de la idea o tendencia que las domina…, la cuestión del sentido prima sobre la cuestión de la verdad». Y aquí, Carreras se vale de un fragmento sopesado de *La ideología alemana* para subrayar las consecuencias historiográficas que se desprendían de ese aserto: «La concepción de la historia actual…, al tratar de cada época participa de las ilusiones de cada época… De esta manera, la imaginación, la idea que los hombres se hacen de su propia praxis se transforma en el único poder activo que dominaría y dirigiría la práctica de esos hombres».[12]

Ese ataque a la metodología *rankeana* no significa que se identificara con lo que desde otros ámbitos se le ha podido achacar. No le afecta su análisis para juzgar o vilipendiar al historicismo de Ranke, mucho menos para reducirlo a vulgaridades o para equipararlo con el positivismo del último tercio del siglo XIX, sino que también le sirve para valorar los avances que en la labor crítica textual el historicismo había incorporado a la disciplina histórica. Es pues una manera de proceder mesurada, concisa y equilibrada. Sabemos, con Carreras, que el

12 *Ibidem*, p. 47.

historicismo *rankeano* no pudo mantener entre sus discípulos todas las características que en la obra del primero se observan y que en la Alemania unificada, la época bismarckiana y el inicio de la gran depresión en 1875, marcaron nuevos rumbos en la política pero también en la metodología, desde que los historiadores alemanes aceptaron la unificación desde arriba, la cuestión de la revolución burguesa quedó desplazada, aceptando el compromiso entre agrarios e industriales que afianzó el anacronismo político del Imperio alemán, y congelaron su metodología poniendo al servicio del poder y del Estado los viejos principios recibidos: «bajo los nuevos conceptos (…), de Estado, individualidad histórica, política exterior, se van albergando las nuevas realidades, la *Machtpolitik*, el imperialismo, la expansión colonial», que señalan que lo decisivo ahora no es la de quien represente «la verdadera energía moral», como sucedía con Ranke, sino que la victoria será la del más fuerte. El historicismo se mostraría incapaz de entender los problemas históricos del tiempo del imperialismo, lo que le llevó a decir cómo con Meinecke quedó visualizado «el esplendor y la crisis final y trágica de una concepción de la historia». Esa resultó incapaz para entender la caída de la Alemania imperial guillermina, como el historicismo en general, por su metodología de la individuación histórica, fue «incapaz de resolver la relación entre lo singular y lo universal, o si se quiere entre lo abstracto y lo concreto», máxime cuando Dios que era el salvador en el plano historiográfico, muere, encontrándose indefenso ante la inercia de lo establecido: «el famoso comprender se cambia fácilmente en un todo justificar». Esa relación irresuelta entre el individuo histórico y lo general, entre el abstracto aquí y ahora y la totalidad concreta, podía replantearse desde otros supuestos que, precisamente estaban dados desde mediados del XIX, en la obra de Karl Marx.

Hasta ahora encontramos el planteamiento de Carreras muy identificado con el análisis historiográfico a partir de los conceptos claves de las corrientes historiográficas. Él mismo se inició bajo el concepto o idea de Historia Universal. En Mommsen encuentra el papel de la figura histórica del César reivindicada por este, en los dos grandes imperios de la Antigüedad occidental, en el realce que de las razas y esos grandes individuos históricos jugaron en su historia sobre Roma. En el historicismo rastrea todo el arsenal conceptual y lo reubica a lo largo del XIX, mostrando su fortaleza y sus debilidades. Carreras tuvo esa orientación por la historia teórica desde sus inicios, puliéndola, obviamente, desde

que llegó a Alemania. La historia de la historiografía alemana que él rastrea desde sus inicios contemporáneos es la historia de la pervivencia y de la modificación del aparato conceptual utilizado, como reflejó en «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias».[13] Es una vinculación directa con el proyecto teórico de Marx, una historia con fundamentos teóricos contrastados con el análisis histórico.

Fue precisamente en el ambiente de cierto cambio que se experimenta tras el 1945 en la metodología de los historiadores alemanes, donde se ubica su experiencia formativa alemana. Conoció la nueva generación de historiadores, algunos como Brunner y Conze que postulaban una historia social, o Theodor Schieder, metodólogo de la historia que recupera a Weber y a Hintze. Todos ellos, según Carreras, permiten una convivencia todavía con los métodos individualizadores, que, en 1973, daría lugar a un proyecto más consolidado, el de una historia conceptual, *Begriffsgeschichte als Sozialgeschichte*, dirigido por Conze en colaboración con Brunner y Koselleck. Pienso que su conceptualización del análisis histórico se nutre también de este magno proyecto, pero su orientación la tuvo él bastante antes directamente construida desde o a la par de sus reflexiones sobre la obra de Marx. En cualquier caso, una nueva perspectiva de realización y de futuro la encuentra en H.-U. Wehler y su *Bismarck und der Imperialismus*, 1969, de quien alaba su propuesta metodológica. Creo que esta coincide con su pensamiento, pues en la nueva historia social alemana, esta era considerada como ciencia crítica de la sociedad, sostenía un modelo teórico explícito, en el que Marx no es el único, pero sí es indiscutible, y la política exterior de la época de Bismarck quedaba considerada como socialimperialismo, esto es, se trataba de un tema, hasta entonces poco sustantivo en el análisis de los historiadores alemanes, vinculado con Wehler a la política interior. Y yendo a generaciones posteriores de los nuevos historiadores reformistas y a otras temáticas como el nazismo, se lanzaron a la crítica de categorías como el totalitarismo, llegando Hans Mommsen a considerar al nacionalsocialismo como «fascismo alemán». De nuevo topamos

13 Juan José Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias», *Studium*, 2 (1990), pp. 93-106. En *Razón de Historia…*, *op. cit.*, pp. 58-72.

con una de las piezas claves del pensamiento historiográfico de Carreras, la sustantividad de las categorías y su capacidad de vertebración de los procesos históricos.

La idea de la historia como ciencia social histórica consideraba «como una ilusión la reconstrucción del pasado directamente a través de *einfühlendes Nacherleben*», pues la reconstrucción del pasado no se conseguía empáticamente, sino que «se realiza de manera mediata a través de las preguntas que se le plantean de los métodos que se aplican». Cómo no, la concepción del cambio social que tiene el historiador, «su propia visión de la estructura social en que vive e incluso el futuro que cree posible y aun deseable, todo esto constituyen factores que influyen, condicionan, la perspectiva de su interpretación histórica».

Corriente renovadora esta del grupo de la Universidad de Bielefeld con la que Carreras tiene puntos en común, pero manteniendo siempre su distancia crítica. Estaba en primer plano la defensa del pluralismo metodológico, pero eso no significaba que este fuera lo mismo que un eclecticismo injustificado. En cualquier caso, Carreras no dejó nunca de señalar ante los avances y cambios habidos en la disciplina, la aparición de nuevos problemas y retos dirigidos contra la nueva ciencia social, que desde los ochenta del pasado siglo, se manifestaron bajo la denominación de las «historias cotidianas», «historias desde abajo», «historias orales», o lo que entendía como antropologización de la historia y sus categorías.

Y a vueltas con las categorías, sirve una vez más este término para dar título a artículos como «Categorías históricas y política: el caso de Weimar»,[14] en el que explora la contribución de cierto tipo de historiografía «y la alemana en su totalidad» a la formación del clima espiritual que facilitó el advenimiento de los fascismos. Modo elegante de señalar lo que otros de otra manera denominan la función social de la historia. Habría dicha historiografía constatado «las razones históricas de lo que algunos consideraron crisis definitiva del parlamentarismo en la época de entreguerras», presentando como contraste o correctivo la imagen de épocas pasadas, de la que harían uso los movimientos fascis-

14 Juan José Carreras, «Categorías históricas y política: el caso de Weimar», *Razón de Historia…, op. cit.,* pp. 73-85. Originalmente en *Mientras Tanto*, 44 (1991), pp. 99-110.

tas en el poder. En este trabajo, al apuntar a la historiografía profesional alemana, conservadora y «potencialmente antiparlamentaria», aparece su sentenciosa reflexión: «Pero en un historiador lo grave no es aquello que resulta de sus sentimientos, de su elección política personal, sino lo que se le impone como consecuencia de las categorías con que trabaja». Reflexión que golpea sin descuido al historiador pues su papel, más allá de lo anecdótico y biográfico, en el caso alemán más allá de los recursos heurísticos utilizados, ese papel estaba marcado por las categorías utilizadas que formaban parte de una visión del mundo, la del historicismo alemán, el de la individualidad histórica o el primado de la política exterior, todo ello presentado con tono de objetividad e imparcialidad. Las categorías históricas dispuestas por aquellos historiadores conservadores a reinterpretar su presente, tras 1918, desde el principio de la continuidad histórica, que nunca reconocería la ruptura revolucionaria de noviembre como fuente de legitimidad histórica. Carreras fue muy certero en su interpretación del periodo *weimariano* desde el análisis de las categorías al uso del historicismo.

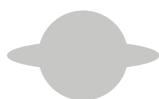
De las categorías historiográficas se había ocupado en 1976, «Categorías historiográficas y periodificación histórica». En este artículo expuso categorías y periodificaciones diversas entre las que encontraba a «los defensores por excelencia de una periodificación totalizadora de la historia, los historiadores marxistas o cercanos al marxismo». Esta última contaba teóricamente con un instrumental potente y definido, apoyándose en un no marxista como Lazarsfeld, con conceptos fundamentales como clase y modo de producción, nociones de intervención como análisis dialéctico y análisis de las relaciones entre infra y superestructura. La categoría clave era la de «formación económica social», como «unidad en una totalidad social de los conceptos que la integran como fuerzas productivas, superestructuras ideológicas, relaciones de producción, etc.», citando autores alemanes, para quienes ese concepto «comprende la sociedad como un organismo social unitario en una determinada etapa de su desarrollo, que incluye todas las esferas y formas de la actividad humana en su unidad e intervención orgánicas, otorgando un papel determinante al modo de producción». Carreras compartía la afirmación de que para Marx el contenido general de la historia es el progreso reflejado en la sucesión de los modos de producción determinantes de la estructura de las formaciones sociales. Y ello a partir del muy comentado «Prólogo» a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859.

E incluso antes, se movió en 1968 en el ámbito de la «Recepción y evolución de la idea de Revolución en Alemania», a cuenta de «El problema de la revolución. Marx y Engels (1843-1847)». Interés en este tipo de problemas relacionados con los conceptos, cuando él ya había regresado a España, al tiempo que se iniciaba el gran proyecto de los Conze, Brunner y Koselleck, remitiendo en nota a bibliografía alemana de mediados de los cincuenta. Carreras puso mucha atención a la interesante y desconocida producción historiográfica alemana que le valió para analizar temas como el que le ocupa en esa fecha emblemática, inéditos en el panorama historiográfico hispano. Su conocimiento de la obra de y sobre Marx resulta detallado y profuso en los artículos dedicados específicamente a Marx y al marxismo, «Los escritos de Marx sobre España» y en «El *Manifiesto Comunista*: historia de un malentendido».[15]

Respetuoso con el objeto de estudio, distante de lo empático, ajeno a la erudición recargada de citas de autoridad, ponderador de los logros y debilidades de cada corriente historiográfica, afanoso en la contextualización de autores, sus obras y la política…, Carreras dio cuenta de un amplio complejo de cuestiones que captaba con su elegante escritura desde una concepción global o totalizadora de la historia, prestando atención al análisis de los conceptos claves del objeto de estudio, esto es, de sus categorías. Todo ello muestra una apuesta por la historia teórica mediante la utilización de conceptos, que permitieran construir modelos que ayudaran a analizar la realidad, en lugar de perfeccionar los modelos teorizándolos ajenos a la contrastación empírica. Todo un arsenal de cuestiones que bastante más que menos Carreras encontró para su tratamiento en la obra de Marx. Un mundo historiográfico del que Carreras nos legó un compendio impagable en su librito *Seis lecciones sobre Historia*.[16] Todo él está recorrido por un protagonista, por un eje vertebrador del texto y del propio pensamiento historiográfico de Carreras, el concepto de Historia visto desde sus propios hitos, cambios, transformaciones y retos, esto es, analizado a lo largo de su desarrollo histórico.

15 Juan José Carreras, «Los escritos de Marx sobre España», *Zona Abierta*, 30 (1984), pp. 77-91; «El *Manifiesto Comunista*: historia de un malentendido», *Conferencia dictada el 16 de junio de 1998 en el Fòrum de Debats de la Universitat de Valéncia*. Ambos en *Razón de Historia…*, pp. 177-191 y 203-213, respectivamente.

16 Originalmente apareció publicado en Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003. Reeditado en *Lecciones sobre Historia*, Zaragoza, IFC, 2016, pp. 33-112.



El Historiador y sus públicos, reúne los artículos de Juan José Carreras que vieron la luz en periódicos y revistas de divulgación histórica durante la Transición. Se completa con una selección de textos universitarios (capítulos, conferencias, seminarios, prólogos y programas de clase) representativos de su actividad académica en las décadas de 1970 a 1990.

Esta obra en su conjunto refleja la personalidad de un catedrático cuyas prácticas históricas y capacidades intelectuales contribuyeron a renovar los contenidos disciplinares de la Historia Contemporánea en la Universidad. Pero no solo eso. Mientras cautivaba a los estudiantes con sus maneras alemanas de entender la enseñanza del pasado y seducía a sus doctorandos y amigos académicos, los escritos seleccionados son una manifestación de su compromiso cívico, progresista y democrático, con la vida cotidiana y los diferentes públicos de una sociedad que atravesaba un profundo cambio. En este sentido, Juan José Carreras se inserta en la gran tradición europea del historiador de profesión que, en perspectiva caballera (entiéndase universal), explora y analiza críticamente las incertidumbres del presente del mundo que le tocó vivir.

El Historiador y sus públicos constituye el último volumen de las *Obras Completas* del profesor Carreras Ares. Una colección iniciada con *Razón de Historia. Estudios de historiografía* (2000) y continuada con los títulos misceláneos *De la España medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos (1953-1968)* (2014) y *Lecciones sobre Historia* (2016).




DIPUTACIÓN
Ð ZARAGOZA








La Historia, hoy, debe construirse y relatarse a escala comparativa y global. La Institución Fernando el Católico pretende con esta nueva colección presentar una selección de temas y problemas comunes tanto a la experiencia histórica de la mayor parte de las sociedades, próximas o lejanas, como a la historiografía que se escribe en el presente, así como proporcionar los instrumentos teóricos y conceptuales más generales y de uso más eficaz para la comprensión del pasado.

Colección Historia Global

Dirigida por Carlos Forcadell

4. Lutz Raphael
La ciencia histórica en la era de los extremos

5. Mónica Bolufer, Carolina Blutrach y Juan Gomis (eds.)
Educar los sentimientos y las costumbres

6. Carlos Forcadell, Antonio Peiró y Mercedes Yusta (eds.)
El pasado en construcción

7. Isabel Burdiel y Roy Foster (eds.)
La historia biográfica en Europa

8. Mónica Bolufer, Juan Gomis y Telesforo Hernández (eds.)
Historia y cine

9. Pedro Ruiz Torres (ed.)
Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra

10. Herman Paul
La llamada del pasado

11. Juan José Carreras Ares
Lecciones de Historia

12. Bartolomé Yun Casalilla
Historia global, historia transnacional e historia de los imperios

13. Jouni-Matti Kuukkanen
Filosofía posnarrativista de la historiografía

14. Ignacio Peiró Martín y Miquel À. Marín Gelabert (eds.)
JuanJosé Carreras Ares. El Historiador y sus públicos